

UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES

Facultad de Filosofía y Letras  
Departamento de Historia II



LA VENERABLE ORDEN TERCERA DE SAN FRANCISCO EN EL MADRID DEL  
SIGLO XVII

(Sociedad confesional, caridad y beneficencia)

Tesis doctoral presentada por MARÍA DOLORES DELGADO PAVÓN

Dirigida por el Dr. Prof. JOSÉ IGNACIO RUIZ RODRÍGUEZ

Alcalá de Henares, 2007

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
 I. ORIGEN DE LA ORDEN TERCERA SEGLAR FRANCISCANA: ENTRE LA SOCIEDAD ECLESIAL Y LA JERARQUÍA .....	14
1. <i>Institucionalización del Cristianismo y su expansión</i> .....	14
2. <i>Eclesialización de la sociedad, jerarquía clerical: horizontalidad vs. Verticalidad</i> .....	17
3. <i>Francisco de Asís y la Tercera Orden de Penitencia</i> .....	29
4. <i>Institucionalización y jerarquía: el espíritu de San Francisco en la Tercera Orden Seglar</i> .....	41
5. <i>¿Fue Francisco de Asís el fundador de la Tercera Orden?</i> .....	46
 II. TRENTO Y LA FUNDACIÓN DE LA VENERABLE ORDEN TERCERA SEGLAR DE MADRID .....	50
1. <i>Circunstancias socioculturales previas</i> .....	58
2. <i>Confesionalización, institucionalización y fundación de la VOT</i> .....	65
3. <i>La VOT y el convento madrileño de San Francisco</i> .....	76
4. <i>Relación de la VOT con otras fraternidades y cofradías</i> .....	80
5. <i>Conflictos de competencia</i> .....	95
 III ORDO, LAICADO Y CONFESIONALIZACIÓN.....	101
1. <i>El sostenimiento de la fe: espacios, medios y formas</i> .....	102
1.1. <i>La primera capilla de la VOT: un espacio de fe y esperanza</i> .....	109
1.2. <i>Un espacio de esperanza y caridad: la bóveda</i> .....	118
1.3. <i>Otros medios confesionalizados</i> .....	122
a) <i>Predicación y misión</i> .....	125
b) <i>Fiestas de la VOT: entre la autoridad y el prestigio</i> .....	132
c) <i>El mantenimiento de la propaganda: las procesiones</i> .....	139
<i>Procesión del Cordón</i> .....	140
<i>Procesión de la Pascua en Toledo</i> .....	142
d) <i>Piedad, fe y cultura: el culto a las reliquias</i> .....	146
e) <i>La cuestión de la Inmaculada Concepción y la Orden Tercera Seglar</i> .....	151
2. <i>Aristocracia, orden y disciplinamiento</i> .....	153

2.1. El control de la VOT por la aristocracia .....	157
2.2. Sostener la memoria .....	167
2.3. Limpieza de sangre, Orden Tercera y consideración social .....	169
2.4. Integración y exclusión: la petición de ingreso .....	173
a) El hábito y la profesión .....	178
b) El hábito descubierto .....	182
c) Hábitos “in extremis” .....	190
2.5. Los hábitos en la Corte. Un hábito muy especial: el del Rey .....	195
2.6. Medidas disciplinarias: entre la devoción y la desviación .....	199
3. La caridad: ¿una vía de santidad? .....	204
3.1. Caridad y socorro .....	205
a) La visita a las cárceles .....	212
3.2. La caridad: familia y memoria .....	218
a) Testamentos y limosnas .....	226
b) Dotes, fundaciones, capellanías, etc. ....	236
3.3. La redención de cautivos .....	242
3.4. El auxilio para la buena muerte .....	253
IV. CONSOLIDACIÓN Y ENSANCHAMIENTO DE LA VOT DE MADRID .....	266
1. Los López de Zárate: regidores, ministros de la VOT y aristócratas .....	267
2. La capilla del Cristo de los Dolores, un espacio simbólico .....	277
2.1. Propaganda y fe: el traslado del Cristo .....	292
2.2. Medios materiales .....	296
2.3. Donaciones de los devotos a la capilla del Cristo .....	301
2.4. Definición de los espacios .....	306
3. La materialización de la caridad: el hospital-enfermería y la residencia de viudas .....	311
3.1. Dificultades en la ejecución del hospital-enfermería .....	318
3.2. Conclusión de la obra: la VOT alcanza su objetivo .....	328
a) Descripción del edificio del hospital-enfermería .....	335
b) Puesta en marcha del hospital-enfermería .....	339
3.3. Una casa de recogimiento para hermanas terceras viudas .....	340
a) La financiación .....	348

4. <i>Santa María Virgen, la iglesia del hospital, y la búsqueda de la mediación divina</i> .....	351
5. <i>Una aproximación a la sociología de la VOT</i> .....	358
V. CARIDAD CRISTIANA, BENEFICENCIA Y PREEMINENCIA .....	365
1. <i>Una benefactora singular: Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara</i> .....	372
1.1. <i>Infancia y linaje</i> .....	372
1.2. <i>Matrimonio en el mismo linaje</i> .....	376
1.3. <i>Divorcio y sociedad confesional</i> .....	380
2. <i>El dudoso linaje de los Ramírez de Prado</i> .....	382
2.1. <i>Los vínculos con Lerma y sus consecuencias para el linaje: la quiebra</i> ...	384
2.2. <i>De nuevo el triunfo de la toga</i> .....	391
2.3. <i>Estrategias de movilidad o ¿amor?</i> .....	400
2.4. <i>Matrimonio con Lorenza de Cárdenas: conciertos económicos, dotes y arras</i> .....	403
2.5. <i>Matrimonio y fortuna patrimonial</i> .....	407
a) <i>La casa familiar en la calle de Bordadores</i> .....	409
b) <i>Obra literaria</i> .....	412
c) <i>Voluntades postreras</i> .....	414
3. <i>Lorenza de Cárdenas viuda de Ramírez de Prado</i> .....	420
3.1. <i>La herencia de doña Lorenza, una fortuna dedicada al mantenimiento de la fe y la caridad</i> .....	421
3.2. <i>Caridad y estrategias de preeminencia en la VOT.</i> .....	430
2.3. <i>Desavenencias con la VOT</i> .....	435
2.4. <i>Testamento y muerte</i> .....	442
CONCLUSIONES.....	452
APÉNDICES .....	459
FUENTES DOCUMENTALES .....	517
BIBLIOGRAFÍA .....	520
ÍNDICES DE FOTOS, CUADROS Y OTROS .....	541
ABREVIATURAS Y SIGLAS .....	542
RESUMEN EN INGLÉS .....	543

## INTRODUCCIÓN

Desde la Reforma Gregoriana, pero sobre todo desde la maduración definitiva de los movimientos de pobreza en la segunda mitad del siglo XII, las inquietudes religiosas de los laicos hicieron que surgiesen movimientos penitenciales que proclamaban una actitud ante la vida, *primero religiosa y después, cultural*. En distintos puntos de Europa, entre los fieles se había hecho común el deseo de asociarse; era un despertar cristiano a las exigencias del Evangelio y una forma de enfrentarse a movimientos heréticos que habían hecho un reclamo de un ascetismo riguroso y de la crítica a la Iglesia de Roma.

Diversas causas se habían combinado para producir esa alteración en la Iglesia y en la sociedad cristiana: primero, las demandas de los laicos de una Iglesia más pura y espiritual alejada de intereses terrenales; después, el desarrollo creciente de una sociedad urbana, basada en una economía comercial y monetaria.

La aparición de las órdenes mendicantes, cuyos inicios fueron paralelos a los movimientos declarados herejes, parecía ser la réplica a los problemas pastorales que urgían a la cristiandad medieval. Esos aspectos pudieron influir en la vida y obra de San Francisco de Asís, pero su respuesta no vino dada sólo por los condicionamientos que le rodeaban, sino fundamentalmente de su experiencia personal cuando conoció en profundidad el Evangelio.

La magnitud y universalidad de las órdenes franciscanas, la fuerza de captación del Santo de Asís, son un hito histórico y un hecho sociológico. Su éxito se fundamentó en el seguimiento voluntario de una forma de vida y de un código de humildad y sencillez. Lejos del ostracismo monacal, los ideales evangélicos que constituyeron los pilares de la Orden franciscana fueron la simplicidad, la pobreza y la predicación, valores puestos en práctica por Cristo y sus Apóstoles..

La pobreza, que para Francisco era medio y era fin, fue el voto que enriqueció y perpetuó el movimiento franciscano. Desde el principio, el Santo expresó su experiencia de la fe en Dios como postura ante la vida, y como vía de espiritualidad. En la primera se incluían actitudes de gratitud, confianza en Cristo y grandeza de espíritu; una vida cristiana plena de emoción, sensibilidad y alegría. La segunda se nutría de respeto a la Iglesia, entrega a los pobres, labor misional, predicación...

La predicación itinerante significaba recuperar el fervor de la Iglesia primitiva, porque la palabra y el ejemplo podían hacer que los tibios volvieran al camino recto; adoptar esa forma de vida significaba renovarse desde la tradición más antigua. El cristiano se regeneraba por el bautismo y la penitencia.

En ese impulso renovador los *minores* (un término establecido por San Francisco), los pobres y los desamparados, encontraron una respuesta que hasta entonces no se les había dado, y conocieron una perfección cristiana distinta. Al cristiano se le ofrecía una forma de vida de penitencia austera y mortificada pero plena de caridad, que era amor a Cristo y al prójimo. Esa posibilidad se abría a ricos y a necesitados, a religiosos y a seculares, todos y cada uno desde cualquier ámbito, fuese palacio o humilde morada, podían vivir la verdad evangélica. La esencia del franciscanismo, su espiritualidad, llegaba a la sociedad, se integraba en ella y le ofrecía un proyecto de vida cristiano.

En principio, Francisco de Asís no tuvo deseos de fundar una orden monástica, su única ambición era crear una comunidad de laicos, que voluntariamente se uniesen al movimiento penitencial, y sin establecer jerarquías viviesen en absoluta pobreza y amor fraterno. Sin embargo, por su fidelidad a la Iglesia Romana, cuando se le impuso constituirse como una orden, acató la voluntad papal sin ninguna objeción.

La Tercera Orden Seglar franciscana, llamada de Penitencia, nació en Italia en 1221, posterior a la Primera Orden de frailes y a la Segunda Orden de Damas Pobres, llamadas más tarde clarisas. En sus tres fundaciones, Francisco de Asís imprimió su profunda fe, su amor a la pobreza, la alegría por las pequeñas cosas, la santificación del trabajo... Quienes le conocieron y escucharon su palabra, afirmaban que más allá de su carisma personal, era la espiritualidad que emanaba de su mensaje lo que les atraía y les motivaba a conocer una vida de piedad distinta. No se ofrecían grandes cosas, sólo paz de espíritu y caridad cristiana, lo que ya era mucho, pues según palabras del Santo de Asís, no había mayor privilegio que no gozar de privilegio alguno.

En esta investigación, para conocer desde sus raíces lo que fue y es la Tercera Orden Seglar franciscana, se ha retrocedido al momento en que una colectividad de fieles embargados por el deseo de acercarse a una vida de piedad, que en parte se había perdido, se dirigió a Francisco, y éste, después de recoger los sentimientos de ese grupo cada vez más numeroso, ensanchó los límites de sus dos primeras fundaciones con una tercera en la que acogió a todos los hombres y mujeres solteros y casados que estaban dispuestos a

seguir por la senda del amor a Cristo y al prójimo. No fue un obstáculo discriminatorio ni el estado civil ni la condición social de los solicitantes, para Francisco todos los cristianos eran hermanos en Cristo y estaban, por tanto, íntimamente ligados a la moral evangélica.

Universal es la obra de San Francisco de Asís, sin embargo, para muchos, la tercera de sus fundaciones, la Orden Tercera Seglar, es la gran desconocida. Por ese motivo hemos creído de interés exponer en nuestra investigación las causas que le inclinaron a efectuar esa última fundación, que cubrió las exigencias religiosas de tantos y tantos fieles. La piedad, disposición hacia los demás, y la constancia de esos primeros hermanos terceros fueron motivos para que situándose sin condiciones al servicio del Papado, ocupasen un lugar de honor, como parte de la Iglesia militante, en el seno del cristianismo.

Siglos después, tras la fractura que sufrió la Cristiandad, el devenir del conflicto confesional, la disidencia y las dudas desatadas sobre la certeza de la tradición, de nuevo fue conveniente ofrecer modelos de perfección de impacto social. Simultáneamente al fenómeno protestante, en los países de la Europa meridional-occidental progresaba un deseo de renovación religiosa que terminaría por cristalizar en la Reforma Católica. El Concilio de Trento marcó un antes y un después, la indecisión teológica había dañado a la Iglesia, y era necesaria una definición dogmática. En las sesiones conciliares se discutieron simultáneamente cuestiones de dogmas y de disciplina, y se establecieron decretos capaces de terminar con la herejía.

Trento reconstruyó la unidad católica, tan duramente castigada por la ruptura, y en ese proceso se sirvió de instituciones religiosas, que de manera eficaz, persuasiva y firme vigilaron las conciencias de los fieles y controlaron comportamientos. Fue una conquista cultural, es decir, social, religiosa y política, y una labor en la que el pueblo se convirtió en el sujeto receptor de una doctrina de control y rigor por parte del poder, que se justificaba por el miedo a lo herético.

En el siglo XVII Madrid era la capital de la Monarquía Hispánica, el lugar donde se asentaban los más importantes órganos de gobierno y al que fluían oleadas de forasteros e inmigrantes. La sociedad madrileña, ordenada y jerarquizada, se identificaba con una cultura dominada por la religión y la religiosidad, en la que estaban presentes valores que se habían impuesto desde la tradición cristiana.

La Venerable Orden Tercera Seglar franciscana aparece de forma oficial en la Villa y Corte en 1609. Las circunstancias de su fundación es tema que prácticamente no ha sido tratado hasta el momento. Del mismo modo sucede con el proceso de profunda transformación que la Fraternidad madrileña sufrió a lo largo del siglo XVII. Se había partido de unos comienzos muy sencillos, plagados de dificultades económicas y de escasa representación social; sin embargo, por el tesón y la energía que los hermanos pusieron en esa empresa, no sólo sobrevivió, sino que se convirtió en una institución dinámica, en permanente movilidad, espectadora y reflejo de los cambios sociales que la circundaron, y de los que no se sintió ajena.

De antemano sabemos que fue un órgano corporativo, capaz de ofrecer posibilidades de reconocimiento y de integración a una población desprotegida que buscaba identificarse con el modelo socio cultural impuesto. El proceso por el que discurrió desde sus principios, un camino codificado por el Concilio de Trento, y llevado a la práctica por la propia Orden, estuvo marcado por la ortodoxia católica. Por su naturaleza, formaba parte de dos universos: uno religioso; el otro político; dos vertientes muy distintas que, sin embargo, se complementaban, y en las que se imbricaban espacios religiosos con seculares. El objetivo común era: alcanzar la mayor conjunción de autoridad en provecho de un modelo cultural que cohesionase comportamientos, uniformase conductas y estableciese conciencia de grupo.

La Venerable Orden Tercera madrileña (VOT), se desarrolló en un contexto de creencias y de sentimientos de fe, en el que las manifestaciones espirituales marchaban unidas al amor al prójimo, esencia del franciscanismo y, por tanto, de la propia Orden Tercera. El compromiso franciscano que exaltaba la asistencia al pobre, en el que se reconocía a Cristo, mantuvo vivos valores católicos y culturales que fomentaron entre los terceros sus posiciones en defensa de la fe. En el proceso confesional que la Iglesia y la Monarquía habían emprendido, fue un instrumento firme y eficaz, siempre en disposición de enfrentarse a cualquier tipo de disfuncionalidad social que surgiese entre sus miembros.

Como Institución dedicada a la práctica de la caridad desarrolló una amplísima labor asistencial hacia los necesitados, y su carácter penitencial la impulsó a constituir un movimiento de conversión y regeneración de la sociedad. Misión de los terceros seglares era velar por la pureza de la fe en los hogares y en el trabajo, santificando sus actividades. Siguiendo los criterios piadosos y moralizadores en los que fundamentaba sus raíces, al servicio de la unidad y de la ortodoxia, fue selectiva y discriminatoria respecto a la



limpieza del linaje, moviéndose, si lo creía conveniente, entre parámetros de control y desconfianza, o de permisividad e inclusión.

La Venerable Orden Tercera de Madrid fue espacio de socialización, y por su carácter urbano y su disposición y habilidad de acercamiento a la sociedad, significó para la Iglesia y para la Monarquía un instrumento de apoyo en la misión emprendida de consolidar directrices moralizadoras y reconducir conductas de los fieles, y también súbditos, que sin ese control podían transgredir límites y llegar a constituir un peligro social.

La Religión y la eficacia de las prácticas religiosas en lo que afecta a la creación de vínculos en los grupos, siempre fueron objeto de interés por parte de la Antropología. Max Weber implica a la religión en la política, la economía y el poder; y Radcliffe-Brown lo hace en la estructura social. Los elementos que constituyen el fenómeno religioso: instituciones, creencias, devociones, prácticas piadosas, objetos sagrados e imágenes configuran un marco complejo y cultural. Según Pujadas, la religión forma parte de las tramas que estructuran la pertenencia al grupo social<sup>1</sup>

En la Tercera Orden Seglar madrileña, por su interclasismo, se pusieron en marcha elementos de fusión entre los diversos sectores sociales que la integraban, al confluir en ella elites y estado llano, y por su carácter religioso se exaltaron los sentimientos de fe, al considerarse receptora y legítima heredera de la tradición cristiana y católica, y de un pasado glorioso en referencias y valores culturales.

La sumisión religiosa y política de la que harían gala los hermanos terceros, fieles a las directrices marcadas en sus Constituciones, recibidas de la jerarquía franciscana, y Estatutos, de elaboración propia pero aprobados por aquella, evidenciaron su incondicional apoyo al Papado y a la Monarquía.

En el siglo XVII cada institución, fuese religiosa o civil, era un microcosmos ordenado y jerarquizado a la manera de la Monarquía Católica, la VOT también lo fue. El proyecto político y religioso era el mismo: unificar y eliminar las diferencias. Con ese fin, la Orden forjó un perfil moral y social que debía ser patrimonio de los hombres y mujeres que desearan ingresar en sus filas.

---

<sup>1</sup>PUJADAS, J. J.: *Etnicidad. Identidad cultural de los pueblos*, Eudema, Madrid, 1993.

En su estructura interna, sin fisuras, la igualdad entre los hermanos se compaginaba con fórmulas de autoridad necesarias en razón de los cargos, de la edad y del estado. Unidad y jerarquía, aceptada por los hermanos desde el reconocimiento de que cualquier lugar era grato para prestar un mejor servicio a Dios, al prójimo y al correcto gobierno de la Fraternidad.

Al tratarse de una institución dinámica, su continua actividad dio lugar a que con el paso del tiempo evolucionase y verificase ciertos cambios necesarios incluso para su supervivencia. Se trataba de alteraciones en la configuración de su estructura interna, que no afectaron a su solidez como institución, pero que la hicieron engrandecerse y adaptarse a los avatares políticos y sociales del siglo.

En el contexto histórico en el que se creó, fue uno más de los órganos de poder y prestigio existentes en el entramado social de la Villa y Corte, un espacio de defensa de comportamientos y virtudes, en la que también se dieron cita relaciones de dominio y dependencia, y desde la que se tejieron redes de poder, sentimientos de pertenencia e intereses particulares.

Al ser parte integrante del proceso de indocctrinamiento social, estuvo siempre alerta para que triunfase la uniformidad en las conductas, sin particularismos que pudiesen ocasionar disidencia de la fe, y para que no se produjesen fracturas internas o se dañasen las Constituciones y Estatutos. No se dudó en imponer mecanismos de represión si se creían necesarios, y de hecho los libros de actas muestran el nivel de exigencia al que estaban comprometidos los hermanos.

La persuasión y la disuasión fueron empleadas habitualmente por visitantes y hermanos ministros en defensa de la doctrina y del rigorismo moral, y no faltaron tampoco la reprimenda pública y, llegado el caso, el castigo y la expulsión.

En ese espacio de piedad, de caridad y de penitencia, los que ingresaban en sus filas, si eran poderosos y no precisaban de socorros materiales, recibían refuerzo para su fe y privilegios espirituales, y si, por el contrario, sufrían necesidades, además de los auxilios del alma, se les dispensaban otros que menguaban su pobreza y aliviaban su enfermedad.

Es incuestionable que la coyuntura histórica favoreció la evolución y prestigio de esta Fraternidad, pero no es menos cierto que la aceptación y el reconocimiento social que alcanzó fue gracias a la espiritualidad que desprendía y a la labor que desarrolló entre el pueblo madrileño.

Es por ese motivo que las hipótesis planteadas al principio de nuestro trabajo se han multiplicado conforme ha avanzado el análisis de la Institución, y han aparecido nuevas cuestiones. No son tanto del orden espiritual, como sí del comportamiento humano de los hermanos; lo cual nos ha llevado a preguntarnos: ¿tratándose de una institución de honda raíz religiosa, podían predominar sobre los objetivos espirituales de los aspirantes a ingreso los deseos de alcanzar cierto prestigio social o recibir auxilios materiales?; ¿de dónde procedían geográfica y socialmente?; ¿por qué los ingresos femeninos eran claramente superiores a los masculinos?; ¿se trataba simplemente de que la espiritualidad se manifestaba de forma más visible en la mujer que en el hombre, o ¿era que la necesidad se hacía más acuciante en la mujer en determinados sectores sociales, por abandono, orfandad o viudez?

Otro de nuestros objetivos en esta investigación ha estado en comprender las razones que movieron a individuos pertenecientes a los diferentes estratos sociales que conformaban la sociedad del Seiscientos, a asumir un mismo ideal de vida, y a formar parte, desde distintas circunstancias, de una institución que, por encima de cuestiones temporales, hacía ejercicio cotidiano de espiritualidad y de amor al prójimo. Analizaremos que convicciones de fe o qué sentimientos religiosos les llevó a dar ese paso, y también, de qué medios se valió la Fraternidad madrileña para arrogarse la función de articular a ese gran conjunto de hombres y mujeres. Todos ellos fueron partícipes de metas y objetivos, y todos hicieron de esta Institución una de las más prestigiosas de Madrid..

Se han definido las coordenadas temporales de este trabajo, tras realizar una reflexión sobre la fundación del Santo de Asís de las tres órdenes franciscanas en el siglo XIII, lo que nos ha parecido conveniente y necesario, para proyectar posteriormente lo que sería el objeto principal de nuestra investigación: la fundación y evolución de la Venerable Orden Tercera Seglar de Madrid en el siglo XVII. Está justificado que hayamos partido del año 1609, cuando se institucionaliza oficialmente, reinando Felipe III, y lo hayamos finalizado en las postrimerías del siglo, coincidiendo con los últimos años del reinado de Carlos II. Para entonces, el que en otro tiempo fue un pequeño grupo de hermanos, se había convertido en una institución profundamente respetada por el pueblo de Madrid. El acortar el periodo de estudio hubiese significado no poder mostrar los logros que la Orden consiguió en las últimas décadas del siglo XVII y que fueron fruto de su labor anterior.

Esta investigación ha tenido su principal fuente de información en el estudio y análisis de los libros de acuerdos, legajos y carpetas del *Archivo de la Venerable Orden*

*Tercera de Madrid*, un archivo privado patrimonio de esta Fraternidad que se ha visto enriquecido con el tiempo al recogerse en él no sólo los documentos que emanaban de la propia Institución o de sus vinculaciones con otras órdenes franciscanas, sino también por la documentación que llegaba de forma exógena, gracias a las donaciones y herencias con las que se vio favorecida desde su fundación.

Los libros de acuerdos recogen las actas de las juntas celebradas por el Discretorio o Consejo efectuadas desde 1609 hasta prácticamente nuestros días; por su perfecto estado de conservación, y la secuencia cronológica que presentan, han constituido una valiosa vía de estudio para la consecución de este trabajo. La misma riqueza documental la hemos encontrado en los cerca de mil legajos existentes en el Archivo, al que nos han remitido en muchas ocasiones las actas, esta segunda fuente nos ha permitido contrastar y completar nuestros análisis. Toda esa información, tanto manuscrita como impresa, nos ha ayudado a establecer criterios y hallar respuesta a muchas de nuestras hipótesis.

El largo y minucioso estudio que hemos realizado sobre las distintas juntas efectuadas entre 1609 y 1699 ha sido de incuestionable valor para establecer el cuerpo principal del trabajo, sin ese análisis no habiésemos podido conocer los orígenes de la Orden ni el proceso de su formación y desarrollo. Tampoco, con qué frecuencia se convocaban las juntas y qué asuntos ocupaban la mayor parte de las sesiones; qué posturas se adoptaban ante determinadas conductas y cómo se afrontaban los conflictos; qué relaciones mantenía la Fraternidad con la jerarquía franciscana y con otras instituciones; de qué forma pusieron en práctica la labor asistencial entre sus hermanos necesitados y por qué nunca les faltó el respaldo de la Iglesia y de la Monarquía, expresado en bulas, breves, patentes, pragmáticas, cartas reales, etc.

Hemos completado nuestra investigación con la documentación recogida en otras fuentes archivísticas y bibliotecarias: *Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Madrid*, en donde hemos consultado testamentos, inventarios, herencias, capitulaciones matrimoniales, pleitos, etc., de personas estrechamente vinculadas a la Venerable Orden Tercera de Madrid; en el *Archivo Histórico Nacional* hemos analizado expedientes de caballeros de hábito de órdenes militares, de familiares de la Inquisición o miembros de los Consejos, hermanos pertenecientes a la Institución. Igual de valiosos han sido el *Archivo Municipal de la Villa de Madrid*, el *Archivo del Instituto de Estudios franciscanos*, y el *Archivo Arzobispal de Madrid*.

En la *Biblioteca Nacional* hemos recogido datos muy interesantes con respecto a las órdenes terceras franciscanas en general, aunque con respecto a la historiografía concerniente al tema objeto principal de nuestro estudio, la Orden Tercera Seglar franciscana de Madrid, hemos podido comprobar que es escasa, por no decir inexistente. Esa ausencia, que ha impedido que tengamos un referente de partida, ha significado que el trabajo de archivo haya sido considerado por nuestra parte como muy valioso.

Es nuestro deseo reproducir con fidelidad el modo de vida específico de una comunidad religioso-seglar franciscana, su fundación, su evolución, sus objetivos, su permanencia, el espacio que ocupó en la ortodoxia católica; oficialmente reconocida en 1609, y que ha permanecido durante casi cuatrocientos años entre la sociedad madrileña. Si damos por cierto que en épocas anteriores pudo haber terciarios franciscanos en la Villa, como afirma algún autor, no ha sido posible encontrar datos fidedignos que nos permitan pensar que si los hubo, estuviesen constituidos y organizados como una auténtica fraternidad.

No queremos dar por terminada nuestra investigación sin dar las gracias a nuestro director de tesis, el profesor Ignacio Ruiz Rodríguez, por su constante apoyo académico, su tiempo y su paciencia. Sin sus consejos y estímulo este trabajo, probablemente, no hubiese llegado a su fin.

También al profesor Martínez Ripoll, quien amablemente en más de una ocasión ha despejado algunas de nuestras dudas y nos ha hecho comprender el por qué de la presencia de los símbolos, que a veces tienen más fuerza que las palabras. Igualmente nuestro agradecimiento para el profesor Contreras, a quien debemos el que reflexiones que en su día expuso en clase despertasen nuestro interés por la investigación, muchas de ellas presentes en estas páginas.

A la Venerable Orden Tercera, VOT, por su amabilidad al permitirme usar su Archivo: A su ministro Antonio Pérez, y a los hermanos y hermanas, Rosa Gayo, José Luis Broseta, Antonio Menéndez, Benigno Cuellas, Fernando Aragón y Luis Mariana.

A todos ellos, gracias.

# **I. ORIGEN DE LA ORDEN TERCERA SEGLAR FRANCISCANA: ENTRE LA SOCIEDAD ECLESIAL Y LA JERARQUÍA**

## ***1. INSTITUCIONALIZACIÓN DEL CRISTIANISMO Y SU EXPANSIÓN***

La expansión del cristianismo fue factible gracias a la unificación que de gran parte del mundo civilizado hizo el Imperio Romano. La unidad cultural, y en algún modo lingüística, de ese inmenso Imperio, y la caída de barreras materiales supuso para el primitivo cristianismo una disposición especial de la Divina Providencia. Llama la atención el crecimiento constante de una religión, pequeña en apariencia, que desprovista de recursos que le permitiesen prosperar, en lucha permanente contra la incompreensión de sus enemigos y rodeada de un ambiente altamente hostil, alcanzase tan notable éxito. Para muchos, su auge arrancaba de su sencillez y de la universalidad de su doctrina que, a diferencia de otros credos, dejaba de lado particularismos de etnias y comunidades. Su fundador, Cristo, desde un principio, había marcado el camino a seguir, que posteriormente los Apóstoles se encargaron de expandir, y en el que San Pablo, de manera eficaz, había dejado una huella muy profunda.

El cristianismo penetró en las distintas capas sociales, aunque caló con mayor fuerza entre los humildes y las gentes sencillas. El cristiano primitivo vivió intensamente la fe religiosa, e incluso en periodos de persecuciones violentas, la sociedad cristiana permaneció activa, sin limitar su esfuerzo a mantener una actitud puramente defensiva. Los cristianos recibían el bautismo y la confirmación (por la imposición de las manos de los Apóstoles), oraban en comunidad y asistían a la fracción del pan, es decir, a la renovación de la última Cena<sup>2</sup>. La fe cristiana se propagó con rapidez a través del orbe cultural helenístico-romano y de Oriente; esa fe, jurídicamente desconocida y reiteradamente perseguida, hubo de esperar a la llegada del siglo IV para alcanzar la victoria gracias al emperador Constantino el Grande, quien supo reconocer su fuerza, por ser capaz, a pesar de la sangre derramada, de resistir las terribles persecuciones ordenadas

---

<sup>2</sup>FERNÁNDEZ, S.: *Compendio de Historia Eclesiástica*, Madrid, 1957, pp. 52 y ss. El Imperio Romano siempre se mostró tolerante con los cultos de los pueblos vencidos; el yerno de Octavio, general Menenio Agripa, levantó un templo, el Panteón (s. I a de C), en donde se honraba a los dioses de los pueblos sometidos. El cristianismo, confundido al principio con el judaísmo, gozó de la misma tolerancia, pero la fuerza difusora y proselitista de la nueva doctrina se convirtió en un temible enemigo para las autoridades imperiales.

por los emperadores Decio, Valeriano y Diocleciano. Constantino utilizó esa joven vitalidad para robustecer y consolidar su Imperio<sup>3</sup>.

El cambio de actitud imperial tuvo como resultado el Edicto de Tolerancia, en el año 311, iniciándose a partir de entonces un nuevo orden en la situación religiosa de todo el ámbito del Imperio. Se otorgaba al cristianismo libertad para ser profesado y predicado, equiparándole jurídicamente al paganismo. El Emperador, que buscaba la paz religiosa y social para que redundase positivamente en el bien de su Imperio, tras el Edicto de Milán, en el año 313, de manera oficial reconoció a la comunidad cristiana y el derecho y la libertad de sus integrantes en la práctica de su credo<sup>4</sup>.

Pero el Edicto, que declaraba la legitimidad de todas las religiones, no podía estar largo tiempo vigente, y Constantino, que había abrazado el cristianismo, comprendió que esa creencia, esa ideología debía ocupar lugar preferente en sus dominios<sup>5</sup>.

El Emperador adoptó la postura de no intervenir con su autoridad en los asuntos internos de la Iglesia, no se declaró como su señor, y permitió la libertad de palabra a los obispos. Constantino se reservó para sí las convocatorias conciliares. El carácter sacro de los emperadores cobró fuerza con Constantino, en parte, por la atmósfera de gratitud con que se rodeó su figura salvadora, tras las victorias sobre los enemigos paganos y, también, por la legitimación oficial que hizo del cristianismo.

Ahora a la Iglesia se le abría la posibilidad de desarrollar una vida eclesiástica más rica, dedicando atención ilimitada a los fieles, predicando, instruyéndoles y administrándoles los sacramentos; ya era posible levantar hermosos edificios para el desempeño de la liturgia, y los autores cristianos con total libertad podían realizar los

---

<sup>3</sup>BAUS, K.: «De la Iglesia primitiva a los comienzos de la gran Iglesia», en *Historia de la Iglesia*, t. I, Barcelona 1965, p. 34. Los cristianos sufrieron las persecuciones dictadas por algunos de los emperadores que gobernaron entre los siglos I y IV d. C. Las acusaciones que pesaban sobre ellos eran diversas: ateísmo, desorden social, rebeldía, etc.; realmente lo que preocupaba a las autoridades era la fuerza creciente del cristianismo.

<sup>4</sup>EUSEBIO: «Vita Constantini», en *Historia Ecclesiae*, 8, 9 y 10: «En todo lugar sean fijados edictos del emperador victorioso lleno de humanidad y leyes que den testimonio de su generosidad y verdadero temor de Dios». Licinio, que en un principio se mostró conforme con la publicación del Edicto de Milán, mantuvo poco tiempo su palabra y renovó las persecuciones en el año 320; sólo en Armenia perecieron más de cuarenta mártires. Después de la derrota de Licinio bajo las tropas de Constantino, éste quedó como único Emperador.

<sup>5</sup>El primer relato sobre la conversión de Constantino lo ofrece Lactancio, preceptor de Crispo, hijo de Constantino. Lactancio asegura que el Emperador siempre se mostró particularmente sensible en los temas religiosos, probablemente influenciado por su madre Helena, quien también abrazó la fe cristiana. El enfrentamiento bélico entre Constantino y Magencio en el año 312 significó una campaña decisiva para Constantino, su ejército marchó bajo la protección del Dios de los cristianos, y tras la victoria, Constantino lo consideró como su protector. Véase Lactancio: *La muerte de los perseguidores*, año 313-320.

escritos pastorales y teológicos necesarios en cualquier religión<sup>6</sup>. La Iglesia, por fin, gozaba de autoridad para cristianizar la cultura pagana y crear una vida espiritual de cuño cristiano; la libertad le permitía salir de su enclaustramiento, si bien esa apertura la exponía a críticas y elementos extraños que podían contaminarla:

*«Et después un emperador que hubo en Roma que fue de nombre Constantino, dio gran poder al Papa en lo temporal, et todos los emperadores que fueron guardádoselo»<sup>7</sup>.*

El cristianismo alcanzó su apogeo cuando en el año 378 el emperador Teodosio lo declaró religión oficial del Estado. Comenzaba una nueva andadura para la religión cristiana y para la ciudad de Roma que se convertía en centro de la Cristiandad y sede del Romano Pontífice<sup>8</sup>.

La reflexión de que el sacramento del bautismo, única puerta de entrada a la Iglesia, hacía de los bautizados hombres libres de culpa e iguales en Cristo, había fortalecido el ánimo de los cristianos cuando se vieron sometidos a la amenaza de las persecuciones ordenadas por el Imperio Romano. En aquel entonces, los fieles vivían con la conciencia de que *“estaban en el mundo sin ser del mundo”*, rodeados de la incompreensión de los demás<sup>9</sup>. Al desaparecer ese peligro tan próximo y cambiar su situación, la igualdad y el equilibrio que había presidido la relación entre todos los cristianos se quebró en parte, estableciéndose notorias diferencias entre unos y otros, sobre todo, a medida que las comunidades cristianas se organizaban e institucionalizaban<sup>10</sup>.

De ahí, que surgiese en muchos creyentes cierto malestar, y que la Iglesia considerase necesario efectuar algunos cambios. El afán renovador, la necesidad de reforma, estuvo y estaría siempre presente en la Iglesia.

---

<sup>6</sup>BAUS, K., op. cit., p. 128.

<sup>7</sup>CLAVERO, B.: *Temas de Historia del Derecho. Derecho Común*, Sevilla, 1977, p. 50.

<sup>8</sup>Ibíd., pp. 335 y ss. En el año 314 Constantino entregaba al papa Silvestre el palacio de Letrán, en Roma. La ciudad pasaba a convertirse en Sede Episcopal y el lugar en donde después se erigiría la basílica de San Pedro.

<sup>9</sup>FORNES, J.: «Comentario al canon 204», en *Comentario exegético al Código de Derecho Canónico*, Pamplona, 1997, p. 34.

<sup>10</sup>GARCÍA VILLOSLADA, R.: *Historia de la Iglesia Católica en sus cinco grandes edades*, vol. I, Madrid, 1996, pp. 428 y ss.



## **2. ECLESIALIZACIÓN DE LA SOCIEDAD, JERARQUÍA CLERICAL: HORIZONTALIDAD VERSUS VERTICALIDAD**

Al principio, la comunidad cristiana bajo la jurisdicción de un obispo se llamó iglesia, ya que el nombre de diócesis, tomado de la administración civil, no se usó hasta el siglo IV<sup>11</sup>. En el curso del siglo III d. C. la iglesia, de la que dependía una gran extensión territorial, se dividió, según las necesidades, en varias iglesias filiales, agrupaciones que se llamaron primero títulos y después, a finales del siglo III, parroquias; valga decir que Roma contaba con veinticinco títulos. Entre los fieles cristianos se reconocía la primacía de Pedro y de sus sucesores, así lo atestiguan los múltiples testimonios de teólogos como San Clemente Romano, Ignacio de Antioquía y San Ireneo. En sus escritos existía conciencia de la autoridad primada de Roma, por entrega directa de los propios Apóstoles<sup>12</sup>.

Desde el año 235 la distinción entre clérigo y seglar estaba plenamente establecida y legitimada teológicamente por la Tradición Apostólica de Hipólito Romano<sup>13</sup>, que fue testigo de la conclusión de un proceso en el que la Iglesia pasaba de ser una organización fraternal a una estructura social, con dirigentes y dirigidos<sup>14</sup>, si bien, se insistió en que la

---

<sup>11</sup>«Iglesia, sociedad de los amigos de Cristo, de los que le aman, son amados y se aman entre sí por su amor a Él. Es fraternidad y es caridad». Así definía Ignacio de Antioquía en el siglo I a la Iglesia. Recomendaba a los cristianos sumisión a la jerarquía eclesiástica y les alertaba en contra de las herejías, FLICHE, A. y MARTÍN, V.: *Historia de la Iglesia de los orígenes a nuestros días*, t. I, Valencia, 1974-2000, p. 393.

<sup>12</sup>San Clemente Romano, tercer sucesor de Pedro, envió hacia el año 96 una carta a la Iglesia de Corinto en la que advertía a ésta de su autoridad. San Ignacio de Antioquía llamaba a la Iglesia de Roma “*Cabeza de caridad*”, es decir, de la comunidad cristiana o de la Iglesia Universal. San Ireneo, en el año 180, escribía: “(...) a esta Iglesia, la romana, por su preeminencia poderosa, es necesario que se unan los fieles de todas partes, pues en ella se han conservado siempre la tradición recibida de los Apóstoles”. VV. AA.: *Compendio de Historia Eclesiástica*, Madrid, 1957, pp. 77 y 78.

<sup>13</sup>La voz laico procede del termino griego “laos”, pueblo, por ese motivo en el origen de la Iglesia tuvo sentido religioso como pueblo elegido por Dios. Habría que distinguirlo de “kleros”, los seleccionados, es decir, los sacerdotes encargados del ejercicio del culto. Sin embargo, con el paso del tiempo el término “laico” se fue identificando con la idea de secular, lo no sagrado, e incluso en alguna época histórica (liberalismo) se le atribuyó un sentido aconfesional.

<sup>14</sup>En el desarrollo de la Iglesia y durante sus primeros siglos, fueron varios los polemistas y teólogos que dedicaron escritos no sólo a su defensa frente a los agnósticos, sino también para exponer con la máxima claridad posible la doctrina ortodoxa. Hipólito Romano fue un erudito escritor, que aunque latino, escribió en griego; discípulo de San Ireneo, presbítero de la iglesia local y después obispo, fue un valiente defensor de la Iglesia Católica. Sus obras tuvieron tal trascendencia que durante un tiempo se creyó que la primera de ellas, *Philosophúmena*, o refutación de todas las herejías, era obra de Orígenes. Hipólito compartió con éste su amor al estudio de la Biblia, y trabajó para que se mantuviese la tradición apostólica. Se le atribuyen treinta y cinco obras que versan sobre las Sagradas Escrituras, los ordenamientos eclesiásticos, la administración del bautismo, la celebración de la Eucaristía, la refutación de las herejías, la historia religiosa, dogmática y moral, la disciplina canónica, etc. También escribió sobre el Universo. Véase JEDIN, H.: *Historia de la Iglesia*, t. I, Barcelona, 1972, p. 361. Orígenes, contemporáneo de Hipólito, nacido en el seno de un hogar cristiano, fue profesor de los catecúmenos y un estudioso de la Biblia, de las epístolas paulinas y de los Evangelios. Su deseo era tratar los escritos sagrados de la forma más fidedigna posible para

caridad hacia el prójimo estaba y estaría siempre presente en la Iglesia, contando para ello con la asistencia del Espíritu Santo<sup>15</sup>.

Apenas la Iglesia se vio libre de persecuciones, hubo de enfrentarse a otro tipo de lucha para defenderse de los ataques de aquellos cristianos que se mostraban disconformes con la doctrina. No todo era paz y armonía en la comunidad cristiana, el crecimiento de esa religión había supuesto enfrentamientos, incluso en el seno de la propia comunidad, propiciados por los dogmas fundamentales que no estaban claramente definidos. El conflicto se había presentado, en el caso de los donatistas y pelagianos, por faltas de orden disciplinar, y en cuanto a macedonianos, arrianos, nestorianos y priscilianistas, por no querer someterse a los dogmas. Esas disensiones supusieron un gravísimo problema para la Institución Eclesial, y en su erradicación tuvieron un papel esencial las figuras de insignes filósofos cristianos de la talla de San Basilio (329-379), San Ambrosio (340-397), San Jerónimo (342-420) y San Agustín (354-430).

Este último, filósofo eminente y teólogo consumado, fue capaz de convertir la palabra y la pluma, gracias a su elocuencia y a su acerado saber, en el azote de los movimientos heréticos. Tomando de la Antigüedad el orden del mundo, dedicó su vida a crear una inmensa, variada y original producción literaria en la que defendió la posición que de manera tan dolorosa y sufrida había alcanzado la Iglesia.

Hábil polemista, sintetizó el significado de la doctrina católica en el *Enchiridion ad Laurentium*<sup>16</sup>, declarando que cada ser tiene su obligado lugar en un mundo jerarquizado, en el que Dios, que ocupa la cumbre, permite que sea el hombre quien asegure su propia salvación, tras la pugna desatada entre el bien y el mal, o lo que es lo mismo, entre la ciudad de Dios y la ciudad terrena. Es el individuo el que ha de buscar la verdad, ahondar

---

aprovecharlos en pro de la verdadera piedad cristiana. Fue considerado como el más importante de todos los teólogos orientales. Desgraciadamente su obra literaria se ha perdido al ser declarada en el Concilio de Constantinopla como proscrita. Su pensamiento siempre estuvo en defender el cristianismo. Sus obras "*Contra Celso*"; y la que puede considerarse como primera suma teológica, "*Principios*", nos lo muestran. El obispo Tertuliano, 160-225, había admitido la diferencia entre los cristianos únicamente en función de las asambleas de la comunidad, pero no admitía una justificación teológica; adelantaba el célebre dicho de San Agustín "*con vosotros soy cristiano, para vosotros soy obispo*".

<sup>15</sup>ÁLVAREZ GÓMEZ, J.: *Historia de la Iglesia, Edad Antigua*, Madrid, 1978, pp. 121-123. A partir de la paz de Constantino, la diferencia entre clérigos y laicos se fue haciendo más profunda; los clérigos, empezando por el propio obispo de Roma, y gracias a la falsa Donación de Constantino, quisieron ser equiparados al rango imperial, y los presbíteros al senatorial, mientras que a los laicos se les consideraba plebe.

<sup>16</sup>OROZ. J.: «Enchiridion ad Laurentium», en *San Agustín, Cultura clásica y cristianismo*, Universidad Pontificia de Salamanca, 1963, pp. 169-172.

en la fe, y someterse a la Iglesia aceptando su autoridad<sup>17</sup> El pensamiento que San Agustín expuso en su obra “*La ciudad de Dios*” fue el pilar en el que se fundamentó y sostuvo la concepción del Imperio Cristiano durante buena parte de la Edad Media, y hasta la llegada de la Escolástica<sup>18</sup>.

Sobre esa sólida base, y a pesar de las tensiones suscitadas por la bicefalia política, la unidad cultural se impuso de manera progresiva. En el siglo VIII, año 752, se avanzó un paso más, cuando el papa Esteban II, queriendo mantener su independencia terrenal y espiritual frente a la fuerza del Imperio Romano de Oriente, se situó bajo la protección franca. Los lombardos amenazaban no sólo los territorios italianos, sino también la soberanía temporal del Papado; el Pontífice al no poder enfrentarse en solitario a la situación, solicitó la ayuda de Constantinopla, y al no recibirla hizo un llamamiento al rey franco. Pipino acudió en su socorro, y tras vencer a los invasores entregó al Papa las provincias recién conquistadas. Años después fue ratificada esa donación, y ampliada por Carlomagno, hijo de Pipino, constituyéndose de forma definitiva el patrimonio de San Pedro, un patrimonio que despertaría la codicia de la aristocracia romana, que llevada por su ambición originaría tumultos y enfrentamientos durante siglos. Por ese y otros motivos el Papado, en su aspiración de mantener independiente su poder territorial, no dudaría en recurrir en momentos de crisis a la documentación falsa que le proporcionó la *Constitutio Constantini*” o donación del emperador Constantino.

Cuando Roma legitimó y sancionó con la unción real a la dinastía franca, “el soberano lo es *Dei gratia*”, no mejoraron los asuntos de la Iglesia, en cuanto a su independencia terrenal, al seguir practicando los monarcas francos una política de intervención en los asuntos eclesiásticos. Carlomagno aprovechó su cada vez más acentuado poder y la entonces creciente debilidad del Papado para abandonar las antiguas fórmulas agustinianas y proponer la tesis del cesareopapismo, según la cual la jefatura de la Christianitas sería ejercida por el Emperador, mientras que el papel de la Iglesia se reduciría a atender los asuntos eclesiásticos y la espiritualidad de sus fieles<sup>19</sup>. Las discrepancias no significaban que el Soberano abandonase su tutela sobre la Iglesia, pues

---

<sup>17</sup>Ibídem, pp. 169-172.

<sup>18</sup>SAN AGUSTÍN: *La Ciudad de Dios*, Colección hispánica de autores griegos y latinos, Madrid, 1953.

<sup>19</sup>Desde mediados del siglo IX se elaboraron documentos que condujeron a liberar de intromisiones temporales el dominio eclesiástico, fueron las llamadas “*Falsas Decretales*”, redactadas dentro del espíritu de la falsa Donación de Constantino. En los escritos se resaltaba la autonomía romana con respecto a Oriente, remontándose al gobierno del emperador Constantino el Grande, y afirmando que había legado al Papado no sólo la ciudad de Roma sino también la mitad del Imperio de Occidente.

siguió defendiéndola de lombardos y sajones, fomentando la predicación del cristianismo y apoyándose en muchas de las disposiciones eclesiásticas para publicar leyes que favorecieron la cultura en su Imperio.

La inseguridad reinante en el territorio, y el sentirse objeto de las ambiciones y turbulencias de la nobleza romana, motivó que otro Papa, León III, pusiese sus dominios y su persona bajo la protección del Rey franco. En la Navidad del año 800, en la basílica de San Pedro, Carlomagno fue coronado Emperador de Occidente, constituyéndose así el Sacro Imperio Romano. Tal hecho tuvo como consecuencia que se delimitaran las diócesis, se cuestionara la autoridad de los obispos y se interviniera en sus nombramientos<sup>20</sup>. Las elecciones no siempre resultaban ser idóneas para el desempeño del ministerio episcopal, ya que primaban en ellas los nombramientos de personas que, a los ojos del Monarca, velasen con total lealtad por los intereses del Imperio<sup>21</sup>.

Con el apoyo de la Iglesia, Carlomagno combatió las rebeldías de los señores, entregó territorios en feudo, impuso abades en los monasterios, y convocó concilios; de esa forma la Iglesia se convertía en eje o pieza esencial para el gobierno real. La presión a la que aquella se veía sometida, no partía sólo del Emperador, sino también de los príncipes y nobles que en sus respectivos territorios habían llegado a alcanzar ese mismo derecho<sup>22</sup>.

Se había puesto en marcha la sustitución de una sociedad de tipo antiguo por otra medieval en la que el pueblo de Dios se asentaba en el pequeño espacio de la familia, la aldea, el señorío o el principado. La Iglesia había conseguido que la noción geográfica de Occidente se convirtiera en una realidad cultural, la Christianitas, un conjunto de tierras y de hombres que tenían por lengua litúrgica el latín y cuya obediencia, en materia religiosa,

---

<sup>20</sup>Los obispos en el orden eclesiástico, al igual que el Papa, eran considerados pontífices o “*Vicarii Dei*”, significándose su común supremacía, su rango sacramental común. La autonomía de sus determinaciones se vio dañada por la intervención temporal de reyes y señores en el ámbito eclesiástico. CLAVERO, B., op. cit., p. 52.

<sup>21</sup>Ibídem, pp. 19 y 20. «Desde el siglo IV, cuando comenzó a desarrollarse un derecho de la Iglesia o de la comunidad cristiana (extendiéndose no solo a la ordenación interna de aquella, sino también a la regulación de la vida de ésta), las tradiciones canónicas se habían desenvuelto de una forma harto particularizada en cada territorio, y aun contradictoria, dado los avatares políticos alto medievales. Diversos intentos de recopilación canónica en esta época pecaron por lo común de manifiesta parcialidad, no sólo en cuanto a los textos disponibles sino también, en cuanto a sus criterios inspiradores que podían inclinarse del lado de los poderes laicos frente a los eclesiásticos o del lado de los obispos frente al pontificado o frente a las órdenes religiosas. La dificultad residía en que no existía un corpus histórico para la composición de un texto de derecho canónico».

<sup>22</sup>BAUS, K., op. cit., t. II, Barcelona 1965, p. 82.

los vinculaba a la cabeza constituida por el obispo de Roma. Hegemonía de un Papa en la Iglesia y hegemonía de una Iglesia en el Mundo<sup>23</sup>

Mientras, los príncipes italianos seguían disputándose la tiara como si de una presa se tratase. No hubo grandes cambios cuando gobernaron los sucesores de Carlomagno, tampoco ellos permitieron que la Iglesia actuase como institución independiente, estimando que si el Papa representaba una alta dignidad, no menos alta era la que ocupaba el Emperador<sup>24</sup>. Se establecía, ya de manera abierta, una pugna entre dos concepciones de poder, y ello iba a significar un cambio para el mundo cristiano<sup>25</sup>. Los deseos de libertad y reforma por parte del Papado reflejaban hostilidades hacia los poderes laicos que pugnaban por entrometerse en cuestiones religiosas, siendo en esos años de configuración reformista cuando la división de clérigos y laicos se perfiló de forma más nítida<sup>26</sup>. El final del siglo noveno y todo el décimo fueron años de crispación para el Papado, que estuvo en ocasiones a merced de las grandes familias de la nobleza romana. En medio de ese caos se sucedieron hasta veinticuatro pontífices<sup>27</sup>.

En el año 962 el papa Juan XII de nuevo reclamó el apoyo de Otón el Grande, rey de Germania<sup>28</sup>, quien después de ser proclamado Emperador restauró el Imperio Romano

---

<sup>23</sup>GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. y SESMA MUÑOZ, J. A.: *Historia de la Edad Media, una síntesis interpretativa*, Madrid, 1988, p. 385. Mas recientemente para España, ÁLVAREZ PALENZUELA, V. Á., (coord.): *Historia de España de la Edad Media*, ed. Ariel, pp. 24-25, 45 y ss., Madrid, 2002.

<sup>24</sup>Ibídem, p. 200. El emperador Ludovico, hijo de Carlomagno, prosiguió con las reformas iniciadas por su padre en el seno de la Iglesia, y a propósito de ello convocó un concilio en el año 816, en Aquisgrán. La Reforma atañía a clérigos, monjes y monjas, y aunque afectaba en mayor medida a la Iglesia franca también atañía a la romana. Se suprimieron privilegios eclesiásticos y se establecieron las visitas de control para comprobar que se llevaban a efecto los cambios. En la publicación del “*Ordinatio Imperii*”, año 817, se expuso que Reino e Iglesia eran una unidad querida por Dios, y en esa unidad se basaba la paz eterna del pueblo cristiano. El oficio de emperador se concebía como el episcopal, la monarquía como el sacerdotal, y si bien se respetaba la libertad de la Iglesia en la elección papal, y la autonomía en la administración de justicia en los Estados de la Iglesia, ésta supo comprender que su poder se debilitaba, lo que se confirmó en el año 824, cuando vio la luz la “*Constitutio Romana*” que garantizaba la soberanía del Emperador sobre el Estado de la Iglesia.

<sup>25</sup>En carta al emperador de Constantinopla, Anastasio, el papa Gelasio I (492-496) quiso distinguir entre los dos poderes y aunque defendió la autonomía de ambos, reconoció la superioridad moral del espiritual sobre el político. Los obispos eran responsables ante Dios de los soberanos temporales, y por encima de estos estaban los sacerdotes, en tanto que eran administradores de los sacramentos. El Emperador, por ser miembro de la Iglesia, debía subordinarse a la disciplina eclesiástica. *Patrología Latina*, t. LIX, col. 42.

<sup>26</sup>*Diccionario enciclopédico de Espasa*, t. II, Madrid, 1995, pp. 2255-2256. El emperador germánico Otón III, que asumió el poder en el año 962, tuvo diversas confrontaciones con el Papado, por asumir poderes que no le correspondían. Aunque más graves fueron los enfrentamientos de Otón IV (1175-1218), ya que sus problemas con el papa Inocencio III le llevaron en 1210 hasta la excomunión.

<sup>27</sup>KINDER H.: *Atlas Histórico Mundial*, Madrid, 1998, p. 146.

<sup>28</sup>El Emperador, aunque restableció el orden en Italia, se arrogó el derecho de imponer su candidato en la elección de Pontífice. La Iglesia padeció este abuso durante años hasta que en 1073 la mano enérgica de Gregorio VII terminó con esa imposición. GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, L.: *Papado Cruzadas, Órdenes Militares, siglos XI- XIII*, Madrid, 1995, pp. 22 y ss.

Germánico<sup>29</sup>. La dignidad imperial se mantenía íntimamente unida a la tradición romana, el Papa, Vicario de Cristo, gozaba de supremacía sobre el conjunto de la Iglesia, fundación de Cristo y su legítima representante en la tierra, pero también el Emperador, protector del Pontífice Romano, ocupaba un lugar relevante<sup>30</sup>. La situación de que dos instituciones con autoridad inherente, que teóricamente provenía de Dios, tuvieran que convivir en una sociedad concreta no podía ser estable; desde el momento en que ambas tenían ansias de mando, la cohabitación podía quebrarse al ser muchos los intereses que se entrecruzaban<sup>31</sup>.

Fue una época difícil para los sucesores de Pedro, que debieron enfrentarse a graves problemas de índole terrenal, viéndose obligados a ser árbitros en cuestiones y contiendas, de las que, o por las intervenciones alemanas o por la prepotencia de las facciones romanas, finalmente resultaban dañados, lo que se traducía en pérdida de poder político, moral y espiritual. El Papado necesitaba desligarse de esas molestas ligaduras, pero se lo impedía el hecho de que el Emperador se creyese señalado por la Divinidad para conducir al pueblo cristiano a la salvación.

Paralelamente a esos acontecimientos, los laicos<sup>32</sup> perdían el protagonismo y la actividad que en labores de beneficencia y colaboración habían gozado en tiempos pasados en el seno de la Iglesia. En los siglos III y IV la Iglesia había perfilado las diferencias que existían entre los distintos fieles que componían la comunidad cristiana, estableciendo una división entre clérigos, monjes y seglares. Esa distinción encontró

---

<sup>29</sup>CLAUVERO, B., op. cit., pp. 46 y 47: «La Iglesia Romana promovió desde principios del siglo IX, junto a ella o bajo ella, según las circunstancias, la “*renovación*” del Imperio Romano, cuya titularidad acabó por recaer durante la Alta Edad Media en príncipes alemanes. Estos, a finales del siglo XI, como medio de reafirmar su autoridad teóricamente universal, al tiempo que la Iglesia emprendía una operación análoga, insistieron en su carácter romano. Ese derecho imperial, romano y medieval, había de ser, según la pretensión de los emperadores, el derecho único, de un único Imperio». Bajo Federico I, Barbarroja, el Imperio adquirió el título de sagrado (Sacro Imperio), igual que la Iglesia, hasta el punto que con los Stauffer cundió la idea de que el Imperio provenía directamente de Dios y recibía su concreción histórica por medio de los príncipes electores.

<sup>30</sup>En los últimos decenios, basándose en estudios sobre el Evangelio, sobre la antigüedad cristiana y la tradición patrística se han propuesto otros conceptos que complementan los ya expuestos: ha habido un redescubrimiento de Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo, idea claramente expresada por San Pablo, que manifiesta una decidida vuelta a las fuentes; e Iglesia Pueblo de Dios, con el deseo de que se efectúe una íntima unión del mundo cristiano con la Madre Iglesia que permita la participación del laico en su liturgia. Este espíritu de apertura hacia el pueblo cristiano ha sido ratificado por diversas encíclicas de los papas, Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI. GARCÍA VILLOSLADA, R., op. cit., pp. 57-59.

<sup>31</sup>GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. y SESMA MUÑOZ, J. A., op. cit., pp. 440 y ss. Existía la convicción de que la sociedad europea cristiana, la Christianitas, constituía un único cuerpo social con dos componentes, uno espiritual y otro material. El conjunto de los dos debía de ser regido por una sola voluntad, la *auctoritas*, a la que se sometería cada poder, la *potestas*. Para algunos de los teóricos, la jerarquía debía de estar encabezada por el *Sacerdotium*, según otros, por el *Regnum*.

<sup>32</sup>Empleamos la palabra laico en su concepto de lego, como contraposición a eclesiástico.

fijación jurídica al finalizar las persecuciones, entonces, ya sin riesgos, relajadas las relaciones entre laicado y clero, acabaron las dependencias entre uno y otro y se hicieron públicas algunas de las prerrogativas de las que empezaban a gozar los eclesiásticos<sup>33</sup>. Todavía entonces, aunque en corta medida, los seglares colaboraban en funciones de apostolado: instruyendo a los catecúmenos para la recepción del bautismo, bautizando en extrema necesidad a los moribundos y participando en la elección de obispos<sup>34</sup>.

En el siglo X la labor eclesial ya estaba prácticamente ejercida por monjes y clérigos, mientras que la participación de los seglares pasaba a ser considerada como una concesión<sup>35</sup>. Se habían establecido principios de autoridad que descansaban en los obispos, entregados a elaborar una doctrina común, que después se pondría en manos de clérigos instruidos, y no en otros de escaso nivel cultural poco acorde con las necesidades del momento.

Sin embargo, la Iglesia, denominación que el mismo Jesucristo concedió a la sociedad formada por Apóstoles y discípulos, como comunidad cristiana y como unión de todos los fieles, era consciente de la importancia y finalidad del apostolado seglar y de su labor de militancia, por lo que no deseaba prescindir de manera total de esa contribución, recordando las palabras de San Agustín: *“El seglar de vida cristiana puede ganar mejor que nadie al pagano para el cristianismo”*<sup>36</sup>.

El proceso reformador, que se había iniciado después del año 910 en Cluny y que alcanzaba a otras órdenes monásticas, tenía como objetivo la erradicación de vicios existentes en la Iglesia, ya que la simonía y el nicolaísmo se habían hecho costumbre entre una parte de la clerecía, además, se deseaba reforzar y unificar la liturgia eclesiástica<sup>37</sup>. El afán de reforma que desde tiempo atrás compartían eclesiásticos y laicos, el papa León IX

---

<sup>33</sup>Las diferencias se hacían notorias, principalmente: en las basílicas, donde el clero ocupaba un lugar vedado para el pueblo; o en las procesiones, en el que se imponía un orden jerárquico: clero, monjes, vírgenes y viudas y, finalmente, el pueblo. BAUS, K., op. cit., p 454.

<sup>34</sup>VICTRICIO: *De Laude Sanctorum*, 2-3. El papa León II prohibió a los seglares la predicación.

<sup>35</sup>CONGAR, H.: *Jalones para Teología del Laicado*, Burdeos 1961, pp. 28-30. Se cita el canon del Decreto de Graciano como expresión de la división de los fieles: *«Hay dos clases de cristianos, unos entregados al oficio divino y dedicados a la contemplación y la oración que deben apartarse de las cosas temporales; tales son los clérigos y los entregados a Dios. Hay otra clase de cristianos, que son los laicos. A ellos está permitido poseer bienes temporales, pero solo por las necesidades de uso»*.

<sup>36</sup>SAN AGUSTÍN, *Retract*, 1, 3.

<sup>37</sup>GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, L., op. cit., pp. 64 y ss. En el año 910, el duque Guillermo de Aquitania fundaba la abadía de Cluny en Borgoña. La fundación, desvinculada de todo poder eclesiástico o civil regional, se sometía a la exclusiva obediencia del Papado. Hasta el siglo X los monasterios benedictinos fueron autónomos, entonces comenzaron a agruparse en congregaciones bajo la autoridad de un abad general. La abadía de Cluny se convirtió en el brazo derecho del papa Gregorio VII cuando emprendió la Reforma en el seno de la Iglesia.

quiso llevarlo a término en 1049, y para ello convocó a Roma a eminentes teólogos y reformadores. Iniciados algunos cambios, fue menester esperar veinte años más a que tras la llegada al Papado del benedictino Hildebrando, papa Gregorio VII, los abusos del clero se combatesen con energía y se le obligase a cumplir los decretos reformistas<sup>38</sup>.

La Iglesia volvió a la antigua disciplina de tiempos pasados, quedando la elección de los obispos en manos del clero y de las comunidades de fieles, y la de los abades al criterio de sus capítulos. Hubo que establecer una política de jerarquización en el orden eclesiástico, independiente de los poderes laicos, que habrían de subordinarse a aquellos. Sin que terminasen los antiguos problemas entre Papado e Imperio, fue necesario hallar normas jurídicas que asegurasen la preeminencia del Papa y condenasen la intervención de los poderes temporales en los asuntos internos de la Iglesia y en la elección e investidura de laicos para ocupar la Cátedra de Pedro<sup>39</sup>. Gregorio VII encontró el soporte para poner en marcha sus pretensiones pontificias, presentando una relación (tal vez el proyecto de una recopilación canónica), conocida como “Dictatus Papae”<sup>40</sup>.

La emisión del documento en 1075 establecía la primacía papal y la manifestación de su autoridad como supremo dirigente de la Iglesia Universal. Ese poder facultaba al Pontífice a ejercer sin presiones la libertad de nombrar y deponer no sólo a obispos, sino también a reyes, pues siendo la más alta dignidad de la Iglesia, estaba por encima de cualquier poder temporal y libre de rendir cuentas ante ningún monarca. Se instituía el carácter soberano del Papa por encima de las leyes humanas, y a los “*decretales*” como verdaderas “*leges*”. Conforme a esos principios políticos, ahora efectivos, se estructuraba el gobierno central de la Iglesia Católica.

La Reforma Gregoriana (1073-1085) diseñó el marco por el que transcurriría la Cristiandad, y devolvió al clero y a los fieles el protagonismo que les correspondía en la comunidad cristiana, frente a los señores feudales que monopolizaban la vida de la Iglesia.

---

<sup>38</sup>MITRE, E.: *Introducción a la Historia de la Edad Media Europea*, Madrid, 1976, p. 183.

<sup>39</sup>CLAVERO, B., op. cit., pp.52 y ss. Bartolomé Clavero afirma: “(...) que una plenitud postestatis del pontífice romano con contenido político y jurisdiccional preciso era difícil de fundar en textos romanos y en textos canónicos tradicionales, aunque en este segundo campo se le reconoce auctoritas moral como obispo de Roma sobre la Iglesia”.

<sup>40</sup>Ibíd. Al campo de los textos romanos se atribuye en la Alta Edad Media el documento, “Dictatus Papae”, que hoy sabemos falso, pero que entonces se tuvo como auténtico y que fue recogido en la colección canónica, “La Constitutio Constantini” o donación del emperador Constantino al Pontífice, y del que en el siglo XI el Papado sacó provecho en aras de su política centralizadora. En su texto se decía que la dignidad del obispo de Roma no podía ser compartida por los demás obispos; que el Papa sin la asistencia del concilio tenía facultad para deponer o trasladar la Sede, que podía convocar concilios, que las colecciones canónicas sólo tendrían validez si recibían su aprobación, etc., en *Monumenta Germaniae Epistolae selecta*, II, pp. 201-208



En los momentos culminantes de la Reforma, la jerarquía eclesiástica se sirvió en gran medida de los seglares cristianos para liberar a la Iglesia de la tutela de los poderes temporales reclamados por el Papado, y a los que ni el emperador ni los señores estaban dispuestos a renunciar<sup>41</sup>. Gregorio VII consolidada su autoridad como Pontífice, en diversas ocasiones hubo de apoyarse en laicos que optaban por la libertad eclesial, frente a la postura defendida por Enrique IV (1056-1106).

El Papa, al margen de sus ambiciones terrenales, deseaba encontrar los medios que hiciesen posible su misión apostólica, corrigiendo abusos y restaurando el deteriorado prestigio social de la Iglesia Católica. La Reforma, al mismo tiempo que fortalecía estructuras eclesiales, controlaba de manera más práctica al elemento laico cristiano que, a su vez, buscaba participación espiritual en el seno de una Iglesia pasiva ante su demanda<sup>42</sup>. Se consiguió cuando se valoró positivamente la actividad de las clases dirigentes seglares, entonces el poder eclesial admitió la lucha por la fe, siempre manteniendo lealtad al Papado. El Pontífice otorgó privilegios a cambio de asistencia a la causa de la Iglesia, y de esa forma se sacralizaron el universo de la paz y de la guerra con voluntad de dominio universal<sup>43</sup>.

En ese contexto, por la violencia de la sociedad feudal, el expansionismo de la Iglesia y la intensificación del sentimiento religioso entre los fieles, se canalizaron factores que desencadenaron el movimiento de las Cruzadas<sup>44</sup>. Entre los siglos XI y XII, fueron varias las expediciones que se dirigieron a Tierra Santa, con el propósito de lograr primero su libertad y después mantener su protección. Casi todas ellas desembocaron en fracasos militares por la imposibilidad de aunar en un ideal común los intereses particulares de los participantes en la empresa. Las discrepancias entre el Papado y el Imperio impidieron la concentración de los esfuerzos y minaron la eficacia combativa de los expedicionarios<sup>45</sup>.

---

<sup>41</sup>En el Dictatus Papae se incluían veintisiete proposiciones defendiendo la plena potestad del Romano Pontífice. Esta proclamación dio paso a que el emperador Enrique IV y los obispos alemanes celebrasen un sínodo en la ciudad alemana de Worms, y declarasen depuesto al Papa. Esa medida dio lugar a una serie de acontecimientos: el Papa excomulgó al Emperador y, a su vez, el Imperio nombró otro Papa, Clemente II. La muerte de Gregorio VII alivió las tensiones entre el Papado y el Imperio; el talante flexible de Urbano II y la muerte del emperador Enrique IV, suavizaron antiguas discrepancias. Ver GARCÍA-GUIJARRO, L., op. cit., pp. 20 y ss

<sup>42</sup>VAUCHEZ, A.: «*Les laïcs au Moyen Age*», en *Pratiques et Expériences Religieuses*, París, 1987, p. 112.

<sup>43</sup>GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, L., op. cit., pp. 282 y ss.

<sup>44</sup>Ibíd.: *La primera cruzada novecientos años después: el Concilio de Clermont y los orígenes del movimiento cruzado*, Madrid, 1997, pp. 12 y ss.

<sup>45</sup>Ibíd., op. cit., pp. 15-16. El despliegue que llevó a cabo el Papado durante las cruzadas, aunque le benefició políticamente, afectó de manera grave a su prestigio, cuando surgieron corrientes laicas que consideraron que la misión de las cruzadas no estaba en lograr conquistas territoriales, sino simplemente en

El Papado promovió la creación de las órdenes militares para apoyar y consolidar su propio poder e independizarse del Imperio. Las órdenes fueron instituciones en las que se daban cita el ideal ascético y el monástico, la pobreza y la castidad, la obediencia y la protección al oprimido<sup>46</sup>. En las órdenes se ofrecía una mezcla e íntima unión de soldado y monje, una fusión de vida religiosa y actividad guerrera, espiritualidad y sentimiento caballeresco. Entre sus filas se integraba un ejército permanente dispuesto a entrar en batalla allí donde surgiese cualquier amenaza para la religión cristiana; los caballeros se convirtieron en el brazo armado de la Iglesia militante sujetos a estrictos votos religiosos y bajo el respeto y la observancia de una regla aprobada por la Santa Sede<sup>47</sup>. Fue esencial en las órdenes militares la estrecha conexión que existió entre ellas y la Sede Apostólica y su total sometimiento al Papado.

En el orden espiritual interno de la Iglesia, la Reforma Gregoriana buscó los orígenes del cristianismo y retomó la primitiva vida de los Apóstoles. Con altibajos, por las muchas dificultades que se presentaron, e incluso a veces con la pérdida de poder temporal, prosiguió con la tan ansiada renovación en la vida moral y religiosa de la Cristiandad, fraternidad, justicia y orden social, lo que sólo podría lograrse a través de la fe y la caridad<sup>48</sup>. El Pontificado, pausadamente, avanzaba hacia la cumbre de su auge y autoridad espiritual, ejerciendo su paternidad sobre monarcas y reinos cristianos. A la sombra de la Iglesia surgían universidades que impulsaban ese renacer espiritual, social y cultural. La Iglesia crecía y se consolidaba, mientras que otros poderes de la esfera política se debilitaban. Comenzaba el despertar en la construcción y desarrollo de las monarquías “nacionales” o territoriales.

---

llevar los Evangelios a los infieles. Con la guerra se asentaba la primacía de la Iglesia Romana en el ámbito espiritual y temporal, y al grito de “Dios lo quiere” se doblegaba a quienes no aceptaban o no se sometían a la Santa Sede.

<sup>46</sup>El origen de las órdenes militares estuvo en las cruzadas; la Iglesia, que siempre trató de moderar los instintos bélicos de los pueblos, terminó por santificar la profesión militar cuando se orientaba a combatir a los infieles o en defensa del Pontificado. En las órdenes, por circunstancias ajenas a sus objetivos primitivos: auxilio, defensa y cuidado de los peregrinos, se unieron otros factores de carácter militar, del mismo modo que se unieron Iglesia y “Estado”. Para más información, véase RUIZ RODRÍGUEZ, J. I.: *Las Órdenes Militares Castellanas en la Edad Moderna*, Madrid, 2001, pp. 7 y ss.

<sup>47</sup>RUIZ GÓMEZ, F.: *Las Órdenes Militares en la Península Ibérica*, Cuenca, 2000, p. 981. La Iglesia en los primeros siglos de su existencia estuvo en contra de la fuerza armada, pero a finales del XI se produjo una conciliación entre violencia y fe cristiana, sancionándose la primera siempre y cuando se ejerciese en beneficio de la propagación de la fe.

<sup>48</sup>Caridad como expresión de unión en determinados órganos de la Iglesia que tienen la función de mantenerla y manifestarla. Ahora la Cristiandad ya tiene conciencia de su unidad y de su jerarquía. FLICHE, A. y MARTÍN, V.: «La Iglesia Medieval», en op. cit., Valencia, 1978, p. 394.

Desde su suprema posición al frente de la Iglesia, el Papa, como padre y pastor, apelaba a la fidelidad de los laicos, presentándose ante ellos como soberano de una monarquía espiritual, frente a los poderes fácticos del Imperio y de las nacientes monarquías europeas. Se trataba de inculcar espiritualidad en el clero, y obediencia al Vicario de Cristo en los laicos, de ese modo se reforzaría el pensamiento de unión en el orbe cristiano. La Cristiandad, sin perder su independencia temporal, se sometía al poder espiritual del Papa, cabeza de la Iglesia.

En el Concordato de Worms (1122), que puso fin a la querella de las Investiduras, tras reconocer el Imperio la libertad de la Iglesia en la elección de los cargos eclesiales<sup>49</sup>, el Papado quiso estrechar los vínculos de unión entre Roma y las diócesis. Fue también el momento en el que los fieles laicos quisieron ensanchar su ámbito espiritual sin tener que recurrir necesariamente al monasterio, siendo Iglesia militante, se sentían desplazados. Confiando en la Reforma Gregoriana, y no encontrando su puesto en la Iglesia, pidieron que se les reconociesen unos derechos. Recelaban de un bajo clero con escasa autoridad e instrucción, y de un alto clero rechazado por lejano y absorto en la administración de sus amplios patrimonios. Los seglares comenzaron a preguntarse si la ordenación eclesiástica era la única vía capaz de llevar a cabo la obra de salvación realizada por Cristo o si, por el contrario, el cristiano estaba capacitado para conducir su propia vida conforme al Evangelio y alcanzar una perfección que, en modo alguno, debería ser patrimonio exclusivo de clérigos y monjes. Se cuestionaban si un sacerdote, aunque ordenado por la Iglesia, si no seguía el Evangelio con fidelidad, era capaz de llevar a cabo la obra de la salvación<sup>50</sup>.

A principios del siglo XII el punto de partida del movimiento secolar en contra del monopolio de la santidad cristiana estuvo en el redescubrimiento de los libros sagrados. Con hambre de Evangelio, pidió acceder a las Sagradas Escrituras sin la intervención del clero; ejercer el derecho al ministerio de la predicación itinerante al estilo de los Apóstoles; la práctica de la vida evangélica y el cultivo de la penitencia traducida en pobreza. Para encontrar el genuino mensaje de Jesús, los seglares reclamaban volver a los

---

<sup>49</sup> GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. y SESMA MUÑOZ, J. A., op. cit., p. 390. En el Concordato 1122, el papa Calixto II y el emperador Enrique V llegaron a un acuerdo sobre el tema de las investiduras: en adelante sería la autoridad eclesiástica la que libremente realizaría la elección de los obispos, que recibirían la consagración de manos del arzobispo, siendo el Emperador el que después, de forma simbólica, le entregaría su cetro. Por su parte el obispo recién consagrado le juraría fidelidad agradeciéndole los bienes recibidos

<sup>50</sup> ÁLVAREZ GÓMEZ, J.: «Los laicos en la Iglesia: las Terceras Órdenes», en *Verdad y Vida*, n.º 181, Madrid, 1988, pp. 7-29.

primitivos valores de la auténtica esencia del cristianismo, en una Iglesia no sólo entendida como dogma y tradición, sino también, como forma de vida. Esos deseos y prácticas, que rompían la estructura jerárquica de la Iglesia, no fueron del agrado de los altos dignatarios eclesiales, quienes se opusieron con firmeza alegando que la mayoría cristiana era gente sencilla, de escasa preparación, y que su incursión en ese terreno sólo podía llevarles a movimientos heréticos.

Aún con ese rechazo, por su perseverancia, el movimiento seglar logró introducirse en la vida cotidiana de la Iglesia, y resulta significativo que a finales del siglo XII y comienzos del XIII, fuesen muchos los fieles, hombres y mujeres, que de dos en dos recorrían los caminos europeos, especialmente los de Francia e Italia, predicando la palabra de Dios y viviendo en la más absoluta pobreza. La jerarquía eclesiástica, con la ayuda de los frailes mendicantes, había elaborado para esos seglares una pastoral que, teniendo en cuenta la diversificación de la sociedad, e insistiendo en las obligaciones inherentes a cada estado y a cada profesión, proponía nuevos modelos de santidad<sup>51</sup>.

Ya no importaba que el cristiano fuese soldado, mercader, campesino, jurista o clérigo; todos podían, cada uno desde su propia condición de vida, colaborar en la edificación de una Iglesia entendida como comunidad cristiana y congregación de todos los fieles<sup>52</sup>. En el siglo XIII, cuando la escolástica y el aristotelismo se abrieron paso, los seglares supieron que no era necesario renunciar al mundo para salvarse, puesto que estar y vivir en él constituía una opción vocacional, una llamada de Dios, una gracia salvífica, del mismo modo que lo era para los monjes el permanecer tras los muros de un monasterio<sup>53</sup>. Es más, los cristianos, por el mero hecho de serlo, eran “*regulares*”, porque para la comunidad cristiana existía una regla común, el Evangelio.

De esa forma, los laicos habían encontrado su propio camino en el ordenamiento eclesial, protagonizando innovaciones en el estilo de vida de la Iglesia, que si bien no hallaron eco ni en el Derecho Canónico ni en la mayoría de los teólogos, sí que lograron que el “movimiento penitencial”, penitencia como conversión permanente, como renovación personal en respuesta al amor de Dios, acompañada de la práctica de la caridad

---

<sup>51</sup>MEERSSEMANN, G. G.: *I penitenti nei secoli XI e XII*, Milán, 1968, pp. 306-309.

<sup>52</sup>Hasta entonces no había sido así, un abad cisterciense inglés, Gilberto Crespín, en plena querrela de las Investiduras sintetizaba en una carta una corriente de opinión monástica en la que decía: «(...) *nadie se puede salvar si no se conforma en la medida de lo posible con la vida del monje (...) Por lo mismo, cuando alguien se aparta de ella, se aleja del camino de la salvación y se acerca al de la perdición*», en LECLERCQ, J. (ed.): *Carta de la vida monástica*, París, 1953, p.21.

<sup>53</sup>ÁLVAREZ GÓMEZ, J.: «Los laicos...», en op. cit., pp. 121-123.

hacia el prójimo, se manifestase como una actitud ante la vida, imprimiéndole carácter religioso y cultural, lo que se tradujo en complejas y articuladas instituciones espirituales y sociales.

### **3. FRANCISCO DE ASÍS Y LA TERCERA ORDEN DE PENITENCIA**

En el siglo XIII, y enlazado con la evolución que sufría el pueblo cristiano, se hizo oír una nueva petición papal, motivada por el crecimiento económico y el desarrollo demográfico y social, que conmocionó el ordenamiento socio-político de Europa. Desde Roma se reclamaba ayuda en la difícil tarea de control espiritual que exigía el crecimiento de las ciudades y villas, a las que afluían inmigrantes y campesinos desheredados de la fortuna, buscando en ellas un último recurso.

El Pontífice consideraba que esa movilidad podía llegar a minar la fe de los cristianos alejándoles de los Evangelios, pues si en los centros urbanos no faltaban parroquias, no siempre los párrocos poseían la habilidad suficiente para explicar la doctrina y atraer a los descarriados. No se recurrió a los monjes, aislados en la soledad de sus monasterios, sino que se buscó la ayuda del “frater”, el fraile que convivía junto a los demás hombres y, por tanto, conocía la debilidad de la naturaleza humana; personas que predicaban con el ejemplo, practicaban la pobreza y vivían de las limosnas de los fieles. Tras la Reforma Gregoriana habían surgido nuevas órdenes conocidas como mendicantes, cuyos miembros eran personas que por su fe profunda y por la formación que recibían, sabían enfrentarse a errores heréticos, y estaban dispuestos a ponerse de forma inmediata al servicio del Papado<sup>54</sup>.

Sobre un fondo de extrema atomización política por la rivalidad existente entre las ciudades italianas, las órdenes mendicantes surgieron como respuesta a unas necesidades concretas en el tránsito de una sociedad rural a otra urbana, y de una religiosidad que

---

<sup>54</sup>En el siglo XII la Iglesia había reforzado su jerarquización interna y elaborado un código de Derecho Canónico. Ambos hechos contribuyeron a la progresiva definición de una norma doctrinal católica. En los años siguientes al Concilio III de Letrán (1179) y, principalmente, en los que correspondieron al pontificado de Inocencio III (1198-1216), se pusieron en marcha los instrumentos necesarios para realizar esa labor: se fundaron varias órdenes mendicantes, la Inquisición, y se implantó la doctrina acuñada en 1215 durante el IV Concilio de Letrán. Las órdenes mendicantes fueron instituciones autorizadas por el Papa para enmarcar los movimientos de renovación de la Iglesia y sus planteamientos doctrinales ante las nuevas demandas de la sociedad urbana, que presentaban inquietudes diferentes a las de la sociedad rural. Se hizo necesaria por parte de la Iglesia una acción firme y activa, y esa tarea fue cubierta fundamentalmente por dos órdenes surgidas en esas especiales circunstancias: la franciscana y la dominica. LE GOOF, J.: *San Francisco de Asís*, Madrid, 2003, pp. 16 y ss.

buscaba la propia salvación, a otra en la que era esencial el bien del prójimo y la práctica de la pobreza evangélica. Al ser instituciones autorizadas por el Papado, fueron marco de los movimientos de renovación que la Iglesia consideraba ajustados a sus planteamientos doctrinales y a las nuevas demandas sociales, siendo instrumentos de acción en una sociedad con necesidades de formación intelectual, de predicación y de misión frente a las herejías. Bajo ese denominador común actuaron franciscanos, dominicos, carmelitas y agustinos

Los mendicantes tradujeron los movimientos de pobreza y penitencia en una visión distinta del mundo, integrándose con los fieles para que entre estos floreciese una vida más acorde con el Evangelio. Propició el nacimiento de esas instituciones el que una parte de los cristianos se mostrasen disconformes con el prestigio social y político que la Iglesia había alcanzado desde el pontificado de Gregorio VII; las riquezas de obispos y abades que para unos eran testimonio del triunfo social del cristianismo, para otros significaban el abandono del auténtico sentir evangélico y la extinción del modelo de vida propuesto por Jesucristo.

En la Península Italiana fue Francisco Bernadone, Juan Bautista, en la pila bautismal, quien impulsó la penitencia voluntaria de los seglares, buscando un retorno a Dios. Juan Bautista había nacido en Asís en 1181 ó 1182, sin que sepamos la fecha exacta, ni los motivos que lo impulsaron, decidió el cambio de su nombre de pila por el de Francisco, denominación desconocida hasta entonces. Con respecto a ese punto se barajan varias hipótesis, entre ellas, que pudo ser un homenaje rendido por el padre del niño hacia la madre de origen francés, o quizá por la predilección y el dominio que el joven tuvo siempre hacia la lengua francesa.

Durante su niñez y juventud no se vislumbraron señales que hiciesen pensar en su posterior vocación religiosa, muy al contrario, siempre destacó por ser un acérrimo seguidor de las diversiones de la época, de la buena vida y del buen vestir. Siendo hijo de mercader y viviendo desahogadamente, gustaba hacerlo aún mejor, a la manera de los nobles y por encima de sus posibilidades; le atraían la cultura cortés, tan en boga en esa época, y la carrera de las armas, vinculada a la nobleza. En su ciudad natal, en 1201, Francisco encontró el marco adecuado para llevar acabo todos sus sueños. En la plaza militaba un grupo llamado “popular”, que liderado por algunos señores del lugar quería librar a su urbe no sólo de los poderes extranjeros que pugnaban por conseguir Asís, sino

también de la presión feudal a la que la sometían los nobles. En este bando se afilió Francisco.

Tras la victoria de este frente urbano frente a los nobles, gran parte de la nobleza buscó refugio en la vecina y rival ciudad de Perugia, que se vio obligada a proteger y defender los intereses de los acogidos y, posteriormente, declarar la guerra a Asís. En el año 1202 en el puente Giovanni, sobre el río Tíber, las fuerzas de Asís y Perugia se batieron, y en la lucha Francisco fue hecho prisionero. En el año que duró su cautiverio el joven enfermó gravemente, y durante la convalecencia, y después en la larga espera hacia la libertad, Francisco, por primera vez, se planteó lo que había sido su vida hasta entonces.

A pesar de esas meditaciones, cuando fue liberado persistieron sus deseos de gloria y su ansia por acometer honrosas empresas que resaltasen su valor, por lo que no tardó en volver a su anterior existencia, alistándose en 1205 a las órdenes de un noble de su ciudad, el conde Gualterio de Brienne, que luchaba al servicio del papa Inocencio III, y en contra de las tropas del emperador Otón IV<sup>55</sup>.

El joven Francisco se prestó con inusitado ardor a afrontar esa nueva etapa, sin embargo, algo cambió en su vida después de un sueño en el que se le instaba a que abandonase el ejército. Sumido en un estado de dudas y desasosiego, su intranquilidad aumentó cuando marchando con la tropa hacia Abulia le asaltó una visión que le hizo suspender la marcha. Después de una profunda reflexión comprendió que su destino estaba en otro lugar, debía abandonar sus deseos de gloria, y dedicar esas ansias a combatir a otro enemigo: el pecado, enemigo común de todos los hombres, y así buscar el camino de la salvación.

Con ese firme propósito, y ya de regreso a su ciudad natal, se retiró a una cueva cercana donde pudo orar y meditar en soledad durante un tiempo.

Francisco de Asís, tras escuchar la llamada de Cristo, sustituyó la cruzada de las armas por la acción misionera, abandonó una existencia cómoda por otra de austeridad y privaciones, cambió sus ricas vestiduras por una simple y tosca túnica de ermitaño, viajó a

---

<sup>55</sup>A la muerte del emperador Enrique VI en 1197, por la minoría de edad de su hijo Federico, le sucedió en el trono su hermano Felipe. Sin embargo, su tío Otón reclamaba, obstinadamente, su derecho al trono. En 1208 murió asesinado el emperador Felipe, e Inocencio III reconoció y coronó a Otón IV como Emperador. El nuevo Monarca invadió inmediatamente los bienes de la Iglesia y las Dos Sicilias. El Papa le excomulgó y el Imperio ofreció el trono al joven Federico. En 1213 Otón se retiró del poder tras ser vencido, primero por las tropas de Federico y más tarde por las de Felipe Augusto de Francia. VV. AA: *La Iglesia en la Edad Media*, t. V, Madrid, 1957

pie por caminos, pueblos y ciudades, y habló a las gentes de paz, amor al prójimo y del Reino de Dios que aún estaba por llegar.

No tardó en crecer a su alrededor un grupo de seguidores que deseaban, como él, vivir de trabajo y limosnas. Cuando sumaron siete, Francisco, igual que Jesús lo había hecho con los Apóstoles, los envió por parejas a predicar, con la recomendación de seguir fielmente el Evangelio, alternando la actividad urbana con el retiro espiritual, y la labor material con la oración que tanto consuelo proporcionaba al alma; a la postre, el fin era el mismo, servir a Dios. Esa manera de actuar no fue circunstancial, sino fruto de las pasadas reflexiones de Francisco. Ese mismo comportamiento lo tuvo años después, cuando ya constituida la Primera Orden envió a sus hermanos a la predicación.

La acción franciscana siempre estuvo comprometida con actividades arraigadas en procesos sociales urbanos, y su elección de vida consistió en buscar un lugar entre las gentes del común y los pobres, para tener más fácil el acceso a la conquista de sus almas<sup>56</sup>. Fue tan efectiva la labor del Santo y sus seguidores durante esos primeros años, que el movimiento penitencial seglar se fortaleció de manera notable, aunque Francisco sólo usó su carisma para favorecer al prójimo con absoluta fidelidad a la Iglesia y a los sacramentos.

A principios del siglo XIII, sobre un fondo de extrema atomización política por la rivalidad existente entre las ciudades italianas, las órdenes mendicantes surgieron como respuesta a unas necesidades concretas en el tránsito de una sociedad rural a otra urbana, y de una religiosidad que buscaba la propia salvación, a otra en la que era esencial el bien del prójimo y la práctica de la pobreza evangélica. Por ser instituciones autorizadas por el Papado, fueron marco de los movimientos de renovación que la Iglesia consideraba ajustados a sus planteamientos doctrinales y a las nuevas demandas sociales; fueron instrumentos de acción en una sociedad con necesidad de formación intelectual, de predicación, y de misión frente a las herejías. Bajo ese denominador común actuaron franciscanos, dominicos, carmelitas y agustinos.

Cuando inicia su camino hacia la pobreza, San Francisco abandona lo material, lo que le ata a la tierra, y se humilla. Sin embargo, no levantan muros a su alrededor, su ideal es una fraternidad abierta a todos y para todos. La vida que predicán se sustenta en la confianza en la Providencia Divina y en la generosa caridad de los fieles, una lección para

---

<sup>56</sup>FLOOD, D.: *Francisco de Asís y el movimiento franciscano*, Oñate, Guipúzcoa, 1996, p. 197.



aquellos que se afanaban en amasar grandes riquezas. Para Francisco esa primera etapa fue momento de grandes éxitos espirituales, y también de dolorosos fracasos y desconsuelos, cuando tropezó con la desconfianza de los que no comprendían su actitud desprendida. Ese recelo y el progresivo aumento de los que le seguían le obligaron a organizar el grupo de hermanos bajo una norma de vida o regla que les acercase de manera ordenada al ideal evangélico.

Los primitivos trazos de lo que podía ser una regla, corta y simple, conocida como “*Carta a todos los fieles*”, ofrecen unas normas extremadamente sencillas, sustentadas en pasajes del Evangelio. Para someterla a la aprobación del Santo Padre, en 1209, Francisco y sus frailes emprendieron viaje a Roma<sup>57</sup>. Un año después, el papa Inocencio III aprobaba, de forma verbal, que no escrita, lo que se ha considerado como la primera Regla franciscana. Tan reducida era que no cubría lagunas de carácter jurídico que con el transcurrir del tiempo y el crecimiento del grupo podían presentarse, pero en aquel momento, al Papa le pareció suficiente, y a Francisco le bastó.

El Pontífice impuso a los hermanos la obligación de obedecer al Fundador y éste, a su vez, prometió sumisión al Papado y a la jerarquía eclesiástica; al ser un grupo de laicos no recibieron las órdenes mayores, pero sí la tonsura<sup>58</sup>, y a Francisco se le confirió el diaconato<sup>59</sup>. Al regreso de Roma, los hermanos se mostraban contentos de los resultados obtenidos, puesto que no deseaban convertir su fraternidad en una estructurada orden religiosa; el hacerlo suponía estar sometidos a la organización formal de la Iglesia, una jerarquía organizada, perdiendo la autonomía de la que gozaban, y obligándoles a abandonar la naturaleza con que había nacido el grupo, una asociación de iguales, en la que cada uno de los hermanos seguía la voluntad del Espíritu Santo, y todos juntos constituían una institución. El objetivo del viaje a Roma había sido que se les otorgase licencia para predicar la doctrina cristiana, y ese fin se había cumplido<sup>60</sup>.

---

<sup>57</sup> «El laicado en la Iglesia. La Orden Franciscana Seglar», en *XXIX Semana Interprovincial Franciscana*, Madrid, 2001, p. 46. No se conoce la fecha exacta en la que San Francisco pudo redactar ese documento. El manuscrito estaba dirigido a todos los fieles, tanto clérigos como seglares, hombres o mujeres. Es un modelo de vida que reconoce la diversidad de estatus entre los fieles, pero sin establecer ningún tipo de jerarquías.

<sup>58</sup> VELEZ DE ARAGÓN, D. Z.: *Diccionario de la Lengua Castellana*, 17ª ed., Madrid, 1891, p. 2891. La tonsura es el primero de los grados clericales que se confiere por manos del obispo como preparación para recibir posteriormente el sacramento del Orden. La ceremonia se ejecuta cortando un pequeño círculo de pelo.

<sup>59</sup> Ministro eclesiástico de grado segundo en dignidad, inmediato al sacerdocio.

<sup>60</sup> Al no existir en esas fechas catecismos de doctrina cristiana para la instrucción religiosa de niños y gentes sencillas, y teniendo en cuenta que la mayoría del pueblo no sabía leer ni escribir, la predicación de los párrocos y obispos suplía esas carencias, aunque en más de una ocasión se descuidase ese deber, unas veces

Francisco, siendo consciente de la diversidad de estatus entre los fieles, no quiso establecer jerarquías entre ellos porque consideraba que en todos era común el querer vivir conforme al Evangelio. A su entender, la sociedad era una comunidad de creyentes que formaba parte del cuerpo místico de Cristo, y en ella todos eran iguales en el plano de la salvación, sin diferencias de género o clase<sup>61</sup>.

A la vuelta de Roma, de nuevo en la pequeña iglesia de la Porciúncula, cercana a Asís, Francisco creyó llegado el momento de imponer a los suyos un nombre, y como siempre, alejado de todo lo que significase vanidad, llamó a sus hermanos “*fratres minores*”<sup>62</sup>. El término expresaba el sentimiento del grupo, asemejarse a los siervos de la gleba, servidores de los más ricos y poderosos, los *maiores*. Eran frailecillos, pobres en bienes materiales, pero riquísimos en amor al prójimo, en sus deseos de servir a Dios y en aspirar a la perfección evangélica; reunían en sí, la austeridad de la vida monástica y el amor a la oración, y permutaban la soledad del monasterio por el continuo trasiego de convento a convento y de provincia en provincia<sup>63</sup>. De su espiritualidad surgía una corriente de abnegación y amor a Cristo, con una alegre inclinación a la pobreza, a la humildad y a la caridad. Ese íntimo sentimiento franciscano, dado el carácter popular del grupo no tardó en trascender al exterior y difundirse entre los fieles.

Extensa es la producción literaria del Santo, y aunque en todos y en cada uno de sus escritos se percibe su amor a Dios y al trabajo manual santificante, cabe destacar dos de sus obras: “*Testamento*”, que puede considerarse autobiográfica; y la que para muchos emana mayor espiritualidad, “*Carta a los fieles*”. De ésta se pueden extraer los contenidos esenciales de la Penitencia, cuando establece los principios básicos de religiosidad franciscana en materia de comportamiento, ejercicio de la virtud, amor a Dios, al prójimo y a los enemigos, y destaca la fuerza del Evangelio como arma eficaz para lograr la conversión de los escépticos. El documento, que es una relación entre el Evangelio y la práctica de la misericordia, habla de caridad y de limosna; de desprecio al cuerpo por sus

---

por ignorancia y otras por dedicarse los clérigos a menesteres que poco o nada tenían que ver con el ejercicio sagrado. Para acabar con esas deficiencias llegaron los mendicantes, sus predicaciones tenían carácter pastoral y exhortación penitencial, reservándose la enseñanza de los dogmas para los predicadores más instruidos. Sin embargo, a medida que los frailes progresaban intelectualmente y se enfrentaban a la herejía, creció su libertad de acción y pudieron enseñar el dogma. El paso de predicar a confesar fue inevitable, y se hizo en vida de San Francisco. FLICHE, A. y MARTÍN, V., op. cit., p.575.

<sup>61</sup>MANDONNET, P.: *Les règles et le gouvernement de l'Ordre de Penitentie au XIII siècle*, París, 1902, p. 246.

<sup>62</sup>El título de frailes menores no tiene sólo significado evangélico y ascético, sino también de unión con los excluidos socialmente.

<sup>63</sup>AGUIRRE, J.: *Disciplina eclesiástica*, Madrid, 1857, pp. 337 y 346.

vicios; de la confesión de los pecados; de la frecuencia con que se ha de recibir el sacramento de la Eucaristía; y del respeto que se debe a los religiosos que la administran<sup>64</sup>. Se rechaza la ambición, se impulsa la humildad, se censura el servir al mundo con sus apetitos carnales, preocupaciones y ambiciones, y se fomenta la práctica del ayuno y la abstinencia.

No había transcurrido mucho tiempo desde que se aprobó la Regla, cuando Inocencio III hizo un llamamiento a Francisco y a sus hermanos para que se constituyesen como una auténtica orden religiosa, y el Santo, que no tenía en su ánimo provocar fricciones con la jerarquía eclesiástica, pues era hombre que procedía del laicado y sus experiencias eran mundanas, si en el fondo le desagradó el deseo papal, no lo manifestó, cedió y obedeció aceptando el esquema propuesto por la Iglesia. Si a partir de entonces formaron parte del cuerpo eclesial, los objetivos del grupo no variaron, pues la comunidad mantuvo el primitivo espíritu franciscano de amor, servicio y entrega al prójimo.

A la Primera Orden de frailes, en 1212 siguió la fundación de la Orden Segunda, de *Damas Pobres* (clarisas), cuya dirección dejó el Fundador en manos de Clara Scifi. Al igual que había sucedido con Francisco, alrededor de la joven Clara se reunieron mujeres de distinta edad y condición social que después se recogieron en la localidad de San Damiano, en una casilla con una pequeña iglesia adjunta donde se entregaron a la oración, al trabajo y al sacrificio.

Llegó un momento en que el ideario de vida que ofrecía la *Carta a los fieles* resultó insuficiente para una organización que crecía en aspirantes y en objetivos, y Francisco creyó conveniente redactar una verdadera Regla que reemplazase a la anterior. Avanzado el año 1220, con la ayuda de fray Cesáreo de Spira, puso manos a la obra<sup>65</sup>. En un principio, redactó un borrador de veintitrés capítulos, que al igual que otros escritos del Santo, estaba impregnado de sabor evangélico, pero carente de orden.

Antes de que el documento fuese enviado a Roma para ser aprobado, Francisco creyó conveniente someterlo al juicio del cardenal Hugolino de Ostia, amigo personal y eminente jurista. El Cardenal lo retocó y abrevió a doce capítulos, y bajo sus expertos consejos se realizó la redacción definitiva, quedando finalmente impreso con un carácter

---

<sup>64</sup>HERRANZ, J., GARRIDO, J., GUERRA, J. A.: *Los escritos de Francisco y Clara de Asís*, Arantzazu, 2002, p. 71: «(...) y siempre que prediquéis, exhortad al pueblo a la Penitencia, y decid que nadie puede salvarse, sino el que recibe el Santísimo Cuerpo y Sangre del Señor».

<sup>65</sup>Dado que la Regla primitiva para esas fechas se había perdido, la que se redactó entre 1220 y 1221 fue considerada por algunos como la primera Regla franciscana.

muy ajeno al estilo del Fundador<sup>66</sup>. Estudios sobre el documento afirman que manteniendo el carácter y el espíritu del Santo, le sobra formulismo jurídico, lo que delata la mano de un jurisperito. Se echa en falta la lírica que Francisco imprimía a su obra<sup>67</sup>.

El 29 de noviembre de 1223 el papa Honorio III aprobó la Regla por bula, y aunque fue conocida como “*Regula bulata*”, su nombre verdadero fue “*Memoriale Propositi*”<sup>68</sup>. Se trataba de un memorial a “*propósito de los hermanos y hermanas de Penitencia que viven en sus propias casas*”. En su texto se establecía una norma de vida cristiana, de fraternidad con el prójimo, de relaciones con el exterior y de organización. La esencia espiritual franciscana se resumía en tres frases: “*Oponer la humildad al poder; la pobreza a la codicia y la caridad a los egoísmos*”. Insistía en la obediencia al Romano Pontífice, en el amor al prójimo y, sobre todo, en el amor a Dios.

Con la aparición del *Memoriale Propositi*, el Fundador tuvo que enfrentarse a graves disensiones entre sus frailes; entre ellos habían surgido dos tendencias: mientras que unos añoraban vivir en total pobreza, distanciándose de la curia romana a la que consideraban débil y proclive a la corrupción, y optaban porque se limitasen los ingresos de hermanos; otros, más moderados, creían que aunque la pobreza estuviese íntimamente ligada al pensamiento franciscano, la Orden debía adaptarse a los tiempos que vivían y, por tanto, era un error rechazar a los que deseaban ingresar en la Orden.

Francisco conocía bien su propio carácter, era persona más de obedecer que de mandar, y no estaba preparado para enfrentarse a discusiones y debates con sus hermanos, pero vista la gravedad del asunto, atajó el mal reuniéndoles en la Porciúncula, buscando el diálogo entre ellos, limando asperezas y tratando que de ese encuentro fraternal surgiese la verdadera organización de la Orden. Después de la reunión dividió la Orden por provincias, poniendo al frente de cada una de ellas a un hermano al que llamó ministro provincial<sup>69</sup>.

---

<sup>66</sup>En la primera Regla se había advertido: “Ningún hermano predique contra la forma e institución de la Santa Iglesia” (cap. 17/1). En la segunda Regla la predicación se sometía a la autoridad de los obispos: “Los hermanos no prediquen en la diócesis de un obispo cuando este lo haya prohibido” (cap. 9/1).

<sup>67</sup>Para Francisco fue una fortuna coincidir en el tiempo con Inocencio III y Honorio III. El primero comprendió el valor de los movimientos pauperísticos y los acogió en la estructura eclesial de la época, y el segundo confirmó la Regla franciscana.

<sup>68</sup>LE GOFF, J., op. cit., pp. 49 y ss.

<sup>69</sup>Las discrepancias desatadas en vida del Santo no llegaron a calmarse y prosiguieron después de su muerte. En la segunda mitad del siglo XIII, los moderados conocidos como conventuales, seguían fielmente la Regla franciscana, completada con bulas papales, y practicaban la pobreza, aunque de forma más débil que los rigoristas o espirituales, que vivían en extrema austeridad y permanecían hostiles a Roma. GARCÍA ORO, J.: *San Francisco de Asís en la España Medieval*, Santiago de Compostela, 1988, p. 37.

Aún agobiado por los problemas internos, prosiguió con su apostolado y con el deseo de encontrar un marco legal para acoger dentro de la Institución franciscana a los fieles devotos seculares que le seguían. Muchos de ellos por su condición de casados no podían tomar los hábitos de la Primera o de la Segunda Orden franciscana y, sin embargo, se sentían atraídos hacia la práctica de la penitencia y el deseo de vivir de cerca el fervor evangélico predicado por Francisco. Ese grupo de personas, cada vez más numeroso, se sentía confortado cuando el Fundador les decía: *“El Señor me concedió a mí, hermano Francisco, empezar con la penitencia, hacerlo así vosotros”*<sup>70</sup>. El ideal de vida pobre y penitente, junto con la elocuencia del discurso del Santo, ejercían sobre las gentes una fascinación tan fuerte que les arrastraba a conocer de cerca esa perfección. Sin embargo, Francisco les calmaba diciéndoles: *“no os apresuréis que yo ordenaré lo que tenéis que hacer para la salvación de vuestras almas”*<sup>71</sup>.

Esa devoción de los fieles motivó que Francisco pensase seriamente en fundar una orden para los seculares, un deseo que respondía a las intenciones de la Santa Sede interesada en encauzar oficialmente la ola de fervor franciscano. A los ojos del Papado la fundación de una orden secular franciscana no suponía ningún tipo de inconveniente, sabía que, en caso de necesidad, podría servirse de ella como milicia laico-religiosa al servicio de los intereses espirituales y temporales de la Iglesia, lo mismo que sucedía con las órdenes militares<sup>72</sup>. Es más, en diciembre de 1221, muy reciente la fundación de la Tercera Orden Secular, el papa Honorio III recurrió a la ayuda de los terciarios franciscanos de la ciudad de Faenza contra el bando proclive al emperador Federico II<sup>73</sup>.

No se conoce con exactitud la fecha en que se constituyó la Orden Tercera Secular franciscana ni cuando se les hizo a los fieles entrega de la Regla, la misma que anteriormente se había entregado a la Primera y a la Segunda Orden, pero la mayoría de

---

<sup>70</sup>El “estado de penitencia voluntaria” es tan antiguo como el mismo cristianismo, pero es a finales del siglo XI cuando surgen en Italia las primeras comunidades penitenciales.

<sup>71</sup>«El laicado...», en *XXIX Semana Interprovincial...*, pp. 13 y ss.

<sup>72</sup>En el siglo XI, 1048, se fundó la primera de las órdenes militares, San Juan de Jerusalén, compuesta por caballeros presbíteros y legos. Pasados unos años, en 1118, los franceses fundaron un instituto parecido, el Temple, así llamado por haberse radicado junto al antiguo solar del templo de Jerusalén; y en 1190, durante el sitio de Toilemaida, se instituyó la Orden Teutónica. En España y Portugal se establecieron también órdenes militares: Calatrava en 1158, fundada por el abad cisterciense Raimundo de Fitero; San Julián de Pereiro o Alcántara en 1176; Santiago, instituida en 1170 para defensa de los peregrinos que viajaban a Compostela; Évora o Avís, creada en Portugal en 1162 por el abad cisterciense Juan Cirita, etc.

<sup>73</sup>Federico II, tras la muerte de su padre Enrique VI y de su madre Constanza, tuvo como tutor al papa Inocencio III, quien veló por su seguridad hasta su mayoría de edad. En 1213 fue reconocido como Emperador, pero su ambición de poder, al querer unir la corona de Sicilia a su Imperio, terminó por enfrentarle con el Papado.

los biógrafos del Santo creen que recibieron el ideario de vida sobre 1221-1222, cuando Francisco contaba treinta y nueve años, siete después de su visita a España, y cumplidos dos años del capítulo general franciscano, llamado de “Las Esteras”<sup>74</sup>. Hasta entonces, a los seguidores seculares sólo les había unido la afinidad de deseos y las prácticas piadosas, ahora el vínculo era más fuerte, les unía la Regla franciscana.

Además de las normas escritas, Francisco, de palabra, les recomendaba y aconsejaba que vistiesen de manera honesta, sin lujos, se prestasen auxilio entre ellos, se abstuviesen de bailes y festejos, socorriesen a los enfermos, pagasen sus deudas, no llevasen armas y no formularan juramentos sin necesidad<sup>75</sup>.

En la Regla se matizaba que la autoridad más inmediata de la que dependían los seculares era el obispo de la diócesis a la que perteneciese cada fraternidad, pero esa situación de dependencia varió en distintas épocas<sup>76</sup>. En 1228 a la Regla se le añadió un suplemento que colocaba a los seculares bajo la dirección de los frailes menores. Cuatro años después, una nueva redacción, más ordenada y con nuevos capítulos, establecía a la Orden Tercera Secular como institución eclesiástica destinada a acoger a laicos. En esos años, la naturaleza jurídica de los seculares estuvo llena de ambigüedades y problemas, se les reconoció que no estaban obligados a prestaciones que conllevaran el uso de armas ni obligación de asumir cargos públicos, lo que, por supuesto, les ocasionó situaciones conflictivas con las autoridades civiles.

En 1234 hubo algunos cambios, cuando el papa Gregorio IX<sup>77</sup> ordenó que los visitadores encargados de inspeccionar a los grupos de penitencia fuesen nombrados nuevamente por los obispos. Ciertamente, la Tercera Orden prefería estar subordinada a los frailes, pero estos no mostraban interés alguno en ello, aduciendo que involucrarse de forma directa con los terceros, una Orden en la que convivían seculares y eclesiásticos, podría minar su propia libertad de acción<sup>78</sup>.

---

<sup>74</sup>COLL, J.: «La Tercera Orden de San Francisco», en *Crónica de la Provincia franciscana de Cataluña*, Madrid, 1981, pp. 24-26. Se tardó un tiempo en que la Orden Tercera fuese aprobada como orden religiosa; el Papa no sabía cómo afrontar el tema de la vida religiosa y el estado matrimonial. En el siglo anterior hubo un precedente con los *humiliati*, hombres y mujeres solteros o casados que vivían en familia o en comunidad imitando la vida evangélica

<sup>75</sup>ANVERS, DE F.: *Il Terz Ordine secolare di San Francesco*, Roma, 1921, p. 57.

<sup>76</sup>El “*Memoriale Propositi*” fue Regla común para las tres órdenes fundadas por San Francisco, no así los votos de pobreza, castidad y obediencia.

<sup>77</sup>Se trataba del amigo personal de Francisco, antiguo cardenal de Ostia, Hugolino, que ocupó la silla de Pedro entre 1227 y 1241.

<sup>78</sup>Los terceros preferían depender de los frailes, a los que consideraban más próximos al tener un mismo Fundador y un mismo ideal de vida, pero ni los mismos frailes se ponían de acuerdo sobre la conveniencia

Sobre 1270, siendo superior de la Primera Orden San Buenaventura, las ya numerosas fraternidades franciscanas habían alcanzado una estrecha unión entre sí, y su organización provincial se encontraba perfectamente consolidada<sup>79</sup>. A pesar del rechazo de los frailes en no querer tutelar espiritualmente a los terceros, en 1289 Nicolás IV, el primer hermano de la Primera Orden elevado al Solio Pontificio, declaraba que los seglares franciscanos estaban bajo la autoridad de los frailes, decisión que no fue bien acogida por las diversas diócesis, ya que suponía perder el control de un buen número de feligreses; aún así, hubieron de plegarse a la decisión del Pontífice<sup>80</sup>. En ese mismo año, el 18 de agosto, Nicolás IV modificaba la Regla de la Tercera Orden franciscana, y por la Constitución “*Supra Montem*” (que absorbía el texto del *Memoriale Propositi*) proclamaba a la Orden Tercera como institución genuinamente franciscana, otorgándosele personalidad moral y jurídica propia en el seno de la Iglesia<sup>81</sup>. La declaración se hacía para todos:

«(...) los hermanos y hermanas de la Orden de Penitencia, presentes y futuros, de San Francisco, fundador de esa Orden».

La “*Supra Montem*” representó en el contexto laico-penitencial un impulso decisivo para la Orden Tercera, el que en ella se dijese que el Fundador de la Orden de

---

de aceptar esa tutela. Muchos años después, San Buenaventura expuso en un escrito doce razones distintas para negarse a esa unión, fundamentando su repulsa en que la Primera Orden no estaba preparada para dirigir una presencia tan numerosa de terceros seglares, en clara mayoría sobre los terceros eclesiásticos. Su temor radicaba en involucrarse en conflictos con las autoridades civiles a causa de las exenciones (permitidas a los integrantes de las órdenes religiosas), a las que los seglares querrían acceder. La situación que, por otra parte, implicaba un descontrol espiritual de la autoridad franciscana sobre las terceras órdenes, favoreció el acercamiento entre las distintas fraternidades seglares franciscanas, que organizadas por provincias convocaron por su cuenta capítulos generales en varias ciudades: Orvieto, 1269; Verona, 1280; Citta di Castello, 1286; Pisa, 1289; Prat, 1289. Hubo otras convocatorias en las ciudades de Padua y Bolonia, pero se desconocen las fechas

<sup>79</sup>Los franciscanos constituían una familia dividida pero no separada, los conventos se esparcían por todo el mundo, y no existía un determinado convento central, ese puesto lo ocupaba la Santa Sede. Esa es una de las características que diferencia a la orden franciscana de la de los dominicos.

<sup>80</sup>En algunas situaciones la antigua disputa entre el clero secular y regular alcanzaba cierta virulencia, incluso antes de que las órdenes mendicantes invadiesen las ciudades y villas adueñándose espiritualmente de las clases medias, al suplir las deficiencias que se hacían sentir en las parroquias. Los párrocos, y sus defensores los obispos, no toleraban esa intrusión, al sentirse postergados en sus atribuciones y perjudicados económicamente. Anteriormente el papa Gregorio IX se mostró en defensa de los mendicantes con la bula *Nimis iniqua*, emitida el 21 de agosto de 1231. GARCÍA VILLOSLADA, R., op. cit., pp. 634-636.

<sup>81</sup>*Crónicas Antiguas de la Orden Tercera*, Lib. III, cap. XXVI, *El Espejo Seráfico*, documento n.º 3. En 1686 Inocencio XI revisó la Regla de los terceros y decretó que siguiesen sometidos al ministro general de los observantes, quien podía delegar funciones en el padre guardián del convento más cercano a cada fraternidad. La Orden Tercera se rigió por la Regla revisada por Nicolás IV hasta el siglo XIX.

Penitencia era Francisco y se impusiera como sus visitantes a los menores constituyó un testimonio vivo de la relación entre penitentes y franciscanos<sup>82</sup>.

En 1294 el papa Celestino V concedía a los miembros de la Orden de Penitencia la exención de obligaciones fiscales y diezmos y, por el *Privilegium fori*, el derecho a ser juzgados exclusivamente por las autoridades eclesiásticas. Sin embargo, el apogeo de la Tercera Orden franciscana habría que situarlo bajo el Pontificado de Sixto IV, en la segunda mitad del siglo XV. Primero, por la bula dictada en 1472, “*Dum Fructus*”, que permitía a la Orden Tercera el aceptar herencias, donaciones y bienes a título particular, y en segundo lugar, porque tras la emisión de la bula “*Mare Mágnum*” y, basándose en su texto, la Orden comenzó a prescindir de la ingerencia del clero secular.

En 1209 el papa Inocencio III, antes de que Francisco y sus hermanos fuesen ordenados, les había otorgado licencia para predicar en los recintos sagrados y, desde entonces, la predicación, junto con la labor social, habían sido la esencia de la actividad franciscana. La intención del Fundador de esparcir por todo el ámbito cristiano el Evangelio, tuvo tal seguimiento y desencadenó tan gran fervor, que pronto se rebasaron las fronteras de Italia y los franciscanos extendieron su predicación por Francia, España, Inglaterra, etc. El alojamiento lo buscaban en hospitales o en míseras casas de campo, se vanagloriaban de no tener bienes y hacían gala de su pobreza. De tiempo en tiempo, regresaban a la humilde casa de la Porciúncula en Asís, y en su largo caminar, a quienes se interesaban por su procedencia les respondían: “*Somos hombres de la Penitencia de Asís*”. Su saludo era siempre el mismo “paz y bien”<sup>83</sup>.

El afán que Francisco había mostrado por la predicación del Evangelio lo heredó la Orden Tercera, que no quiso verse privada de ese derecho sabiendo que la vida religiosa hacía servicio apostólico en el acercamiento al pobre<sup>84</sup>. La bula “*Aurea*”, que aumentó los privilegios franciscanos de la Tercera Orden, permitió a los terceros el derecho a predicar en público, siempre que contasen con el consentimiento de los párrocos. Esas

---

<sup>82</sup>VV. AA.: *Francisco de Asís y el primer siglo de historia franciscana*, Arantzazu, 1999, p. 278.

<sup>83</sup>FLOOD, D., op. cit., p. 95.

<sup>84</sup>Parece ser que San Francisco recorrió Italia y Dalmacia, y en su deseo de llegar hasta el norte de África pasó por España, donde contrajo una grave enfermedad que le obligó a regresar a Italia. En 1219 se dirigió a Egipto y se cree que llegó hasta Palestina. Su débil y delicada naturaleza, ya muy quebrantada, propiciaba que contrajese una enfermedad tras otra, lo que le impidió proseguir con sus viajes. En el año 1226, presintiendo que le rondaba la muerte, no quiso abandonar su querida Porciúncula donde rodeado de sus hermanos, tumbado en el frío suelo sobre un saco cubierto de cenizas entregó su alma a Dios el día tres de octubre de ese mismo año. Su cuerpo fue enterrado con el hábito que vistió en vida, un grueso sayal, ceñida la cintura por una cuerda de grosero esparto y con los pies descubiertos. OMAECHEVARRÍA, I.: *Cronología de la vida de San Francisco*, Soria, pp. 29 y ss.



prerrogativas fueron causa de que se declarase una auténtica pugna entre clero ordinario y franciscano, lo que en ocasiones condujo a verdaderos conflictos<sup>85</sup>.

#### **4. INSTITUCIONALIZACIÓN Y JERARQUÍA: EL ESPÍRITU DE SAN FRANCISCO EN LA TERCERA ORDEN SEGLAR**

Cuando Francisco tomó la decisión de hacer una fundación para los laicos puso empeño en que:

*«(...) ninguna condición, fortuna o edad sea rechazada; que todos los que lleguen sean admitidos sin selección, el bueno y el malo, el alto y el bajo, el rústico y el caballero, el plebeyo y el noble, el clérigo y el laico, el rudo y el refinado, el pobre y el rico, el siervo y el libre, el sano y el enfermo».*

Esa aspiración la cumplió cuando fundó la Tercera Orden de Penitencia, en ella los hombres y mujeres que ingresaban bajo un mismo modelo de devoción tenían espíritu de conversión permanente y frecuentaban el sacramento de la Reconciliación<sup>86</sup>. El broche final para los que tomaban ese camino era una vida de mortificación, de dolor por pecar y de constante y firme propósito de enmienda<sup>87</sup>.

San Francisco entendió la Tercera Orden como un camino en el que se identificasen todos los hombres de buena voluntad. Sabemos que nunca tuvo interés en que se reconociese su fundación como verdadera orden religiosa, puesto que su única pretensión había sido permanecer fraternalmente entre el pueblo ayudando a los más pobres. Si las circunstancias de la época variaron sus planes, desde el respeto a la decisión papal y la debida obediencia a la jerarquía eclesiástica, siempre consideró su obra como una conjunción de amor, caridad y trabajo por y para el prójimo. El modelo lo había tomado de las antiguas comunidades cristianas ligadas entre sí por amor filial a Cristo, y ese fue el pensamiento que le acompañó cuando fundó la Orden Tercera<sup>88</sup>.

Según Francisco, el celo de los terceros debía volcarse en conservar la pureza de la fe y de las costumbres; primero, en sus hogares; después, en sus tareas, trabajando porque reinase la paz, estimulando a los indiferentes con el ejemplo y esforzándose en que

---

<sup>85</sup>ALIGHIERI, D.: *La Divina Comedia*, canto XII, Florencia, 1307-1321. Un siglo atrás, Dante había considerado a los franciscanos y dominicos como las dos ruedas que permitían a la Iglesia moverse con rapidez en la lucha contra las herejías suscitadas por los movimientos pauperísticos.

<sup>86</sup>El pensamiento penitencial de San Francisco no se había perdido cuatro siglos después, era el eje que hacía girar la actividad pastoral de la llamada “Contrarreforma”.

<sup>87</sup>AVOTM, leg. 741/24.

<sup>88</sup>LE GOFF, J., op. cit., p. 126.

surgiesen instituciones de caridad que paliasen las necesidades de los más pobres. De ahí sus continuos consejos para que día a día practicasen las virtudes de la paciencia, de la humildad, de la obediencia, y de la pobreza. Les aconseja que vistan ropas sencillas de burdo paño, que no lleven armas, ni dagas, ni espadas ni puñales, que no asistan a festejos, que se alimenten con medida, que oren en soledad tres Padrenuestros en cada hora del día y que ayunen todos los viernes del año<sup>89</sup>.

En sus recomendaciones, Francisco tenía también presentes a los clérigos que buscando más perfección espiritual, y aún dentro de su ministerio, abrazaban la vida de la Tercera Orden. A ellos les impuso las mismas normas y deberes del resto de los hermanos, pues no por su condición sacerdotal habían de recibir trato de favor, muy al contrario, ese estado les obligaba a manifestar en público y en privado mayor celo en su labor y en el ejercicio de la caridad, de la pobreza y del amor fraternal<sup>90</sup>.

Aunque San Francisco veló porque en las fraternidades de terceros no existiesen desigualdades, surgieron algunas limitaciones. Todos los hermanos, sin distinción, estaban sometidos al voto de obediencia al Papado y a regirse por una Regla común, pero entre los clérigos y los seglares, tanto si se hallaban bajo la autoridad de los obispos o de los frailes, por las responsabilidades de unos y otros era inevitable que se marcasen diferencias. Sin embargo, les unía sus convicciones cristianas, su espiritualidad y la valoración que el franciscanismo hacía de Cristo como Dios y como hombre<sup>91</sup>.

Desde la fundación de la Tercera Orden se adoptaron grandes precauciones en la selección de los aspirantes, pues se tenía el temor de que de no hacerse así unos pocos podían contaminar a muchos. Se exigía a los peticionarios que antes de ser admitidos pagasen sus deudas, se reconciasen con su prójimo, soportasen un año de prueba y, posteriormente, si todo se hacía de manera satisfactoria, profesasen con la promesa de guardar la Regla de por vida. La profesión debería constar en escritura pública.

Las mismas disposiciones debían ser observadas por las mujeres, a las que se recibía como hermanas, siempre y cuando contasen con el consentimiento del marido, si eran casadas, o con el del padre o tutor, si eran solteras. Nunca existió en la Orden Tercera motivo de discriminación por razón de sexo, puesto que se fundó para acoger a los

---

<sup>89</sup>SALAZAR, P. de: «Crónica e historia de la fundación y progreso de la Provincia de Castilla de la Orden del bienaventurado Padre San Francisco», en *Crónicas Franciscanas de España*, Madrid, 1591, ed. de 1977, Lib. VI, fol. 392.

<sup>90</sup>«Les Tiers Ordres de Saint François d'Assise», en *Études franciscaines*, t. XXXIII, París, 1921, p. 360.

<sup>91</sup>DIRKS, W.: *La respuesta de los frailes*, San Sebastián, 1957, pp. 246-252.

hombres y mujeres que buscaban satisfacer sus necesidades espirituales dentro del cristianismo seglar. San Francisco hizo suyas las aspiraciones de los hombres de su época, dando respuesta a muchas de las urgencias históricas de su tiempo, de las que formaba parte el movimiento franciscano<sup>92</sup>.

Si importante fue la misión que asumieron los frailes de la Primera Orden en la vida de los fieles, no fue mucho menor la labor de los terceros, materializada en fecundas iniciativas de apostolado y de caridad. Se hizo costumbre que junto a un convento franciscano surgiese una fraternidad, de la que dependían diversas obras de caridad mantenidas gracias al trabajo y limosnas de los hermanos terciarios<sup>93</sup>: La asistencia a los pobres, el reconducir al buen camino a los descarriados, el recaudar limosnas para los necesitados, el visitar y cuidar a los enfermos, el abrir dispensarios, el enseñar a los niños, el visitar las cárceles, etc., fueron misiones en las que se vieron implicados los seglares.

A lo largo de su existencia, pero principalmente en los primeros tiempos de su fundación, la Tercera Orden debió enfrentarse a críticas y acusaciones de quienes dudaban que el movimiento seglar franciscano fuese verdadera orden. La oposición partía de algunos ámbitos civiles y religiosos que ponían en tela de juicio su autenticidad, y la tachaban de cofradía. Una parte del clero secular veía con recelo la fundación de una fraternidad en su jurisdicción, y más si los terceros levantaban capilla propia<sup>94</sup>.

La Orden Tercera se vio obligada a defenderse de los que no la aceptaban como orden religiosa seglar. Para defender su Institución, los hermanos mostraban las diferencias existentes entre órdenes y cofradías.

Las cofradías eran corporaciones de laicos muy populares, una importante cédula social, un cauce asociativo generalizado distribuido en toda la geografía española, con carácter profundamente religioso y con un concepto cristiano del trabajo. Sin embargo, carecía de una regla y de la espiritualidad y del sentido de amor al pobre que Francisco había infundido en la Venerable Orden Tercera<sup>95</sup>.

---

<sup>92</sup> Actualmente el Derecho Canónico rige la normativa de las terceras órdenes.

<sup>93</sup> CANCIO, R. M.: *Las órdenes terceras seculares*, Ávila, 1961, p. 79.

<sup>94</sup> Ese problema surgía cuando la fraternidad se instituía fuera del terreno de un convento franciscano, en ese caso el párroco temía por la lesión de sus derechos parroquiales.

<sup>95</sup> ARIAS DE SAAVEDRA ALIAS, I. y LÓPEZ GUADALUPE MUÑOZ, M.: «Las cofradías y su dimensión social en la España del Antiguo Régimen», en *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 25, Madrid, 2000, pp. 189-199. El Concilio de Trento consideró que las cofradías debían estar bajo la autoridad del obispo. La individualidad de la cofradía estaba marcada por la advocación a la que se acogía y podían presentar distintas tipologías, las había: *devocionales*, cuyo fin era el culto a la Virgen, a los santos y a las

Aunque en todo momento los terceros contaron con el apoyo de los frailes de la Primera Orden, se hizo necesaria la protección papal que, con bulas y breves, ratificó el carácter religioso de la Institución y la declararon genuina fundación franciscana, en posesión de las mismas gracias y privilegios que la Primera Orden<sup>96</sup>. Porque quien pertenecía a la Tercera Orden Seglar lo era de una verdadera orden, con una Regla que guardaban todos los terceros seculares franciscanos dispersos por el mundo, recibía un hábito, superaba un noviciado, y hacía acto de profesión. Por esas razones, los hermanos seculares estaban asimilados a los religiosos de la Primera Orden.

En la Tercera Orden franciscana se integró una sociedad estructurada en cauces morales establecidos previamente por la jerarquía, que después fueron asimilados e interiorizados por las gentes. La existencia de una extensa red de fraternidades por el mundo católico facilitaba a los terceros la continuidad del ideal de vida franciscana si se veían obligados a viajar, en esos casos la patente era el documento preciso para que el tercero fuese recibido como un miembro más en cualquier fraternidad.

Con algunos escritos contemporáneos al Santo franciscano se respaldó la fundación de la Tercera Orden:

Tomás de Celano, compañero de San Francisco de Asís, escribía en 1228:

---

ánimas del purgatorio; *penitenciales*, que conmemoraban la pasión y muerte de Cristo; *gremiales*, en las que se unía la dimensión religiosa con el componente profesional; y *asistenciales*, en donde la labor de caridad, presente en todas las cofradías, alcanzaba especial dimensión. Estas, a partir del siglo XV proliferan, y en el XVIII llegaron a contarse más de 25.000. Otro tipo de asociaciones eran las *congregaciones*, más minoritarias que las cofradías, pero en las que sus miembros, con mayor formación que simples cofrades, adquirían un importante papel de compromiso cristiano; entre estas últimas destacaron las llamadas Escuelas de Cristo. Nobles, clérigos y estado llano se agrupaban en esas asociaciones y en hermandades nobiliarias y clericales más exclusivas. Las hermandades estamentales de origen medieval estaban cerradas al estado llano, y mostraban la posición privilegiada de ciertos grupos frente a la movilidad de algunos sectores sociales en ascenso. Aunque las cofradías contaban con el permiso del obispo para reunirse y celebrar los cultos, eran escasas las que conseguían el reconocimiento papal a través de indulgencias particulares. También en eso se diferenciaban de la Orden Tercera Seglar franciscana.

<sup>96</sup>ARBIOL, A.: *Regla de la Orden Tercera franciscana*, Barcelona, 1697, cap. III, fols. 151-168. El sacerdote perteneciente a la Tercera Orden franciscana Antonio de Arbiol señalaba a principios del siglo XVIII las diferencias existentes entre lo que era la Venerable Orden Tercera, y una cofradía. La VOT era Orden: primero, porque tenía regla confirmada por la Santa Sede, porque estaba regulada por constituciones y estatutos, porque los aspirantes a ingreso debían cumplir un año de noviciado, y cuando lo hacían, formulaban un compromiso de profesión, y recibían hábito propio, a pesar de no tener votos religiosos ni vida en comunidad; segundo, por tradición, siempre se la conoció bajo el nombre de Tercera Orden de Penitencia de Nuestro Padre San Francisco; y tercero, porque así lo hacía constar la autoridad de la Iglesia Católica en el Oficio Divino. La Tercera Antífona de las Laudes dice: “*San Francisco fundó tres Órdenes, Frailes Menores, Señoras Pobres y la Tercera que intituló de la Penitencia*”. Ninguno de los privilegios mencionados los poseían las cofradías, si bien Arbiol reconocía que después de Trento la Iglesia había favorecido la iniciativa de crear por parte de laicos y eclesiásticos diversas hermandades donde reunidos unos y otros se estimulaba la piedad y se buscaba la santificación; algunas de ellas habían partido de asociaciones gremiales.

*«Magnífico operario aquel, con solo que se proclame su forma de vida, su Regla y su doctrina, que contribuye a que la Iglesia de Cristo se renueve en los fieles de uno y otro sexo y triunfe la triple militancia» (4,14; 4, 23).*

Y Juliano de Spira en 1231, en su obra “Vida de San Francisco”, señalaba:

*«(...) dio normas de salvación a todo el grupo, condición, edad y sexo (...) fundó Tres Órdenes (...) la Tercera de no menor perfección, es llamada Orden de Penitencia, la cual es común para clérigos y laicos, para las Vírgenes, continentes y casados, y abraza saludablemente a ambos sexos».*

El papa Gregorio IX, en carta dirigida a Santa Inés de Praga, declaraba en 1238:

*«Después de haber fundado las Tres Órdenes (...) de los Frailes Menores, de las Hermanas de Clausura y de los penitentes, las quiere dedicadas al culto divino de la Santísima Trinidad».*

El dominico Vincenzo de Beauvais, en su “Speculum Historiae”, escribe en 1244:

*«Él, Francisco, dio origen a tres Órdenes: la Primera, la de los Frailes Menores, a la que pertenece él mismo; la Segunda es la de las Damas Pobres y Vírgenes; la Tercera, es la de los Penitentes».*

Clemente IV, en la bula “*Meritis vestris*”, 1265-1267, se dirigía así a los terceros:

*«A los amados y amadas hermanos de la Penitencia del Bienaventurado Francisco, en Alemania».*

Y años después Bernardo de Bessa, secretario de San Buenaventura, en el “*Liber de Laudibus Beati Francisci*”, cap. 7, año 1275, decía:

*«El fruto de las enseñanzas de San Francisco brilla principalmente en las tres Órdenes fundadas por él (...) La Tercera es la Orden de los hermanos y hermanas de Penitencia, destinada a clérigos laicos, vírgenes y casados, que pretenden vivir honestamente en sus propias casas, participar en las obras piadosas y huir del lujo mundano, a estos al principio, se les designaba como superior a un fraile menor, pero ahora se les deja con superiores propios».*

El paso del tiempo no terminó con las críticas encubiertas que provocaban tensiones y que menoscabaron la autonomía de la Tercera Orden, las bulas expedidas por el Papado que favorecían a los terceros con privilegios espirituales y con otros de carácter temporal, tales como concesiones, mercedes y disposiciones (exención de la justicia y cargas fiscales, e inmunidad eclesiástica) supusieron graves inconvenientes para los monarcas y señores de los siglos XIII, XIV y XV, puesto que un considerable número de

pecheros vistió, y no siempre imbuidos de fervor franciscano, el hábito de la Tercera Orden<sup>97</sup>. La realidad fue que la Institución, a pesar de sus detractores, desde el siglo XIII se vio favorecida por el apoyo de grandes teólogos, lo que le permitió y permite gozar de dispensas, privilegios e indulgencias.

Contando con ese amparo, muchos terceros llegaron a los altares, y otros alcanzaron la dignidad de ser elegidos papas, cardenales, obispos, fundadores de órdenes, etc. Sobre todo, hubo hermanos anónimos que llevaron una vida de piedad y amor al prójimo encomiable, pero que su humildad impidió que se conociesen sus acciones públicamente. En todas esas personas estuvo presente el ideal cristiano de su fundador San Francisco, entendiendo que la condición de tercero era un compromiso de vida en busca de una mayor perfección espiritual<sup>98</sup>.

## 5. ¿FUE FRANCISCO DE ASÍS EL FUNDADOR DE LA TERCERA ORDEN?

En el mensaje de penitencia franciscano se exhortaba a los fieles a que cambiasen sus costumbres y asumiesen una actitud de conformidad cristiana siguiendo el Evangelio para lograr la salvación, pero en ningún momento se les decía que fuese necesaria la pertenencia a la Tercera Orden Seglar de Penitencia. Por esa causa no ha sido posible establecer una conexión directa entre San Francisco y la Orden de Penitencia, a pesar de que desde los años cuarenta del siglo XIII, en las obras de sus biógrafos se señala ese vínculo. Julián de Espira, en el *Officium* y en la *Vita*, presentó de forma orgánica y

---

<sup>97</sup>MARTÍN GARCÍA, A.: «Los franciscanos seculares en la Corona de Castilla», en *Hispania Sacra*, n.º 57, 2005, pp. 454-455. Algunos reyes, como Pedro IV de Aragón, llamado el Ceremonioso, por los motivos expuestos, disolvieron en sus cortes a la Orden Tercera; pero otros, como Juan II se limitaron a revocar algunas de las disposiciones papales.

<sup>98</sup>Fueron muchos los devotos que alcanzaron la santidad desde las filas de la Tercera Orden franciscana, cabe destacar, entre otros, a: San Buenaventura, San Luis, rey de Francia; Santa Isabel, reina de Hungría, patrona de la VOT; Santa Isabel, reina de Portugal; San Fernando, Santa Brígida; Santa Rosa de Viterbo; Santa Margarita de Cortona, San Roque, etc. Beatos como: Juana de Valois, reina de Francia; y los mártires Antonio, Cosme, Francisco, Joaquín, Juan, León, Luis y Martín, todos ellos muertos en Japón al no abjurar de sus creencias. Aunque otros personajes, papas, reyes y nobles no fueron santos, sí que tuvieron a gala su pertenencia a la Tercera Orden. Recordemos a los papas Gregorio IX, Inocencio IV, Julio II; a los cardenales Carlos de Borja, Solís, Diego de Astorga, Luis Manuel de Portocarrero; a los reyes y reinas Blanca de Castilla, Carlos IV de Alemania, Carlos de Sicilia, Catalina de Aragón (primera esposa de Enrique VIII de Inglaterra), Felipe III, Margarita de Austria, Felipe IV, Ana de Austria, María (reina de Hungría), Isabel de Borbón, Mariana de Austria, Carlos II, Cardenal-Infante don Fernando, etc. Fundadores de órdenes como: Francisca Romana, de las Oblatas; María Longa, de las Capuchinas; Antón Martín, del Hospital de San Juan de Dios; Bernardino de Obregón, fundador de una congregación de asistencia a los enfermos en hospitales; Catalina de Jesús; del convento de Doncellas de Alcalá; Juan de Canales y Pedro González de Bárcena, cofundadores de la hermandad del Refugio; Pedro de San José de Bethencourt, de los betlehemitas en Guatemala; Tomás de Nuceria, de la orden jerónima en España; Violante de Córdoba, del convento de la Verónica en Murcia, etc.

razonada la figura del Santo como el fundador de las tres órdenes franciscanas: Primera, de frailes menores; Segunda, de damas pobres; y Tercera, de penitentes, común a clérigos y laicos, vírgenes, continentes y casados. Extraña, sin embargo, que las fuentes de cronistas del siglo XIII guardasen silencio sobre la autoría de la Orden Tercera franciscana; sólo la “*Vita Gregorii Papae*” afirmaba que Hugolino, amigo personal de Francisco, en 1221, durante su cardenalato en Ostia, intervino de forma directa en la redacción de la Regla para la Tercera Orden, agregando las mismas fuentes que años después, en 1227, ya como Gregorio IX (1227-1241) ratificó la aprobación de la Regla<sup>99</sup>.

El debate historiográfico y las investigaciones acerca del movimiento penitencial, en general, y sobre la Tercera Orden franciscana, en particular, no han dejado de crecer y de interesar. Meersseman ha cuestionado que la fundación haya sido obra de Francisco, sin que niegue el papel de éste y de sus compañeros en el impulso renovador del movimiento penitencial. El dominico considera el fenómeno penitente como autónomo, nacido del ejemplo y de la predicación del Fundador franciscano<sup>100</sup>.

Existen investigaciones abiertas que tratan de perfilar la variedad de las manifestaciones espirituales que se dieron en lo que conocemos como “*medioevo penitencial*”, sobre todo, tras la discusión historiográfica suscitada por Meersseman<sup>101</sup>. A partir de ella, ha habido estudiosos que no niegan a San Francisco la posible paternidad de una orden de penitencia, reconociendo su papel de Fundador, mientras que los hay que sostienen que el Santo nunca fundó una orden para seglares, aunque aceptan que muchos laicos devotos se reuniesen en torno a comunidades franciscanas con el propósito de llevar una vida de piedad.

Sea así o no, la documentación franciscana afirma que entre 1221 y 1228 se elaboró el “*Memoriale Propositi*”, es decir, un memorial de propósitos de los hermanos y

---

<sup>99</sup>ENGEBERT, O.: *Saint François d'Asise*, Paris, 1957, p. 39

<sup>100</sup>“(…) es cierto que San Francisco y sus compañeros habían propagado entre los laicos el estado de penitencia voluntaria, pero ese estado ya existía y había sido canónicamente reconocido de antiguo”. MEERSSEMAN, G. G., op. cit., p. 7.

<sup>101</sup>El precedente más remoto de las terceras órdenes surge en los albores de la Edad Media en torno a los monasterios benedictinos, cuando muchos laicos, familias enteras incluso, ansiosas de asegurar su salvación eterna se entregaban en cuerpo y alma a los mismos, a fin de participar de las obras espirituales y materiales de los monjes. La más conocida de todas fue la “*Oblación benedictina*” que, paradójicamente, no fue reconocida jurídicamente como asociación laical hasta 1871. El origen más inmediato de las terceras órdenes data del siglo XII, cuando se expresó por parte seglar una tendencia a reunirse hombres y mujeres bajo la dirección espiritual de las órdenes religiosas de la época, que redactaron para esas asociaciones reglamentos específicos. En 1159 se funda en el norte de Italia la asociación laico-religiosa de los Humillados, bajo la Regla benedictina. A ella se unieron artesanos, nobles y clérigos que, permaneciendo en el mundo, se constituyeron de una forma bastante parecida, en 1198, a lo que será después la Orden Tercera, en «El laicado...», en *XXIX Semana Inter...*, p. 45.

hermanas de la Penitencia que vivían en sus casas, un documento canónico de carácter jurídico formulado en términos de regla general que marcaba un estilo de vida, dictando a los seglares normas de comportamiento en el mundo y en el ámbito del grupo fraterno al que pertenecían<sup>102</sup>. El escrito no señalaba ninguna vinculación de los grupos penitenciales con las órdenes mendicantes, ni consideraba que aquellos estuviesen orientados por éstas, pero sí indicaba como autoridad inmediata de cada fraternidad al obispo diocesano del cual dependían. El 18 de agosto de 1289 Nicolás IV hizo entrega a la Tercera Orden franciscana de la Regla “*Supra Montem*”, y en ella se declaraba categóricamente que la fundación de la Orden de Penitencia se debía a Francisco, y establecía que los terceros se acogiesen a la dirección de los frailes menores<sup>103</sup>.

Acatada por todos la decisión papal, se le impuso a las asociaciones de laicos reconocidas como órdenes terceras franciscanas, la periódica visita de frailes franciscanos para que velasen por el control espiritual y buen gobierno de las fraternidades<sup>104</sup>. Se sancionaba definitivamente la institución de la Orden Tercera de la Penitencia como Tercera Orden franciscana, siendo la primera vez que una institución de esas características se vinculaba de manera oficial a una orden mendicante<sup>105</sup>.

A la sombra de esa Regla, los seglares pudieron llevar una vida familiar, realizando trabajos civiles disponiendo de sus bienes o, si era su deseo, vivir como ermitaños o recluirse en conventos. La Orden no exigía renunciaciones ni drásticos abandonos, y si en

---

<sup>102</sup>El *Memoriale Propositi* fue adoptado: primero, por los penitentes franciscanos de la Romaña; y después, por casi todas las fraternidades italianas. Ese alto grado de asociación tuvo como consecuencia que hacia 1280 se formase una federación de fraternidades bajo la dependencia del obispo de la diócesis respectiva, aunque gozaron de amplia libertad de acción, pues pudieron elegir a sus visitadores entre los laicos. Cuando en 1247 el papa Inocencio IV intentó someter a las fraternidades para que fuesen supervisadas por visitadores eclesiásticos, los seglares opusieron tal resistencia que el Pontífice se vio obligado a anular esas disposiciones.

<sup>103</sup>AVOTM, leg. 404/19. Ejemplar impreso con las reproducciones de dos bulas de los papas Benedicto XIII y Clemente XIV, que confirman la jurisdicción que ejercen los superiores franciscanos de la Orden Primera sobre sus hermanos de la Tercera Orden, año 1773.

<sup>104</sup>Desde sus orígenes, los monasterios fueron considerados por los obispos como una amenaza para la integridad de su jurisdicción, ya que tenían la rivalidad de poder. Para evitarlo, reglamentaron esas fundaciones, afirmando su jurisdicción e imponiéndoles su tutela. En el Concilio de Calcedonia, 451, se enunció (Calcedonia, c. 4): “(...) ninguna fundación debe realizarse sin el consentimiento del ordinario del lugar”. El Concilio sometió a los monjes a la jurisdicción diocesana que ejercía un control permanente. Al crecer el poder de los monasterios, el derecho común se distendió y Cluny obtuvo en el siglo X la dispensa de visita diocesana, que después se otorgó a otras órdenes religiosas. FLICHE, A., y MARTÍN, V., op. cit., pp. 577 y ss. Respecto a la Orden Tercera franciscana, después de la emisión de la bula “*Supra Montem*”, los terceros estuvieron bajo la directa dirección y control de los visitadores de la Primera Orden, aunque el gobierno de las fraternidades estuviese en manos de hermanos terceros eclesiásticos. El visitador, en la visita o inspección periódica, cumplía el objetivo de comprobar si en la fraternidad se vivía con espiritualidad, si se respetaba la autoridad del guardián del convento franciscano y si se mantenía la disciplina. GARCÍA VILLOSLADA, R., op. cit., p.343.

<sup>105</sup>JEDIN, H.: «Franciscanos», en *Historia de la...*, p. 306.



determinados penitentes se dieron posiciones radicales de austeridad y pobreza, siempre fueron opciones personales. La Tercera Orden quedaba enmarcada en un estado de conciliación entre vida religiosa y vida en el mundo, ofreciendo al laico un espacio que hasta entonces le había estado vedado<sup>106</sup>. Francisco, y en esto si que coinciden los autores sin ninguna discusión, fue el espíritu del movimiento penitencial, pero si fundó la Orden de Penitencia o no y, en caso afirmativo, en qué términos lo hizo, es una cuestión que permanece abierta para la historiografía futura.

<b>Año</b>	<b>Órdenes Terceras Seglares</b>
1217	Franciscana
1406	Dominica
1409	Agustina
1424	Servita
1452	Carmelita
1508	Mínimos
1751	Trinitaria

Cuadro nº 1: Años de la fundación de algunas órdenes terceras seglares.

---

<sup>106</sup>ÁLVAREZ GÓMEZ, J.: «La orden franciscana y el laicado: experiencias y posibilidades», en *El laicado en la Iglesia*, Madrid, 2001, p. 33.

## **II. TRENTO Y LA FUNDACIÓN DE LA VENERABLE ORDEN TERCERA SEGLAR DE MADRID**

La actividad desplegada por franciscanos y dominicos en la sociedad urbana del siglo XIII abrió una vía de participación religiosa laica en los siglos siguientes. La fe y sus distintas expresiones se introdujeron de forma paulatina en la vida cotidiana; las efusiones colectivas en torno a la pasión de Cristo, la exaltación del Corpus Christi o el culto a María contrastaban con la devoción individual impulsadas por la *devotio moderna*<sup>107</sup>. Tras los movimientos reformistas de épocas pasadas y los deseos de una Iglesia más perfecta, surgieron seglares que adaptaron la propia convicción de cristiano al marco social presente y a la búsqueda de la salvación eterna. Hasta bien entrado el siglo XV, la Iglesia aceptó y canalizó la participación de los fieles, mediante cofradías y hermandades, asociaciones abiertas en las que se compartía devoción religiosa, auxilio a la hora de la muerte y ayuda asistencial; una parte del mundo seglar creía que era la forma de salvar una situación de crítica y de insatisfacción espiritual. Otras organizaciones, que traspasaron lo social y asistencial tratando de interpretar la relación del hombre con Dios, cayeron en matices que la Iglesia oficial consideró heterodoxos. Fueron los casos de algunos centros de espiritualidad que surgieron en medios urbanos desde los que se quiso desplegar una piedad más libre y espontánea.

En la Península Ibérica, Castilla fue el campo de acción favorito de la política autorreformista del clero, apoyada y favorecida por los Reyes Católicos. En suelo castellano las órdenes mendicantes contaban con poderosos focos de renovación religiosa: los dominicos a través de Pablo de Valladolid; los agustinos gracias a la labor iniciada por fray Juan de Sevilla; y los franciscanos por la efectiva acción de Francisco Jiménez de Cisneros. La España que los Reyes Católicos legaron a sus sucesores se encontraba a la vanguardia de la Reforma eclesiástica dentro de los límites impuestos por la ortodoxia. Aún así, algunos escritos franciscanos postulan que a mediados del siglo XVI la fe católica se había deteriorado en suelo castellano, en parte, por la llegada de una incesante oleada de portugueses, muchos de ellos descendientes de judíos, que propiciaron un

---

<sup>107</sup> La Iglesia incluye en la fe una profunda piedad hacia la Madre de Cristo. Aunque la devoción a María se data desde finales del siglo X, no hay duda que en siglos precedentes se produjo una individualización progresiva de la figura de la Virgen. Son varias las imágenes de María objeto de devoción mariana alrededor del año mil. THIELLET, C.: *La dévotion mariale de l'an mil à nos jours*, Universidad de Artois, 2005, p. 75.

cambio en el fenómeno converso, tanto en su verdadera naturaleza como en la percepción que de él existía<sup>108</sup>.

Según la historiografía alemana, tras la ruptura de la Cristiandad, la confesionalización “fue la consolidación de una conciencia y el establecimiento orgánico de las diferentes confesiones cristianas, apoyándose en dogmas diferenciados que devinieron en iglesias estructuradas, más o menos estables, con formas de vida sancionadas por esos principios”<sup>109</sup>. Se trataba de un fenómeno concurrente y paralelo europeo, y desde él, la Iglesia Católica apelaba a la ortodoxia religiosa para restaurar y defender valores cristianos que se creían perdidos, reavivando el espíritu de asociación religiosa<sup>110</sup>. Puesto en marcha el proceso confesional en territorio hispano, se pudo percibir, una nueva sensibilidad en torno al Evangelio, y un movimiento de renovación que abarcó a distintos ámbitos y capas sociales, y de manera muy especial a la nobleza y a las oligarquías urbanas. En ese embate espiritual, tuvo mucho que ver la Institución franciscana<sup>111</sup>.

Antes, a finales del siglo XIV y principios del XV, hubo frailes franciscanos que quisieron que retornase a la Orden la disciplina y la austeridad observante impuesta por el Fundador. Los observantes no estaban conformes con la actitud de una parte de sus hermanos, los llamados *conventuales*, que se negaban a renunciar a exenciones y privilegios concedidos por el Papado<sup>112</sup>. Esas actitudes, que atentaban contra la unidad franciscana, provocaron un dilema en el seno de la Institución.

Aunque el paso del tiempo hizo que los observantes perdiesen parte de su vigor y cayesen en un estilo de vida muy próximo al de los conventuales, de nuevo, frente a la tradición histórica se alzó el deseo de reformas: unas externas, como fueron cuestiones relativas al hábito; y otras internas, que hablaban de la necesidad de vivir con intensidad

---

<sup>108</sup>CARRILLO, J.: *Incunables de la Biblioteca Provincial de los franciscanos de Cataluña en Barcelona*, Instituto Francisco Suárez, CSIC, 1983. El autor considera que fue una circunstancia que se produjo sólo en la Corona de Castilla, pues en el Reino de Aragón la espiritualidad se mantuvo.

<sup>109</sup>RUIZ RODRÍGUEZ, J. I. y SOSA, I.: *La Confesionalización: un concepto en el marco de la historiografía germana. Tras los pasos de Reinard y Schilling*, en *Studia Histórica*, n.º de 2007.

<sup>110</sup>GARCÍA VILLOSLADA, R. op. cit., p.765. En España la renovación cristiana mantuvo una actitud tenaz en la defensa de la ortodoxia católica, resaltando el valor de la virtud frente a otras ideologías y fomentando el espíritu misionero.

<sup>111</sup>La evangelización abarca la acción permanente de adoctrinamiento y exhortación, incluso para los que ya creen. ANDRÉS GALLEGU, J. y otros: *Historia de la Iglesia en España y el Mundo Hispánico*, Murcia, 2001, p. 101.

<sup>112</sup>Parte de la espiritualidad que se manifiesta en el siglo XVI, y que surge de la necesidad de una vida más unida a Dios, es heredera de las corrientes espirituales de siglos anteriores. En la Orden Primera franciscana hubo desde el principio dos formas de vida: la ordinaria, llamada observante; y la recoleta o conventual, es decir, la de aquellos que vivían en soledad de los conventos.

una espiritualidad más pura y acorde con la predicada por San Francisco. La división que se produjo en la Orden franciscana motivó que uno de ellos, fray Juan de la Puebla, en 1487, con el apoyo papal, iniciase una reforma en la Regular Observancia<sup>113</sup>.

El deseo del fraile era que la Orden viviese en la verdadera pobreza y en espíritu de humildad, según marcaba la Regla y el modo de vida que el Santo llevó. Fray Juan no pudo terminar su labor y fue fray Juan de Guadalupe quien consolidó el movimiento descalzo franciscano<sup>114</sup>. En los primeros años del XVI el papa Julio II (1503-1513), junto con los superiores generales franciscanos, trataron de desterrar de la Orden franciscana la continua competencia entre conventuales (claustrales en España) y observantes, quienes tenían distintas formas de ver y vivir el ideal franciscano. La autonomía de los movimientos reformistas que habían surgido ponía en serio peligro la unidad jerárquica de la familia franciscana, un temor que se hizo realidad cuando las dos ramas acabaron enfrentadas por la supremacía en el gobierno y reforma de toda la Orden<sup>115</sup>. Los franciscanos celebraron varios capítulos generales y desde Roma se expidieron breves intentado armonizar las posturas, sin éxito hasta 1517, cuando otra vez los frailes, incluidos los descalzos, fueron convocados por León X a un nuevo capítulo.

En la asamblea, la Orden Primera franciscana quedó oficialmente dividida en dos familias: la Conventual y la Observante. En la Bula *Ite Vos* (29 de mayo de 1517), llamada Bula de la Unión, se excluían a los conventuales en la elección de ministro general que, en adelante, se denominaría ministro general de la Orden franciscana de frailes menores. El máximo cargo para los conventuales sería el de maestro general de los frailes conventuales. Los observantes y las ramas reformadas quedaban integrados en el primer grupo.

En 1606 la confesionalización retomó el movimiento franciscano, y desde la Orden de menores observantes se hizo palpable el deseo de que los terceros seculares, modelo de la influencia de la Reforma tridentina en el ámbito secolar, ocupasen nuevamente el espacio que en tiempos pasados San Francisco les había asignado dentro de la Iglesia. Un puesto

---

<sup>113</sup>MARTÍNEZ DE VEGA, M. E.: «Coloquio internacional: La Edad de las Reformas», en *Revista de Historia Moderna*, n.º 25, Madrid, 2004, pp. 179-181. También, LEJARZA, F., de: «Orígenes de la descalcez franciscana», en *AIA*, n.º 22, Madrid, 1962, pp. 13 y ss.

<sup>114</sup>En 1496 fray Juan de Guadalupe obtuvo del papa Alejandro VI una bula, "*Sacrosanctae Militantes Ecclesiae*", permitiéndole acortar el hábito, para hacerlo semejante al del Santo, y suprimir las sandalias. Esa bula es el punto de partida de la descalcez franciscana. Véase URIBE, A.: «Espiritualidad de la descalcez franciscana», en *AIA*, n.º 22, pp. 133 y ss.

<sup>115</sup>MESSEGUER FERNÁNDEZ, J.: «La Bula *Ite Vos*, 29 de mayo de 1517, y la Reforma cisneriana», en *AIA*, n.º 18, Madrid, 1958, pp. 257 y ss.

que por justicia les pertenecía, pero que en los siglos XV y XVI se había perdido por distintas causas: crisis bajo-medieval<sup>116</sup>; Reforma protestante; y, en el caso castellano, por la presencia de algunos terciarios en movimientos heréticos tales como el de los alumbrados<sup>117</sup>.

En la Pascua de Pentecostés de 1606 fray Arcángel de Mesina, padre general, presidió el capítulo general franciscano que se celebró en el convento de San Juan de los Reyes en la ciudad de Toledo. Allí se acordó promover la divulgación de la Tercera Orden, y desde la sede toledana se hizo un llamamiento a los fieles<sup>118</sup>. Los franciscanos habían terminado su reforma y creyeron llegado el momento de fomentar los ingresos en la Orden Tercera para que se extendiese por Castilla a imitación de Aragón.

Los terceros se regirían: por la Regla franciscana, que establecía la naturaleza, el fin y el espíritu de la Tercera Orden; y por las constituciones, encargadas de la aplicación y observancia de la Regla. Los estatutos particulares de cada grupo, y los rituales que marcaban la forma de efectuar la oración y las ceremonias sacras, en una palabra, la liturgia, serían cuestiones particulares de cada fraternidad. Para que los fieles conociesen lo que era la Tercera Orden, se imprimieron libros y se recurrió a sermones y confesionarios.

La respuesta de los devotos no se hizo esperar, y el resultado fue realmente brillante tanto en Toledo como en Madrid.

*«Y fue tan notable el efecto que hizo la predicación en todos los estados (assi de eclesiásticos que viven en sus casas como de seglares) que en muy pocos días, fue cosa notable ver la devoción entrañable, con que muchas personas principales de los dichos estados (y otras muchas que no lo eran tanto), acudían al Convento de San Juan de los Reyes de la misma ciudad pidiendo aquel santo*

---

<sup>116</sup>En el siglo XVI, en los territorios castellanos, las órdenes terceras franciscanas acusaban manifiesta decadencia debido al menoscabo que sufrieron por las agresiones de los poderes reales y la ratificación papal de la pérdida de parte de sus fueros. No sucedió lo mismo en Aragón que, según fray Bartolomeu Ribeiro, en 1557 se mantenían con fuerza: *Os terceiros franciscanos portugueses. Sete seculos de sua histori*, Braga, 1953, pp. 48 y 49.

<sup>117</sup>MÁRQUEZ, A.: *Los alumbrados, orígenes y filosofía (1525-1559)*, Madrid, 1980, p. 64. Se apuntan también otras razones además de las expuestas, tales como enfrentamientos con las autoridades diocesanas y el temor de éstas y de los regulares a que las órdenes seglares, independientes de espíritu y complejas en su estructura, alcanzasen más influencia, lo que no interesaba a nadie. La Tercera Orden se había visto favorecida de manera continua con privilegios papales y con el favor de las gentes, lo que sin duda perjudicaba al clero diocesano.

<sup>118</sup>Fray Pedro González de Mendoza, comisario general franciscano, dice en su Crónica: “[...] que en el último Capítulo General celebrado en Toledo se ordenó que la Tercera Orden [...] se publicase y se instituyese en las provincias de la Corona de Castilla”, Toledo, 4 de agosto de 1606. AHN, sec. Inq., leg. 18, n.º 255.

*hábito, con deseos y afectos entrañables de vivir en él y concertar sus vidas, conforme a aquella santa y saludable regla»<sup>119</sup>.*

Sin embargo, hubo parte del clero que se mostró disconforme con revitalizar una institución casi extinta en Castilla, y organizaron una campaña de difamación en contra de la Orden Tercera franciscana. Se difundieron rumores falsos que aseguraban que a los que ingresaban se les obligaba bajo pecado mortal a la observancia de la Regla, siendo tan continuas las críticas e infundios vertidos sobre la Institución, y se atemorizó de tal forma a los fieles, que muchos de ellos desistieron de su intención de hacerse terceros.

En ese estado de incertidumbre y confusión se vivió durante un tiempo, pues incluso desde el púlpito hubo quien se atrevió a poner en tela de juicio la legalidad de la Tercera Orden Seglar franciscana<sup>120</sup>. Alarmados e indignados los franciscanos ante la calumnia y la falsa interpretación de la Regla, acudieron hasta su ministro general en busca de ayuda. A su vez, los detractores proseguían con su campaña de desprestigio asegurando por doquier, que era “*harto dificultoso*” para los fieles mantener las promesas que los profesos debían cumplir, pues, amén de la obligación de guardar con fidelidad los mandamientos divinos, el compromiso exigía no pecar nunca ni mortal ni venialmente, una promesa de difícil cumplimiento para personas que vivían en medio del mundo. Añadían que en caso de incurrir en culpa, el pecado era doble: primero, por transgredir la ley de Dios; y segundo, por quebrantar el juramento de profeso. De esa forma la gravedad de la doble falta suponía caer en sacrilegio<sup>121</sup>. En definitiva, el pertenecer a la Tercera Orden hacía peligrar la salvación eterna.

La reacción de la Tercera Orden no se hizo esperar, con el apoyo de los menores puso el asunto en manos del Santo Oficio. El Tribunal, en defensa de la comunidad franciscana, abrió un proceso en contra de los difamadores, personalizados en un trinitario, el padre Ponciano Basurto<sup>122</sup>. Como a los ofendidos no les pareció suficiente la medida, con la ayuda de fray Pedro González de Mendoza, comisario general, buscaron el apoyo y

---

<sup>119</sup>CARRILLO, J., op. cit., p. 28. Según los críticos: “*Ningún camino podían escoger, más lleno de dificultades, ni más ajeno de este propósito que el que emprendían*”.

<sup>120</sup>MIRANDA: Libro de: *Exposición de la Regla de los hermanos terceros así seglares como religiosos, comúnmente llamado de la Penitencia, de la Tercera Orden, que instituyó e hizo Nuestro Padre San Francisco*, Salamanca, 1609, p. 11. “*Lo primero fue notado de novedad y se comenzó a decir y murmurar que avia poca o ninguna necesidad de introducir agora novedades y nuevas costumbres*”.

<sup>121</sup>Ibíd., p. 59.

<sup>122</sup>Basurto fue sentenciado por el Santo Oficio. Entre las penas que se le impusieron estuvo la de retractarse públicamente de las afirmaciones erróneas en las que había incurrido en sus sermones. AHN, sec. Inq., leg. 2106, caja 1.

el parecer de algunos doctos teólogos vinculados a las universidades de Salamanca, Alcalá y Coimbra y, además, se pidieron los veredictos de dos doctos franciscanos, fray Francisco de Sosa, antiguo general de la Orden de menores, a la sazón obispo de Canarias, y de don Alonso Castel Branco.

Sosa escribió un tratado que se llevó hasta el Tribunal inquisitorial, en el que no sólo se ensalzaba a la Orden Tercera sino que se aseguraba lo lejos que había estado del ánimo del Santo Fundador el erigir una religión que pusiese en peligro de pecado mortal a sus miembros. El parecer de todos los consultados fue unánime, los fieles que se acogían a la Tercera Orden Seglar lo hacían por convicción cristiana, y como cristianos que eran, al profesar renegaban del pecado, prometiendo observar los mandamientos y renovando y confirmando las promesas del bautismo. Por tanto, no hacían nada extraño que no hiciesen todos los que se consideraban buenos católico<sup>123</sup>.

Un cronista franciscano, fray Pedro de Salazar, en su obra *Crónicas Franciscanas de España*, escrita en la primera década del siglo XVII, daba cumplida cuenta de las dificultades que por un tiempo tuvo que sufrir la Institución franciscana, hasta que pudo demostrarse públicamente la malicia de sus atacantes. Finalmente, desde Roma se había cortado de raíz el movimiento difamatorio<sup>124</sup>. El cronista Salazar terminaba su narración diciendo que, tras esclarecerse los hechos, entre los fieles cundía el deseo de entrar a formar parte de una comunidad donde las funciones las dictaba la ortodoxia<sup>125</sup>.

Se le abría a la Venerable Orden Tercera un amplio camino de vida espiritual en el proceso confesional. La jerarquía civil y religiosa, frente a la disidencia, podía contar con el apoyo firme y leal de esta Institución imbuida de la doctrina elaborada desde parámetros de tradición y autoridad, y configurada dentro del orden social de relaciones de dominación y dependencia.

---

<sup>123</sup>*Regla y Constituciones generales de la Tercera Orden Seglar de San Francisco*: cap. X, Madrid, 1991. “Todas y cada una de las cosas que en la presente regla se contienen son consejos para más fácilmente salvarse las almas de los caminantes en esta vida; y ninguna cosa obliga a pecado mortal, ni venial, salvo si por otra vía obligare, por derecho humano o divino”.

<sup>124</sup>Se sabe que fray Pedro de Salazar había recibido el hábito franciscano en el convento llamado de la Oliva, de frailes observantes, próximo a Maqueda. Se había graduado en teología en la Universidad de Alcalá y poco después, nombrado padre guardián del convento de San Juan de los Reyes en Toledo; con el mismo cargo pasó al de Alcalá de Henares. En 1591, en el capítulo general que celebró su Orden en la localidad de Escalona, se le eligió como provincial y visitador de las provincias de Valencia, Cartagena y Andalucía. SALAZAR, P. de, op. cit., fols. 388-389.

<sup>125</sup>La Crónica de Salazar narra una situación tensa, más grave si cabe, porque el conflicto surgió en el ámbito religioso, lo que sin dudar fue causa de escándalo entre los fieles. La narración transcurre de manera sencilla acentuando el carácter de la VOT como fundación personal de San Francisco.

De ahí parte nuestro interés por conocer desde sus comienzos una institución religiosa-segla, un espacio en el que se crean estructuras culturales, se establecen normas y se imponen comportamientos religiosos y sociales, un análisis que cobra importancia teniendo en cuenta que la Monarquía Hispánica se halla inmersa en el proceso confesional, un horizonte en el que lo religioso, lo laboral, lo social y lo político están enraizados.

Aunque Salazar no hace ninguna mención a la villa madrileña, el fervor religioso llegó hasta la capital en donde ya residía un pequeño grupo de hermanos penitentes. No existe constancia escrita que con fecha anterior a junio de 1608 existiese en Madrid oficialmente constituida una fraternidad de la Tercera Orden. Es entonces cuando ese grupo solicita de Toledo constituirse jurídicamente, y de hecho, en algunos documentos se alude a esa fecha como la de su inicio<sup>126</sup>.

Los efectos de la propaganda que se impartió entre los fieles germinaron en numerosas peticiones de los que deseaban, cuanto antes, prepararse para recibir el hábito. Se aceleraron los pasos, y en 1609 nacía oficialmente la Fraternidad madrileña de San Francisco, convirtiéndose en poco tiempo en un referente para el resto de Castilla<sup>127</sup>. En julio de ese año llegaban desde Toledo las Constituciones, obra del general franciscano fray Arcángel de Mesina. Ya sólo restaba la redacción de los Estatutos, atendiendo a las singularidades de la Venerable Orden Tercera de Madrid, VOT, lo que se hizo con gran rapidez.

En la primera junta que se celebró en enero de 1610, reunidos los hermanos delante de una mesa presidida por un crucifijo, alumbrándose con unas velas y bajo la mirada de una imagen de San Francisco<sup>128</sup>, se reglamentaron diversos aspectos: la admisión de hermanos, la expulsión en casos extremos, la elección de los cargos, el gobierno interno, las normas para controlar la gestión económica, las actividades que serían prioritarias, el control y disciplina, etc. Institucionalizados de forma oficial, los terceros contaron con el beneplácito de los frailes observantes del convento de San Francisco, a cuya sombra había

---

<sup>126</sup>AVOTM, C. 5, Lib. VII, fol. 390.

<sup>127</sup>AVOTM, C. 7, Lib. IX, fol. 55. «Aunque se cree que el origen de la Venerable Orden Tercera en la Villa y Corte data de muchos años antes, bien por la diferencia de gobierno de los antiguos o por la falta de práctica en los que ejercían los oficios no previnieron la conveniencia de escribir o porque no teniendo lugar para guardar los libros los guardaban en las casas particulares de los que ejercían los oficios y cargos, pero serían necesarios volúmenes enteros para expresar a los Santos varones que han escrito sobre la formación de la Orden Tercera de Madrid (...)».

<sup>128</sup>Regla de la Tercera..., cap. X, 1.



nacido la Fraternidad, quienes les permitieron celebrar sus reuniones en una sala, llamada de Santa Isabel, y las ceremonias de culto en una capilla de la iglesia del convento.

Sin que se señale la fecha dicen los libros de la Orden que don Felipe III y su esposa doña Margarita de Austria junto con sus hijos respaldaron a la VOT tomando el hábito de la Tercera Orden. Tras ellos, lo hicieron numerosos grandes.

En el seno de la Venerable Orden Tercera madrileña, a imitación de la Tercera de Toledo, y como sucedía en otras instituciones religioso-seglares, se establecieron fuertes vínculos de compromiso con los objetivos evangelizadores de la Iglesia, reiniciándose un proceso confesionalizador de conversión interior y de disciplinamiento social en sintonía con los postulados del sistema cultural imperante<sup>129</sup>. La jerarquía eclesial y la Monarquía tuvieron siempre en la VOT una firme y activa colaboradora en la defensa de los valores culturales tradicionales. Desde sus comienzos la Institución impuso pautas de autoridad seglar y religiosa, que favorecieron a las conductas y a la socialización en el proceso confesional vigente<sup>130</sup>.

Madrid, desde que fue capital, se convirtió en polo de religiosidad y función social para distintos grupos sociales, nobles incluidos, y a todos, la Venerable Orden Tercera les ofreció una espiritualidad y una posibilidad de ayuda que no eran comunes en otras instituciones<sup>131</sup>. La Fraternidad supo incardinarse en el conjunto social, y lo hizo de forma heterogénea, diversificando su composición, grupos nobiliarios, clérigos, gentes de oficios (cocheros, calceteros, cerrajeros...), artesanos, etc. Para los devotos, el ser hermano de una Orden Tercera significaba, más allá de las motivaciones meramente espirituales, un avance en la consideración social, pues siendo miembro de una corporación, se destacaba entre los demás feligreses. En la VOT todos los hermanos cumplían una misión, unos en los oficios o cargos de mayor responsabilidad, otros en las labores asistenciales y otros en las tareas más sencillas. Esas personas, distintas en su estatus social y en su formación, les equiparaba la virtud de la caridad, y les unía el espíritu de amor y sacrificio que el fundador Francisco había inculcado a sus seguidores.

---

<sup>129</sup>DELUMEAU, J.: *El catolicismo de Lutero a Voltaire*, Barcelona, 1973.

<sup>130</sup>La confesionalización fue un proceso que tuvo efecto no sólo en el ámbito católico sino también en el protestante, CONTRERAS, J.: «Procesos Culturales Hegemónicos de Religión y Religiosidad en la España del Antiguo Régimen», en *Revista de Historia Social*, n.º 35, Madrid, 1999.

<sup>131</sup>En Toledo no existe documentación sobre la fundación de la Fraternidad madrileña, la información desapareció durante la invasión de las tropas francesas.

La redacción de los primeros libros de actas permite conocer, hasta en los detalles más precisos, el gobierno de la VOT y de cómo transcurrieron esos primeros años, las dificultades que se hubo de afrontar, la espiritualidad que la rodeaba, la labor social que comenzó a desarrollar, su lucha por hacer prevalecer sus derechos, rivalizando a nivel simbólico en la solemnidad de los actos de culto, y su interés por hacer crecer su prestigio. Hemos podido saber los deberes y obligaciones que sus miembros se imponían, y los privilegios espirituales que recibieron, la ambición siempre piadosa que movió sus grandes proyectos y su habilidad para incrementar su escaso patrimonio inicial<sup>132</sup>.

Los documentos nos ilustran sobre el paralelismo entre su evolución histórica y su proceso de afirmación temporal y religiosa, y cómo logró sobrevivir a los avatares políticos que la rodearon sin desatender los fines para los que fue instituida.

Siempre estuvo presente su deseo de militancia, asistiendo a todos los lugares donde creyó ser necesaria, y fue continuo el afán que mostró por multiplicar su radio de acción asumiendo acciones complementarias. Gracias a su tenacidad y habilidad, los terceros crearon redes flexibles que les permitieron lograr el bien del prójimo y el reconocimiento social. Los hermanos más favorecidos por la fortuna, desde el ámbito de la fe y de la piedad, podían volcar su caridad dentro de la misma Institución, socorriendo a otros hermanos necesitados. La VOT fue el vínculo que unió esos estratos tan distintos de la sociedad, de la misma manera que lo haría entre un presente y un pasado tradicional entendido como verdadero, cuyo último fin estaba en alcanzar la promesa de salvación

## ***1. CIRCUNSTANCIAS SOCIOCULTURALES PREVIAS***

A principios del siglo XVII, en el año 1605, el cardenal Borguese, papa Paulo V, ocupó la silla de Pedro, prosiguiendo con la línea de renovación espiritual emprendida por la Iglesia Católica frente al protestantismo. Su tenacidad en la defensa de la fe se manifestó de forma singular en la Iglesia española, secundada por la Monarquía en el proceso de indoctrinamiento y evangelización del que ya hemos hablado. En la villa de Madrid, por la dinámica que produjo la movilidad social ascendente, y las necesidades que se derivaron de ella, se fue perfilando lo que constituiría la sociedad madrileña del

---

<sup>132</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fols. 4 y 4v. Por parecernos de interés hemos incluido en los apéndices una parte transcrita de la primera junta del Discretorio que se celebró en la Fraternidad.

Seiscientos. Dentro de ese grupo poblacional ocupaban un espacio importante los frailes del convento de San Francisco.

Desde siglos atrás, los madrileños habían mostrado una profunda devoción al Santo italiano, alimentada por el sentimiento de creer como cierta su presencia no sólo en España sino en Madrid. Esa creencia, nunca desmentida por la Iglesia, no dejaba de formar parte de la leyenda, y a nuestro parecer fue aprovechada para asentar en la tradición una cultura de devoción franciscana. No existe, pues, ningún tipo de documentación que sostenga la estancia de San Francisco en Madrid, ya que los documentos más antiguos que podrían proporcionar algunos datos sobre la Orden franciscana en España se sitúan en el Reino de Aragón y no en el de Castilla<sup>133</sup>.

Aún así, los madrileños estaban convencidos de que el propio Francisco había escogido el primitivo emplazamiento del convento, a extramuros de la Villa, alejado del núcleo de edificios, en un paraje cercano a la llamada Puerta de Moros, sobre un montículo y entre dos álamos, cerca de una fuentequilla; en ese lugar había levantado una humilde choza que puso bajo el amparo de Nuestra Señora de los Ángeles<sup>134</sup>. Cuando el Santo partió, dejó en el conventillo a algunos de sus frailes que según un cronista de la época:

*«(...) y vestían de la tela del desengaño, traje tan poco usado entre los vivientes. Eran hábitos estrechísimos y groseros, de color ceniza y remendados, sin faltarles circunstancia de aspereza para ser silicios. Las cuerdas que traían ceñidas eran de tosco esparto anudadas con tan pobre desaliño publicaban todo el desprecio del mundo, los pies no conocían ninguna defensa ante las injurias*

---

<sup>133</sup>GARCÍA VILLOSLADA, R. y LLORCA, B., op. cit., vol. III, p. 891. En el siglo XIV un cronista informaba acerca de la fundación franciscana en la provincia de Aragón, haciendo alusión a la llegada de San Francisco a España y a la polémica sobre el lugar por el que entró en la Península. No se especifica en que lugar de Aragón fundó un convento. La fecha siempre sería anterior a 1219, en la que al franciscano fray Juan Parente se le dio licencia para que se estableciese un convento en Zaragoza. El documento más antiguo que se conoce sobre presencia de la Orden Tercera Seglar franciscana en España, tiene fecha del 3 de diciembre de 1229, y se encuentra en el Archivo de la Corona de Aragón, en Barcelona. En el manuscrito, el rey don Jaime II de Aragón responde y accede a la petición de dos hermanos de la Tercera Orden para que se les declarase exentos de servir en el ejército del Monarca y, por lo tanto, de pagar la cuota que se exigía a los que querían librarse de esa servidumbre. De época posterior es un manuscrito del papa Nicolás IV, depositado en el Archivo de la Catedral de Toledo, que contiene una copia de la Regla de la Tercera Orden Seglar franciscana, y de las preces y ritos que se debían de rezar en el acto de la profesión y en la investidura de hábitos.

<sup>134</sup>La leyenda dice que durante la estancia de San Francisco en Madrid en 1217, los madrileños le ofrecieron un lugar extramuros para que se instalase. Allí construyó una choza y una pequeña ermita. Con el tiempo la ermita se convirtió en iglesia y, la choza, en convento. Anterior al siglo XIV no existe una documentación concreta concerniente al convento franciscano madrileño, pero Juan Diacono, en su *“Relación de la vida de San Isidro”*, menciona que en el año de 1266 el convento ya estaba construido, y asegura que por la devoción de los madrileños al Santo en épocas de sequía se le ofrecían rogativas sacándole en procesión para que favoreciese la lluvia. Boletín de la Real Academia de la Historia, t. IX, pp. 124-150. El convento de San Francisco junto con el de San Martín fueron los más antiguos de Madrid..

*del suelo. Mas que vivos parecían muertos los semblantes. Los ojos no sabían mirar sino a la tierra, como ni las vistas de sus espíritus abrasados a otra parte que al Cielo»*

El fervor del pueblo creció más y más en la devoción franciscana, de tal forma que cuando los frailes intentaron trasladar el convento a otro lugar por las muchas humedades que llegaban desde el río, la reacción popular fue tan fuerte, que a pesar de estar justificado el cambio, no se hizo<sup>135</sup>. A los devotos les pareció que se traicionaban los deseos de San Francisco, y esa tenaz oposición obligó a los frailes a desistir del proyecto<sup>136</sup>.

En el siglo XV el convento se había convertido en un lugar espacioso, y su iglesia, en otro tiempo tan sencilla, en un templo urbano, adaptado a las necesidades del momento, embellecido por las limosnas de los fieles y de ilustres bienhechores, siendo muy cotizados los servicios pastorales y culturales que dispensaban los frailes<sup>137</sup>. El Ayuntamiento de la Villa, en agradecimiento y como pago a los beneficios espirituales que el convento administraba a una población en continuo crecimiento, y a menudo desasistida en los servicios del alma, creyó justo hacerle entrega de una renta fija anual<sup>138</sup>.

Conforme el tiempo pasaba, el humilde arrabal en torno al convento se convirtió en un barrio llamado de San Millán que creció radialmente, con calles dirigidas hacia el sur y el este<sup>139</sup>. Las gentes asentadas en la zona dedicaban su tiempo a las faenas agrícolas, pero a partir de 1561 cuando la Villa se convirtió en la capital de la Monarquía Hispánica, y se adelantó la cerca por el notable crecimiento de la población, muchas de las antiguas casas de labor, corrales, muladares y huertas, ubicadas en terrenos propiedad del Concejo,

---

<sup>135</sup>Según biógrafos del Santo, los madrileños se negaron a que la estructura de la primitiva choza que, según se decía, construyó Francisco con sus propias manos, fuese alterada por los frailes. CORNEJO: *Crónica*, pp. 206-207.

<sup>136</sup>GARCÍA BARRIONUEVO, P.: *San Francisco el Grande de Madrid*, Madrid, 1975, p. 22. El Concejo de manera gratuita puso la propiedad del terreno a disposición de los frailes, quienes lo recibieron en la forma en que se lo permitía su Regla, como una limosna. La propiedad recayó en el síndico apostólico quien lo aceptó en nombre de la Santa Sede. Con el tiempo, los franciscanos levantaron varias construcciones de forma rústica y sin seguir un orden, y rodearon todo el recinto de una cerca de la que existe constancia documental en el Libro de Acuerdos del Concejo de la Villa del año de 1541, acta del 21 de noviembre, fol. 86.

<sup>137</sup>HERNÁNDEZ, J.: *Madrid, su historia. sus gentes. sus pueblos*, vol. I, Madrid, 1998, p. 33.

<sup>138</sup>Los datos históricos referentes al antiguo convento e iglesia franciscanos los recogió LEÓN PINELO, en *Anales de Madrid, desde el año 447 al de 1658*, Instituto de Estudios Madrileños, 1971, p. 25.

<sup>139</sup>Otra gran barriada que se formó en torno a un santuario contemporáneo al franciscano fue la de San Martín, que al igual que lo había hecho la de San Ginés y Santa Cruz, no se conformaron con ser una continuación de edificios, sino que se convirtieron en auténticos núcleos urbanos en torno a las iglesias correspondientes. Para más información véase DELEITO y PIÑUELA, J.: *Solo Madrid es Corte*, Madrid, 1962. También, VIÑAS y MEY, C.: «La estructura social-demográfica del Madrid de los Austrias», en *Revista de la Universidad de Madrid*, Madrid 1955, p. 463.

desaparecieron y en su lugar se levantaron casas de vecinos<sup>140</sup>. De esa forma, los antiguos moradores, agricultores en su mayoría, fueron sustituidos por otros dedicados a la artesanía, al comercio y a los servicios<sup>141</sup>.

Los cambios no afectaron al convento franciscano y, de una u otra forma, el templo cada vez más integrado en la vida madrileña, siguió siendo un referente de devoción, uno de los más visitados por los fieles, y no sólo por los de su entorno, puesto que hasta allí se desplazaban personas de distintas barriadas y de diversa índole social. Los frailes prosiguieron con su ministerio de oración, asistencia espiritual, caridad cristiana y práctica de la pobreza, todo un ejemplo para la sociedad del momento.

Quiso don Enrique de Aragón (1384-1434), marqués de Villena, hijo de don Pedro de Aragón, tío a su vez de don Juan II, ser sepultado en el convento franciscano, y años después expresó ese mismo deseo la reina doña Juana de Portugal, esposa de Enrique IV y madre de la princesa Juana, llamada la Beltraneja<sup>142</sup>. Esos enterramientos reales fueron ejemplo para que personas pertenecientes a linajes madrileños, queriendo afianzar su prestigio y perpetuar la imagen familiar no dudasen en fundar capillas funerarias en el templo para que les sirviesen de sepultura<sup>143</sup>. La elección de un espacio religioso, monasterio o convento, que albergase los restos familiares después de la muerte, no dejaba de ser una política de prestigio nobiliar en la que la comunidad religiosa quedaba en cierta forma ligada al noble y a su descendencia. De ese modo, el ritual en la muerte cristiana pasaba a ser vehículo de expresión de poder, con panteones y capillas se sacralizaba la familia, se proyectaba la memoria del finado y se reforzaba la imagen del linaje<sup>144</sup>.

En el siglo XVI las elites urbanas de Madrid, con la nobleza local al frente, estaban formadas por propietarios de ganados y tierras de cultivo, cuyo poder se respaldaba en el patrimonio territorial. Se trataba de una nobleza media, oligarquizada en clanes familiares,

---

<sup>140</sup>La cerca establecía los límites de lo que se consideraba el núcleo urbano. En 1561 Felipe II decidió hacer de la Villa la capital política y administrativa de la Monarquía, el centro del Imperio.

<sup>141</sup>URGORRI CASADO, F.: «El ensanche de Madrid en tiempos de Enrique IV y de Juan II», en *Revista de Bibliotecas, Archivos y Museos*, enero 1954, p. 4. El Concejo entregó parte de los terrenos a los vecinos, unas veces de manera gratuita y otras mediante el pago de un censo.

<sup>142</sup>LEÓN PINELO, A., op. cit., p. 5: «A 13 de junio de 1471 murió en Madrid la Reina D.<sup>a</sup> Juana, mujer que fue del Rey Don. Enrique el Cuarto. Fue sepultada en el convento de San Francisco al lado de lo que es hoy la capilla de Nuestra. Señora de la Aurora, en el lado del Evangelio. En su sepultura se puso un bulto de alabastro que después se quitó, y de ese material se hizo la imagen de Nuestra. Señora de la Concepción que hoy está encima de la puerta de la iglesia por la parte de afuera».

<sup>143</sup>SALAZAR, P., op. cit., fol. 228.

<sup>144</sup>YARZA LUACES, J.: «La imagen del rey y la imagen del noble en el siglo XV castellano», en RUCQUOI, A.: *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*, Valladolid, 1988, pp. 268 y ss.

que después dio paso a otra ligada a la propiedad urbana y a la administración, en busca del apoyo real para mantener su prestigio. Familias madrileñas fueron los Vargas, los Ramírez, los Zapata, los Ercilla, los Lujan, los Cárdenas, etc., linajes que en los siglos XVI y XVII vivieron y medraron a la sombra de la Corona, y se vieron favorecidos con dignidades tras instalarse la Corte en Madrid.

Desde antes, esas familias que integraban aspectos religiosos en su sistema cultural, eran benefactoras del convento franciscano. Los Vargas, oligarcas de relieve, allá por el año 1458 habían edificado en el convento una capilla familiar con capacidad para dar enterramiento a más de once cuerpos. Las sepulturas se alineaban a ambos lados del altar mayor, y los muros se adornaron con medallones, realces y las efigies orantes de los enterrados<sup>145</sup>. Entre los difuntos se encontraban don Diego Sánchez Vargas, caballero que sirvió al rey don Juan II en la batalla de Olmedo, y también, su esposa e hijo, este último regidor de la Villa en tiempos de los Reyes Católicos. Del mismo linaje era don Francisco de Vargas, también regidor entre 1500 y 1530<sup>146</sup>. A Francisco de Vargas, le cupo el honor de ser designado embajador de Su Católica Majestad en la ciudad de Roma durante la celebración del Concilio de Trento<sup>147</sup>.

La familia de los Ramírez, desde el siglo XV era asidua al monasterio franciscano. Uno de sus miembros, Francisco Ramírez de Orena, señor de la casa principal de los Ramírez de Madrid, general de artillería, fue premiado por el rey Fernando el Católico con la merced de la heredad de la villa de Bornos, en la provincia de Cádiz. Encontrándose don Francisco en la toma de Málaga en 1487, y tras su éxito en el asalto a la plaza, el Rey le permitió añadir a sus armas una torre y un puente. El personaje había casado con doña Isabel de Oviedo, natural de Madrid, y al enviudar contrajo segundas nupcias con Beatriz Galindo, condesa de Castellar, apodada la Latina, preceptora, consejera y camarera mayor

---

<sup>145</sup>El padre Diego Álvarez, en *Crónica*, fol. 36v., dice: “*La familia Vargas contaba en el convento franciscano con hermosa capilla propia, en la que estaba inscrito su nombre*”. Entre los antepasados de los Vargas estaba Iván, patrón del que después sería santificado como San Isidro (1080-1130). Isidro en vida se dedicó a labrar las tierras de su señor, situadas entre los actuales puentes de Segovia y Toledo. ÁLVAREZ BAENA, J. A.: *Hijos de Madrid, ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes*, t. II, Madrid, 1789-91, p. 377.

<sup>146</sup>En el Archivo de la Villa de Madrid, en el tomo IV de la Colección de Vicente Domingo Palacio existe un apéndice titulado “*Reseña Histórica del alzamiento en Madrid*”, en el que se relata la actitud del pueblo de Madrid ante las exigencias del monarca Carlos I, cuando comenzaba su gobierno en España. La situación que se creó, según el autor, dio lugar a la revuelta de las Comunidades. Don Francisco de Vargas, como regidor que era de la Villa madrileña, encabezó la protesta, y votó en contra de satisfacer las pretensiones del Monarca, si bien cuando estalló la sublevación, reconsideró su postura y se puso de parte del Rey, aún cuando sus intereses particulares salieron muy perjudicados.

<sup>147</sup>AHN, sec. Trento, ms. 6.15.

de la reina doña Isabel la Católica. Antes de 1501, año de la muerte de don Francisco, él y su esposa habían fundado el hospital llamado de La Latina, en la calle Toledo, junto a la plaza de la Cebada, así como dos monasterios de monjas junto al hospital: uno para clarisas, llamado de la Concepción<sup>148</sup> y otro con el mismo nombre para la orden jerónima.

La hacienda de la familia Zapata aumentaba sin interrupción desde el siglo XV, cuando adquirió el señorío de algunas localidades cercanas a la Villa<sup>149</sup>. El patrimonio se amplió todavía más en el XVI, cuando Juan Zapata Osorio compró las tercias reales de la localidad de Barajas y de la Alameda<sup>150</sup>. Mediado el siglo, Rodrigo Zapata, hijo del anterior, sirviendo bajo las órdenes de Manuel Filiberto de Saboya, fue el primero en plantar la bandera española en la toma de San Quintín, combatió en las plazas de Orán y Malzarquivir y después pasó a Flandes. Al regresar a España y a su llegada a la Corte, se premió su valentía con la merced de un hábito de caballero en la Orden Militar de Santiago y con el grado de capitán de caballos<sup>151</sup>

Otro madrileño vinculado al monasterio franciscano fue Alonso de Ercilla y Zúñiga, hijo de Fortunio García de Ercilla, caballero del hábito de Santiago, del Consejo de Cámara del emperador Carlos I y de Leonor de Zúñiga, guardacamars de la emperatriz Isabel de Portugal. En el año 1547 don Alonso acompañó al príncipe Felipe a Bruselas, y años después, en 1554, lo hizo de nuevo en su viaje a Inglaterra para contraer matrimonio con la reina María Tudor. Desde Inglaterra, tras los fastos, Ercilla partió hacia el continente americano donde ocupó un puesto relevante en la pacificación del territorio araucano. En 1561 pisaba de nuevo la Península Ibérica<sup>152</sup>.

Un linaje muy devoto del Fundador franciscano fue el de los Luján, familia que habitaban en el viejo palacio situado en la actual Plaza de la Villa, antes conocida como del Salvador<sup>153</sup>. Tras la alianza matrimonial entre Lujanes y Zapatas, se dio paso a la

---

<sup>148</sup>En la actualidad el convento de la Concepción Francisca de monjas de clausura sigue en ejercicio.

<sup>149</sup>ÁLVAREZ DE BAENA, J. A., op. cit., p. 392. La documentación existente en el AVOTM muestra como la familia Zapata, a través del tiempo, favoreció al convento franciscano con numerosas donaciones.

<sup>150</sup>AHPM, prot. n.º 208.

<sup>151</sup>ÁLVAREZ DE BAENA., op. cit., fol. 31v. En 1560 don Francisco Zapata Cisneros, presidente del Supremo de Castilla, restauró a sus expensas la capilla mayor de San Francisco.

<sup>152</sup>AHN, Fondo Histórico, Delegación de Hacienda, Lib. 93. Los restos de este caballero y los de su esposa, doña María de Bazán, se encuentran depositados en el convento de las Carmelitas Descalzas de Ocaña, fundado por dicha señora

<sup>153</sup>BALLESTEROS ROBLES, L.: *Diccionario Biográfico Matritense*, Madrid, 1912, p. 401.

creación de uno de los principales títulos nobiliarios madrileños, el de conde de Barajas<sup>154</sup>.

No olvidamos a la familia de los Cárdenas, por estar también vinculados a Madrid y ser muy favorecidos por los monarcas<sup>155</sup>. Don Alonso de Cárdenas fue nombrado por Felipe II, en 1583, corregidor de la villa madrileña<sup>156</sup>.

Pero sin duda, entre todas estas familias, destacaba por sus numerosos méritos la poderosa familia alcarreña de los duques del Infantado. En el siglo XVII, la calle de Don Pedro, muy señorial, se extendía desde la Puerta de Moros, junto a la parroquia de San Andrés, hasta las Vistillas, y pertenecía casi por completo a los duques, que eran propietarios de varias de sus casas y huertas. El sexto duque de la Casa del Infantado, Juan Hurtado de Mendoza, devoto de San Francisco y hermano de la Tercera Orden Seglar, era discreto supernumerario en la Fraternidad madrileña desde 1619<sup>157</sup>.

La difusión que alcanzó la Orden Tercera en Madrid tuvo mucho que ver con estos linajes familiares. A los señores que deseaban pertenecer a la Fraternidad, se les ofrecía participar en una vida espiritual plena, pero en consonancia con el estado seglar y, a su vez, la Orden se beneficiaba de su prestigio. Sin embargo, fue decisivo que los reyes don Felipe III y doña Margarita de Austria, junto con sus hijos, tomaran el hábito franciscano de la Tercera Orden Seglar para que el ejemplo fuese seguido por toda la Corte<sup>158</sup>.

Cuando un personaje ingresaba en la VOT, no lo hacía sólo su persona, pues arrastraba tras sí a todo el grupo que se articulaba en su entorno: familiares, empleados, servidores domésticos, etc.<sup>159</sup>. Esa relación fue la base principal del éxito y de la fuerza que alcanzó como fraternidad penitente, y hacemos hincapié en ello, porque los dos sacramentos que polarizaron la atención de la Iglesia después de Trento fueron la

---

<sup>154</sup>“Murió Pedro de Luján, Camarero del rey D. Juan el Segundo, y fue sepultado en la Capilla que empezó en San Francisco, la cual acabó su hijo Juan de Luján el Bueno”. LEÓN PINELO, A., op. cit., pp. 58-59.

<sup>155</sup>NÚÑEZ DE CASTRO, A.: *Libro histórico político: solo Madrid es Corte*, vol. I, Madrid, 1675, pp. 130-134.

<sup>156</sup>AHPM, prot. n.º 2.466, fol. 878. AGS, *Contadurías de Mercedes*, leg. 638.11. El corregidor Alonso de Cárdenas gobernó entre los años 1583-1586.

<sup>157</sup>ÁLVAREZ DE BAENA, J. A., op. cit, vol. II, Madrid, 1789-1791, pp. 268-269  
AVOTM, C. 1, Lib. I.

<sup>158</sup>DIÁZ DE SAN BUENVENTURA, F.: *Primera parte del Espejo Seráfico*, Santiago, 1683, p. 216. Personajes como los Reyes, duques del Infantado, Arcos, Villahermosa, Montelón, el conde de Lemos, marqués de Cañete, tomaron el hábito.

<sup>159</sup>AVOTM, legs. 20, 22 y 24.



Penitencia y la Eucaristía, dos concepciones primordiales de la confesionalización<sup>160</sup>. La moral pastoral había encontrado en el sacramento de la Penitencia el resorte para mantener la fe, elevar la vida espiritual y las costumbres del pueblo cristiano, y en la Eucaristía, la fortaleza para que el alma no perdiese la gracia<sup>161</sup>.

El discurso que ofrecía la VOT de penitencia y fe, se imbricaba perfectamente en la preocupación postridentina de mantener a los fieles en estado de gracia, aunque el hombre por su debilidad caía una y otra vez en el pecado. La confesión sacramental primero, y la comunión después, eran el único modo de lograr el alivio de la culpa y la redención. Penitencia y fe.

Con esa estructura de poder ordenado, la Orden Tercera de Penitencia de Madrid pasaba a ser un centro de espiritualidad en el que se ejercían aspectos devocionales y caritativos; una microsociedad dentro de la comunidad madrileña, fiel a un modelo de vida respetado por sus miembros. En la VOT un conjunto de individuos vinculados entre sí por motivos religiosos, sociales y políticos establecieron metas y objetivos comunes.

La Institución, por su capacidad para suscitar movimientos y respuestas espirituales y sociales y por su adaptación a las singularidades locales, ocupó un espacio de honor en el tejido religioso-social de la época, y respondió eficazmente al ideario contrarreformista de evangelizar para la conversión, disciplinar las costumbres e integrar a los individuos en la sociedad. Esa actitud puso en marcha un modelo, según el cual el cristiano católico había de organizar su vida en un mundo en el que lo espiritual y lo temporal iban unidos formando parte de un todo<sup>162</sup>.

## **2. CONFESIONALIZACIÓN, INSTITUCIONALIZACIÓN Y FUNDACIÓN DE LA VOT**

---

<sup>160</sup>Son palabras de Francisco de Asís: “*Todos aquellos que aman al Señor con el corazón, con toda el alma y la mente y con todas sus fuerzas, y a sus prójimos como a sí mismos y aborrecen sus cuerpos con sus vicios y pecados y reciben el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo y hacen frutos dignos de penitencia, ¡oh, cuán dichosos y benditos son los hombres y mujeres que practican estas cosas y perseveran en ellas!*” «Carta a Todos los fieles» (primera redacción), en *los escritos de Francisco y Clara de Asís*, sin fecha.

<sup>161</sup>MESTRE SANCHIS, A.: «Historia de la Iglesia en España, s. XVII-XVIII», en *Historia de la Iglesia*, Madrid, 1979.

<sup>162</sup>PALOMO, F.: «Disciplina cristiana. Apuntes historiográficos en torno a la disciplina y el disciplinamiento social como categorías de la historia religiosa en la Alta Edad Moderna», en *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º, 18, Madrid, 1997, p. 120 y ss.

Al finalizar el siglo XVI, enfrentado el orbe cristiano por la Reforma protestante, rota la unidad religiosa que provocó la definitiva crisis de la Christianitas, y alterado el marco europeo por los conflictos confesionales, se produce una apertura a particularismos culturales que de inmediato se confesionalizan, fracturándose, como señala el profesor Ruiz Rodríguez, “el tronco universalmente aceptado de la tradición, sostén del andamiaje de la Identidad, la Autoridad y la Universalidad”. Se había fragmentado ese régimen o república, y habían surgido elementos desvinculados del pasado capaces de territorializar la religión, católicos unos, protestantes los otros, que politizaban los movimientos religiosos<sup>163</sup>. En palabras de Martín Fliche, después de Trento tuvo efecto un proceso de laicización en el que “*Se suplantó el orden eclesiástico por el laical y civil, y al socaire de nacionalismo religioso, apareció el absolutismo regio bajo formas de autoritarismo y un regalismo exarcebado*”<sup>164</sup>.

Las relaciones entre el Papado y la Monarquía Hispánica, a pesar de su conciencia cristiana y católica, no siempre fueron saludables, en la memoria permanecían tensiones habidas en los años setenta del Quinientos, cuando siendo presidente del Consejo de Castilla, Diego de Espinosa, un fuerte apoyo para el regalismo de Felipe II, se produjeron enfrentamientos con Roma. Pío V, molesto por la actitud del Monarca español, que coartaba la libertad y jurisdicción temporal del Papado, prohibió la asistencia de laicos a las asambleas conciliares provinciales, una medida que nunca se materializó<sup>165</sup>. Todavía, en los últimos años del siglo, se originaron discordias entre los dos poderes, por la imposición que Roma hacía de ciertos cánones y la aplicación de los juristas sobre algunos privilegios de la Corona, en contra del parecer de Roma. El Rey, ya anciano, resistía con firmeza las pretensiones papales en materia de jurisdicción, juzgando con sentido crítico y acritud a la Curia romana. Desde el lado opuesto, se desconfiaba del episcopado español, al que se suponía sometido a la Corona<sup>166</sup>.

El 18 de julio de 1596 Clemente XVII dirigía una epístola a Felipe II lamentando la vida poco edificante que mantenían los obispos españoles, “(...) *deleitanse en los honores*

---

<sup>163</sup>RUIZ RODRÍGUEZ, J. I.: «Órdenes Militares: confesionalización y protonacionalismo en España, siglos XVI y XVII», en *Actas do quinto encontro Ordens Militares: Os Ordens Militares e os Ordens de Cavallaria entre o Occidente e o Oriente*, Palmela, Portugal, 2006, pp. 4 y ss.

<sup>164</sup>FLICHE, A y MARTÍN, V., op. cit., t. XVII, p. 560.

<sup>165</sup>EZQUERRA REVILLA, I.: *El Consejo Real de Castilla bajo Felipe II*, Madrid, 2000. El rey Felipe II encomendó a personas que gozaban de su confianza que asistiesen a las asambleas conciliares e impidiesen de la forma posible que los padres de la Iglesia tratasen de temas que perjudicasen a la jurisdicción, preeminencias o derechos reales.

<sup>166</sup>GONZÁLEZ NOVALIN, J. L.: *Historia de la Iglesia en España*, t. III, 2.ª parte, Madrid, 1980, p. 52.

*mundanos más, que en el culto divino y más que guías y maestros de los demás, parece que están entre tinieblas*”<sup>167</sup>. Entre la clerecía había quienes pensaban que la decadencia que sufría la Iglesia española estaba en relación con su falta de libertad, consecuencia de su sometimiento al poder real. En Trento se había reforzado el poder episcopal, aplicándoles a los obispos la función de delegados de la Sede Apostólica y el título de párrocos de párrocos; sin embargo, al estar su situación muy quebrantada, no parecía suficiente la medida, por lo que los prelados siguieron reclamando mayor jurisdicción urbana<sup>168</sup>.

La ruptura protestante, el devenir del conflicto confesional, la evidencia de la disidencia, y las dudas que se desataron sobre la certeza de la tradición hacían necesario lograr modelos de perfección de impacto social. Las nuevas formas políticas o poderes secularizados imponían ortodoxias; en su vertiente negativa, represión del pecado, error y delito; y en la positiva, defensa de la virtud. Desde el poder se creaban modelos culturales capaces de hacer uniformes las conductas según moldes específicos propios que expresaran una visión compartida del mundo presente y del mundo futuro<sup>169</sup>.

La inseguridad y debilidad episcopal habían sido aprovechadas por las órdenes regulares para incrementar su presencia social de manera notoria, fundando más conventos, ocupándose de cubrir cátedras y ejerciendo tareas reservadas hasta entonces al clero secular<sup>170</sup>. Después del Concilio de Trento, en marcha el proceso confesionalizador, los franciscanos españoles siguieron disfrutando de las gracias y privilegios que el Papado les había dispensado en tiempos pasados: exenciones de la jurisdicción episcopal; independencia en su vida monástica; libertad en el ejercicio de las funciones espirituales, en la instrucción de los fieles, etc., todo ello, les conducía con frecuencia a inconvenientes y conflictos con las autoridades diocesanas. La Orden franciscana fue entre las órdenes antiguas (después de Trento se fundaron otros institutos)<sup>171</sup>, la que llevó a cabo una

---

<sup>167</sup>GARCÍA-VILLOSLADA, R., op. cit., pp. 75-76.

<sup>168</sup>*Restauración Católica*, t. XX, p. 456.

<sup>169</sup>CONTRERAS, J., op. cit., pp. 27 y ss. Véase también del mismo autor: *Sociedad Confesional: Derecho Público y Costumbre*, Alcalá de Henares, 1998.

<sup>170</sup>GARCÍA ORO, J.: «La reforma de las órdenes religiosas en los siglos XV y XVI», en *Historia de la Iglesia en España*, t. III, Madrid, 1980, pp. 317-340. En 1566 Felipe II consiguió un breve del papa Pío V, “*Maximus Cuperemus*”, por el cual los conventuales franciscanos debían someterse a la Observancia. Fue deseo del Monarca que la Reforma llegase también a la Tercera Orden franciscana, y a la Tercera Orden carmelita.

<sup>171</sup>Desde finales del siglo XVI en muchos ámbitos de la sociedad cristiana e incluso en órdenes religiosas se habían relajado las costumbres, por lo que algunas de ellas acometieron reformas en un intento de buscar en las fuentes evangélicas el auténtico espíritu cristiano. La Orden franciscana realizó una obra de reforma intensa y de los cambios nacieron nuevas ramas de la familia franciscana. Como se trataba de que no se

reforma más profunda, alcanzando unos niveles de espiritualidad sólo comparables a los que tuvo en los momentos iniciales de su fundación, era un retorno a los valores cristianos y a la esperanza de encontrar una vida de piedad sin apegos a intereses terrenales, cercana a la virtud y con anhelos de trascendencia.

En ese espíritu de renovación evangélica, desde 1608 la VOT apareció como un instrumento de confesionalización y de socialización, un espacio de uniformidad social, de jerarquía y de obediencia, porque infundía autoestima, mejoraba la imagen pública, lograba consideración social, y permitía disfrutar de sentimientos colectivos identitarios dentro del proceso en el que religión y religiosidad se hacían uno<sup>172</sup>. La Fraternidad madrileña, con un ideario de vida nacido de la misma fuente fundadora desarrolló prácticas espirituales y labores sociales en comunión con la de sus hermanos los frailes, pues fue común a ambos: el servicio a los enfermos, la ayuda a los pobres, la redención de los cautivos, la moral en las costumbres, la sobriedad, la predicación, la actividad misional, el socorro a los débiles, etc. En esa cohesión espiritual y social, la VOT siguió los pasos del apostolado urbano y, al igual que la Primera Orden, quiso hacer un credo de la renuncia a lo vano.

Institucionalmente las fraternidades de la Tercera Orden franciscana estaban divididas por provincias, sujetas cada una de ellas a un provincial de la Primera Orden, y en la cúspide el padre general.

El control directo de cada uno de los grupos estaba en manos del padre guardián del convento más cercano, y sólo en el caso de que en la localidad no existiese ningún templo franciscano, dependían del Ordinario del lugar<sup>173</sup>.

---

rompiese la armonía entre sus miembros, en las casas de recolección, podían recogerse los que deseaban practicar una vida de mayor austeridad y observancia. La reforma supuso a la Orden franciscana mayor fuerza y una ampliación en su campo de acción. GARCÍA VILLOSLADA, R. y LLORCA, B., en op. cit, p. 765, Madrid, 1987.

<sup>172</sup>El medio de acción de la VOT, ampliado por la política religiosa que se siguió a partir de Trento buscando la colaboración del laicado, se vio tutelado por la Iglesia. El arzobispado actuó generalmente de forma permisiva con los fieles que se mostraban deseosos de integrarse en el movimiento franciscano. Esa actitud estuvo presente en cuanto a las personas que ocuparon cargos, en la regulación de cuestiones disciplinarias internas y en algunos de los conflictos que tuvo la Orden en asuntos judiciales.

<sup>173</sup>En la actualidad, la familia franciscana está compuesta por cuatro ramas masculinas: religiosos; observantes; conventuales; capuchinos y Tercera Orden Regular. Hasta 1729 sólo las tres primeras gozaban del privilegio de tener bajo su obediencia a la Orden Tercera Seglar franciscana, pues así lo declaró Benedicto XIII en la "*Paterna Sedes Apostolicae*", del 10 de diciembre de 1725, para los observantes; en la "*Ratio Apostolici Ministerii*", del 23 de junio de 1726, para los conventuales; y en la constitución "*Singulares Devotio*", del 5 de junio de 1726, para los capuchinos, recogido en *Bullarium Romanum*, cap. 1.º, pp. 285 y ss., 367 y ss., 370 y ss. En 1729 ese derecho se le confería también a la Tercera Orden Regular, que tomó principio al haberse transformado algunas fraternidades de terceros seculares en comunidades

En el ámbito normativo, cada fraternidad celebraba a primeros de año un capítulo general, independiente de las juntas, que podían hacerse de manera periódica, en el que se hacía pública la elección de los cargos rectores del Discretorio para el año que empezaba y según se nos dice, los cargos recaían “*entre los hermanos más graves, inteligentes, y celosos de la honra de Dios y de la Orden*”<sup>174</sup>.

Al frente de cada una de las fraternidades había un hermano ministro, el cargo temporal de más autoridad y prestigio. Su misión era velar para que se cumpliesen fielmente las Constituciones, exhortar a los hermanos para que llevasen una vida de virtud, dirigir con entrega y eficacia al grupo, ser ejemplar en su vida diaria y obligarse a prestar servicio a todos los terceros dependientes de él<sup>175</sup>. La elección de ministro se hacía anualmente en los últimos días del año cuando los hermanos componentes del Discretorio (Consejo o Junta de gobierno formada por los hermanos eclesiásticos y seglares más antiguos) se reunían presididos por el guardián del convento y por el visitador, y mediante votación secreta, de una terna se elegía a la persona más competente para desempeñar el cargo<sup>176</sup>. Si la persona elegida era un clérigo, fue costumbre que el cargo de coadjutor recayese en un seglar, y viceversa<sup>177</sup>.

---

religiosas. Véase, HOLZAPFEL, O.: *Manuale Historiae Ordinis Fratrum Minorum*, Friburgo, 1909, pp. 605 y ss.

La Tercera Orden Seglar agrupa a los seglares de ambos sexos, y aunque se rija por distintas obediencias franciscanas, es una e indivisa y, por esa razón, el 4 de octubre de 1909 el papa Pío X ordenó que a todos los terciarios franciscanos se les llamase simplemente franciscanos de la Tercera Orden. Los sacerdotes que se sienten llamados a participar de la espiritualidad franciscana pueden prestar un servicio válido como asistentes de las fraternidades en donde se les ofrece vivir más intensamente su vocación en la Iglesia. *Instrucción Religiosa*, Madrid, 1957, p. 255; *Regla y Constituciones Generales de la Tercera Orden Seglar*, Madrid, 1991, p. 86.

<sup>174</sup>Sobre el Discretorio y los cargos que componen la Institución: RUIZ RODRÍGUEZ, J. I., DELGADO PAVÓN, M. D. y MUÑOZ ÁVILA, F.: «La Venerable Orden Tercera de San Francisco en el Madrid del Seiscientos», en *IX Reunión Científica de la Fundación de Historia Moderna*, Málaga, 2006.

<sup>175</sup>Por ocupar el cargo de máxima responsabilidad y ser el representante en lo temporal y en lo espiritual de la VOT, el ministro debía poseer unas cualidades personales, sociales y morales que destacasen entre los demás hermanos y garantizasen el ejercicio de su función. No ha sido difícil conocer las características sociales de estas personas; pues muchos de sus ministros compartieron ese gobierno con servicios en las altas instancias de la Monarquía. En caso de ausencia del ministro era sustituido por el coadjutor, persona de la confianza de aquél. En un principio, se estableció que la permanencia en el cargo no sobrepasara un año; sin embargo, en contadas ocasiones se cumplió con esa ordenanza, pues los hubo que se mantuvieron en él por largos periodos de tiempo. Existió también una vinculación familiar y personal entre los hermanos ministros, lazos de parentesco o de clientelismo que propiciaba que varios miembros de una misma familia se sucediesen en el cargo.

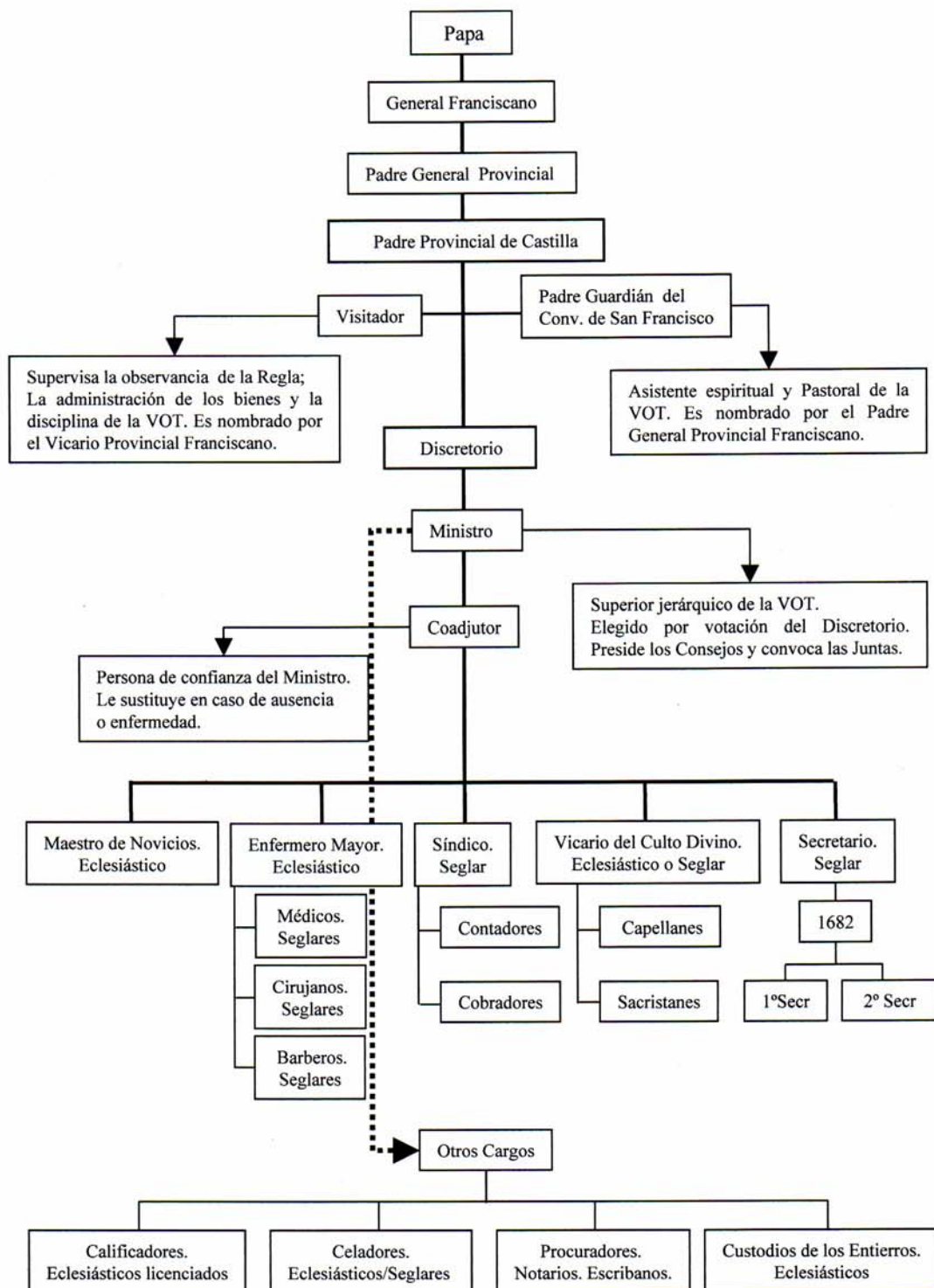
<sup>176</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fols. 153-154 y Lib. II, fol. 86. Sobre la elección del cargo de hermano ministro.

<sup>177</sup>*Regla de la Tercera...*, cap. III, 213.

Pasados unos días, nuevamente reunido el Discretorio, en una ceremonia cargada de significado simbólico y ritualidad, al electo se le hacía entrega del cargo<sup>178</sup>.

---

<sup>178</sup>Una vez hecha la elección, en señal de respeto, los discretos besaban la mano al padre guardián, al visitador y al nuevo ministro. Acto seguido, entraba en la sala el maestro de ceremonias portando el estandarte de la Orden Tercera, acompañado de otros hermanos con hachones encendidos. Se extendía un gran paño negro sobre el pavimento y en él se tendía un hermano como si estuviese difunto. Se rezaba un Te Deum, los frailes del convento entonaban un responso por los hermanos fallecidos, los terceros les acompañaban en los rezos y se escuchaba el tañido de las campanas.



En 1629 se incorpora un cargo de honor: el Protector de la Orden Tercera; y en ese mismo año se crea la Junta de Despachos encargada de estudiar las informaciones sobre los peticionarios a ingresar en la VOT.

ESTRUCTURA DE LA VOT EN EL S.XVII. Organigrama elaborado por Mª Dolores Delgado Pavón

Aunque en los primeros Estatutos que tuvo la VOT de Madrid se señaló que no era conveniente que el cargo de ministro lo ejerciese una misma persona por un periodo superior a un año, máximo tres, en la práctica esa disposición no se respetó, pues incluso el primer electo en 1609, el eclesiástico Gaspar Torres, lo fue durante los años 1610, 1611 y 1612<sup>179</sup>. A partir de 1629 esa disposición desapareció.

Una vez que el ministro tomaba posesión, se procedía a la elección de los cargos restantes. Era de obligación para los hermanos aceptar la designación, a ello se comprometían tras su ingreso en la Orden, “y *que nadie rehúse al cargo que se le confíe*”<sup>180</sup>. La ceremonia, las invocaciones religiosas, las oraciones, los juramentos de los elegidos convertían el acto en un acontecimiento casi de carácter religioso<sup>181</sup>. Con ese tipo de actos la VOT se afirmaba como institución y comunidad, y el orden jerárquico que se establecía con los oficios era en pequeña escala el ordenamiento social presente en la sociedad hispánica.

La VOT, imbricada en el marco genérico de la archidiócesis toledana, no era un ente aislado, formaba parte de un amplio organigrama que le obligaba a mantener una relación constante con las máximas autoridades religiosas, unas veces con el provincial franciscano y otras, si el asunto se escapaba de las competencias de éste, con el padre general de la Orden, porque a efectos jurídicos la VOT dependía de la alta jerarquía franciscana residente en el convento de San Juan de los Reyes en Toledo. Desde la Imperial ciudad, el Arzobispo Primado, por su condición de protector de la Cristiandad Hispánica, controlaba todo lo que atañía a órdenes e instituciones religiosas<sup>182</sup>..

Dentro del Derecho Canónico, a la Orden Tercera se la tratada como persona colectiva<sup>183</sup>, a diferencia de las fraternidades, que por estar sometidas a un proceso de fundación y constituidas orgánicamente lo eran como personas morales, así se desprende del capítulo primero de la Regla aprobada por León XIII: “los hermanos han de ser convocados a junta con el fin de elegir a los que han de desempeñar los cargos”, Ese tratamiento les suponía ser una organización.

---

<sup>179</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I. Elecciones de cargos, diciembre de 1610, 1611 y 1612.

<sup>180</sup>*Regla de la Tercera...*, cap. III, 1.

<sup>181</sup>CERRI, U.: *Il Terz'Ordine Franciscano*, Torino-Roma, 1931.

<sup>182</sup>AGUIRRE, J., op. cit., pp. 349 y 350.

<sup>183</sup>A la Tercera Orden franciscana se le aplicó el canon 708, al estar fundada por decreto de aprobación de la Santa Sede y no por decreto de erección, lo que supone que a efectos jurídicos fuese persona colectiva y no moral. Ese no es el caso de las fraternidades que componen la Tercera Orden, pues por ser erigidas, sí que son personas morales colegiales, según el canon 703, párr. 2-3.



Desde sus comienzos la VOT tuvo una importante representación de sacerdotes entre sus miembros, quizás debido a que sus fundadores fueron en su mayor parte eclesiásticos y, de hecho, durante muchos años, los cargos más representativos recayeron en personas de ese estado. Sus ministros fueron clérigos, y en el Discretorio el número de sacerdotes era superior al de seglares<sup>184</sup>.

Es una novedad que en diciembre de 1618, cuando se celebran elecciones para cubrir los cargos del año que va a comenzar, se nombren como discretos supernumerarios a ciertas personas destacadas de la nobleza: duque del Infantado, marqués de Auñón y marqués de Cañete, Juan Andrés Hurtado de Mendoza... La misma dignidad la recibe otro personaje, Jacobo de Gratiis, más conocido como Caballero de Gracia<sup>185</sup>. La presencia de estos personajes reafirmará a la VOT socialmente, y a partir de esa fecha es cuando el ingreso de nobles se hace continuo: duque de Villahermosa, marqués de Agrópoli, marqués del Fresno, duque de Medinaceli, conde de Lemos (años después ingresará en la Orden de San Benito), etc. Sin embargo, estos hermanos no ocuparán todavía puestos significativos en el gobierno, habrá que esperar a diciembre de 1628 para que tenga efecto el nombramiento de un primer ministro seglar, don Carlos de Aragón y Gurrea, duque de Villahermosa<sup>186</sup>. Ese momento será decisivo para el futuro progreso de la VOT. A partir de entonces los ministros serán seglares, exceptuando el breve espacio de tiempo, en que lo fue el patriarca de las Indias, don Alonso Pérez de Guzmán.

En el siglo XVII, lo mismo que en siglos anteriores, por las dispensas papales, la VOT se vio exenta de las visitas del ordinario del lugar, y no sólo en lo tocante a su disciplina interna y dirección espiritual, sino también en lo que atañía a sus bienes

---

<sup>184</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fols. 5 y ss. Aunque la VOT estuvo extraoficialmente formada desde junio de 1608, los libros de actas comenzaron en diciembre del año de 1609. En esa fecha el Discretorio lo constituían siete personas, de ellas cuatro eran licenciados eclesiásticos y el resto seglares; no se dice cual era su estado civil, ni su profesión u oficio. Además del Discretorio, la VOT contó con seis celadores distribuidos en las distintas parroquias, de los cuales tres eran hermanos profesos y el resto novicios. Completaban los cargos tres personas dedicadas a oficios menores. La sorpresa surge cuando vemos que en 1611, apenas transcurrido un año de su fundación, la VOT ha triplicado su actividad, se han creado nuevos cargos, y aunque no se conocen datos sobre el número de ingresos, se supone que la Fraternidad creció en concordancia con la actividad espiritual que desarrollaba y la demanda social que de ella se hacía.

<sup>185</sup>Hemos encontrado el término de *supernumerario* junto a los nombres citados, pero no se aclara en que consistía la función que desempeñaba. Nuestro parecer es que al estar en esos momentos completo el Discretorio, estos personajes serían los primeros en ocupar las vacantes que se produjesen, el Caballero de Gracia como discreto eclesiástico, y los demás como discretos seglares. Otra novedad que se nos ofrece es que en ese año, entre los discretos seglares aparece el primer nombramiento de una persona cuya profesión son las armas, se trata del capitán Navarrete.

<sup>186</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 165. Junta del 12 de diciembre de 1628.

temporales<sup>187</sup>, lo que no significó que quedase fuera del control jerárquico eclesial, puesto que en el capítulo tercero, párrafo segundo de la Regla: “*Curator, qui visitator audit, diligenter quaerat, satisne salvae leges*”, se determinaban visitas periódicas, pero era un visitador franciscano de la Primera Orden, el encargado de velar por la disciplina y moral por la que se regía el grupo<sup>188</sup>.

Según rezaban las Constituciones de la Tercera Orden, el visitador, sin que la visita hubiese de sujetarse ni a periodicidad ni a un tiempo determinado, había de acudir a las fraternidades al menos una vez al año. Sin embargo, sin que sepamos las causas, pues no se dicen, en el caso de la fraternidad de Madrid ese derecho fue constante, ya que no hay junta que se celebre en la que no esté presente este personaje<sup>189</sup>.

La misión del visitador y su preeminencia se confirmaba mediante una patente emitida por la jerarquía franciscana, y su tarea en la VOT era siempre la misma: vigilar si los hermanos cumplían la Regla; instruir en la doctrina a los que lo necesitasen; percibir si los comportamientos eran mesurados y las actitudes modestas (virtudes que siempre debían mantener todo buen tercero); animar espiritualmente a los hermanos en caso de desaliento; mediar entre el padre guardián del convento y la VOT si se originaban situaciones conflictivas; y asistir a las convocatorias de congregaciones generales y particulares de los hermanos. Debía predicar en algunos de los actos religiosos, velar para que no se faltase a la disciplina, entregar los hábitos a los que ingresaban, rezar los responsos por los difuntos, visitar a los enfermos y a los encarcelados, principalmente a

---

<sup>187</sup>El papa Benedicto XIII ratificaba la constitución *Supra Monten* en “*Ratio apostolici Ministerio*”, del 23 de junio de 1726: “*Insuper eidem generali ministro, privative quoad alios quoscunque, concedimus, ut (...) valeat (...) easdem congregationes Tertii Ordinis et earum domos, conservatoria, hospitalia, cappellas, et oratoria opportunis temporibus, vel per seipsum vel per ministros (...)*”, constitución *Paterna Sedis Apostolicae, Bullarium Romanum*, C. 1, vol. XXII, pp. 289-290. Para más información, véase DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, I. de: *Jardín Seráfico, Orden Tercera de Nuestro Padre San Francisco*, Barcelona, 1864.p. 196.

<sup>188</sup>Después de Trento, los visitadores pastorales se convirtieron en un seguro sistema de control de la vida eclesial y religiosa. La visita se insertó en el plan de reforma posterior al Concilio y las funciones y poderes de que fueron investidos los visitadores expresan el deseo de depurar y fortalecer las instituciones y también de controlar los comportamientos. Era un poder del que se valía el centralismo político y la Iglesia, que emanaba de ese mismo organismo central

<sup>189</sup>Durante la visita, el fraile se alojaba en el vecino convento franciscano y el que prolongase o acortase su estancia en la Corte era decisión suya. La VOT tenía la obligación de correr con los gastos de la colación del padre guardián y del visitador, amén de cuidar de que sus hábitos presentasen un aspecto digno. En los libros de actas aparecen reflejadas distintas cantidades que se entregan al convento de San Francisco para cubrir esos gastos.

los de la cárcel de la Corona y sobre todo, atajar de raíz cualquier corriente heterodoxa, antieclesiástica y antipapal que aflorase<sup>190</sup>.

Junto a la labor fiscalizadora, el visitador también se ocupaba de los asuntos disciplinarios. Era de su incumbencia amonestar y corregir a los que faltaban a sus obligaciones como hermanos de la Tercera Orden, y si persistían en su actitud imponerles castigos y penitencias, expulsándoles finalmente si se mostraban pertinaces. Sobre este punto tenemos el siguiente testimonio

*«El 20 de mayo de 1610, se reunió el Discretorio presidido por fray Pedro de Leganes, guardián del convento, el padre visitador fray Alonso de Espinos, el ministro de la Fraternidad, licenciado don Gaspar de Torres y los discretos. Se trató sobre la reiterada desobediencia del hermano Gregorio de Valmaseda y de los novicios Francisco Díaz Morales y Mateo de Cardona quienes después de haber sido amonestados varias veces y conforme a las disposiciones dictadas por el papa Nicolás IV en cuanto a como debían de guardarse las Constituciones de la Venerable Orden Tercera y a la prohibición de que ningún hermano haga junta en su casa, ni se hagan disciplinas, ni oraciones en comunidad, el susodicho Gregorio Balmaceda lo siga haciendo con el consiguiente escándalo y aunque se les ha dicho que esos ejercicios solo han de hacerse en la VOT han hecho caso omiso y exigen que se les de licencia para hacerlo y se ha determinado apartarles de la Orden Tercera de San Francisco para que ni ahora ni en ningún tiempo sean admitidos en la dicha Orden Tercera<sup>191</sup>».*

El visitador era padre pero también juez, conjugando la acción punitiva con la pastoral. Otra de sus funciones comprendía el conocer el estado económico de la Fraternidad atento y crítico para que se cumpliesen fielmente las disposiciones testamentarias establecidas en mandas y memorias, y en la revisión de las cuentas anuales que le presentaba el síndico. Especial cuidado mostraba respecto a la administración que se hacía de los bienes y limosnas que los fieles entregaban para fundaciones. Después de la visita informaba a su superior, el padre provincial, de todo lo concerniente a esta<sup>192</sup>.

En las constituciones que fray Arcángel de Mesina, ministro general de la Orden franciscana en España, había redactado para la VOT en 1609, se exaltaba el papel relevante que como asistente espiritual de la Institución y vínculo entre la Orden Primera

---

<sup>190</sup>SÁNCHEZ GONZÁLEZ, R.: «Iglesia y Sociedad en la Castilla Moderna», Cuenca, 2000, p. 59; *Regla de la Tercera...*, cap. III, 2 y 3.

<sup>191</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 26, leg. 403/20. Fray Alonso de Espinosa fue el primer visitador que tuvo la VOT.

<sup>192</sup>ARBIOL, A.: *Los terceros hijos del humano serafín, la venerable y esclarecida Orden Tercera de Nuestro Seráfico Patriarca San Francisco*, cap. III, p. 39, Barcelona, 1697.

de los menores y la Tercera Seglar debía de tener la figura del padre guardián del convento de San Francisco<sup>193</sup>. Espiritualmente de él dependía en primera instancia la Fraternidad, y era su deber, por ser su pastor, mantener vivo el espíritu del Santo Fundador entre los hermanos. Podía compartir funciones con el visitador, como era la entrega de hábitos a los futuros hermanos, sin que para hacerlo fuese necesaria la aprobación del padre provincial, lo que daba lugar a que se creasen situaciones conflictivas entre ambos frailes a causa de su mayor o menor preeminencia. Sin embargo, la misión principal del guardián era velar por los intereses del convento frente a las exigencias que podían ofrecer los terceros<sup>194</sup>.

La VOT se relacionaba con la Vicaría de Madrid, principalmente cuando surgían divergencias entre terceros y sacerdotes diocesanos. Entonces el vicario actuaba como conciliador, buscando restablecer la calma<sup>195</sup>. Por parte de la jerarquía eclesiástica hubo empeño en que las disputas entre instituciones no alterasen el orden social. Ese tipo de discordia podía deberse a distintas causas, bien por no cumplir algunos sacerdotes con la obligación contraída de acompañar a los entierros de los terciarios, por cuestiones de preferencia jerárquica de la Orden Tercera o de los sacerdotes con respecto al lugar a ocupar en algún acto de culto, por el grado de responsabilidad de unos y otros en asuntos religiosos, etc. El vicario no deseaba que los conflictos, que rompían normas de convivencia y propiciaban situaciones molestas, traspasasen el entorno de la Villa y Corte y llegasen hasta Toledo<sup>196</sup>. Solo, si la situación se agravaba y las partes no se avenían a

---

<sup>193</sup> AVOTM, C. 2, Lib. I, fols. 4 y 5.

<sup>194</sup> Ibídem, C. 1, Lib. I, fols. 46 y 47. El padre provincial de la provincia castellana, fray Francisco de Ocaña, tuvo que intervenir en junio de 1615 para conciliar las posturas del padre visitador y el padre guardián. La disputa se originó por cuestiones de competencia y preferencia en el cargo. Las ordenaciones mandaban que en las juntas sólo ocupase una silla el padre guardián, situada en el centro de la presidencia; el visitador y el hermano ministro debían permanecer de pie, el primero a la derecha del guardián, y el segundo a su izquierda. Fray Francisco de Ocaña autorizó que a partir de entonces toda la presidencia ocupase silla: *“Todo lo cual quedó registrado a la letra en el libro de juntas”*.

<sup>195</sup> El territorio de Madrid estaba dividido en dos vicarías generales. En la Villa existieron dos tribunales eclesiásticos. En uno, el vicario atendía los asuntos corrientes de la Villa y del Arciprestazgo. En el otro, llamado de la visita, un juez especial resolvía los conflictos derivados de las visitas a las parroquias. Funcionaron de esta forma desde el siglo XVII hasta el siglo XIX. La Iglesia ordinaria madrileña contaba con un vicario que intentó independizarse del vicario general de Toledo recabando para sí los mismos poderes, cosa que no logró. Al contrario, se reafirmaron los poderes toledanos y siguió la dependencia del de Madrid. Muchos de los monasterios femeninos madrileños estuvieron sometidos a la jurisdicción de la Vicaría. «La Iglesia en la España de los siglos XVI y XVII», en op. cit, Dir. MESTRE SANCHOS, A. También, MADRAZO, S. y PINTO, V.: «Madrid en la época moderna: espacio, sociedad y cultura», en *Coloquio celebrado en 1989*, Madrid, 1991.

<sup>196</sup> AVOTM, C. 1, Lib. II, fol. 9r. En julio de 1632 un acuerdo de concordia enviado por el vicario general desde Escalona acabó con un pleito entre la VOT y el Cabildo de Curas y Beneficiados de Madrid.

razones se hacía necesaria la autoridad del vicario general para que resolviese el incidente<sup>197</sup>.

<b>Discretorio de la VOT año 1614</b>	
<b>Ministro, Pero López Campero</b>	
<b>Discretos eclesiásticos</b>	<b>Discretos seculares</b>
Marcos de la Barreda	Francisco Colmenares
Martín de Morales.	Diego García
Juan Maldonado	Nicolás de Sevilla.
Francisco Martínez	Nicolás Ordóñez
Jerónimo de Quintana	Pedro Real
Francisco Juárez	Yáñez Fajardo(médico)
Antonio Rodríguez de Ledesma	Jerónimo Tobar

Cuadro nº 2. Composición del Discretorio de la VOT en el año 1614.

### **3. LA VOT Y EL CONVENTO MADRILEÑO DE SAN FRANCISCO**

La jurisdicción que por delegación del Romano Pontífice ejercía la jerarquía franciscana sobre la Venerable Orden Tercera Seglar se refería tanto a su ámbito espiritual como al régimen interno de cada fraternidad: controlaba la fundación de fraternidades; preparaba las constituciones, nombraba visitadores; convocaba y presidía los capítulos extraordinarios; confirmaba los nombramientos de los terceros elegidos para desempeñar cargos, supervisaba, aprobaba o rechazaba los estatutos de las fraternidades, ratificaba los ingresos de hermanos y las expulsiones y, por último, en las grandes celebraciones se encargaba de dar la absolución general, la bendición papal y la dispensa a los hermanos

<sup>197</sup>Ibídem, leg. 410/25. Las disputas de la VOT con el estamento eclesial ordinario estuvieron marcadas, principalmente, por la escasa flexibilidad de una y otro en ceder competencias en lo que consideraban derechos adquiridos. El análisis de esas actitudes entre la Fraternidad y la Iglesia ordinaria abre cauces de estudio sobre el entramado social del periodo que nos ocupa.

que con causa muy justificada y grave no pudiesen cumplir con las obligaciones del cargo o con algunos aspectos de la Regla<sup>198</sup>.

En Castilla la superioridad jurisdiccional de la Orden Tercera Seglar de San Francisco residía en la jerarquía franciscana residente en Toledo. Por delegación, y a efectos inmediatos, cada fraternidad estaba bajo la tutela del franciscano superior del convento a cuya sombra había nacido la fraternidad, el llamado padre guardián. En el caso de la Venerable Orden Tercera madrileña el guardián tenía bajo su incumbencia los cometidos ya mencionados, además de la obligación de recibir a todos los hermanos que llegaban a la Villa desde otras fraternidades y se avecindaban en ella. Ser padre espiritual de los terceros significaba para el guardián conocer e intervenir en aspectos internos de la fraternidad y a ésta, por el contrario, le creaba un vínculo de dependencia no siempre fácil. Con espíritu de respeto y disciplina se mantuvo siempre la VOT, incluso si eran contrapuestos sus intereses a los del convento. No cabe duda que hubo circunstancias en que resultaron dañadas las relaciones que mantuvieron ambas Instituciones, pero por parte de todos se buscaba llegar a un entendimiento<sup>199</sup>.

Aunque era deber del guardián asistir a las juntas que celebraba la VOT, los libros de actas revelan que por parte del fraile de turno no siempre se cumplió ese requisito. Sin que se sepan las causas ciertas que pudiesen justificar esas ausencias, se hace evidente tras la lectura de algunos documentos, que existía un alto grado de competencia entre guardianes y visitadores, y que por exceso de celo de los primeros inmiscuyéndose en funciones de la visita surgían fricciones entre los frailes<sup>200</sup>. Llegó un momento en que los guardianes en muchas de esas asambleas excusaban su presencia<sup>201</sup>.

El convento de San Francisco se comprometió con la VOT en cubrir todas sus necesidades de orden espiritual: confesiones, oficio de las misas rezadas o cantadas, pláticas, etc., y a cederle si se pedía, una capilla dentro de la iglesia del convento, mientras no edificase una capilla propia. Por celebrar los oficios los frailes recibían de los terceros,

---

<sup>198</sup>“*Las hermandades de la Tercera Orden erigidas por los delegados de los superiores quedan bajo la jurisdicción de los superiores que concedieron esa delegación (...)*”, MILETA, I.: *Trattato giuridico sul Terzordine*; C. 1, p. 60, 1558, *Acta Apostolicae Sedis*, vol. IV, 1912, p. 143.

<sup>199</sup>Para el ceremonial en la VOT véase, OISY, O. M.: *Manual de la Orden Tercera*, trad. de José Oriol, Barcelona, 1927. Las causas de las disensiones surgían por cuestiones de competencia, de preeminencia y de economía

<sup>200</sup>Esa situación se producía cuando la VOT solicitaba realizar algún cambio sustancial con respecto a las ordenaciones. En esa cuestión, la jerarquía era muy cautelosa, siempre temiendo que los cambios afectasen al orden social vigente.

<sup>201</sup>AVOTM, leg. 430/5.

emolumentos considerados como limosnas: dos reales si la misa era rezada y diez si se cantaba, otras cantidades dependían del acto que se celebrase. Otro convenio fue que doce frailes acompañarían los entierros de los terceros declarados pobres de solemnidad, a los que la VOT enterraba de gracia. Durante la vigilia se oficiaba una misa de difuntos cantada, y por ambos servicios el convento recibía doce reales.

La prudencia que existía en la relación de frailes y terceros podía romperse cuando surgían por alguna de las partes individualidades no contempladas. En 1650 unos frailes, tras decir misa en la ya para entonces capilla de la VOT, quisieron llevarse el total de las limosnas recaudadas entre los fieles, e incluso las velas que habían lucido durante el oficio. Los hermanos que estaban presentes armaron tal alboroto que sólo la presencia del guardián y del visitador acallaron los gritos e hicieron desistir a los frailes de su pretensión<sup>202</sup>. ¿Necesidad material por parte del convento o simple ambición?, lo desconocemos, pero nos inclinamos a creer más en lo primero.

Desde que se comenzó esta investigación ha sido una de nuestras hipótesis el pensamiento de que la VOT mantuvo una actitud en exceso rígida para con sus hermanos, imponiendo principios confesionales de formación y de unidad, debido a la excesiva vigilancia a la que estuvo sometida por parte de los guardianes<sup>203</sup>. La fiscalización de los frailes alcanzaba a cuestiones que poco tenían que ver con la espiritualidad, sino más bien con el derecho jurisdiccional, la disciplina o simples pormenores que, en definitiva, además de ser competencia del visitador o del hermano ministro enrarecían las relaciones de religiosos y terceros<sup>204</sup>.

A pesar de esos inconvenientes el trato entre frailes y terceros era cordial, sobre todo, porque los terceros al no tener capilla se aprovechaban de las dependencias del

---

<sup>202</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 445.

<sup>203</sup>Ibídem, C. 3, Lib. V, fols. 302 y 302v. En 1676 fue necesario cambiar la reja y la puerta de entrada a la capilla de la Orden Tercera, que era reducida y originaba graves dificultades cuando entraban los entierros. Los terceros, conociendo las críticas de los frailes ante cualquier cambio, y haciendo gala de su diplomacia, dijeron al guardián que la reja y la puerta se habían encargado guardando el mayor parecido con las del convento, para que no se viese dañado el decoro del templo. El padre guardián mostró su disconformidad desde el primer momento. Primero, negándose a que se hiciesen cambios; y después, exigiendo de forma contundente ser el único que guardase las llaves de la capilla. La respuesta de la VOT también fue precisa, poniendo en manos de sus abogados las escrituras de compra para estudiar las condiciones en que se hizo ésta y lo que el derecho marcaba, haciendo constar ante el abogado Manuel García de Zayas, que su propósito no estaba en extender más allá de lo permitido su jurisdicción ni “aminorar al convento”.

<sup>204</sup>Ibídem, C. 1, Lib. III, fol. 244. La VOT compró al convento, además del trozo de terreno para edificar la capilla, otra parte asotanada para dedicarla con posterioridad a enterramiento de los hermanos más pobres. Esta última discurría por los bajos del suelo conventual, cuando los frailes quisieron empedrar el atrio se suscitaron discrepancias, pues según la VOT la obra ponía en peligro la integridad de su adquisición.

convento y de los servicios espirituales de éste<sup>205</sup>, y los frailes porque con la Orden Tercera tenían abierta una vía de limosnas y ayudas siempre necesarias para una comunidad que no estaba sobrada de medios económicos. Cuando las limosnas de los devotos languidecían, los frailes se veían en la necesidad de recurrir a los terceros que nunca, les negaron ayuda<sup>206</sup>.

*«Leyose un memorial de nuestro padre Guardián, Juan Romano, en el que significa a la Orden Tercera del aprieto por el que atraviesa el convento por la falta de limosnas y carestía del tiempo. Acordase en Junta se le libren 1.000 reales, 500 ahora y los otros 500 el mes de junio de este año»<sup>207</sup>.*

*Ítem, «Leyose un memorial del padre fray Francisco de Ávila, del convento, en el que pide a la Junta de la Tercera Orden una limosna para ayuda del enlozado que se esta haciendo en la entrada de la sacristía donde se entierran los religiosos. Se acuerda se le libren 200 reales de limosna»<sup>208</sup>.*

*Ítem, «Ayuda que se les dispensa al convento a pesar del endeudamiento por la que atraviesa nuestra fraternidad por las cuentas de la fabrica de la capilla del Cristo de los Dolores y se le den 500 reales 100 cada mes»<sup>209</sup>.*

*Ítem, «Ayuda que se le da al convento en forma de limosna para que cierre el claustro del convento de San Francisco, pues es causa de muchas de las enfermedades de los religiosos cuando salen a rezar maitines a media noche y prima antes del amanecer Se libran cincuenta ducados a pagar en junio por San Juan»<sup>210</sup>.*

Un deseo que había mantenido la VOT desde su fundación en 1609 era edificar un espacio de culto propio que la diferenciase de otras instituciones existentes: cofradías, congregaciones... Una capilla daría legitimidad y reafirmaría y consolidaría la identidad religiosa y social de la Institución, supondría una infraestructura necesaria para la labor de cristianización y disciplinamiento emprendida, y sería un magnífico vehículo

---

<sup>205</sup>En principio, hasta que la Venerable Orden Tercera Seglar de Madrid fue reconocida de manera oficial, los hermanos celebraron sus reuniones en domicilios particulares. Después Nicolás IV las prohibió cuando confirmó a la Orden madrileña oficialmente. Fue difícil romper la costumbre adquirida entre los hermanos, de reunirse en casas y para conseguirlo se tuvo que amonestar y amenazar con la expulsión a los infractores. Sólo se permitía reunirse en el domicilio del ministro o del coadjutor en caso de enfermedad del primero; así consta en las actas del 28 de junio de 1615 cuando el visitador, varios discretos y oficiales se reúnen en casa del ministro don Martín Morales. *Ibídem*, C. 1, Lib. I, fol. 85.

<sup>206</sup>El convento franciscano de Madrid poseía una enfermería en la que se ofrecía asistencia a los religiosos forasteros, por ser Madrid lugar de paso de los frailes viajeros que acudían a la capital para resolver asuntos de sus conventos, o misioneros que arribaban desde tierras lejanas: Indias, Italia, Flandes, Filipinas, Japón, Malaca, Brasil... Muchos de ellos llegaban aquejados de graves dolencias y el atender a esas personas, añadidos a los gastos cotidianos de la comunidad, sumían a los frailes en una situación económica muy difícil de sobrellevar, y que no siempre estaban en situación de afrontar.

<sup>207</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fol. 143.

<sup>208</sup>*Ibídem*, fol. 191.

<sup>209</sup>*Ibídem*, fol. 396.

<sup>210</sup>*Ibídem*, C. 3, Lib. V. Junta general, enero 1675, fol. 137.



propagandístico que aportaría estatus social y prestigio. Esos deseos se vieron frenados tanto por la actitud negativa del convento como por la precariedad económica de la Fraternidad, cuyo objetivo principal era suministrar ayuda y socorro a los hermanos necesitados<sup>211</sup>. El parecer del guardián, entonces y en años venideros, fue oponerse a que la VOT realizase esa construcción, y cuando finalmente se acometió el proyecto las dificultades que presentaron los frailes fueron tantas que los terceros tuvieron que recurrir a otras instancias superiores.

Las mismas discrepancias surgieron en 1677 cuando la VOT quiso abrir otra puerta en la segunda capilla que construyeron los hermanos, el Cristo de los Dolores. De nuevo sin ninguna justificación lógica los frailes se negaron a dar su permiso si no se hacía en el lugar elegido por ellos. En plena disputa, la necesidad económica obligó al guardián a pedir ayuda económica a los hermanos *“porque el convento atravesaba por un fuerte empeño”*. Nunca la VOT había dado la espalda a los frailes en sus momentos difíciles y esta vez tampoco lo hizo, si bien no dudó en aprovecharse de la situación, presionando al guardián en el asunto que les tenía enfrentados. De esa forma consiguió que se le permitiese poner en marcha el asunto de la puerta<sup>212</sup>.

#### **4. RELACIÓN DE LA VOT CON OTRAS FRATERNIDADES Y COFRADÍAS**

La asociación voluntaria de laicos en órdenes terceras, congregaciones y cofradías, fue un camino a seguir para quienes con un mayor o menor grado de compromiso quisieron participar en los asuntos de la Iglesia. En las órdenes terceras los comportamientos se regulaban por las reglas de las órdenes religiosas a las que pertenecían, mientras que en las cofradías y congregaciones, sólo las ordenanzas y estatutos marcaban las actuaciones de sus miembros; sin embargo, en uno y otro caso, se

---

<sup>211</sup>Desde 1613 la VOT quiso edificar una capilla, y después de vencer las reticencias del guardián las negociaciones comenzaron en 1618. Los problemas surgieron desde el inicio de la construcción, teniendo los hermanos que desistir del proyecto. La VOT no tuvo capilla propia hasta 1627. Hemos creído de interés hacer un análisis completo de los hechos que conllevaron esa construcción y cómo desde la Fraternidad se originó una situación de malestar y desconfianza hacia el convento que pervivió durante años. La situación volvería a repetirse años después, cuando el convento volvió a actuar de manera similar, aunque entonces la respuesta de la VOT fuese otra.

<sup>212</sup>AVOTM, fol. 332 y 332v. La VOT no entregó la limosna hasta que el fraile no cambió su postura.

creaban fuertes vínculos religiosos y sociales en los que se daban cita sentimientos de militancia cristiana y ejercicio de la caridad a través de las buenas obras<sup>213</sup>.

La Tercera Orden de Madrid tuvo interés en que sus relaciones con otras instituciones discurriesen por cauces cordiales de respeto mutuo siempre que no se menoscabase su prestigio. Basándose en esos principios, mantuvo una relación muy especial con el convento de Capuchinos Descalzos de San Gil. En 1669, a través del predicador de Su Majestad, Juan de Modici, los frailes invitaban a la VOT a que participase en la procesión organizada con motivo de la canonización de San Pedro de Alcántara, una fiesta a la que se había convocado a todas las religiones<sup>214</sup>.

Como en los actos procesionales se divulgaba por las calles los contenidos de la ortodoxia tridentina y se ensalzaba las bondades de los institutos que las convocaban, los capuchinos rogaron a la VOT que asistiese acompañada de sus estandartes y de sus santos patronos, San Luis, rey de Francia y Santa Isabel, reina de Hungría. A los terceros les contrarió que la cofradía de San Roque, sita en la iglesia de San Luis, aneja a la parroquia de San Ginés<sup>215</sup>, intentase ocupar en los actos organizados por los de San Gil, el lugar que por preeminencia y antigüedad le correspondía a la VOT<sup>216</sup>. Como por prestigio y reputación no toleraban quedar por debajo de una cofradía o congregación, amenazaron a los capuchinos con no concurrir al acto. El fin de la celebración estaba en exaltar la canonización de San Pedro de Alcántara, pero creyeron que claudicar en ese punto, significaba un deshonor, una cuestión que cuidaban de manera exquisita y en la que no se podía ceder por dignidad. Defender la preeminencia de la Orden y la imagen que proyectaba en el ámbito social era un deber incuestionable para los hermanos, considerándose herederos de un patrimonio espiritual que, a su vez, transmitirían a los

---

<sup>213</sup>GALIANO PÉREZ, A. L.: «Aportación de las cofradías oriolanas a la vida cotidiana en la Edad Moderna», en *Revista de Historia Moderna*, Anales de la Universidad de Alicante, Alicante, 2003, p. 101. Los hermanos terceros y los cofrades con participación plena en las funciones de esas asociaciones, protagonizaban sucesos y costumbres que nos han permitido identificar y analizar ese periodo, diferenciándolo de otras épocas, y mostrándonos desde esos escenarios consentimientos, prohibiciones o manifestaciones en los que prevalecen religión, esplendor e intereses

<sup>214</sup>En notas anteriores se ha hecho referencia a los franciscanos descalzos, fruto del espíritu de catarsis interno de la Orden franciscana y respuesta a una necesidad religiosa y social, al margen de cualquier reclamo político. Sus fundadores fueron: fray Juan de la Puebla, fray Juan de Guadalupe y fray Pedro de Alcántara sublimaron la pobreza, que fue la señal identitaria de la descalcez. Los tres frailes observaron un modelo de comportamiento social y espiritual muy riguroso. SANTA MARÍA, J.: *Crónica de la Santa Provincia de San José de los Descalzos*, AFIO, fol. 266.

<sup>215</sup>Por la dimensión que llegó a tomar la parroquia de San Ginés se hizo necesario erigir un anexo; en 1541, con licencia del arzobispo Juan de Tavera, se construyó San Luis, Santo que contaba con la devoción de los madrileños desde que Madrid sufrió una epidemia de peste que asoló España en 1438. El alarife de la nueva iglesia fue Tomás Román.

<sup>216</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fols. 368r. y v.

hermanos más jóvenes. En una sociedad jerárquica, la pérdida de lugar hacia abajo era un deshonor.

El oficio que anunciaba la retirada de los terceros de la procesión fue recibido con consternación por parte de los capuchinos, como no estaban dispuestos a prescindir de su presencia a toda urgencia enviaron una nota al ministro de la VOT, don Juan Antonio López de Zárate en la que entre disculpas le suplicaban la asistencia por “*y la estima en que tenemos a la Venerable Orden Tercera que está por encima de todas las cofradías y congregaciones juntas*”.

Confortados por esas demostraciones de afecto, pero desconfiados todavía los terceros, aconsejados por el padre guardián, exigieron un escrito que confirmase que se respetaba el lugar que a la VOT por derecho le correspondía; así lo hicieron los de San Gil.

Oficios distribuidos por lugares públicos convocaron a los devotos el 29 de junio de 1669 en la iglesia de San Ginés, a las tres de la tarde. Una hora después se ponía en marcha el cortejo procesional encabezado por los niños del colegio de los Desamparados, detrás los de la Doctrina, luego los estandartes, pendones y cruces de la parroquia, les seguían los hermanos de San Juan de Dios y después, tal y como se había exigido, la Orden Tercera franciscana, presidida por uno de sus hermanos más ilustres, el conde de Cabra, primogénito del duque de Sesa. La VOT marchaba por delante de las demás órdenes terceras. Todos los terceros franciscanos llevaban sobre sus vestidos el cordón, sobre el pecho el escapulario y en su mano una vela encendida<sup>217</sup>. Les acompañaban sus tres patronos, Santa Isabel, San Luis, y Santa Isabel reyes de Hungría, Francia y Portugal, rodeados por los hermanos de hábito descubierto que llevaban velas encendidas; les seguía

---

<sup>217</sup>Ibídem, fol. 308. El acta de ese día nos ofrece la descripción de los hechos: «(...) una imagen de Nuestra Señora de la Concepción a hombros de los frailes de San Francisco que como su patrona y dueña capitana de los Seráficos Campeones de esta Sagrada Religión y la primera como Conductora y Guía de sus hijos para que nuestra Orden lograra felizmente llevar en el cuerpo de esta comunidad esta Soberana Reina. A distancia competente la imagen de San Luis Rey de Francia, compuesto ricamente y a hombros de hermanos de hábito descubierto como también las dos Isabeles Santas y Reinas, la una de Hungría y la otra de Portugal, con espacio bastante de una a otra y para que luciera su adorno y despues numero copioso de hermanos, los eclesiásticos a la derecha y los seglares a la izquierda y coronando nuestro visitador general, fray Francisco Sánchez Gareca, después el señor ministro don Iñigo López de Zarate, del Consejo de Italia, después los discretos comisionados y la comunidad de San Francisco, interpolados los descalzos con los de la Observancia, y por remate al final el padre general. Siguen luego las otras religiones por antigüedad y el clero (...)».

la junta de discretos, los terceros caballeros de hábito, los profesos y los novicios. El acto respiraba piadosa armonía y lucimiento<sup>218</sup>.

De muy amistosas se pueden calificar las relaciones entre la VOT y la fraternidad franciscana de Lisboa, entre ambas existió buen entendimiento, ayuda y colaboración<sup>219</sup>. Fundándose en esa amistad, en 1630 llegó desde Portugal una carta al Discretorio madrileño informándole sobre un pleito que los portugueses mantenían con una cofradía de su misma ciudad. Se le pedía ayuda “*por su reconocido prestigio y porque el estar en la Corte se facilitan las cosas*”. El visitador fray Lope Páez estuvo conforme en que se tomaran medidas inmediatas:

«(...) y saquen una carta de Su Majestad para su embajador en Roma para que favorezca esta causa que es de toda la Orden Tercera franciscana»<sup>220</sup>

El marqués de Villahermosa, entonces ministro de la VOT, se interesó personalmente por el problema y pudo resolverse en un corto espacio de tiempo. Sin embargo, los hechos posteriores mostraron que no se había solucionado en su totalidad pues pocos años después, en noviembre de 1636 de nuevo los portugueses requerían los servicios de los madrileños:

«Se abrió un pliego de los hermanos de la ciudad de Lisboa, y se acordó que se entregue a don Felipe de Moncada para que la lea, que haga relación a la junta y que se responda como se haya decidido, y se abran diligencias. Resultó que la petición de Lisboa es pedir a esta junta se la favorezca en la causa que trata con la cofradía de Lisboa, sobre la hacienda de poder enterrar a sus hermanos en una tumba de la Tercera Orden. Ya han enviado una carta para su Majestad. Cométase al padre fray Lope de Páez, visitador de la Orden, para que haga todas las diligencias necesarias, y si fuese menester se valga del favor del señor Ministro y se responda a la orden de Lisboa de como se están haciendo las diligencias para que se alivien»<sup>221</sup>.

---

<sup>218</sup>Ibídem, fols. 370 y 370v. La VOT preparó su asistencia a este acto con esmero e incluso para prevenir olvidos de última hora, el Discretorio ordenó que el sacristán llevase cordones y velas para los olvidadizos.

<sup>219</sup>La Fraternidad de terceros de Lisboa se había fundado en 1615, y alcanzó un notable desarrollo, según los datos que maneja fray Bartolomeu Ribeiro en su obra: *Os terceiros franciscanos portugueses*, p. 134. En los primeros siete meses de su existencia setecientos lisboetas habían tomado el hábito, y en 1644 superaban los once mil.

<sup>220</sup>AVOTM, C. 1, Lib. II, fol. 200. El argumento de la cercanía de la VOT a la Corte fue utilizado en numerosas ocasiones por las fraternidades de distintas localidades. Los madrileños se sentían obligados a dispensar esa ayuda.

<sup>221</sup>Ibídem, leg. 441/10. El problema radicaba en que una cofradía que tenía el amparo del convento franciscano lisboeta esgrimía derechos para que los cofrades fuesen enterrados en unos nichos propiedad de la Orden Tercera de ese lugar pero los terceros las reservaban para los hermanos pobres. En el siglo XVII esa Fraternidad, a imitación de la VOT levantó un hospital para sus hermanos enfermos necesitados. Ese hospital ha funcionado hasta el día de hoy trabajando a pleno rendimiento. «El laicado...», en *XXIX Semana Inter...*, p. 99.

Nuevamente, y no sería la última vez, se presentaban diferencias entre una orden tercera y una cofradía,<sup>222</sup>.

Al amparo de los conventos se acogían, no sólo las órdenes terceras, sino también cofradías, hermandades y congregaciones, todas ellas asociaciones piadosas de seglares, que trataban de asemejarse a las órdenes terceras seculares, pero que a diferencia de estas, aunque respetaban normas y reglamentos, no estaban obligadas a vivir bajo la observancia de una estricta regla<sup>223</sup>. En esas asociaciones de laicos, manifestación de un grupo social en el que la devoción externa superaba con creces el sentimiento religioso interno, aún siendo común el criterio devocional y el ejercicio de una política asistencial, existían diferencias de matiz entre unas cofradías y otras, por sus distintas advocaciones según el santo al que se acogiesen. Las cofradías, subordinadas a la jurisdicción episcopal, cumplían sus deberes religiosos en comunidad y ayudaban, si se solicitaban sus servicios, a las funciones y ejercicios de culto parroquiales, tratando de crear señales de afirmación social en el contexto urbano. Al cofrade se le relacionaba no sólo por su trabajo artesanal sino también por su pertenencia a la cofradía y por sus actitudes religiosas, lo que contribuía a que mentalmente y públicamente se mejorase su imagen<sup>224</sup>.

La VOT había prohibido de forma terminante que sus terceros perteneciesen a otra fraternidad de distinta religión, considerando que el espíritu de cada una podía ser distinto y *“no era bueno servir a dos señores”*. Sin embargo, no había inconveniente en que

---

<sup>222</sup>AVOTM, C. 3, Lib. V, fol. 383. En 1676 desde Córdoba se pedía a la VOT que intercediese ante el Consejo de Castilla, para que se le concediese un canonicato en la Iglesia Colegial de Hipólito el Real de esa ciudad a don Pedro Soriano, sobrino del prior de la Colegial y antiguo ministro de la fraternidad de Córdoba. La Orden siempre atenta a velar por las fraternidades hermanas, encargó a uno de sus hermanos, don Ángel Coronel de Palma, que estableciese contactos y ayudase en la medida de lo posible la solicitud.

Ibidem, C. 6, Lib. VIII, fol. 287v. Una ayuda similar dispensó la VOT madrileña a la Orden Tercera gaditana cuando en 1691 suplicaba que la representase en el Tribunal de la Nunciatura. Nuevamente los problemas surgían por cuestiones de preeminencia entre terceros y la cofradía del Santísimo Sacramento, en los actos públicos de Cádiz. La VOT nombró un comisionado experto en esas lides para que representase a la Orden andaluza ante el Tribunal.

Ibidem, C. 9, Lib. XI, fol. 85v. A finales del siglo, desde Valencia de Alcántara se rogaba a la VOT que interviniese ante el Nuncio porque las parroquias de la localidad ponían trabas a los terceros a la hora de impartir públicamente la doctrina, alegando que plazas, calles y campos eran territorios parroquiales. A pesar de que los hermanos, apoyados en la bula de Urbano VIII, reivindicaban para sí ese derecho, la unión de todas las parroquias se había convertido en un bloque difícil de vencer. La labor de la VOT ante la Nunciatura constituyó un gran éxito que fue reconocido por los de Valencia de Alcántara que le dispensaron grandes muestras de agradecimiento.

<sup>223</sup>Entre las órdenes terceras y las cofradías se suscitaban malestares a causa de cuestiones de preeminencia en los actos religiosos. En el AVOTM aparecen documentos de órdenes religioso-seglares en los que hacen partícipes a la de Madrid de su disgusto por esa cuestión. En el legajo 404/16 aparece una carta de la Orden Tercera franciscana de Almería, fechada en 1709, en la que explica sus problemas con las cofradías de San Miguel y Nuestra Señora del Rosario de esa ciudad.

<sup>224</sup>ARIAS DE SAAVEDRA, I. y LOPEZ GUADALUPE, M. L., en op. cit., pp. 201-232.

perteneciesen a una cofradía o hermandad; por lo que no era extraño que miembros de distintas cofradías fuesen hermanos de la VOT<sup>225</sup>.

Una cofradía de honda devoción franciscana con sede en el convento de San Francisco fue la de los Mercaderes, cuyo patrón lógicamente era el Santo de Asís. Muy querida por la VOT, gran parte de los cofrades pertenecían a la Tercera Orden<sup>226</sup>. La importancia de esa asociación se hacía evidente cuando llegaba el 4 de octubre, día de la fiesta de San Francisco. En la celebración una invitada de honor era la VOT, que a su vez permitía a los cofrades usar su capilla. La presencia entre estos de algunos hermanos de renombre daba lustre a la fiesta y fue quizás el deseo de boato y ostentación lo que suscitó ciertas fricciones entre terceros y cofrades. En 1669, terminados los festejos, la VOT comprobó los muchos desperfectos causados por aquellos en los muros de la capilla.

Cuando presentaron sus quejas los mercaderes no quisieron hacerse cargo de los destrozos y los terceros indignados, exigieron que los reparasen. Los estragos los habían causado los enormes clavos que sujetaban el pesado altar portátil, las pinturas, las colgaduras, los tapices y los estandartes<sup>227</sup>. Al negarse los cofrades, a asumir los costos, la Orden solicitó un mandato, que les prohibiese celebrar la fiesta del patrón en años posteriores en la capilla. Sólo con un compromiso previo, escrito en el que aceptasen cumplir unas condiciones se autorizaría la celebración<sup>228</sup>. Aún en ese caso se prohibía *“colgar de los muros cualquier tipo de tapicería, hacer avuxeros, en la pared o en el suelo, por el mucho detrimento que sufre la fabrica”*<sup>229</sup>.

Ante la firmeza con la que actuó la VOT los cofrades finalmente se hicieron cargo de los desperfectos.

Durante la Semana Santa las asociaciones laicas fundadas como desagravio a los ultrajes infringidos a la devoción a Cristo, a la pasión de Jesús y al Santísimo Sacramento, alcanzaban su apoteosis y las devociones de los disciplinantes encontraban su expresión

---

<sup>225</sup>La legislación prescribió que los terciarios franciscanos podían pasar de una fraternidad a otra de la misma religión si existía causa que lo justificase, por ejemplo, un cambio de residencia. La Sagrada Congregación de Indulgencias emitió un decreto a este respecto *“Tertii Ordinis de S. Francisci”*, ratificado el 31 de enero de 1893. A partir del siglo XVIII, y lo confirma el Derecho Canónico, canon 705, sólo se pudo pertenecer a una Orden Tercera de una religión..

<sup>226</sup>La Cofradía de Mercaderes, una de las más importantes, fue benefactora de la VOT y muchos cofrades fueron hermanos de la Fraternidad.

<sup>227</sup>AVOTM, leg. 425/22. Sobre las fiestas de la Cofradía de los Mercaderes.

<sup>228</sup>El negarse la VOT a dar permiso a los cofrades para las celebraciones les podía suponer inconvenientes y discordias y no sólo con la Cofradía sino también con el convento franciscano y con el Concejo de la Villa, pues ambos eran proclives a ese tipo de festejos.

<sup>229</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fols. 467, 467v. y 468.

más viva en lo que suponía a un tiempo pública disciplina ascética y teatro sacro<sup>230</sup>. En todo el suelo hispano había cofradías dedicadas a la Vera Cruz, una devoción franciscana dotada de indulgencias y privilegios pontificios<sup>231</sup>. En Madrid, la Hermandad Penitencial de la Vera Cruz y Nuestra Señora de Gracia era una de las más antiguas, se había fundado en el siglo XIII al amparo franciscano, y sus cofrades eran naturales de la Villa. Primero tuvo su sede extramuros en el convento franciscano, después en el convento de la Trinidad Calzada y finalmente en el Humilladero de Nuestra Señora de Gracia. Los cofrades habían fundado en 1555 el Hospital de los Peregrinos, que acogía a los viajeros enfermos de humilde condición<sup>232</sup>. El Jueves y Viernes Santo salían en procesión desde la antigua ermita (más tarde se convertiría en iglesia de Nuestra Señora de Gracia), situada en una esquina de la plaza de la Cebada,<sup>233</sup>. Al cortejo, que contaba con varios pasos, le acompañaban miles de penitentes madrileños y las viudas de los cofrades fallecidos<sup>234</sup>. A esa procesión nunca faltaba la Orden Tercera Seglar franciscana<sup>235</sup>.

El carácter asistencial de la Cofradía de San Damián y San Cosme, patronos de médicos, cirujanos y barberos, abrió una vía de entendimiento entre los cofrades y la VOT. Si fallecían terceros que ejercían esas profesiones, y a su vez eran cofrades de San Damián y si previamente habían renunciado a que los distintivos de la cofradía estuviesen sobre su ataúd, la VOT acudía al domicilio del difunto y se encargaba de colocar sobre el féretro paño y almohada bordados con los emblemas de la Orden Tercera. La VOT

<sup>230</sup>SÁNCHEZ HERRERO, J.: «Las cofradías de Semana Santa durante la modernidad. Siglos XV al XVII», en *Actas I Congreso Nacional de Cofradías de Semana Santa*, Zamora, 1978, pp. 27-43.

<sup>231</sup>CHRISTIAN, W. A.: *Religiosidad local en la España de Felipe II*, Madrid, 1991, p. 229. Según el autor, las representaciones sobre la Pasión se evocaban en teatros estacionarios emplazados en cualquier convento; en 1567 se llevaron a cabo procesiones y crucifixiones simuladas en la Plaza Mayor de Santa Cruz de la Zarza, una localidad con mil vecinos.

<sup>232</sup>QUINTANA, J. de : *A la muy antigua, noble y coronada villa de Madrid.*, cap. 87, Madrid, 1629, p. 930. La Hermandad labró una iglesia, en 1540, por iniciativa del caballero Francisco Ramírez. Presidió la iglesia una imagen de María con advocación de Gracia que se colocó en el altar mayor. Luego se erigió una congregación con gente principal de la Villa.

<sup>233</sup>ÁLVAREZ DE BAENA, J. A.: *Compendio histórico de las grandezas de la coronada villa de Madrid*, Madrid, 1786, p. 122.

<sup>234</sup>AMVM, sec. 2, leg. 401/61, capillas, archivo de secretaría. A esta hermandad pertenecían numerosos gremios: pañeros, sastres, herreros, tenderos, carpinteros, hortelanos...

<sup>235</sup>En el museo de la Villa de Madrid se exhibe un cuadro de autor anónimo que representa la procesión de la Veracruz, siendo arzobispo de Toledo y de Sevilla el Serenísimo e Ilustrísimo Cardenal don Luis de Borbón, para conmemorar la colocación de forma perpetua en el altar mayor de la Iglesia de Nuestra Señora de Gracia, del Santísimo Sacramento. El estandarte de la Cofradía lo portaba el duque de Sesa, acompañado de la Grandeza, asistió la coronada villa de Madrid con el Cabildo eclesiástico y la ilustre Congregación de la Veracruz y Nuestra Señora de Gracia. La imagen la sostienen sacerdotes, así como la Eucaristía. Toda la ceremonia esta rodeada de gran pompa, marchando a los lados los cofrades portando cada uno de ellos un cirio entre las manos. Las calles y balcones están adornados con vistosas colgaduras.

consideraba que sus distintivos no debían figurar junto a otros<sup>236</sup>. Un ejemplo más de cómo sobre la tragedia de la muerte primaban sentimientos de custodia de la preeminencia y del honor.

En ese conjunto social se puede tachar de muy cordial la relación de la VOT con la Congregación de los Hermanos Esclavos del Santísimo Sacramento, asociación que apareció en Madrid a principios del siglo XVII, y en la que nobleza y las elites cortesanas se identificaron de inmediato<sup>237</sup>. Su símbolo era una S atravesada por un clavo. A ella pertenecieron numerosos terceros entre los que se contaban Francisco de Quevedo, Miguel de Cervantes, Vicente Espinel, Lope de Vega, etc.; la cortesía y buen ánimo que reinaba entre la VOT y los congregantes se pueden conocer a través de estas líneas:

*«No se de oficio en el gobierno de la VOT a ningún hermano que ya lo tenga en otra Congregación o Religión si no desiste antes aunque diga que puede hacerlo pero si que serán admitidos los que tuvieren oficio en la Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento que esta colocado en el Monasterio de la Limpia Concepción de Nuestra Señora y del Patriarca San José, descalzos de la Orden de Nuestro Padre San Francisco del Caballero de Gracia»*<sup>238</sup>.

El mismo agrado sentía la VOT hacia la Congregación de los Soldados de la Guardia Vieja del Rey, llamada de San Fernando, nacida al amparo de la Orden de Santo Domingo. En 1671 el rey Fernando III había sido canonizado por Clemente X después de un largo proceso que don Felipe IV había seguido con gran interés<sup>239</sup>. Por la excelente relación que existió entre ambas instituciones, los terceros no tuvieron inconveniente en prestar a la Congregación reiteradas veces, una bellísima pintura que representaba al Rey Santo, tras la toma de la ciudad de Sevilla. El cuadro era donación de una bienhechora de la Orden Tercera, doña Felipa Gutiérrez de Mendoza<sup>240</sup>

---

<sup>236</sup>AVOTM, C. 1, Lib. III, fol. 43. Sobre el tratamiento que se le dará a los hermanos que pertenezcan a las cofradías.

<sup>237</sup>En la parroquia madrileña de San Ginés, en la calle del Arenal, estaba la sede de esta Congregación. En la puerta de entrada lateral situada en la calle de Bordadores se puede ver todavía el símbolo arriba mencionado, grabado sobre el granito.

<sup>238</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 6r.

GUERRA, R.: *Iglesias y Conventos del Antiguo Madrid*, Madrid, 1996. El Caballero de Gracia, diplomático al servicio de la Santa Sede, fundó un convento para franciscanos en el año de 1603, y poco después se fundó en él un oratorio. Allí se creó la Congregación del Santísimo Sacramento. El convento se derribó en 1910 al abrirse la Gran Vía, pero se conservó el oratorio.

<sup>239</sup>SCHMIDT, M.: *Culture et idéologie après le Concile de Trente*, Vincennes, 1985, p. 150 y ss.

<sup>240</sup>AVOTM, C. 3, Lib. V, fols. 320 y 321v.; y C. 5, Lib. VII, fol. 220. San Fernando fue hermano muy devoto de la Orden Tercera. Después de construirse la capilla del Cristo de los Dolores en 1669, doña Felipa Gutiérrez de Mendoza hizo donación a la VOT de dos pinturas. Una representaba la Adoración de los Reyes



Sin embargo, el entendimiento y buena disposición se rompía cuando por comportamientos inadecuados se generaban polémicas y conflictos que se solventaban en los tribunales eclesiásticos. Conocemos el celo que guardaba la VOT a la hora de hacer valer sus derechos como institución religioso-seglar, lo que no siempre reconocían otras instituciones<sup>241</sup>. Sin que se trasluzcan los motivos, los libros de acuerdos nos ponen en conocimiento de las fricciones existentes entre los terceros y la Hermandad del Refugio.

Hubo problemas con la Hermandad cuando el pueblo de Madrid se conmovió por las presuntas injurias de unos conversos a un Cristo crucificado<sup>242</sup>. El Auto de Fe que se celebró en el verano de 1632 en la capital de la Monarquía fue seguido de sucesivos actos de desagravio<sup>243</sup>. La tensión que se había originado por el grave suceso pasaba a convertirse en expresión devota de distintas instituciones, que deseaban dejar constancia de piedad y apoyo devocional en torno a la Pasión de Cristo<sup>244</sup>. Un año después, para conmemorar el hecho, entre las muchas celebraciones que se prepararon figuraba una procesión organizada por la Real Hermandad del Refugio, a la que no fue invitada la VOT<sup>245</sup>. Esta se sintió ultrajada e hizo responsable directa de la afrenta a la referida

---

Magos al Niño, la segunda estaba dedicada al entonces beato San Fernando. Las dos se colocaron en dos arcadas laterales de la capilla del Cristo de los Dolores. En esta última pintura, el Monarca aparecía ataviado a la usanza de un rey moro en la puerta de su tienda de campaña, después de la batalla en la que se había tomado la ciudad sevillana. En la escritura de cesión se dijo que ambos cuadros no deberían salir de la VOT. Por ese motivo antes de hacer el préstamo el ministro debía de obtener permiso de la donante. En la actualidad, la pintura de San Fernando se encuentra en la sacristía de la capilla del Cristo de los Dolores.

<sup>241</sup>Esos recelos siguieron estando presentes en siglos posteriores. Por ello, la Orden Tercera Seglar franciscana con frecuencia requería del Papado que se ratificasen sus derechos como orden franciscana. El 10 de diciembre de 1725 Benedicto XII emitía el siguiente breve: «*La Orden Tercera Seglar de San Francisco es una propia y verdadera distinta por completo de toda cofradía, como quiera que tiene regla propia aprobada por la Santa Sede, con noviciado, profesión y hábito, como suelen tener las órdenes regulares*», *Paterna Sedes Apostolicae*; 7 de noviembre de 1883. León XIII desde el Vaticano dice: «*Crean algunos que después de la Constitución “Misericors Dei Filius”, la Orden Tercera franciscana ha quedado reducida a simple cofradía o congregación, no es esta nuestra intención, sino que persevera la naturaleza y esencia del mismo instituto y continúa como verdadera Orden*».

<sup>242</sup>En el retablo mayor de la parroquia de San Millán se venera el Cristo de las Injurias labrado por Raimundo Capuz. Dentro hay cenizas del crucifijo que fue quemado en la calle de las Infantas.

<sup>243</sup>En la calle de Infantas, en la casa de un licenciado llamado Barquero, habitaban unos judíos fugitivos portugueses que, secretamente, profesaban la fe mosaica. En reuniones clandestinas ejercían rituales con otras personas de su secta, y según las acusaciones que se presentaron escarnecían un crucifijo. Descubierto el sacrilegio, la Inquisición los castigó haciendo derribar la casa donde tuvo lugar el hecho y siendo sometidos los acusados a un Auto de Fe donde de les condenó a morir en la hoguera. PULIDO, J. I. :*Injurias a Cristo*, Instituto Internacional de Estudios Sefardíes y Andalusíes, Universidad de Alcalá, 2002, p. 230 y ss.

<sup>244</sup>CHRISTIAN, W. A., op. cit., pp. 230 y ss. A finales del siglo XVI y durante todo el siglo XVII hubo un fuerte incremento de denuncias de ataques a crucifijos, y aunque la mayoría no llegaron a demostrarse, era una muestra de la preocupación por la Pasión. La idea de que los judíos azotaban a los crucifijos fue creencia constante y en muchos de los casos se acusaba a los asentistas portugueses y a los comerciantes judíos conversos protegidos por Olivares.

<sup>245</sup>La Santa y Pontificia Hermandad del Refugio había sido fundada por un sacerdote, Bernardino de Antequera, y dos caballeros, Jerónimo Serra y Pedro Lasso de la Vega, ambos hermanos de la Tercera Orden

Hermanidad. El informe sobre lo que se tacho de descortesía, lo presentó ante el Discretorio el hermano Díaz Morante y la reacción de los discretos fue recogida en los libros de actas:

*«La Orden Tercera que deberá destacar siempre por la defensa de la Pasión, muerte y redención de Nuestro Señor Jesucristo contra la crueldad, tiranía e ingratitud de los judíos, defendiendo la ley evangélica, por donde se salvan las almas ha sido la ultima en enterarse [...], y no por nuestra culpa y habiéndoseles anticipado otros y habiendo hecho fiesta a Nuestro Jesús que derramo Sangre por segunda vez en su imagen sacrosanta, y hace un año que fueron castigados por este delito los que le cometieron. Por tanto, se suplica a la Junta se sirva que se haga un altar en que este un Santísimo Cristo y demandar que se haga una fiesta en que se edifique al pueblo y habiéndose tratado y conferido sobre ello se ha acordado que el domingo tercero del mes de julio salga toda la Orden Tercera juntamente con la Primera y padres de los conventos de San Gil y San Bernardino, a quienes se consideren para ello y lleven al Santo [...] Cristo [...] a la postre que lleve el licenciado Pablo de los Ríos y Zúñiga, coadjutor del ministro, y todos vayan con sus hachetas encendidas y vayan diciendo un miserere muy en tan bajo hasta la casa que esta derribada por la Inquisición en la calle de las Infantas adonde habiendo pedido primero licencia al Consejo Supremo de la Inquisición, este muy bien adornada y puesto el Crucificado»<sup>246</sup>.*

Durante años fueron muchas las octavas y devociones que se celebraron conmemorando el hecho, y todavía en diciembre de 1639 salía, desde Santa María de la Almudena hasta la capilla del convento de la calle de las Infantas, una procesión presidida por un Santo Cristo. Los reyes don Felipe IV y doña Isabel de Borbón desde los balcones de Palacio la vieron pasar, mientras que la nobleza cortesana seguida del pueblo caminaba tras ella. En la comitiva estaba presente la Tercera Orden franciscana, a cuya cabeza marchaba el conde de Lemos portando el estandarte de la Fraternidad. Los comentarios de Álvarez de Baena describen así la jornada: *“fue grande el fervor de todos los fieles y ardieron dos mil quinientas luces”<sup>247</sup>.*

Cuando por el tiempo transcurrido parecían olvidadas las rencillas entre la Hermanidad y la VOT, de nuevo apareció la chispa de la animosidad. 1693 fue un año

---

de San Francisco. La Hermanidad ocupó un lugar sobresaliente en su trabajo en pro de la caridad, y contaba con un complejo aparato burocrático. Su fuente de ingresos eran las limosnas y las donaciones testamentarias. Ilustres hermanos de la VOT fueron también miembros de dicha Hermanidad y esa dualidad de pertenencias derivaba casi siempre en conflictividad de intereses. En Madrid, al Refugio se le conocía por la celebre “*ronda del pan y huevo*”. CALLAHAN, W. J.: *La Santa y Real Hermanidad del Refugio y Piedad de Madrid, 1618-1832*, CSIC, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1980.

<sup>246</sup>AVOTM, C. 1, Lib. II, fol. 51v. Se percibe en este escrito: primero, el latente antisemitismo de la VOT; y segundo, el orgullo herido de la Fraternidad ante el hecho de que se le hayan adelantado otras instituciones en los actos públicos de desagravio a Cristo.

<sup>247</sup>ÁLVAREZ DE BAENA, J. A., op. cit., pp. 161-162.

difícil para la Orden no se habían cancelado del todo las deudas originadas por la construcción del hospital-enfermería, y no obstante los terceros habían iniciado el proyecto de levantar junto a éste una capilla. Se necesitaban limosnas para esa construcción y los discretos convinieron que se podían conseguir colocando mesas petitorias en iglesias y conventos, en determinadas fechas del año, principalmente en Jueves y Viernes Santos, Porciúncula, San Pedro, y San José. El problema surgió cuando el Refugio también se sirvió de ese medio para obtener socorros para sus pobres.

Por propia experiencia, ambas instituciones sabían que una buena colecta dependía de la situación en que estuviesen colocadas las mesas en las iglesias; un metro arriba o abajo podía suponer muchos ducados, y siguiendo ese criterio el sitio más apreciado era la entrada del templo. Surgió el dilema cuando la VOT y la Hermandad se creyeron con el suficiente derecho para ocupar ese espacio, y a pesar de que hubo dialogo no se llegó a ningún entendimiento<sup>248</sup>. Ambas Instituciones querían resolver el asunto a su favor, ya que su economía dependía en gran medida de dichas demandas y, por tanto, no querían ceder en sus pretensiones. Además ya no sólo estaban en juego intereses económicos el prestigio y la reputación social estaban también en juego.

Aunque las dos Instituciones tenían como su protector al rey Carlos II, el Refugio se adelantó en poner los hechos en conocimiento real, jugando la baza de que el marqués de los Vélez, su presidente, era un personajes de gran relevancia en la Corte, y su esposa la marquesa, persona muy cercana al Monarca por haber sido su aya<sup>249</sup>. Fue el mismo Marqués quien elevó hasta el Monarca las quejas, apuntando que el Refugio siempre había ocupado el lugar principal en los templos.

---

<sup>248</sup>AVOTM, C. 7, Lib. IX, fols. 28v., 29r. y 29v. El conflicto comenzó en la Iglesia de San Miguel, cuando la VOT, aprovechando los días de Semana Santa, puso una mesa de demandas. Al ser la primera Institución de caridad que llegó al templo pudo escoger el lugar que le pareció más idóneo para ese fin. No había transcurrido mucho tiempo cuando se personó la Hermandad del Refugio con la pretensión de que desalojasen ese espacio. Aducían que el Refugio lo había ocupado el año anterior. Por la fuerza retiraron la mesa, pero el discreto Francisco de Deza se personó con toda rapidez en la Iglesia y la mesa de la VOT ocupó de nuevo el lugar elegido en el primer momento. Al darse en otros templos episodios similares, la VOT se vio obligada a presentar una queja ante la Hermandad buscando un arreglo entre ambas y evitar esos lances que tanto dañaban a una y otra. El acuerdo que propuso la VOT fue que se respetase el sitio ocupado por el Instituto que llegase primero. En un principio pareció que el Refugio estaba de acuerdo, pero cuando la Orden quiso que se hiciese escritura de lo acordado, la Hermandad se negó.

<sup>249</sup>CONTRERAS, J.: *Carlos II el Hechizado, poder y melancolía en la Corte del último Austria*, Madrid, 2003. pp. 237 y ss. Oropesa, el marqués de los Vélez y don Manuel de Lira, antiguo embajador en la Haya, fueron los artífices de las reformas inspiradas en principios económicos encaminados a disminuir la Deuda Pública y a mejorar los sistemas de recaudación. El marqués de los Vélez fue nombrado por Oropesa superintendente mayor, responsable general de los superintendentes, que actuaban como agentes de la administración central.





Plano de Madrid: iglesias y conventos del Madrid antiguo.

Desde Palacio se ordenó que las mesas petitorias se suprimiesen y el Marqués se encargó de hacer saber a la Orden Tercera la notificación real, pero al parecer lo hizo de



forma desabrida, “*de manera indigna y adoleció de decencia y decoro*”. Por ese trato los terceros se sintieron heridos en su honor, y el sentimiento de disgusto del ministro Juan Antonio López de Zárate y del Discretorio, fue tan profundo que se pensó en que “*más que buscar el bien público como hermanos, parece que estemos entre enemigos*”<sup>250</sup>.

La VOT no había solicitado hasta entonces la protección del Rey creyendo que se remediaría el conflicto por otros medios, pero al ver el cariz que tomaba el asunto, pensó que era tiempo que Su Majestad conociese el agravio del que había sido objeto. Con la colaboración de un hermano, Juan de Angulo, el ministro redactó un informe<sup>251</sup>. De forma concisa se le explicaba a don Carlos el lugar que la Orden Tercera Seglar franciscana ocupaba en la Iglesia, su fundación obra del mismo San Francisco, sus más de cuatrocientos setenta años de antigüedad, su labor en pro de los hermanos pobres, su dedicación y asistencia a los enfermos, a los presos de las cárceles, a la redención de cautivos, a los huérfanos, a las viudas, etc. Y con respecto a la VOT madrileña, se exponía que los fundadores de la Hermandad del Refugio, antes de que fuese constituida, eran hermanos profesos de la Tercera Orden de Madrid, y que uno de ellos, Pedro González de Bárcena, fallecido en 1645, por su devoción franciscana y por su afecto a la Orden pidió, y se le concedió, ser enterrado en la cripta de la capilla de los terceros<sup>252</sup>.

También se incluyó un relato de los personajes pasados y presentes que habían pertenecido a la Orden Tercera, entre los que se encontraban padres, abuelos y tíos del Rey, de los grandes santos que había dado la Orden a la Iglesia, y se mencionaba a papas, y nobles devotos de la Orden franciscana. Para finalizar, se hacía especial hincapié en el afecto y protección que todos dispensaron en vida a la VOT, al reconocerla como fiel servidora de la Iglesia y de la Monarquía Católica<sup>253</sup>.

Pasaban los meses y el asunto seguía sin resolverse. La VOT, inquieta, se planteó la posibilidad de presentar un pleito contra el Refugio en el Tribunal de la Nunciatura, un espacio en donde se resolvían ese tipo de casos. No fue necesario, en agosto de 1694, don

---

<sup>250</sup>AVOTM, C. 7, Lib. IX, fols. 60v., 61, 62v. y 63.

<sup>251</sup>BN, ms. 10.422, fol. 259. Referencia al pleito que sostuvieron la Venerable Orden Tercera de San Francisco de Madrid y la Real Hermandad del Refugio; informe para Su Majestad sobre la preferencia de las mesas de demandas.

<sup>252</sup>AVOTM, C. 7, Lib. IX, fols. 64v., 67, 79 y 79v. Era común que muchos de los hermanos de la VOT formasen parte de la Hermandad del Refugio. Años antes había sido presidente de la Hermandad don Pedro Antonio de Aragón, duque de Segorbe y Cardona, que compaginó sus labores al frente del Refugio con las de hermano discreto de la Fraternidad.

<sup>253</sup>Ibídem, leg. 401/26. Representación del marqués de Villanueva de la Sagra, Juan Antonio López de Zárate, ministro de la VOT, ante Carlos II, sobre las diferencias de la Orden y la Hermandad del Refugio con las mesas de mandas en días de Jubileo y Porciúncula.

Alonso Portillo y Cardosa, inquisidor ordinario y vicario de Madrid, con dignidad de chantre en la antigua Colegial de Talavera, les dio a conocer la decisión del Rey y rogando encarecidamente a las partes que pusieran todo su ánimo en llegar a un entendimiento.

La VOT y la Hermandad nombraron comisiones que les representasen; la Hermandad delegó en el marqués de Villamayor, consejero en el Consejo de Castilla y capellán en el convento de las Descalzas Reales, y en don Juan de Zúñiga, conde de Miranda y duque de Peñaranda; la VOT lo hizo en don Miguel Sevillano Ordóñez, consultor y comisario del Santo Oficio, coadjutor de la VOT, y en don Antonio de Medina y Ubilla, marqués de Rivas, caballero de la Orden de Santiago y del Consejo de Su Majestad<sup>254</sup>. Los comisionados gozaban de poder decisorio pero si se producían disensiones entre ellos, el Rey nombraría un árbitro para resolver el asunto<sup>255</sup>.

Fue necesario celebrar más de una sesión para buscar soluciones y establecer acuerdos. Finalmente se decidió que los comisionados, alternándose, eligiesen templo a templo, y una por una la ubicación de las mesas petitorias. Hacerlo, que parecía sencillo, les llevó su tiempo, pues tanto la Orden Tercera como la Hermandad del Refugio colocaban mesas en más de sesenta iglesias, conventos y ermitas. En llegar a esa concordia tuvo mucho que ver el vicario Portillo, que medió para pactar una “Santa Unión” entre los consiliarios de la VOT y de la Hermandad del Refugio. De los acuerdos se levantaron escrituras con las diligencias judiciales necesarias, haciéndose un llamamiento público a la confraternidad entre ambas instituciones, e insistiendo en que el fin último estaba en servir a Dios, y sólo por ello, una y otra eran partícipes de indulgencias, gracias y gozos espirituales<sup>256</sup>.

También en la familia franciscana surgieron desavenencias, y muy a su pesar la VOT se vio involucrada en ellas. Entre capuchinos y franciscanos se arrastraba una disputa desde que el papa Urbano VIII (alrededor de 1640) por bula había permitido que los capuchinos, rama que nació de los menores y que no eran fundación de San Francisco, en su deseo de propagar la fe, entregasen hábitos a los seglares que aspiraban a ingresar en

---

<sup>254</sup>Ibíd., C. 7, Lib. IX, fols. 98, 98v., 113 y 151; leg. 403/41.

<sup>255</sup>De nuevo aparecen las dobles militancias, ya que los representantes de la Hermandad del Refugio, el marqués de Villamayor y el duque de Peñaranda, eran desde hacía años hermanos profesos de la Orden Tercera Seglar franciscana de Madrid.

<sup>256</sup>AVOTM, C. 7, Lib. IX, fol. 201.

la Tercera Orden franciscana<sup>257</sup>. Hasta entonces sólo a la VOT, y bajo la estrecha vigilancia de los observantes, se la reconocía con facultad para admitir a hermanos.

Del continuo ingreso de devotos en la Orden se beneficiaba no sólo la VOT, también el convento de San Francisco recibía parte de ese prestigio por ser la Fraternidad una institución nacida bajo su amparo. La VOT madrileña, que estimaba como fundación madre a la Primera Orden, se solidarizó con los observantes de San Francisco, y no quiso reconocer como terceros a los que recibían el hábito de manos capuchinas, entre otras razones, porque las obligaciones exigidas a los aspirantes eran menores<sup>258</sup>.

En 1672, y por la gravedad de los hechos, la jerarquía franciscana creyó que debía de intervenir antes de que el conflicto motivase escándalo en el pueblo madrileño, que no acababa de entender las desavenencias entre frailes. Se emplazó a observantes y capuchinos a presencia del comisario general franciscano, para que expusiesen sus argumentos. La VOT, sin intervenir, esperaba una resolución que acabase con tan molesta situación, pues la polémica había acabado por dividir la opinión entre los mismos componentes del Discretorio; mientras algunos mostraban su desacuerdo con la actuación capuchina, otros creían que bastaría diferenciar los hábitos de unos y otros con algún motivo para acabar con el problema<sup>259</sup>. La distinción podía ser una capucha a imitación de la que llevaban los capuchinos<sup>260</sup>. El comisario logró que las partes se avinieran; cedieron los observantes en sus reclamaciones y los capuchinos prometieron entregar el hábito con discreción y sólo cuando los peticionarios hubiesen cumplido lo que ordenaba la Regla<sup>261</sup>.

---

<sup>257</sup> Los capuchinos no pudieron fundar conventos en Castilla hasta 1609, cuando Felipe III levantó la prohibición, impuesta por su padre, de realizar nuevas fundaciones, en ALDEA VAQUERO, Q., MARÍN MARTÍNEZ, T. y VIVES GATELL, J.: *Diccionario de Historia eclesiástica de España*, Madrid, 1972, vol. I, p. 340.

<sup>258</sup> AVOTM, C. 2, Lib. IV, fol. 591v. Información sobre las disensiones y pleito entre los frailes observantes de San Francisco y los capuchinos. Otras razones que influían en la rivalidad entre observantes y capuchinos tenía que ver por cuestiones económicas, es decir, ingresos que llegaban a las arcas conventuales desde las fraternidades, concordias establecidas entre terceros y frailes por las que los seglares se comprometían a entregar limosnas a cambio de que los religiosos oficiasen ceremonias, entierros y funerales.

<sup>259</sup> *Ibidem*, leg. 404/27. Instancia del procurador general de la Observancia al maestro Santiago Emeriz, auditor de la Rota, en la que se da cita a los capuchinos para discutir sobre la entrega que estos hacen de hábitos a las personas que desean ingresar en la Orden Tercera franciscana.

<sup>260</sup> *Ibidem*, fol. 595.

<sup>261</sup> *Ibidem*, C. 3, Lib. V, fol. 211v. El 11 de agosto de 1675, para evitar posibles enfrentamientos entre una Orden y otra el papa Clemente X ratificó que los capuchinos también podían entregar hábitos. No por ello se mejoró la relación entre los terceros de ambas instituciones, es más, se agravó cuando la VOT supo que los capuchinos hacían entrega de hábitos en Palacio, hasta entonces un espacio reservado a los observantes.

## 5. CONFLICTOS DE COMPETENCIA

En el Archivo de la Venerable Orden Tercera de Madrid, fuente inagotable de información, si por su cariz de Institución religiosa-seglar, priman los documentos de esa naturaleza, también ofrece la oportunidad de analizar una extensa gama de escritos acerca de cuestiones jurídicas derivadas de su labor asistencial y social, que junto con su papel de receptora de innumerables donaciones y herencias, son testimonio de la actividad desplegada por la Fraternidad a lo largo del tiempo. La VOT, que nace como una pequeña asociación con pocos hermanos y menos recursos, en sus primeros años de subsistencia hubo de hacer frente a serias dificultades; pero tras sus difíciles inicios, gracias a la espectacular acogida que le dispensó el pueblo de Madrid, se le ofrecieron expectativas que significaron prestigio y consideración social. Ese poder ascendente se traslució en el patrimonio que supo crear a beneficio de los necesitados.

Esa es la razón de la presencia en la VOT de numerosa y variada documentación acerca de pleitos, concordias y pactos. Ateniéndonos al siglo que nos ocupa, hemos comprobado que en muchos de los litigios, la Fraternidad unas veces actuaba como demandante y otras como demandada. Las diferencias entre la Orden Tercera y otras instituciones religiosas, cofradías, congregaciones, o incluso con los mismos frailes del vecino convento franciscano, podían surgir por cuestiones de preeminencia, pero otras veces las razones eran económicas y según fuese la gravedad del conflicto se podía llegar al pleito. El que un testador dejase en los últimos momentos de vida sus bienes a la VOT, irremediabilmente conducía a que los que se creían legítimos herederos entablasen demandas y trataran de anular el testamento<sup>262</sup>.

La Regla franciscana aconsejaba que se pusieran los medios necesarios antes de acudir a los tribunales, y los hermanos obedecían, pero si había enfrentamiento enconado la única solución estaba en que la autoridad competente mediase en la resolución del conflicto<sup>263</sup>. Se llegaba a pleito cuando los terceros consideraban que sus derechos habían sido violados<sup>264</sup>, o si la Corona, por medio de sus recaudadores oficiales, exigía que las

---

<sup>262</sup>Es difícil determinar los motivos que podían mover a los fieles a ese cambio de voluntad en el momento de la muerte, pero por el contexto en el que se desarrollan los hechos y la forma en que insisten en sus disposiciones testamentarias nos atreveríamos a decir que primaba el deseo de ser enterrado en suelo franciscano y no en un anónimo trozo de tierra parroquial.

<sup>263</sup>*Regla de la Tercera...*, cap. IX, 149.

<sup>264</sup>AVOTM, leg. 418/11. Acerca de unos pleitos de la VOT con los trinitarios de Burgos.



rentas de pan y agua donadas por caballeros benefactores para socorro y ayuda de los pobres de la Orden, retornasen a aquélla<sup>265</sup>.

Fueron así mismo conflictivas las donaciones de algunos devotos, que no siendo miembros de la VOT manifestaban su respeto y devoción a la Institución con un legado o nombrándola su heredera, con la única condición de que algunos hermanos acompañasen su cuerpo hasta la última morada, se le diese sepultura en la bóveda de su capilla, y se aplicasen responsos y misas por su alma. Ese tipo de testamentos, a veces imprevistos para la familia, causaba malestar entre los herederos y algún que otro enojo en la parroquia a la que pertenecía el difunto, si el párroco veía con malos ojos el que parte de los emolumentos que la parroquia habría de recibir por sus derechos fuesen a parar a la Orden Tercera. Era necesario entonces que mediase el guardián o el visitador franciscano para encontrar una solución siempre de carácter económico.

Cuando la Fraternidad creció en hermanos, y aumentaron los problemas, pareció llegado el momento de rodearse de un equipo de juristas<sup>266</sup>. Ya en 1606 los terceros hubieron de defenderse de las infamias que se vertieron sobre su Orden, y esa no fue la única ocasión en la que con falsos rumores y ofensas se intentó perjudicarla. Las calumnias podían desatar dudas sobre la autenticidad de la Orden Tercera, cuestionar su labor en la sociedad y su veracidad sobre los privilegios, dispensas, y bulas que había recibido. Las insidias salpicaban a las fraternidades que se veían en la necesidad de recurrir a la autoridad franciscana o apelar a Roma, donde la Sagrada Congregación de Cardenales de la Orden Tercera, fundada tras el Concilio de Trento, se encargaba de su defensa.

Eran más dolorosos los ataques si provenían de otra institución religiosa, y más si esta era franciscana. Esa clase de afrenta la sufrieron los terceros madrileños en 1616 y en 1620 por parte de una orden regular franciscana ubicada en Arcos de la Frontera. Esa

---

<sup>265</sup>Ibídem, leg. 442/38, año 1671. Cesión que recibe la VOT por parte de caballeros de Santiago de las rentas de pan y agua. Es un tipo de donación que llega a la VOT reiteradamente y que no se desprecia a pesar de ser muy corta.

<sup>266</sup>Ibídem, leg. 418/1. Pleito en el que se enfrentan la VOT, el convento de San Agustín de Burgos y tres trinitarios calzados y otros tres descalzos sobre el modo de hacer la procesión de los Cautivos, ibídem, leg. 405/11.

Ibídem, leg. 430/5. Pleito que tuvo lugar entre la VOT y la Congregación de la Concepción, fundada en el convento franciscano de la ciudad de Pontevedra y la Hermandad de la Misericordia de ese mismo lugar sobre la precedencia de unas y otra en las funciones religiosas públicas. El veredicto fue que la VOT sería la primera al tratarse de que es Orden fundada por San Francisco. Real Ejecutoria que se ganó en la Chancillería de Granada en el pleito interpuesto por la VOT contra los religiosos del convento de San Francisco que les impedían celebrar ejercicios religiosos, año de 1655.

comunidad, probablemente celosa del prestigio y reconocimiento social que la VOT iba escalando, no tuvo ningún apuro en acusarla de no ser una verdadera orden franciscana. La VOT se defendió. La Orden Regular franciscana había nacido en el siglo XV, la Tercera Orden Seglar lo había hecho doscientos años antes, ambas eran instituciones franciscanas, pero mientras que los regulares pertenecían a una rama escindida de los frailes menores, los terceros eran fundación de San Francisco. La VOT se consideraba heredera de la tradición cristiana y de los valores espirituales de ésta; por sí misma, con su esfuerzo y dedicación se había labrado prestigio y consideración social, y aunque la denuncia de los regulares fue para algunos un caso aislado de rivalidades o celos, para otros era consecuencia de las novedades aportadas por el Renacimiento, individualidades y particularismos que, en este caso, se podían traducir en deseos de igualarse con las fundaciones del Santo. El ataque se dirigió en contra de la Orden Tercera que, en principio, parecía la más débil.

La VOT, viendo que estaba en juego su reputación y autoridad, entabló pleito contra los regulares y buscó como defensores a ilustres personalidades religiosas para que rebatieran las calumnias y la avalasen como auténtica orden religiosa

*«(...) la Orden Tercera de Madrid fue merecedora de privilegios admirables y baste decir que no se de bula ni Decreto Apostolico que mencione este Santo Instituto en que no se hable de la gloria de llamarla y declararla Orden Tercera».*

Fray Pedro de Zayas, visitador general franciscano, escribió en defensa de la Orden Tercera de Madrid:

*«El argumento de los contrarios de que no es una Orden, porque los profesos son seglares casados muchos de ellos, viviendo en sus casas y sin guardar clausura y sin llevar a acabo los votos de pobreza, castidad y obediencia y sin estar sujetos a ningún prelado, es falso. También los individuos que componen las Ordenes Militares de Santiago, Alcántara, Montesa, Calatrava, Toyson, en Portugal la de Cristo, en Saboya la de San Mauricio, y otras muchas, viven del mismo modo que los que visten el habito de la Orden Tercera y si aquellas son órdenes, esta también lo es»<sup>267</sup>.*

Tras el pleito que se entabló la sentencia constituyó un rotundo éxito para los terceros: “En adelante, todos los que hagan del título de hermanos terceros, motivo de

---

<sup>267</sup>ZAYAS, P.: *Libro de la Defensa Religiosa de la Verdad Ultrajada*, t, 1, Zaragoza, 1744. Se trata de un cuadernillo escrito por este religioso, visitador general, tras las ofensas que sufrió la Orden Tercera de Madrid, en AVOTM, legs. 431/30 y 450.

*burla o desprecio y no den a la VOT una satisfacción pública que le devuelva la honra que han querido arrebatarle, están amenazados de pena de excomunión, y si a pesar de ello perseveran en esa actitud, y no la satisfacen, los jueces eclesiásticos les aplicaran el correspondiente castigo que se hará por fuerza de ejecutoria, lo que por súplica no quieren hacer”.*

Las medidas severas y contundentes que se adoptaron para repeler la agresión que sufrió la VOT, pusieron en evidencia cuan alta era la estima del honor y reputación en la Fraternidad, y como en la defensa de este tipo de instituciones se ponían en marcha elementos que en palabras de José Antonio Maravall “*contribuían a mantener la legitimación del sistema de poder tradicional*”<sup>268</sup>.

Otra disputa que mantuvo la Orden madrileña se produjo en 1632 cuando por querer defender sus derechos debió enfrentarse a la Congregación de Sacerdotes Naturales de la villa de Madrid, una fundación de Jerónimo de Quintana. Como en la mayoría de las veces se trataba de establecer prioridades; en este caso la cuestión estaba en que paño y emblemas deberían cubrir los féretros de los difuntos al ser sacerdotes y terceros y en donde se celebrarían los responsos. Consideraciones sobre a que institución le asistía más derecho se convirtió en un auténtico motivo de polémica.<sup>269</sup> La solución al debate se encontró nombrando comisiones de las dos partes que se reunieron en el mes de julio. Los terceros hicieron gala de buena voluntad y cedieron en alguna de sus pretensiones, pero, aún así, los sacerdotes siguieron empeñados en las suyas. Sin llegar a un arreglo pacífico, la decisión se sometió al juicio del arzobispado toledano<sup>270</sup>.

Más graves eran los lances que se presentaban por disputas testamentarias. Si la demanda surgía por parte de la familia o del albacea del difunto que trataban de impugnar el testamento, podían servirse de estrategias, no siempre legales. La Orden no evadía el conflicto, sino que hacía valer su derecho sobre el legado recibido. Igual de problemático podía resultar que en los testamentos, los benefactores expresasen deseos de que determinadas cantidades que la Hacienda Real les adeudaba la recibiesen los terceros para

---

<sup>268</sup>MARAVALL, J. A.: *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Madrid, 1989, p. 64.

<sup>269</sup>AVOTM, leg. 404/27. Casos similares se dieron entre las fraternidades terceras de otras localidades y las instituciones religiosas y laicales. La cuestión de la preeminencia ocupó la cabecera de estos pleitos.

<sup>270</sup>Ibídem. Estos conflictos surgían de forma coyuntural, pero no persistían una vez aclaradas las posiciones de ambas partes. Los legajos 401/53/54/55/56 nos dan fe de ello, cuando nos dicen que la Congregación de Sacerdotes Naturales le ofrece a la Orden Tercera madrileña que forme parte del cortejo fúnebre que acompañará los restos mortales de D. Pedro Calderón de la Barca. Un año después es la VOT la que invita a la Congregación para que asista a las honras por el alma del hermano Pedro Calderón de la Barca.

sus pobres<sup>271</sup>. O cuando, de buena fe, se aceptaban memorias de misas que una vez instituidas, no estaban acompañadas de una solvencia económica capaz de respaldarlas<sup>272</sup>.

Cuando la VOT tuvo bóveda para enterrar a sus hermanos, llovieron las solicitudes para recibir sepultura en ese lugar. En principio se reservó sólo para los más pobres, pero después se aceptó, por la limosna que lo acompañaba, que temporalmente también fuese depósito de terceros difuntos a la espera de que se trasladasen sus restos a la sepultura definitiva. En ese caso, de manera formal se concertaba el tiempo del depósito y los familiares entregaban una cantidad dineraria que lo cubría. Así se hizo, cuando en 1634, el magistrado don Agustín Baltasar Gilimón de la Mota depositó el cuerpo de su esposa Luisa de Portocarrero y Guzmán<sup>273</sup>.

Transcurrido el tiempo estipulado, el depositario no cumplió el pacto verbal de retirar el cuerpo de la difunta o, en caso contrario, de renovar el depósito monetario. Los requerimientos de la VOT no se tomaron en cuenta por el magistrado, ni tampoco consideró a la comisión que le visitó instándole a que cumpliera su palabra. En 1634 la VOT resolvió “*que el señor Felipe de Moncada vuelva hablar con el Señor Agustín Xilimon de la Mota y le diga que se sirva de remover el posito de su mujer, como se dijo y se de licencia para que pueda el visitador pedir lo que se debe del dicho depósito*”. Un mes después, de nuevo “*que los licenciados Francisco de Herrera y el Coadjutor prosigan la comisión con el magistrado Xilimon de la Mota*”. Mucha fue la paciencia que mostró la VOT con este asunto<sup>274</sup>, porque el 4 de junio de 1637, después de que Gilimón pasase por alto la visita del coadjutor de la Orden, Jerónimo de Quintana<sup>275</sup>, fue

---

<sup>271</sup>Ibídem, leg. 426/6. La principal benefactora que tuvo la Venerable Orden Tercera en el siglo XVII fue una hermana tercera doña Lorenza de Cárdenas y Manrique, viuda del jurista y humanista Lorenzo Ramírez de Prado, también hermano de la Orden. La señora en vida hizo donación a la VOT de numerosos legados, algunos de ellos de difícil cobranza al ser las arcas reales las deudoras.

<sup>272</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 75. Se entrega una casa a la VOT en la calle de San Buenaventura para cumplir una memoria de misas, con un censo de 300 ducados de principal impuesto en una casa que es mesón en la calle de Calatrava. La Orden se siente engañada pues no se puede cobrar y acuerda que se levante pleito.

<sup>273</sup>Ibídem, C. 1, Lib. II. Don Baltasar Gilimón de la Mota fue asesor financiero y consejero jurídico del duque de Lerma, pues defendía los intereses de la Corona también lo hacía con los de su señor el Duque. Fue testigo de la visita a la que se sometió a don Pedro Franqueza, conde de Villalonga y de la aplicación de las sentencias. Siendo fiscal del Consejo de Hacienda y dada la inmensa fortuna que amasó cabe pensar que no toda su riqueza la obtuvo por su salario sino que la incrementó, probablemente, por las recompensas que pudieron llegarle a través del valido. La confianza puesta por Lerma en Gilimón era tal, que aún después de caer en desgracia el Duque, siguió teniendo al licenciado como su asesor y consejero, así lo prueba el que fuese su asesor en la redacción de su testamento. Para más información, ver PELORSON, J. M.: “*Les letrados juristes castillans sous Philippe III*, Poitiers, 1980, p. 83 y ss.

<sup>274</sup>AVOTM, Lib. II, fol. 80.

<sup>275</sup>Ibídem, C. 1, Lib. III. Jerónimo de Quintana fue durante muchos años rector del Hospital de La Latina. Era hermano de la Tercera Orden franciscana de Madrid y fue su ministro en el año de 1617. En años

directamente el padre visitador fray Lope Páez quien le hizo saber que se le iba a requerir judicialmente, “y que el padre visitador general avise a Don Agustín Xilimon de la Mota de que se le hace requerimiento en la misma forma”.

A pesar de los esfuerzos de los letrados, el proceso judicial sobrevivió al magistrado. El litigio prosiguió y la VOT tuvo que enfrentarse al hijo del finado, al parecer sin éxito, puesto que en 1643 la junta de discretos se preguntaba que hacer con los restos de doña Luisa, porque seguían depositados en la bóveda de la capilla<sup>276</sup>.

En este caso la VOT debía anteponer a su labor de piedad los problemas temporales derivados de la precariedad de sus finanzas. Se repite a menudo en las actas que se actúa de determinada manera “por la calamidad de los tiempos”). Creemos que en la perseverancia que muestra la VOT en mantener juicios tan largos que difícilmente podían resultar beneficiosos, más bien le serían costosos en dinero y energías, estaba en juego no sólo las expectativas económicas que se podían lograr, sino el deseo de que no quedase en desdoro la autoridad y dignidad de la Institución.

Los gastos que suponían los pleitos, unidos a las minutas de los letrados, y el desinterés que estos mostraban en algunos casos, motivó que en 1660, la VOT determinase buscar sus abogados entre sus hermanos terceros. De ese modo se creó un servicio de profesionales que respondía eficazmente a las expectativas que se presentaban cada vez con más frecuencia por las donaciones, conflictivas o no, de los devotos. El Discretorio hizo averiguaciones acerca de los letrados, que había entre sus miembros, si eran competentes en su trabajo, y si disponían de tiempo para prestar esa tarea en la Orden. En junta se votó que se hiciese pública la necesidad de ayuda “con entrega, afecto y caridad”. No tardó en ponerse a disposición de la VOT don Gaspar Martínez, convirtiéndose en el primer letrado oficial, y a él le siguieron otros muchos<sup>277</sup>.

---

posteriores, 1636-1638 y 1643-1646, se le nombró coadjutor y después enfermero mayor. Estuvo vinculado a la VOT madrileña durante más de treinta años.

<sup>276</sup>Ibidem, leg. 430/11. En 1663 Juan Fernando Gilimón de la Mota dispuso que se estableciese una memoria de misas para su madre, Luisa Portocarrero y Guzmán, enterrada en la bóveda de la capilla antigua de la VOT.

Ibidem, C. 1, Lib. II, fol. 80. El hospital-enfermería de la VOT se levantó en parte sobre el solar y terrenos que se compraron a los herederos de don Baltasar.

<sup>277</sup>Ibidem, C. 2, Lib. IV, fols. 94v. y 182.

### III. ORDO, LAICADO Y CONFESIONALIZACIÓN

En la complejidad de la segunda mitad del siglo XVI, rota la unidad de la Cristiandad, después del Concilio de Trento, se pone en marcha en la Monarquía Hispánica defensora de la fe católica, la legislación tridentina. El propósito político-religioso de imponer unos códigos de conducta se había hecho común a todas las distintas confesiones, la denominada disciplina social, estrechamente relacionada con el proceso de confesionalización<sup>278</sup>, se definía en la conformación de estructuras de comportamiento de los súbditos, aplicándose sobre las costumbres una cultura oficial acorde con lo que marcaba la ortodoxia católica<sup>279</sup>. Las disposiciones y decretos adoptados en Trento cuajaron en la Monarquía española con gran efectividad<sup>280</sup>. Aproximación

La defensa de la pureza de la fe en una sociedad ordenada y jerárquica tenía su vertiente política, Felipe II consciente de que la lucha contra la herejía garantizaba la seguridad interior y exterior de sus dominios, delegó en los obispos lo que se llamó enmienda y corrección de las costumbres<sup>281</sup>. En busca de la unidad, en 1574-1576 se constituyó la primera junta de reformatión<sup>282</sup>. La Junta se puso en manos del Consejo

---

<sup>278</sup>Término acuñado por los alemanes Wolfgang Reinhard y Heinz Schilling. El concepto de confesionalización es consecuencia de que el cisma protestante generase una frontera que anteriormente no existía. Antes de 1517, Europa era entendida globalmente como Cristiandad; en 1517, cuando Lutero clavó sus 95 tesis en la puerta de la iglesia de Wittemberg, se iniciaba un proceso que acabaría en 1555. A partir de entonces ya no se habló de una Europa cristiana culturalmente unida, sino de una Europa protestante (luterana, calvinista...) y una Europa católica. Adriano Prosperi entiende la confesionalización como un gran programa disciplinario mediante el cual la Iglesia y el Estado, a través de la religión, buscan inculcar en las gentes el vínculo de la obediencia. El discurso se hace extensivo a la sociedad en sus distintos ámbitos: familia, educación, justicia. *El Tribunal de la Conciencia. Inquisidores, confesores, misioneros*, Turín, 1996.

<sup>279</sup>Hay un acercamiento al término de confesionalización, "Konfessionsbildung" (formación de confesiones), entre los años 50 y 60, es obra de Ernst Walter Zeeden. Para el autor, el significado del término es "la consolidación, tras la ruptura de la Cristiandad, de una conciencia y el establecimiento orgánico de las diferentes confesiones cristianas, apoyadas en dogmas diferenciados y que devienen en iglesias estructuradas, más o menos estables, con formas de vida sancionadas por esos principios. La confesionalidad propia de la Europa cristiana había creado un espacio de defensa con los medios de la diplomacia y de la política, y su afirmación era el fruto de los poderes políticos". ZEEDEN E. W.: «Grundlagen und Wege der Konfessionalbildung in Zetaler der Glaubenskämpfe», en *Historische Zeitschrift*, 185, pp. 249-289.

<sup>280</sup>Cuando se habla de disciplinamiento nos referimos a un proceso de interacción entre instituciones y sociedad. En ese proceso se formaron los modelos de comportamiento individuales y colectivos que acabarían institucionalizándose. En las dos grandes confesiones, católica y protestante, fue necesario reciclar a sus fieles por medio del disciplinamiento para que aceptasen una moral dentro de los límites de la ortodoxia nuevamente fijada. GARCÍA CÁRCEL, R. y MORENO MARTÍNEZ, D.: *Inquisición, historia crítica*, Madrid, 2000, p. 58.

<sup>281</sup>EZQUERRA REVILLA, I.: «La reforma de las costumbres en tiempos de Felipe II», en *Grupos de poder, luchas y facciones*, Madrid, 1998, pp. 180 y ss. La educación cristiana católica se convertía en un poderoso vehículo para alcanzar la salvación del alma, y la obediencia de los súbditos a la Iglesia y al poder político.

<sup>282</sup>Se creó la Junta para encontrar de manera rápida el criterio de los especialistas en la materia tratada y de esa forma tomar medidas urgentes.

Real presidido por Diego Covarrubias. La política de confesionalización no se basaba sólo en principios doctrinales, también en el Derecho, un resorte más de intervención en la corrección de las costumbres laicas.

Todavía en los comienzos del XVII el orden político general se entendía, no desde el término de Europa sino de Cristiandad, en un marco que concebía lo temporal y lo espiritual<sup>283</sup>. El hombre, miembro activo de la Christianitas, fiel y súbdito al mismo tiempo, se hallaba mediatizado por el poder confesionalizado que no hacía distinción entre Iglesia y Estado en defensa de la ortodoxia. Religión y religiosidad formaban parte de una misma cultura y ocupaban un lugar preeminente en la vida cotidiana; la salvación del alma era la primera de las preocupaciones del hombre que buscaba la salvación eterna, no en soledad, sino como parte de un todo. En ese proceso, la confesionalización era el componente necesario para unir las partes.

En siglos anteriores, la Iglesia había propiciado la creación de instituciones que le permitían la práctica de lo que podía ser modelo del pueblo ideal en el Occidente cristiano. Ese modelo, con diócesis, archidiócesis y parroquias, garantizaba la autoridad de la jerarquía eclesiástica como agente de unión entre los fieles y suponía tener el control ideológico de numerosos individuos en una sociedad empapada por el espíritu de la Reforma tridentina. Los monarcas españoles defendieron, en razón de la política de regalismo, las prerrogativas regias en materia eclesiástica, considerando que si la Iglesia tenía poder sobre los fieles, también la Monarquía lo tenía sobre los súbditos<sup>284</sup>.

## **1. EL SOSTENIMIENTO DE LA FE: ESPACIOS, MEDIOS Y FORMAS**

Muchas de las disposiciones adoptadas en el Concilio de Trento, las concretó Felipe II en la reforma de la sociedad y de las órdenes religiosas<sup>285</sup>. Para los regulares, las medidas disciplinarias no supusieron ninguna novedad, puesto que en décadas anteriores

---

<sup>283</sup>GERHARD, D.: *La Vieja Europa, factores de continuidad en la historia europea (1000-1800)*, Madrid, 1991. El autor considera que “en esa época los príncipes todavía no habían sido reemplazados por las formaciones estatales, y Europa, un término que ganó terreno en ese periodo, todavía no había ocupado el sitio de la Cristiandad”.

<sup>284</sup>PRODI, P.: *Etat et Eglise dans la genese de l'Etat Moderne*, Madrid, 1986, p. 291. El profesor Prodi opina que el Papado fue un agente activo en el proceso de laicización.

<sup>285</sup>MARTÍNEZ MILLÁN, J.: «El confesionalismo de Felipe II y la Inquisición», en *Trocadero*, 6-7, Cádiz, Universidad, 1994-1995.

se habían tratado de imponer en algunos monasterios<sup>286</sup>. Sin embargo, después del Concilio, el Monarca comprometido en la defensa de la ortodoxia católica, ahora, por cédula real, instó al cumplimiento y aceptación de los decretos conciliares en todos los territorios de su soberanía. En la Orden franciscana, el movimiento reformista se había iniciado en el seno de la propia Orden por lo que los observantes con presteza respondieron a la llamada real<sup>287</sup>. En el ejercicio disciplinar, dos poderes, “regnum y sacerdotium”, se imbricaban y complementaban, sobre todo, cuando el sacerdote desde el púlpito se convertía en el transmisor de la ideología dominante<sup>288</sup>.

La devoción externa de los fieles prevalecía sobre el verdadero e íntimo sentimiento religioso de la fe, la misa, la recepción de los sacramentos, las oraciones de los fieles, actos revestidos de excesiva ceremonia y ritualidad eran pública manifestación del cambio religioso y social. Así lo define el profesor J. Contreras “*no sólo se trataba de ser, sino también, de estar y parecer*”<sup>289</sup>. Desde esa óptica, el fenómeno de disciplinamiento nacido en los monasterios alcanzaba al campo social ya no se trataba de un movimiento de matiz religioso o de protesta a la Reforma luterana, sino de un elemento clave en la corriente de centralización y transformación que acabaría determinando el llamado Estado moderno, desde un discurso hábilmente concebido para lograr cambios políticos y sociales en todos los ámbitos<sup>290</sup>.

---

<sup>286</sup>Se trataba de conocer el estado en el que se encontraban las órdenes en razón de sus señoríos eclesiásticos, las encomiendas laicales y las antiguas inmunidades y privilegios. Para más información, véase GARCÍA ORO, J. y PORTELA SILVA: «Felipe II y la nueva reforma de los religiosos descalzos», en *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 20, Universidad Complutense de Madrid, 1998.

<sup>287</sup>MARTÍNEZ DE VEGA, M. E.: «Formas de vida del clero regular en la época de la Contrarreforma: los franciscanos descalzos a la luz de la legislación», en *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 18, Universidad Complutense de Madrid, 1997, pp. 125-187. La Monarquía, simpatizante con los reformadores en los momentos iniciales, buscaba su propia consolidación institucional y expansión. En las instituciones bien organizadas y con fuerte prestigio social, los poderes públicos encontraban una valiosa colaboración en la legitimación del sistema.

<sup>288</sup>Ibídem, p. 39. El modelo de autoridad ejercido por la Iglesia influyó en la formación política del Estado, que sin oponerse a la institución eclesiástica, puesto que la integró en su propia estructura, tomó de ella, los referentes necesarios para sacralizarse, en un periodo en el que la esfera de lo religioso y de lo político marchaban unidos.

<sup>289</sup>Para el profesor Contreras, la confesionalización implica el «incremento de la capacidad de influencia de la Iglesia-Estado en la formación y estructura de los comportamientos». Una transposición de la ciudad espiritual en la ciudad terrenal, según el modelo agustiniano. CONTRERAS, J.: «Procesos...», en *Revista de Hist...*, pp. 9-11.

<sup>290</sup>El uso del término de época confesional, resulta adecuado al ser un término recogido por las propias fuentes (Confesión de Ausburgo...); supera la dialéctica entre Reforma y Contrarreforma y posibilita una comprensión del periodo que comprende tanto en lo referente a la historia eclesiástica como a la historia social. Para más información, véase el trabajo de los profesores RUIZ RODRÍGUEZ, J. I. y SOSA, I.: *La Confesionalización: un concepto en el marco de la historiografía germana. Tras los pasos de Reinard y Schilling*.



San Francisco, había creído en la Iglesia como comunidad de salvación, viva de fe, esperanza y caridad, en la que tenían cabida todos los que deseaban servir a Dios. Con ese sustrato vinculado a la exaltación de las virtudes teologales cristianas, se mantuvo activo el legado espiritual del Santo y se instituyó la Venerable Orden Tercera de Penitencia madrileña. En su fundación no faltó la fe, creencia sin condiciones, fortalecida con la esperanza, entusiasmo en vida y confianza tras la muerte, el medio para entrar en una vida mejor. El aliento espiritual de la Divina Providencia, era necesario para que a los terceros no les faltase el ánimo y cayesen desfallecidos en las adversidades. Pero fe y esperanza, para ser fructíferas, necesitaban de la caridad, fuente inagotable de amor y de entrega al prójimo. En esa virtud, tercera de las teologales, se reflejan las anteriores, quien ama al prójimo, ama a Dios, y ese amor sin condiciones le inculca al cristiano la confianza de que su entrega le abrirá la puerta de la salvación.

Es en ese frente de conciencia católica, con la alegría propia del franciscanismo donde en 1608 nació la Venerable Orden Tercera de Madrid, conocida entre los madrileños como VOT, una realidad religioso-seglar que pronto se incardinó en el conjunto social, y en el que ocupó un espacio en una sociedad eclesializada en la que la vida de cada individuo estaba tutelada por la Iglesia desde su nacimiento hasta su muerte; configurada como unidad corporativa de fieles e identificada como orden religiosa, y no como cofradía o hermandad, la fundación de la VOT fue un éxito en el proceso de disciplinamiento de la conducta, control del cuerpo y de la palabra de los madrileños<sup>291</sup>.

La VOT contaba en su haber con la experiencia de su memoria histórica, lo que le permitió mostrarse cercana a una sociedad ordenada en torno a derechos de privilegio y honor y su pronto éxito habría que buscarlo en la oferta que ofreció al mundo seglar y una vida religiosa intensa sin necesidad de abandonar el mundo. De ese ofrecimiento podían participar desde el más humilde de los campesinos hasta los reyes.

Lope de Vega, hermano de la VOT, lo expresaba en 1613 con unos sencillos coloquios en honor de los terceros de San Francisco, una pequeña obra de devoción de apenas ocho páginas. Lope ponía en boca de San Luis, rey de Francia, hermano y protector

---

<sup>291</sup>El análisis de la documentación existente en el Archivo de la Venerable Orden Tercera nos ha dado a conocer el significado de imagen de grupo. De ahí la importancia que alcanzará el clero secular, en contacto directo con el pueblo, y la del obispo, que consolidará su jurisdicción temporal, apoyando la política confesional impregnada de matices religiosos, políticos y sociales puestos al servicio de los poderes temporales.

de la Tercera Orden de Penitencia las siguientes palabras<sup>292</sup>: “*En la religión sagrada de San Francisco concede el Papa Tercera Regla, no claustral ni penitente, ni he de salir de palacio, sino mudar solamente en pardo y sayal las galas, que es razón que se desprecien; y el alma queda la misma, y en ocasiones que suelen, se queda el mismo mi pecho que os adore y reverencie*”<sup>293</sup>.

El compromiso entre el universo religioso y el político se percibía en las manifestaciones públicas en las que Madrid era centro ceremonial por excelencia de la Monarquía Católica<sup>294</sup>. La fiesta, un elemento que integraba al individuo en la comunidad, pasaba a ser punto de convivencia y de sociabilidad. Las ocasiones de festejo eran muchas: efemérides religiosas o civiles, acontecimientos políticos, culturales o militares, cumpleaños de la familia real, partos de la reina, llegada de embajadores extranjeros, etc.<sup>295</sup>. La vista y el oído de los madrileños disfrutaban de juegos florales, de concursos de poesías y certámenes, de articuladas arquitecturas fijas o efímeras, de adornos, estandartes y emblemas, es decir, de todo aquello que mezclaba lo real y lo ilusorio, símbolo del gusto barroco<sup>296</sup>. El mensaje implícito que contenían esas celebraciones concernía al conjunto social y a todo aquél capaz de interpretarlo, porque la religión, la política y la cultura estaban al servicio del poder. Dice el profesor Alfredo Alvar Ezquerra: “(...) *se exportaba la grandeza de Madrid con las crónicas de Gil González Dávila y Jerónimo de Quintana, porque todo tenía un sentido y una intencionalidad*”<sup>297</sup>.

La VOT, como célula de penetración social, marcaba su estrategia con un ejercicio de presencia continua en la vida de los madrileños. Su actitud, a veces pasiva, haciendo gala de sus privilegios en el conjunto establecido, y otras como protagonista, pero siempre apoyándose en fórmulas en las que combinaba creencias e intereses, se adaptó a la demanda devocional y asistencial que requería la sociedad. Su éxito residió en lograr que la cohesión interna de la Institución envolviese de prestigio su labor.

---

<sup>293</sup> LOPE DE VEGA, F.: *Los terceros de San Francisco*, en Biblioteca virtual Cervantes, [www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com), p.14.

<sup>294</sup> CANDAU, M.<sup>a</sup> L.: *El clero rural de Sevilla en el siglo XVIII*, Sevilla, 1994, pp. 15-16. Escribe: “(...) en un amplio sentido la Iglesia era la sociedad; y su obra o su poder se dejaban ver o se intuían en los paisajes y en la vida “.

<sup>295</sup> DELEITO y PIÑUELA, J.: *La mala vida en tiempos de Felipe IV*, Madrid, 1942. pp. 42 y ss.

<sup>296</sup> LEÓN, A. de: *Noticias de Madrid* (1588-1625), BN, ms. 2395, fols. 12-15.

<sup>297</sup> ALVAR EZQUERRA, A.: «Corografía y exaltación de lo local en la época de Calderón», en *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, Madrid, 2001, p. 448.

Dentro de ese sistema cultural, en la Corte, lugar abierto y, paradójicamente, cerrado para el inmigrante, los forasteros trataban de recuperar puntos de referencia culturales que por distintas circunstancias se habían visto obligados a abandonar; era imprescindible para aquellos que deseaban avecindarse en la Villa, contar con una protección social y espiritual que les garantizase una identidad. La VOT era un referente esencial porque en ella se integraban factores culturales y redes de sociabilidad; era un espacio en el que se ejercitaba, bajo la vigilante mirada de la Iglesia y de la Monarquía, control de las acciones, obediencia y disciplina<sup>298</sup>.

Después de recibir las Constituciones redactadas por el general franciscano fray Arcángel de Mesina, en julio de 1609<sup>299</sup>, los terceros sin poner objeciones se entregaron a la tarea de redactar unos estatutos que deberían contar con la aprobación de la jerarquía franciscana<sup>300</sup>. Unos estatutos, que en pocos años, se quedarían cortos, al no poderse prever el desarrollo que alcanzaría la Orden Tercera madrileña por el continuo ingreso de hermanos, y por la singularidad que suponía su emplazamiento tan cercano a la Corte.

A partir de 1613 el Discretorio trató de que se le permitiese efectuar algunas correcciones en los ya entonces aprobados Estatutos, toda vez que parecía necesaria una revisión profunda como paso previo a una posterior modificación de algunos capítulos que deberían adaptarse a las nuevas circunstancias<sup>301</sup>. Se solicitaban ciertas dispensas concernientes a la admisión y expulsión de los hermanos, al gobierno interno de la Institución, a la elección de los cargos, al control de los asuntos económicos, a la aplicación de la disciplina, etc. Deseaban concretar aspectos que sólo interesaban a los terceros madrileños y no tenían por qué alterar la normativa general. Sin embargo, una cosa eran las necesidades de la VOT, y otra muy distinta el que la jerarquía franciscana reconociese y aceptase cambios que podían dar paso a individualismos y propiciar futuras peticiones de otras fraternidades, por lo que, aunque la VOT insistía en sus demandas,

---

<sup>298</sup>RUIZ RODRÍGUEZ, J. I., DELGADO PAVÓN, M.<sup>a</sup> D. y MUÑOZ ÁVILA, F.: «La Venerable Orden Tercera...», en op. cit.

<sup>299</sup>Apéndices, documento, 3. Estatutos de la Venerable Orden Tercera de Madrid, 28 de diciembre de 1609.

<sup>300</sup>VILLANUEVA y BUITRAGO, F.: *Instrucción de terceros*, cap. I. Trata del origen, antigüedad, Regla y privilegios de la Venerable Orden Tercera de Penitencia de nuestro seráfico padre San Francisco de Madrid. Libro manuscrito.

<sup>301</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fols. 8 y ss. El supervisar y aprobar las constituciones y los estatutos de las órdenes terceras era para las autoridades eclesiásticas la más segura garantía de intervención y control sobre sus miembros. Estaba en su mano matizar, censurar o imponer correcciones. El que las fraternidades modificasen las constituciones era prácticamente imposible, eran intocables, pues eran de carácter general para todas ellas. No pasaba lo mismo con los estatutos, redactados en consonancia con cada una de las fraternidades.

desde Toledo se demoraban las decisiones con la excusa de que las peticiones se hacían “de forma confusa”.

En la junta que celebró la VOT el 21 de abril de 1613, el licenciado Marcos de Barreda, ministro de la VOT, el visitador, fray Lope de Páez, y otros hermanos eclesiásticos y seculares, convinieron en que para evitar “futuras confusiones” las Constituciones y Estatutos de la VOT, así como todos los manuscritos e impresos que hablaban sobre la fundación de la Orden Tercera de Madrid se recopilasen y estuviesen dispuestos por si desde Toledo se requerían.

De nuevo se presentó en Toledo otra petición en 1614. La respuesta del vicario general fray Antonio de Trejo resultó desesperanzadora:

*«Los cambios solicitados son imposibles de hacer pues ofrecen tales inconvenientes que exigen que se reúna de nuevo la Junta de la VOT y ejercite una profunda revisión de lo redactado».*

Fray Antonio consideraba que no era momento oportuno para reformas, debían mantenerse las normas de obediencia que ayudasen a la reorganización social de la Monarquía Católica sin que se alterase el control que la Orden Tercera Seglar ejercía sobre sus hermanos; en esas circunstancias, unas nuevas disposiciones podían quebrar el orden<sup>302</sup>. Una vez más el proceso confesional se anteponía a los intereses particulares de las instituciones, aunque se tratase, como es el caso, de una orden religiosa-segla, sin sospechas de disidencia, y con escasas posibilidades de que se produjesen desórdenes.

Un soplo de esperanza pareció abrirse cuando Trejo, antes de terminar la misiva, animó a los hermanos a que se reuniesen de nuevo y preparasen otras peticiones “más prudentes”, pero con la condición de que en las asambleas estuviese siempre presente el visitador de la VOT, fray Francisco de Leganés. El vicario trataba de que las decisiones que tomasen los hermanos estuviesen controladas, y advertía que si no había acuerdo entre los pareceres de los discretos y del visitador, sería la jerarquía franciscana, en este caso el provincial, quien tomaría la resolución que pareciere más conveniente<sup>303</sup>.

Las reuniones tuvieron ocupados a los discretos varias semanas, en noviembre ya estaba listo el memorial que se envió a Toledo. Se reiteraba el deseo de gozar de mayor autonomía, huyendo en parte de la exhaustiva fiscalización del guardián del convento

---

<sup>302</sup>Ibíd., fol. 82r. No se explican los motivos por los que se toma esa decisión, simplemente se rechazan las peticiones.

<sup>303</sup>Ibíd., fol. 14.

franciscano y de la continua intromisión de las autoridades eclesiásticas. Reproducimos, sólo en parte, el escrito que se envió:

*«Que las personas calificadas de limpieza de linaje no den mas información de vida y costumbres; Que las informaciones para la admisión de ingreso en la Orden la haga un religioso o hermano de esta fraternidad; que la Orden pueda recibir rentas; Que no se tome la decisión de despojar a ningún hermano de la Venerable Orden Tercera de Madrid del habito, sin que esté presente el padre guardián o el visitador de la fraternidad; que a los hermanos que ingresen les examine de la doctrina y de la Regla y ordenaciones los calificadores de la Venerable Orden Tercera; que sean dos los que ejerzan el cargo de celadores en cada parroquia de la villa de Madrid; que sea el padre guardián quien firme las patentes de los que ingresan en la Orden, y en su ausencia lo haga el padre; que las informaciones se lleven a cabo por un religioso de la Orden Tercera y no por notarios y escribientes (en este punto hubo muchas disensiones); que las personas calificadas de limpieza de linaje no sufran informaciones de vida y costumbres; que a la Tercera Orden de Madrid se la permita recibir rentas; que las doncellas sean recibidas en la Orden con licencia de sus padres o tutores; que no se admitan votos de castidad, que quede bajo la conciencia de cada uno, etc.»<sup>304</sup>.*

Muchas de las peticiones se aprobaron, pero ninguna de las que afectaban al control que ejercía el guardián del convento sobre los terceros<sup>305</sup>.

Una dificultad con la que tropezaba la VOT radicaba en que el Discretorio no tenía libertad de actuación en las causas de indisciplina y desobediencia en que caían algunos hermanos. Las Constituciones decían que era el visitador el que debería estar alerta en: “(...) los negocios tocantes a la disciplina, celo en el cumplimiento religioso, vigilancia de las costumbres y control social”<sup>306</sup>, pero si estaba ausente y no regresaba en un tiempo, la falta quedaba sin castigo, lo que fomentaba la relajación del resto de los hermanos:

*«Desconsuelo en la Venerable Orden Tercera porque los hermanos no acuden a las obligaciones que tienen de los actos de la Orden Tercera y pesar de que los medios propuestos por el Discretorio no se cumplen, pues se dice que la ejecución de esos medios está en manos del padre visitador y que debe de ejecutarlos y que exhorte a que aquellos antiguos fervores que había en los ejercicios de la capilla y que de tan gran eficacia resultaban para la Corte y para la Monarquía y que son de tan gran bien a Dios Nuestro Señor, a la Orden y a las almas. Se le ha dicho al visitador y parece que así lo ha entendido y ha prometido poner todo su celo en ello»<sup>307</sup>.*

---

<sup>304</sup>Ibídem, fol. 37.

<sup>305</sup>Ibídem, fols. 34 y 34v., 35 y 35v. y 37.

<sup>306</sup>PRODI. P.: *Il Concilio de Trento e il Moderno*, Bolonia, 1995, p. 383.

<sup>307</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV de Acuerdos, fol. 559.

En páginas anteriores se ha visto como la función del visitador en la VOT era periódicamente ratificada por la jerarquía franciscana, principalmente, si se producía una sustitución de frailes en el cargo, en cuyo caso, se enviaban patentes desde Toledo que afianzaban su autoridad y tutela sobre la Fraternidad<sup>308</sup>. A pesar de que la labor de los visitadores se asocia a vigilar la observancia de la moral y de las buenas costumbres entre los hermanos de la VOT, un instrumento que suponía sometimiento y obediencia, llama nuestra atención comprobar que la VOT siempre mantuvo con ellos una relación más fluida y amistosa que la que existió con los guardianes del convento. Quizás porque el visitador, y así lo testimonian los documentos, se implicaba de manera directa en los problemas de la Fraternidad, buscaba soluciones, y el control que ejercía sobre la Orden lo asumían los hermanos de forma natural: Los guardianes del convento tenían una actitud diferente, pues según el parecer de los terceros asumían competencias que no eran de su incumbencia.

### ***1. 1. La primera capilla de la VOT: un espacio de fe y esperanza***

Por la confusión que muestran algunos de los libros de actas, y por la escasa bibliografía existente acerca de los comienzos de la Tercera Orden Seglar de Madrid, ha sido creencia general, incluso en la propia Fraternidad, que la primera capilla que construyó la VOT en la tercera década del Seiscientos desempeñó su labor de culto durante escasos años. Se pensaba que al poco de ser levantada, y sin que se conociesen las causas, se había derrumbado, y que a partir de ese momento y hasta que se construyó el Cristo de los Dolores, 1668, los terceros se habían servido de la iglesia del convento franciscano para celebrar los actos religiosos, igual que lo habían hecho durante los primeros años de su fundación<sup>309</sup>.

Tras un primer rastreo seguido de un pormenorizado análisis de las actas recogidas durante varios años, nuestra hipótesis fue otra, todos los datos confirmaban que la primitiva capilla fue lugar de culto durante más de un siglo; sin embargo, era necesario

---

<sup>308</sup> *Ibíd.*, C. 1, Lib. II, fol. 23. La Fraternidad nunca mostró animosidad hacia esos personajes, es más, se les acogía con respeto y corrección, y su relación se puede calificar de excelente.

<sup>309</sup> A partir de 1668, año en el que se inaugura la emblemática capilla del Cristo de los Dolores, por su mayor dimensión y estar independiente del convento, la Fraternidad celebró en ella sus actos principales. La capilla antigua quedó reservada para los responsos de los difuntos y para los actos de disciplina. La confusión que se mantuvo en la VOT durante años respecto al desconocimiento del destino de esa primera capilla partió del hecho de que en los libros se habla de “la capilla de la VOT” o “en la capilla de la Orden Tercera...” sin que se aclare de cual de las dos capillas se trata, lo que induce a error.

hallar documentos que confirmasen esa teoría. La posibilidad magnífica de seguir revisando libro a libro los acuerdos tomados en las juntas y la documentación y memorias halladas en los legajos nos proporcionaron los datos que con tanto interés buscábamos. El hallazgo de un documento manuscrito con fecha del 1 de diciembre de 1691 ponía fin a nuestras dudas:

*«En el convento de la Observancia de Nuestro Padre San Francisco, reunidos el Rvdo. Padre fray Alonso de Viedma, Predicador General, Definidor en esta Provincia y Guardián actual del convento, Juan Francisco Zorrilla, Predicador de Su Majestad, Lector jubilado, Teólogo de la Nunciatura de Su Santidad en estos Reinos, el Rvdo. Fray Damián Cornejo, Lector jubilado, Custodio que fue de este convento, Definidor de esta Santa Provincia de Castilla y de la junta de la Inmaculada Concepción y fray Lázaro de Gozti, Lector jubilado, Examinador sinodal de este Arzobispado, el señor marqués de Villanueva de la Sagra, Caballero de hábito de Santiago, Comendador de la Ribera del Azebuche, alcalde de la fortaleza de Estepona, del Consejo de Su Majestad, su secretario en el de Guerra, parte de Tierra y Ministro de la VOT, el licenciado Diego Pérez Santos, Arcipreste de Galisteo en el Obispado de Coria, Vicario y tesorero del culto Divino y memorias de la VOT, don Antonio de Medina y Ubilla, Caballero de la Orden de Santiago, y otros hermanos discretos, a todos reunidos en Junta el ministro de la Venerable Orden Tercera, les hizo saber que había sido acogida favorablemente por la Fraternidad la petición del convento de que se le permitiese celebrar los oficios litúrgicos en la capilla antigua de los terceros a causa de la ruina que amenazaba la iglesia de los religiosos en el convento de San Francisco»<sup>310</sup>.*

Sólo restaba conocer el momento en que terminó la actividad de culto en esa capilla. Lo supimos cuando encontramos un documento fechado en 1776. En ese año todavía seguía en ejercicio, aunque estaba reservada únicamente para celebrar en ella los actos dedicados a las almas de los hermanos terceros difuntos. Otra de nuestras hipótesis se afianzaba, la VOT no sólo se había esforzado por edificar esa capilla, sino que después de construir el Cristo de los Dolores, la había conservado.

¿Cuándo y cómo se edificó? Tres años después de constituirse la Fraternidad, en una junta celebrada el 28 de octubre de 1613, los hermanos discretos consideraron la necesidad de levantar una capilla propia, toda vez que los actos de culto y las asambleas los celebraban en una de las capillas de la iglesia del convento franciscano, lo que no

---

<sup>310</sup> Ibídem, leg. 403/19. El principal problema residía en que el archivo de la VOT estaba sin catalogar, motivo por el que gran parte de la documentación es desconocida para los investigadores. Con respecto a la capilla antigua y su cesión al convento franciscano, los terceros en un alarde de generosidad y para evitar incomodidades a los frailes, abrieron una puerta que daba acceso directo al convento, haciéndose cargo la VOT de los gastos. A pesar de la cesión temporal, los terceros siguieron celebrando en ese recinto los responsos de los hermanos difuntos así como los actos de disciplinamiento, por ser un lugar reservado de las miradas de los fieles.

dejaba de acarrear algunos inconvenientes. Se buscaba más independencia, y prescindir en la medida de lo posible de la constante presencia del guardián, siempre atento a que la VOT no vulnerasen los límites que se le habían impuesto.

Los terceros sabían que las fraternidades debían levantar sus capillas en terrenos cercanos a los conventos de los frailes menores, pero aún así, el tener capilla propia significaba libertad para convocar reuniones y actos sin depender del permiso de los frailes o de los patronos fundadores que las mantenían. Con capilla propia, los hermanos tendrían la seguridad, que no tenían en la ajena, de efectuar fiestas piadosas, ejercicios, comuniones, entierros..., podrían cumplir en las horas y fechas precisas con sus obligaciones de franciscanos seculares, e intimidad espiritual en las ceremonias religiosas y social en las reuniones y asambleas del Discretorio. En el plano espiritual, construir un edificio sagrado, levantado en honor y loa de Dios, significaba una ofrenda de amor a Cristo y a su Santa Madre.

Parecía llegado el momento de notificar el proyecto al resto de los hermanos. En medio del entusiasmo, uno de los discretos alzó su voz: era un proyecto prematuro, y la prudencia, por la inseguridad económica de la Orden, aconsejaba esperar al menos un año. Empezar en esos momentos la empresa requería disponer de terrenos, licencias y finanzas que no existían<sup>311</sup>. Pasado un año, se reunieron en el templo franciscano más de cuatrocientos hermanos, y entonces el ministro les hizo partícipes de la empresa que se quería acometer. La noticia fue recibida con satisfacción por parte de los presentes, y entre ellos se intercambiaron parabienes y los deseos de que se culminase con éxito.

Paso a paso la VOT intentaba afirmarse y fortalecerse como grupo religioso social, lo que a nuestro parecer no lograría hasta pasados varios años cuando la acción social y pública de la Fraternidad estuvo claramente definida y consolidada, y, sobre todo, cuando su gobierno fue asumido por grupos de poder, nobles y altos burócratas que se movían en un entorno socio político de elite.

El Discretorio comunicó la nueva al rey don Felipe III, hermano devoto de la Orden Tercera, al igual que su esposa doña Margarita de Austria. Los hermanos, que presentían las reticencias que a buen seguro pondrían los frailes al proyecto, por ser, según

---

<sup>311</sup>Ibíd., C. 1, Lib. I, fols. 37 y ss. En aquel entonces, los escasos medios con los que se contaba por vía de limosnas, se destinaban casi en su totalidad a las obras de caridad que llevaba a cabo la Institución: asistencia a los hermanos pobres enfermos, visitas a los encarcelados, limosnas a los más desfavorecidos, celebración de exequias, etc.



su parecer, innecesario y sin fundamento, buscaban que la intercesión del Monarca evitase parte de las objeciones de los religiosos y facilitase el que se les vendiese un terreno dentro del recinto del monasterio<sup>312</sup>.

En diciembre de 1614, gracias a la intervención real, el guardián fray Pedro de Leganés ofertó un espacio cercano a la huerta del convento, el lugar formaba cuerpo con sus muros. Era amplio, constaba de una sala grande y dos navecillas laterales que tiempo atrás habían sido celda del padre comisario general de las Indias<sup>313</sup>. Aunque lindaba con la capilla mayor de la iglesia franciscana, de momento no parecía que ofreciese inconvenientes; la VOT podía desligarse de la intromisión de los frailes abriendo una entrada independiente por la calle de San Buenaventura, que recientemente se había habilitado para uso público<sup>314</sup>.

Un mes después se hablaba de las condiciones de pago; un discreto, Jerónimo González, fue el encargado de llevar adelante las negociaciones. Como de costumbre, los frailes quisieron imponer sus criterios en el estilo de la construcción, y sin que se les pidiese opinión mostraban su desacuerdo sobre el lugar en el que se abriría la puerta de acceso al recinto, en el número de sus ventanales o en la colocación de los bancos. El guardián era partidario de que sólo se abriesen sus puertas los días de junta y fiesta señalada, y si se hacía en otras fechas, sería necesaria su licencia personal, incluso habló de restringir el acceso a la capilla a determinadas personas. Como es natural, la VOT no estaba dispuesta a ceder, y los problemas se sucedían uno tras otro<sup>315</sup>.

Aunque la actitud de los frailes irritaba a los hermanos, por encima de las discrepancias se buscaba un entendimiento que permitiese el comienzo de la obra. La capilla había sido un deseo largamente acariciado por la VOT, un afán muy íntimo que parecía inalcanzable, y que ahora, por fin, podía hacerse realidad<sup>316</sup>. Un poco de paciencia supondría desligarse de la imposición de parámetros establecidos por los frailes, sin quebrarse por ello la política reinante de sumisión a la jerarquía y al orden establecido.

---

<sup>312</sup>Ibíd., leg. 430/15.

<sup>313</sup>En la Orden franciscana, título dado a religiosos encargados de funciones de gobierno en América. Era un cargo de amplios poderes. También existía un comisario general para Tierra Santa.

<sup>314</sup>TORMO, E.: *Las antiguas iglesias de Madrid*, Valencia, 1985, p. 58. La calle de San Buenaventura se abrió a espaldas de las casas de Pedro Álvarez de Toledo, con el fin de comunicar la Morería con San Francisco.

<sup>315</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fols. 140 y ss.

<sup>316</sup>Ibíd., fols. 42 y ss. Con fecha del 15 de enero de 1615 constan los acuerdos entre terceros y frailes para que aquellos puedan edificar una capilla.

A pesar de los buenos propósitos los desacuerdos hicieron que la obra se postergara casi cuatro años, y ya a punto de firmarse las escrituras llegó el desencanto. El 30 de septiembre de 1618 fray Lope de Páez, a la sazón guardián del convento franciscano, comunicaba a los discretos que no se podía edificar en el lugar asignado, pues “(...)y la construcción alteraría en mucho la vida cotidiana de la comunidad religiosa lo que sería de harta incomodidad”<sup>317</sup>. El disgusto que se originó entre los hermanos supuso que se rechazase otro lugar ofrecido por el fraile.

Suspendidas las negociaciones, no se volvió a mencionar el asunto hasta enero de 1623, cuando otro ministro de la VOT, el licenciado Francisco Marcos, comunicaba a los discretos que los frailes estaban interesados en ofertarles un terreno junto al cementerio del convento, colindante a la capilla de los Lujanes. El tamaño era suficiente y contaba con una espaciosa bóveda. Se había tasado en 1.000 ducados. La propuesta parecía conveniente y el Discretorio, aunque con prevención, porque aún se recordaba la experiencia sufrida años atrás, recibió la noticia con ilusión y esperanza. Temiendo que los frailes se retractasen a última hora, aceleraron la firma de las escrituras<sup>318</sup>.

La escritura de transacción y concierto de la venta se otorgó el 23 de octubre de 1623, en el monasterio de San Francisco en presencia del guardián fray Pedro de Mesa, rodeado de un número considerable de frailes convocados a son de campana tañida, tal y como era la costumbre<sup>319</sup>. Los terceros, por seguridad y por solemnizar la compra y la futura construcción, solicitaron de Roma que el papa Urbano VIII reconociese a la VOT como la única propietaria del terreno<sup>320</sup>.

Al poco de dar comienzo la fábrica, fray Juan Torres notificaba a los hermanos por un oficio que había frailes que se mostraban disconformes con la obra. El religioso justificaba el rechazo alegando que, cuando la venta de terreno se sometió a la votación de la comunidad de frailes, algunos estaban ausentes; añadía que, siendo la iglesia conventual

---

<sup>317</sup>Ibíd., leg. 401/26. Documento en el que la VOT se compromete a levantar su capilla exactamente en el lugar que le ha sido asignado por el convento. Se firma ante el escribano Jerónimo Huerta.

<sup>318</sup>Ibíd., C. 1, Lib. 1, fol. 148 y leg. 403/35/38. Las escrituras de la obra se habían otorgado ante Jerónimo de Herrera, escribano de número de la Villa. Los maestros Gaspar Ordóñez, Miguel del Valle y Pedro Rodríguez Mayans se comprometían a construir la capilla por un coste no superior a 18.987 reales de vellón. Las continuas dilaciones que sufriría la construcción serían causa de que el coste se incrementase considerablemente.

<sup>319</sup>Ibíd., leg. sin numerar. Contiene un libro llamado de *Títulos de Pertenencias de Terrenos de las Capillas y de las Bóvedas de la Venerable Orden Tercera de Madrid*. En el libro figuran los nombres de veinticinco de los religiosos presentes en la firma de las escrituras y se añade que acudieron muchos más, lo que justifica el posterior enfado de los terceros cuando se quiso suspender la obra.

<sup>320</sup>Ibíd., leg. 430/15. El papa Urbano VIII confirma las escrituras de compra del terreno en donde la VOT levanta su capilla. 22 de febrero de 1624.

paso de acceso a la capilla de la VOT, el tránsito resultaría “*perjudicial y causa de grave trastorno para los frailes*”. Terminaba su escrito ordenando taxativamente que se suspendiese la obra, y ofrecía otro terreno.

Los terceros indignados por la informalidad y desconsideración de los frailes, convocaron junta extraordinaria. Todos coincidieron en sus votos en rechazar la petición del fraile por injustificada, no se había tenido en cuenta ni el considerable desembolso económico que se había hecho con la compra del terreno, ni el gasto en materiales y en el pago de los jornales del maestro de obras y de los oficiales. Todas esas razones se expusieron ante el guardián, de un modo tan firme y contundente que fray Juan, alarmado, entendió que esta vez los terceros no estaban dispuestos a ceder. Para atajar el problema el religioso les ofreció añadir al terreno últimamente ofertado una parte de la bóveda conventual, ésta a manera de regalo. Los terceros rechazaron cualquier negociación, si antes no se les entregaban 1.000 ducados, precio de la compra anterior, más el importe total de los gastos ocasionados hasta entonces.

Enfrentadas las dos posturas, las desavenencias se prolongaron durante largo tiempo, no sólo eran conflictos de forma sino también de fondo, a los que se unía la desconfianza de los frailes a causa del interés de los terceros en tener capilla. Es probable que la aceptación y el respeto con que se había acogido a la Orden Tercera entre los madrileños provocara el recelo del convento, y que la compra del terreno suscitase reacciones negativas en los religiosos, temiendo que su iglesia sufriese algún rechazo cuando estuviese en ejercicio la de la VOT o que se estableciesen competencias entre ambas.

La situación por anómala saltó a la calle y estuvo a punto de convertirse en escándalo público. La VOT, aunque muy disgustada por la trascendencia que suponía un altercado entre dos órdenes franciscanas, hijas de un mismo Fundador, creyó que por encima de ello estaba la defensa de su credibilidad y de su prestigio, puesto en entredicho por causa de los frailes en dos ocasiones ante los fieles. Siguiendo el parecer del visitador, y para no transgredir las normas, el ministro Francisco Marcos comunicó los hechos al padre provincial directamente<sup>321</sup>.

A la espera del veredicto se interrumpió la obra, pero al no llegar ninguna resolución, se decidió que, a pesar de la prohibición del convento, se prosiguiese con la

---

<sup>321</sup>Ibídem, C. 1, Lib. 1, fol. 99v.

construcción. Los frailes reaccionaron prestos y levantaron una pared de ladrillos que impedía el paso, pero la medida no fue respetada por los terceros que abatieron el muro y prosiguieron con los trabajos que se aceleraron, sospechando que la situación podía agravarse. Lo que se hizo realidad cuando las autoridades eclesiásticas ordenaron el embargo<sup>322</sup>.

Finalmente, en contra del empeinamiento de las dos posiciones, triunfó la labor de diplomacia que pusieron en marcha el provincial franciscano y el visitador, consiguiendo que los litigantes acercasen posturas, limasen asperezas y encontrasen una vía de entendimiento. El contencioso terminó cuando se firmó un acto de concordia, en el que la VOT se comprometía a levantar unas tapias que aislasen la capilla, del convento, a su vez los frailes prometieron no interferir en las obras<sup>323</sup>. No obstante, el conflicto causó un gran perjuicio a la VOT: primero, porque su credibilidad entre los fieles se tambaleó; y después, porque los maestros de obras, escudados en los enfrentamientos, no cumplieron con los plazos pactados.

Para uno de los hermanos, Vicencio Carducho, pintor de Cámara de Felipe IV, encargado de supervisar la marcha de la obra de la capilla, era causa de continuo desasosiego la inseguridad que suponía que su única fuente de financiación fuesen las limosnas de los devotos. Le acechaba el temor de que si disminuían, se paralizase<sup>324</sup>. Con esa incertidumbre, la obra continuó, pues si flaqueaban los fondos económicos, la VOT no dudaba en hacer un llamamiento a la generosidad de los hermanos, que en la medida de sus posibilidades entregaban donativos. Especial largueza mostraban los discretos, e incluso entre ellos, los hubo que voluntariamente se comprometieron a entregar de forma periódica una limosna para ese fin. Una promesa que después no siempre se cumplió, debido según nos dicen las actas, *“por la inseguridad de los tiempos que nada era*

---

<sup>322</sup>Ibídem, fol. 99v.

<sup>323</sup>Ibídem, fol. 222.

<sup>324</sup>Ibídem, fol. 98. Vicencio Carducho había nacido en Florencia en 1.578; devoto hermano de la Venerable Orden Tercera, puso gran interés la supervisión de la fábrica de la capilla antigua y en el acondicionamiento de la bóveda. Al poco de su ingreso en la Orden fue elegido discreto, cumpliendo siempre fielmente las misiones que se le encomendaban. En el curso de los años 1631 y 1632, en los que el patriarca de las Indias Alonso Pérez de Guzmán presidió la Orden Tercera, Carducho le asistió dignamente como coadjutor. En 1635, en agradecimiento por su infatigable labor y servicios prestados, la VOT le concedió el voto perpetuo, confirmado por el padre visitador fray. Lope Páez, un honor que sólo se concedía a los hermanos que habían sido ministros. Su hijo José y su sobrino Luis tomaron también el hábito de la Orden Tercera franciscana. En el año de 1638 moría Vicencio, dejando una obra muy abundante, parte de la cual se encuentra en el monasterio del Paular y en el museo del Prado.

*seguro*”; como suele ocurrir, una cosa era la buena voluntad y otra muy distinta la realidad<sup>325</sup>.

La decisión que tomó la VOT en 1626 de abrir dos puertas de acceso a la capilla, una para los hombres y otra para las mujeres, tuvo como resultado nuevas disensiones con los frailes<sup>326</sup>. Más grave si cabe fueron los apuros financieros por los que en esas fechas atravesó la Orden; para entonces la construcción de la capilla arrastraba una deuda de 1.500 reales porque *“las limosnas languidecían día a día”*. Obligado por las circunstancias el Discretorio apremió a los hermanos que habían recibido préstamos de la VOT, a que restituyesen lo prestado. De igual forma los que se habían obligado a satisfacer mensualmente una limosna debían ponerse al día en su entrega, si no lo hacían, se haría pública la deuda. Como es natural, la disposición causó malestar sobre todo cuando algunos vieron avergonzados que su nombre aparecía impreso en los papeles:

*«16 de agosto de 1624, se lleva a la Junta de Gobierno una petición del hermano, Juan Suárez de Canales, para que sea estudiada por el Discretorio, en la que suplica a la Orden que le remita la deuda de 100 reales que lleva acumulada y que por cédula se obligó a pagar en concepto de limosna».*

No siendo suficientes estas medidas y para salir del lance, la solución estuvo en nombrar dos comisiones de hermanos: una visitaría al Cardenal-Infante: *“(…) para que de alguna cosa y se le diga que es para la capilla y poder enterrar en ella a los hermanos pobres”*; la segunda, presidida por don Cristóbal Medina y Vega, se dirigiría al Consejo de Portugal para informarle que: *“La Venerable Orden Tercera franciscana dedicaría en su capilla uno de los altares a una santa portuguesa, hermana de la Tercera Orden Seglar de la Penitencia, Isabel de Portugal, por lo que se agradecería cualquier socorro que permitiese terminar la capilla”*<sup>327</sup>.

En 1628 la fábrica de la capilla quedó finalizada. Habían transcurrido más de diez años desde que los maestros de obras: Gaspar Ordóñez, Miguel del Valle y Pedro Rodríguez Mayáns firmaron las primeras escrituras<sup>328</sup>. Los últimos toques y su decoración

---

<sup>325</sup>Ibídem, fols. 101 y ss. Se vigilaba cuidadosamente el empleo que se daba a cada uno de los maravedíes, para no rebasar los presupuestos. Carducho, como encargado de la obra, y el hermano síndico, ordenaron *«que no se pagase ningún recibo de la capilla si no estaba firmado por el señor ministro, dos discretos y la toma de razón del contador»*.

<sup>326</sup>Ibídem, fols. 113 y 118v.

<sup>327</sup>Ibídem, fol. 136. Con el mismo fin se envió un memorial al obispo de Segovia, y lo mismo se hizo con otro ex ministro de la VOT, el licenciado don Pero López Campero. Este último nombró como heredera de sus bienes a la Fraternidad.

<sup>328</sup>Ibídem, leg. 403/35/38.

fueron obra de Vicencio Carducho, un trabajo que realizó primorosamente<sup>329</sup>. La VOT, siempre haciendo gala de su devoción por la Madre de Cristo, puso la capilla bajo la advocación de la Purísima Concepción<sup>330</sup> y bajo el patrocinio de Nuestra Señora de los Ángeles, cuya imagen se colocó en el altar mayor, trazado también por Carducho. Para el cuidado del altar y de la imagen nombró como camarera a la hermana Paula de Garibay, esposa del discreto don Agustín de Daza<sup>331</sup>. Hasta 1668 la capilla estuvo en pleno ejercicio, a partir de esa fecha la mayoría de los cultos se celebraban en la del Cristo de los Dolores, y la antigua quedó reservada para celebrar en ella los responsos por los hermanos fallecidos y los actos de disciplina corporal<sup>332</sup>.

En 1691, como la iglesia del convento franciscano se encontraba en pésimas condiciones y amenazaba ruina, los frailes pidieron a la VOT que les permitiesen usar la capilla antigua. Los terceros accedieron, pero se reservaron el derecho a seguir celebrando en ella los actos mencionados como llevaban haciendo durante años.<sup>333</sup> Desde entonces y hasta que se construyó la basílica de San Francisco el Grande, por las malas condiciones de la propia, esta pequeña capilla se convirtió en el lugar del culto de los religiosos<sup>334</sup>. A

---

<sup>329</sup>Ibíd., C. 1, Lib. I, fol. 169. Aunque los documentos confirman que en el pasado hubo planos, grabados y dibujos sobre la capilla, no ha sido posible encontrar ningún documento gráfico del edificio. Sin embargo, las referencias que se hacen en los libros de actas hablan de una construcción sencilla pero dotada de gran belleza.

<sup>330</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 433. La imagen de Nuestra Señora de los Ángeles, que durante muchos años presidió la capilla antigua, fue trasladada en 1670, después de ser construida la capilla en honor del Cristo de los Dolores, a la sala de juntas, conocida como “la Tribuna”, situada en la parte alta de la iglesia del Cristo.

<sup>331</sup>GARCÍA BARRIONUEVO, P., op. cit. p. 71. El que no aparezca en la Topografía de Teixeira ninguna referencia a la primera capilla de la VOT se explica por su situación dentro del recinto del monasterio franciscano, formando cuerpo con éste.

<sup>332</sup>Uno de los gastos cuaresmales era la compra de ramales, empleados en el flagelo de los hermanos.

<sup>333</sup>AVOTM, leg. 403/19. En este legajo se encuentra una copia del permiso que se entregó a los frailes para el uso de la capilla, con fecha del 1 de diciembre de 1691.

<sup>334</sup>A mediados del siglo XVIII, el general de la Orden franciscana fray Juan de Molina vio la necesidad de reconstruir el templo franciscano. Se aprobó la propuesta en 1760. Los planos se le encomendaron a Ventura Rodríguez, hermano de la Orden Tercera, pero su proyecto no agradó a los frailes. Fue un lego de la Orden, fray Francisco Cabezas, el que realizó las trazas que fueron aceptadas. En 1761 se interrumpió la fábrica por carecer de solidez los muros que debían sostener la cúpula. Aunque Villanueva presentó un proyecto, fue Antonio Plo y Comín quien continuó con las obras; en 1770 se cerraba la cúpula después de quitarle el tambor para evitar que ejerciese mayor presión sobre los muros. La cúpula, que mide 33 metros de diámetro, es mayor que la de los Inválidos en París y la del templo de San Pablo en Londres. En 1776, Sabatini, por orden de Carlos III, se encargó de realizar los planos del nuevo convento. Al derribarse el antiguo, desapareció la capilla antigua de la VOT. La obra, que tardó más de veinte años en concluirse, se inauguró el 8 de diciembre de 1784, festividad de la Inmaculada Concepción de María, asistiendo a su celebración el rey Carlos III acompañado por toda la Corte. En el siglo XIX el convento de San Francisco era grandioso, lo formaban diez patios, doscientas celdas, el noviciado, y la enfermería. Era el más importante de Madrid y en el se instaló la “Obra Pía de Jerusalén”, que controlaba los Santos Lugares, sufrió la expoliación de las tropas francesas y, posteriormente, tras la ley de desamortización y supresión de órdenes religiosas decretada por Mendizábal, se destinó a cuartel para el arma de Infantería. En 1869 pasó a convertirse en Panteón de Hombres Ilustres, trasladándose allí los restos mortales de Juan de Mena, Gonzalo Fernández de Córdoba (el Gran Capitán), Ambrosio de Morales, Lanuza, Quevedo, Calderón de la Barca, etc. En el año de 1874 ese

finales de 1776 la VOT recibió un memorial del arquitecto Francisco de Sabatini, comunicándoles que el rey don Carlos III, dado el lamentable estado en que se encontraba el convento, había aprobado los planes de su derribo con el propósito de levantar uno nuevo<sup>335</sup>. El derrumbe afectaba seriamente a la Fraternidad, ya que la capilla antigua, bóveda y oficinas formaban cuerpo con el convento. Si bien hubo que aceptar la decisión real, los terceros quisieron que se guardase en su archivo toda la documentación pertinente al hecho, para que constase que la decisión no había sido voluntad de la VOT<sup>336</sup>. También se guardaron las escrituras de la compra del terreno que confirmaban a la Orden como su propietaria<sup>337</sup>.

### ***1. 2. Un espacio de esperanza y caridad: la bóveda***

Cuando se concluyó la capilla, la VOT emprendió el acondicionamiento de la bóveda que al principio no fue grande, pues medía 61 pies de largo por 14 de ancho. El precio se había ajustado en 400 ducados, que se pagaron a los frailes en dos plazos: el primero, en septiembre, por la fiesta de San Miguel; y el segundo, en la Pascua de Navidad<sup>338</sup>. Esa compra que motivó honda satisfacción espiritual en la VOT, pues suponía contar con un lugar propio para enterrar a los hermanos pobres, fue también causa de beneficio económico por las demandas que hicieron otros hermanos de recibir sepultura en ese lugar a cambio de una limosna más o menos sustanciosa.<sup>339</sup> Esa última voluntad la manifestaban en vida mediante memoriales que enviaban a la Fraternidad, o después de su muerte<sup>340</sup> a través de los albaceas y testamentarios.

---

proyecto se abandonó y los distintos personajes volvieron a sus primitivas sepulturas. Existe en el templo franciscano una placa que la Orden Tercera dedicó a cuatro de sus hermanos más insignes: Miguel de Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca y Francisco de Quevedo.

<sup>335</sup>AVOTM, planos del terreno que ocupaba la capilla antigua de la Orden, bóveda y sepulturas; en ese lugar se construyeron nuevas bóvedas y tres piezas de las que se dio posesión a la VOT.

<sup>336</sup>Ibídem, leg. 533/15. Documentos del derribo del convento franciscano, y la capilla antigua de la VOT. El derribo no afectó a la capilla del Cristo de los Dolores construida entre 1662 y 1668.

<sup>337</sup>Ibídem, leg. sin numerar. *Títulos de la Pertenencia de los Terrenos...*

<sup>338</sup>Ibídem, C. 1, Lib. I, fol. 136. Escritura de venta de un pedazo de bóveda a favor de la VOT, 12 de abril de 1627.

<sup>339</sup>Ibídem, leg. 403/36. Dos escrituras otorgadas por la duquesa de Segorbe y Cardona ante el escribano Andrés de Caltañazor por el tiempo en que habrían de estar depositados los restos de su hijo y heredero, y de su marido, el duque, con fechas de 1670 y 1673. En ese último año los cuerpos fueron trasladados al monasterio de Poblet.

<sup>340</sup>Ibídem, C. 2, Lib. V, fol. 473. El deseo de la Junta fue que la bóveda siempre estuviese en las mejores condiciones; por ese motivo una persona se encargaba de su adecentamiento. En 1650 se levantó en el recinto un altar, y después de celebrarse actos litúrgicos en la capilla fue costumbre bajar a la bóveda y rezar un responso por los hermanos difuntos.

Por lo reducido del espacio y por las continuas peticiones de enterramiento, en 1638 la VOT realizó otra compra de terreno. Los frailes cedieron un trozo bajo la portería del convento. Ese tipo de compra se repitió en años sucesivos a medida que el número de hermanos crecía<sup>341</sup>. Tras firmarse las escrituras, los hermanos tabicaron la nueva propiedad, cerraron los antiguos pasadizos que la comunicaban con el convento y abrieron una puerta que llevaba a la bóveda principal situada debajo del altar de la capilla de la VOT<sup>342</sup>. El convento, viendo que en la VOT tenía una seria competencia en los enterramientos de fieles, sólo aceptaba vender algún terreno cuando los terceros justificaban la demanda con papeles de peticiones de hermanos pobres y, sobre todo, si los religiosos necesitaban una inyección económica en sus casi siempre maltrechos fondos financieros. Lo cierto es que las demandas de entierro en la VOT eran tan frecuentes que el sepulturero de la Orden, Jerónimo Félix, pedía con frecuencia: *“un carro de cal para echarlo en las sepulturas que hay debajo de la capilla que otra vez se están llenando”*<sup>343</sup>.

Quiso el Discretorio estimular la fe y la devoción de los hermanos colocando en la bóveda las estaciones del Vía Crucis, recuerdo del camino de Cristo hacia el Calvario, y una forma de que los terceros recibiesen las indulgencias que la Iglesia concedía a ese rezo<sup>344</sup>. Sin embargo, el visitador opuso reparos por los inconvenientes que se podían presentar:

*«(...) y primero es la falta de espacio, pues para ganar en tan breve sitio las indulgencias que se conceden a ese rezo, sería necesario solicitar de Roma un buleto con la necesaria dispensa, y si esto se consigue, por lo retirado y oculto del lugar al concurrir en la estancia hombres y mujeres en un espacio tan*

<sup>341</sup>Ibídem, leg. 282/9. El 3 de diciembre de 1638 la VOT compró un trozo de bóveda por 90 ducados y repitió la compra en 1651. En 1662 la bóveda se amplió de nuevo, gracias a una donación del convento, y en 1679 se completó con 25 varas más.

C. 2, L IV, fol. 474. Se suscitó un problema con los frailes del convento franciscano cuando los terceros abrieron unas pequeñas ventanas en la cripta para que corriese el aire, por ser lugar de mucha humedad; los terceros se mantuvieron firmes y no las cerraron a pesar de las presiones de los frailes, alegando que en las cláusulas de la escritura se decía que la venta se había hecho “en amplía forma”.

<sup>342</sup>Ibídem, C.2, Lib. IV, fol. 119v. Cuando en 1662 se construyó la capilla del Cristo de los Dolores, por la necesidad que tenía la VOT de espacio para los enterramientos, quiso que tuviese bóveda, en contra del parecer del guardián del convento. Finalmente, se autorizó su construcción ajustando el precio en 20.000 reales, aunque no se les permitió que fuese usada como tal hasta el siglo XVIII.

<sup>343</sup>Ibídem, C. 1, Lib. III, fol. 22. De nuevo se repiten las compras de pequeños trozos de terreno para ampliar la bóveda. Constan en las actas las referencias a los ajustes de cuentas con los maestros de obras, los salarios de los operarios, el coste de sacar la tierra, el de los materiales, etc.

<sup>344</sup>SANZ-PASTOR MUÑOZ, C.: *Esencias litúrgicas*, Madrid, 1949, p. 311. El origen de esta devoción proviene de los primitivos cristianos que veneraban el camino que Cristo hizo con la Cruz a cuestas. En Occidente, y particularmente en España, desde el siglo V se tomó la costumbre de viajar hasta los Santos Lugares. El ejercicio del Vía Crucis no comenzó a observarse hasta el siglo XV, sin que todavía tuviese un número determinado de estaciones. Fueron los franciscanos quienes en el siglo XVIII las fijaron en catorce y así ha prevalecido desde entonces.



*reducido y oculto, se podrían ocasionar serios inconvenientes y dar lugar a algunas indecencias dignas de reparo»<sup>345</sup>.*

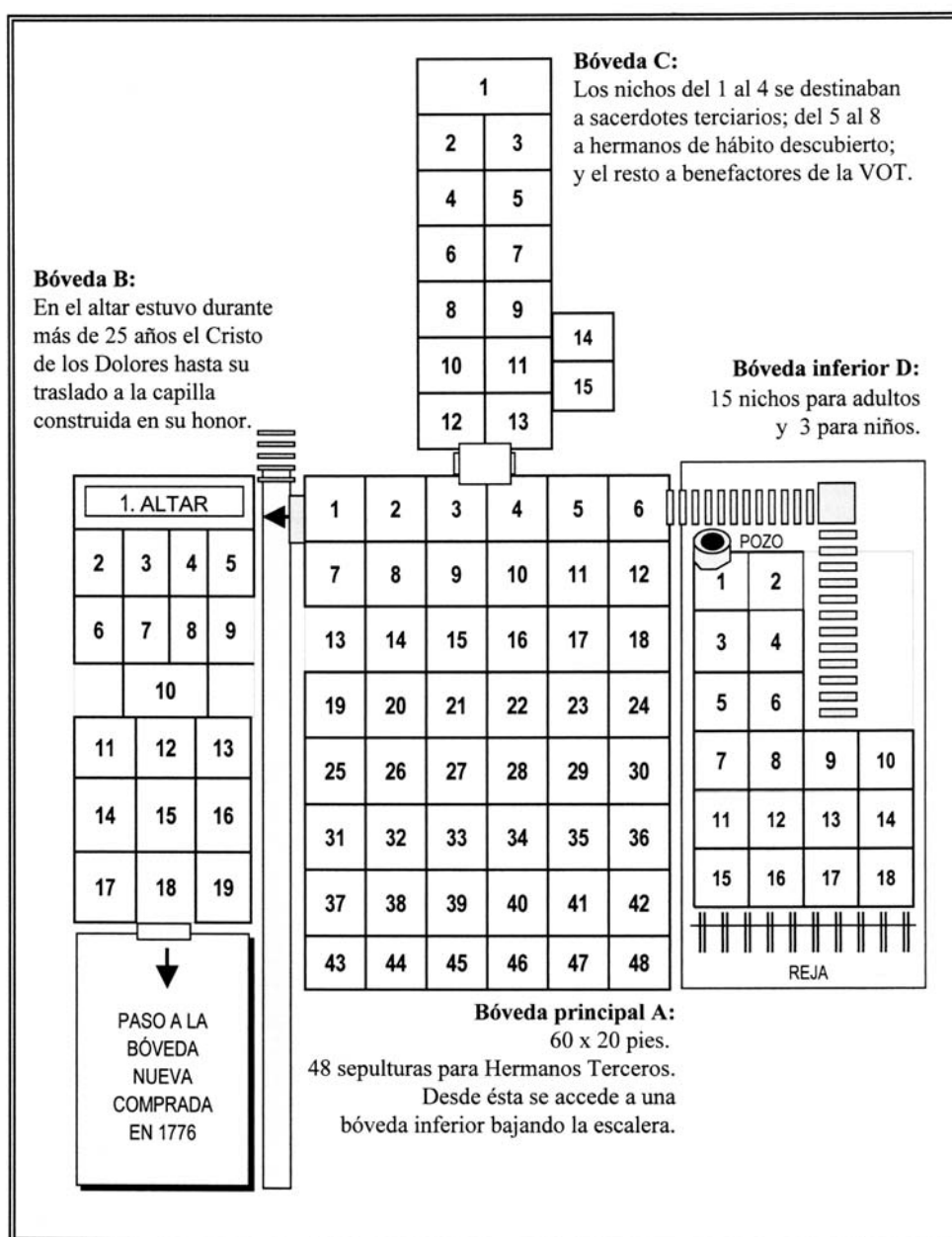
La bóveda se consideró por parte de la VOT como lugar de mortificación, ayuno y sufrimiento corporal; mortificación de la carne y del espíritu, que de acuerdo con la tradición religiosa, era la forma de contener las tentaciones del cuerpo y las flaquezas del ánimo, y ayuda imprescindible para lograr la perfección y el perdón de los pecados. La penitencia corporal conmemoraba los últimos momentos de la vida de Cristo antes de su pasión y muerte, era lo que se conocía como *disciplina del flagelo*, que se practicaban regularmente durante todo el año y en especial durante la Semana Santa. En la bóveda los hermanos en comunidad despojaban su espíritu de ataduras terrenas. San Francisco había inculcado a sus hermanos la negación de sí mismos y la moderación en sus costumbres, la humildad que les hacía aceptar la corrección y la caridad fraterna siempre unida a la obediencia, la primera y mayor de las virtudes, y el más poderoso corrector de las pasiones.

Algunos terceros eclesiásticos quisieron que la bóveda fuese declarada como clausura, y se cerrase con rejas, pero el general franciscano fray Luis de Barahona no creyó conveniente esa medida, aunque se mostró partidario de que se limitase la entrada. Amparándose en esa disposición, los discretos decidieron que sólo se permitiese el acceso a los varones, pero la exclusión de las mujeres suscitó las protestas de las hermanas. El visitador justificó la postura indicando que *“no era lugar adecuado para que entrasen mujeres por los muchos inconvenientes que podrían acarrear”*. Agitadas y descontentas, las hermanas siguieron con sus protestas, y en 1643 consiguieron que se les permitiese la entrada en determinadas fechas: conmemoraciones de difuntos, octava de San Francisco, día de la Porciúncula, etc.<sup>346</sup>. El permiso se obtuvo después de que llegasen las protestas a Roma.

---

<sup>345</sup> AVOTM, C. 2, Lib. IV, fols. 478 y 478v.

<sup>346</sup> Los análisis históricos de sociología religiosa femenina no prestaron excesivo interés al comportamiento y los sentimientos religiosos femeninos en un primer momento. El estudio de las complejas relaciones entre mujeres y religiosidad se centró en modelos y códigos de conducta religiosa propuestos a las mujeres desde el confesionario, el púlpito, la literatura o las imágenes. Sin embargo, cuando se profundiza en el tema se confirma que las actitudes femeninas ante la religión fueron variadas. Como indica Ángela Muñoz, van desde la asimilación que en apariencia no cuestiona nada, el conformismo y la rebeldía, a la búsqueda de formas alternativas de religiosidad. MUÑOZ FERNÁNDEZ, A. y GRAÑA CID, M.ª DEL M.: *Religiosidad femenina: expectativas y realidades (ss. VIII-XVIII)*, Asociación Cultural Al-Mudayna, Madrid, 1991, pp.7-10.



Legajo 286/6: el número total de nichos ascendían a 100. Como en cada uno de ellos se enterraban a tres hermanos, suponían un total de 300 sepulturas. En 1632, aprovechando huecos perdidos, se incrementó el número a casi 400 al ser habilitados otros 31 nichos. Por otra parte, en la bóveda inferior existía un espacio destinado a osario donde periódicamente se calcinaban los huesos.

CROQUIS DE LAS BÓVEDAS DE LA CAPILLA DE VOT. Elaborado por M<sup>a</sup> Dolores Delgado Pavón.

Aún así, el Discretorio recibió la noticia con reservas, pues a su parecer sólo acarrearía inconvenientes la entrada de mujeres en la bóveda. Se dictaron normas de comportamiento sobre la decencia y recato que se debía guardar en ese lugar, y para más

seguridad y evitar situaciones molestas y comprometidas, dispusieron que en la bóveda, que hasta entonces había permanecido en total penumbra, se colocasen varias tinajas con aceite, para que al arder, sus flamas iluminasen el lugar. Sin embargo, y al decir de algunos hermanos, no por ello desaparecía el aspecto lúgubre del lugar<sup>347</sup>

En 1784, tras inaugurarse el nuevo convento y la basílica franciscana, se le adjudicó a la VOT, en propiedad, dos sepulturas fijas y un espacio importante dentro de lo que era la bóveda del convento, como compensación por el derribo de su antigua capilla; la cesión la certificó Rodrigo González de Castro, escribiente de la Obra Pía de los Santos Lugares de Jerusalén<sup>348</sup>

### ***1. 3. Otros medios confesionalizados***

Finalizado el Concilio tridentino, fue necesario para la estrategia católica devolver la fe a los cristianos descarriados, y reafirmar la espiritualidad de los leales a Roma. La tibieza religiosa se evidenciaba en una piedad eucarística muy debilitada, siendo muchos los que sólo acudían a los templos en las grandes celebraciones litúrgicas. Frente a los ataques protestantes, el Papado quiso revalorizar fórmulas de piedad colectiva, especialmente la pastoral y la predicación, haciéndolas más efectivas y controladas por el clero<sup>349</sup>.

Los monarcas hispanos, con su apoyo y defensa a la Religión Católica, y en lucha constante en contra de la herejía y del cisma, identificaron Poder e Iglesia en aras de la política confesional, lo que supuso una reglamentación de las actitudes de los súbditos que culminó en un cambio social dentro de una conjunción de fenómenos políticos, religiosos, sociales y culturales<sup>350</sup>. En esa época era fundamental para el cristiano y católico la dimensión de su comunidad, ya que el concepto personal de la fe le era desconocido; la religión estaba tan íntimamente ligada a la vida de la comunidad, que llegaba a ser más social que sacramental.

---

<sup>347</sup>AVOTM, C. 1, Lib. II, fol. 44. El 26 de mayo de 1643, siendo ministro de la Orden Tercera el duque de Peñaranda y conde de Miranda don Baltasar de Bracamonte, se autorizó a que las mujeres hermanas de la VOT bajasen a la bóveda en días señalados.

<sup>348</sup>Ibídem, leg. 4/5/9. Escrituras de la compra de la capilla antigua y de la cesión de parte de la bóveda.

<sup>349</sup>LEÓN NAVARRO, V.: «La predicación como fuente de comunicación, sus posibilidades y sus límites», en *Revista de Historia Moderna*, Alicante, 2003, p. 239.

<sup>350</sup>PALOMO, F., op. cit., p. 120.

La Iglesia, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu Santo y Pueblo de Dios, había puesto en marcha un plan de divulgación evangelizadora y conversión, que implicaba nuevos códigos de conducta: primero, en el seno de la familia, transformando estructuras educativas y culturales, en las que la figura del “pater” era esencial<sup>351</sup>; después, en la parroquia, en donde, como señala Adriano Prosperi, el clero tenía una función educadora muy por encima de la del maestro de las primeras letras<sup>352</sup>. El catecismo, lectura obligada, pasaba a ser expresión de la conciencia colectiva<sup>353</sup>.

La evangelización debía vivirse como una acción permanente de adoctrinamiento y exhortación, los fieles habían de organizar su vida en función de las promesas bautismales, educándose en el temor al castigo del infierno, y ajustando su tránsito terrenal a la moral cristiana<sup>354</sup>. La predicación se convertía en elemento prioritario de la relación Iglesia-Sociedad, y el predicador, en portavoz religioso e instrumento de dominio ideológico y social, por la fuerza que podía alcanzar el discurso, y porque desde el púlpito se modelaban conciencias<sup>355</sup>. En la política de renovación católica, como gusta decir al profesor Paolo Prodi, con la inestimable ayuda de predicadores y párrocos, el control social que la Iglesia ejerció en las parroquias, fiscalizando la vida religiosa de los feligreses, contribuyó a la detección de la herejía<sup>356</sup>.

En las festividades, con la obligada asistencia de los fieles al sacrificio de la misa, manifestaban públicamente su adhesión a la Iglesia Romana. El sermón rompía con la individualidad de los congregados, la palabra era el medio ideal de acercamiento a los

---

<sup>351</sup>GALLEGO, J. A.: *Historia de la Iglesia en España y el mundo Hispánico*, Murcia 2001, p. 56. La Iglesia es Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo, y si cada uno de los cristianos es Iglesia, todos son partícipes del Cuerpo de Cristo y son Templo del Espíritu Santo.

<sup>352</sup>PROSPERI, A.: «Educare gli educatori: il prete com professione intellettuale nell'Italia tridentina», en *Problèmes d'histoire de l'éducation*. Actes des séminaires de l'Ecole Française de Rome et de l'Università di Roma-La Sapienza, 1985. pp. 123-140.

<sup>353</sup>ALCALÁ ZAMORA, J. y BELENGUER, E. (cords): *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, Madrid 2001, p. 361.

<sup>354</sup>El tema fue objeto de estudio el 17 de junio de 1546, en la sesión quinta del Concilio de Trento. Se debatió que “los pastores eran los encargados de formar a los fieles de forma clara y concisa para que lograsen la salvación eterna”.

<sup>355</sup>LEÓN NAVARRO, V., op. cit. p. 240.

<sup>356</sup>Hubert Jedin sustituyó el término de Contrarreforma, beligerante y dogmático, por el de Reforma católica. Desde España se intentó demostrar que existió una reforma previa a la protestante centrada en la obra de Cisneros (*Biblia Políglota*), en las grandes obras espirituales como el *Abecedario* de Francisco de Osuna, y en las reformas religiosas de algunas órdenes, muy especialmente por los franciscanos. De hecho, hoy se habla de que hubo más de una reforma. Prodi se inclina, a diferencia de algunos autores que las nombran como Reforma protestante y Reforma católica, por denominarlas Reforma protestante y renovación católica. PRODI, P.: *Disciplina dell'anima, disciplina del corp e disciplina de la società tra medioevo ed età moderna*, Bolonia, 1993.

fieles<sup>357</sup>, que se completaba con el ofertorio, y la confesión colectiva de la culpa por haber pecado y el firme propósito de no volver a hacerlo, que comenzaba con la primera parte del “*Confiteor*”.

La Iglesia advertía que, en caso de culpa grave, sólo la confesión oral e individual y el cumplimiento de la penitencia que impusiera el confesor limpiaba el alma<sup>358</sup>, por tanto, también la confesión se convertía en método de control de la población, porque el sacerdote o el religioso establecía contacto directo, personal, regular y, sobre todo, obligatorio con los feligreses<sup>359</sup>. La confesión y el confesor pasaban a ser instrumentos de persuasión que inclinaban las conciencias hacía un modelo de comportamiento uniforme, válido para los intereses religiosos y políticos, necesarios en un buen gobierno<sup>360</sup>.

Por ese motivo, desde la Iglesia se insistía en que los predicadores, agentes de la divulgación de la doctrina, debían de gozar de intachable moral, ser eficaces, conocer el latín y ser excelentes comunicadores<sup>361</sup>. Los feligreses, en su mayoría, ignoraban el significado de fe y doctrina, pero hasta pasado 1620 no se tuvo presente la importancia de la catequización e instrucción católica como medio de modelación y control cristiano, erradicar desarreglos, corregir desviaciones y fijar criterios<sup>362</sup>. En definitiva, se trataba de ejercer un control sobre los católicos que llegase, incluso, a fórmulas disciplinarias<sup>363</sup>.

---

<sup>357</sup>En 1610 San Francisco de Sales escribía a uno de sus penitentes: “*en misa, os aconsejo que recéis el rosario antes de cualquier oración vocal*”. Además, enumeraba las oraciones recomendadas en el acto: oraciones vocales, rosario, letanías, los siete salmos, las horas de la Cruz, del Espíritu Santo o de la Virgen. En la segunda mitad del XVII existió una evolución por influjo de autores espirituales, sacerdotes oratorianos que estuvieron de acuerdo en no considerar la misa como ejercicio de devoción individual, sino como acto esencial del culto católico en el que debían participar todos los asistentes

<sup>358</sup>La confesión se cimentó sobre el principio de la persuasión, preferente a la visión del dominio sancionador sobre la conciencia. CONTRERAS, J.: «Procesos...», en *Revista de Hist...*, pp. 4-7

<sup>359</sup>La confesión anual obligada debía hacerse durante la Cuaresma o en las semanas posteriores a la Pascua de Resurrección. Los catecismos que circulan en el siglo XVII insisten en la bondad del examen de conciencia, paso primero para recibir el sacramento de la penitencia. A los fieles les resultaba difícil aceptar esa práctica, pues a la vergüenza de confesar las culpas, se unía la desconfianza de que no se respetase el secreto. Véase: «Las reformas devocionales comunitarias», en *Historia de la vida privada del Renacimiento a la Ilustración*. Madrid, 1989, p. 76

<sup>360</sup>PROSPERI, A.: *El Tribunal de la conciencia...*, pp. 211-248. Según Prosperi, era necesario “*saber para gobernar*”, de ahí la importancia que cobraba la figura del confesor.

<sup>361</sup>HERRERO SALGADO, F.: *La oratoria sagrada española de los siglos XVI-XVII*, Madrid, 1998, p. 237. En el siglo XVII se emprendió una lucha por parte de los tratadistas de retórica sacra más conservadores en contra del nuevo estilo de predicación barroca. Fray Andrés de Valdecebro, autor del *Orador católico atento y advertido*, Madrid, 1655, declaraba que aunque «(...) el discurso debía estar adornado o aliñado, era inaceptable [...] la oscuridad de las palabras, del lenguaje afectado de la ostentación de hinchazones vanas e inútiles, de sentencias, fábulas y versos de gentiles y del decir gracias groseras».

<sup>362</sup>CANAU CHACÓN, M.<sup>a</sup> L.: *Instrumentos de modelación y control*, Diputación Provincial de Sevilla, 1986, p. 165.

<sup>363</sup>PRODI, P., *Disciplina dell'anima...*, p. 194.

### ***a) Predicación y misión***

La misión que Cristo había encomendado a sus Apóstoles se podía resumir en unas sencillas palabras “*Id y predicad*”, un mensaje que en el siglo XIII, San Francisco tomó para sí haciendo de la predicación uno de sus más queridos objetivos. Fue tal su fe en esa misión que antes de morir rogó a sus “*fratres*” que no les flaquease el ánimo en la predicación. Se hacía necesario que desapareciesen las barreras entre la palabra de Dios y el contacto de los fieles con la Sagrada Escritura, verdadero fermento espiritual del pueblo cristiano

El poder que fluía desde el púlpito era tan grande que el discurso, de forma velada, podía convertirse en crítica política o social, o constituirse en instrumento de programas políticos dictados desde la Monarquía o desde las altas esferas eclesiásticas<sup>364</sup>. A tenor de lo que decimos, baste recordar que en enero de 1640, el presidente del Consejo de Castilla reunió a los superiores de las principales órdenes religiosas, advirtiéndoles que los predicadores de su obediencia, en los sermones de la Cuaresma, templasen sus palabras, no ofendiendo las materias de gobierno, pues hacerlo sería causa de desconsuelo en el pueblo. El motivo de esa recomendación residía en la mala acogida social que había tenido la implantación de un impuesto mensual que deberían pagar las familias castellanas durante un periodo de cuatro años<sup>365</sup>.

La parroquia se constituía en fuente preciosa de información, porque los registros proporcionaban las listas de bautismos, sacramentados, defunciones y disidencias<sup>366</sup>. A los párrocos, pastores de almas y directos colaboradores del obispo, se les impuso obligaciones específicas tales como residir en la parroquia, ejercer su ministerio como curadores de almas, dedicarse plenamente a su feligresía, etc. Todas ellas, medidas necesarias para controlar a los feligreses y denunciar los defectos y desvíos de la fe<sup>367</sup>. Siguiendo el espíritu marcado por Trento, en ocasiones podía ser el mismo obispo, delegado de la Sede Apostólica, el encargado de la predicación pastoral, ya que era ante

---

<sup>364</sup>Ibíd., p. 550.

<sup>365</sup>DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Política y Hacienda de Felipe IV*, Madrid, 1983.

<sup>366</sup>PROSPERI, A.: *El Tribunal de la...*, pp. 182 y 290-331. Prosperi considera que las listas elaboradas por los párrocos permitían que la jerarquía eclesiástica y la comunidad controlasen el cumplimiento de los parroquianos durante el periodo de la Cuaresma.

<sup>367</sup>En palabras de García Oro se trataba de una sociedad dominada por la religiosidad. El feligrés postridentino era el cristiano que cumplía con las normas establecidas en el Concilio: bautizado; cumplidor del precepto de la confesión y comunión anual; oidor de los sermones; devoto del Santísimo Sacramento; caritativo... *Historia de la Iglesia...*, p. 14.

todo párroco de párrocos y responsable de la salvación de las almas en su diócesis, de la misma forma que el Rey lo era de los súbditos de su reino<sup>368</sup>.

Desde Roma se insistió en no descuidar la grey, eliminar la diversidad y fijar el dogma, porque dogma y moral, culto y costumbres, conformaban los caminos de modelación exterior, y sólo la vigilancia supondría el éxito<sup>369</sup>. Con ese espíritu, al acercarse Adviento, Cuaresma, fiestas de Navidad y Resurrección, días de honda devoción, si la acción pastoral del párroco se juzgaba insuficiente, se reforzaba su labor con la predicación misional. Desde distintos puntos geográficos de la Península llegaban religiosos acompañados de fama de elocuentes, de mover las conciencias y de avivar la fe de los fieles<sup>370</sup>. Los devotos que acudían masivamente a la convocatoria misional buscaban en los templos los mejores puestos para la vista y el oído, y el acto religioso se convertía en acontecimiento social y lugar de encuentro<sup>371</sup>.

El misionero debía adecuar su mensaje a los contextos particulares de los oyentes y del lugar, con el fin de cumplir los objetivos de cristianización marcados, moviéndose en unos parámetros en los que se daban cita la propaganda religiosa y la transmisión de modelos políticos y sociales<sup>372</sup>. Como su tarea consistía en adoctrinar, edificar y motivar el fervor de los fieles, podía amonestar, banalizar la vida terrena o atemorizar a los presentes, recordándoles la proximidad de la muerte y su deber como cristianos de prepararse para bien morir. Para mantener su atención buscaba palabras que motivasen sorpresa, o recurría a recursos metafóricos<sup>373</sup>. A pesar de la desazón que podían causar las

---

<sup>368</sup>AGUIRRE, J., op. cit., pp. 200-203. Trento estableció que las diócesis tuviesen delimitadas sus jurisdicciones, para que unas no usurpasen las atribuciones de las otras, por lo que supondría de destrucción para el orden eclesiástico y la unidad católica. De ahí, la libertad del obispo para hacer en su diócesis lo que a su parecer considerase oportuno, sin que sus decisiones afectasen a la Iglesia Universal.

<sup>369</sup>Ibídem, p. 205. Concilio de Trento, sesión 25, capítulo primero de Reforma. El prelado no lo era para su propia utilidad sino para el cuidado de la Iglesia y para la mayor gloria de Dios.

<sup>370</sup>VILLARI, R.: «La predicación», en *El hombre del Barroco*, Madrid, 1992, p. 163 y ss. Había predicadores itinerantes que ofrecían sus pláticas tanto en ciudades como en aldeas. La muchedumbre les escuchaban con devoción, y era tal la afluencia de público que, por falta de espacio, los sermones que comenzaban en catedrales o parroquias terminaban en las plazas públicas por la incapacidad de que los templos albergasen a tantos fieles. En 1677 Carlos II redujo el número de predicadores reales de cada orden a tres religiosos.

<sup>371</sup>GARCÍA VILLOSLADA, R. y LLORCA, B., op. cit., p. 526. La Reforma católica puso énfasis en la labor misional de los predicadores, instrumento pastoral que tuvo antecedentes en la enseñanza de la doctrina que de forma itinerante llevaron a cabo las órdenes mendicantes

<sup>372</sup>PROSPERI, A.: «L'Europa cristiana e il mondo: alle origini dell'idea di missione», en *Dimensioni e problema della ricerca storica*, Roma, Bari, Laterza, 1992, pp. 189-220.

<sup>373</sup>El dominico Francisco de Vitoria, en los años veinte del Quinientos, en un pequeño texto estableció los criterios para el buen predicador. Sus observaciones fueron: «*El predicador grandemente debe procurar que tenga buena gracia, la cual consiste en la pronunciación y gestos y meneos, altos y bajos de la voz y de las manos, que el latino llama acción. Y para acertar en esto, guárdese mucho que ninguna cosa destas sea falsa, forzada y postiza, ni hecha aposta; porque no hay cosa que más estrague la buena gracia y eficacia*».

pláticas, la Iglesia las fomentaba con la certeza de que el temor al infierno ayudaría a ajustar la vida de los fieles a los principios evangélicos y a la doctrina que se quería imponer<sup>374</sup>.

Si el predicador era experto, estructuraba el sermón en cuatro fases: exordio, narración, confirmación y epílogo. En el primer tramo se precisaba la circunstancia del sermón, en esa fase, Codorniu insiste en “*que no se cansen de valde algunos predicadores en crespar el estilo, porque ha de ser liso y llano*”<sup>375</sup>. La narración daba paso al cuerpo del discurso, una frase repetida reiteradamente era el hilo conductor, y daba unidad al conjunto hasta llegar a la confirmación. En el epílogo o conclusión se recapitulaba lo expuesto y se terminaba con el ritual latino: “*Quam nos qui vivit et regnat in saecula saeculorum. Amen*”. En el caso contrario, los malos predicadores cubrían su deficiencia oratoria con los sermonarios, especie de manuales que ofrecían sermones para distintos auditorios, y que, en general, presentaban un estilo efectista y teatral, de exagerada y vacía retórica, acompañándose de lenguaje gestual, a veces, con violentos movimientos de cabeza y brazos, que quitaban eficiencia al sermón<sup>376</sup>.

La misión, que según las palabras de Louis Marie Grignon de Monfort “*renovaba el espíritu cristiano entre los cristianos*”, comenzaba con un acto de contrición nocturno,

---

*de los sermones que la falsa y fingida acción, como vemos por experiencia en algunos predicadores deste tiempo que por miedo de no ser oídos por los desgraciados, comienzan a predicar a grandes voces con un fervor simulado de fuera sin tenerle dentro, y así lo hacen en todo el sermón, gritando de rato en rato, ahora venga a propósito, hora no. Ha de trabajar el predicador en que el fervor, acción y encarecimiento que mostrase de fuera lo tenga de dentro en el ánimo, y le salga de ella, de suerte que agora sea poca, agora mucha, esta que fuere sea verdadera y natural. Y para conseguir esto, el cuidado que lleva de hacer muchos gestos, póngala en buscar sentencias escogidas y delicadas, y después que las tuviere trabaje de entedellas bien, así que forme conceptos distintos y claros y limpios; y así formados busque palabras para significar y echar fuera los conceptos que tiene en el alma, y pierda cuidado de dar voces y hacer gestos, porque cuando dixere alguna cosa grande, si la siente, ella le alterará, y sin otra cosa en su mano ni mirar en ello le hará alzar la voz y hacer gestos y meneos conformes con la pasión que entonces le ocurriere.* VITORIA, F. de: *Preceptos de que se debe de ayudar el buen predicador*. Texto inédito, <http://www.dominicos.org/textosdo/2vitoria.htm>

<sup>374</sup>REYERO E., op. cit., p. 5. La eficacia de la misión se valoraba según los frutos obtenidos: conversiones, confesiones y comuniones, etc.

<sup>375</sup>CODORNIU, A.: *El predicador evangélico, breve método de predicar la palabra de Dios con arte y espíritu*, Gerona, 1740, p.133. Según Codorniu, el predicador debería expresarse con sencillez y utilizar los recursos retóricos pero con limitaciones, siempre en función de la argumentación. La obra del padre Codorniu ofrece gran interés pues permite conocer el carácter de la reforma de la predicación. Sus escritos se incardinan en la corriente jesuita que desde el Seiscientos pretendía la recuperación de una oratoria sagrada rigurosa. En esa tendencia se puede encuadrar también la obra del padre Isla: *Crisis de los predicadores y de los sermones*, y el conocido *fray Gerundio de las Campazas*.

<sup>376</sup>COLOQUIO INTERNACIONAL: *La fiesta, la ceremonia y el rito*, Universidad de Granada, 1990, pp. 10 y ss. Según el relato de un capuchino francés: “(...) me hubiera costado creerlo si no lo hubiera visto. Cuando el predicador habló de la prisión de Jesús y su llegada a los tribunales, un trompeta que estaba a la puerta se puso a tocar; y llegando a hablar de la bofetada que le dio el soldado, todos los asistentes empezaron a abofetearse, algunos muy fuerte (...)”. Estos detalles que a los españoles les parecían edificantes a esta persona le asombraban.



en el que con severidad se reprendía al auditorio por su baja moral y malas costumbres; en días sucesivos se hablaba de la fealdad del pecado, de la muerte, del juicio final, del infierno, de la gloria y de los Evangelios<sup>377</sup>. Se exhortaba a los fieles a la oración mental, “a boca de noche”, al examen de conciencia y a la lectura de libros piadosos, y si le parecía necesario, recurría a la narración de historias dramáticas y ejemplos que resaltaban el amor de Dios-Padre, y la culpa y alejamiento del hijo-pecador<sup>378</sup>. En la víspera de la comunión general se instaba a los presentes a que, sin temor, confesasen sus culpas y cumpliesen la penitencia. Generalmente, se producía tal conmoción entre los fieles que los confesores no daban abasto a confesar y no era extraño que se quejasen de haber pasado la noche sin despegarse del confesionario<sup>379</sup>.

Tras la comunión general, el misionero partía dejando a los fieles limpios de alma y en el seno de la comunidad cristiana católica<sup>380</sup>. El sacramento de Penitencia había cristalizado en el de la Eucaristía, sacramento por excelencia, que ayudaba a resistir las tentaciones del demonio y del pecado<sup>381</sup>.

En la Venerable Orden Tercera existía la certeza de que en cuestión de predicación era superior la elocuencia de los frailes a la de los sacerdotes, especialmente si se trataba de mendicantes. Se reconocía lo ágil de la palabra franciscana, no en vano, era Orden nacida para predicar y difundir el Evangelio, tampoco se les negaba estar a la cabeza de la búsqueda de la primitiva pureza cristiana, y ser los impulsores del movimiento renovador

---

<sup>377</sup>ÁLVAREZ SANTALO, L. C., BUXO, C. y RODRÍGUEZ BECERRA, M. J.: *La Religiosidad Popular*, t. III, Barcelona, 1989, p. 182.

<sup>378</sup>PROSPERI, A.: *Tribunal de la...*, pp. 667-669.

<sup>379</sup>REYERO, E.: *Misiones del muy Reverendo D. Tirso González de Santalla*, pp. 127, 407 y ss. El padre Tirso fue un predicador de renombre, viajó por España, y en Madrid predicó en distintas parroquias: San Ginés, Colegio Imperial, Noviciado..., por él sabemos que en las misiones, tras finalizar el último sermón y antes de la confesión general, los fieles compungidos y en riguroso silencio, hacían las paces entre ellos, se amigaban las familias y se reconciliaban los rivales. En una de las misiones celebrada en San Ginés fue tanta la afluencia de público que en la Eucaristía se gastaron diez mil formas sagradas. La fama del padre Tirso llegó hasta Palacio, donde nunca se habían celebrado misiones, doña Mariana de Austria le convocó, y el misionero escogió para su plática un tema que como el mismo dijo, “no espantase a los presentes pero que les moviese y aficionase”.

<sup>380</sup>PROSPERI, A., op. cit., p. 671. En Trento se dijo que el sacramento de la confesión presentaba dos aspectos: uno de consuelo para el alma pecadora y de esperanza en el comienzo de una vida nueva espiritual; el otro, como sistema de formación y disciplina.

<sup>381</sup>Después del Concilio de Trento se impuso de manera obligatoria confesar y comulgar al menos una vez al año, aunque la recomendación de la Iglesia era que se hiciese con cierta frecuencia. El cumplimiento pascual se vigilaba estrechamente, imponiendo penas a quienes no lo cumplían, y que podían ir más allá de las espirituales. Si durante la Cuaresma un parroquiano se ausentaba y faltaba a esa obligación, a su regreso debía presentar al párroco una cédula que acreditase el haber cumplido con la Pascua en otro lugar. MESTRE SANCHIS, A., op. cit., p. 595.

católico<sup>382</sup>. Los días de predicación, desde temprana hora la capilla de los terceros se llenaba a rebosar, lo que obligaba a que las puertas permaneciesen abiertas para que a todos los congregados les llegasen las palabras del predicador<sup>383</sup>.

En diciembre de 1609, cuando el Discretorio celebró su primera junta oficial se propuso que *“así como los hermanos de la Tercera Orden de Toledo tras conseguir la licencia de su Ilustrísima, salen a enseñar la doctrina, lo mismo haga la Orden Tercera de Madrid y para hacerlo se hagan todas las diligencias necesarias”*.

Los hermanos, por la herencia espiritual de San Francisco, pensaban que la predicación, tanto si se recibía como si se dispensaba, era el fermento preciso para que la naciente comunidad terciaria madrileña alcanzase una perfecta unión espiritual. Ya en 1609, el entonces hermano ministro, el eclesiástico Gaspar Torres, quiso obtener licencia para que los terceros cumpliesen con esa misión, pero no se consiguió hasta junio del año siguiente<sup>384</sup>. Cuando se logró, fue de obligación que alternándose un nutrido grupo de hermanos asistiese a ese servicio espiritual, ya que el conocimiento de la doctrina cristiana les haría excelentes difusores de la ortodoxia católica *“cuan mayor fuese la participación de los fieles, más grande sería también la edificación del pueblo y la mayor la gloria de Dios”*<sup>385</sup>.

El ceremonial que se imprimía en ese acto, la VOT lo convertía en una manifestación de autoridad y lucimiento. El grupo de hermanos salía desde la capilla, marchaban delante los que llevaban el estandarte, la cruz y la campanilla, siempre eran personas de reconocido nombre y mérito, y no sólo a nivel espiritual sino social, ya que de ese modo crecía la reputación, la expectación y el prestigio de la Orden<sup>386</sup>. La comitiva recorría las calles principales de Madrid, cantando la doctrina y se detenía en los lugares más señalados y concurridos. Era habitual que los madrileños se encontrasen en plazas cercanas al convento franciscano, o en su “lonja” haciendo uso de la palabra a un hermano de la VOT, eclesiástico o seglar, o el mismo visitador, *“amonestando al pueblo a la virtud y reprehendiendo los vicios con doctrina llana y proponiendo algunos ejemplos que*

---

<sup>382</sup>VILLOSLADA, R. y LLORCA, B.: «La Iglesia en la época del Renacimiento y de la Reforma Católica», en op. cit., t. III, Madrid, 1967, p. 526.

<sup>383</sup>AVOTM, C. 3, Lib. IV, fol. 354.

<sup>384</sup>Ibíd., C. 1, Lib. I, fols. 1503-1513, 8v. y 9.

<sup>385</sup>ALCALÁ-ZAMORA, J. y BELENGUER, E., op. cit., p. 549.

<sup>386</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fol. 639. El ministro era quien hacía la elección atendiendo a un turno entre los hermanos encargados de la visita mensual a las cárceles, o de los que atendían a terceros enfermos de las distintas parroquias..

*moviesen al pueblo a penitenciar*<sup>387</sup>. En esas salidas, siempre les acompañaba un fraile que garantizaba la ortodoxia de la “*doctrina sana y católica que expelía la herejía, sin interés temporal, solo con deseo de aprovechamiento de las almas*”<sup>388</sup>.

Antes de comenzar, se exhortaba a los presentes a que prestasen atención a los beneficios espirituales, gracias e indulgencias que llevaba consigo el escuchar la palabra de Dios. Como no se contaba con púlpito, el predicador de turno se valía de otras estrategias para ser visto y oído, izándose en lo alto de una mesa o de un taburete o estrado, como se trataba de atraer la atención de los presentes y de los que circunstancialmente pasaban por allí se alzaba la voz en lo posible<sup>389</sup>. El grupo que se congregaba alrededor de los hermanos era de índole diversa: vecinos del entorno, criados y personas dependientes de los terceros que de antemano habían sido avisados por sus señores, transeúntes curiosos, etc.<sup>390</sup>.

La instrucción de la doctrina de manera callejera fue un mecanismo pensado y medido que se mantuvo en la VOT, aún después de construir su capilla. Cada quince días, y de manera extraordinaria los domingos de Adviento, Septuagésima y Quincuagésima, si el clima lo permitía, los hermanos cumplían con ese deber. En invierno, por la cortedad de los días, se recomendaba que las prédicas no fuesen largas pues era costumbre que algunos devotos, al regreso, acompañasen al séquito hasta la entrada de la capilla, y antes de traspasarla, el predicador les despidiese con una breve platiquita<sup>391</sup>.

Fue deber del visitador y del ministro que los terceros no se “*entibiasen*” y abandonase esa piadosa misión. Si se percibía desgana o abandono en los hermanos se buscaba la forma de motivarles y se les exhortaba a que se mantuviesen firmes al mandato del Fundador. Sin embargo, en determinados momentos, la VOT sufrió crisis a ese respecto; en la Cuaresma de 1629, fray Lope de Páez, visitador general, acompañado del ministro duque de Villahermosa, reprendió a los hermanos a través de una patente advirtiéndoles que: “(...) *el fervor tan grande que hubo en el pasado cuando se fundó la*

---

<sup>387</sup>Ibídem, leg. 430/15. Uno de los lugares preferidos por los terceros para predicar era la Plaza Mayor.

<sup>388</sup>Ibídem, C. 1, Lib. I, fols. 9 y ss.

<sup>389</sup>Ibídem, C. 5, Lib. VII, fol. 114.

<sup>390</sup>Para los católicos, las indulgencias son un tesoro espiritual que remiten ante Dios la pena temporal por el pecado ya confesado y perdonado. La indulgencia plenaria perdona la culpa en su totalidad, sólo se puede ganar una vez al día. Si la indulgencia es parcial, sólo perdona la pena en parte, y se puede ganar tantas veces como se repita la obra indulgenciada.

<sup>391</sup>AVOTM, C. 6, Lib. VIII, fols. 137v. y 138.

*Orden Tercera en esta Villa y Corte que no se olvide y se procure volver a la devoción antigua de la predicación*”<sup>392</sup>.

Dependía del guardián del convento que los terceros pudiesen salir a predicar. Ese fue otro motivo de desacuerdo cuando el fraile denegaba el permiso, bien por recelo, o bien alegando que en ese día en la iglesia franciscana se celebraba otro acto litúrgico. El guardián consideraba que realizar ambos actos en la misma fecha podía restar fieles al convento. Las protestas de la VOT no hacían desistir al fraile, aunque se le dijese que la asistencia a un acto no mermaba la presencia de fieles en el otro, al ser las concurrencias distintas, y que por encima de todo estaba el bien espiritual que la doctrina proporcionaba a la causa de Cristo<sup>393</sup>. Como esa situación se repitió varias veces, la VOT elevó sus quejas a Toledo, y fue el comisario general de la Orden franciscana quien ordenó al guardián que no estorbase, ni embargase lo que “*es ejemplo a seguir de la Venerable Orden Tercera de Madrid*”<sup>394</sup>.

En la VOT, la Cuaresma era tiempo de intensa devoción, comenzaban los actos el domingo de Septuagésima con la doctrina, que se repetía toda la semana, además de celebrarse otros ejercicios piadosos: pláticas, oraciones, misereres...<sup>395</sup>. A los fieles se les rogaba que mantuviesen decencia, silencio y recogimiento en la capilla, y unos minutos antes de comenzar el acto, se cerraban las puertas. El recinto, cubiertas las ventanas e imágenes con grandes paños negros, sólo rompía su semi-oscuridad con grandes velones colocados a ambos lados del altar<sup>396</sup>. A lo largo del año, y más en esas fechas, en una

---

<sup>392</sup>Ibídem, fols. 269v. y 270.

<sup>393</sup>A las pláticas que se impartían en el convento acudían principalmente señoras a las que el decoro y la decencia impedía ser vistas en las predicaciones callejeras; por el contrario, a la doctrina se acercaban gentes sencillas que difícilmente percibían la retórica de una plática y, por tanto, no sabían extraer el concepto moral que se derivaba de ella.

<sup>394</sup>AVOTM, leg. 403/17. Decreto que envía fray Julián Chumilla, lector jubilado y comisario general de toda la Orden Franciscana de la Familia Cismontana y de todas las Provincias de las Indias Occidentales, al padre guardián del convento de San Francisco, fray. Antonio Calderón “*Se ordena que a los padres guardianes del convento de San Francisco, a los visitadores y vicevisitadores, a los demás religiosos, y a quienes pueda tocar el cumplimiento y ejecución de este auto que no estorben ni embarguen lo que es ejemplo y ejecuta la Venerable Orden Tercera de Madrid; antes bien, ayuden en lo que puedan y fomenten ese ejercicio tan ejemplar, loable y piadoso, que mantienen desde tiempo inmemorial. 7 de octubre de 1687*”.

<sup>395</sup>Miserere es una función religiosa en la que se canta el salmo que empieza con esa voz, se trata del Salmo Quincuagésimo de David.

<sup>396</sup>AVOTM, leg. 403/17, C. 4, Lib. V, fols. 77 y 79v. Cuando en 1668 se inauguró la capilla del Cristo de los Dolores, los miércoles y jueves fueron días de predicación. El acto era muy solemne, se adornaban los altares con flores y velas, acompañándose de música. La reina doña Mariana de Austria tenía por costumbre hacer entrega en Semana Santa a las iglesias de la Corte que hubiesen hecho una petición por escrito, de un número determinado de pastillas de cera para que hiciesen velas que luciesen en los monumentos de los templos. La VOT siempre recibió 10 libras, cantidad que fue aumentada a partir de 1669 en 2 arrobas (50 libras), como contribución de Su Majestad al adorno de la capilla del Cristo de los Dolores, del que la Reina era muy devota, y en la que se celebraba todos los viernes del año la presentación del Santísimo Sacramento.

orden penitencial como la VOT, no faltaban las prácticas íntimas de disciplinamiento y mortificación corporal, que se llevaban a efecto en la bóveda, ocultas a los ojos del común de los fieles, para evitar la publicidad. Hacerlo en la capilla no hubiese sido posible “*por el gran concurso de gente que acude y por lo embarazoso que puede resultar*”<sup>397</sup>. Los ejercicios disciplinarios en tiempo cuaresmal cobraban más significado, porque los hermanos al imponerse ese castigo en sus espaldas desnudas, deseaban acercarse al martirio de Cristo.

Para que se incentivase la devoción cuaresmal, la VOT hizo norma que los sermones los impartiesen predicadores de encendida oratoria que moviese el corazón de los presentes y estimulase su caridad hacia los hermanos pobres<sup>398</sup>. En esos días se aprovechaba la conglomeración de público para colocar mesas petitorias en la entrada de la capilla, y durante la celebración, tres hermanos, uno eclesiástico, otro seglar y el tercero de hábito descubierto, pasaban una y otra vez entre los bancos portando unos saquitos en los que los rezagados o remisos se veían forzados a dejar su donativo. En sintonía con los postulados puestos en marcha en Trento la VOT estableció que al menos tres veces al año se celebrase comunión general<sup>399</sup>, señalando para hacerlo la Pascuas de Pentecostés, Resurrección y Epifanía y fue la Pascua de Resurrección la más frecuentada por los terceros para cumplir con ese precepto<sup>400</sup>.

#### ***b) Fiestas de la VOT: entre la autoridad y el prestigio***

En oposición al pensamiento protestante, el catolicismo postridentino puso énfasis en el carácter intercesor de los santos como criaturas de una calidad espiritual superior al resto de los mortales<sup>401</sup>, los fieles católicos, que buscaban relacionarse de forma directa con la Divinidad, les glorificaban con ceremonias más o menos fastuosas, enfatizando y ejemplarizando sus vidas, no sólo por su carácter de milagrosas, sino por la caridad que las había rodeado. El Seiscientos fue un siglo rico en canonizaciones: Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Francisco de Borja, Isidro..., también subieron a los altares otros no tan conocidos: Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, Luis Beltrán, Juan

---

<sup>397</sup>Ibídem, C. 3, Lib. IV, fol. 496v. El importe de la compra de los ramales empleados para disciplinarse y mortificarse en la VOT supuso 245 reales el año de 1675

<sup>398</sup>Ibídem, C. 4, Lib. VI, fols. 53 y 158v.

<sup>399</sup>DELUMEAU, J.: *La confesión y el perdón, las dificultades de la confesión. Siglos XIII-XVIII*, Madrid, 1992, p. 38.

<sup>400</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 143.

<sup>401</sup>CHECA, F. y MORÁN, J. M.: *El Barroco*, Madrid, 1982, pp. 229-230.

de Dios, fundador del Hospital de su nombre, Fernando, rey de Castilla, Isabel de Portugal, etc.<sup>402</sup>.

En la capital madrileña el escenario de la fiesta estaba en las calles, plazas o templos, y los actos públicos eran una puesta en escena encaminada a cumplir una función: hacer visible el poder real y la estructura social dominante, al mismo tiempo que se proporcionaba al público emociones que le incentivasen y le sacasen de su monotonía habitual. Aunque desde Trento se habían hecho llamadas a la austeridad, la Monarquía consideraba que esos actos consolidaban a la realeza y al entramado institucional, aliviaban crisis y suavizaban tensiones del pueblo. La fiesta, al servicio de la propaganda del poder, formaba parte de la cultura de la imagen, aportando planteamientos sociales y políticos, o ambos a la vez<sup>403</sup>. Mediante el acto lúdico, sin escándalo ni degradación, se propiciaba la comunicación, se intercambiaban valores económicos y familiares y se recibían mensajes y códigos culturales, a los que debían amoldarse la vida social y la religiosa<sup>404</sup>. La Corona, no ajena a la sensibilidad popular, impulsaba las iniciativas festivas, dentro de un marco de decoro, decencia y honestidad<sup>405</sup>.

Los terceros con su actitud devocional, caritativa y social, confirmaban su sentido de pertenencia a una comunidad católica, y aunque la Iglesia había dictado algunas fechas como fiestas oficiales de la Cristiandad, permitía, a título particular, otras celebraciones, ya que todo parecía bueno para desterrar del territorio hispánico la herejía, y mejor, si se contaba con la intervención de los santos<sup>406</sup>. La VOT celebraba diversos actos religiosos-festivos a los que los hermanos acudían convocados por el hermano llamador. En esas celebraciones se alababa Dios, a los santos, y se mostraba públicamente autoridad y prestigio. Si la economía del momento se lo permitía se adornaban las rejas de acceso a la capilla, y se levantaban altares alrededor del claustro y de la sacristía ricamente engalanados. Eran los mismos hermanos los que se encargaban de acicalar el recinto con tapices, colgaduras y jarrones de plata, generalmente objetos prestados; se compraban flores, se encendían velas y se invitaba a los frailes del convento para que honrasen el acto

---

<sup>402</sup> «Modelos de comportamiento religiosos en el siglo XVII», en *Revista de Estudios Históricos*, enero-junio, 1991, p. 201 y 202.

<sup>403</sup> MARTÍNEZ-BURGOS, P.: «El decoro. La invención de un concepto y su proyección artística», en *Espacio, Tiempo y Forma*, n.º 2, Madrid, 1988, p. 96.

<sup>404</sup> ELÍAS, N.: *La sociedad cortesana*, México, 1982, p. 128.

<sup>405</sup> ALCALÁ ZAMORA, J y BELENGUER, E., op. cit., p. 140.

<sup>406</sup> AVOTM, C. I, Lib. I y II, fols. 24 y 26, leg. 65/6. Sobre la organización de festejos y celebraciones en la VOT para antes, durante y después.

con su presencia. La fiesta terminaba con una comida fraternal de religiosos y terceros, y estos antes de despedirse entregaban a los frailes una limosna<sup>407</sup>.

Fue costumbre de la VOT festejar las efemérides de los hermanos de la Orden que habían alcanzado la santidad, con funciones religiosas, generalmente misas, sermón y procesión. El 16 de agosto de 1613, el Discretorio votó que mediante sorteo cada año se eligiese a uno de ellos para ser especialmente honrado durante ese año. La ceremonia que daba paso a la votación consistía en una misa y comunión solemne y, a continuación, el visitador revestido de alba, roquete y estela blanca entonaba delante del altar el “*Veni creator*” invocando al Espíritu Santo. Después, introducía las papeletas con los nombres en una crismera de plata, y el coadjutor, revestido con un paño de tafetán sobre los hombros, sacaba del recipiente una de ellas<sup>408</sup>.

Una de las fiestas más querida por los hermanos era la conmemoración del Santo Luquesio, primer beato seglar de la Orden Tercera<sup>409</sup>, así se nos describe:

*«(...) que se hagan cuatro altares alrededor del claustro del convento franciscano y que se encarguen seis hermanos de su adorno. Que sean estos: Juan de Lira, Antonio Robles; Antonio de Monroy; Vicencio Carducho; Cristóbal Medina; y Pablo de los Ríos. Que la misa la diga el Patriarca de las Indias y el sermón el guardián del convento. Que se traiga la capilla de las Descalzas con autorización del Patriarca, y que se pidan bancos a la villa. Que al Santo se le haga un vestido plateado y que se encargue al vicario del culto divino que se adorne el altar. Que algunos sacerdotes confiesen a los terceros y que la procesión la gobierne el padre visitador seguido por los religiosos que llevan la cruz del convento, luego el guión de la VOT que lo ha de llevar el duque de Villahermosa»*<sup>410</sup>.

---

<sup>407</sup>Recordemos que la VOT no tuvo capilla propia hasta 1628; mientras tanto los actos religiosos se celebraban en la iglesia del convento franciscano de San Francisco y las juntas en una sala cedida por los frailes, llamada de Santa Isabel.

<sup>408</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 27. Podía suceder que si se trataba de un santo conocido coincidiese la fiesta con la de otra institución, igualmente deseosa en honrar al santo. En el caso de que la institución fuese más antigua que la VOT, los terceros no se oponían a postergar su celebración. Así sucedió el año en que salió elegido San Roque, protector de la lucha contra la peste; el Hospital General de Madrid y el de San Luis tenían tradición más antigua de festejarlo. La VOT sabía que el Hospital atraería una gran concurrencia de fieles, lo que iría en detrimento del lucimiento de los actos programados por los terceros. Se pospusieron los actos hasta el domingo siguiente: “*que se reúnan los hermanos para votar lo que conviniere hacer acerca de la fiesta de San Roque que este año ha de celebrar la Orden Tercera*”. Entre el patrimonio pictórico de la VOT se encuentra una hermosa pintura de San Roque, no tiene firma ni fecha. Está situada a pie de la escalera junto a la puerta que da acceso a la capilla de su hospital.

En Castilla el campesinado se encomendaba a San Sebastián, suplicándole su protección en las epidemias de peste, pero a partir de 1577 esa devoción se tornó hacia San Roque, un santo prácticamente desconocido hasta que sus reliquias, (siglo XV) fueron robadas en Montpellier y trasladadas a Italia. El hecho dotó de gran popularidad al Santo. Véase CHRISTIAN, W.A., op. cit., pp. 59-60.

<sup>409</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 174.

<sup>410</sup>El vicario del culto divino se encargaba del cuidado de los libros piadosos, de los vasos sagrados, de las ropas de la capilla, de los manteles de los altares, de las vestiduras de los sacerdotes, de los utensilios

También de gran devoción era el día en que se conmemoraba las Cinco Llagas de Cristo, un desagravio en el que se recordaba el sufrimiento y humillación que soportó Jesús en su pasión y muerte. La devoción se había propagado entre los fieles en 1224, cuando hallándose San Francisco orando en el monte Alvernía, sintió como se laceraban y sangraban su costado, manos y pies<sup>411</sup>. En el XVII la devoción a Cristo se incrementó, como muestran las continuas denuncias que recibían las autoridades competentes de ataques a crucifijos<sup>412</sup>. Las acusaciones, aunque no podían demostrarse, eran prueba de la preocupación que se había desatado por la Pasión<sup>413</sup>.

La conmemoración del martirio y crucifixión que unos terceros sufrieron en Japón, fue otra de las fiestas celebradas por la VOT; en la plática que acompañaba a la misa, se exaltaba el valor de esas muertes ante los ojos de Dios, y como su ejemplo había de ser modelo para los hermanos<sup>414</sup>.

Se aprovechaban algunas de esas celebraciones para cumplir con los ejercicios de caridad en los que se hallaba comprometida la Orden. Así, por San José se sorteaban lotes de vestuario, según la memoria instituida por un generoso hermano, Juan de Rebollín<sup>415</sup>. Otras veces los sorteos eran dotes destinadas a jóvenes huérfanas, para que entrasen en religión o contrajesen matrimonio.

En la época, una forma refinada de enaltecer los eventos más significativos era la convocatoria de certámenes literarios. En ellos se daban cita la confrontación del valor de los participantes, el incentivo de la recompensa económica, que aún siendo escasa no era desdeñable, y la esperanza de que al vencedor le llegase, al fin, el reconocimiento público. A esos encuentros asistían escritores ilustres que daban muestras de su arte recitando

---

empleados en los actos, es decir, de todo lo referente a la liturgia. Junto con el ministro, designaban a los religiosos que habían de officiar las funciones solemnes, y de él dependían los sacristanes.

<sup>411</sup>Los actos de desagravio no se circunscribían al ámbito privado de la Fraternidad, sino que salían a los espacios públicos, en una manifestación de aparatosidad devocional y de fomento de la fe. Entre 1580 y 1780 la devoción a Cristo experimentó un gran incremento. Creció principalmente en localidades situadas en los alrededores de Madrid. CHRISTIAN, W. A., op. cit., p. 229.

<sup>412</sup>LOPE DE VEGA, F.: «Sentimientos a los agravios de Cristo por la nación hebrea», en *Obras Completas de Lope de Vega*, Madrid, 1965, p. XXVI.

<sup>413</sup>Si se quiere profundizar en el tema es recomendable conocer la obra del profesor Juan Ignacio Pulido Serrano, op. cit.

<sup>414</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I. Los hermanos terceros que sufrieron martirio en Japón fueron: Antonio Naganzaquio, Buenaventura, Gabriel y Luis Duisco, Cosme Tagnia; Francisco Carpintero, Francisco Médico, Joaquín Saqueiro, Juan Quizuga, León Carazuma, Martín Matías, Miguel y Tomás Cosaquin, Pablo Ibariquio, Pablo Sauziquio y Tomás Xico. Junto a ellos estaban tres jesuitas y otros cristianos hasta un número de veintiséis personas, fueron beatificados por el papa Urbano VIII el 10 de julio de 1627.

<sup>415</sup>Ibídem, leg. 65/6. Sobre la labor y donaciones de este hermano en la Venerable Orden Tercera MUÑOZ ÁVILA, F.: *La Venerable Orden Tercera Franciscana de Madrid, circus 1609-1799. Caridad y administración económica*, tesis doctoral en elaboración.



alguna poesía castellana o latina, o bien, ofreciendo la representación de una comedia creada para el acto<sup>416</sup>. En Madrid se vivió uno de esos acontecimientos el 15 de mayo de 1620, cuando Roma reconoció a San Isidro como patrón de la Villa y Corte. Entre los invitados se encontraban miembros de la familia real, personajes de la Corte, autoridades eclesiásticas, órdenes religiosas, terceras, hermandades y, por supuesto, también la VOT. Sin embargo, su presencia entonces no alcanzó la notabilidad de unos años después en 1625, cuando se celebró la canonización de Santa Isabel, reina de Portugal.

Ese día, las calles de Madrid fueron testigos del prestigio y relevancia social de la Venerable Orden Tercera madrileña. El pontífice Urbano VIII (1623-1644), que fue quien canonizó a la Santa, había concedido a la VOT una licencia especial por haber sido en vida la Reina portuguesa hermana profesa de la Tercera Orden. Los terceros quisieron preparar anticipadamente el gran acontecimiento<sup>417</sup>. En la junta del 20 de julio de 1625, el Discretorio había acordado:

*«Que se celebre una octava con procesión y altares; que se nombren comisarios para disponer la fiesta a Antonio Robles, a Antonio Rodríguez, Regidor de Madrid, a Jorge de Lima, a Cristóbal de Medina y Vega, Regidor de Madrid y Secretario de Su Majestad. Que se hable con el Cardenal Infante y con los predicadores de las distintas religiones, que uno sea del convento franciscano y que uno sea Antonio Bartolomé Despejo, Guardarropa Mayor y Ayuda de Cámara, del Cardenal-Infante don Fernando y a Gaspar Ruiz, Secretario de Su Majestad y al señor Presidente del Consejo de Castilla y a todos lo hermanos vinculados a Palacio. La octava se celebrará con misa y sermón. Las misas serán oficiadas por el padre Provincial, el Ministro de la Orden (Fray Juan de Torres), don Francisco de Vergara del Consejo de Portugal, y otros preladados de esta Corte. Se avisará para que asistan al Cardenal Zapata y a Monseñor el Nuncio e Inquisidor General. Los sermones correrán a cargo de Francisco Sánchez, Capellán de Su Majestad; Rodrigo Niño de la comunidad agustina; Francisco Bujil de la Orden de nuestra Señora de la Misericordia; Antonio Pérez de la Orden de San Benito y Abad de su monasterio; Alonso de Guzmán maestro del Cardenal Infante don Fernando; Francisco de Herrera de la Orden del Carmen, Cristóbal de Torres de la Orden de Santo Domingo*

---

<sup>416</sup>GONZÁLEZ NOVALIN, J. L., op. cit., p. 534. El 15 de mayo de 1620 fue beatificado San Isidro Labrador, y la Santa Sede lo reconoció de manera legítima como patrón de la ciudad de Madrid. Se celebró una procesión general acompañada de fuegos de artificio y una justa o certamen poético en su honor, organizado por un hermano de la VOT, Lope de Vega y Carpio. A ese certamen concurren grandes escritores, poetas y dramaturgos de la época: Guillén de Castro, Vicente Espinel, Calderón... Lope fue nombrado fiscal y director del gran certamen, leyendo una introducción ante la nobleza, el clero y el pueblo. Con las poesías que concurren al certamen se publicó un libro cuyo fin era el elogio de San Isidro y el de la villa madrileña. También AMVM, *Libro de Noticias*, fol. 912.

<sup>417</sup>SALAZAR, P. de, op. cit., Lib. VI, fol. 396. Santa Isabel de Portugal murió el día 4 de julio de 1336, y desde entonces, en ese día se celebra su festividad. Fue hija de Pedro IX de Aragón y de Constanza, y sobrina-nieta de Santa Isabel, reina de Hungría, patrona de la Orden Tercera Seglar.

*y el Obispo Diego de la Fuente de la Orden de San Francisco. Se encargará música de chirimías y trompetas. Se encarga al hermano de la VOT Lope de Vega y Carpio para que se convoque un certamen*<sup>418</sup>. *En la iglesia, claustro y portería se pondrán colgaduras, se hará procesión con la Santa, que hay que pedirla a la Señora Infanta de las Descalzas*<sup>419</sup>. *Que se disponga quien ha de llevar los estandartes de la Orden. Que sean los señores duque de Villahermosa, Antonio Despejo y Cristóbal de Medina quienes dispongan la fiesta que se ha de celebrar y que se comuniquen al Consejo de Portugal y que se traiga el estandarte de la Santa*<sup>420</sup>. Y: «... que se levanten altares en las calles con motivo de la procesión general en el domingo tercero del mes de julio. Las diferentes ordenes religiosas levantarán cada una el suyo, la Tercera Orden lo hará junto a la Puerta de Guadalajara al lado de las casas de Ramírez de Prado por ser la fiesta a causa de la canonización de santa Isabel Reina de Portugal hermana tercera y que la Orden guarde la compostura debida. Se dirán misas, sermones y completas muy solemnes con música de chirimías y trompetas»<sup>421</sup>.

Para dar relumbré a tan señalado acontecimiento, un hermano, Félix Lope de Vega y Carpio, ya famoso por su pluma, recibió la misión de preparar la parte religioso-lúdica, con un certamen poético. Lope se encargó de imprimir las condiciones del concurso y elegir los premios con los que se obsequiaría a los participantes. La entrega de las obras se fijó para el siete de octubre en la casa de otro hermano, Bernabé Pi<sup>422</sup>. La fiesta comenzó el 18 de ese mes y se prolongó durante varios días. El altar que se levantó era de grandes dimensiones, de sólido cartón, pintado con bellos y resplandecientes colores y adornado con emblemas, alegorías y alusiones a los textos sacros. Al decir de los espectadores causaba admiración y asombro no sólo por su riqueza, sino también por su armonía<sup>423</sup>.

<sup>418</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol.112v. “(...) el licenciado Lope de Vega y Carpio, hermano profeso de la Venerable Orden Tercera, ha de nombrar y elegir premios e imprimir la fiesta”. Junta celebrada 20 de septiembre de 1625.

<sup>419</sup>Los comisionados para hacer la petición a María de Austria, retirada en el convento de las Descalzas Reales, fueron el ministro Juan de la Peña y el discreto don Antonio de Espejo.

<sup>420</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 113.

<sup>421</sup>La Puerta de Guadalajara estaba situada en la calle Mayor, entre la de los Milanese y la plaza de San Miguel. Era la zona elegante de Madrid, y donde se concentraba el comercio del vestido. Junto a ella, los soportales de la Plaza Mayor albergaban a los gremios. La Puerta de Guadalajara desapareció a causa de un incendio provocado por las luminarias que organizó el marqués de Santa Cruz con motivo de la victoria española en las Islas Azores.

<sup>422</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 28. La designación de Lope de Vega como organizador de certámenes literarios se repitió varias veces en la VOT. Lope de Vega pertenecía a la Fraternidad desde el 26 de septiembre de 1611. En 1632 ya figuraba como discreto, y en 1633 quedaba reflejado su nombre en las actas como discreto eclesiástico antiguo. Cuando falleció, el 27 o el 28 de agosto de 1635, se produjo una auténtica manifestación popular que acompañó al féretro durante todo el recorrido hasta que recibió sepultura. En la comitiva figuraban cofradías, caballeros del hábito de San Juan, hábito con el que se vistió al difunto, hermanos de hábito descubierto de la VOT y la Congregación de Familiares del Santo Oficio de Sacerdotes de Madrid. Fue enterrado en la parroquia de San Sebastián.

<sup>423</sup>ZAPATA, T.: *Construcciones efímeras*, Madrid, 2000, p. 81.

Al certamen asistieron obispos, religiosos, sacerdotes y mucha gente principal<sup>424</sup>. El 22 de octubre por la tarde, el hermano novicio Sebastián Francisco de Medrano leía los trabajos literarios ante el jurado, compuesto por el ministro de la VOT fray Juan de Torres, el guardián del convento franciscano fray Francisco de Ocaña, don Juan de la Peña, el príncipe de Esquilache, el duque de Villahermosa, don Antonio de Robles y Guzmán, don Antonio Despejo y don Cristóbal de Medina y Vega. Presentaron trabajos los mejores poetas de la Corte, mostrando su ingenio y devoción con alabanzas a la Santa. A los vencedores se les entregaron bonitos premios, y para el resto de los participantes hubo biografías de la Santa, búcaros y ramilletes<sup>425</sup>.

Las actas que aparecen en los libros de la Orden al día siguiente de las fiestas dejan constancia de que “*toda la fiesta fue hermosa y el balance no ha podido ser más positivo para la VOT*”<sup>426</sup>. Entre los actos religiosos destacó la predicación del famoso fray Hortensio Félix de Paravicino, quien íntegramente dedicó su sermón a enaltecer a Santa Isabel, destacando su labor como piadosa hermana de la Tercera Orden<sup>427</sup>.

*«La iglesia se cubrió con ricas colgaduras de brocado y telas preciosas bordadas y el techo con los reposteros que tuvo a bien prestarnos la Reina, Nuestra Señora, y el Príncipe de Esquilache. En los arcos de las bóvedas se colocaron telas de color carmesí y en el altar mayor los reposteros del duque de Sessa<sup>428</sup>. La procesión comenzó a la tres de la tarde y en ella participaron caballeros, comisarios de la fiesta, franciscanos que llegaron de Alcalá, Pinto, el Pardo, Barajas y de otros conventos y también frailes de la Observancia descalzos, capuchinos con velas blancas, en medio de estos iban los hermanos de hábito descubierto con veinticuatro hachas, con ministrales y Santa Isabel de Hungría aderezada con perlas y joyas de mucho valor. Después de los religiosos, San Francisco con cuatro franciscanos, cuatro sacerdotes y veinticuatro hermanos de hábito descubierto, también ricamente aderezado por D<sup>a</sup> Agustina Martínez mujer del contador y hermana de la Orden [...] Hizo el oficio Alonso de Requesens, obispo electo de Barbastro, los altares se colocaron junto a San Gines, el Carmen, Merced, Concepción Jerónima, la de los Clérigos Menores junto al Humilladero y el de la Orden Tercera junto a la Puerta de*

<sup>424</sup>AVOTM, C. 1, L. I, fols. 124r.-124v., 125v. y 126r.

<sup>425</sup>CASTRO, A., RENNETH, H. A.: *Vida de Lope de Vega*, Madrid, 1967, p. 297. Estos autores afirman que a partir de 1625 el nombre de Lope de Vega desaparece de la VOT. Sin embargo, en la nota a pie de página n.º 437 hemos dicho que el gran autor siguió siendo un miembro activo de la Venerable Orden Tercera durante muchos años, pues así consta en los libros de actas.

<sup>426</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I de Acuerdos, fols. 132 y ss.

<sup>427</sup>PARAVICINO, H.: *Sermones cortesanos*, Madrid, 1994, pp. 159 y ss. Fray Hortensio Félix Paravicino perteneció a la Orden Trinitaria. Nacido en Madrid en octubre de 1585, fue bautizado en la parroquia de San Sebastián; estudió en la Universidad de Salamanca donde obtuvo el grado de maestro en Teología. De nuevo en Madrid, pronto empezó a predicar en diferentes parroquias y conventos; era ya un predicador famoso cuando Felipe III, en 1617, le concedió el título de predicador real.

<sup>428</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 126. Junta del Discretorio celebrada el 18 de diciembre de 1625.

Guadalajara<sup>429</sup>. Acabada la procesión hubo muchas invenciones con juego con chirimías y luminarias por las calles que pasó la procesión, que estaban muy limpias y barridas. Atrancaronse las bocas de las calles para que no pasasen coches, pues sin esa prevención fuese imposible lucir la fiesta».

### **c) El mantenimiento de la propaganda: las procesiones**

El auge ceremonial del que hacían gala las procesiones madrileñas era producto de una profunda religiosidad popular, un estímulo que imprimió la Iglesia y el orden político-religioso establecido. La dinastía austriaca había hecho de Madrid, en aras de la defensa, patrocinio y conservación de la Religión Católica, lugar de unidad y fidelidad de la ortodoxia. En la Villa y Corte las procesiones constituían un elemento fundamental dentro de la función sacra, tanto si se convertían en actos fastuosos, especialmente durante la Semana Santa, o si discurrían de manera sencilla<sup>430</sup>. En ambos casos, el significado del ritual y de los mensajes iba dirigido a los mismos individuos; y la liturgia-espectáculo, en conformidad con las consignas tridentinas, se reforzaba para oponerse mejor a la liturgia-palabra de los reformistas, pues según la afirmación de Emilio Orozco Díaz “*se buscaba la adhesión total de los sentidos sobre todo de la vista y del oído, para no caer en una emoción más profunda*”<sup>431</sup>.

En las procesiones madrileñas, los representantes del poder central de una parte, y las autoridades locales de la otra, establecían un orden social; los Consejos encabezados por el de Castilla, con sus presidentes respectivos, representaban a la figura real, después los caballeros de las órdenes militares y la nobleza y, por supuesto, las autoridades eclesiásticas: vicario, capitulares, sacerdotes, religiosos, hermandades, cofradías... El profesor Prodi define la procesión como un medio de comunicación del pueblo y para el pueblo, un espacio en el que la comunidad podía mostrar su motivación, participación y actitud, y una forma de manifestar alabanzas, súplicas, agradecimientos y penas<sup>432</sup>.

---

<sup>429</sup>En ese tipo de acontecimiento se levantaban las llamadas construcciones efímeras repletas de emblemas, alegorías, versos latinos o castellanos, etc.; en ese trabajo colaboraban con entusiasmo arquitectos, pintores y poetas, a pesar de que en pocos días quedaba sólo el recuerdo de la obra. Junto a tracas y mandas, ocupaba un lugar de honor la música y los fuegos de artificio.

<sup>430</sup>En Semana Santa, los nazarenos, cubiertas las cabezas con caperuzas y vestidos con largos ropajes, mostraban orgullosos sobre el pecho el escudo de su congregación. El acto discurría dentro de un marco de recogimiento, fe y penitencia, en el que la devoción se dirigía más al sentimiento que a la razón. La jerarquía política aprovechaba la proyección social de la Semana Santa para hacer su propia campaña política y religiosa, beneficiándose de la expectación que despertaba la preparación cuaresmal, los ritos litúrgicos, los desfiles profesionales de largas filas de disciplinantes, los horarios nocturnos en los que eran protagonistas unas veces la música de las trompetas, y otras el ruido del silencio.

<sup>431</sup>OROZCO DÍAZ, E.: *El teatro y la teatralidad del Barroco*, Barcelona, 1969, p. 154.

<sup>432</sup>PRODI, P.: *Disciplina dell'anima...*, p. 198.

La VOT, por ser institución penitencial, no sólo gozaba en el escenario urbano madrileño de la proyección social que le proporcionaba el asistir a las procesiones organizadas durante la Semana Santa o en festividades como el Corpus Christi, también lo hacía organizando las propias de la Orden. Desde 1628 los terceros contaban con capilla y no les era necesario usar las dependencias del convento. Sin embargo, hubo ocasiones en que solicitaron permiso para transitar por los claustros de San Francisco en procesión, para solemnizar y dar más empaque a los actos de culto. Así lo hacían el día de San Lucio o Luquesio, primer Santo seglar franciscano del que ya hemos hablado.

En ese día, en el año 1629, el patriarca de las Indias Alonso Pérez de Guzmán<sup>433</sup> ofició la misa, mientras que la predicación, admirable según el parecer de los hermanos, corrió a cargo del capellán real fray Francisco Verdugo<sup>434</sup>. Después de la celebración sagrada, se puso en marcha la procesión; a su frente marchaba el duque de Villahermosa, ministro de la Fraternidad, seguido de varios hermanos: conde de Lemos, duque del Infantado, príncipe de Esquilache, marqués de Cañete, de Fuentes..., detrás, una larga fila de terceros caminaba silenciosamente. En una parte del claustro, sobre un altar ricamente adornado con hachones, blandones y velas se había colocado al Santo homenajeado, y en otro, igualmente adornado, una imagen de San José. El acto se acompañó con música de diferentes instrumentos. Finalizada la procesión, la VOT, agradecida, ofreció a los frailes una comida en el refectorio del mismo convento. En ella, frailes y terceros se unieron fraternalmente y olvidaron desacuerdos<sup>435</sup>.

### **Procesión del Cordón**

El 21 de marzo de 1613 la VOT celebró junta y tomó algunas decisiones que después se hicieron costumbre. Estaban presentes: fray Fernando de Chozas, guardián del convento de San Francisco de Madrid; el visitador fray Lope Páez, el ministro, Marcos de la Barreda; los licenciados Francisco Marco y Jerónimo de Quintana; y varios discretos seglares. En la asamblea se expuso que algunos terceros, por piedad y devoción, deseaban acompañar a los frailes de la Primera Orden en la procesión llamada del Cordón. El acto

---

<sup>433</sup>El título eclesiástico de patriarcado de las Indias fue solicitado por Fernando el Católico a Roma, en 1513, para un eventual primado de la Iglesia en América. Sin embargo, la Santa Sede entregó esa dignidad eclesiástica, en realidad un título honorífico, en 1524, a Antonio de Rojas, capellán del emperador Carlos I. Desde 1610 hasta 1885, el patriarca de las Indias fue pro-capellán real y vicario general castrense (1644). Entre 1885 y 1920, el título recayó en el arzobispo de Toledo, pero en el último año volvió al pro-capellán y vicario general castrense. De esa forma permaneció hasta la II República.

<sup>434</sup>NÚÑEZ NAVARRO, E.: *El sermón de la Purísima Concepción de la Virgen María*, Sevilla, 1616, p. 48.

<sup>435</sup>AVOTM, C.1, Lib. I, fols. 153 y ss.

conmemoraba el día en que San Francisco, por vez primera, vistió el que después sería hábito franciscano, una tosca túnica de estameña parda del color de la tierra, ceñida a la cintura por un cordel. El guardián se mostró conforme, agradeció el gesto, y sólo puso como condición que los que acudiesen fuesen hermanos profesos y que de su cuenta corriesen las hachas encendidas: *“acudan los hermanos como acto santo y virtuoso atendiendo a los muchos aprovechamientos espirituales que de ello resulta, ante mí y por mandato del señor ministro para ganar las gracias e indulgencias sobre todo los hermanos de hábito descubierto”*<sup>436</sup>.

La procesión del Cordón se celebraba el primer domingo de cada mes. Los religiosos marchaban lentamente, la cabeza inclinada, sólo rompía el silencio del claustro el bisbiseo de los labios de los frailes y de los hermanos con el rezo del miserere. Después de dar varias vueltas al recinto, de nuevo en la iglesia del convento, todos juntos oraban. La presencia de los terceros en esa procesión se hizo habitual, y pasados los años también surgieron discrepancias entre frailes y terceros por cuestiones de preeminencia<sup>437</sup>. El libro IV, con fecha del 17 de octubre de 1664, recoge el siguiente párrafo:

*«(...) y en junta se dice que no se lleva bien que el coadjutor ocupe sitio preferente en esta procesión junto al señor ministro, antes de los frailes, pues si bien, se respeta que cuando el ministro asiste a la procesión así sea, en su ausencia no hay que respetar esa preeminencia del coadjutor. Pero esto debe ser conferido en quietud y determinar quienes serán los que ocupen los primeros puestos, pues si bien el coadjutor es del cuerpo de la Orden Tercera, el visitador debe de ocupar el lugar preferente que le corresponde por ser su condición de hermano de la Orden Primera y además de la Tercera»*<sup>438</sup>.

La réplica de la VOT no se hizo esperar:

*«Para evitar discusiones y según la humildad que San Francisco deseó para sus hijos en todo, pero principalmente en semejantes actos y procurando que se ejecute y se conserve la paz y quietud se acuerda que de aquí en adelante el señor ministro lleve a su lado al visitador, y presidiendo el cuerpo de los discretos de la Orden Tercera, vaya el coadjutor, como cabeza de ella. Pero si los religiosos se colocan al lado del padre guardián, como hasta aquí lo hacían, el coadjutor se colocará en primer lugar y si en ausencia del señor ministro le quieren dar lugar diferente no se acepte, no se acate, ni vaya en otra parte. Que el padre visitador vaya en el lugar que le corresponde, pues en la ocasión*

---

<sup>436</sup>Ibíd., C. 1, Lib. I, fol. 26.

<sup>437</sup>Regla de la..., cap. III, 38.

<sup>438</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fols. 195 y 195v. Cuando se produce la protesta, es ministro de la Tercera Orden Seglar de Madrid el obispo electo de Segovia don Jerónimo de Mascareñas, mientras que la persona que ocupa el cargo de coadjutor es un discreto seglar, Miguel de Salinas, de ahí el malestar de los frailes a que éste ocupe un lugar preferente.

*referida iba presidiendo el padre guardián, como prelado que es de la Orden Primera y Tercera»<sup>439</sup>.*

Esas disputas motivaron que la VOT pidiese y obtuviese permiso para celebrar su propia procesión del Cordon, lo que supuso total libertad para convocar a todos sus hermanos incluidas las mujeres. Se le dio al acto la misma dignidad y grandeza con que la VOT revestía todas sus festividades; la comitiva la encabezaban unos niños llamados heraldillos, seguidos de un grupo de adolescentes, conocidos como cordigeros. A continuación marchaban los miembros más relevantes de la Fraternidad, rodeando las andas doradas que trasportaban al Santo Fundador, que llevaban hermanos de hábito descubierto. Por último, el resto de terceros<sup>440</sup>. Al finalizar el acto, algunos hermanos se despedían y otros bajaban a la bóveda para rezar un responso por los fallecidos<sup>441</sup>.

### **Procesión de la Pascua en Toledo**

El 29 de marzo de 1633 se trató en junta si la VOT debía desplazarse a la ciudad de Toledo para corresponder a la invitación que desde la Imperial ciudad se le había formulado con motivo de la procesión de la Pascua. Fray Pedro de Urbina, provincial en Castilla había insistido en que la Orden Tercera de Madrid, como la primera de Castilla, estuviese presente ese día, que coincidía con el capítulo general de la Primera Orden. Desde Madrid se le hizo saber a fray Pedro, que por ser la invitada, correspondía al ministro de la Fraternidad madrileña llevar el estandarte y ocupar el lugar de máximo honor. Como el franciscano se mostró de acuerdo, la VOT convocó una comisión para que

---

<sup>439</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fols. 210, 211 y 213. En apariencia, la decisión fue aceptada por el convento, pero un año después se recrudeció el asunto cuando los frailes sin previo aviso cambiaron el horario de la procesión, de mañana a tarde. Lo peor de la ofensa estaba en que la VOT no recibió invitación. El ministro Jerónimo de Mascareñas, y el Discretorio comisionaron a dos hermanos, el marqués de Santillana y don Sebastián Sanz, para que se entrevistasen con el padre provincial franciscano y le diese noticia de los agravios que había sufrido la Orden Tercera, así como de la necesidad de que los terceros recibiesen una satisfacción por parte del convento. La noticia llegó hasta el padre general quien ordenó que el guardián ofreciese una disculpa a la VOT. Los hermanos agradecieron que el padre general les diese la razón y restableciese el horario acostumbrado.

<sup>440</sup>Ibídem, leg. 404/22. Despacho liberado por el nuncio Apostólico de su Santidad en los Reinos de España para que se haga procesión de la Cuerda o Cordon en el claustro del convento de San Francisco de Madrid y que se permita la asistencia de mujeres de la Orden.

<sup>441</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 474.

se adelantase y preparase la visita<sup>442</sup>. El 14 de mayo los comisionados ya estaban en Toledo; a su frente había marchado el ministro marqués de Cañete:

*«En una pieza señalada por el Padre Guardián del convento de San Juan de los Reyes, Pedro Navarro, se juntaron el Padre visitador de la VOT, Pedro de Frías el Ministro Marques de Cañete, y los discretos y hermanos que vinieron a este capitulo y otros muchos hermanos y así mismo el visitador de la Orden Tercera de la ciudad de Toledo y de su partido, Padre Francisco Flores y los licenciados Bengoechea, Ministro, y Juan García sacerdote, el conde de Torrejón, Gabriel Rubio de Guzmán, Caballero de hábito de Calatrava y otros muchos hermanos de hábito descubierta y encubierta y tomaron asiento de la forma siguiente: en la cabecera cuatro sillas, en una el Marques de Cañete como Ministro de la Orden Tercera de la Villa de Madrid y de todos los Reinos de Castilla y a su derecha el Padre fray Pedro de Frías visitador general de la Orden Tercera de Madrid y a la derecha de esta el Padre visitador Francisco de Flores, a la izquierda del Marques de Cañete, el licenciado Bengoechea Ministro de la Orden Tercera de Toledo»<sup>443</sup>.*

Se había propuesto por parte de la comisión que los terceros de Toledo y Madrid estuviesen a las siete de la mañana a las puertas de San Juan de los Reyes, y que los responsables del culto tuviesen preparadas las hachetas que llevarían los hermanos. Era necesario nombrar comisarios para organizar y gobernar la procesión, y que los ministros de ambas fraternidades, puestos de acuerdo, junto con sus coadjutores, se acercasen a dar la obediencia al padre general de la Orden fray Juan Bautista Campaña, y al provincial fray Pedro de Urbina. El ministro Cañete insistió en que era conveniente que previamente se señalase el lugar que los terceros visitantes ocuparían en la procesión y en el templo, teniendo en cuenta la calidad de sus personas. Otra petición del Marqués fue que se permitiese a los madrileños acudir a las cuatro prisiones toledanas a dar de comer a los encarcelados pobres<sup>444</sup>.

Nunca había rehusado la VOT su comparecencia en las celebraciones toledanas, agradecía el gesto de la invitación y organizaba su asistencia con esmero. Los madrileños pensaban que el honor de figurar en los actos toledanos era recíproco y que “les venía” atendiendo a que la VOT madrileña estaba ennoblecida por sangre, virtud y letras<sup>445</sup>. Pero tampoco era extraño que surgiesen problemas si los de Toledo, por ser anfitriones,

---

<sup>442</sup>Toledo se distinguía de las demás ciudades castellanas por su papel de centro religioso, al ser la capital de la mayor y más rica diócesis de la Península, sede del Tribunal de Apelación Archidiecésano y de la Inquisición española.

<sup>443</sup>AVOTM, C. I, Lib. II, fol. 39.

<sup>444</sup>Ibíd., fol. 47.

<sup>445</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 39.



esgrimían derechos para ocupar los lugares de honor en la procesión, cosa que los madrileños no consentían. En 1645, se dio esa situación, y los de Madrid negaron su asistencia alegando que: “y si los de Toledo tienen a gala su antigüedad, a los de Madrid nos sobra prestigio”<sup>446</sup>. En 1658, por circunstancias similares, la VOT justificó ante la jerarquía franciscana su ausencia porque los toledanos se negaban a compartir los honores.

Así las cosas, en abril de 1682 la VOT recibió un oficio de la Tercera de Toledo en los siguientes términos:

*«Con sumo alborozo celebrará la Orden Tercera de Toledo su participación y asistencia al Capitulo General en mayo pues se la honra con veneración y estima».*

Desde Madrid se indagó para conocer los lugares que les habían sido asignados. La respuesta causó gran malestar: se agradecía la asistencia pero debían saber que el hermano ministro anfitrión, Francisco Villarreal Águila, oidor del Consejo de la Gobernación del Arzobispado, presidiría la procesión, y sería el portador del estandarte de la Venerable Orden Tercera Seglar. A su derecha marcharía su coadjutor, y a su izquierda, el ministro de la Orden madrileña Juan Antonio López de Zárate. La Fraternidad toledana había reservado para sí los lugares de máximo honor, y si no se respetaba su postura, amenazaba con no asistir a ninguno de los actos<sup>447</sup>.

Ante lo que parecía casi un desafío, el ministro López de Zárate convocó junta extraordinaria y el Discretorio no dilató su respuesta:

*«Con igual alborozo al que manifiesta vuestra Orden recibimos vuestra invitación, pero la Venerable Orden Tercera de Madrid no está conforme en que sea el ministro de Toledo el que lleve el estandarte y no esta tampoco de acuerdo en que sea la Orden Tercera de Toledo la que quiera ocupar los lugares de mas preeminencia»*<sup>448</sup>.

Se acordó que de una vez por todas se aclarasen las condiciones de la presencia de la VOT en esos actos. La situación más que embarazosa, se había hecho grave. López de Zárate escribió al cardenal-arzobispo de Toledo Luis Manuel de Portocarrero poniéndole

---

<sup>446</sup>Ibídem, C. 4, Lib. VI, fols. 381, 381v. y 383. Sobre la problemática que se presentaba en la celebración de los capítulos generales entre las órdenes terceras de Madrid y Toledo.

<sup>447</sup>Don Juan Antonio López de Zárate, marqués de Villanueva de la Sagra, sustituyó en el cargo de ministro a su padre don Iñigo tras su muerte en 1670.

<sup>448</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI, fols. 386-388.

en antecedentes de todo lo sucedido<sup>449</sup>. Le hizo saber que conforme a la tradición, y por deferencia al invitado, siempre había sido el ministro de la VOT el que llevaba el estandarte. Por ese motivo los terceros madrileños se comprometían a que si los de Toledo cumplían su amenaza de no organizar y asistir a la procesión, lo harían ellos con decoro, solemnidad y lucimiento. Respaldaban su oferta el visitador general de toda Castilla fray Antonio Calderón, y el canónigo don Joseph Troconiz y Lezcano.

Al pasar los días, y como el altercado entre las fraternidades no amainaba, el visitador madrileño creyó necesario adelantar su viaje a Toledo para ver “*in situ*” como podía tranquilizar los ánimos. En Madrid, sin noticias de Portocarrero, se despachó un correo a caballo para que con rapidez trajese noticias. La contestación del Cardenal cumplió las expectativas de la VOT, daba la razón a López de Zárate, era él quien debía llevar el estandarte y, desde luego, ocupar el lugar de honor.

El 16 de mayo de 1682 los terceros madrileños se encontraban en Toledo, oyeron misa y comulgaron en la iglesia de San Antonio. Los visitantes de ambas fraternidades habían mediado para que las relaciones se suavizasen, y parecía que lo habían logrado, porque también estaban presentes los toledanos.

El día 17, a las seis de la mañana, la VOT estaba preparada junto a las puertas de San Juan de los Reyes, dando comienzo la procesión que durante horas discurrió por las calles de la ciudad. A su cabeza marchaba el entonces general de la Orden franciscana fray Pedro Marino Sermano, natural de Milán, guardián de los Santos Lugares de Jerusalén, seguido de los religiosos de la Primera Orden. A continuación, la Orden Tercera Seglar, presidida por Juan Antonio López de Zárate, en la mano el estandarte; a su derecha el coadjutor de la Orden Tercera toledana, Manuel Fonseca, y su izquierda un discreto madrileño, Alonso Joseph, sujetando ambos las borlas del estandarte. Después, interpolados, caminaban los hermanos eclesiásticos y seglares de las dos fraternidades. Remataban el largo séquito Francisco de Villarreal y Águila, ministro de la Fraternidad toledana, llevando a su derecha al coadjutor madrileño Joseph Gallo de Santa Martas, capellán titular de la Capilla Real de la Encarnación, y a su izquierda a un hermano discreto toledano<sup>450</sup>.

---

<sup>449</sup>Luis Manuel Fernández de Portocarrero había sido nombrado arzobispo de Toledo el 28 de enero de 1678; murió el 14 de enero de 1709.

<sup>450</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI, fol. 411.

El lunes 18, el ministro madrileño y los cargos más representativos de la Fraternidad, acompañados de una comisión de la de Toledo, realizaron visitas a las cárceles Real y Corona. Se llevaron alimentos a los presos y se les entregó una limosna.

Antes de emprender el viaje de regreso a la capital, don Juan Antonio, “de su bolsillo”, invitó a comer espléndidamente a muchos hermanos, un gesto que elocuentemente agradeció el ministro toledano<sup>451</sup>.

A pesar de las disputas y celos entre toledanos y madrileños, los primeros sabían que la VOT de Madrid con su asistencia arrastraba tras sí no sólo un importante número de hermanos, sino también a personajes relevantes muy cercanos al Monarca: títulos, caballeros de hábito, personalidades de la alta burocracia cortesana, eclesiásticos, etc.<sup>452</sup>. Con su presencia, la VOT engrandecía los actos y, además, en su entorno giraba un juego de influencias que no se podía desaprovechar<sup>453</sup>.

#### ***d) Piedad, fe y cultura: el culto a las reliquias***

El proceso confesional buscaba fórmulas de motivación que reavivaran la fe, contaba para ello con el apoyo de los gobernantes y con la exaltación piadosa de los fieles<sup>454</sup>, y si bien, desde el Concilio se había insistido en desterrar supersticiones, lo cierto es que había crecido en la sociedad el urgente deseo de poseer reliquias de santos y mártires. Una forma de acercarse a la presencia divina<sup>455</sup>.

La Iglesia decía que la visión de las reliquias debía conmocionar espiritualmente y provocar la oración<sup>456</sup>, poniendo las emociones al servicio de las verdades de la fe, porque

---

<sup>451</sup>Ibídem, fols. 390-392.

<sup>452</sup>La VOT exigía la participación masiva de todos los hermanos en este tipo de celebraciones, si no lo hacían, se les amonestaba públicamente.

<sup>453</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI, fol. 392. En 1682 la VOT tuvo que alquilar tres galeras para transportar todo lo necesario a Toledo: estandartes, santos, velas, libros, andas. A los hermanos de hábito descubierto se les proporcionó hábito nuevo, ferreruelos, sombreros, medias, zapatos, cuellos y cordones, y se les dieron cinco reales diarios a cada uno. El viaje entre ida y vuelta duró seis días. El gasto total del viaje ascendió a 1.300 ducados.

<sup>454</sup>COLOQUIO INTERNACIONAL, op. cit., p. 11, El tráfico de reliquias durante la Edad Media dio lugar a un comercio que se prestó a todo tipo de falsificaciones. La veneración de reliquias de santos y de imágenes fue tema de estudio en la sesión XXV del Concilio de Trento. Se decretó que fuesen los obispos los que instruyesen a los fieles sobre su valor espiritual. Al afán coleccionista de reliquias que se desató después de Trento, surgieron críticas que pusieron en serias dudas la autenticidad de muchas de ellas. Voltaire escribía que “si todos los fragmentos de la Cruz de Cristo fuesen legítimos sus dimensiones debieron de ser increíbles”. Sobre reliquias, en BOUZA ÁLVAREZ, J. L.: *Religiosidad contrarreformista y cultura simbólica del Barroco*, Madrid, 1990.

<sup>455</sup>DELEHAYE, H.: *Les origes du culte des martyrs*, Bruselas, Société des Bollandistes, 1933, pp. 24-49.

<sup>456</sup>CHRISTIAN, W. A., op. cit., p. 166.

las reliquias eran un difusor de piedad que determinaba climas religiosos, y constituían una señal de identidad de los católicos que les separaba de la austeridad de los protestantes<sup>457</sup>. Por ese motivo se exponían ante el público en las grandes fiestas o si amenazaban desastres naturales, sequías o lluvias torrenciales que, según el sentir popular, eran castigos celestiales por las faltas y pecados de los hombres<sup>458</sup>. Se tenía la convicción de que el mundo divino intervenía directamente en la vida de los seres humanos.

Determinar la autenticidad de una reliquia, rodeada de interrogantes y protestas, ofrecía serios problemas, pero si se acreditaba su veracidad, inmediatamente gozaba de la veneración y culto de los fieles, de tal forma, que poner en duda su legitimidad podía considerarse herejía<sup>459</sup>. El obispo del lugar, asistido por el asesoramiento de un equipo de teólogos y expertos, era la autoridad encargada del examen, y aprobación o rechazo de una reliquia<sup>460</sup>.

Desde el siglo XVI el cristocentrismo, movimiento de renovación cristiana y de devoción a Cristo, experimentó un notable incremento; los signos dramáticos de la Pasión se hicieron en el Barroco exponentes de una nueva dialéctica entre el pueblo y sus imágenes, lo que ha sido considerado por algunos escritores contemporáneos como una respuesta al protestantismo<sup>461</sup>. La imagen de Cristo cobraba vida y la cruz pasaba a ocupar un lugar de honor en la devoción de los fieles, puesto que de ella brotaron los frutos de la salvación. El madero de la crucifixión se convertía en motivo de deseo y esperanza<sup>462</sup>.

La Venerable Orden Tercera de Madrid, gracias a las donaciones de los devotos, recibió diversos objetos considerados por los donantes como preciosas joyas sacras; las había que llegaban acompañadas de su “auténtica”, pero en otras primaban más las circunstancias del sentimiento del donante que la certeza de su origen sagrado. En 1674,

---

<sup>457</sup>CHECA, F.: *Felipe II mecenas de las artes*, Madrid, 1992, pp. 288-290. Durante el reinado de Felipe II hubo varias traslaciones de restos de santos: en 1565, San Eugenio a Toledo; los Santos niños Justo y Pastor a Alcalá de Henares; Santa Leocadia también a Toledo...

<sup>458</sup>Acerca del carácter providencialista de la sociedad, ver CALVO POYATO, J.: «Religiosidad y calamidades en tierras de Córdoba a finales del siglo XVII», en *Hispania Sacra*, XXXIX, n.º 79, enero-junio de 1987, pp. 185-200.

<sup>459</sup>BOUZA ÁLVAREZ, J. L., op. cit., pp. 27-42. La Iglesia Católica adoptó medidas para llevar a cabo un proceso que garantizase la procedencia de cada reliquia, expidiéndose para las que se consideraban como verdaderas una documentación acreditativa llamada “auténtica”. Unido al clima de exaltación religiosa y reacción contra el protestantismo, marchó el afán coleccionista.

<sup>460</sup>ALVAR EZQUERRA, A. y PRIETO PALOMO, T.: *Creyentes y gobernantes, la religiosidad en Madrid*, Madrid, 2002, p. 171.

<sup>461</sup>GERBET, M. C.: «Les confréries religieuses à Cáceres», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 1971, pp. 75-105.

<sup>462</sup>A pesar del control ejercido por la autoridad eclesiástica, las falsificaciones se multiplicaron. Sólo en España se identificaron restos del madero en el que fue crucificado Cristo en más de treinta pueblos.

un tercero, don Pedro Antonio de Aragón, casado con Ana de Córdoba, duquesa de Feria, entregaba a la VOT una imagen de Jesucristo crucificado, al parecer muy milagrosa. Como otras muchas reliquias, estaba dotada de indulgencia perpetua general, otorgada en Roma para aquellos moribundos que en su última hora tuviesen presentes a Cristo. La imagen fue aceptada por la VOT y venerada como verdadera reliquia<sup>463</sup>.

Sin embargo, una de las máspreciadas entre los hermanos fue un pedazo del llamado Lignum Crucis. La donante fue la benefactora de la VOT, Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara, quien dejó establecido en su testamento que tras su muerte la Orden tuviese su custodia. La señora estaba convencida de su autenticidad porque el lugar de donde provenía le merecía y gozaba de su confianza y, además, contaba con todas las garantías de ser auténtica.

Había llegado a sus manos por la intervención de su difunto esposo, el jurista Lorenzo Ramírez de Prado. La amistad que unía a Ramírez de Prado con el conde de Montalbán, mayordomo del rey don Felipe IV, había hecho posible satisfacer el deseo de doña Lorenza, quien por su reconocida piedad, ardía en deseos de poseer lo que para ella era un verdadero tesoro.

La documentación que acompañaba la reliquia y su *auténtica*, se guardaron en el archivo de la Fraternidad donde consta que el 27 de octubre de 1654, el conde don Gaspar de Fuensalida, grefier de su majestad Felipe IV, certificaba que:

*«Su Majestad se ha servido de remitir al conde de Montalvan, su Mayordomo mas antiguo, un decreto por el que, al haber acomodado el Relicario en la Real Capilla se le de con especial cuidado y devoción un poco de Lignum Crucis y así se saquen dos rajitas que se cortarán del grueso de una pluma de paloma que está en la oja de la flor de lis y de la que se sacó para la Infanta Margarita María cuando se bautizó y para otras personas reales y de la oja izquierda de la flor de lis se saco un trozo que el señor conde entregó a doña Lorenza, mujer de don Lorenzo Ramírez de Prado del Consejo de su Majestad»*<sup>464</sup>.

---

<sup>463</sup>El jubileo o indulgencia plenaria consistía en una remisión de las penas temporales (entendido como el tiempo de permanencia en el Purgatorio). El deseo de ganar indulgencias era una prueba de la preocupación por el pecado, el perdón y la vida después de la muerte, y para algunos constituía un salvoconducto necesario para acceder al Reino de Dios. Por eso, la ciudad, villa, ermita o capilla que poseyese reliquias se consideraba protegida y amparada por la Providencia.

<sup>464</sup>AVOTM, leg. 404/29. Dos certificaciones de un real decreto expedido por Felipe IV desde San Lorenzo del Escorial, concediendo al matrimonio Ramírez de Prado un trozo del Lignum Crucis. El legajo contiene el expediente de la petición y la concesión de la reliquia, 1654.

Hasta 1681 la reliquia había estado depositada dentro de un precioso relicario en el oratorio particular de la dama, a su muerte, acaecida ese año, pidió que se conservase en el tabernáculo de la capilla del Cristo de los Dolores, del que era ferviente devota. La entrega del Lignum se postergó durante un tiempo debido a los problemas surgidos entre la benefactora y la VOT poco antes de su muerte. En 1683, su testamentaria e íntima amiga, la duquesa viuda de Terranova, Juana de Aragón, cuñada de don Pedro Antonio y don Pascual de Aragón, el primero duque de Segorbe y Cardona, y el segundo Cardenal de Toledo, comunicó a los hermanos su intención de hacer oficialmente la entrega, pidiéndoles que de antemano preparasen un lugar adecuado para recibirla<sup>465</sup>.

El orfebre Manuel de Astorga fue el encargado de crear con urgencia un habitáculo en el mencionado tabernáculo. A este artista se le confió poco después que realizase un rico cáliz-copón y una custodia, pues la viuda de Ramírez de Prado había ordenado que junto con la reliquia se entregase a la VOT un número considerable de diamantes y monedas de oro y plata, con la condición de que las joyas se aplicasen a la hechura de objetos de culto. El legado fue tasado por la VOT, y su valor superó los 7.000 ducados de plata doble. El 22 de enero de 1683, en la capilla del Cristo de los Dolores, la duquesa de Terranova entregaba al visitador la reliquia dentro de una preciosa cajita de oro. Todos los congregados después de admirarla rezaron mientras sonaba música de chirimías, tímpanos y clarines. Finalizado el acto, la reliquia fue colocada en un pequeño pero primoroso sagrario de bronce dorado, y su puertecilla fue cerrada con llave<sup>466</sup>.

Es mucha la documentación que ha pasado por nuestras manos acerca de las entregas de donantes de trozos de vestiduras de santos que en vida habían pertenecido a la Orden Tercera<sup>467</sup>, también *auténticas* de los hábitos de Santa Lucía, Santa Constanza, Santa Rosa de Viterbo, etc. e, incluso, del mismo San Francisco, pues el conde de

---

<sup>465</sup>Ibídem, C. 7, Lib. IX, fol. 363. Juana de Aragón, duquesa de Terranova, fue camarera mayor de la primera esposa de Carlos II, doña María Luisa de Orleáns. Debió su nombramiento a la decisión política del hermanastro del Rey, don Juan José de Austria, que deseaba satisfacer a la Casa de Aragón por los servicios que le había prestado. Era esta señora de carácter altivo y gesto severo, viuda de don Carlos de Aragón, hermano de don Pedro de Aragón, vicescanciller de Aragón, vinculado a Lorenza de Cárdenas por lazos familiares. Doña Juana, ya de edad avanzada, cuando ocupó el cargo, capitaneaba un ejército de personajes, que eran sus ojos y oídos, y la mantenían informada en todo momento sobre las actuaciones de la Reina. Era fiel representante del aparato cortesano español, tan distinto de la etiqueta francesa, y por ese motivo, la joven Reina era observada y criticada por la camarera. Tras la muerte de María Luisa de Orleáns, la de Terranova abandonó el cargo, pero lo recuperó en 1691, cuando la Reina Madre, Mariana de Austria, tras la muerte de la marquesa de Valduza, la nombró su camarera mayor. Para más información véase CONTRERAS, J.: *Carlos II...*, pp. 188 y 193-197.

<sup>466</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI, fol. 446.

<sup>467</sup>Ibídem, C. 6, Lib. VIII, fol. 132; y legs. 404/36/37/38.

Monterrey, en 1696, entregaba a la Fraternidad unos trozos del cilicio y del hábito del Santo<sup>468</sup>.

Muy bien recibida por la Orden madrileña fue la donación que el cardenal Portocarrero le hizo en 1692. El cardenal, hermano de la Tercera Orden, que siempre demostró su deferencia y favor hacia la Fraternidad, quiso hacerla depositaria de una reliquia que el cardenal Barberini le envió desde Roma. Se trataba de un algodón impregnado en la sangre del Fundador franciscano. Barberini había empapado el algodón en la sangre que se conservaba en una ampolla de vidrio en la iglesia de la Sacra Agmata de la Ciudad Eterna. La *auténtica* escrita sobre pergamino, en la parte trasera llevaba los sellos con las armas del cardenal Barberini y su firma. En otro documento, de mano de Portocarrero, figuraba su donación a la VOT. La reliquia causó tanta admiración que se colocó en el interior de una urna adornada con jaspes, en el tabernáculo, muy cercana al sagrario, y se ordenó que no se cambiase de lugar, salvo por probados motivos<sup>469</sup>.

Sin embargo, muchos de los terceros y devotos de la Orden, consideraban que la reliquia más preciada era el Cristo de los Dolores. El Cristo, desde su llegada a la VOT y por el carácter de milagrero que le acompañaba, provocó entre los hermanos un sentimiento de devoción y respeto, que lejos de languidecer en el tiempo creció más y más. Sucesos como el que vamos a relatar fueron causa de que, incluso los más incrédulos, viesan en la imagen poderes sobrenaturales. En agosto de 1678, el Discretorio reunido en junta discurría acerca de unos hechos tachados sí no milagrosos sí de extraordinarios:

*«Después de celebrarse la festividad de Santa Clara, ha pocos días, se desató una borrasca muy grande sobre las cinco o seis de la tarde. El furor de la tormenta era tal que descargó un rayo o centella en el capitel de la iglesia del Cristo de los Dolores, y se levantaron algunas pizarras de este sin llegar a abrir agujero en las tablas de debajo y sin romper pared ni vidriera. El rayo penetró en la capilla, rodeó la cuerda de la que pendía la gran lámpara que fue donación de nuestra benefactora doña Lorenza de Cárdenas, en la que lucen tres lámparas de manera permanente y en referencia al Misterio de la Santísima Trinidad. El rayo llegó hasta el remate o borla del cordón de la que pende la lámpara y prendió fuego a ese adorno y se incrustó en él, pero a pesar de la densa humareda que se produjo lo maravilloso es que lo dejó intacto y solo se vio después una pequeña muestra quemada que sirve de testimonio de lo acontecido. Todo esto nos muestra que este rayo o centella solo llegó a nuestra*

<sup>468</sup>Ibídem, leg. 404/33. La VOT aceptaba las reliquias que llegaban respaldadas por bula, se guardaban en las capillas y su beneficio espiritual se aplicaba a los hermanos que las visitasen.

Ibídem, 30/32/34/35. Reliquias que trae un cautivo desde Larache, y que tras su liberación por orden del cardenal Portocarrero se entregan a la VOT. Auténticas de las reliquias y objetos que pertenecieron a varios santos y que ahora se guardan en la Orden Tercera de Madrid.

<sup>469</sup>Ibídem, C. 7, Lib. IX, fols. 492 y 495; y leg. 405/1.

*capilla para alabar a Nuestro Señor, pues sabemos que allí habían bastante ingredientes para que todo se hubiese arruinado, cuerdas y aceite de la lámpara. Sin embargo, las luces siguieron luciendo y así lo manifestaron testigos de excepción como fue el Reverendo padre fray Francisco Carmin y otros hermanos».*

### ***e) La cuestión de la Inmaculada Concepción y la Orden Tercera Seglar***

La historiografía no se ha puesto de acuerdo a la hora de determinar el origen de la devoción mariana. Se coincide en que se remonta al siglo XI, pero mientras que unos autores consideran que su culto se expandió desde Francia o Inglaterra a diversos lugares de Europa, otros, sitúan sus comienzos en el Mediterráneo Oriental, y a los monjes que huyeron de las persecuciones bizantinas, como sus transmisores en Italia.

La Monarquía Hispánica impulsó la devoción mariana entre el pueblo considerándolo un elemento de unión social y promotor de vida religiosa en comuna<sup>470</sup>. La defensa de la Inmaculada Concepción de María se insertó en el ambiente cultural de la época, contando siempre con la intervención y el apoyo monárquico. En la confrontación confesional del siglo XVI entre católicos y protestantes, en la que estos rechazaban el culto a la Virgen y a los santos, la devoción mariana dio como fruto la constitución de congregaciones en defensa del honor de la Virgen frente a la herejía<sup>471</sup>. El debate sobre la Concepción de María, que permanecía abierto desde la Edad Media, estuvo presente en el Concilio de Trento, y en él se declaró que la Madre de Cristo estaba exenta de pecado original<sup>472</sup>. Sin embargo, al ser sólo una declaración que no se hizo dogma, la polémica siguió abierta<sup>473</sup>.

El liderato en el enfrentamiento por esa cuestión lo presidieron franciscanos y jesuitas como sus baluartes, y los dominicos como detractores. Las actitudes opuestas de

---

<sup>470</sup>CHATELIER, L.: «A l'origine d'une société catholique. Le rôle des congrégations mariales aux XVI-XVIII siècles», en *Histoire, économie et société*, París, 1984, pp. 203-220. El autor considera de especial significado la proliferación de las congregaciones marianas tras la victoria de Lepanto, que se atribuyó a la intervención milagrosa de la Virgen.

<sup>471</sup>PULIDO SERRANO, J. I.: *La fe desatada en devoción*, Madrid, 1999, p. 99.

<sup>472</sup> En España el culto a la Virgen se remontaba a la Edad Media. Existe documentación que asegura que desde el siglo XIII eran muchos los actos que se celebraban a favor de la pureza de María, y que entre las ciudades pioneras en ese fervor fueron Barcelona, desde 1281, Córdoba en 1350 y Sevilla a partir de 1369<sup>472</sup>

<sup>473</sup>MISCELÁNEA: *Antigüedad de la fiesta de la Inmaculada Concepción en la Iglesia de España*, Comillas, 1954. Se tienen noticias de que en la ciudad de Sevilla, el 8 de diciembre de 1615, se celebra una procesión en honor de la "Pura y Limpia Concepción de María".



los religiosos por la virulencia que alcanzaron, se traspasaron a la sociedad llegando a producirse altercados populares<sup>474</sup>.

Los franciscanos desde 1263 habían creído en la Inmaculada Concepción de María, y de esa creencia participaba la Venerable Orden Tercera de Madrid<sup>475</sup>. Semanalmente, reunidos en comunidad en la capilla los hermanos oraban, escuchaban alguna plática y honraban a la Virgen con el extenso rezo de la Corona de Nuestra Señora, una práctica piadosa que controlaba el padre visitador, “*está en su mano el arbitrio del tiempo en esta causa y en los actos de mortificación*”. El rezo era seguido por una lectura espiritual con oración mental. Se trataba de un acto piadoso-colectivo de carácter interno, una práctica de devoción en el que las acciones externas de los hermanos adquirirían valor, en tanto, que servían de modelo para los demás fieles<sup>476</sup>.

En 1616 Felipe III hizo suya la empresa mariana y envió una embajada a Roma con la petición de que el papa Paulo V (1605-1621) definiese su postura en cuanto a la Inmaculada Concepción de María. No hubo respuesta positiva y el mutismo papal no se rompió tampoco en 1618, cuando el vicario general franciscano fray Antonio de Trejo presidió una segunda embajada. En 1621 el Rey fallecía pesaroso de no haber logrado resultados positivos a pesar de que su interés le había llevado a constituir una junta presidida por fray Pedro Juan de Molina, lector, teólogo y ministro general de toda la orden franciscana para que siguiese el proceso de cerca.

---

<sup>474</sup>ALVAR EZQUERRA, A. y PRIETO PALOMO, T.: *Creyentes y...*, p. 163.

<sup>475</sup>SÁNCHEZ DE MADARIAGA, E.: «Cultura religiosa y sociedad: las cofradías de laicos», en *Historia Social* n.º 35, Madrid, 1999, pp. 39-40. Otra devoción mariana que alcanza gran auge a finales de siglo es el rosario callejero. En 1695 el arzobispo Luis Manuel de Portocarrero daba cuenta al Papa de la devoción que había alcanzado en España ese acto de piedad cantado por las calles. La devoción había comenzado un año antes, y aunque el arzobispo en un principio tuvo reparos en dar permiso por lo populoso de la Corte, después permitió que saliesen los fieles procesionalmente las tardes de los días de fiesta. El mismo arzobispo asistió al primero de ellos que se celebró en la capital para fervorizar la devoción de los fieles. La práctica piadosa se mantuvo gracias a la inmediata y calurosa acogida de los devotos. La participación era masiva aunque sólo masculina, ya que las procesiones se realizaban sin “conurrencia alguna de mujeres”.

<sup>476</sup>SALAZAR, P. de, op. cit., Lib. VI, fols. 52-53. La devoción a María siempre estuvo presente en la Orden Tercera franciscana; uno de los rezos más frecuentes entre los hermanos fue una oración conocida como *La Corona de Nuestra Señora*, con cierta similitud con el rezo del rosario. Esa devoción se remonta al año de 1400, momento en el que toma el hábito franciscano un joven, muy devoto de una imagen de la Virgen, a la que adornaba frecuentemente con una corona de flores. Antes de entrar en religión, se lamentó de no poderlo hacer tras su ingreso en el convento. Se asombró al escuchar una voz dulcísima que le decía que aun más que las flores le complacía su devoción, y que a partir de entonces esa corona fuesen saluciones piadosas: un Padrenuestro y a continuación diez Avemarias, y así durante siete veces. La primera, por la merced de haber sido elegida como Madre de Cristo; la segunda, por la visita que realizó a su querida prima Santa Isabel; la tercera, por su sagrado parto; la cuarta, por la llegada de los Reyes Magos a adorar a Dios hecho Hombre; la quinta, por el encuentro en el templo; la sexta, por la visita de Jesús después de resucitado; y la séptima, porque fue llevada por los ángeles hasta el cielo.

Felipe IV manifestó el mismo tesón que su antecesor pero tuvo más éxito en el empeño, cuando gracias a la brillante acción diplomática de los embajadores españoles se consiguió que en 1622 se aprobase el decreto “*Sanctissimus*”, que legalizaba de forma oficial la campaña que jesuitas y franciscanos habían emprendido en defensa de la Concepción Inmaculada de la Virgen. La llegada al Solio Pontificio de Alejandro VII en 1655, supuso usar libremente la expresión Inmaculada Concepción de María. El 8 de diciembre de 1661 se emitió la bula, “*Sollicitudo omnium ecclesiarum*”, por fin la Iglesia declaraba a María libre de la culpa original<sup>477</sup>, pero no fue hasta doscientos años después, 1854, cuando esa declaración se hacía dogma<sup>478</sup>.

La VOT siempre apoyó firmemente la Concepción sin mancha de María, y fue muy singular en la Orden la veneración que siempre se dispensó a la Virgen. En los movimientos franciscanos convocados con ese fin, los terceros estuvieron presentes, participando activamente e impulsando campañas a favor del dogma. El 20 de enero de 1653, fiesta de San Sebastián, el Discretorio de la VOT de Madrid convocó una junta, a la que asistieron una gran mayoría de hermanos. El motivo fue que todos los miembros de la Venerable Orden Tercera de Madrid jurasen sobre los Evangelios defender hasta las últimas consecuencias, incluso con su vida, la Concepción, libre de pecado original, de la Santísima Virgen<sup>479</sup>. Desde entonces, la VOT quiso que esa fecha fuese día de fiesta y devoción en la triple dimensión de advocación, defensa y proclama del misterio de la Concepción mariana.

Como muestra pública de la devoción de la Tercera Orden Seglar a María, a partir de 1695 se incluyó en el acto de la profesión de los hermanos, el juramento de defender la pureza de la Inmaculada Concepción de María<sup>480</sup>.

## **2. ARISTOCRACIA, ORDEN Y DISCIPLINAMIENTO**

La VOT madrileña, que nació en la Corte y en el seno del proceso confesional, supo adaptarse al vivir cortesano por su carácter seglar, ejercitando la convivencia dentro

---

<sup>477</sup> MUÑOZ NAVARRO, E.: *Sermón de la Purísima Concepción de la Virgen María*, Sevilla, 1616, p.5.

<sup>478</sup> ALCALÁ ZAMORA, J. y BELENGUER, E., op. cit., pp. 422-423. La Inmaculada Concepción de María no fue dogma de fe hasta 1854, cuando el Pontífice Pío IX hizo pública la Bula *Ineffabilis Deus*.

<sup>479</sup> AVOTM, C. 4, Lib. VI, fols. 381 y ss. En el siglo XVII, una imagen de la Inmaculada que se veneraba en la capilla de San Juan de los Reyes, en Toledo, salía en la procesión durante la celebración del Capítulo General franciscano, por ser patrona tutelar de la Orden franciscana.

<sup>480</sup> *Ibidem*, C. 2, Lib. IV, fol. 314.

y fuera de la Fraternidad, cultivando la apariencia y creando cultura. Su actividad discurrió dentro de parámetros de unión fraternal, rituales de vida y espacios de identidad simbólica, delimitados por un orden de carácter disciplinario desde el que se apuntaba la reforma interior del individuo. La VOT, sin duda, entró a formar parte de la estructura creada según nos dice el profesor Contreras, para *“uniformar conductas, ritos y símbolos adaptados y en complementación con el ordenamiento jurídico, social y político en que los individuos se encuadraban”*<sup>481</sup>

El disciplinamiento social desde las distintas instancias contribuyó a la integración de los individuos en un conjunto homogéneo de súbditos comprometidos en normas morales, éticas y políticas. En época confesional, a los fenómenos religiosos se les ha relacionado con los fenómenos políticos y sociales, utilizándose el elemento religioso como instrumento de control y el disciplinamiento asociándolo al proceso de construcción del Estado; una muestra más de los estrechos vínculos que existían entre los poderes políticos y la Iglesia<sup>482</sup>. Todavía relativamente recientes los postulados tridentinos y los efectos reformistas que afectaron a diversas órdenes religiosas, la Venerable Orden Tercera de Madrid se institucionalizaba de forma oficial en 1609; a partir de ese momento la Fraternidad se convertía en objeto permanente de atención y de vigilancia religiosa, política, económica y social<sup>483</sup>.

Un control que las órdenes terceras franciscanas habían recibido de manera hostil, por lo que no dudaron en hacer llegar sus quejas a las autoridades franciscanas de la Primera Orden, en lo que consideraban una injerencia en sus ordenaciones internas<sup>484</sup>. A pesar de ello, la jerarquía eclesiástica creyó aconsejable someter a las fraternidades y, en concreto a la recién creada en Madrid, a ese régimen, lo que explicaría el hecho de que en su primer cuarto de siglo el gobierno de la Institución estuviese en manos de clérigos y la

---

<sup>481</sup> CONTRERAS, J.: «Procesos...», en *Revista de Hist...*, pp. 3-22.

<sup>482</sup> PALOMO, F., op. cit., p. 120

<sup>483</sup> Felipe II había ordenado en el siglo anterior que las órdenes terceras realizasen un inventario público de sus bienes, para conocer de forma fidedigna el verdadero estado financiero de esos institutos, en un paso más de afirmación de su regio poder y de su definición y control en el proceso de confesionalización. Entre los franciscanos españoles, aunque coincidían con las resoluciones tridentinas en la necesidad de recuperar ideales de purificación cristiana y de reforma, la cuestión económica levantó cierta polvareda y el consiguiente descontento de los afectados.

<sup>484</sup> AGS, leg. 149, n.º 165. “(...) el Rey, venerable y devoto padre, por la relación que os enviara con esta de un breve que nuestro muy sancto padre, que a instancia y supondrá. ha concedido, entenderéis la comisión y facultad que en él ha dado el muy Rdo. in Charidad. padre, Cardenal de Siguença, Presidente de mi Consejo y Inquisidor General en estos reynos, para que disponga de los bienes, frutos y rentas que poseían los frayles conventuales y los de la tercera regla en la forma que en la dicha relación se contiene(...)”

participación seglar, siempre controlada por el visitador y el guardián del convento, tuviese escasa repercusión en las decisiones de las juntas.

<b>Composición del Discretorio de la VOT en el año 1627</b>	
<b>Ministro</b> , licenciado Juan de la Peña y Nisso	
<b>Coadjutor</b> , Vicencio Carducho.	
<b>Discretos Eclesiásticos</b>	<b>Discretos seglares</b>
Licenciado Félix Lope de Vega y Carpio.	Antonio de Espejo.
Licenciado Francisco Marcos de la Barreda..	Antonio de Robles y Guzmán.
Licenciado Jerónimo de Quintana.	Cristóbal de Medina.
Licenciado Lorenzo de Liébana.	Francisco Martínez de Álava.
Licenciado Pablo de los Ríos.	Mateo de Mallea Ibarra.
Licenciado Pedro Pérez Gastón.	José de Lima.
Licenciado Luis Gálvez.	Gaspar Martel.
Licenciado Francisco López de Macera.	Nicolás Ordóñez.
Licenciado Francisco de Galván,	Benito Lozano.
Licenciado Pedro del Valle Ontiveros.	Juan López de Cuellar.
Licenciado Juan Luis de Soto	Juan Hurtado.
Licenciado Juan Román	Diego de Obregón,
Licenciado Francisco de Aguirre	Gaspar Asteti.

Cuadro nº 3. Composición del Discretorio de la VOT en el año 1627

Sin embargo, ese sistema en el que todos controlaban a todos no impidió que la VOT se consolidase e insertase socialmente, en parte por su espiritualidad y también por

su dedicación hacia los más débiles de la sociedad. La Fraternidad madrileña supo crear un espacio propio en el que laicos y eclesiásticos vivían, fortalecían y defendían su fe<sup>485</sup>.

Fue evidente que la inserción de la VOT en la sociedad madrileña supuso una colaboración fructífera en la aplicación de la Reforma católica, contribuyendo al éxito de la programación postridentina disciplinaria; un apoyo más de fiscalización en el transcurrir de la vida del hombre desde su nacimiento, bautizo, matrimonio y muerte. Control religioso, político y social, vela, vigilancia y persecución de la disidencia y fortalecimiento del catolicismo frente al protestantismo y la diversidad<sup>486</sup>. La catequización de las conductas de los hermanos con el conocimiento de la doctrina cristiana, y el control disciplinar de sus comportamientos morales tuvieron óptimos resultados, y para los que piensen en la VOT como un espacio limitado y, por tanto, escaso el esfuerzo de los que llevaron a cabo su disciplinamiento, es conveniente que sepan que a finales del siglo XVII, los hermanos que habían ingresado en la Orden superaban en mucho los cincuenta mil, y de ellos más de veintitrés mil eran en aquellos momentos miembros militantes activos, un número considerable de individuos que alcanzaba al 15 % de la población madrileña.

En esa sociedad pagada de la dignidad y del honor, la VOT se convirtió en un fenómeno social muy atractivo para la población de Madrid. Un lugar que por su diversidad social se tenía la posibilidad de medir el pulso de la sociedad madrileña<sup>487</sup>. El prestigio, lustre y reputación que alcanzó la Fraternidad mientras discurrió el siglo se hizo tan evidente que más de una vez hubo de enfrentarse a trances tan insólitos como el que tuvo lugar en 1683, cuando la Orden Tercera de la villa de Pinto solicitaba que la VOT madrileña la acogiese bajo su protección con todos sus hermanos *“por reconocer los muchos intereses que tanto en lo espiritual como en lo temporal conseguirían si eran admitidos”*. Petición que los terceros madrileños denegaron amablemente:

*«(...) respecto de que el cuerpo místico de la Venerable Orden Tercera de Penitencia de Nuestro Padre San Francisco se compone de las comunidades de ellos, que ay en todos los Reynos y lugares, los cuales igualmente gozan de las indulgencias y participaciones de buenas obras concedidas a dicha Orden por los sumos pontífices aunque el gobierno político de los ejercicios redime de ellos es diferente seguir su institución en cada lugar y la aplicación en esta Corte ajustándose a nuestro Padre y a las ordenanzas generales y los acuerdos hechos*

---

<sup>485</sup>GARCÍA CÁRCCEL, R. y MORENO MARTÍNEZ, D., op. cit., p. 60. La defensa de la pureza de la fe tenía, sin embargo, su vertiente política, y Felipe II sabía que la lucha contra la herejía, dentro y fuera de la Monarquía Hispánica, garantizaba la seguridad exterior e interior en sus dominios.

<sup>486</sup>ALVAR EZQUERRA, A.: *Creyentes y...*, p. 11.

<sup>487</sup>PROSPERI, A.: *Tribunal de la...*, p. 214.

*sobre su más exacto cumplimiento no admiten en sus libros a otras comunidades sino a las personas que viviendo en esta villa la piden y consta concurren en ella las calidades que pide la dicha regla, ordenaciones y acuerdos. Y siendo indubitable que la Orden tercera de Pinto ni de otro lugar necesitan para ganar las indulgencias ser admitidos en esta Venerable Orden Tercera de Madrid, ni ay ejemplar de ello, ni por común ni por particular y solo se recibe a los que viviendo en ella piden este habito y tienen las calidades que tras interrogatorios de las informaciones se examinan a los que aviendo recibido el habito en otro lugar vienen a habitar en este y presentan su patente y piden su incorporación. Por tanto ni ay fundamento ni razón para admitir en nuestra Orden a esa comunidad»<sup>488</sup>.*

## **2. 1. El control de la VOT por la aristocracia**

La tensión que experimentó Europa en el siglo XVII no se debió sólo a la ruptura de la unidad de la fe fragmentada en diversas religiones, católica, luterana, calvinista, que dieron lugar al proceso confesional, también se gestaron formas de gobierno distintas, “estados” competitivos, que dependían de la posición del príncipe, y del papel socio-político de la nobleza, de la burguesía, de la administración y de la economía. España había comenzado el siglo bajo el reinado de Felipe III con claros síntomas de agotamiento político, social y económico. Los recursos españoles estaban vinculados en gran parte a las remesas de metales preciosos que llegaban desde América, de tal forma, que al decrecer estas y no los gastos, se puede decir que en 1621, fecha de la muerte del Rey, las arcas estaban prácticamente vacías.

Sin embargo, en esos años la Monarquía Hispánica pudo gozar de un periodo de tranquilidad, la llamada *Pax Hispánica*, iniciada en 1598 cuando se firmó el Tratado de Vervins con Francia, seguido en 1604 con el de Londres, suscrito con Jacobo I Estuardo, hasta llegar al de Amberes en 1609, que puso en marcha la Tregua de los Doce Años entre España y Holanda. En territorio peninsular cobró amplia resonancia por sus efectos económicos, desastrosos, sobre todo, en la zona aragonesa y valenciana, la expulsión de los moriscos; la causa: las graves diferencias religiosas, políticas y sociales. El cuarto monarca de la Casa de los Austrias subió al trono en 1621, hacía tres años que la guerra de los Treinta Años había comenzado, y España quería salir victoriosa de ese sangriento periodo bélico porque defendía sus intereses en Flandes y el paso de los tercios por los Alpes. La situación europea que se prolongó durante un largo periodo, no rompía el diario discurrir de la VOT. En diciembre de 1628 la Orden se preparaba para celebrar las

---

<sup>488</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI, fol. 461.

elecciones a los cargos de gobierno y tras efectuarse éstas se presentaron novedades que la afectaron de manera sustancial.

Frente a posiciones eminentemente conservadoras que desconfiaban de los cambios, se había alzado otra facción que buscaba efectos sociales importantes; la aristocracia se convertía en espejo de confesionalización, y el resultado era que personajes de reconocido prestigio, pertenecientes a la nobleza y a las elites cortesanas pasaban a ocupar los puestos de responsabilidad que dejaban de estar en manos de clérigos y oscuros licenciados. Ahora el gobierno de la Orden se ponía en manos de unos personajes que por la tarea que desempeñaban en la política de la Monarquía habrían de compaginar el servicio a ésta con su labor en la Orden.

En ese drástico cambio se habían buscado a personas con la vitalidad y energía suficientes para afianzar criterios de autoridad y jerarquía, y reafirmar pautas de comportamiento que corrigiesen actitudes debilitadas. Hacía falta que en la VOT corriese sabia nueva capaz de rejuvenecer la antigua pujanza fundacional en cierta forma perdida. Un síntoma de la situación de desánimo por la que atravesaba la VOT se manifestaba en que a partir de 1620 las convocatorias de juntas se habían reducido, en 1628 sólo se reunieron en seis ocasiones<sup>489</sup>.

¿Pudo peligrar el futuro de la VOT si no se hubiesen tomado medidas en ese momento determinado? Es algo imposible de saber, pero lo cierto es que Fraternidad no sufrió alteración visible en su esencia, ni su espiritualidad, ni su entrega al prójimo se vieron afectadas, pero se hizo notar un saludable cambio en su eficacia y entusiasmo. Después de barajar distintas hipótesis y apoyándonos en el análisis documental, nuestras conclusiones han sido las siguientes: en primer lugar, la Orden, de manera progresiva, había caído en un estado de debilidad y deficiencia, en parte debido a la falta de medios económicos (en esos años son escasos los legados testamentarios y las donaciones), lo que dificultaba la labor asistencial; en segundo lugar, el desgaste del Discretorio formado en su mayoría por personas de escaso relieve social y político, poco efectivas a la hora de enfrentarse a los distintos problemas del gobierno de una Institución en continuo crecimiento; en tercer lugar, los ingresos de hermanos engrandecían y prestigiaban la Fraternidad, pero hacían difícil el controlar de manera precisa a sus miembros, y conocer puntualmente sus necesidades; Y, por último, las peticiones de ayuda se sucedían de forma

---

<sup>489</sup>Ibídem, C. 1, Lib. I.

continua, pero no siempre procedían de los verdaderamente pobres, en detrimento de los que sí lo eran, que podían quedar desasistidos.

En diciembre de 1628 las elecciones de cargos para el próximo año se efectuaron en presencia del visitador fray Lope Páez, y del nuevo guardián franciscano Francisco Verdugo, predicador de Su Majestad. El canónigo don Juan de la Peña, ministro de la VOT en ejercicio desde 1625, no fue reelegido, es más, le sustituyó un seglar, algo insólito hasta entonces. Se trataba de don Carlos de Gurrea de Aragón y Borja, duque de Villahermosa, conde de Picallo, príncipe de Astillano, conde de Melgar, Oropesa y Aguilar, comandante en Flandes y gentilhomme de la Cámara del Rey. Se eligió como coadjutor a don Francisco de Aguirre, un licenciado maestro de las Infantas en las Reales Descalzas<sup>490</sup>.

En esas elecciones la VOT se acercaba visiblemente a la Monarquía, y lo hacía a través de los miembros del Discretorio, ya que eran hermanos electos: Alonso Pérez de Guzmán, patriarca de las Indias, perteneciente a la estirpe aristocrática de los Medina Sidonia, que encabezaba la lista eclesiástica de discretos; le seguían Gaspar de Bracamonte, el conde de Miranda, príncipe de la Iglesia, quien años después abandonaría los hábitos, contraería matrimonio con la duquesa de Peñaranda y sería ministro de la Fraternidad, también el condestable de Castilla, el duque de Medinaceli, el duque del Infantado<sup>491</sup>, el conde de Lemos y muchos otros señores de la nobleza<sup>492</sup>.

En las actas de esa elección figuran también dos personajes notables: uno como celador en la parroquia de San Pedro, don Juan Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, el otro es un hombre de letras, Lope de Vega y Carpio, cliente del conde de Lemos, que ya figuraba el año anterior como discreto eclesiástico, pero que en 1629 va a desempeñar el oficio de calificador en la VOT.

---

<sup>490</sup>El monasterio de franciscanas de Nuestra Señora de la Consolación de Madrid, vulgo de las Descalzas Reales, fue fundación de Juana de Austria, hija del emperador Carlos V, hermana de Felipe II y madre de don Sebastián de Portugal. El monasterio fue construido por el arquitecto Antonio Sillero en 1559, y a su abadesa se la ha considerado como grande de España.

<sup>491</sup>El duque del Infantado fue discreto supernumerario de la VOT, una distinción que comprometía a la asistencia a las reuniones del Discretorio y a las celebraciones de la Fraternidad.

<sup>492</sup>En lo que restó del siglo XVII fueron sucesores de Villahermosa como ministros de la VOT: Alonso Pérez de Guzmán, patriarca de las Indias; Juan Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete; Pedro de Herrera, del Consejo de Hacienda; Gaspar de Bracamonte, conde de Miranda y duque de Peñaranda; marqués de Villamayor; Francisco de Borja y Aragón; marqués de Leyva y conde de Vaños; Jerónimo de Mascareñas, obispo; marqués de Santillana; Iñigo López de Zárate; Juan Antonio López de Zárate, marqués de Villanueva de la Sagra; conde de Monterrey, etc.



Otros indicios del cambio social y político que se avecinaba fue el ofrecimiento que a los pocos días, el 9 de enero, se le hizo al Cardenal-Infante don Fernando, quinto hijo de los difuntos reyes Felipe III y Margarita de Austria. Se le suplicó que aceptase ser protector de la Orden Tercera de Madrid, un cargo de honor, que proporcionaría relieve y prestigio a la Fraternidad y que don Fernando aceptó gustosamente. Días después, recibió a la comisión presidida por el patriarca de las Indias, Alonso de Pérez de Guzmán y por el duque de Medinaceli, Juan Tomás de la Cerda, quienes después de besarle la mano, le hicieron entrega del diploma con el nombramiento, agradeciéndole el gesto. La protección que el cardenal ejerció sobre la Fraternidad estuvo presente hasta 1641, año de su muerte. Desde entonces el nombramiento recayó en la figura del monarca reinante o en caso de fallecimiento, en la figura de su esposa<sup>493</sup>.

Desde esa perspectiva, 1629 se convirtió en un año clave para la Orden Tercera de Madrid, pues sin abandonar las directrices de la Regla, afianzaba su prestigio y podía entregarse con fuerza a la labor social. Las novedades se pudieron percibir en la junta general celebrada el 7 de enero, estando presentes el visitador, el guardián del convento, el ministro y el Discretorio en pleno. Ante ellos, el nuevo ministro dio lectura a un listado de normas de distinto carácter que a partir de ese momento debían ser observadas por los hermanos. De ellas destacamos las siguientes:

*«(...) que se renueven los libros de los cobradores y que se averigüe quienes son los hermanos que después de comprometerse a entregar una limosna mensual no lo hacen; que una comisión visite a todos los hermanos de la Orden para advertirles que deben asistir a todas las convocatorias que se hagan; que todos los segundos domingos de cada mes independiente de que puedan haber otras se haga Junta particular en la capilla; que con frecuencia se celebre doctrina y que acudan el Sr. visitador, el Sr. Ministro, los discretos eclesiásticos y seglares y los hermanos de nuestra Orden; que el Sr. Patriarca visite y dé de comer a los pobres de la Cárcel de la Corona; que se haga inventario de las cosas de la Orden; que las personas que quieran entrar en la Orden paguen por adelantado cuatro reales para que se les hagan las averiguaciones; que todos los primeros de mes se haga comida para los pobres; que se comisione al duque de Frías, a Francisco Aguirre, a Juan de la Peña, a Vicente Carduccio, a Jerónimo de Quintana y a otros para que se confieran nuevas ordenanzas; que en todas las juntas que se celebren se trate de lo dispuesto y ordenado en la anterior para ver si se ha dado cumplimiento y a continuación se vean los asuntos nuevos<sup>494</sup>; que los pobres de la Orden que se dicen pobres que juren en la capilla públicamente que lo son y se nombren como calificadores de esta causa a Vicencio Carduccio y al Coadjutor D. Francisco*

---

<sup>493</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 170.

<sup>494</sup>Ibídem, fol. 169r. y v. Junta general celebrada el 17 de enero de 1629.

*de Aguirre y que se de una copia de dichos pobres al convento para que allí se sepa cuantos lo han jurado en razón del ayuntamiento; que todas las informaciones una vez revisadas se envíen al archivo y este se cierre con dos llaves una que la guarde el archivero y la otra el Sr. Ministro»<sup>495</sup>.*

Se trataba de disposiciones encaminadas a que se cumpliesen fielmente las obligaciones religiosas y sociales, y a que se ejerciese un control efectivo sobre la cuestión económica, muy abandonada. Otra medida que se tomó fue que otras diez personas se incorporasen al Discretorio, cinco eclesiásticos y cinco seglares.

En ese mismo día el ministro Villahermosa instaba a los discretos a que discurriesen y buscasen limosnas para terminar con la obra de la bóveda de la capilla. Sin darle tiempo a terminar sus palabras, Pablo de los Ríos y Zúñiga ofrecía una limosna por valor de 2.000 reales, siendo su ejemplo seguido por otros hermanos. Para que hubiese constancia de ello se *“anotaron las cantidades de las limosnas en el libro de razón”*, y quiso Villahermosa que se añadiese la siguiente apostilla: *“y a quien no la de, se le pida”*<sup>496</sup>. Una confirmación más de que comenzaba una nueva forma de enfrentarse a las circunstancias, en este caso económicas, por las que podía atravesar la Orden madrileña.

El día 24 de ese mismo mes se convocaba a los terceros para que asistiesen a la doctrina, que se iba a impartir en la capilla de la VOT. Presidió el acto el duque de Villahermosa, acompañado del conde de Lemos, portador del estandarte de tafetán plateado de la Fraternidad, les acompañaban los duques de Medinaceli e Infantado. Los bancos estaban ocupados por personajes de la Corte, discretos eclesiásticos y seglares, miembros de la VOT y religiosos del convento franciscano<sup>497</sup>. Finalizada la doctrina se formó una procesión hasta la cercana plaza del Humilladero junto a la parroquia de San Andrés.

Las nuevas circunstancias hicieron crecer en la VOT deseos de disponer de más independencia en el gobierno de la Fraternidad, y, sobre todo, un control más directo sobre

---

<sup>495</sup>Ibídem, fol. 112. El 22 de abril de 1629 el síndico de la VOT presentó un oficio al Discretorio en el que recordaba la conveniencia de realizar un inventario de los bienes de la Orden. El escrito decía: *“Que ese capítulo se siga a la letra, y se haga inventario de las alhajas de la capilla: custodias y ornamentos, conforme a la memoria que se haya hecho de atrás en poder del vicario del culto divino. Que se abra cuenta y razón y que se diga si faltasen muchas cosas de las que había en 1612, que se averigüe y se haga lo que convenga y pido a la junta que me nombre para hallarme presente, saber y corregir el dicho inventario y sería conveniente que estuviese presente también el procurador general y que en la primera junta se haga relación de las cosas que faltaren”*. Este escrito parece indicar que desde 1612 la Fraternidad no había hecho inventario de sus bienes, una obligación anual para los terceros que al parecer no se había cumplido.

<sup>496</sup>Ibídem, fol. 169.

<sup>497</sup>Ibídem, C. 1, Lib. III, fol. 82.

los hermanos. Para lograrlo Toledo tenía que permitir que en alguna medida los Estatutos se alterasen; con ese propósito, el 21 de junio de 1629 el Discretorio redactaba un memorial para que llegase hasta Ocaña, lugar en el que se celebraba el capítulo general franciscano. El destinatario era fray Bernardino de la Serra, general de la Orden.

Los terceros eran conscientes del prestigio que habían alcanzado en la Corte, y creían que ello sería una baza a tener en cuenta a la hora de tomar decisiones por la jerarquía franciscana. El memorial llevaba la firma de varios discretos pertenecientes a lo más granado de la sociedad española: Villahermosa, condestable de Castilla, duque del Infantado, de Medinaceli, Juan de la Peña, Jerónimo de Quintana<sup>498</sup>, el pintor Vicencio Carducho, y así hasta veintidós personajes más.

*«Al haber aumentado la Orden Tercera de Madrid tanto en lo espiritual como en lo temporal y gracias al ejercicio de esta, se ha edificado en la Corte no solo a nobles, grandes títulos y altos señores, sino también a las mismas personas reales que siguen su estilo de vida y guardan su regla (...) por lo que se pide que se revisen algunas de las ordenaciones por parecer confusas y se añadan otras para un mejor gobierno y acción en materia de hacienda».*

*«(...) visto las muchas obligaciones de tan singular beneficio y viendo el gran aumento así en lo espiritual como en lo temporal que de algunos años a esta parte a tenido esta Santa Orden cuyo santo ejercicio han edificado de manera en toda la Corte y no solo a movido a los grandes títulos y señores de ella sino a las mismas personas reales a seguir su estatuto y guardar la regla para que no desaparezca del estado presente ni vuelva a otros antes sino que pase adelante con mayores perfecciones y virtud juzgamos son necesarios declarar algunas cosas de nuestras ordenaciones que estarían en sentido equivoco, vidrioso y oscuro y añadir otras para un mejor gobierno y mayor razón en materia de hacienda a cuya consideración cometimos a personas doctas y prudentes (...) y después del acuerdo conferido tras muchas juntas sobre puntos de tanta importancia os lo remitimos a Vuecencia con el hermano Jerónimo de Quintana, notario del Santo Oficio, y rector del hospital de la Latina de esta villa por el brazo eclesiástico y por el secular D. Juan de Lisa del*

---

<sup>498</sup>Ibíd., C. 1, Lib. II, fols. 208-209. Jerónimo de Quintana había ingresado en la Orden Tercera de Madrid en 1611. Era nuncio apostólico del Santo Oficio y rector del hospital de La Latina, fundado por doña Isabel Galindo. En 1617 fue elegido ministro de la VOT, cargo que desempeñó durante un solo año, mientras que el de coadjutor lo ejerció en 1629, 1636, 1637 y 1643. En los restantes años, de los treinta y tres que estuvo al servicio de la Fraternidad, fue nombrado enfermero mayor, controlando a los hermanos enfermeros y visitando a los enfermos en sus domicilios, y calificador de la Orden, por su pertenencia al Santo Oficio. Junto con otros tres hermanos realizaba las informaciones de los aspirantes a ingresar en la VOT. De él dependía la parroquia de los Santos Justo y Pastor, una de las que más feligreses reunía, pues según nos dice el profesor Alfredo Alvar Ezquerro, el 73% de la población madrileña se concentraba en ella. Jerónimo de Quintana siempre formó parte del Discretorio con derecho a voto hasta el día de su muerte, acaecida en el año de 1644. Con frecuencia su nombre está presente en los libros de acuerdos, lo que da a entender su actividad en la Fraternidad, una obligación que no le restó tiempo en el ejercicio de sus funciones como rector del hospital de La Latina, y de escribir una obra sobre la capital de la Monarquía Hispánica, en 1629: *“A la muy antigua, noble y coronada villa de Madrid”*.

*Consejo de Hacienda del Reino y su contador mayor de cuentas para que después de haber besado la mano de Vucencia de parte de toda la comunidad den razón acerca de lo que de ella se dificultase suplicando a Vucencia que como padre y pastor nos eche su paternal bendición y nos mande ver y aprobar concediéndonos con su acostumbrada benignidad lo que de una parte suplicamos a Vucencia cuya reverendísima persona prospere por felicísimos años. Dado dentro de esta capilla en el convento de San Francisco el 18 de junio de 1629»<sup>499</sup>.*

Dos de los firmantes, el licenciado Jerónimo de Quintana y Juan de Lisa, consejero de Hacienda, fueron los encargados de entregar la carta al provincial y no volver sin recibir respuesta. Así lo hicieron. De vuelta a la Corte el Discretorio se reunió para estudiar el escrito. Fray Bernardino felicitaba calurosamente a la Fraternidad por “el aumento y grandeza que había alcanzado”, un merito indiscutible del buen gobierno de los hermanos, sin embargo, era de la opinión que realizar cambios afectaría a las constituciones, y ello supondría futuras dificultades, al ser de carácter general para todas las fraternidades de España. Aún manteniendo ese criterio, por agradar a los firmantes de linajes muy diferentes a los peticionarios de ocasiones anteriores, prometía que si se enmendaban “*algunas cosillas*” de las peticiones, y la persona del visitador no disminuía en preeminencia con respecto a la del ministro, no tenía inconveniente en revisarlas de nuevo.

Con el resultado final, si no un éxito, sí que se lograron algunas ventajas. En materia económica, aunque sólo en parte se quebró la férrea fiscalización que se ejercía sobre la Orden, privada de disponibilidad efectiva para llevar a cabo las ayudas asistenciales tan necesarias para sus hermanos más pobres; desde entonces tuvo más libertad para disponer y dar empleo a las limosnas<sup>500</sup>. También al ministro se le concedieron ciertas atribuciones hasta entonces en manos del visitador. No por ello la VOT dejaba de ser sujeto y objeto de control; en realidad, lo que la jerarquía franciscana imponía a la VOT era una política discontinua de avance y retroceso, pero no soltaba las riendas a la hora de conceder libertades a los terceros madrileños<sup>501</sup>.

---

<sup>499</sup>Ibíd., C. 1, Lib. I, fol. 179.

<sup>500</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 75. La VOT creó una Junta de Hacienda en 1658 para que se encargase de las cuestiones económicas, incluidas las entregas de donaciones. En la primera de las reuniones se dispuso: “(...) que se nombren a algunos hermanos entre los más discretos y también a varios oficiales, para la buena administración de la hacienda de la Orden pues muchas memorias que se podían haber recibido no se han puesto en ejecución y pensamos que con esta junta particular se resuelvan los acuerdos”.

<sup>501</sup>A pesar de sus limitaciones, los Estatutos y las Constituciones de la Orden Tercera de Madrid fueron un modelo a seguir cuando se fundaron otras fraternidades franciscanas, tanto en la Península como en tierras

Muestras de la evolución que había sufrido la Orden y del cuidado exquisito que mostró el nuevo Discretorio en restituir el modo de actuar antiguo, es que al finalizar el año 1629 se habían celebrado un total de dieciocho juntas, sobre las once de 1627, y las seis de 1628<sup>502</sup>. Las asambleas fueron en aumento conforme pasaron los años, aunque no fue fácil desterrar particularismos y romper actitudes asentadas y cristalizadas en resistencias a la obediencia. Fue trabajoso implantar posiciones y comportamientos en los que prevaleciesen sentimientos de respeto a la jerarquía en aras de una mejor operatividad en los fines sociales de la Institución.

En las elecciones para cubrir los cargos en 1630 era obvio que el estamento nobiliar había tomado cuerpo en la Institución, desplazando finalmente de los principales cargos a los clérigos. Los libros de actas no muestran el por qué de ese giro, pero cabe suponer que la VOT, conforme crece en poder y prestigio, cada vez más celosa de sus prerrogativas y categoría social, toma conciencia de que sus obligaciones han aumentado, y busca elementos que socialmente hagan más efectivo su gobierno<sup>503</sup>. Porque hay que tener presente que los hermanos de la Tercera Orden franciscana, seglares por su actividad y religiosos por su piedad, conocen la virtud de los claustros, y se revisten de carácter religioso cuando ejercitan el ayuno, la mortificación, la humildad, la oración y, sobre todo, la caridad, pero son hombres que viven en el mundo y tienen libertad para llevar a cabo su misión social en el exterior.

Bajo ese criterio, en la VOT se pone en marcha una política administrativa y económica productora de beneficios que reviertan en la labor asistencial de los hermanos necesitados. Esa nueva mentalidad no significa alterar, en modo alguno, la unión fraternal entre los hermanos<sup>504</sup>.

En 1633 fue elegido como ministro de la VOT Juan Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, gentilhombre de cámara de su majestad don Felipe IV, de la casa del duque del Infantado, y como visitador, fray Pedro de Frías. De nuevo una comisión de terceros

---

americanas. Sirvan de ejemplo lo que relata el libro IX de acuerdos, fol. 19v., en febrero del año de 1693, cuando llega al Discretorio un memorial de la Orden Tercera de la ciudad de Méjico en el que se solicita una copia de las Constituciones y Estatutos madrileños para hacer a imitación de éstos los de la fraternidad mejicana.

<sup>502</sup>Ibíd., C. 1, Lib. I, fols. 141 y ss.

<sup>503</sup>En 1630 existía en la VOT una abrumadora presencia de sectores medios de la sociedad madrileña, principalmente pertenecientes a la burocracia del Estado y del Cabildo.

<sup>504</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I. El ministro Villahermosa impuso que en las reuniones del Discretorio, para que no se “dilatasen los asuntos”, al comienzo de la junta lo primero era ver si se había cumplido lo ordenado en la anterior.

presidida por un hermano eclesiástico, Francisco de la Peña, se desplazó a Escalona con el propósito de entregar un documento en el que se pedía “(...) *que se vean las constituciones antiguas y modernas y las acuerden con los comisarios del capítulo general y que se confirme también por nuestro comisario*”. El escrito fue devuelto a la VOT con una nota del padre general en el que se le tachaba, como en otras ocasiones precedentes, de muy confuso<sup>505</sup>.

Como nos movemos en espacios y tiempos sacralizados, la elección de un cargo en la Institución se convertía en un acto trascendente, casi divino. La jerarquía franciscana, con la colaboración del visitador y del guardián, estaba siempre informada de todo lo acontecido en las elecciones, porque si en la Venerable Orden se vigilaba y controlaba las conductas de los hermanos, también ella como Institución era observada y vigilada.

El deseo de éxito en sus fines impulsaba a la Orden a buscar entre los terceros para que ocupasen los cargos de gobierno “*a los más cuerdos, inteligentes, celosos y observantes de la virtud, a los que sobresalen por sus profundas convicciones cristianas, por su ayuda al prójimo, y por su actividad religiosa y asistencial*”<sup>506</sup>.

No era tarea fácil, había que dedicar a esa empresa tiempo, esfuerzo y entrega, y no cabía equivocarse; por ese motivo los que llevasen el timón de la Institución habían de ser personas con dotes de prudencia y mando, y si se acompañaban de cierto prestigio social, era un mérito más<sup>507</sup>, porque teniendo presente aquello que dijo el Santo de Aquino, “*tanto mayor puede llegar a ser el mal, cuanto mayor es el bien del que llegue a privar*”, la VOT no desdeñaba todo lo que significaba ayuda para los necesitados. Sí que se descartaban a los que sólo buscaban honrarse con el cargo, porque “*la ambición solo es*

---

<sup>505</sup>Ibídem, C. 1, Lib. II, fol. 82r. En agosto del mismo año se reunía de nuevo una comisión de la VOT presidida por el visitador fray Lope Páez, el ministro Juan Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, el coadjutor Andrés Martel, el licenciado Jerónimo de Quintana y dos discretos, para redactar con más claridad las peticiones solicitadas. Se comisionó al hermano Francisco de la Peña para que se entrevistase con el provincial franciscano..

<sup>506</sup>Sobre el Discretorio y los cargos que componen la Institución, RUIZ RODRÍGUEZ, J. I., DELGADO PAVÓN, M. D. y MUÑOZ ÁVILA, F.: «La Venerable Orden Tercera de San Francisco en el Madrid del Seiscientos», en *IX REUNIÓN CIENTÍFICA DE LA FUNDACIÓN DE HISTORIA MODERNA*, Málaga, 2006. Junto a los cargos u oficios más relevantes, existían otros menores, que si bien estaban exentos de autoridad, cumplían funciones necesarias. En teoría, los cargos de la VOT se renovaban anualmente, lo que garantizaba la circulación de los hermanos al frente de las estructuras de gobierno y evitaba la monopolización de los oficios; sin embargo, muchos personajes se perpetuaron en sus funciones, e incluso en algunos casos, como en la familia López de Zárate, el cargo de ministro pasó de padre a hijo.

<sup>507</sup>Si un hermano era nombrado para desempeñar un oficio y no podía realizarlo por un motivo u otro, tenía la posibilidad de eximirse del cargo entregando una limosna en metálico, que se destinaba al socorro de los pobres.

*una cruz que perjudica y atormenta*”<sup>508</sup> y tampoco se permitiría que entre los hermanos y discretos surgiesen celos, envidias o resquemores.

Para evitar que prevaleciesen los intereses personales por encima de los colectivos, y las situaciones comprometidas, la VOT, conocedora de las múltiples pertenencias a las que se ve empujado el hombre a lo largo de su vida, determinaría que los terceros que fuesen miembros de una cofradía o hermandad y ocupasen cargos de responsabilidad en ellas, no se les diese oficio en la VOT, pues podía suceder que los intereses de unas y otra se interpusieran.

Según el parecer franciscano, todos los cargos eran iguales, si unos tenían carácter representativo y lucido, otros, en la sombra, en apariencia más modestos, eran tan necesarios como los primeros y vitales para el buen gobierno de la Institución<sup>509</sup>.

<b>Protector de la VOT</b> Cardenal-Infante	
<b>Composición del Discretorio en el año 1629</b>	
<b>Ministro</b> , Carlos de Gurrea de Aragón y Borja, duque de Villahermosa	
<b>Coadjutor</b> , Francisco de Aguirre.	
<b>Discretos eclesiásticos</b>	<b>Discretos seglares</b>
Alonso de Guzmán, Patriarca de las Indias.	Conde de Lemos
Francisco de Vergara,	Duque de Medinaceli.
Gaspar de Bracamonte	Condestable de Castilla.
Juan de la Peña y Nisso.	Duque del Infantado
Marcos de la Barrera	Vicencio Carducho
Jerónimo de Quintana	Antonio Robles.
Pablo de los Ríos.	Antonio de Espejo.
Félix Lope de Vega y Carpio	Cristóbal de Medina.

<sup>508</sup> La misma política electiva se observaba para cualquier oficio, si bien, al ser la VOT una Institución vertical con esquemas sociales rígidamente jerarquizados, según el carácter de los cargos, las cualidades que habrían de adornar a las personas elegidas para sus desempeños eran muy diferentes.

<sup>509</sup> Los términos cargo u oficio son usados de forma indistinta en la redacción de las actas de los libros de acuerdos de la VOT. A ambos se les da el mismo significado “*servicio hacia los demás*”.

Mateo Salcedo.	Juan de Lira.
Francisco de Rúa.	Jorge de Lima.
Pedro de Arana.	Lorenzo de Cuellar.
Juan de Salazar	Tomás de Cardona.
Pedro Pérez Gastón	Gaspar de Astete.
Martín de Segura	Pedro de Zavala.
Sebastián Gómez	Diego Ponce de León.
Juan López de Cárdena.	Juan Pérez Zapata.
Francisco de Aguirre	Gregorio de Velasco

Cuadro n° 4. Composición del Discretorio de la VOT en el año 1629.

## 2.2. Sostener la memoria

A comienzos de los años treinta, la VOT, cada vez más consciente de su poder y prestigio, no sólo por su actitud religiosa como miembro activo del catolicismo militante, ni por su destacada labor social de asistencia y socorro de los necesitados, sino por consideraciones que podríamos llamar de distinción o de honor, decidió, con la aprobación del visitador, que una Institución tan del gusto de la Iglesia y de la Monarquía debía tener constancia pública de la vida de sus hermanos más virtuosos para ejemplo y memoria de los demás terciarios y que no se extinguiese su recuerdo. El 21 de septiembre de 1632, con ese fin, el Discretorio convino en crear un nuevo cargo al servicio de la Orden, el de cronista<sup>510</sup>:

*«Por cuanto en la Orden Tercera ha habido muchas personas de virtud conocida que han fallecido con nombres de santos y que por no haber quien recopile sus vidas y en el transcurso del tiempo no se sabrá noticias dellos. Así a D. Lorenzo Vander Ammen y León presbítero le nombramos, creamos y admitimos por cronista de nuestra Orden Tercera de Penitencia y como tal mandamos se le guarden todas las honras, gracias, exenciones, preeminencias, prerrogativas e inmunidades y todos los otros casos que por razón de ser el tal cronista debe de haber, gozar, y deban de guardar según y como guarden a los*

<sup>510</sup> AVOTM, C. 1, Lib. II, fol. 19. Un año después se consiguió que se institucionalizase el cargo. La VOT basó su petición ante la autoridad franciscana en “la necesidad creada por los muchos cambios que se efectuaban desde el momento en que había ocupado el cargo de ministro una persona seglar y por la dinámica que se había impuesto a partir de entonces en la Orden Tercera madrileña”.



*cronistas de la Primera Orden de Nuestro Padre, San Francisco por la cual damos patente en Madrid a veinte días del mes de agosto de 1633»*<sup>511</sup>.

El nuevo designado para ejercer ese cometido comenzó su tarea con ímpetu presionado por el Discretorio, pero al poco tiempo los trabajos se fueron espaciando hasta que finalmente se interrumpieron. El hermano Luis Román supo que Vander Ammen había sufrido un percance y después de ser juzgado se le había desterrado lejos de la Corte a la Alpujarra. Arrepentido de lo hecho, se acusaba a sí mismo por haber labrado su propia desgracia por “*lo ruin de su vida, de sus graves pecados, de la envidia, y de hacer caso al poder y a la lisonja de algunos*”. Por vergüenza no había comunicado su situación a la VOT, pero se comprometía desde el exilio a proseguir con el trabajo<sup>512</sup>. Fueron sólo palabras, en 1652 la VOT prescindió de sus servicios y se dirigió a otro hermano, Pedro Calderón de la Barca, para saber si estaba dispuesto a realizar esa tarea<sup>513</sup>.

Se le puso en antecedentes del retraso de la obra explicándole que la base fundamental del trabajo radicaba en los libros que se guardaban en el convento de San Francisco<sup>514</sup>. Calderón lo pensó y después aceptó “*con gustoso animo por tratarse de cosa de tanto lucimiento*”, si que advirtió que no le parecía negocio breve sino cuidadoso<sup>515</sup>. La VOT le proporcionó papeles, libros, documentos, bulas crónicas antiguas y todas las noticias posibles, amén de un ayudante, el hermano Gabriel de Bocangel<sup>516</sup>.

---

<sup>511</sup>Ibídem, fol. 59. Junta del 9 de septiembre de 1633.

<sup>512</sup>Ibídem, C. 1, Lib. III, fol. 31v. En 1649 fray Diego de Quiñones escribió una relación de la vida de varios hermanos ilustres que destacaron por su virtud.

<sup>513</sup>Ibídem, fol. 89v. Otro cronista que se ofreció al servicio de la VOT, fue Alonso Vázquez, quien también hubo de abandonar el proyecto al tener que acompañar a Francia a la Infanta María Teresa, hija de Felipe IV, para contraer matrimonio con el rey Luis XIV. Existen en el Archivo de la VOT (carpeta 123) varios tomos manuscritos, sin autor y con diferente caligrafía, en la que se da a conocer las vidas de hermanos y hermanas de la Venerable Orden Tercera que destacaron por su piedad y devoción. No sabemos si puede ser la obra de estos cronistas.

<sup>514</sup>En 1649, siendo ministro Gaspar de Bracamonte, se había escrito a distintas provincias españolas para que remitiesen a la VOT madrileña sucesos de probada virtud de hermanos difuntos de la Orden Tercera Seglar.

<sup>515</sup>Desde 1645 Pedro Calderón de la Barca contaba con gran prestigio como autor teatral, siempre residió en Madrid, salvo un corto periodo de tiempo que lo hizo en Toledo, donde ocupó un cargo en el monasterio de los Reyes Nuevos. El encargo que le hizo la VOT coincidió con un compromiso adquirido pocos días antes para escribir dos autos sacramentales para cada una de las compañías que actuaban en Madrid. Probablemente fuera éste el motivo de sus vacilaciones a la hora de comprometerse para realizar el trabajo de la Orden.

<sup>516</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fols. 266, 268 y 287. Gabriel de Bocángel desempeñaba el cargo de contador mayor en Palacio, la Orden comisionó al marqués del Fresno para que obtuviese de Su Majestad la necesaria dispensa que permitiese a don Gabriel aceptar la tarea. En 1654 la Orden Tercera, escarmentada por los problemas anteriores y al no ver resultados efectivos por parte de Calderón, encargó la crónica de la Fraternidad a fray Antonio de Tobarco. El fraile acogió con ímpetu el encargo, y un año después, comunicaba a los terceros que estaba a punto de finalizar el primer tomo, pero para proseguir el trabajo necesitaba unos libros que se podían adquirir “*en la librería del extranjero frente a San Felipe*”. A su vez,

### 2. 3. *Limpieza de sangre, Orden Tercera y consideración social*

En los primeros años del siglo XVII la población de Madrid creció por encima de los 130.000 habitantes, a mediados de siglo había aumentado en 20.000 personas más, y a diferencia de ciudades como Sevilla, Toledo o Valladolid que fueron prósperas en el XVI y, en cambio, en el Seiscientos sufrieron pérdidas de riqueza y población, la capital de la Monarquía Hispánica superó las adversidades y se convirtió en una ciudad superpoblada, y en continuo crecimiento<sup>517</sup>. El aumento demográfico no significaba que el nivel de vida de los madrileños mejorase, sino que el número de cortesanos ambiciosos e intrigantes, de ociosos y antiguos soldados, de maleantes, vagabundos y pícaros, en definitiva, el mundo marginal, crecía a la sombra de la Corte<sup>518</sup>.

Después del breve periodo en que la Monarquía estableció su residencia en Valladolid, 1601-1606, a su regreso y hasta 1630 se manifestó hacia Madrid un movimiento migratorio superior al que tuvo lugar en sentido contrario seis años antes<sup>519</sup>. El Madrid de la Monarquía austriaca estaba casi configurado como un espacio conventual debido a la proliferación de edificios religiosos establecidos en su suelo<sup>520</sup>. La Villa era sucia e insegura, particularmente peligrosa en la noche, ya que la única vigilancia efectiva residía en las rondas nocturnas llevadas a cabo por los alcaldes de Casa y Corte en turnos rotativos<sup>521</sup>. Baptista Remiro de Navarra, en su obra *“Los peligros de Madrid”*, explica los inconvenientes a los que se veían expuestos los forasteros: en la capital se podía perder la conciencia y el honor, la hacienda y la vida.

En 1625, como freno a la llegada de tanto indigente, Madrid se rodeó de una cerca amurallada que pusiera coto a la entrada de mercancías y a la expansión del caserío. Sucesivamente, al aumentar el vecindario, las murallas se fueron adelantando, y a la sombra de la Corte crecieron edificaciones de forma anárquica, convirtiéndose la ciudad

---

Lorenzo de Vander Anmem remitía desde Granada parte de su trabajo en donde se trataba de la fundación y antigüedad de la Orden Tercera y de las gracias e indulgencias que había recibido.

<sup>517</sup>PINTO, V. y MADRAZO, S.: *Atlas Histórico de la Ciudad*, Madrid, 1995, p. 143.

<sup>518</sup>Hasta entonces, y según lo demandasen las circunstancias políticas, los monarcas viajaban de un lugar a otro, aunque de forma oficial la capital estaba ubicada en Toledo, la sede arzobispal más poderosa de España. Sin embargo, como se trataba de una ciudad incómoda, Felipe II buscó otro asentamiento para situar la Corte. El lugar elegido fue la villa madrileña.

<sup>519</sup>CARBAJO ISLA, M. F.: *La población de la villa de Madrid, desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, pp. 115-117.

<sup>520</sup>GONZÁLEZ DÁVILA, G.: *Teatro de las grandezas de Madrid*, 1623. Desde 1202 Madrid tuvo Fuero propio concedido por Alfonso VIII; en 1309 Fernando IV celebró en la Villa las primeras Cortes. En el año de 1346 se sustituyó el Concejo abierto por el Ayuntamiento con regidores. Años después, Alfonso XI le concedió Fuero Real, y desde 1459 tuvo corregidor y alcalde. En 1561 Madrid contaba con unas 2.500 casas y alrededor de 15.000 vecinos.

<sup>521</sup>QUINTANA, J. de, op. cit., p. 332.

en reclamo para hombres y mujeres que abandonando sus raíces naturales se lanzaban a la capital buscando lo que en sus lugares de origen se les negaba, eran inmigrantes entre una población heterogénea, que a causa de sus necesidades se veían avocados al desarraigo social, cuando no a la marginación y a la delincuencia<sup>522</sup>.

Para muchas de esas personas, una Institución como la VOT constituía refugio y amparo seguro y un medio de integración social. San Francisco no había querido que la ascendencia social de los hermanos fuese un obstáculo que les impidiese el ingreso en la Tercera Orden Seglar. Siglos después, ante las imposiciones de una sociedad jerarquizada y sacralizada, que se creía heredera de un pasado histórico regulado por Dios y sancionado por la Iglesia, ya no todos los hombres se consideraron iguales. La desigualdad emergía desde el nacimiento y transcurría a lo largo de la vida; el pensamiento generalizado de que la salvación sólo era posible cuando se pertenecía a un grupo establecido socialmente y no desde la individualidad, estaba presente entre la sociedad.

Los que aspiraban a ingresar en la Institución sabían que lo hacían en una fraternidad piadosa dedicada a la oración y a la caridad, pero que no era una religión como tal por carecer de vida en común y de los tres votos públicos de obediencia, pobreza y castidad<sup>523</sup>. No siempre a los peticionarios les animaba verdadero afán espiritual, muchas eran las veces que el interés humano primaba por encima de aquel, y se buscaba en el carácter asistencial de la Orden, socorro para las necesidades, remedio para la enfermedad y un lugar para ser sepultado, asegurándose además, con rezos e indulgencias, un pasaporte para la eternidad<sup>524</sup>.

---

<sup>522</sup>Existió en la Península una movilidad social que tenía a Madrid como meta. Los inmigrantes, en su mayoría campesinos, llegaban desde diversos puntos de la geografía española: Castilla, Galicia, Asturias y, sobre todo, la provincia de Madrid. Existía también una inmigración extranjera, gente modesta que llegaba de Italia, Portugal o Inglaterra. Bernard Vincent asegura que una parte de esa población urbana vivía bajo la amenaza constante de la marginación. VINCENT, B.: «Ciudades y marginalidad», en *Imágenes de la diversidad, el mundo urbano en la Corona de Castilla (Siglos. XVI-XVIII)*, Universidad de Cantabria, Santander, 1997, pp. 347-361.

<sup>523</sup>En el sentido estricto de la palabra, canon 488, la Tercera Orden Seglar no puede considerarse como una orden religiosa, y de hecho en el Derecho Canónico a sus miembros se les trata *De Laicis*, pero sí que se la trata como tal en sentido lato, pues participa del espíritu de vida religiosa. Al igual que en las demás órdenes religiosas, los miembros de las órdenes terceras hacen noviciado, emiten la profesión y llevan un determinado hábito, y sin pronunciar votos formales, prometen llevar una vida de perfección dentro de unas normas de obediencia, pobreza y castidad. El Código de Derecho Canónico las llama terceras órdenes seculares. La primera de ellas fue la franciscana, y así la llamó por vez primera Gregorio IX en la constitución “*Cum dilecti*”, del 4 de junio de 1230, aunque San Francisco la había denominado “Hermanos de la Penitencia”. Véase: SHAFER, O. M.: *Compendium de Religiosis*, Münster, i. W., 1927, p. 646.

<sup>524</sup>Al poco tiempo de constituirse la VOT ya se hacía cargo de los entierros, sepulturas y responsos de los hermanos terceros que carecían de bienes. En caso de enfermedad se les asistía con médicos, enfermeros,

La VOT fue instrumento de integración social interclasista, capaz por sí misma de crear identidades colectivas y sociales. No obstante, por los criterios con los que se fundó, y por sus mecanismos de inclusión y exclusión, fue también elemento de selección y discriminación social, poniendo en práctica un sistema de control del que se servía la jerarquía para detectar los focos heterodoxos. La VOT, siempre celosa de su reputación, esencial por la consideración que se le dispensaba en su entorno y por la imagen que deseaba proyectar socialmente, luchó porque entre los hermanos estuviese presente el espíritu de unidad que garantizaba la disciplina del grupo. Ello motivó que se ejerciese una tenaz vigilancia sobre la calidad de las costumbres de las personas que solicitaban el ingreso en la Orden y el rechazo de aquellos a los que se juzgaba faltos de pureza en su linaje<sup>525</sup>. En ese grupo se encontraban los descendientes de moriscos, judíos, conversos o los penitenciados por el Santo Oficio, sin olvidarse tampoco de aquellos que ejercían oficios entendidos como deshonorosos<sup>526</sup>.

En la VOT confluyeron los que buscaban prestigio y otros que ya lo tenían, y personas con medios y niveles de riquezas dispares, tampoco era extraño encontrarse con hermanos que mantenían relaciones de sociabilidad establecidas con anterioridad a su entrada en la Orden<sup>527</sup>. Se producía una integración jerarquizada de personas de distinta condición, lo que sin duda resultaba beneficioso en su labor de propaganda, y ayudaba a explicar su éxito y continuidad<sup>528</sup>. Se brindaba legitimidad, se adoctrinaba y se controlaba las conciencias; su mérito estuvo en adaptarse al modo de vida cortesano, cultivando la apariencia y creando una cultura del parecer y del ser. Se establecieron lealtades y vínculos personales que se extendieron más allá de la propia Orden, mezclándose sentimientos de fidelidad, respeto, protección y agradecimiento

---

medicinas y cuidados, y si necesitaban de ayuda y socorros materiales para subsistir, se les proporcionaba lo necesario.

<sup>525</sup>Ni las leyes civiles ni las eclesiásticas discriminaron con carácter general a las personas de sangre no pura, su segregación se hizo atendiendo a las ordenanzas y reglamentos llamados “estatutos de limpieza de sangre”. Esas ordenanzas estaban acordadas en corporaciones singulares y sólo en ellas estaban vigentes. MESTRE SANCHIS, A., op. cit., p. 26.

<sup>526</sup>AVOTM, leg. 442/48. Declaración de testigos acerca de la limpieza de sangre de un pretendiente que desea ingresar en la VOT. Se inquirió sobre sus familiares, padres, abuelos paternos y maternos, sus ocupaciones, oficios, si eran o no cristianos viejos y limpios de toda mala raza de moros, judíos o penitenciados por la Inquisición, y si estaban emparentados con persona ajusticiada.

<sup>527</sup>Ayudaba a ingresar en la VOT que el pretendiente fuese avalado por un novicio o profeso. En la documentación a este respecto presente en el archivo de la Orden, existen papeletas de solicitud de ingreso, junto con informes de los testigos, en los que figuran notas de hermanos que aseguran conocer al solicitante, y declaran que son personas de buenas costumbres y moral intachable.

<sup>528</sup>CANCIO, R. M., op. cit., Habana, 1959, p. 39.

El ponerse a cubierto de sospechas acerca de la pureza de linaje pudo ser también una de las metas de quienes vistieron el hábito terciario franciscano, ya que en la sociedad española estaba enraizada la obsesión de ser reconocido como de sangre limpia. El ingreso en la VOT garantizaba la procedencia y disipaba dudas, pues sin pruebas era imposible la entrada en la Orden, de todos era sabido que los solicitantes eran sometidos a investigaciones por parte de los propios calificadores de la Orden, algunos de ellos oficiales de la Inquisición, si bien, y en páginas posteriores podremos verlo, hubo casos en los que informadores fueron sensibles al soborno<sup>529</sup>.

Finalmente, junto a la ayuda espiritual que brindaba la VOT y dada la inestabilidad económica de la época, el azote del hambre y el miedo a la enfermedad, tampoco era desdeñable la social y material en la pobreza, enfermedad y muerte, tanto en su propio entorno a favor de sus hermanos más necesitados, como en el área circundante, y fue una invitación para aquellos que carentes de amparo buscaban y encontraron en sus filas lo que en otros lugares se les negaba. Desde la primera junta oficial celebrada a finales de 1609 la VOT había dado prioridad al carácter asistencial de la Institución cuando se votó para que los hermanos que enfermasen fuesen atendidos y socorridos según el caudal del que se dispusiese<sup>530</sup>.

La confraternización entre clérigos y seglares, ricos y pobres, nobles y plebeyos se convirtió en algo habitual, nada extraño en una sociedad confesional de identificación y de exclusión, con deseos de ascenso social y de lograr la estima y consideración de los demás; el acceder a la VOT proporcionaba lazos de solidaridad y de dependencia<sup>531</sup>. Las

---

<sup>529</sup>Vistos los cuestionarios a los que eran sometidos los pretendientes a ingresar en las órdenes militares, y los pretendientes a hacerlo en la Venerable Orden Tercera de San Francisco, podemos decir que entre unos y otros no existían diferencias notables. La hostilidad hacia comunidades minoritarias cerraba a los cristianos nuevos el paso a esta comunidad seglar. Las probanzas, que tuvieron su origen en los colegios mayores, alcanzaron también a las universidades, a las órdenes militares, a los cabildos y a las distintas órdenes religiosas. El sentimiento de honor y honra se hizo religión entre los que se consideraban cristianos viejos, quienes buscaron consideración social a través de las probanzas que, a su vez, debilitaban la condición social de los conversos.

<sup>530</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 7. Esto confirma nuestra hipótesis de que los fines y exigencias espirituales de la Orden se veían a veces mancillados por intereses mundanos que, en definitiva, resolvían situaciones de necesidad humana.

<sup>531</sup>La información sobre los oficios, cargos, títulos y vida cotidiana de los hermanos de la Venerable Orden Tercera de Madrid es desigual y poco explícita. Mientras que de algunos terceros se puede hacer un seguimiento eficaz, merced a los distintos cargos que desempeñaron en la Orden o por su proyección política o militar, de otros hermanos es prácticamente imposible hacerlo, pues no se menciona siquiera el nombre. Forman parte de esa gran masa anónima que en el siglo XVII conformaron la VOT. Siendo magnífica la información contenida en el Archivo de la Orden Tercera como entidad corporativa, nuestra principal fuente para la consecución de este trabajo, cuando se buscan particularismos apenas existe información.

crónicas nos dicen que la pertenencia a la VOT era un mérito y un salvoconducto que abría muchas puertas:

*«Leyose un memorial en que el señor de Galarza y Lago en que pide tiene necesidad deyr a Roma a negocios de mucha importancia y que para que conste que el hermano de Nuestra Orden y los oficios en que assido nombrado pedia se le diesse certificación de todo y que la Junta nombrase comisarios u parte pidiesen a Nuestro Padre Reverendisimo General se le tuviere por hijo de Nuestro Padre San Francisco. Acordose se hiciese asi y se nombraron por comisarios a los señores D. Juan Ochoa de Salazar y D Andres de Prado y Marmol»<sup>532</sup>.*

Como entre esas puertas se encontraban las del cielo, fueron numerosos los fieles que al final de sus días deseaban vestir de forma pública el áspero hábito franciscano, un deseo que surgía tanto en personas principales como en el más humilde de los jornaleros. El prestigio que llegó a alcanzar la Orden Tercera de Madrid se logró tras años de esfuerzo, de buen hacer y de muchos sacrificios. Ya se lo había ganado, cuando se convocaron en su capilla con motivo del fallecimiento de la reina Isabel de Borbón, el 9 de octubre de 1644, solemnes ceremonias fúnebres por “*Su Majestad, la Reina D.<sup>a</sup> Isabel de Borbón, Nuestra Señora y hermana de nuestra Orden y que se avise a Palacio, y a los señores del Discretorio y se convide al Guardián para que nos de el sermón*”. Al acto acudieron muchas personas principales de la Corte, porque la religiosidad se identificaba con la política y ésta con la religión, y ambas unidas eran cultura y daban esplendor a la Monarquía y brillo a la Venerable Orden Tercera de Madrid<sup>533</sup>.

## **2. 4. Integración y exclusión: la petición de ingreso**

En 1609 los terceros que componían la Tercera Orden Seglar de Madrid apenas sumaban veinte, en 1695 los hermanos vivos llegaban a veintiuno mil, a pesar del rigor en el proceso de admisión y de lo escrupuloso de la investigación sobre vida y costumbres de los solicitantes. La estricta selección y la exclusión de los que se consideraban fuera de la norma, ayudaba a mantener a la Fraternidad libre de individuos que causasen problemas de conducta o constituyesen una amenaza a los valores sociales y espirituales que formaban parte del objetivo de disciplina impuesto en Trento<sup>534</sup>. Era indispensable que no

---

<sup>532</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 150v.

<sup>533</sup>Ibídem, C. 1, Lib. III, fol. 68.

<sup>534</sup>Es importante el planteamiento de disciplina social que hace VENARD: «Temps des confessions (1530-1620)», en MAYEUR, J. M.: *Historie du Christianisme des origines a nos jours*, París, 1990.

se quebrase la identidad cristiana y católica del grupo, una advertencia que se hace incesantemente desde las constituciones:

*«Para que sean admitidos como hermanos en la Orden Tercera se deben de hacer informaciones del conocimiento de los pretendientes, del de sus padres, abuelos paternos y maternos, pues para ser recibidos han de ser cristianos viejos y limpios de toda mala raza, siendo atestiguados por testigos de toda consideración»*<sup>535</sup>.

El aspirante a hermano de la Tercera Orden Seglar, en primer lugar debía cumplimentar un formulario con sus datos personales: nombre, apellidos, sexo, nombre de los padres, fecha y lugar de nacimiento, parroquia, oficio, domicilio, etc. Si era mujer menor de edad la petición tenía que ir acompañada del consentimiento del padre, madre o tutor; si era casada, necesitaba el permiso del esposo<sup>536</sup>. En todos los casos no podía faltar una información del párroco sobre su conducta y cumplimiento con la Iglesia. Si los datos aportados por el solicitante mostraban su legitimidad de origen, su linaje limpio, su ortodoxia, su buen nombre, y un oficio no considerado vil<sup>537</sup>, la VOT abría una investigación más detallada sobre su persona siguiendo un proceso similar al empleado en las órdenes militares. La información era oral y secreta<sup>538</sup>:

*«(...) que en las informaciones pongan el trato de cada uno: su origen, donde para, calle, casa y parroquia, cuantos hijos y de donde son naturales él y sus padres. Que las más de las peticiones corren sin este requisito, que falta lo uno o lo otro, y todo lo necesario para hacer la secreta, y hasta que falte alguna cosa no se decrete. Que se lea a la letra lo signado para que se vea si el oficio o trato desdice a nuestra profesión, no se pase a la información secreta. Que se diga en el auto y pongan con distinción en el informe secreto en el que tienen la consigna específicamente. Que el informe secreto no se cometa si estuviere la persona que ha de recibir el hábito. Que el informe se encargue a persona de toda satisfacción y con el celo que es justo para que lo haga con todo secreto. Que cuando se haya visto el informe si convinieren se haga publico según lo que vote la mayoría de la Junta. Que el día que se den hábitos no se despache cosa*

<sup>535</sup>AVOTM, C. 7, Lib. IX, fol. 79v.

<sup>536</sup>Ibíd., C. 4, Lib. V, fol. 99v. En 1674 una mujer quiso ingresar en la VOT, fue rechazada al no contar con el permiso de su marido. La joven adujo que su esposo se encontraba en las Indias, a pesar de ello, no fue admitida; la Orden se apoyó en la última cláusula del capítulo segundo de la Regla franciscana referida en la Bula de Nicolás IV “(...) y no serán recibidas a esta compañía las mujeres que tienen maridos sino de hacienda y consentimiento de ellos y no se puede alterar ni ir en contra ella”.

<sup>537</sup>Tanto en las órdenes militares como en las órdenes terceras priman las motivaciones religiosas y los ideales de vida, y está presente un alto grado de disciplina. En unas y otras, los hermanos y caballeros pueden ser religiosos o seglares, y en ambas se excluyen a los nacidos ilegítimos o a los sospechosos de tener la mínima traza de sangre morisca o judía. De igual forma, las dos instituciones estuvieron libres de la autoridad jurisdiccional de los obispos. RUIZ RODRÍGUEZ, J. I. : *Las Órdenes...*, p. 40.

<sup>538</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 57. «(...) que no se de a nadie el avito sin información secreta».

*alguna en la Junta de Despacho tocante a la recepción por la atención que esto supone*”. Todo lo cual se acordó para que se ejecutase y guardase».

Las pesquisas las realizaban dos hermanos profesos, uno eclesiástico y otro seglar; muy discretamente interrogaban a los vecinos del aspirante sobre sus hábitos, o si conocían algún oculto conflicto familiar <sup>539</sup>. Desde 1525, se hizo preceptivo saber si los solicitantes procedían de cristianos viejos. Andrés de Ínsulas, general de los franciscanos, había recibido del papa Clemente VII un breve que vedaba la admisión de conversos o descendientes de estos en la Orden Tercera.

El resultado de las informaciones se entregaba al Discretorio para ser juzgado <sup>540</sup>. La labor de informador, según comentarios de los terceros, “*no estaba exenta de dificultades*”, y de hecho hubo hermanos que pese a la obediencia que debían, no dudaban en quejarse si eran nombrados para esa labor por ser trabajo “*embarazoso y trabajoso*”. Se hacía especialmente difícil si los pretendientes eran personas “*harto conocidas*” o como sucedió a veces, si tras el rechazo llegaban venganzas personales.

Si el aspirante pasaba la primera criba, eran los calificadores, acompañados de escribientes, los que realizaban un segundo informe escrito y público. Al peticionario se le interrogaba sobre aspectos de su vida cotidiana, sobre moral y religión, siendo muy importante que hiciese una elocuente defensa de ésta. Desde 1620 la VOT designó a cuatro hermanos eclesiásticos como calificadores, de los cuales alguno siempre pertenecía a la Inquisición; después de las pesquisas, se reunían en una junta que se llamó de despacho, y minuciosamente analizaban los datos de los pretendientes. Su veredicto se hacía llegar al Discretorio, y éste de nuevo lo examinaba y lo sometía a votación.

Bajo ninguna circunstancia el futuro hermano tenía acceso ni a las conclusiones que se consideraban secretas ni a defenderse en caso de que su petición fuese rechazada. Ese secretismo daba lugar a una situación incómoda para el que era reprobado, porque si a pesar de la discreción con que se llevaba el asunto, el hecho, de una forma u otra,

---

<sup>539</sup>Ibíd., leg. 442/48. Declaración de testigos sobre la limpieza de sangre de un feligrés llamado Bartolomé Mínguez. Primero declaran sus padres, y después un vecino de la misma feligresía, que jura conocer a esa familia desde hace años, a los abuelos paternos y maternos ya difuntos, siendo vivos, que por muchos años ejercieron oficio en la República. Afirma que todos los familiares fueron cristianos viejos, limpios de toda mala raza de moros, ni judíos, ni penitenciados por el Santo Oficio de la Inquisición, y menos han tenido que ver ni incurrir en ningún oficio vil. Nunca han emparentado con persona ajusticiada ni públicamente afrentada. Lo jura y lo firma.

<sup>540</sup>Ibíd., C. 1, Lib. II, fols. 202 y 203. En octubre de 1667 el Discretorio tomó el acuerdo de que las informaciones de los que solicitasen el hábito de la Tercera Orden se redujesen a los informes secretos, sin que fuese necesario el examen de los testigos.



trascendía al ámbito público, podía resultar humillante. La situación se agravaba al no conocerse las causas de la repulsa, porque daba pábulo a todo tipo de conjeturas y rumores y se podía producir incluso rechazo social<sup>541</sup>. Nunca hubo en la VOT rechazo por causa de fortuna o razón de sexo<sup>542</sup>.

A pesar de lo riguroso del control, no se podía garantizar al cien por cien ni la calidad de los aspirantes, ni tampoco la total lealtad de los informadores. De hecho, mediado el siglo llegó hasta el Discretorio el rumor de que en muchas de las declaraciones, tanto los testigos como los pretendientes cometían perjurio, falsificaban datos, y en su afán de ingresar en la Orden, se atrevían a ofrecer sobornos a los calificadores.

<b>Calificadores que formaban la Junta de Despacho en el año 1639</b>	
Licenciado, Jerónimo de Quintana	Parroquia de San Andrés, San Pedro y San Justo.
Licenciado Andrés Martel.	Parroquia de la Santa Cruz, San Miguel y el Salvador.
Licenciado Diego de Escanor.	Parroquias de San Sebastián, San Juan, Santa María y San Nicolás.
Licenciado Francisco de Cardona.	Parroquia de San Martín y San Ginés.

Cuadro nº 5. Calificadores de la VOT.

En 1680 hubo discretos que se mostraron disconformes con la reiterada negativa de la VOT en admitir a expósitos de la piedra (de la Inclusa), y a hijos de padre desconocido o ilegítimo, preguntándose, cual era la culpa de esos desgraciados y que destino les aguardaba si se les rechazaba. No eran todos de ese parecer, otros pensaban que el interés que guiaba a los marginados era puramente material, e incluso se les tachó de usurpadores por querer beneficiarse de la asistencia que prestaba la VOT, a la que sólo debían acceder los que cumplían con lo ordenado. Se llegó a decir que si alguno había ingresado de manera fraudulenta debía ser expulsado. El ministro Juan Antonio López de Zárate, que hasta entonces había permanecido callado, explicó que por lo complicado del asunto había

<sup>541</sup>Ibídem, C. 4, Lib. V, fols. 140r., 140v. y 454v. En 1645 hubo propuestas de algunos discretos sobre la conveniencia de extremar la cautela en el secretismo de las informaciones para evitar el escándalo de la publicidad y la posibilidad de que se suprimiesen las informaciones orales. El hacerlo abreviaría los trámites de ingreso. No hubo acuerdo entre los hermanos y las cosas continuaron como hasta entonces.

<sup>542</sup>QUINTANA, J. de, op. cit., pp. 450 y ss.

consultado el caso con teólogos y hombres doctos en la materia y todos habían coincidido en que si por error se había admitido a alguna de esas personas no podía sufrir trato vejatorio y discriminarla. Es más, la VOT no debería mantener esa actitud con los que estuviesen por llegar en las mismas condiciones, eran seres desgraciados, expuestos a la marginación, desamparados, pero hijos de Dios como todos los hombres y nunca responsables de su nacimiento.

Personalmente López de Zárate pensaba que actuar negativamente rompía el mensaje espiritual franciscano, y como la gravedad del tema requería una reflexión, rogó a los discretos que meditasen y buscasen asesoramiento en personas doctas, teólogos y abogados para que después de oírles actuaran en conciencia y tomaran la decisión correcta. Se postergó la votación por varios días, pero transcurridos estos, se confirmó que la mayoría de los discretos estaba de acuerdo en expulsar a los que tuviesen irregularidades en su admisión.

Esta actitud de los hermanos causó un gran disgusto al ministro, que decepcionado, pero obediente a la decisión de la mayoría, aceptó la votación, si bien, quiso que por escrito quedase constancia de su desacuerdo con el resultado del voto. Y ya en ese mismo día y junta se negó el ingreso en la VOT de una tal Francisca, hija de padre desconocido<sup>543</sup>.

En agosto de 1686 de nuevo sucedió algo inusual: un discreto preguntó si en la VOT de Madrid había ingresado “*algún hermano esclavo moreno*”. Se hicieron averiguaciones y el informe que se presentó fue “*que nunca se hubiese consentido ese gesto por ir en contra de la Regla*”. Sin embargo, uno de los presentes recordó que tiempo atrás la Orden había socorrido a una mujer negra enferma, que después murió en casa de los condes de Gálvez. La mujer que tenía patente de ser hermana de la Tercera Orden Seglar había recibido auxilios y socorros de la VOT, lo que significaba que a pesar de su color había recibido el hábito de franciscana seglar<sup>544</sup>. El estupor cundió entre los discretos, y de inmediato se abrió una investigación que aclarase de qué medios “*esa morena se había valido para ser admitida*”<sup>545</sup>.

«*Habiéndose leydo la consulta que de orden de la Junta de Despacho de hábitos se hizo a la Junta General, sobre si es conveniente admitir en los Libros de nuestra Orden la incorporación de Ana María Evang, negra y esclava que*

---

<sup>543</sup>AVOTM, fols. 200, 201 y 205.

<sup>544</sup>Ibídem, C. 5, Lib. VII, fol. 253.

<sup>545</sup>Ibídem, C.2, Lib. IV, fol. 456, 10 de agosto de 1670.

*recibió el hábito y profesó en la ciudad de Toledo como consta en la patente que presentó y confirmaron los señores de esta Junta General y con el que finalmente estuvieron de acuerdo los señores de la Junta de Despacho pues con respecto a haber tomado el hábito y profesado en dicha ciudad donde se suponen harían las informaciones y que admitieron a la dicha Ana María y la incorporaron a los Libros».*

¿Puede esto significar que existía más tolerancia en las admisiones en Toledo que en Madrid? A juzgar por el documento diríamos que sí.

Después de conocer estos hechos, la VOT creyó necesario realizar algunos cambios, primero buscó entre los hermanos a informadores que sobresaliesen por su intachable conducta<sup>546</sup>, después hizo preceptivo que en las informaciones estuviese presente un notario que diese formalidad al acto y evitase que los informantes cayesen en tentaciones ilícitas<sup>547</sup>. Antes de acabar el siglo, estos y los escribientes comenzaron a recibir un salario; la VOT profesionalizaba la tarea de informar en aras de lograr mayor eficacia<sup>548</sup>.

#### **a) El hábito y la profesión**

Superadas las pruebas de entrada, los aspirantes estaban dispuestos para recibir los atributos distintivos de la VOT: un cordón y un escapulario, llamado también hábito parvo<sup>549</sup>. La ceremonia pública se celebraba el tercer domingo de cada mes; en la víspera, los futuros novicios confesaban y comulgaban. Llegado el gran día, el visitador recibía en la capilla a los postulantes, quienes baja la mirada, llevaban en la mano derecha una vela

---

<sup>546</sup>“(…) y para desterrar fraudes en las pesquisas, el Discretorio ordena que los informadores no sean conocidos ni tengan trato con los pretendientes, y que a los novicios no les una con sus examinadores lazos de amistad que puedan afectar a la parcialidad de sus juicios y que si nadie excusa de: “hacer informaciones por fáciles o difíciles, se evitaren los fraudes, y las dilaciones en la tibieza, sin faltar al Instituto y a la decencia de la Regla”.

<sup>547</sup>Ibídem, C. 1, Lib. I, fol. 73. El pretendiente debía pagar a la VOT ocho reales, para que le hiciesen la información. Ese dinero lo recibía el síndico y se destinaba a limosnas para los pobres. Véase ARBIOL, A.: *La primera nobleza de todo el orbe cristiano*, Zaragoza, 1694.

<sup>548</sup>Ibídem, leg. 103/3.

<sup>549</sup>SOBRADILLO, A. M. de: *La Tercera Orden de San Francisco según el Derecho Canónico*, Santander, 1935, p. 153-154. El hábito de la Tercera Orden franciscana podía ser de tres tipos: el hábito completo, consistente en una túnica larga sujeta por una cuerda de la que pendía el rosario o la coronilla, éste, antiguo hábito talar, quedó sólo para los que lo solicitaban de manera extraordinaria, y se le llamó hábito descubierto; segundo, la tunicela, que colgaba sobre el pecho y espalda en forma de una pequeña dalmática introducida por Julio II el 15 de mayo de 1508; y tercero, el escapulario y cordón. Este último es el que se imponía a los novicios, y se conocía como hábito parvo, medía la tercera parte de un palmo, y podía ser de color pardo o plateado, llevaba impreso el escudo franciscano (los brazos de Jesús y San Francisco salen entre nubes y se unen, detrás está la cruz). El escapulario y el cordón se llevaban debajo de la vestimenta habitual.

encendida, símbolo de su fe viva. El acto comenzaba con una plática en la que se les recordaba el compromiso de vida que iban a contraer, y la entrega que de su tiempo y labor, en adelante, generosamente, debían dispensar a la VOT. Tras los rezos de rigor daba comienzo la ceremonia.

En los días precedentes los futuros novicios habían entregado a la VOT una limosna por valor no inferior a doce reales y medio para sufragar los gastos de la celebración, aunque los había que de forma totalmente voluntaria superaban con creces esa cantidad llegando a los cuarenta reales. El nombre del novicio, la fecha de ingreso y la limosna, quedaba registraba en el “Libro de Recepciones de Hermanos”<sup>550</sup>.

El periodo de prueba o noviciado empezaba al día siguiente de la toma de hábito, y duraba un año completo. Los novicios dependían de un tercero llamado maestro de novicios, que se encargaba de instruirles en la Doctrina, en el Evangelio y en la Regla. La labor de este hermano comprendía asistirles con paciencia y tacto, hacerles entender los distintos capítulos de las Constituciones. Por ser una misión delicada, se buscaba para ejercerla un experto en el conocimiento de la Religión Católica y un hombre que fuese ejemplo de virtud para sus discípulos. Debía estar pendiente de los progresos espirituales de estos y conocer de cerca su piedad, su predisposición al sacrificio y su entrega para con la Orden y el prójimo. Pero como rigidez y benevolencia no debían estar reñidos, el trato del maestro al discípulo había de ser firme y riguroso, bondadoso y afable.

Cuando un novicio descuidaba sus deberes, escandalizaba o incurría en actos que supusiese desdoro para la VOT, hasta tres veces podía ser amonestado por el maestro, pero si reincidía, y de nuevo caía en falta, era el Discretorio el que tomaba cartas en el asunto. Si se consideraba que su presencia perjudicaba al resto de los novicios y no cabía esperanza de cambios en su actitud, se le expulsaba. La sentencia de expulsión, con la causa del hecho, y el sello de la VOT la firmaban el visitador, el ministro y el secretario. El expulsado perdía “*ipso facto*” todos los derechos, gracias y privilegios que había recibido como terciario y no podía ser admitido en ninguna otra fraternidad de la Orden Tercera franciscana<sup>551</sup>.

---

<sup>550</sup>Ibídem, C. 1, Lib. I. Las diligencias concernientes a la toma de hábito de los que ingresaban en la VOT se consignaban en un libro foliado, con el nombre arriba indicado y a veces llamado Libro Abecedario, en él constaba el nombre y la limosna que entregaban. A pesar de las continuas referencias que en los libros de acuerdos se hace a esa fuente de información, en nuestro trabajo de catalogación documental del archivo de la VOT, todavía no se ha encontrado.

<sup>551</sup>Regla de la..., cap. XVIII, 355-358.

El noviciado, que no podía durar menos de una año, podía prorrogarse a dos si el maestro lo juzgaba oportuno, pero nunca sobrepasar los tres años; si en el transcurso de ese año un novicio enfermaba y se temía por su vida, le estaba permitido profesar para que recibiese antes de morir las gracias espirituales que gozaban los terciarios profesos.

Pasado ese periodo de maduración devocional que era el noviciado, antes de tener efecto la profesión, un tribunal formado por un teólogo hermano de la VOT, el visitador y el ministro, examinaban a los novicios, si se les consideraba aptos se preparaba su profesión<sup>552</sup>. En la junta del 18 de octubre de 1610 se había dicho:

*«(...) no se de profesión a ninguno de los hermanos o hermanas sin que sean examinados antes de la doctrina cristiana y de la sustancia de la Regla para lo que se presentara ante el padre visitador fray Alonso de Espinosa y ante el padre predicador y el ministro y una vez examinado hasta que no se le dé licencia por escrito no se le dé oficio (...)».*

Para los novicios, las horas nocturnas previas a la mañana de la profesión eran de prueba, meditación mental y oración; si eran varones las pasaban en la capilla de la Orden, si mujeres, en sus domicilios.

La ceremonia de la profesión era más solemne que la de noviciado; la capilla se llenaba a rebosar de familiares y de una nutrida representación de discretos, y de hermanos de hábito descubierto. Asistían los notarios para dar fe de la profesión y entregar la patente que confirmaba el ingreso en la Orden Tercera Seglar; protagonistas del acto con la cabeza inclinada se postraban de rodillas ante el padre guardián, el visitador y el ministro; cuando profesaba una mujer, y si ese era su deseo, al efectuar las promesas de compromiso hacía voto de castidad por un tiempo determinado, pero nunca a perpetuidad.

Después de profesar, como sucedía con el resto de los hermanos, quedaban bajo el control de los celadores presentes en las distintas parroquias madrileñas.

Los celadores eran los enlaces entre la VOT y los terceros, sus representantes. La labor del celador consistía en observar, vigilar y reprender. Observaban si se cumplían las obligaciones devocionales: misas, sacramentos, etc., si el comportamiento social era correcto o, por el contrario, asistían a espectáculos poco recomendables como teatros o corridas de toros. Avisaban a los hermanos de los actos que celebraba la Fraternidad, y si

---

<sup>552</sup>AVOTM, legs. 15/2/19. Entre 1613 y 1615 fueron “*examinadores de novicios*”: los hermanos Matías del Páramo, Mateo Salado, Lorenzo de León, Bernabé Delgado de Acuña, García Melgar y Juan García Ronda.

era preciso delataban ante el Discretorio las conductas indecorosas. Gracias a ellos, la VOT conocía la vida y costumbres de los hermanos<sup>553</sup>.

Si un celador advertía que a su parroquia había llegado un forastero hermano de la Orden Tercera, aunque fuese de otro lugar, y su estancia en la Villa fuese sólo temporal, si observaba que mantenía una conducta poco recomendable, inmediatamente ponía en antecedentes al guardián del convento, quien después de amonestar al individuo, daba cuenta de los hechos al convento del que éste dependiese, para que a su vuelta se le recriminase su actitud<sup>554</sup>. El control de la Orden sobre los hermanos llegaba más allá del ámbito propio de cada fraternidad.

Las incesantes peticiones de ingreso y de demandas de socorros a los pobres obligaron al Discretorio a notificar públicamente, que por carecer de los medios económicos precisos, sólo recibirían beneficios materiales aquellos hermanos que probasen mediante la patente que su antigüedad como terceros era superior a cuatro años. Si el solicitante provenía de otra localidad distinta y de otra fraternidad, para recibir cualquier tipo de socorro se le exigía un mínimo de seis años de residencia en Madrid<sup>555</sup>.

Con fecha del 9 de octubre de 1667 dos de los discretos, Marcelo Andoain Lizarraga y Gaspar de Bracamonte, exponían ante el padre general franciscano de la provincia de Castilla, fray Patricio de Tyrelo, que se le permitiese a la VOT “*libertad sobre a quien se admite y a quien no y la conveniencia de fijar un número anual de ingresos además de las vacantes por el fallecimiento de hermanos*”<sup>556</sup>. Se hacía esta petición porque la VOT desea autonomía en la selección de ingresos, y discrepaba, como más adelante veremos, de algunas de las dispensas que, por su cuenta, otorgaba el visitador en la concesión de hábitos. Dada la complejidad de esta Fraternidad se trata de que no se rompiesen los principios sobre los que se sustentaba el control social y espiritual de los hermanos.

---

<sup>553</sup> *Regla de la...*, cap. III, 327-331.

<sup>554</sup> AVOTM, C. 1, Lib. II, fols. 6r. y 12r.

<sup>555</sup> Cuando hablamos de ayuda, no nos referimos a auxilios en situaciones críticas, ya que en esos casos la VOT socorría incluso a los que no pertenecían a la Fraternidad, siempre dentro de sus posibilidades no negaba una limosna o un plato de sopa a quien acudiese a su puerta. En este caso se alude a aquellos individuos que movidos por la picaresca buscaban su “*modus vivendi*” a costa de unos y otros.

<sup>556</sup> AVOTM, C. 2, Lib. IV, fols. 277, 290, 290v. y 291. La petición puede ser indicio de que sobre el parecer del Discretorio en los ingresos, prevalecía la opinión del padre guardián o del visitador.

### **b) El hábito descubierto**

En la sociedad del XVII la exhibición de cualquier distinción se dotaba de una amplia repercusión social, por ese motivo y por otros estrictamente espirituales, la VOT, de manera cuidadosa, controlaba la concesión de licencias a los hermanos que solicitaban llevar el hábito descubierto, ya que suponía un atributo que avalaba la calidad de esa persona. El solicitante tenía que presentar su petición al Discretorio acompañándola de un escrito en el que de forma precisa expusiese los motivos que le impulsaban a hacerlo: una promesa por enfermedad, un acto de penitencia y humildad público o, sencillamente, la devoción franciscana que le inducía a llevar su espiritualidad y su entrega al prójimo un poco “mas lejos” que el resto de los hermanos<sup>557</sup>. Era indispensable que el peticionario tuviese antigüedad de profeso al menos de un año, por tanto, se descartaba de esa dignidad a los novicios<sup>558</sup>.

Visto que en los libros de acuerdos no figuran los nombres de hermanos que llevaron el hábito, y que por pertenecer al Discretorio, a cuyos miembros no se les exigían informaciones previas, o por ser personas de reconocida rectitud moral, limpieza de linaje y categoría social, no sufrieron investigaciones (en los libros sólo constan los de aquellos que después de haber sido investigados se les ha concedido licencia), creemos que fueron

---

<sup>557</sup> *Ibidem*, C. 1, Lib. II, fols. 178 y 179. Entrega del hábito descubierto a Agustín de Carrión, que dice servir a una señora como acompañante: “(...) leyóse un memorial del hermano Gabriel de Verastegui, sargento mayor que ha sido de los ejércitos de su Majestad, en el que pide se le dé licencia para traer el hábito descubierto y por no haber profesado trae en su memorial dispensa de nuestro padre Provincial para que con consentimiento de la Junta y por que consta su mucha virtud, nobleza y congrua se le dio dicha licencia”.

Leg. 403/6: «Memorial de Thome Díaz de Mercado, hijo del tesorero del duque de Medinaceli, en el que dice haber ofrecido llevar el habito descubierto durante un año por la enfermedad de su madre, y por saber la junta de su virtud y tener sólo 13 o 14 años se le da licencia para ello, conque venga a dar la obediencia al Ministro cuando se le ponga y cuando se le guste».

<sup>558</sup> Condiciones que deben de observar los hermanos que llevan hábitos descubierto: «Considerando es muy de nuestra obligación conservar no solo en esta Santa y Venerable Orden Tercera en lustre y autoridad sino desea que cada día sea mayor y sean el buen ejemplo de los hermanos de habito descubierto y crezca la devoción en todos los fieles, esto no se puede conseguir no guardando enteramente nuestra Regla; y así es parecer de esta Junta que se ordene y mande que de aquí en adelante y de ningún modo se dé licencia a hermanos y hermanas de nuestra Orden Tercera para traer habito descubierto sin que en los susodichos concurran las calidades y demás circunstancias que se requieren y se piden por dicho capitulo y que en todo y por todo se guarden y cumplan lo ordenado y dispuesto para que se pueda dispensar en cosa alguna ni por ello se pueda pedir licencia al Padre General pues con ello se atajaran los daños que han experimentado de lo contrario y se ejecutaran al mayor servicio de Dios nuestro Señor y bien de Nuestra Venerable Orden Tercera y que para obviar los inconvenientes de los hermanos y tenerlos en pronta obediencia así como a los que hay hoy como en adelante estuvieren se tiene por necesario se observe lo que la Regla dispone, que se reúnan en el Capitulo de Culpas el cual parece será el primer domingo de este mes antes o después de la procesión del cordón colocando generalmente a todos los hermanos de habito descubierto para ello, con lo que se conocerá los que lo traen sin licencia o con ella en cuyo capítulo el padre visitador les amonestará a cuidar las obligaciones y Santos Ejercicios de Nuestra Orden dándoles una Instrucción para ello para que no aleguen ignorancia advirtiéndoles que de faltar sin causa al cumplimiento de esto que se les ordena se pasará a despojarles del habito».

muchos los que solicitaban este hábito, aunque no figuren como tales. Apoyando nuestra hipótesis tenemos dos casos; en 1678: un hermano, Juan de Olea Mantilla, solicita licencia para llevarlo por promesa a causa de una enfermedad, el visitador pide que se haga de esa persona un informe secreto. En la misma fecha, y sin pesquisas, Lorenzo de Andrés, que forma parte del Discretorio, viste el hábito descubierto.

La VOT, tratando de evitar la picaresca, y de acuerdo con el primer capítulo de la Regla, no concedió este hábito a los hermanos que ejercieron oficios considerados como viles y tampoco a los que no disponían de una hacienda o trabajo que les permitiese vivir dignamente. De esa forma evitaba que la necesidad obligase al portador del hábito a desempeñar un oficio no compatible con el honor que recibía, o que amparándose en sus vestiduras mendigase<sup>559</sup>, lo que hubiese supuesto desprestigio y menosprecio para la VOT, o que se planteasen situaciones como la que referimos:

*«Tuvo noticia de que Jorge Viedma se ha puesto el hábito descubierto habiéndosele negado la junta y que pide limosna. Y se acuerda que se le quite, se le aperciba de que se procederá contra el y mientras lo tenga no reciba socorros del enfermero ni del medico, ni de botica, como si no fuese de la Orden tercera ni limosna por habérselo puesto sin licencia»<sup>560</sup>.*

La VOT imponía disciplina y cuidaba la apariencia porque el hábito constituía un elemento visual cargado de significado propagandístico; el vestido por sí mismo era comunicación y tenía más alcance que la palabra<sup>561</sup>. A diferencia del cordón y del escapulario, hábito parvo, que se llevaba debajo de los ropajes, el hábito descubierto se llevaba sobre ellos, en pública declaración de la renuncia del alma y del cuerpo a los placeres del mundo, era una muestra de la calidad moral y espiritual de la persona.

La licencia para vestir el hábito se concedía por un año, prorrogable a dos, pero también podía concederse a perpetuidad. Si ese era el caso, el hábito debía reunir unas condiciones señaladas en las Constituciones: sotanilla a media pierna, ni larga ni corta, de humilde tela burda de estameña, del color de la Religión de la Observancia (es importante el valor de los colores y su efecto sobre el ánimo de los fieles), el cuello redondo de

---

<sup>559</sup>AVOTM, C. 123, Lib. IV, cap. III. En el caso de que por error se diese licencia de llevar ese hábito a un hermano sin medios propios para sostenerse y se viese en la necesidad de mendigar, la VOT le obligaba a desprenderse del hábito y no utilizarlo: “No se dará el habito a persona que no tenga oficio o hacienda pues no sea cosa que se aproveche del hábito para mendigar, tampoco se dará a los extranjerios que no tienen domicilio fijo. Tampoco se dará el habito ni en oratorios ni en casas particulares”.

<sup>560</sup>Ibíd., C. 4, Lib. VI, fol. 92v.

<sup>561</sup>SÁNCHEZ ORTIZ, A.: «El color: símbolo de poder y orden social. Apuntes para una historia de las apariencias en Europa», en *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 20, Madrid, 1998, p. 351-353.



lienzo, ceñido a la cintura con una cuerda de esparto o cáñamo; sobre los hombros una capilla, sin adornos, sólo en el pecho los distintivos de la VOT. El cabello debía ser corto, sin melena, guedejas o coletilla, y en la cabeza un sencillo sombrerillo del color del hábito<sup>562</sup>.

Si la licencia se otorgaba por tiempo limitado, por ejemplo un año, la sotanilla y la capilla o ferreruelo de estameña tendrían el mismo largo, y la valona podía ser sustituida por una golilla blanca, y el sombrerillo negro. Si ese era el caso, el hermano podía conservar el cabello largo, pero aseado y no muy crecido, porque causaría “nota”, lo que no era propio de la modestia y humildad que se buscaba<sup>563</sup>.

También las mujeres podían solicitar este hábito, lo que para ellas consistía en una especie de manto o sayal y sobre el cabello una toca blanca. Aunque existe documentación fehaciente de que a lo largo del tiempo en la VOT fue muy superior el ingreso femenino al masculino, en lo que respecta a la concesión de hábitos descubiertos, la diferencia estuvo siempre a favor de los hombres. La primera mujer que vistió el hábito descubierto lo hizo el 14 de enero de 1623<sup>564</sup>:

*«Biose una petición de Maria de Salgado, hermana profesa de la Orden Tercera en que pedía se le diese licencia para traer el avito descubierto en la forma que dispone la regla y habiéndose cometido en la Junta del 14 de enero de este año a los hermanos Gaspar Ardanaz y Enrique del Valle para que informasen del aprovechamiento en la virtud y en el servicio se informo viendo hecho las diligencias hallaron tenia [...] para poder traer el habito descubierto por ser persona ejemplar y virtuosa en vista de lo cual al uso a la dicha para que lo trajese el dicho habito descubierto y se informe de la regla»<sup>565</sup>.*

Cuando el hermano recibía licencia para llevar el hábito descubierto, lo primero era presentarse ante el Discretorio y “dar la obediencia” al visitador<sup>566</sup>. Entonces se le informaba sobre las nuevas obligaciones que contraía y el posible castigo al que se

---

<sup>562</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 111. Junta celebrada el 22 de abril de 1629: “No se dé licencia para el hábito descubierto si no es de sayal y de estameña, por la indecencia y poca devoción”.

<sup>563</sup>Ibídem, C. 4, Lib. V, fol. 74. En 1675, viendo el Discretorio que algunos hermanos no cumplen esa disposición, acuerda que el visitador llame al orden y mande que se corten el pelo a los que lo tengan muy crecido o con guedejas.

<sup>564</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 360. Son escasas las mujeres que solicitan licencia para vestir el hábito descubierto, y en ese caso son casadas o viudas. No se menciona si ejercen algún oficio, salvo si lo hacen en el servicio doméstico.

<sup>565</sup>Ibídem, C. 1, Lib. I, fol. 111v.

<sup>566</sup>Ibídem, C. 6, Lib. VIII, fol. 236v. Para evitar actos de picaresca, si a un hermano se le denegaba la licencia de llevar el hábito descubierto, su nombre se anotaba en el llamado “Libro de Notas Secretas” que se custodiaba bajo llave por el visitador de turno.

enfrentaría si infringía las reglas<sup>567</sup>. En adelante sería vigilado de modo especial por el celador de su parroquia, pues ya no era un hermano más, ahora públicamente hacía ostentación de su pertenencia a la Tercera Orden Seglar, y ello podía suponer para la VOT un honor si lo llevaba correctamente o una vergüenza si lo hacía sin decoro<sup>568</sup>. Porque en la VOT se creía que el hábito descubierto, más que una dignidad era un privilegio divino, y un paso hacia la vía de salvación eterna. Un simple desliz podía causar graves perjuicios a la reputación de la Fraternidad<sup>569</sup>.

Otra razón del celo estaba en el simbolismo de la prenda, ya que el modelo de ese hábito fue el del primitivo vestido por el Santo Fundador. A los hermanos que lo vestían se les consideraba como hermanos distinguidos, no por recibir indulgencias extraordinarias, sino por el sacrificio que se imponían a sí mismos, y eran para el resto de los hermanos ejemplos vivientes del espíritu franciscano<sup>570</sup>.

Por la singularidad que se les confería los hermanos de hábito descubierto, en ocasiones podían pecar de arrogantes en su trato con el resto de sus hermanos:

*«Memorial presentado ante la Junta el 13 de julio de 1631 por hermanos de hábito descubierto, en el que piden que en sus entierros sean acompañados por doce religiosos franciscanos y que los hermanos de la Tercera Orden lleven hachas encendidas, todo a costa de la VOT. Piden también que se les designe el lugar que deben de ocupar en las ceremonias de entierros, doctrina y otros ejercicios, bien separados de los demás hermanos de hábito encubierto»<sup>571</sup>.*

Madrid a ocho días del mes de diciembre del año de 1631.

Era deber de los que llevaban el hábito descubierto estar presentes en las comuniones generales convocadas, en las procesiones, en formar parte de los séquitos que visitaban a los pobres en las cárceles, en velar y acompañar el féretro de los difuntos, etc. En los sepelios, estos hermanos marchaban a ambos lados del difunto llevando en sus

---

<sup>567</sup>Ibíd., C. 1, Lib. II, fol. 195.

<sup>568</sup>Ibíd., C. 3, Lib. V, fol. 298v. El Discretorio reparó en que los hábitos descubiertos de los hermanos no se guardaban las condiciones prescritas por la Regla. Pocos eran los de estameña, abundaban los de tejidos más escogidos, lo que les hacía parecer de otra orden distinta. Se impuso de inmediato el cambio, todos de estameña. 14 de febrero de 1677.

<sup>569</sup>Ibíd., C. 1, Lib. II, fol. 237v. y Lib. III, fol. 242. Reprensión a un hermano que sin licencia se ha despojado del hábito descubierto. No se le vuelve a autorizar para que lo vista por el mal ejemplo que ha dado al resto de terceros.

<sup>570</sup>Ibíd., leg. 741/ 24. Libro de la Regla.

<sup>571</sup>Ibíd., C. 1, Lib. I, fol. 227v.

manos grandes hachones de cera ardiendo y con el emblema de la VOT<sup>572</sup>. Con respecto a los entierros, su función estaba reglamentada formalmente desde el 11 de enero de 1646:

*«Todos los hermanos que porten el hábito descubierto se han de juntar con modestia y devoción y compostura hasta doce hermanos, ni mas ni menos, a la elección del hermano Custodio de los entierros, con la advertencia, que a los que falten no se les llame y a los que sobrare no se les pague; cuando lo mande el Custodio, de dos en dos, Ni antes ni después se han de poner de rodillas delante del cuerpo del difunto para decir con toda devoción lo que es costumbre; el Custodio pedirá trece velas al que las reparte una para cada uno y otra para si y si no llegan a tiempo se quedaran sin ellas pues deberán estar a tiempo pues en pidiéndolas después enfadan a los que las reparten; a los que siendo nombrados por el Custodio faltasen se les multe con todas las limosnas del mes anterior siendo bastante causa para que se les deje de llamar para el siguiente; si algún hermano mandase se de limosna la a de cobrar el Custodio y ponerla después en manos del sindico; en conformidad con lo acordado en el año de 1631 los hermanos no han de ir a los entierros de los que han recibido el habito en la cama y no estuvieran hechas las diligencias que las Constituciones disponen a no ser que los deje dispuesto en su testamento y ultimas voluntades y con alguna limosna para la Orden Tercera; en caso de que el difunto llame también a los padres de la Orden de San Juan de Dios, han de ir los unos y los otros los unos llevando el cuerpo y los otros acompañándolo a su alrededor; El hermano Custodio pedirá la patente de los difuntos antes de ir al entierro y los llevara a la Junta de cada mes, para evitar que los que no sean hermanos se valgan de ellos»<sup>573</sup>.*

Si el ministro o el visitador percibían que los descubiertos se relajaban en sus deberes se les reconvenía severamente amenazándoles con despojarles del hábito, aunque antes de dar ese paso se les multaba con ocho reales por cada uno de los días que faltaban a sus obligaciones<sup>574</sup>. Precisamente, para controlar su asistencia a los actos, en 1691 el ministro Juan Antonio López de Zárate ordenó que las convocatorias se imprimiesen, se repartiesen entre los hermanos, y se firmasen como recibidas, de esa manera nadie podría excusarse a posteriori de no habersele notificado la cita.

En un principio, se ordenó que el que llevase el hábito descubierto debía ser célibe. En 1630 la norma fue considerada injusta al atentar contra la igualdad predicada por el

---

<sup>572</sup>Ibídem, fol. 227v. Memorial de los hermanos de hábito descubierto en el que piden que se les entreguen 12 hachas con el emblema de la Orden Tercera para llevarlas en los entierros, en la doctrina y en otros ejercicios piadosos; también piden cera, todo a costa de la Orden.

<sup>573</sup>Ibídem, Lib. III, fol. 110v.

<sup>574</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 429v. y C. 6, Lib. VIII, fol. 271v. y 272. Los libros de actas, señalan que a partir de 1631 se tuvo mayor cuidado en la entrega de hábitos descubiertos.

Fundador puesto que privaba a los hermanos casados de gracias espirituales sólo reservadas a los solteros<sup>575</sup>.

Hubo que esperar años para que operasen cambios a ese respecto, y tuvo mucho que ver en ello tanto don Iñigo López de Zárate, como su hijo Juan Antonio, y los hermanos don Miguel de Salinas y don Francisco de Bravain, quienes comprendieron que tanta exigencia acabaría con las peticiones de vestir el descubierto y así se lo hicieron ver a la jerarquía de la franciscana:

*«Porque de observarse la dicha Constitución en el tiempo presente tienen por cierto que se extinguiría y acabarían los hermanos de hábito descubierto y con ello el consuelo al pueblo de no tener quien acompañe los entierros de sus difuntos, costumbre tan antigua y santa que se observa desde su fundación y al Orden imposibilitada de haberlos de hacer de sus pobres con la decencia que es justa. Y parece que bastare que aunque no tenga hacienda sean personas virtuosas de Buena Vida y Costumbre y tales de quienes no se pueda temer traigan el hábito descubierto con indecencia y que asistirán a todas las demás obras de piedad en que nuestra Orden se ejercita y también que de faltar los hermanos no habrá tampoco quien acuda a las cobranzas y a las cosas necesarias del servicio de Nuestra Orden. Si bien el capítulo 4º de nuestras ordenaciones dice que el hábito descubierto se de a quien tenga caudal de vida, pues puede producir indecencia si se aprovecha para pedir pero hay que buscar remedio y se declara: que los hermanos a los que se de licencia sean de virtud tan ejemplar que a todos conste y asimismo tenga hacienda tal y tan bien dispuesta que se pueda creer que la tuvieren con bastante comodidad sin que lleguen la necesidad de que hayan de mendigar y se ha reconocido que por no hacerse observador y guardar lo dispuesto el dicho capítulo sean seguidos graves inconvenientes y cada día se experimentan mayores y que por dispensar en muchas ocasiones dando licencia a muchos hermanos para traer el hábito descubierto en quienes no han concurrido los requisitos que se requieren para poderlo traer en la decencia y estimación debida»<sup>576</sup>.*

No se equivocaron en sus apreciaciones, en 1670 la VOT no disponía de hermanos de hábito descubierto que cumpliesen con la obligación de asistir, acompañar y enterrar a los difuntos, dado que la rigidez y condiciones exigidas habían hecho que las peticiones escaseasen. Hubo que transigir a que al menos a doce hermanos de hábito descubierto no se les tomase razón de su hacienda, aunque sí de su oficio para que no fuesen de los llamados viles o indecentes. Si alguno tenía necesidad de socorros, se le ayudaría con una

---

<sup>575</sup>Ibíd., C. 1, Lib. I, fol. 204 y Lib. III, fol. 193v. Creemos que en los libros de acuerdos, faltan nombres de personas que llevaron el hábito, pero que bien por ser discretos, o por su reconocida rectitud moral, limpieza de linaje y categoría social no sufrieron investigación. En los libros sólo se reflejan los que son pesquisados, y a los que se consideran aptos se les concede la licencia.

<sup>576</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fols. 245, 245v. y 246. En esa junta se concertó que la licencia para llevar el hábito descubierto se suavizaría hasta que los admitidos sumasen doce.

limosna en metálico para que no se viese forzado a mendigar<sup>577</sup>. Era una forma de atajar el problema que suponía para la VOT el no contar con esa ayuda cada vez más necesaria dado el incremento de hermanos. En 1671 murieron 340 hermanos, con una media de 28,3 entierros mensuales a los que debían de asistir los hermanos de hábito descubierto.

Siguiendo datos aproximativos, hemos elaborado una tabla con las licencias concedidas para llevar el hábito descubierto entre 1630 y 1680<sup>578</sup>. En las décadas de 1640 a 1650 y de 1650 a 1680 las condiciones para adquirir el permiso se endurecieron.

Hasta el año de 1631 no figuran en las actas las razones por las que se deniega el hábito a algunos peticionarios. Los rechazos se atribuyen, en general, en razón del oficio que desempeñan y no por motivos de moral, dado que se presupone que siendo hermanos de la Orden Tercera, son excelentes católicos, fieles cumplidores de la Regla y de las ordenaciones.

AÑOS	MUJERES	HOMBRES	TOTAL DE HÁBITOS
1630-1640	27	47	74
1640-1650	24	32	56
1650-1660	21	28	49
1670-1680-	7	16	23

Cuadro nº 6. Hermanos terceros de ambos sexos que llevaron el hábito descubierto entre 1630 y 1680.

Parece ilógico que si no fueron rechazados en su ingreso en la VOT herreros, verduleros, carpinteros, torneros, zapateros, zurradores, etc., se les negase después el derecho a llevar el hábito descubierto si sus cualidades morales cumplían los requisitos

<sup>577</sup>Ibídem, C. 1, Lib. I, fol. 224r., Lib. III, fol. 43. A partir de entonces, el que la VOT pagase un pequeño salario en concepto de limosna a quienes faltos de recursos así lo solicitasen, fue motivo de que se incrementasen las peticiones. Es justificado, por tanto, el temor que sentía la VOT de que se hiciese un uso indebido del hábito.

<sup>578</sup>Ibídem, C. 1, Lib. I, fols. 214, 216v., 218, 223, 229v.; Lib. II, fols. 3, 9, 10, 18, 19, 21, 23, 46v., 57v., 66, 87, 90, 103v., 105v., 107, 109v., 112v., 114v., 118, 122, 135, 151v., 153, 156v.; Lib. III, fols., 8v., 18v., 26, 27, 31, 36, 45v., 62, 66, 93., 200, 202, , 250v., 261, 262, 264, 265, 271, 285v., 287v., 289, 292, 303v., v., 348v.; Lib. IV, fols. 2, 6, 15v., 21, 38v., 47v., 52, 67, 69, 91, 93v., 119v, 182, 191, 207, 212 y 218.

exigidos<sup>579</sup>. La VOT, que discriminaba el oficio y no la persona, consideraba esas labores incompatibles con la dignidad de llevar esa vestidura<sup>580</sup>. En 1635 el Discretorio notificaba al hermano Domingo Fernández que si se le concedía licencia para vestir el hábito descubierto había de abandonar su oficio de sastre, pues ese oficio no era compatible con la dignidad que esperaba recibir.

Otro de los oficios considerado incompatible, pero más necesario socialmente, fue el de zapatero. Blas García, que tenía ese oficio, en 1665 presentó su petición de llevar el hábito, pues era hermano profeso desde años atrás. Había prometido abandonar su negocio en la calle Toledo, y siendo las informaciones sobre su vida y costumbres excelentes no hubo objeciones y se le dio licencia. Después de un tiempo prudencial, el hermano no había abandonado su trabajo de cortar, coser y calzar, lo que, según la VOT, causaba escándalo dentro y fuera de la Orden. El entonces ministro marqués de Santillana ordenó que se le exigiese abandonar su labor o entregar el hábito. Blas suplicó piedad y de nuevo prometió vender el negocio. Pero como era su único medio de vida, se limitó a contratar a un oficial, para no tener contacto directo con los materiales. Ahora su función estaba en vigilar el trabajo de su empleado. La VOT no se mostró conforme y los discretos votaron para que se le despojase del hábito. Sin que se digan las razones, en febrero de 1670 todavía no se había llevado a efecto el despojo y en agosto, el visitador fray Francisco Sánchez Gareca, y el ministro Iñigo López de Zárate firmaban un requerimiento en contra del hermano Blas:

*«A Blas García, hermano de habito descubierto, maestro de obra prima, en su tienda, ante Francisco de Morga, notario, se le ordena que deje la tienda y el oficio de zapatero o se quite el habito descubierto que trae de la VOT y por habérsele amonestado y mandado muchas otras veces y no haberlo obedecido se hace este requerimiento por ultimo y preventivo termino».*

---

<sup>579</sup>Ibídem, C. 1, Lib. IV, fols. 322-328. Se despoja del hábito descubierto a los hermanos Andrés del Fresno y Juan Novoa, que aunque llevan el hábito por devoción cristiana, a la Orden le consta que el oficio de ambos es el de herrero; tampoco se le da el hábito a la hermana Ángela Frahuino, porque en el informe secreto se dice que no es apta para ello; se les niega el hábito descubierto a Luis de Quesada y a la hermana Ana Fajardo por falta de congrua; a Juan García se le quita el descubierto por no avenirse a obedecer, y se le conmina a que lo entregue en ocho días, si no lo hace se procederá en su contra como rebelde. Fol. 368, no se concede el hábito descubierto al hermano Eugenio Fernández por no tener medios económicos para mantenerse ni edad para adquirirlos.

<sup>580</sup>Ibídem, Lib. II, fol. 222. “Se le da al hermano profeso Luis Jiménez licencia para llevar el hábito descubierto, siempre y cuando su trabajo lo haga en privado, y si lo hace en público, que se quite el hábito” (este hermano era zapatero, pero por tener que sostener a una familia numerosa se le daba esa dispensa); otro informe dice que el hermano Juan Beo antes de ser admitido en la Venerable Orden Tercera y ser su sacristán ejercía el oficio de zurrador tenido por “muy indecente”. Se le previene que ser sacristán de la capilla del Cristo de los Dolores no está de acuerdo con ese oficio.

Como ya lo había hecho en otras ocasiones, el astuto zapatero trató de hacer valer sus engaños, rogó, lloró y prometió traspasar la tienda, cambiar de domicilio y retirarse de manera pública de su oficio. La VOT benevolente le dio otra oportunidad, y suspendió el despojo, pero una vez más el zapatero incumplió la promesa, y el Discretorio, escarmentado e indignado, públicamente le despojó del hábito y le borró de los libros de la Orden por ser “*persona contumaz, incorregible e inobediente*”<sup>581</sup>.

Con alguna diferencia transcurrió la experiencia de otro zapatero, Pedro Olarte, natural de Alcalá de Henares y vecino de Madrid, que había recibido el hábito descubierta antes de ejercer el oficio de zapatero. Cuando para sostener a su familia y a un hijo gravemente enfermo se vio obligado a realizar ese trabajo, la VOT, reconociendo su necesidad, le permitió que durante un plazo de tiempo lo vistiese, pero nunca durante el trabajo. También se le dijo que en el plazo de seis meses debería cambiar de oficio, o renunciar al hábito descubierta.<sup>582</sup>

#### **b) Hábitos “*in extremis*”**

«(...) quiero morir e ser enterrado en el habito del Señor san Francisco por conseguir los perdones que ganan los que mueren en el. Los que tren el cordón del Señor san Francisco, correa de santo Domingo, o de san Agustín, y escapulario del Carmen, la Trinidad, san Pedro Mártir, de la Merced, de nuestra Señora de los Remedios, ganan muchos perdones y en el articulo de la muerte indulgencia plenaria»<sup>583</sup>.

La VOT, siempre inflexible en el respeto a la Regla y a las Constituciones, sólo alteraba su postura si un enfermo de gravedad, en peligro de muerte, deseaba recibir el hábito franciscano, o profesar si era novicio y no había cumplido en su totalidad el año de noviciado<sup>584</sup>. En esas circunstancias la Orden eximía a los enfermos de las formalidades

---

<sup>581</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fols. 249v., 251, 501, 455v., 456 y 502.

<sup>582</sup>Ibíd., C. 117, fols. 2 y ss.

<sup>583</sup>PÉREZ CARRILLO, F.: *Vía Sacra, y ejercicios espirituales, y arte del bien morir*, Zaragoza, 1619, p. 247; LORENZO PINAR, F. J.: *El comercio de la muerte en la Edad Moderna*, pp. 34 y ss. Sólo los padres guardianes de los conventos franciscanos o los prebostes tenían autorización de Roma para entregar hábitos como mortajas, previamente bendecidos. Los beneficios que se obtenían por la limosna de esa entrega servían para ayudar a la compra del vestuario de los frailes del convento.

<sup>584</sup>Era necesario que en su testamento los moribundos expresasen el deseo de llevar como mortaja un hábito franciscano, pero si la gravedad de la enfermedad les impedía hacerlo, los albaceas debían cumplir con ese requisito. Se les entregaba el hábito después de haber prometido solemnemente que en caso de recuperar la salud cumplirían el año de noviciado, y de manera formal, después en el convento recibirían el hábito acompañado de la patente. ARBIOL, A.: *Los terceros hijos del...*, en op. cit, cap. III, p. 122: “*Si a algún enfermo en peligro de muerte se le da hábito, no se le dará la profesión en caso de que convaleciere hasta pasado un año*”.

exigidas, si confesaban, comulgaban y prometían que si se restablecían cumplirían con lo ordenado y reglado.

*«(...) a los que tomen el hábito en la cama por peligro de muerte no se les ha hecho información que mandan las Constituciones y serán acompañados por hermanos si lo dejan dispuesto y alguna limosna o en caso de que sus albaceas y testamentarios lo pidan»<sup>585</sup>.*

Fueron muchos los devotos que en las horas póstumas de vida buscaron las indulgencias y privilegios espirituales que conllevaba pasar el último tránsito vestidos con el hábito de la Tercera Orden franciscana<sup>586</sup>. Eran gracias que hacían más corta la estancia en el purgatorio<sup>587</sup>, por lo que el cubrir el cuerpo del difunto con un simple lienzo blanco acabó siendo atributo de los hermanos más pobres.

A pesar de su indulgencia en ese aspecto, la VOT estableció diferencias entre los hermanos que, sólo al verse en el lecho de muerte deseaban recibir el hábito o hacer la profesión, y los que fielmente seguían las normas que marcaban las Constituciones, es decir, postulante, noviciado, y profesión. Se tenía en cuenta su antigüedad y el haber ingresado en la VOT sin apremios, por verdadera devoción franciscana<sup>588</sup>. Basándose en ello, si por circunstancias, coincidían los entierros de dos hermanos, uno de hábito con patente, y el otro de hábito por enfermedad, se le daba prioridad al primero que era acompañado por los de hábito descubierto. No quiere esto decir que la VOT eludiese lo que consideraba un deber, acompañar a los difuntos, porque en esos casos buscaba la buena voluntad de algunos terceros que libremente, por caridad cristiana, no dudaban en formar parte de la comitiva que seguía al fallecido.

---

<sup>585</sup>AVOTM, C. 1, Lib. II, fol. 224. Si el enfermo no era pobre, fallecía y por la premura no se había estipulado la limosna que había de entregar, no era extraño que la VOT se viese en dificultades para que los herederos la pagasen, pues fueron muchos los albaceas y testamentarios que no cumplieron con el compromiso contraído. Aparecen distintos acuerdos sobre esta cuestión con distintas fechas: 11 de mayo de 1631; 11 de agosto de 1647; 10 de septiembre de 1651 y 9 de mayo de 1653.

<sup>586</sup>El fervor religioso que impregnaba a la sociedad del siglo XVII, hace que más de un 50% de los madrileños que morían desearan vestir el hábito de San Francisco, mientras que un 8% se decantaba por el hábito del Carmelo.

<sup>587</sup>La devoción a las ánimas del purgatorio procede de la Edad Media, y en el siglo XVII se extendió de forma notable. La tesis de Jacques Le Goff es que para el hombre medieval y el moderno, el purgatorio era más un espacio que un tiempo, y que el purgatorio modificó la actitud de los cristianos ante la muerte, dramatizando la última fase de la existencia terrena y cargándola de temor y de esperanza. El infierno o el paraíso era una baza que podía jugarla en los últimos momento de la vida. LE GOFF, J.: «Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval», en *El nacimiento del purgatorio*, Madrid, 1985, pp. 44 -51.

<sup>588</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fol. 479. En noviembre del año de 1670 la Orden Tercera de Madrid asistió a dieciocho entierros, cobrando treinta reales por cada sepelio. Y los familiares de cada uno de los seis moribundos que recibieron el hábito en la cama, tuvieron que satisfacer una limosna de treinta y tres reales. De esas cantidades había que deducir el donativo que se daba a los hermanos asistentes, los gastos de cera, etc.



Un ejemplo de enfermo ilustre que realizó el acto de profesión postrado en cama fue nuestro primer y universal escritor don Miguel de Cervantes y Saavedra. Cervantes, cuando pronunció los votos de la profesión y recibió el hábito franciscano para ser enterrado con él, se hallaba gravemente enfermo. El acto tuvo lugar en su domicilio de Madrid, en la calle de León, esquina a Francos, un 2 de abril de 1616, día de Sábado Santo<sup>589</sup>.

*«En dos de Abril de mil seiscientos y dieciséis profesó en su casa, por estar enfermo, el hermano Miguel de Cervantes, Saavedra en la calle del León, en casa de don Francisco Martínez Marcilla, clérigo, hermano de la VOT».*

Un cronista de la VOT lo describe:

*«Ingresó Cervantes en la Orden en las postrimerías de su vida, teniendo una vela blanca en la mano derecha y la cuerda y el hábito en la izquierda, falta de movimiento por la herida recibida en Lepanto. Cubierto por el hábito, la sotanilla le descubría el calzon, la manga cerrada y el ferreruelo de estameña y la cuerda que le caía hasta las rodillas. Su confesor fue Francisco Martínez, capellán de las Trinitarias»<sup>590</sup>.*

Cervantes no había ingresado en la VOT madrileña en 1609, cuando lo hicieron su hermana Andrea y su mujer Catalina de Salazar<sup>591</sup>, sino que esperó a hacerlo al 2 de abril

---

<sup>589</sup>La fecha de la profesión de Cervantes fue publicada por vez primera en 1880 por Antonio Pellicer en “*Vida de Cervantes*”, p. 243, y otros autores se hicieron eco de ello. ASTRANA MARÍN, L.: *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, t. VII, Madrid 1958, p. 448, dice que Cervantes se había afiliado a la Orden Tercera de San Francisco en el año de 1613 en Alcalá de Henares, pero no menciona si llevó a cabo el año de obligatoria preparación o noviciado para que una vez concluido pudiese profesar. Lo cierto es que no era hermano profeso en 1616, cuando recibe el hábito en la cama. Astrana Marín da como segura la obligatoriedad que tenían los terceros de llevar de manera permanente el hábito franciscano, pero la toma de hábito implicaba sólo la entrega del cordón franciscano y del escapulario, que podía llevarse oculto debajo de las vestiduras. El uso continuo del hábito únicamente lo tenían por obligación los que ya siendo profesos, bien por promesa o por motivos espirituales, solicitaban y se les daba licencia para llevarlo. A Cervantes se le da la profesión y el hábito por encontrarse gravemente enfermo, y ser su deseo el enterrarse con esa vestidura que aseguraba a quien lo vistiese en la hora de su muerte indulgencias y privilegios en la redención de las penas del purgatorio.

<sup>590</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 29v. El licenciado Francisco Martínez pertenecía a la Orden Tercera desde 1613, a finales de diciembre de ese mismo año fue elegido discreto eclesiástico, desempeñando el cargo varios años.

<sup>591</sup>Ibídem, Libro de Inscripciones de Recepción de Hábitos. En este libro, con el número 72, figura: “*Doña Andrea de Cervantes, que vive en la calle de la Magdalena, a espaldas de la duquesa de Pastrana. Y con el número 73: Doña Catalina de Salazar Vozmediano, mujer de Miguel de Cervantes Saavedra, vive en la misma casa de la de arriba y a espaldas de El lorito*”. (Se refiere al colegio de Nuestra Señora del Loreto). 8 de junio de 1609.

Ibídem, fol. 5. Un año después, el 27 de junio de 1610, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, Catalina, tras aprobar el año de noviciado, profesaba ante el guardián del convento franciscano madrileño, fray. Francisco de Leganés, el visitador fray Alonso de Espinosa, el hermano ministro Gaspar Torres y el predicador de la VOT fray Francisco de Orozco. El Libro de Registro de Profesiones de la VOT dice: “*Profesó doña Catalina de Salazar Vozmediano que vive en la calle del León, frontero con Castillo,*

de 1613, en la villa de Alcalá de Henares que le vio nacer, en el convento de los frailes franciscanos<sup>592</sup>. En ese mismo año ingresaba en la VOT madrileña el que sería su gran amigo, el presbítero Francisco Martínez, director espiritual en el convento de las religiosas trinitarias descalzas, donde años después Cervantes recibiría sepultura<sup>593</sup>.

Cervantes en los últimos años de su vida poco menos que subsistía gracias a las mercedes que le enviaba el arzobispo don Bernardo de Sandoval y Rojas, quien también atendía al pago del alquiler de la vivienda que habitaba, propiedad del licenciado Martínez<sup>594</sup>. Para entonces, Cervantes había abandonado la Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento<sup>595</sup>, muy famosa entre la aristocracia, y a la que don Miguel perteneció desde 1609<sup>596</sup>. Ya cercana su muerte buscó, como antes lo habían hecho su esposa y sus hermanas, el celo de la Orden franciscana. ¿Cabe pensar que esa devoción y posterior profesión tardía tuvo algo que ver con el hecho de que era harto sabido que la Orden corría con los gastos de los entierros cuando se trataba de un hermano profeso y sin medios? No tenemos respuesta.

Tras la profesión, los terceros visitaron repetidas veces la casa del enfermo llevándole medicinas y procurándole consuelo y esperanza. El día 19 Francisco Martínez, el capellán amigo, le confesó, y después, otro buen amigo, el licenciado Francisco López, le administró la Extremaunción. Al enfermo aún le quedaron las fuerzas suficientes para despedirse por carta de sus benefactores. Sus últimas horas discurrieron acompañado de sus familiares y amigos, sin que faltase la presencia de varios hermanos de hábito descubierto y encubierto que, como era costumbre, le confortaron en el último trance<sup>597</sup>.

---

*panadero de la Corte*". Su cuñada Andrea no pudo hacer la profesión por haber fallecido en octubre del año anterior. ASTRANA MARÍN, op. cit., p. 356 y 401.

<sup>592</sup>De ese hecho, según sus biógrafos, faltan todos los datos, aunque parece ser que existió un registro en el Libro de Inscripciones de la Tercera Orden de San Francisco de Madrid, con el n.º 843, fol.52. (En la actualidad dicho libro no se encuentra en el Archivo de la VOT).

<sup>593</sup>ZARAGOZA, C.: *Cervantes, vida y semblanza*, Madrid, 1991, p. 357 y ss.

<sup>594</sup>SÁNCHEZ CATALÁN, R.: *El conquense, licenciado Francisco Martínez*, Madrid, 1915, p. 10. La casa en que vivió Cervantes fue adquirida después por la Santa y Pontifica Real Hermandad del Refugio y Piedad de Madrid y corresponde al n.º 2 de la calle de Cervantes esquina a León.

<sup>595</sup>FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M.: *Vida de Miguel de Cervantes*, Universidad de Málaga, 2005, ed. facsímil, p. 468.

<sup>596</sup>TRAPIELLO, A.: *Miguel de Cervantes*, Madrid, 1993, p. 195, 199 y 242. La Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento había nacido como desagravio a los desacatos cometidos en Londres en contra de la Eucaristía.

<sup>597</sup>RUIZ RODRÍGUEZ, J. I. y DELGADO PAVÓN, M.ª D.: «Miguel de Cervantes Saavedra, un laico en la Venerable Orden Tercera franciscana de Madrid», *Coloquio Internacional Cervantes y las religiones*, Jerusalén, diciembre 2005.

El veintidós de ese mismo mes dejaba de existir, su cuerpo, después de ser amortajado con el burdo y modesto sayal franciscano, con el rostro descubierto, lo mismo que parte de la pierna derecha, fue depositado en un tosco y modesto ataúd de madera<sup>598</sup>. Al día siguiente, a la hora del entierro, los terceros que acompañaban el cadáver divididos en dos coros se postraron de rodillas y rezaron las oraciones del Santo Sudario. Después, cubierto el ataúd con los paños y emblemas de la Orden Tercera, se puso en marcha la comitiva hasta el convento de las Trinitarias Descalzas en la calle de Cantarranas, hoy de Lope de Vega, donde recibió cristiana sepultura<sup>599</sup>. Se dice que el entierro tuvo lugar en un día raso, de una seca primavera castellana, y que las campanas doblaban, según el ritual de la Orden Tercera Seglar franciscana, mientras se acercaba el cortejo fúnebre al convento<sup>600</sup>.

El deseo de recibir cristiana sepultura vestido con el hábito franciscano fue deseo generalizado en el siglo XVII, y ese anhelo afectó tanto a los poderosos monarcas como a los humildes plebeyos<sup>601</sup>. La Orden Tercera no deseaba privar a los devotos de ese bien espiritual, pero se mostraba recelosa de hacerlo sin causa justificada. En 1650 el Discretorio acordó limitar las entregas de hábito a quienes, en verdad, estuviesen en peligro de muerte, pero cinco años después pareció preferible, que se sufriesen los inconvenientes que a veces originaban las entregas, a que los enfermos se vieses privados de las gracias e indulgencias que podían gozar si las recibían<sup>602</sup>. El parecer del ministro en ejercicio, conde de Miranda y duque de Peñaranda, fue tajante “*que de aquí en adelante no se haga ninguna resolución en contra*”<sup>603</sup>. La VOT trataba de aunar rigorismo confesional y caridad cristiana.

---

<sup>598</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 224r.

<sup>599</sup>Fue voluntad de Cervantes el recibir sepultura en ese sencillo convento de monjas trinitarias, quizá en agradecimiento al fraile trinitario fray Juan Gil, que había conseguido pagar su rescate en Argel el 19 de septiembre de 1580, cuando estaba a punto de ser enviado a Constantinopla, lugar del que se decía que no se regresaba nunca.

<sup>600</sup>Los datos de la defunción se asentaron en el Libro de Difuntos de aquel año, folio 270, en la parroquia de San Sebastián de Madrid. Fue deseo de Cervantes que se le dijese “dos misas del alma” y las demás a voluntad de su mujer y del licenciado Martínez que eran sus testamentarios.

<sup>601</sup>La reina Isabel I quiso ser enterrada con el hábito franciscano, y a partir de entonces ese deseo se impuso entre las damas de la nobleza castellana con el propósito de ganar indulgencias y gracias que llevaban aparejadas mitigar las penas del purgatorio.

<sup>602</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fol. 242. «Diose cuenta de como el Reverendísimo Padre Confesor que fue de la Cristianísima Reina Madre de Francia, en atención de ser nuestra hermana y tan devota de nuestra orden y haberse mandado enterrar con nuestro santo habito, había echo hacer un retrato de su Majestad para que se pusiese y colocase en nuestra capilla, para cuyo efecto lo había entregado. Y se acordó el que se hiciese otro de su hermano el Rey Don Felipe el Cuarto Nuestro Señor, que santa gloria aya, hermano y Protector que así mismo fue de nuestra Venerable Orden», 8 de agosto de 1666.

<sup>603</sup>Ibíd., C. 1, Lib. III, fol. 288 y C. 2, Lib. IV, fol. 95v.

En 1660 se concretó el procedimiento a seguir en el cobro de las limosnas de los enfermos que recibían el hábito en cama y fallecían<sup>604</sup>. Las instrucciones fueron:

*«(...) cuando muere alguno de los que reciben el habito en la cama y gusten de que los hermanos de la Orden Tercera le acompañen han de hacer certificado y llevarlos a los señores del cuartel que le tocasse para que de orden como se hace con los hermanos de patente; que estos hermanos han de pagar tres ducados para el gasto que tiene la Orden y si no los dan que no se haga y para evitar inconveniente hasta que no se de no se lleve paño y almohada; que si alguno deja en su testamento el deseo de ser enterrado en la capilla de la Orden Tercera que deje en el sentado limosna considerable fuera del os tres ducados del acompañamiento y que no sea menos de cinco ducados; que las cartas de pago que se den de esa limosna así como las de enterrarse en la capilla vayan confirmadas por la contaduría de la Orden y aprobadas en el Libro, por el reclamo que se le ha de hacer al sindico de tales limosnas; que a los hermanos de habito descubierto que acudan a los entierros y que en día de fiesta no tiene estipulado si cae en ese día se les de un real; si concurren dos entierros en un mismo día que se cumpla primero con el que sea de patente y después con el de habito dado en cama; que en la junta del segundo Domingo del mes, lleve el Custodio cuenta de los que de habito en la cama mueren y lo que queda liquido de las limosnas y la memoria de los de patente; que todo lo acordado en esta instrucción se cumpla y que nadie hable de este acuerdo». Madrid 11 de julio de 1660.*

Se insistía en la obligación contraída por los que recibían el hábito en el lecho, si sanaban no estaban libres de cumplir el año de noviciado<sup>605</sup>. Así mismo, en la junta del 12 de julio de 1676 se acordaba:

*«(...) el día que la Orden da de comer a los pobres del Hospicio se les de el habito pero únicamente a efectos de que puedan ganar las indulgencias y no para que consten en los libros como hermanos nuestros por faltarles las circunstancias que piden nuestras resoluciones»<sup>606</sup>.*

## **2. 5. Los hábitos en la Corte. Un hábito muy especial: el del Rey**

El deseo de ser hermano de la Tercera Orden Seglar franciscana estuvo presente entre los nobles y burócratas cercanos al Monarca, eran muchos los que en seguimiento de los reyes querían recibir el hábito. Sin embargo, no siempre actuaban de manera correcta, ya que había personajes que buscaban el ingreso, sin cumplir los requisitos necesarios,

---

<sup>604</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 96.

<sup>605</sup>Ibídem, C. 1, Lib. III, fol. 197v. En la junta celebrada el 7 de mayo de 1649 se votó: suprimir el acompañamiento de hermanos de hábito descubierto en los entierros de los que recibían el hábito en el lecho, y que fuesen enterrados en la bóveda si no había quedado expresada su voluntad en las mandas testamentarias. La VOT trataba de no ser engañada por los albaceas, que una vez efectuado el entierro se negaban a satisfacer la limosna estipulada para sufragar los costes de acompañamiento y luminarias, o bien postergaban la limosna durante años.

<sup>606</sup>Ibídem, C. 4, Lib. V, fol. 82.

buscando un camino más rápido y fácil. Para hacerlo, se valían de recomendaciones y artimañas, esquivando el conducto formal y acogiéndose, sin ningún pudor, a la intervención del capellán real, o a la del visitador de la VOT. Este, presionado por el entorno de Palacio, se veía forzado a dar el hábito e, incluso la profesión, sin que se efectuase el año de noviciado. Si ese era el caso, la ceremonia tenía lugar en la Capilla Real y al Discretorio se le notificaba cuando el hecho ya estaba consumado<sup>607</sup>. Esa forma de proceder minaba la autoridad de la VOT, la rebajaba a los ojos de los hermanos y arruinaba la obligación de cumplir con la Regla y Constituciones. Rumores de escándalo sobre esos hechos debían de correr entre los terceros, cuando en 1632 se hizo público el siguiente oficio:

*«Se da comisión a José de Luna, y al doctor Abadía Vergara para que hablen de nuestra parte, la Orden Tercera, a nuestro Vicario, fray Antón Enríquez, para que se sirva mandar, que ningún religioso, de hábitos en Palacio a las Damas y Criados de la Reina Isabel, sin que lo haga el padre visitador, y conocimiento de la Fraternidad y que su Ilustrísima, el Patriarca, de licencia al visitador a dar las platicas como hermanos nuestros que son»*<sup>608</sup>.

La entrega de hábitos a estos personajes solía suponer para la VOT una fuente de problemas, ya que muchas de las peticiones que arrancaban del medio cortesano se movían, no por un sentimiento de auténtica devoción franciscana, sino por el deseo de figurar y vestir un hábito que gozaba de prestigio social. Por sus ansias de hacerse notar, esas personas exigían recibir el hábito en Palacio, rodeadas de fausto y lujo<sup>609</sup>, un

---

<sup>607</sup>Ibídem, Lib. III, fol. 89. La Orden Tercera franciscana siempre se mostró muy celosa de las prerrogativas que se había ganado paso a paso de manos de las máximas autoridades pontificias, por ese motivo, no admitía intromisiones ajenas en sus derechos, jurisdicción y prestigio. Así se percibe en el párrafo que sigue: “Pone en las Constituciones que ningún hermano pueda tener voto perpetuo, ni ningún título, ni causa, y que solo se dé conforme a las Constituciones que manden en la Orden Tercera, pero si la dare el Padre Reverendísimo General o el Padre Comisario General, tengan por bien, que se suspenda hasta tanto se tratase en Junta y se decida por esta”. De esta forma se expresaba en 1645 el ministro Gaspar de Bracamonte, conde de Miranda y duque de Peñaranda.

<sup>608</sup>Ibídem, Lib. II, fol. 23.

<sup>609</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 247. Llegó al Discretorio la noticia de que frailes capuchinos, por cuenta propia y sin respetar lo que ordenaban las Constituciones y la Regla, habían entregado hábitos en Palacio. Ni la VOT ni los frailes del convento de San Francisco reconocían esos ingresos, así que acusaron a los capuchinos de no observar lo que mandaban las ordenaciones, ya que a los aspirantes no les exigían que cumpliesen las diligencias previas y el año de noviciado. Los problemas se prolongaron hasta 1672. En ese año los capuchinos se querellaron ante el auditor del nuncio papal, cuando oyeron decir a un fraile observante en su prédica que los capuchino no podían dar hábitos de la Tercera Orden. Aunque la VOT se identificaba con los observantes durante el pleito, el ministro López de Zárate declaró que se mostraría de acuerdo con la resolución que tomase el tribunal, considerando que el fin sería el más satisfactorio para la Religión. Pero añadió que los terceros que hubiesen recibido el hábito de manos capuchinas llevasen una señal distintiva y visible que los distinguiese del resto, de la misma manera que la había en el hábito de frailes capuchinos y observantes. La VOT, que se consideraba ofendida en la disputa, pidió que la decisión que se tomase se le notificase oficialmente.

escenario muy distinto del que hubiese sido el natural, una sencilla ceremonia en la recogida capilla de la VOT. A ese tipo de pretensiones, que se juzgaban superfluas y contrarias a la Regla, se negaba la Fraternidad, y era cuando algunos individuos no dudaban en acudir a los capuchinos, más permisivos, y al mismo visitador de la VOT, quejándose de la intolerancia de los discretos y esperando que así se satisficiesen sus deseos<sup>610</sup>.

Alusiones sobre esos incidentes y abusos son noticia en marzo de 1644, cuando la VOT envía un oficio al visitador fray Lope Páez y a los capellanes de Palacio:

*«Que de aquí en adelante no se de en Palacio ningún hábito, aunque sea a Dama o dueña, si no lo aprueba antes la Junta del Despacho y se hagan las diligencias precisas y mandamientos que mandan las Constituciones y lo haga el padre visitador»<sup>611</sup>.*

Con disposición muy distinta recibió la VOT, el 13 de septiembre de 1671, una larga misiva firmada por la marquesa de los Vélez, aya del rey-niño, Carlos, que entre otros asuntos trataba del ingreso de un personaje muy especial: “(...) y *el Rey Nuestro Señor, desea recibir el avito de la Tercera Orden Seglar y solo espera que venga el Rvdmo. Padre Comisario General para que se le de*”. La contestación del ministro López de Zárate no tardó en llegar a Palacio:

*«Quanta es la honra que nos llega y lo puede hacer el padre visitador de la Orden como así lo hizo antes con la Reina Nuestra Señora, y con la Señora Emperatriz, Margarita de Austria, del que lo era entonces, como consta en los libros de la Orden Tercera, de los que ofrece el señor ministro llevar certificado a su Excelencia la marquesa»<sup>612</sup>.*

---

<sup>610</sup>Ibíd., C. 4, Lib. VI, fols. 595r. y 595v. El visitador fray José de San Francisco incurrió varias veces en ese defecto, y su actuación durante los años 1663-1664, tiempo en el que tuvo a su cargo a la VOT, fue causa de tantos problemas que el Discretorio presentó una denuncia formal ante el guardián del convento de San Francisco. Se acusó al fraile de invadir competencias y de atentar contra la autoridad de la Fraternidad, ya que fray José, por facilitar los requisitos de entrada a los criados palaciegos, pasaba por alto las informaciones de los pretendientes. A ese respecto, la VOT sólo eximía de las pesquisas a las damas de la Reina y a las meninas.

<sup>611</sup>Ibíd., C. 1, Lib. II, fol. 61.

<sup>612</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 530. El hermano ministro hace referencia a Mariana de Austria, madre de Carlos II, que recibió el hábito de hermana de la Tercera Orden en 1664, de mano del padre visitador fray José de San Francisco, momento en el que también lo recibió la marquesa de los Vélez. Ibíd., fol. 19. El certificado, expedido el 12 de octubre de 1664, decía: “*Se dio cuenta de como el jueves 9 de este mes de octubre se había dado el habito de la Orden Tercera a la Reina, Nuestra Señora y Serenísima Emperatriz y acordose se ponga la partida en los libros para que en todo tiempo conste*”.

En la VOT todo eran parabienes por el significado que ese ingreso tendría para la Fraternidad, y de inmediato todo se dispuso para complacer al egregio peticionario<sup>613</sup>.

Contra lo establecido en 1644, de nuevo siendo visitador de la Orden fray Francisco Sánchez Gareca (1669-1680) se vulneró lo ordenado y el fraile entregó hábitos en Palacio sin contar con el Discretorio. Los hermanos, molestos, exigieron explicaciones a fray Francisco quien se excusó en un escrito:

*«El padre visitador, fray Francisco Sánchez Gareca, se excusa por haber dado avitos en Palacio sin haber comparecido, ni las damas que los an recibido aver echo solicitud en la Orden Tercera y satisfecho las limosnas pero por embarazo lo ha hecho usando de su autoridad y jurisdicción como es fuerza usar en semejantes lances».*

La Junta de discretos, para evitar disputas y para que los que habían recibido el hábito no perdiesen las indulgencias ganadas, consintió en dar por buena la entrega, pero les advirtió que si querían que sus nombres figurasen en los libros de ingresos de la VOT era necesario acudiesen a ésta y entregasen la limosna estipulada.

En 1673, para acabar con ese tipo de problemas, no causar trastornos a los criados del Rey, y pensando en los beneficios que esos ingresos reportaban al prestigio de la Fraternidad, el Discretorio y el visitador Sánchez Gareca decidieron conjuntamente que cuando se entregasen hábitos en Palacio había de estar presente un discreto miembro de la Junta de Despacho, que llevaría el control de los personajes que quisieran ingresar en la Orden. La ceremonia de entrega tendría lugar en la capilla del alcázar real, y estarían presentes el visitador, el ministro y una comisión de discretos. De esa forma se cumplían los trámites legales y los que ingresaban, si cumplían con el noviciado pasado ese año, podían acceder a la profesión<sup>614</sup>..

Sin embargo, el incumplimiento de la normativa en las entregas de hábitos atravesó el ámbito de la Corte y llegó hasta los nobles y señores principales, que amparándose en su poder solicitaban que fuese la VOT la que se desplazase hasta sus capillas y oratorios particulares para hacer en ellos la ceremonia de ingreso de sus deudos y criados<sup>615</sup>. La

---

<sup>613</sup>Ibíd., fols. 424 y 533.

<sup>614</sup>Ibíd., fol. 641v.

<sup>615</sup>Esa petición la hicieron varios señores de la nobleza, entre ellos la condesa de Arcos, hermana y gran benefactora de la Fraternidad. En 1669 varias camareras que gozaban de la confianza de la Condesa desearon recibir el hábito seglar franciscano, y la de Arcos sugirió que la ceremonia de ingreso se celebrase en su domicilio. La VOT se negó diciendo que lo prohibían las Constituciones y, además, era sentar un mal

Orden de manera rotunda se negaba, y contestaba que sólo infringía las disposiciones establecidas si se trataba de enfermos.

Las tensiones que podían provocar este tipo de situaciones no minaron nunca la cordialidad que siempre existió entre los terceros y sus visitantes; eran sus hijos espirituales, y obedecían con respeto y sumisión las decisiones de estos; sólo alzaban la voz cuando creían ver en peligro su autoridad y competencias. La VOT siempre agradeció la labor de los frailes, su tutela y consejo en momentos cruciales, y el apoyo que se le brindó en sus reivindicaciones y proyectos<sup>616</sup>.

## **2. 6. Medidas disciplinarias: entre la devoción y la desviación**

Después de la Reforma católica no se admitieron fallos en la observancia de la ortodoxia doctrinal, que se convirtió en un signo de identidad, se estudiaron las conductas por si había señales de disidencia y se educó reprimiendo. Desde distintos ámbitos, y uno de ellos fue la VOT, se emitieron mensajes para una sociedad mal estructurada, que se sabía observada y permanecía inmersa en un proceso de devociones e ideologías.

Siendo muchos los alicientes espirituales, y por qué no decirlo, también temporales, que movieron a los madrileños a su ingreso en la VOT, no olvidemos que, en contrapartida, los que lo hacían habían de cumplir, aunque no se ocupasen cargos en el gobierno de la Fraternidad, obligaciones ineludibles. El principal era el respeto a la Regla y a las Constituciones, y el cumplimiento de lo que se ordenaba en los capítulos. En 1609,

---

precedente, “(...) es más fácil que la Condesa permita desplazarse a sus camareras a la capilla de la VOT, en el día y hora que su Señoría disponga”. Así se hizo.

Ese tipo de proceder es el que practica la VOT, no ceder ante lo que consideraba que ofendía a la Regla, como tampoco lo hacía cuando considera que se perjudicaban sus prerrogativas; por el contrario no le importaba ceder en lo secundario. En términos parecidos a los expuestos llegó a la Orden la petición del duque de Béjar: deseaba que su hijo el marqués de Valero, su hija Manuela de Zúñiga y algunas personas de su confianza recibiesen el hábito de la Tercera Orden franciscana en su capilla particular. La respuesta de la VOT fue idéntica a la anterior, lo mismo que el desenlace.

<sup>616</sup>AVOTM, C. 1, Lib. III, fol. 267. En 1654 el rey Felipe IV hizo merced del obispado de Nápoles al visitador de la Orden Tercera de Madrid Antonio Sobarco. La VOT, al conocer la escasez de medios económicos del recién nombrado obispo, y en prueba de agradecimiento por sus desvelos y dedicación, le entregó un espléndido donativo: 1220 reales de plata doble y 2000 reales de vellón. Contribuyeron a esa limosna todos los miembros del Discretorio.

C. 4, Lib. VI, fol. 2v. El aprecio y agradecimiento que la VOT mostraba hacia el visitador Francisco Sánchez Gareca se hizo patente el 27 de noviembre de 1681 tras la muerte del fraile. En la capilla del Cristo de los Dolores se celebraron por su alma las siguientes honras: 68 misas dichas y 82 oídas; 117 limosnas; 82 visitas de altares; 12 comuniones; 78 estaciones mayores al Santísimo Sacramento; 8 voces de alabanza; 73 oraciones al Santo Sudario; 62 segundas intenciones; 100 responsos; 10 proclamas de difuntos; 55 veces los salmos penitenciales; 4 misereres; 19 partes del rosario; 9 coronas de la Virgen y 34 semanas de buenas obras.



oficializada la VOT, se prohibió que se celebrasen reuniones con carácter de junta en casas particulares, una costumbre que se había mantenido hasta entonces. Constituida la Fraternidad, las juntas se celebrarían en el convento de San Francisco. La medida, al parecer sin importancia, ocasionó conflictos por lo que suponía romper viejos moldes. Otra constante en la Orden fue motivar y exhortar sin tregua a los hermanos a que no faltasen a los actos y ejercicios piadosos que periódicamente se celebraban.

*«Muchas veces no se comprenden las obligaciones que llevan el pertenecer a la Orden Tercera, no solo por los de cierta capacidad sino también por los mas entendidos por no saber que tienen esta obligación y aunque la Tercera Orden no obliga bajo pecado mortal, ni venial, si que se privan de este merito y los difuntos de los sufragios y que sea el padre visitador el que ponga sobre papel lo que cada hermano debe de rezar durante el día y por sus hermanos difuntos y se impriman y se repartan de balde».*

La Regla les obligaba a estar presentes en cualquier acto programado por la Orden: procesiones, oficios, actos piadosos, entierros, instrucción de la doctrina, etc., si no había causa grave que lo impidiese. Controlar a una feligresía dispersa por las trece parroquias de la Villa, pese a la magnífica organización de la VOT, no era tarea fácil, Su éxito o fracaso dependía de la eficacia de los celadores y de los llamadores, aunque para ayudarles en su labor la Orden se servía también del boca a boca y de colocar oficios e instrucciones en las puertas de las parroquias:

*«(...) que tengan cuidado de celar y vigilar a cada uno de los hermanos en la parroquia de su competencia, teniendo cuidado de que si llegan hermanos forasteros lo notifiquen al Ministro y no olviden de recaudar la limosna para los pobres de las cárceles»<sup>617</sup>.*

Si un hermano que desempeñaba un cargo, dejaba de asistir a las celebraciones de forma reiterada se le retiraba de esa obligación y recibía públicamente una reprimenda. La falta de asistencia fue común, sobre todo, en los primeros años de la fundación, aunque hemos observado que a lo largo del siglo, se hacen advertencias a los “más olvidadizos”, para que no caigan en ese descuido. Rara es la junta en la que no se recomienda que se tenga presente lo que dice el capítulo XIII de la Regla:

*«Que los hermanos de la VOT deben reunirse como mínimo una vez al mes para oír misa, escuchar el sermón y la plática, (...) y que los hermanos de*

---

<sup>617</sup>Ibídem, C. 1, Lib. I. La VOT recomendaba a los celadores que fuesen prudentes a la hora de celar a las hermanas, aunque si percibían comportamientos extraños estaban obligados a comunicárselo de inmediato al ministro para que éste a su vez advirtiese al marido.

*hábitos cubiertos y descubiertos que no quisiesen y dejasen por menospreciar o por otra causa indecente venir a las doctrinas, comuniones y entierros siendo avisados por tres veces para algunas de las dichas cosas y no habiendo legítimo impedimento seale quitado el habito y expedido de la orden»<sup>618</sup>.*

Otra obligación contraída por los hermanos era notificar a la VOT sus cambios de residencia, tanto si eran permanentes o pasajeros; de igual forma debían actuar si emprendían un viaje exponiendo qué motivos lo impulsaban y el lugar al que se dirigían<sup>619</sup>. Ese exhaustivo control, y la vigilancia que se cernía sobre sus personas abarcando vertientes religiosas y sociales, exigía de los hermanos un comportamiento ejemplar. En la VOT tan importante era no vulnerar la Regla y cumplir con los deberes de buen católico, como que la vida cotidiana de los hermanos fuese espejo viviente del espíritu franciscano. La vigilancia no garantizaba un éxito total, y de hecho existían transgresiones. Quizá, por ese motivo, en las frecuentes pláticas y ejercicios piadosos se recordaba la obligación de cumplir con los capítulos:

*«De los ejercicios y de las disciplinas que hay que observar con la pureza y rigor de la letra, sin que se entienda que la Orden da ni dispone otra cosa. En cuya firmeza revoca otro cualquier acuerdo que haya contrario a este, como a olvido sin conocimiento de causa, y sin consentimiento de los profesos de dicha Orden»<sup>620</sup>.*

En cualquier caso, si los terceros caían en faltas en contra de la obediencia, según la gravedad de la culpa, los infractores recibían una amonestación o un castigo. En 1610 el Discretorio tuvo que tomar medidas por la indisciplina de varios novicios. Uno de los inculpadados era un criado principal de la casa de los príncipes de Saboya<sup>621</sup>. Se habían prohibido celebrar reuniones privadas de hermanos en casas particulares, y estas personas

---

<sup>618</sup>Ibidem, C. 1, Lib. I, fol. 76. 30 de agosto de 1620.

<sup>619</sup>Ibidem, fol. 227. En 1630 Jerónimo de Quintana presenta ante el Discretorio la petición del hermano Simón García que solicita licencia para viajar a los Santos Lugares de Jerusalén. El motivo del viaje es el cumplimiento de una promesa. La VOT se lo otorga.

<sup>620</sup>Ibidem, C. 2, Lib. I, fol. 145. 12 de diciembre de 1662.

<sup>621</sup>CABRERA DE CÓRDOBA, L.: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, Madrid, 1687. Los príncipes de Saboya residían en Madrid desde 1603; se trataba de los hijos habidos en el matrimonio de la infanta Catalina Micaela, hija de Felipe II y de su tercera esposa Isabel de Valois, con el duque de Saboya, Carlos Manuel I el Grande. La boda de la Infanta se había celebrado el 14 de febrero de 1585 en la ciudad de Zaragoza, oficiada por el cardenal Granvela. Hubo una fluida correspondencia entre padre e hija hasta la prematura muerte de la Infanta, acaecida el 7 de diciembre de 1597. Por disposición del abuelo, Felipe II, algunos de los nietos vinieron a educarse en la Corte madrileña, siendo acompañados por servidores saboyanos. Pasado un tiempo, y muerto el anciano Rey, su tío Felipe III, dispuso que esas personas fuesen sustituidas por servidores españoles, aunque parece ser que hubo una cierta resistencia por parte de los jóvenes príncipes a aceptar esta disposición, pp. 192-194; y KAMEN, H.: *Felipe de España*, Madrid, 1998, p. 273.

lo seguían haciendo bajo el pretexto de que practicaban ejercicios de oración y disciplina corporal. Los culpables eran Jerónimo de Valmaseda, Francisco Díaz Mercadell y Mateo de Cardona. En una junta que se convocó de manera urgente los discretos trataron sobre el correctivo que se les debería imponer, pues por la gravedad de los hechos había de ser ejemplar. La Orden interpretó que se trataba de un acto de rebeldía y actuó con firmeza con el propósito de abortar futuras infracciones. Los culpables habían desafiado la disciplina de la Orden y roto la subordinación y docilidad que se quería imponer en el proceso de integración social de los hermanos. La desobediencia, la provocación y el desacato a la Regla, eran un nefasto ejemplo, todas esas faltas debían ser castigadas con rigor<sup>622</sup>.

A los culpables no les eximió del castigo ni las explicaciones, ni las disculpas, ni los propósitos de no reincidir.<sup>623</sup>.. El visitador sometió a votación el castigo y la mayoría del Discretorio se inclinó por la expulsión. De esa forma los nombres de los infractores desaparecieron de los libros de la VOT<sup>624</sup>.

Otra sanción que alteró la cotidiana vida de la Orden tuvo lugar en junio de 1614, siendo visitador fray Lope Páez. Uno de los hermanos, llamado Lázaro de Morales, llevado por su impaciencia, vistió el hábito descubierto sin esperar a que se le otorgase licencia. El hecho se consideró como una falta grave, por lo que el hermano primero fue amonestado por el ministro y, después, se le conminó a presentarse ante el Discretorio. Allí, Lázaro, avergonzado y lloroso, postrado en el suelo, besó, comenzando por los eclesiásticos más antiguos, los pies de todos los discretos. Cumplida la pena, abatido y humilde, escuchó las palabras del visitador que insistió de nuevo en el valor de la virtud de la obediencia y en la amenaza de la expulsión si reincidía<sup>625</sup>.

Los castigos que se imponían tenían un doble fin: corregir las faltas cometidas y una advertencia para los que por debilidad de espíritu podían caer en acciones similares. Con menos frecuencia que en el caso de los varones, también había hermanas que por su

---

<sup>622</sup>AVOTM, leg. 753/13. Regla, Leyes, Estatutos, Indulgencias, Excelencias y Privilegios de la Venerable Orden Tercera de Madrid.

<sup>623</sup>Ibídem, C. 1, Lib. I, fol. 8. Junta del 20 de junio de 1610. El confesor de Valmaseda le aconsejó no caer en la misma falta, pues de hacerlo el Discretorio sería más severo en su castigo.

<sup>624</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV. Sobre las expulsiones de la Orden. También el leg. 697/14/16.

<sup>625</sup>Ibídem, C. 1, Lib. I, fol. 33, 33v. y 58v. Dos años después, el 24 de septiembre de 1616 se votó en junta que por haber reincidido en desobediencia y causar escándalo, a Lázaro Morales “(...) *se le despoje del avito interior y exterior el día de San Miguel y así no ser causa de escándalo como lo ha sido en la cárcel y esto sea por el tiempo que sea voluntad de la junta y así se acordó para que sea su castigo y a los demás ejemplo y confirmación*”. Junto con Lázaro, por causas similares fue expulsado otro hermano llamado Pedro de Monroy.

conducta merecían correcciones e, incluso, castigos. En 1620 a María de la Peña se la despojó del hábito “*por causas evidentes*” y aunque no se aclaran los motivos estos debieron ser graves.

*«30 de agosto de 1620, se acuerda en Junta que los hermanos tanto de habito descubierto como encubierto que, habiendo sido avisados no acudan a las juntas y reuniones y que no justifiquen dicha falta, se les despoje del habito, y sean expulsados de la Orden»; «4 de noviembre de 1620, se acuerda en Junta que se quite el habito encubierto y descubierto a Gines Mejia por desobediencia al quitarse el habito descubierto sin licencia, y a Lázaro de Morales por la misma razón, y a Maria de la Ría, alias la Génova, y a Francisco de la Peña por quitarse el habito descubierto estando ausente de la VOT»<sup>626</sup>.*

*«Sebastián de Espinosa que hable con el hermano Diadoro Mestre que trae habito descubierto para que se quite la golilla que trae y si no quiere hacerlo se le quite el habito»<sup>627</sup>.*

A partir del 17 de agosto de 1628 la VOT tuvo libertad para expulsar a los hermanos que cometían faltas graves sin contar con el permiso de la jerarquía franciscana. Ello fue posible gracias a una Provisión Real que le otorgó el rey Felipe IV:

*«Provisión Real dada por el Rey Nuestro Señor Felipe IIII y su Real Consejo a instancia del Padre fray Pedro de Frías predicador y visitador de la Orden Tercera de Penitencia de San Francisco para que las justicias de todas las ciudades, villas y lugares de estos Reinos siendo requeridos por parte de cuales quien, Prelados, Guardianes, Visitadores o Ministros de la dicha Orden Tercera despojen del habito exterior de ella a las personas que le truxeren sin las calidades que se requieren, conforme se dice en la misma Provisión»<sup>628</sup>.*

Desagradable y dañina para la reputación de la VOT fue la actuación del hermano de hábito descubierto Miguel Sánchez. Este individuo en ocasiones había actuado como informador de los aspirantes a terceros, y sobre él pendía la acusación de pedir dinero a los investigados. El 10 de noviembre de 1645 se le convocó ante el Discretorio, antes de entrar, se despojó del ferreruelo, del sombrerillo y del calzado. Con los pies desnudos se arrodilló delante de los discretos. Con toda humildad, escuchó las acusaciones, y aunque al principio negó la culpa después, apesadumbrado, la confesó. El visitador fray Lope Páez le reprendió y le recordó que el castigo por esa gravísima falta era la pérdida del hábito<sup>629</sup>.

---

<sup>626</sup>Ibíd., fol. 81.

<sup>627</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 126.

<sup>628</sup>AHN, Lib. 1406.

<sup>629</sup>AVOTM, C. 1, Lib. III, fol. 89.

Duras reprimendas recibieron Domingo de Salas y Francisco de Astorga, otros hermanos de hábito descubierto. Domingo, sin mediar palabra, le propinó una paliza a Francisco en la puerta de la capilla de la VOT; la reyerta escandalizó a los transeúntes quienes avisaron a otros hermanos para que acudiesen a separarlos. Puestos los hechos en conocimiento del visitador, ambos hermanos recibieron una severa amonestación, pero, además, a Domingo se le retiró de sus obligaciones, y por haber iniciado la pelea, como ejercicio de mortificación tuvo que pedir perdón a Francisco en público y se le amenazó con la expulsión si se repetía el hecho<sup>630</sup>.

Los castigos, las penitencias, las amonestaciones que se imponían proporcionan datos sobre el control disciplinar que se ejercía, no se consentían individualismos que estableciesen precedentes y que a la larga pudiesen dañar o quebrar el monolitismo vigente<sup>631</sup>.

### **3. LA CARIDAD ¿ UNA VÍA DE SANTIDAD?**

San Pablo lo había dicho en la Primera Epístola que escribió a los corintios:

*«Aunque yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres, si no tengo caridad de nada me sirve»*<sup>632</sup>.

Para el Apóstol, el hombre que no conocía esa virtud, el que carecía de ella, estaba desposeído de todo, no era nada. La caridad podía ser dulce, sufrida, sin envidia, soberbia o ambición. De las tres virtudes por excelencia: fe, esperanza y caridad, de las tres, San Pablo afirmaba que la caridad era la más sublime, porque era amor a Dios y amor al prójimo.

Los cristianos podían amar a Dios a través de la caridad más sincera y pura, amor a Cristo y al prójimo, que también es Cristo (la palabra caridad proviene de “*carus*”, dilecto, amado) y, también, podían aproximarse a Él a través de los trabajos, los peligros y las penalidades que afrontaban en la vida diaria, un ejercicio de caridad práctica que se desplegaba como ayuda al prójimo. Gines de Sepúlveda, el humanista del siglo XVI,

---

<sup>630</sup>Ibídem, C. 4, Lib. VI, fol. 344.

<sup>631</sup>PROSPERI, A., *Tribunal de la...*, p. 215.

<sup>632</sup>SAN PABLO: *I Epístola a los Corintios*, cap. XIII.

definió la primera de las formas caridad de la vida contemplativa, la segunda, de la vida activa<sup>633</sup>.

Desde sus comienzos el cristianismo elaboró una doctrina sobre la pobreza, dignificada por el Evangelio, según la cual el cristiano podía ejercitar la virtud de la caridad y acercarse a Dios, a través de la figura del pobre. En ese encuentro entre pobreza y caridad, los desfavorecidos tenían en la primera el elemento salvador, y los privilegiados encontraban en la segunda una obligación, nacida de la liberalidad, por ser ricos y poderosos<sup>634</sup>. El necesitado, un elemento más de la comunidad, no podía asumir solo su pobreza, dependía de la ayuda de otros, y tenía derecho a recibir la misericordia de una sociedad que tomaba como propia su protección<sup>635</sup>.

De esa forma se creaba una función reguladora entre dos realidades, un lazo de reciprocidad entre ricos y pobres, y un pacto entre poderosos y marginados<sup>636</sup>. Lo había dicho fray Luis de León: *“para el cristiano ejercer la caridad no solo era obra pía sino derecho, y si Cristo había amado a los pobres, la pobreza era Gracia Divina”*<sup>637</sup>.

### 3. 1 Caridad y socorro

Todavía en el Antiguo Régimen persistía la concepción medieval de la pobreza como estado asignado por la Providencia para ejercitar la resignación y humildad de quienes la sufrían, y la caridad de quienes la contemplaban; para unos y otros era camino de salvación. Se institucionalizaba la mendicidad como forma de vida; el pobre ofrecía la posibilidad de liberar y salvaguardar las conciencias convirtiéndose en un instrumento socialmente útil.

Sin embargo, se trató de eliminar de la esfera social al falso pobre, aquel que rehuía del trabajo, y se asociaba con la delincuencia<sup>638</sup>. El intento había emergido en los

---

<sup>633</sup>SEPÚLVEDA G.: *Del Reino y de los deberes del Rey*, Madrid, 1573, pp. 33-67.

<sup>634</sup>GARCÍA SÁNCHEZ, M. A.: «La pobreza como construcción social en el Antiguo Régimen», en op. cit., p. 25.

<sup>635</sup>FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.: *La Sociedad española en el Siglo de Oro*, Madrid, 1989, p.154. De ahí viene ese trueque de mercedes, porque el pobre no es sujeto pasivo, puesto que ofrece al pudiente con sus oraciones una forma de salvarse.

<sup>636</sup>BRAVO LOZANO, J.: «Mendicidad y cultura de la pauperización», en *Torre de los Lujanes*, nº 51, Curso de Historia de la Real Sociedad Económica Matritense, Madrid, 2003, p. 74.

<sup>637</sup>CARMONA GARCÍA, J. I.: «La asistencia social en la España de los Austrias», en *Cuatro siglos de acción social*, Madrid, 1983, pp. 69-88.

<sup>638</sup>Los contemporáneos a esos hechos elaboraron sistemas de clasificación de los pobres; las autoridades encargadas de organizar la asistencia y la represión deseaban organizar el mundo social de acuerdo con

primeros estudios sobre el tema en la Época Moderna, trabajos que contemplaban la problemática social y el pensamiento económico<sup>639</sup>.

En el tiempo que discurre entre la presentación de la obra *De subventionem pauperum* de Juan Vives (1526), y la *Restauración política de España* de Sancho de Moncada (1629), España se vio inmersa en un debate sobre la pobreza. Seguía en auge la caridad tradicional de la que era partidario el dominico Domingo de Soto, que defendía, amparándose en el Evangelio, la libertad natural del necesitado para pedir limosna. El prohibírsele, según el parecer del dominico, hubiese supuesto su inanición y un inconveniente para el ejercicio de la caridad de los poderosos.

A mediados del siglo XVI se impulsó el socorro en sus propias casas a los pobres que estaban impedidos para el trabajo: ancianos, ciegos, enfermos crónicos, etc. La idea partió del humanista Luis Vives, y se llevó a efecto en varias ciudades españolas, sin embargo, el que muchos de ellos careciesen de vivienda, hizo decaer el proyecto<sup>640</sup>. Antes de finalizar el siglo, se pusieron en marcha otros sistemas, refugios en los que de manera voluntaria se recogían los verdaderos pobres que se llamaron Casas de Misericordia<sup>641</sup> y albergues donde se obligaba a ingresar a los mendigos para reducir la mendicidad incontrolada, un modelo que primero se llevó a la práctica en la parroquia de San Martín, y después en la de San Ginés y de la Santa Cruz<sup>642</sup>.

Como vemos, todas las soluciones giraban para evitar los posibles desórdenes que podía generar la situación y la impotencia de los gobernantes para resolverlos, una cosa era el pobre objeto de caridad y otra los pobres incontrolados que podían constituirse en un problema político.

Entre unas fundaciones y otras hubo sustanciales diferencias; a las Casas de Misericordia acudían los indigentes voluntariamente, hombres, mujeres y niños, allí se les

---

categorías tipificadas. Se habló de pobres por impotencia, pobres por azar y pobres ociosos. En realidad, eran muchas las circunstancias que arrastraban a la pobreza: enfermedad, vejez, guerras, alza de precios... Existe una amplia bibliografía sobre el falso mendigo: MORO, T.: *Utopía*, 1516; ERASMO: *Elogio de la locura*, 1511. También los arbitristas se ocuparon de ese problema.

<sup>639</sup>GEREMEK, B.: *La piedad y la horca*, Madrid, 1989, p. 16. En las grandes religiones como el judaísmo, cristianismo, budismo, e islamismo, la pobreza constituía un valor edificante, mientras que la riqueza no se consideraba, en un principio, como un valor. A partir del siglo XIV, los programas ideológicos se adecuaron a la realidad social. La política social de los soberanos y de las instituciones se encontró ante la necesidad de emprender iniciativas como respuesta a los procesos de depauperización y de desorganización social. Las controversias confesionales acerca de los orígenes del movimiento de reforma de la beneficencia urbana en el siglo XVI, estimularon el estudio de las instituciones entregadas a la asistencia social.

<sup>640</sup>VIVES, J. L.: *Tratado del socorro de los pobres*, Madrid, 1526.

<sup>641</sup>El impulsor de este proyecto fue el canónigo de Elna, Miguel de Giginta.

<sup>642</sup>PÉREZ DE HERRERA, C.: *Amparo de pobres*, Madrid, 1598, pp. 70-72.

proporcionaba techo y comida, y se les enseñaba un oficio, lo que les permitía subsistir<sup>643</sup>. Los albergues tenían otro carácter, a los marginados no se les buscaba una salida digna mediante el trabajo, sino que se les registraba en unos libros, se les proveía de una licencia que les acreditaba como verdaderos pobres, y se les permitía ejercer la mendicidad<sup>644</sup>. Mientras que el primer sistema fue un éxito, y se expandió por toda la Monarquía, el segundo resultó un fracaso total<sup>645</sup>. A ambos, aunque conducidos de manera distinta, les unió un mismo pensamiento: socorrer y reeducar socialmente a los mendigos, y establecer una distinción entre los que mendigaban por falta de recursos, y los que lo hacían por picardía.<sup>646</sup>

Madrid no fue el único lugar donde se tomaron ese tipo de medidas, también se hizo en Sevilla. Allí, el conde de Puñonrostro, para evitar los abusos de los falsos mendigos, ordenó que los verdaderos llevaran unas tablillas con cintas blancas, una especie de licencia real que les acreditaba como tales<sup>647</sup>. A pesar de esas precauciones las medidas adoptadas resultaron insuficientes<sup>648</sup>, no desaparecieron los falsos mendigos, especie de ladrones de limosnas destinadas a los verdaderos, y siguió el acoso y gritos de unos y otros a los transeúntes que iban por las calles<sup>649</sup>. La sociedad estamental aceptaba con naturalidad que la pobreza le fuese cercana, porque de alguna manera marcaba la diferencia entre unos y otros. La miseria era una forma de vida que interaccionaba

---

<sup>643</sup>En estos centros, donde se daban cita individuos unidos por la miseria y la inadaptación social, se intentaba transformar los hábitos y el comportamiento de los pobres, reeducándoles a través del trabajo, para eludir los peligros de la ociosidad, responsable del vicio. Los pobres que se consideraban aptos para el trabajo se ocupaban de distintas labores, desde el cardado, hilado y tejido de lana, al labrado del esparto, a la costura, a la calceta, a la sastrería, a la zapatería, etc. El trabajo cumplía una función de instrumento de rehabilitación social, y aunque la producción no fue importante sirvió para pagar a los pobres una cantidad simbólica. CARASA SOTO, P.: *Historia de la Beneficencia en Castilla y León*, Valladolid, 1991, p. 9. Véase también SANTOLARIA SIERRA, F.: «¿Dar limosna o enseñar un oficio?, el debate sobre la caridad en el Siglo de Oro», en *Torre de los...*, pp. 31 y ss.

<sup>644</sup>Ibídem, p. 144. “Por echar a los fingidos mendicantes, se les puso a los verdaderos una tablilla con las señas de su persona” y “con sólo esta señal se limpió la Corte de vagabundos”. El mendigo tenía derecho a mendigar en un área marcada de antemano. Felipe II quiso regular esos derechos, creando en cada parroquia lo que se llamó “reputados de pobre”. Pérez de Herrera precisa que 650 mendigos se señalaron como verdaderos pobres y que de Madrid salieron más de 30.000 de los fingidos. En la calle de Atocha se construyó uno de los albergues, y el rey Felipe II hizo donación de 30.000 ducados para su construcción, que fue seguida de cerca por el Monarca y por la Infanta doña Isabel Clara Eugenia.

<sup>645</sup>En su Diccionario, el economista Canga Argüelles aporta datos importantes sobre estas casas: a finales de 1797 en España se contaban 101 casas, con 11.786 acogidos.

<sup>646</sup>JIMÉNEZ DE SALAS, M<sup>a</sup>.: *Historia de la Asistencia Social*, Madrid, 1958, p. 132.

<sup>647</sup>BOUZA, F.: *Los Austrias Mayores*, Madrid, 1996, pp. 132 y ss.

<sup>648</sup>AHN, sec. Consejos, Lib. 1266, fol. 86r.

<sup>649</sup>DELEITO y PIÑUELA, J., op. cit., *Solo Madrid ...*, pp. 86-97.



elementos socio-culturales, económicos, políticos psicológicos, fisiológicos y ecológicos<sup>650</sup>.

*«Habiéndose reconocido graves inconvenientes en la muchedumbre de la gente que pide en la Corte limosna so color de que son pobres estando buenos y sanos y pudiendo trabajar y ocuparse en diferentes ministerios para que se recojan y se sepa que son pobres y verdaderos que deben pedir limosna se vean y examinen y al que legítimamente lo fuere se hallare para no poder trabajar ni ocuparse de ningún ministerio se le de licencia para valerse de esta medio y una señal para reconocimiento de ella que traigan colgada al cuello y todas las personas que piden limosna acudan desde el día 24 de agosto hasta el 8 de septiembre de este año los hombres al convento de la Santísima Trinidad Calzada y las mujeres al Corral que llaman del Príncipe desde las siete a las diez de la mañana para que sean allí vistos y examinados y al que hubiere de pedir limosna se le de licencia y la señal que ha de traer».*

Los modos institucionalizados de socorro a los pobres: órdenes religiosas, parroquias<sup>651</sup>, hermandades, cofradías, etc., funcionaban por relaciones mutuas de conocimiento, vecindad o corporativismo, y alejaban a los que no se consideraban miembros de los grupos comunitarios merecedores de asistencia. El mal reparto de la riqueza provocaba más miseria entre los más humildes, así lo creía el cronista Jerónimo de Barrionuevo: *“algunos enriquecen más y más y hacen más pobres a los otros”*<sup>652</sup>.

En general, la práctica de la caridad como virtud se hacía de forma individual, y cada cual seguía sus propios impulsos a la hora de ejercerla.<sup>653</sup> Pero la caridad sufría oscilaciones a tenor de los problemas económicos que experimentaba la Monarquía durante el siglo XVII, y las crisis agravaban las condiciones de los desposeídos, agudizaban el hambre y las calamidades, y podían ser una seria amenaza para el orden establecido. El pobre podía ser vía de salvación o peligro social, y la caridad, una respuesta a las necesidades de aquel y la solución a la amenaza que podía representar por

---

<sup>650</sup>GEREMEK, B., op. cit., Madrid, 1989, p. 12.

<sup>651</sup>FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., op. cit., pp. 15 y ss. Importante fue el papel de las parroquias; al poner en marcha mecanismos de asistencia social, el párroco controlaba su parroquia a través de dos personas conocidas como semaneros, que recorrían los hospitales y lugares frecuentados por los indigentes. Si los verdaderamente pobres cumplían con el precepto pascual se le daba una limosna y se le entregaba un salvoconducto, con validez anual, firmado por el párroco y el justicia, que les acreditaba como pobres.

<sup>652</sup>BARRIONUEVO, J.: *Avisos del Madrid de los Austrias y otras noticias*, 18 de octubre de 1656, edic. José María Díez Borque, Comunidad de Madrid, 1996.

<sup>653</sup>*Novísima Recopilación*, Ley XV, tít. XXXIX, Lib. VII, p. 707.

sus precarias condiciones de vida. De ese modo, compasión y paternalismo, fórmulas tradicionales, se imbricaban con preocupación social o simplemente temor<sup>654</sup>.

En el XVII se insistió en el sentido religioso de la pobreza, y no ayudaron a que se efectuasen cambios ni las crisis económicas ni el pensamiento barroco que exaltaba lo humilde, ni la religiosidad contrarreformista que exaltaba la caridad como una de las virtudes principales y las buenas obras como instrumentos de salvación, en contraposición a la luterana, justificación por la fe<sup>655</sup>.

Los pobres, despreciados por algunos y temidos por otros, siguieron siendo esenciales como vía de salvación, lo había afirmado Luis Vives en el siglo anterior: “*los pobres tienen derecho a ser socorridos, y los pudientes tienen una absoluta obligación moral de ayudarles*”. Sin embargo, una mera ayuda material no era suficiente, tenía que hacerse “*en todos los modos por los que se puede elevar a un hombre*”, las autoridades también debían implicarse en el deber de sostener a esa masa de población<sup>656</sup>. Los socorros directos que se dispensaban a los necesitados procedían de asociaciones e instituciones religiosas, porque era la Iglesia la encargada de canalizar el sistema que aliviaba a la sociedad más pauperizada y desasistida, y lo hacía desde los monasterios, los cabildos catedralicios, las parroquias, cofradías y gremios.

En esos lugares, en fechas determinadas se hacían distribuciones a los necesitados, pero el alarmante auge de la pobreza demandaba soluciones que fuesen más allá de las instituciones religiosas<sup>657</sup>. Al amparo de las parroquias se instituyeron hermandades formadas por eclesiásticos y seglares que atendían a los enfermos necesitados de atención

---

<sup>654</sup>JIMÉNEZ DE SALAS, M.<sup>a</sup>, op. cit., p 132. Existen pragmáticas desde los reinados de Carlos I y Felipe II que se incrementan con Carlos II. AHN, sec. Consejos. Salas de Alcaldes de Casa y Corte, 1631, fols. 376, 116 y 117.

<sup>655</sup>Hubo que esperar al Siglo de las Luces para iniciar un proceso de racionalizar los recursos y secularizar la concepción de pobreza que empezó a ser vista como una agresión al Estado útil y benefactor. El vago y el mendigo no eran útiles y desequilibraban la sociedad. Debían aceptar las normas sociales o serían recluidos. PÉREZ ESTÉVEZ, R.: *El problema de los vagos en España*, Madrid, 1976.

<sup>656</sup>MESONERO ROMANOS, R.: *Manual de Madrid*, Madrid, 1831. En 1668 la Reina Gobernadora D.<sup>a</sup> Mariana de Austria fundó la Real Casa de Beneficencia, vulgo de San Fernando, en la calle de Santa Isabel de Madrid, aunque después se trasladó a la de Fuencarral. En esta casa se admitía a pobres de ambos sexos, y se les daba una ocupación. A los jóvenes se les educaba y se les enseñaba un oficio, y a los ancianos se les cuidaba. En la capilla del centro, en honor a su patrón San Fernando había un cuadro del Santo, pintado por Lucas Jordán.

<sup>657</sup>AHN, sec. Consejos, Lib. 1197, fol. 181. La pobreza también motivaba la aparición de toda una serie de actividades que rozaban la ilegalidad. En 1598 la Puerta del Sol era uno de los lugares más inseguros de Madrid para la gente de bien. En ella se daban cita todo tipo de maleantes y delincuentes que robaban y asaltaban a los tratantes y comerciantes allí ubicados.

y consuelo, “caridad paciente”<sup>658</sup> e, incluso, cuando la pobreza no se atrevía a salir a la luz pública, a los pobres vergonzantes, se les ofrecían socorros de forma discreta, manteniendo en secreto el nombre del vergonzante, si éste por pudor así lo deseaba, “caridad bienhechora y secreta”<sup>659</sup>.

Muchos autores del siglo XVII vieron en Madrid la raíz de todos los males, la radicación de la Corte en la Villa transformó su entorno urbano y su realidad social, económica, demográfica y política. Unas veces el hambre y otras la deshonra arrojaban irremisiblemente a los hombres de sus provincias hacia la capital, convirtiéndola en foco de atracción para mendigos, campesinos, aristócratas ociosos, hombres de negocios, letrados, oficiales sin empleo, vagabundos y pícaros<sup>660</sup>. La afluencia descontrolada de inmigrantes causaba desequilibrio social en la vida madrileña.

En la Venerable Orden Tercera franciscana, que no permanecía ajena a las circunstancias de ese presente, se hubo de establecer ciertas normas, dada la abundancia de hermanos que declarándose pobres de solemnidad, buscaban beneficiarse de los socorros de limosnas y enterramientos gratuitos que la Institución dispensaba. Con esas falsedades, se perjudicaba a los hermanos que en verdad estaban necesitados de ayuda<sup>661</sup>. En 1666, el Discretorio determinó que la VOT sólo se haría cargo de los gastos de entierro y acompañamiento de hermanos de hábito descubierto de aquellos terceros que tuviesen la

---

<sup>658</sup>Es posible conocer las declaraciones de pobres, a través de las actas de los hospitales reales, que aportan datos sobre situaciones familiares, procedencias y grados de pobreza de esas personas. En nuestro caso, la principal fuente de información ha partido del Archivo de la Venerable Orden Tercera franciscana de Madrid.

<sup>659</sup>PÉREZ DE HERRERA, C.: «Discurso de los legítimos pobres y reducción de los fingidos», en *Amparo de pobres*, Madrid, 1598, pp. 70 y ss. Cristóbal Pérez de Herrera, conjuntamente con Mateo Alemán, crearon una hermandad llamada de la Misericordia en la parroquia de San Martín, en el año de 1594, con el fin de “amparar, sustentar y curar a los pobres vergonzantes”. La hermandad la componían 84 personas, de ellas doce eran sacerdotes, en recuerdo de los doce Apóstoles de Cristo, y setenta y dos legos a imagen de los discípulos. Estaba regida por un administrador, al que asistía un eclesiástico, un definidor (persona con autoridad para resolver los casos graves e importantes), un tesorero y un secretario. Disponían de una pequeña enfermería, a cargo de un mayordomo, en la que, a pesar de sus reducidas dimensiones, durante el primer año de su fundación se curaron seiscientos setenta enfermos, todos vecinos de la parroquia de San Martín. Dos semaneros, nombrados por turnos, visitaban a los enfermos en sus domicilios, y si se comprobaba su pobreza tenían derecho a ser visitados por el médico y recibir una ración diaria de alimentos. Esta fundación se sustentaba de las limosnas que se recaudaban entre los fieles de la propia parroquia.

<sup>660</sup>BRAVO LOZANO, J.: *Prohibido morir joven en el Madrid del siglo XVII*, Madrid, 1989, pp. 31-42. Los marginados se situaban en los alrededores de los mercados de la Plaza Mayor, de la Plaza de Santa Cruz, de la Puerta del Sol, de la calle de Antón Martín, de la Red de San Luis..., y también en las puertas de iglesias y conventos. Uno de los lugares más frecuentados era el de San Francisco.

<sup>661</sup>AVOTM, legs.: 427/18; 428/9/15; 432/39/40/ 43/45/47/48; 433/2/3/6/8 y 751/25.

titularidad oficial de ser pobres de solemnidad, y después de que los enfermeros de la Orden verificasen su veracidad en la parroquia del individuo<sup>662</sup>.

*«Estando en la cama ante testigos Juliana Jolgan, viuda de Juan de Martha Herrera, de padres difuntos, naturales de Medina del Campo, y ser pobre de solemnidad sin tener bienes de que poder testar. Por lo que suplica al señor Mayordomo de la Enfermería le mande enterrar de limosna como lo acostumbra con los demás pobres. Deja por su heredero a Antonio Herrera, su hijo y del difunto Juan de Martha, su marido. Así queda en mis registros de este año y para que conste lo digno y firmo en esta villa de Madrid a 16 de abril de 1695».* Lo firma José Álvarez de la Torre, escribano del Reino y receptor de sus Reales Consejos<sup>663</sup>.

Es singular el caso de Francisco Varela, hermano de hábito descubierto, que se declaró pobre de solemnidad ante Jerónimo Alonso de Rueda, escribano del Rey. Francisco prestaba sus servicios en la enfermería de la VOT, y quiso ser enterrado de caridad, dejando heredera de sus bienes a la VOT. Tras su muerte y al hacerse el inventario de sus posesiones se halló en su escritorio una bolsa que contenía en especie de oro, un doblón de cinco pesos, un escudo de a treinta y siete reales, y dos escuditos de a veinte reales, y en moneda de plata, ciento setenta reales. En otra taleguilla guardaba varios pesos gruesos y monedas por valor de trescientos sesenta y ocho reales de vellón. Todavía se encontró en el cajón de una mesa de pino, en el interior de una caja de turrón, treinta reales y veintiocho maravedís junto con un vale a favor del difunto de un acreedor por valor de ciento ochenta reales, más un recibo de sesenta reales. Una última bolsita contenía algunas menudencias: un cascabel, dos botones y varias medallas y relicarios de plata dorada. Entre los muebles, la VOT encontró algunos de buena madera de nogal, arquetas de marfil, una mesa de ébano, varios cuadros, ropa blanca, herramientas, etc. Nos preguntamos cuáles pudieron ser los motivos que impulsaron a Francisco a no afrontar los gastos de su entierro ya que tenía los medios suficientes para hacerlo, y por falta de herederos, una vez fallecido irían a parar a la Orden Tercera. Pudo ser que en este hermano primase la humildad franciscana sobre la vanidad humana y el deseo de morir pobre como San Francisco<sup>664</sup>.

---

<sup>662</sup>Ibídem, C. 4, Libro de Enfermería. Acuerdo de la junta celebrada el 8 de octubre de 1666.

<sup>663</sup>Ibídem, leg. 403/1. El hermano mayordomo de la enfermería aprobó su entierro en la bóveda de la capilla de la VOT, y a continuación se recogieron sus escasas pertenencias, que se vendieron por ciento sesenta reales de vellón, y que aliviaron en parte a la Orden del gasto del entierro.

<sup>664</sup>Ibídem, leg. 403/1.

### *a) La visita a las cárceles*

En el siglo XVII, dada la dilatada población de Madrid, se acentuaron los problemas de orden público, porque existía concordancia entre las corrientes migratorias que provocaban desequilibrio social y la proliferación de los delitos<sup>665</sup>. Los alcaldes que componían la Sala de este nombre, incrementaron sus desvelos por mantener la paz y la tranquilidad en la Corte, y establecieron rondas por los distintos distritos que ellos mismos llevaban a cabo junto con los alguaciles<sup>666</sup>. En 1678 Madrid se estructuró en diez circunscripciones, un reparto racional que equilibraba y hacía más eficaz el control policial<sup>667</sup>. El cronista real Alonso Núñez de Castro, en su obra “Solo Madrid es Corte”, nos informa que Madrid en 1675 contaba con 400 calles, 16 plazas, 13 parroquias, 30 conventos de religiosos, 26 de monjas, 24 hospitales y distintas ermitas y humilladeros<sup>668</sup>.

El socorro y el remedio a los pobres encarcelados eran temas de inquietud en la Edad Moderna, la cárcel como institución había surgido con el fin social de reinsertar al delincuente, privándole de forma definitiva o temporal de libertad. En la Villa existían varios establecimientos carcelarios: la *Real Cárcel de Corte*, dependiente de la Sala de Alcaldes, ubicada, primero en la calle del Salvador, y desde 1629 en un edificio construido para ese fin en el antiguo arrabal de la Santa Cruz frente a la torre de la iglesia<sup>669</sup>. Su traza fue de Juan de Mora y la fábrica de Cristóbal Aguilera. En 1648 fue remodelada por José Villarreal, y Ardemans y Olmo le dieron los últimos toques. El edificio fue uno de los más notables de su época y se utilizó también como Sala de Alcaldes<sup>670</sup>. La *Cárcel de la Villa*, construida a expensas del Concejo, estuvo situada en la calle Mayor, junto a la plaza de la Villa, cuando en ese lugar se construyó el edificio del Ayuntamiento; para más seguridad, se trasladó cerca de la casa del Saladero en la plaza de Santa Bárbara. En la *Cárcel de la Corona* se recluía a los sacerdotes sujetos a la jurisdicción eclesiástica inculpadados de delito<sup>671</sup>; y bajo la jurisdicción militar estaban los confinados en la cárcel de este nombre, sita en la calle del Soldado, a ella llegaban los militares de grado después de haber sido

---

<sup>665</sup> AHN, sec. Consejos, Lib. 1251, fols. 141r. y 142r. En 1669 llegaron a Madrid 20.000 campesinos empobrecidos, huyendo del hambre que azotaba a Castilla, la crisis se agudizó con la Guerra de Sucesión época en la que la Villa se convirtió en un refugio de pobres.

<sup>666</sup> AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 87.

<sup>667</sup> HERRERA PUGA, P.: *Sociedad y delincuencia en el Siglo de Oro*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1974, p. 381.

<sup>668</sup> NÚÑEZ DE CASTRO, A.: *Solo Madrid es Corte*, Madrid, 1653.

<sup>669</sup> PABLO GAFAS, J.: «La justicia y el Sistema Penal de la Corte, 1561-1834», en *Madrid, Atlas Histórico de la ciudad*, Madrid, 1995.

<sup>670</sup> PINTO CRESPO, V. y SANTOS MADRAZO, op. cit., Madrid, 1995.

<sup>671</sup> MESONERO ROMANOS, R., op. cit., p. 275.

juzgados y sentenciados por un delito<sup>672</sup>: “*Todos los capitanes destas guardas tienen sus Juezes Asesores, Letrados para juzgar; y sentenciar las causas civiles, o criminales entre partes tienen sus carceles particulares*”<sup>673</sup>.

En las cárceles existía un número elevado de presos pobres de solemnidad, que sufrían unas condiciones angustiosas, recibiendo una alimentación escasa y sin medios económicos para costearse alguna mejora, una situación que daba pie a todo tipo de corrupciones. Estos reclusos, tratados duramente, parte por sus delitos y parte por su insolvencia económica, dependían de la generosidad de instituciones caritativas, órdenes, congregaciones, hermandades y de las consignaciones reales<sup>674</sup>. Así lo registra el médico de galeras Cristóbal Pérez de Herrera en su obra “*Amparo de pobres*”:

«(...) y otros pobres hay en la república de mayor y más urgente necesidad que cuantos he referido hasta aquí, a los cuales tenemos muy precisa obligación de socorrer y ayudar, que son los de las cárceles (...)»<sup>675</sup>.

Entre las obras de caridad a las que se obligó la VOT estuvo visitar regularmente a los encarcelados, una acción piadosa que fomentaba las virtudes morales, ayudaba a conocer la doctrina cristiana a quienes la desconocían, pacificaba los ánimos y daba consuelo a los arrepentidos. Solo se visitaba a los presos reclusos por delitos menores: deudas, accidentes, malos entendidos, etc.<sup>676</sup>. No se socorría a los condenados por delitos de sangre<sup>677</sup>. El cuarto domingo del mes, oficialmente, y también en otras fechas de forma

---

<sup>672</sup>CAPOROSSI, O.: «Una jurisdicción militar en palacio», en *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, Madrid, 2001, p. 127. Según un documento del año 1665, la Guardia de los Arqueros Reales tenía su cárcel en la calle de Carretas; la Vieja Guardia, en la calle de Alcalá; la de la Montería, en la calle de la Paz; la Guardia Española, en la plazuela del Rastro; y la Guardia Alemana, en la Cuesta de San Luis. Lo cita SÁNCHEZ GÓMEZ: *Delincuencia y Seguridad en el reinado de Carlos II*, Ministerio del Interior, p. 81.

<sup>673</sup>NÚÑEZ DE CASTRO, A., op. cit., fol. 207.

<sup>674</sup>Las principales instituciones benéficas de la Edad Moderna se agrupaban en tres categorías: primero, de previsión, dedicadas a combatir las causas de la pobreza; segundo, de asistencia, ayudaban a paliar ese estado; y tercero, de represión o de corrección para los delincuentes. En el Seiscientos la escasez de recursos materiales tuvo como consecuencia inmediata el aumento del celibato masculino, que unido al incremento del pauperismo femenino, explican el auge de la prostitución. El ejercicio ilegal de ésta fue objeto de represión. KAMEN, H.: *El siglo de Hierro, cambio social en Europa*, Madrid, 1997.

<sup>675</sup>PÉREZ DE HERRERA, C., op. cit., p. 75. Cristóbal Pérez de Herrera, además de ejercer la medicina junto a Felipe II y en galeras, también lo hizo en la Cárcel Real de Madrid y de Valladolid.

<sup>676</sup>Primero se visitaban la Cárcel Real y la de la Corona; después, las restantes.

<sup>677</sup>Hubo congregaciones que se encargaron de acompañar los condenados a muerte en sus últimas horas. Esa piadosa costumbre tuvo origen en 1343, cuando se fundó la Congregación de San Juan Degollado en la ciudad de Florencia. Los congregantes preparaban al condenado para la muerte y le consolaban hasta el momento de la ejecución. MARTÍNEZ NARANJO, F. J.: «Congregaciones Marianas de la Compañía de Jesús y su contribución a la práctica de la caridad», en *Anales de la Universidad de Alicante*, 21, 2003, p. 231.

extraordinaria, coincidiendo con fiestas de santos terceros, un grupo de terceros tomaba el camino de las cárceles:

*«Que se libren 50 reales para la olla de los presos de la cárcel y que se haga también el día de Nuestra Señora de la Encarnación y el domingo de Carnestolendas ultimo de Carnaval»<sup>678</sup>.*

*«Que se de olla cada quince días a los sacerdotes pobres de la Cárcel de la Corona y las demás cárceles, el día de San Francisco. Que se de mas olla a la Cárcel de la Corona y menos a la de Corte y Villa».*

*«Que se de olla a los presos de la cárcel de la Corona el día de San Eugenio y el de Nuestra Señora de la Presentación»<sup>679</sup>.*

La comisión se organizaba atendiendo a un turno entre los hermanos residentes en las distintas parroquias madrileñas; los que nunca faltaban eran los hermanos de hábito descubierto:

*«Se nombran en Junta a ocho hermanos discretos para que asistan a la comida de los pobres de la cárcel de la Corona, entre ellos al hermano Lope de Vega y Carpio»<sup>680</sup>. Febrero de 1632.*

El día señalado, muy temprano, los comisionados se reunían ante las puertas de la capilla de la VOT, y se ponían en marcha. El visitador en cabeza, seguido de los hermanos eclesiásticos y seglares. Uno de ellos llevaba sobre el hombro un paño en el que apoyaba un cazo que se emplearía después en la distribución de las porciones de alimentos. A unos pasos, los hermanos de hábito descubierto transportaban grandes ollas, unas con sopa y otras con otro tipo de viandas: carnero, tocino, arroz, garbanzos verdura, etc., cerraban la comitiva los que llevaban canastos con panes y frutas. Si la fiesta era de las importantes se añadía al almuerzo un queso<sup>681</sup>.

Una vez en la cárcel se reunía a los presos, se les nombraba por lista y se les exhortaba a que hiciesen un acto de contrición; después se les entregaba un pan, una porción cumplida de la olla y fruta.

Durante muchos años, las ollas se prepararon en los domicilios de dos hermanos, quienes de manera voluntaria asumieron esa labor, se trataba de Diego de Mella y

---

<sup>678</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fols. 209, 323 y 542.

<sup>679</sup>Ibíd., C. 1, Lib. II, fols. 86r. y 98. Junta del 8 de febrero de 1634, fol. 89.

Ibíd., fol. 122v. Junta del 13 de agosto de 1634.

<sup>680</sup>Ibíd., C. 1, Lib. II, fol. 8r. Junta del 9 de mayo, 1632, fol. 12v. Junta del 14 de mayo de 1632. En esa Junta se nombra a Lope de Vega calificador de la VOT.

<sup>681</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 209v.; C. 4, Lib. VI, fols. 390-392.

Domingo de Salinas. En 1667 el hermano Miguel de Salinas creyó oportuno que la comida fuese acompañada de alguna bebida, ya que no suponía mucho gasto. La propuesta se sometió a votación y se aceptó, pero para evitar situaciones incómodas pareció más correcto entregar a los encarcelados ocho maravedíes y que fuesen ellos, si ese era su deseo, los que la adquiriesen<sup>682</sup>. El visitador fue el encargado de repartir esas monedas entre los reclusos. Se hacía al finalizar la comida pero de esa limosna una parte se destinaba a que las deudas, si las tenían, se rebajasen<sup>683</sup>.

Durante la visita la comisión se interesaba por la salud de los reclusos, si estaban enfermos se les atendía con esmero, y si el mal se agravaba y el enfermo fallecía recibía el mismo trato en su entierro que cualquier otro hermano sin tener en cuenta las circunstancias por las que había atravesado su vida:

*«(...) que por cuanto ha muerto en la cárcel de la villa el licenciado Antonio Rochafroso, de la Orden Tercera, que vayan los hermanos de habito descubierto a su entierro y lleven seis hachas y así les dejasen traer asta la capilla pagando quince reales y le entierren en ella y si no le acompañen y vallan a su entierro en la Iglesia de San Salvador»<sup>684</sup>.*

Desde 1650 un hermano se encargó de llevar el control del gasto de las ollas de alimentos para los presos. En 1668 el importe de los alimentos distribuidos en la Cárcel de Corte fueron 300 reales de vellón, pero, sin ninguna duda, la VOT dispensó un trato de favor a la de la Corona, dedicada a sacerdotes; los documentos aseguran que en 1634 se emplearon sólo en ella 888 reales de vellón, una cantidad muy superior a la que se destinaba a los demás establecimientos:

Las *cárceles femeninas* o *casas-galeras* nacieron en el siglo XVII con la misma finalidad que las masculinas: controlar la moral pública y reeducar a las mujeres de mal vivir que cometían actos delictivos; se daba la circunstancia de que muchas de ellas habían llegado a la capital, huyendo de la miseria y el hambre, y acababan por ser reclusas como delincuentes. La intención primera de esas instituciones estuvo en que el trabajo y la oración redimiesen las penas impuestas, pero pronto se vio que ni el sistema tan rígido que se aplicaba, ni el lamentable estado de las instituciones, ayudaban a la regeneración de las

---

<sup>682</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 271.

<sup>683</sup>Ibíd. Existían en las cárceles pobres de solemnidad, que no contaban con medios económicos, y cuyas causas habían caído en el olvido. La VOT logró, gracias a las limosnas que recogía para ese fin, que algunos delitos de prisión por deudas se revisasen y se pagasen las deudas a los acreedores.

<sup>684</sup>Ibíd., C. 1, Lib. I, fol. 197. No se nos dice ni la gravedad del delito cometido por este hermano ni la pena que le fue impuesta. Sólo se menciona que la muerte le sorprendió cumpliendo su condena.



reclusas<sup>685</sup>. En la galera de Madrid las mujeres arrastraban un régimen disciplinario estricto, que incluía llevar el cabello rapado<sup>686</sup>.

Otro medio de reinserción social femenino, menos drástico, fueron las casas de recogidas y arrepentidas, centros benéficos algunos de ellos regidos por hermanas terceras franciscanas. Su finalidad era “*acoger a mujeres arrepentidas o sentenciadas por la justicia y enmendarlas de sus defectos*”<sup>687</sup>. Aunque tenían espacios de corrección, ya que en su mayoría eran prostitutas y delincuentes, se les proporcionaba ayuda y protección y se les buscaba una salida digna<sup>688</sup>. Las mujeres sólo abandonaban el centro si contraían matrimonio o si tomaban estado religioso<sup>689</sup>.

La historiografía pone de manifiesto que existía una creciente inquietud sobre el destino de estas mujeres, de ahí que se buscasen fórmulas para que estos grupos marginales no alterasen una sociedad que se movía dentro de un marco, real o ficticio, de buenas costumbres y valores éticos<sup>690</sup>.

Con menos asiduidad que las masculinas, se hacía cada tres meses, la VOT visitaba las cárceles destinadas a recluir mujeres<sup>691</sup>, en donde actuaba de manera similar a como lo hacía con los reclusos.

«(...) *que se de olla a las pobres de las cárceles, que se libren 200 reales para ello y 100 reales para que por orden del Padre Gabriel Martínez se les de dos o tres socorros de pan y queso a las gitanas que están presas en la cárcel de Corte*».

---

<sup>685</sup>CABRERA DE CÓRDOBA, L., op. cit. «*Han puesto el nombre de Galera a una casa donde recogen a las mozas que no quieren servir y allí trabajan, hilan, cosen y otras cosas que las enseñan*». Los castigos para las mujeres que infringían las normas sociales eran muy duros, se las condenaba a castigos que oscilaban entre los seis meses y los dos años de reclusión. El centro dependía de los reales hospitales; en 1757 contaba con 140 reclusas que trabajaban principalmente en tareas de hilado.

<sup>686</sup>AHN, sec. Consejos, Lib. 1345, fols. 34r.-44r.

<sup>687</sup>SOLÉ, A.: *Situación económica y asistencia social de la diócesis de Cádiz en la segunda mitad del siglo XVIII*, Cádiz, 1985, p. 156-157. En la casa de arrepentidas de Amberes las mujeres entraban por decisión propia.

<sup>688</sup>AVOTM, C 1, Lib. I, fol. 97. En la junta celebrada el 29 de enero de 1623 la VOT hacía un llamamiento a los hermanos encargados de la visita a las casas de recogidas, para que averiguasen si entre las reclusas había alguna hermana de la Tercera Orden, y en caso afirmativo, que informasen al Discretorio.

<sup>689</sup>PÉREZ BALTASAR, M.<sup>a</sup> D.: *Mujeres marginadas en las casas de recogidas de Madrid*, Madrid, 1984.

<sup>690</sup>RECIO, M.: *Compendio histórico y manifiesto instructivo del origen y fundación de la Real Casa de Santa María de la Penitencia*, Madrid, 1777, cap. I-II, pp 8-9. En el convento de San Francisco existió la cofradía de Nuestra Señora de Gracia, que en 1555 edificó un hospital llamado de los Peregrinos, que acogía a personas de humilde condición. En 1601 Jerónimo de Quintana trasladó a varias mujeres consideradas de “mal vivir” por sus deseos de cambiar de vida.

<sup>691</sup>AVOTM, C. 1, Lib. III, fols. 1v. y 5r. Junta del 13 de enero de 1641.

Es frecuente encontrar en las disposiciones testamentarias de terceros el deseo de que una parte de sus bienes se destine a socorrer a los encarcelados y a instituciones encargadas de recoger a marginados<sup>692</sup>. Uno de los centros que gozó de la caridad de personas piadosas fue el colegio de reclusas de San Nicolás de Bari, regido por una congregación de monjas perteneciente al convento de San Basilio. El establecimiento que recogía a jóvenes solteras y mujeres abandonadas por sus maridos, se financiaba con los impuestos que pagaban los cosecheros y taberneros de la Corte y con las aportaciones de algunos criados de la Casa Real<sup>693</sup>. Esa institución recibía habitualmente la visita de la VOT, que aportaba limosnas para que mantuvieran el culto en su iglesia y no les faltasen medios para mantener a las jóvenes desamparadas<sup>694</sup>.

Entre los benefactores de San Nicolás y de los encarcelados cabe destacar a una hermana de la Tercera Orden madrileña Lorenza de Cárdenas y Manrique de la que en páginas posteriores hablaremos cumplidamente:

*«Así mismo se han llevado a las cárceles de la Corona Corte y Villa veinte viandas en cumplimiento de las memorias de doña Lorenza de Cárdenas».*

*«Sábado de Ramos, de 1731 se sacaron de las Cárceles de Corte y Villa siete presos que estaban detenidos en ellas por deudas en cumplimiento de la memoria que fundo dicha señora doña Lorenza de Cárdenas habiendo el señor procurador general facilitado con los acreedores perdonase alguna parte de sus créditos por cuyo medio y buena conducta se logro la libertad de dichos presos»<sup>695</sup>.*

En 1678 el total del gasto empleado por la VOT en las comidas para los presos supuso 5.107 reales; si tenemos en cuenta que esa era una, entre las muchas obras asistenciales que dispensaba la Orden a los desfavorecidos, se puede deducir que en esa época las finanzas de la VOT no estaban a la baja. En ninguno de los años posteriores se superó esa cantidad<sup>696</sup>.

---

<sup>692</sup>Las instituciones gozaban de las aportaciones de numerosos protectores, que con generosidad en sus últimas voluntades, mediante donaciones o legados asignaban cantidades capaces de mantener centros.

<sup>693</sup>AHN, sec. Consejos, Lib. 1130, fol. 112 y leg. 51.444, caja 2. La Congregación de San Nicolás de Bari convocaba un concurso público, en el que las pretendientes a recibir una dote habían de aportar memoriales justificativos de que eran doncellas virtuosas y, por lo tanto, merecedoras de esa caridad. Las dotes para entrar en religión o el regalo de vestidos u otra forma de caridad, se realizaba dos veces al año.

<sup>694</sup>AVOTM, C. 7, Lib. IX, fol. 31v. En las visitas de la VOT a San Nicolás, se entregaban alimentos consistentes en media libra de carne guisada y medio pan, acompañados de fruta y, a veces, de queso.

<sup>695</sup>Ibídem, leg. 165.

<sup>696</sup>Ibídem, leg. 416/1. Efecto de 1.000 reales de principal contra la villa de Madrid sobre la renta del tabaco correspondiente a la memoria fundada por Manuel González de Altaza para dar comida a los pobres de las cárceles.

### 3. 2. *La caridad, familia y memoria*

Una de las formas en la que los católicos daban muestras de su caridad hacia los pobres era mediante la limosna individual, a veces de manera invisible y silenciosa, y otras, a través de instituciones, eclesiásticas o mandas testamentarias. La legislación castellana establecía que los testadores dispusiesen libremente de la quinta parte de sus bienes, una cantidad que podía destinarse a sufragar los gastos de entierros y misas, y si se deseaba emplear en obras pías, gozaba del mismo valor espiritual y redentor<sup>697</sup>. No es fácil determinar los cauces por los que discurrió la caridad privada debido a su secretismo, pero sí se conocen las donaciones de particulares que con más o menos generosidad destinaban parte de su hacienda a remediar la situación de los menesterosos, testando a favor de hospitales e instituciones de beneficencia.

A pesar de ello, y para hacer frente a sus más urgentes necesidades, los pobres hubieron de desarrollar estrategias que les permitiesen subsistir<sup>698</sup>. Uno de sus objetivos estuvo en integrarse en corporaciones o instituciones que junto al espíritu eminentemente religioso que las movía, dedicaban parte de su aliento y esfuerzo en arrancar de la miseria a personas desvalidas. Una de esas instituciones fue la Venerable Orden Tercera Seglar de Madrid, una institución franciscana urbana. Su archivo nos ha permitido realizar un análisis minucioso de los movimientos de la Orden en ese campo, aunque nuestro hilo conductor, en ese tema, por encima de las particularidades de algunos individuos, ha sido la labor que desarrolló la Fraternidad como grupo, pues si importante y necesario para alcanzar un objetivo es el trabajo y el esfuerzo del hombre, cuando desaparece, su obra permanece en el tiempo, y gracias a ello, ha permanecido la labor de muchos hombres que formaron parte de la VOT madrileña.

Entre los hermanos, la caridad hacia los necesitados era uno de los acicates que reforzaba los vínculos espirituales de su unión, y desde esa comunión de pensamiento, la VOT podía entregarse de lleno a su labor asistencial. Lo había dicho el Santo Fundador en una de sus cartas: “(...) *la virtud de la caridad hace iguales a todos los hombres ante Dios*”.

---

<sup>697</sup>MARCOS MARTÍN, A.: «Iglesia y Beneficencia en Castilla durante el Antiguo Régimen. Fundamentos de una bien pregonada relación», en *Torre de...*, p. 88 y ss.

<sup>698</sup>En muchas de las donaciones, por encima de la generosidad y el amor al prójimo, primaba el instrumentalizar la entrega como un arma de remisión de los pecados. El necesitado pasaba a convertirse en un objeto para el rico, que canalizaba la caridad hacia su protegido para obtener un bien para sí mismo.

Se dispensaba caridad, en primer lugar, a los hermanos necesitados, proporcionándoles limosnas, alimentos, médicos, medicinas, entierros, funerales e, incluso, sepultura (tampoco se desatendía a los que sin pertenecer a la Fraternidad acudían en busca de ayuda)<sup>699</sup>. No era una tarea fácil proporcionar esos auxilios si recordamos que a finales de siglo XVII la Orden madrileña superaba con creces los veinte mil hermanos vivos, de los cuales más de la mitad eran gente humilde, muchos con problemas de subsistencia.

Con los fríos invernales, los problemas en la VOT se recrudecían, era la peor época del año porque las necesidades del pobre crecían. Nos lo confirma el testimonio de un tercero, Francisco de Quevedo y Villegas, encargado de transportar en camilla a los hermanos enfermos. De esta forma se refería al terrible frío que asoló Madrid en el invierno de 1636:

*«Aquí hace tiempo ciego, que es menester luces al mediodía. Ni han sembrado, ni pueden, ni hay pan; los mas se comen de celoche y centeno; cada día traemos pobres muertos de los caminos, de hambre y desnudez. La miseria es universal y ultimada»*<sup>700</sup>.

Grande era el esfuerzo que debía realizar el Discretorio para enfrentarse de manera cotidiana a las necesidades de sus hermanos, más, cuando velando por su prestigio e imagen prohibía que, por mucha penuria que sufriesen, ninguno mendigase. Si se llegaba a ese caso de miseria la VOT se hacía cargo de su sustento.

La Orden no permaneció estática ante los cambios sociales que se producían, y actuaba a medida que los acontecimientos lo exigían<sup>701</sup>. Sus motivaciones espirituales eran muchas, gracias a la simiente de amor al prójimo que San Francisco imprimió a la Institución, pero también precisaba apoyo económico para cumplir con sus objetivos. Las limosnas y donaciones de los fieles podían ser en metálico o en efectos (jueros, censos, inmuebles...); en ese último caso, las rentas se aplicaban a las obras asistenciales de la

---

<sup>699</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI, fol. 11-13. Lectura de un memorial de Alonso de Ribas en el que manifiesta ser hermano pobre y principal y pide que la Junta le socorra. La junta decide enviar al enfermero de su cuartel para que informe. Una vez realizado el informe, la Orden le entregó 100 reales de vellón de las limosnas libradas ese mes.

Ibíd., fol. 26 v. Memorial de María de la Concepción, hermana de la Venerable Orden Tercera de Madrid, en el que solicita una camisa, la Orden le entrega dos.

<sup>700</sup>Ibíd., C. 1 Lib. II. Quevedo fue hermano profeso de la VOT, y coincidió en ésta con otro ilustre miembro de las letras, Lope de Vega. Murió en 1645 y su cuerpo fue enterrado en la parroquia de San Ginés.

<sup>701</sup>A mediados de siglo se empieza a observar un cambio en la actitud de las elites urbanas en su consideración hacia la pobreza; se deja de ver en el pobre la imagen de Cristo y se encauza la caridad por otros caminos tratando de erradicar la mendicidad pública.

VOT<sup>702</sup>. Sin embargo, esos ingresos no siempre eran seguros, bien por la paulatina depreciación de los juros y el impago de las rentas, o por la devaluación de los censos y la insolvencia de los deudores.

A la VOT le llegaban las donaciones y limosnas desde distintos ámbitos: elites dueñas de una hacienda cuantiosa, individuos generosos insertados en grupos sociales de poder, otros no tan poderosos socialmente pero sí comprometidos con la labor social de ayudar al pobre y, finalmente, sencillos devotos de la obra franciscana. Muchos donantes entregaban a perpetuidad una propiedad o el usufructo de sus bienes y dineros, a cambio de asegurarse un lugar de enterramiento y las misas y ceremonias aplicables al sufragio de su alma. Gentes que en vida no habían mostrado interés por los menesterosos, hallándose próximos a morir, preparaban el camino de su salvación, disponiendo en sus testamentos legados para aquellos; otros (más extremistas) entregaban todo su capital, mucho o poco, haciéndose enterrar como pordioseros, sólo con el deseo de que su entierro fuese acompañado por un cortejo de pobres con cirios<sup>703</sup>.

*«Memorial de D. José de Aguirre, caballero de la Espuela Dorada, Capitán de caballos, hermano de la VOT desde hace dieciséis años que se le a echo merced de un habito de la Orden de San Yago y él lo da a la Orden para que se beneficie y da a la Orden la dicha merced amen de 500 ducados para ayuda del cristo de los Dolores y de un relicario en la capilla vieja, y quiere hacerlos mayor después de sus días y pide se le señale un nicho en la pared de la bóveda con ataúd con precio acomodado y quiere dejarlo resuelto para que después de muerto no tenga embargo testamentario»<sup>704</sup>.*

Ya a mediados del siglo XVII, la VOT poseía un amplio patrimonio, vacilante, pero propio, basado en legados de dotes, herencias, fundaciones de misas y memorias, créditos privados, juros, censos, efectos de villa, etc.<sup>705</sup>, en el último cuarto de siglo una parte de ese patrimonio se derivó hacia el mercado inmobiliario urbano, es decir, casas y tiendas<sup>706</sup>. La explotación de esos bienes, casi siempre en régimen de arrendamiento,

---

<sup>702</sup>AVOTM, leg. 430/15. Noticias de algunos de los ejercicios y obras de caridad en que la VOT de Madrid se ha empleado en ese año de 1695. Se han empleado once mil reales en limosnas y en la comida que se lleva a los presos de las cárceles de la Corona, Corte, Villa y Galera; se les ha visitado veintiún días festivos de ese año.

<sup>703</sup>KAMEN, H.: *El Siglo de Hierro, cambio social en Europa*, Madrid, 1977, p. 475.

<sup>704</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fol. 391.

<sup>705</sup>En una economía en la que los censos constituían un instrumento de crédito, la VOT era titular de cientos de ellos; sus réditos eran un ingreso seguro aunque estuviesen gravados con memorias de misas en sufragio de las almas de los fundadores.

<sup>706</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 38. El vizconde de Sierra Brava hizo donación a la VOT de una casa en la calle de San Pedro, el 14 de marzo de 1658.

suponía para la VOT saneados ingresos, aunque una parte de ese producto revertía en mantener los inmuebles, pues así lo exigían la antigüedad de los edificios y las pésimas condiciones de habitabilidad<sup>707</sup>.

El patrimonio pudo mantenerse gracias al ritmo ascendente de los legados que llegaban a la Fraternidad, pero el esfuerzo que había supuesto constituirlo motivó que se dedicase especial atención a la administración de esos bienes. Por esa razón, los cargos de síndico y contador estuvieron vinculados a hermanos de moral y honradez intachables, que mantenían un control estricto sobre las cuentas y sobre sus subalternos los cobradores, a los que periódicamente pedían rendir cuentas<sup>708</sup>. Cuando se fundó el hospital, tampoco se escaparon de ese control los tesoreros y mayordomos que manejaban sus fondos económicos.

Entre los terceros hubo hombres de negocios con importantes conexiones políticas que favorecían la administración financiera, que bien asesorada, sabía sacar un favorable margen nominal a sus intereses. De esa forma se afrontaba la labor asistencial, aunque el desastre llegaba cuando por coyunturas económicas se efectuaba un descenso en los ingresos, y había que recurrir a préstamos que acababan en graves deudas<sup>709</sup>.

La VOT, que fue experta en dinamizar los medios económicos que se le entregaban, al recibir una donación, según las circunstancias que la acompañaban, sometía el legado a un minucioso análisis, manteniéndolo si resultaba rentable para la economía de

---

Ibídem, Lib. III, fol. 101v: Juan Bautista Conejero dona a la VOT una sepultura en el templo de la Santísima Trinidad de Madrid, 10 de diciembre de 1645.

<sup>707</sup> Ibídem, leg. 97 y otros. Reparaciones en diversas casas propiedad de la Orden Tercera de Madrid.

A partir de 1606, al instalarse de nuevo la Corte en Madrid, los propietarios de casas conocidas como de aposento se vieron obligados a ceder la mitad de sus domicilios de forma gratuita a la Corona. Se adjudicaban a funcionarios de la Monarquía que las ocupaban, alquilaban o incluso podían recibir de sus propietarios una determinada cantidad monetaria a cambio de no residir en ella. La picaresca propició que surgiesen otras viviendas que, aunque exteriormente no reunían las condiciones precisas para ser catalogadas como de aposento, en su interior era todo lo contrario, se las conocía como casas de malicia. El sistema se prolongaría hasta el siglo XIX. GONZÁLEZ DÁVILA, G., op. cit.

<sup>708</sup> AVOTM, leg. 98. Los pretendientes a ocupar el cargo de cobrador debían de depositar una fianza por una cantidad variable, según la cuantía de los cobros, que respondía a cualquier irregularidad que se presentase por parte de los cobradores. C. 4, Lib. VI, fol. 23r. En una junta extraordinaria celebrada el 6 de noviembre de 1678 se estimó en 2.000 ducados la fianza que debían presentar los futuros cobradores, y se dispuso que debería ser vigilado su trabajo durante un periodo de seis meses.

<sup>709</sup> La economía de la Orden requiere un estudio minucioso, toda vez que el cobro de rentas y censos exigiría un análisis detallado con secuencias cronológicas, ya que la Fraternidad durante el siglo XVII atravesó por distintas etapas, unas de cierta prosperidad y otras de verdadera penuria. A ese respecto en proceso de elaboración la tesis de Francisco Muñoz Ávila, *La Venerable Orden Tercera de Madrid: circus 1609-1799. Caridad y administración económica*.

la Orden, en caso contrario, si parecía gravoso, se prescindía de él, invirtiendo el producto de la venta en bienes más rentables.<sup>710</sup>

Un somero examen de la trayectoria económica que siguió y de cómo distribuía los ingresos nos lleva a estructurar a estos en tres grupos. El primero se refiere al procedente de limosnas, y en él participaban un amplio sector de madrileños. Las limosnas podían llegar indistintamente en metálico, alhajas o enseres<sup>711</sup>. Los donantes, comprometidos con la labor social de la VOT, podían ser terceros o personas ajenas a la Orden, lo que confirma el arraigo y popularidad que tenía la Fraternidad.

*«El señor ministro trajo a la Junta mil setecientos cincuenta reales de vellón que el hermano don Pedro Antonio de Aragón, envió a su casa para que se repartan mil entre lo pobres de la Orden Tercera por la salud y felicidad del Rey y por sufragio de los soldados que murieron en la batalla naval de Palermo y de los setecientos cincuenta restantes que se digan trescientas misas de a 2 reales y medio en la capilla del Cristo de los Dolores por los difuntos pero reconociendo que es difícil que se digan misas por menos de 3 reales don Gregorio López de Quevedo de su bolsillo aportó ciento cincuenta reales y así se cumplan las 300 misas». Año 1676<sup>712</sup>.*

Incluimos, en ese primer escalón de ayuda los donativos con los que los monarcas favorecieron a la VOT, especialmente, don Carlos II y la reina doña Mariana, su madre. Sus muchas limosnas se hicieron con motivo de sus visitas a la capilla del Cristo de los Dolores o atendiendo a las peticiones de ayuda que los terceros hacían llegar a Sus Majestades<sup>713</sup>. La VOT encontró en la Reina una protectora de nombre y de hecho, por ese motivo confiaba en ella en momentos delicados en los que apelaba a su generosidad:

*«Con fecha del 22 de octubre de este año de 1669, se disponen varias cartas una dirigida a la Emperatriz, Nuestra Señora, firmada por el señor ministro, que en nombre de la Orden Tercera, solicita una limosna, otra a la Cristianísima y Serenísima Reina de Francia, Maria Teresa para lo mismo, pues*

---

<sup>710</sup>AVOTM, leg. 472/2/8. Donaciones hechas a la VOT, que por no ser rentables se venden.

<sup>711</sup>Ibídem, C. 3, Lib. V, fol. 182. El capitán Fernando Bravo manda que su paga en la Guardia de Castilla, en el Consejo de Guerra, se entregue a la Orden Tercera. El hermano ministro hace las diligencias oportunas con el tesorero del dicho Consejo.

Ibídem, fol. 188. La condesa de Oñate entrega a la VOT 200 ducados para la dotación de una fiesta en la capilla del Cristo de los Dolores.

<sup>712</sup>Ibídem, fol. 252.

<sup>713</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 596v. A finales de 1670 el marqués de Aytona comunicó a la VOT que la Reina estaba a la espera de hacer una consulta a su hijo el Rey para entregar una limosna de 1000 ducados a la VOT. En 1671 el Consejo de Hacienda, el encargado de hacerla efectiva, todavía no lo había hecho. Hábilmente la VOT logró introducirla en el Consejo de Italia para que a cambio de esa cantidad se le hiciese merced de un título nobiliario. El hermano ministro, Juan Antonio López de Zárate, confió para hacer esa operación en la intercesión de la marquesa del Fresno, devota hermana de la Orden, que tenía gran influencia sobre la persona del conde de Miranda y duque de Peñaranda, presidente de dicho Consejo.

*se trata de satisfacer unas ayudas y el terno que tenía para la capilla del Cristo de los Dolores y lo cogieron en el Puerto de Marsella en Francia, y otra a Alemania para la Majestad Cesárea de la Serenísima Emperatriz y lo pedimos por ser hermanas nuestras»<sup>714</sup>.*

La segunda fuente de ingresos que percibía la VOT la obtenía por la vía de cuotas: asignaciones obligatorias que debían satisfacer los hermanos en su ingreso como profesos, y las ordinarias mensuales (conmutaciones) que todos los terceros pagaban. Otro tipo de entrada procedía de discretos que de manera desinteresada costeaban gastos imprevistos que debía afrontar la Orden; lo hacían por derrama o reparto equitativo. Algunas de esas entregas voluntarias fueron realmente importantes, como la del marqués de Rivas, Antonio de Medina y Ubilla, que donó su título de marqués<sup>715</sup>. Habría que añadir en este segundo capítulo las recaudaciones que se conseguían cuando la VOT instalaba mesas de demandas en calles, capillas e iglesias con motivo de alguna festividad especial<sup>716</sup>.

Finalmente, la tercera entrada de ingresos procedía de lo que generaban los bienes patrimoniales: rentas, inversiones, intereses de los censos, etc.<sup>717</sup>.

El hecho es que la VOT, siempre activa, atenta a las oportunidades, comerciaba con sus bienes, compraba y vendía, adquiría oficios públicos y se deshacía de títulos nobiliarios a cambio de dinero:

*«El señor don Francisco Huelan Velázquez, secretario del Rey y oficial mayor en la Secretaría de Hacienda presentó una memoria de los mejores juro que vende el marqués de Flores, después de estudiar los que más ventajas ofrecen se eligen hasta la cantidad de ocho ducados». “El Consejo de Italia entrega a Jerónimo de Orellana un título de príncipe en pago de lo que se le debe, éste lo cede a Magdalena de Salinas, quien lo entrega a la Orden Tercera de Madrid, con calidad de que ha de recibir la mitad de lo que se cobre por su venta. Se vendió por 11.000 reales de plata»<sup>718</sup>.*

Si las donaciones no llegaban limpias de cargas, no todo eran ingresos pues se debían satisfacer los gastos que las acompañaban: asignaciones a los capellanes, salarios

---

<sup>714</sup>Ibíd., fol. 394, 394v. y 396. Don Carlos Magno se encargó de que la Emperatriz recibiese esa carta, y don Sebastián Suárez para que otra en similares términos se dirigiese a Maria Teresa, reina de Francia.

<sup>715</sup>Ibíd., leg. 489/3. Amplia documentación sobre la entrega del título.

<sup>716</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 555. Se da licencia a la Orden Tercera de Madrid para que ponga mesas petitorias en las calles de Rastro, Palacio, Mercaderes, Mayor, Toledo y Puertos, antes de que llegue la Semana Santa para obtener limosnas para sus obras piadosas.

<sup>717</sup>Ibíd., leg. 389/37. Testimonio de la redención de tres censos que importan 4.400 ducados impuestos sobre casas en la calle de Clavel, Postas, Toledo, etc.

<sup>718</sup>Ibíd., C. 4, Lib. VI, fol. 1v. Junta del 11 de septiembre de 1678. TOMÁS y VALIENTE, F.: *Gobierno e instituciones de la España del Antiguo Régimen*. El autor nos dice que el oficio de tesorero de la Casa de la Moneda de Sevilla estaba en manos de la Venerable Orden Tercera franciscana.



de los cobradores, etc. Hemos visto como en momentos límites, los agobios económicos obligaban a los discretos a ser ellos los que paliasen la situación; entonces el ministro hacía un llamamiento a su generosidad y caridad. La contribución que se supone empezaba siendo de carácter voluntario, por la frecuencia con que se sucede, parece que lo que en principio era excepción, después se hacía exigencia y, por último, obligación:

*«(...) que se pidan las limosnas a los hermanos que voluntariamente habían querido cada uno señalar proponiéndoles que sirven para perpetuidad de la capilla, para el socorro de los pobres hermanos enfermos y necesitados, enterrar a los difuntos de caridad, dar de comer a los pobres de las cárceles y otras obras de caridad, 8 días del mes de enero de 1647»<sup>719</sup>.*

La VOT atravesó por situaciones tan graves, y el acoso de los acreedores tan apremiante, que los discretos, testigos de esa necesidad, se echaron sobre sus hombros la obligación de recaudar fondos de forma directa, y lo hicieron pidiendo limosna en la vía pública<sup>720</sup>. Se pensó que con esa muestra de humildad la VOT no decrecía en autoridad y prestigio sino que se engrandecía por el hecho de que fuesen precisamente los hermanos de más renombre, señores principales de reconocido calidad social, los que se sometiesen a esa tarea, para muchos humillante, en beneficio de sus hermanos más pobres.

Con ese propósito, en junio de 1669 se celebró una junta presidida por el visitador fray Francisco Sánchez Gareca y por el ministro Juan Antonio López de Zárate, y en ella se sortearon las calles en las que los hermanos debían suplicar una limosna. Se trataba de las vías más importantes y concurridas de Madrid<sup>721</sup>. Independiente de la cantidad que se recaudó, que fue muy sustanciosa, el acto en sí fue un ejercicio de repercusión social, porque una vez más se ponía en evidencia la caridad y humildad de la VOT que no dudaba en rebajarse hasta esos límites si estaba en juego el socorro de sus pobres<sup>722</sup>.

---

<sup>719</sup>AVOTM, C. 1, Lib. III, fol. 135; y C. 3, Lib. V, fols. 263v. y 264. En 1676 se presentaron serias dificultades para dar de comer a los pobres del hospicio en el día de la festividad de San Francisco. Por ese motivo, el discreto don Pedro Antonio de Aragón entregó 900 reales en metálico para que se cumpliese con esa tradición.

<sup>720</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 504.

<sup>721</sup>El ministro, acompañado por el contador, había hecho ese ejercicio de humildad desde la Puerta de Toledo hasta la Plaza Mayor; el hermano Nicolás de Montaña, desde la Puerta de Guadalajara hasta San Sebastián; don Carlos Magno, desde este último punto hasta el Hospital General y don Francisco Esnedin, don Francisco Roco y don. Manuel de Villarreal, lo hicieron desde la parroquia de Santa María hasta el Hospital de los Italianos; don Mateo Vázquez de Mendoza, secretario de Su Majestad, y don Lucas González de Zárate, en el barrio de Santo Domingo el Real; y, finalmente, don Diego de Mella y don Miguel de Salinas, en la Plaza del Rastro y todo su contorno. La lista prosigue con varios hermanos más distribuidos por las calles madrileñas. Ibídem, C. 5, Lib. VII.

<sup>722</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 400. La recaudación más importante la hizo el señor ministro y sus acompañante, pues obtuvieron 1.400 reales. El total de la suma parece ser que superó los 3.000 reales.

Esa acción se repitió en varias ocasiones, una de ellas, coincidiendo con la Cuaresma de 1671, “*El tiempo más dispuesto a la devoción y a las limosnas*”. Los discretos presidieron mesas colocadas en plazas y calles, mientras que los hermanos de hábito descubierto se acercaban pidiéndoles una limosna a los transeúntes, a los caballeros subidos en sus cabalgaduras y a los que paseaban en sus carruajes.

A lo largo del siglo XVII, la VOT nunca se vio libre de preocupaciones financieras, era una inquietud constante que se derivaba no sólo de los gastos producidos por la tarea de socorrer a los necesitados<sup>723</sup>, sino también de los que producían el mantener vivo el culto y la liturgia, los actos festivos, las reparaciones en los inmuebles y en la capilla, los gastos judiciales, las limosnas para los frailes del convento franciscano, etc.<sup>724</sup>.

Tampoco faltaban calamidades que afectaban a los hermanos de forma directa, tal y como sucedió en agosto de 1672, cuando en medio de los calores del verano se declaró un incendio en el edificio de la Casa de la Panadería, en la Plaza Mayor. En esa desgracia hubo hermanos que perdieron su hacienda, y lo que era más grave, la vida, mientras que los que lograron sobrevivir quedaron en situación miserable al perder su trabajo. Para mitigar en lo posible el dolor de los supervivientes, desde el Discretorio se apeló a la generosidad de los terceros. Desde el anonimato se entregaron muchas limosnas, y otros hermanos prestaron, sin intereses, cantidades de dinero, algunas incluso a fondo perdido. Todo lo que se recaudó se entregó a los damnificados<sup>725</sup>.

Fue costumbre en la VOT, que así como ella recurría en momentos críticos de estrechez económica a solicitar préstamos de los hermanos, que después religiosamente

---

<sup>723</sup>Ibídem, C. 1, Lib. II, fols. 108 y 154v. «(...) *que se libren al enfermero mayor 414 reales y que lo distribuya de la siguiente forma: 200 reales para limosnas ordinarias; el resto que se reparta entre las solicitudes que se le ha hecho a la Orden en ese momento, y que se libren al boticario 9830 maravedíes de las medicinas de este año, y que al hermano Lázaro Rodríguez que ha logrado entrar en el Hospital de Incurables de Toledo, los hermanos, Andrés Martel y Francisco de Sossa le proporcionen un carro y carretero para que se les traslade y que se libren 100 reales para la colación del guardián y el visitador*».

<sup>724</sup>Ibídem, leg. 430/15. En 1695 la VOT entregó a los frailes de San Francisco 6.596 reales en concepto de limosna y 17.173 reales en razón de sus servicios en los actos litúrgicos que se celebraron en la capilla del Cristo de los Dolores. Se pagaron 7.981 reales a los músicos de la Real Capilla de Palacio por su asistencia a las fiestas (la Orden sólo pagó 792 reales, el resto fue satisfecho por el celo de un hermano); y se gastaron 9.912 reales en reparaciones de diversa índole.

<sup>725</sup>Ibídem, fols. 597/602r. y 602v. En los días posteriores al incendio, desde la Orden Tercera de Madrid se imprimieron oficios que se colocaron en las puertas de los templos y partes públicas de la Villa, para que los hermanos que se hubiesen visto afectados por esa desgracia acudieran a la capilla del Cristo de los Dolores con memoriales de su caso. A los fallecidos se les dispensaron socorros que espirituales: misas rezadas y cantadas, responsos y nocturnos, con acompañamiento de hachones encendidos. Para los que sobrevivieron y para las familias de los difuntos las ayudas fueron materiales: se les repartió dinero y comida. Juntas celebradas el 28 de agosto de 1672 y 13 de septiembre de 1672.

devolvía, a su vez, si se atravesaba por una época de bonanza económica, no tenía inconveniente en facilitar ciertas cantidades, nunca muy cuantiosas, a terceros que sufriesen reveses económicos. Los préstamos se hacían sin intereses, y sin que mediase un contrato escrito; se basaban en la confianza personal. El interés de la Orden radicaba en evitar que las circunstancias hiciesen caer a esas personas en manos de prestamistas.

#### **a) Testamentos y limosnas**

El católico desde su nacimiento se preparaba para la inexorable llegada de la muerte, y la ortodoxia tridentina ensalzaba y abonaba ese terreno, lo que fructificaba en fundaciones de misas y actos de culto que se acompañaban de grandes donativos<sup>726</sup>. El ritual comenzaba en el lecho de muerte de manera simple y sin dramatismos, era cosa sabida que la vida era sólo escuela en la que el hombre aprendía a bien morir y a liberar su alma de trabas temporales. Los ritos funerarios eran parte del sentir religioso: la mortaja, la sepultura, el entierro, las ofrendas, cada uno de ellos tenía un significado doctrinal y social. En la España Católica Moderna morir era un hecho social y público, la muerte salvífica de Cristo desdramatizaba ese angustioso momento infundiendo fuerza al moribundo, la muerte no era el final del camino, porque en su fin brillaba la esperanza<sup>727</sup>..

Tanto a los sanos como a los enfermos, el testamento les ofrecía la oportunidad de preparar su espíritu para acometer ese tránsito; en el documento, públicamente se exponía confianza en la intercesión celestial y sentimientos de compasión para con la pobreza y los desheredados<sup>728</sup>. El encabezamiento formaba parte de la estructura formal, con la invocación a María, a la Santísima Trinidad, a Jesucristo y a los santos. El testador mostraba su deseo de cumplir con la Iglesia en la observancia de los sacramentos de la Confesión y Comunión, arrepentimiento de las culpas, Extremaunción y misas post-mortem. Según decía Melgarejo en 1688, el testamento era “*un acto religiosísimo y de muy católico ánimo*”<sup>729</sup>.

El testar no era privilegio de los ricos, personas carentes de bienes lo hacían también, era una acción con un valor espiritual que atañía tanto a la pobreza como a la

---

<sup>726</sup>ARIES, P. H.: *La muerte en Occidente*, Barcelona, 1982, pp. 25-46.

<sup>727</sup>PASCUA SÁNCHEZ, M. J. de la: *Vivir la muerte en el Cádiz del Setecientos (1675-1801)*, Cádiz, Ayuntamiento, 1990. Según la autora, en la Edad Moderna no existían actitudes personales ante la muerte, eran comportamientos comunes al conjunto social; se podía acceder a la salvación en el otro mundo mientras se mantuviese el orden social en éste.

<sup>728</sup>Con la declaración de fe, el otorgante declaraba su pertenencia a la Iglesia de Roma.

<sup>729</sup>MELGAREJO, P.: *Compendio de contratos públicos*, Madrid, 1688, p. 95.

opulencia, al hombre y a la mujer. Incluso los enfermos pobres, en los hospitales declaraban sus últimas voluntades en memorias no notariales redactadas por los sacerdotes que atendían los servicios de culto de esos centros benéficos.

El testamento, siendo un fruto histórico del derecho civil<sup>730</sup>, tenía un componente religioso, dar a cada uno lo suyo: el cuerpo a la tierra, las deudas a los acreedores, la hacienda a los herederos, la limosna a los necesitados y el alma a Dios<sup>731</sup>; sacramentalmente asociaba los bienes materiales a la obra personal de la salvación. Le Goff lo denominó “pasaporte celestial, que se paga en moneda temporal, que rehabilita y santifica la riqueza mediante los legados del testador, y reconcilia a éste con su conciencia y la Divinidad”<sup>732</sup>.

El testar era afirmación de convicciones, voz viva para que personalmente el testador manifestase su pensamiento, su fe religiosa sin apego a lo terrenal, su voluntad última, y las medidas encaminadas a la salvación de su alma y lugar de enterramiento. Para que tuviese efectos jurídicos había de ajustarse a unas formalidades legales<sup>733</sup>. Trento había sido muy claro a ese respecto, el testamento no sólo tranquilizaba las conciencias sino que evitaba pleitos postmortem en el reparto de herencias. Era una fórmula más del control del comportamiento espiritual y material, en una sociedad confesionalizada<sup>734</sup>, en continua simbiosis entre lo espiritual y lo material, y en búsqueda de la redención a través de los desprendimientos materiales<sup>735</sup>.

El testamento aportaba elementos que ayudaban a conocer la vida y la personalidad de su autor, su estructura familiar, el reparto de sus bienes, los conflictos con los deudos,

---

<sup>730</sup>GONZÁLEZ CRUZ, D.: *Mentalidad religiosa y estatus socio-económico*, Madrid 1983, pp. 365-392. El testamento podía ser abierto o nuncupativo, y para que fuese válido necesitaba de al menos tres testigos, o cinco si no intervenía un escribano público. Si era cerrado, “in scriptis”, se requerían un escribano y siete testigos, y no se hacía público hasta el momento de su apertura, tras la muerte del testador. Ese testamento se cosía con hilo blanco o se cerraba con sello de cera, era garantía de libertad para el testador y evitaba posibles coacciones familiares.

<sup>731</sup>Así lo explicaba San Francisco de Borja y lo repitieron autores como POZA, J. B.: *Práctica de ayuda a bien morir*, Madrid, 1657, fol. 59.

<sup>732</sup>LE GOFF, J.: *El hombre ante la muerte*, Madrid, 1983, p. 165; *La civilisation de l'Occident medieval*, Paris, 1964, p.240.

<sup>733</sup>ARIES, P. H.: «El hombre ante la muerte», en *Ensayos sobre la historia de la muerte en Occidente*, Madrid, 1983, p. 166. El coste de la redacción de un testamento ante notario público nunca era menor a veinte reales de vellón, incluyéndose en ello no sólo el salario del escribano y la compra del papel sellado sino también los derechos de la oficina del colector.

<sup>734</sup>CARASA SOTO, P., op. cit., p. 128.

<sup>735</sup>LORENZO PINAR, F. J., op. cit., pp. 34 y ss.

etc., también reforzaba los linajes y patrimonios<sup>736</sup>. Lejano quedaba el ideal cristiano de igualdad de todos los hombres a la hora de la muerte, muy al contrario, las fuentes notariales ponen de manifiesto las diferencias sociales existentes, no tanto, por parte del difunto, sino por intereses familiares deseosos de dejar constancia de su poder y prestigio<sup>737</sup>.

Aunque es común que los testamentos se adornasen con fórmulas estereotipadas, copiadas de viejos formularios, por la minuciosidad de la redacción, la declaración de fe, la adhesión del testador a la Iglesia, la angustia ante el juicio final y las dudas sobre la salvación del alma, no hay que ver sólo en ellos la clásica rutina de un escribano<sup>738</sup>. Tras su lectura se percibe la conjunción que existía entre su valor civil y el espiritual; en la protestación de fe, el testador se declaraba defensor y públicamente católico<sup>739</sup>, aludiendo a su devoción a la Santísima Trinidad, a la Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión de Cristo, y a María, como la gran intercesora ante el Supremo Juez, sin olvidar a los santos de cada devoción<sup>740</sup>.

Era sabido que el cristiano, en su existencia, debía optar entre el bien y el mal, y tanto la decisión que tomase como la trayectoria final podrían llevarle a la salvación o a la condena eterna. Sin embargo, tenía la postrer oportunidad de que a través de los legados piadosos, realizase un acto de arrepentimiento que le permitiría ponerse a bien con Dios, con el prójimo, confesar culpas ocultas y redimirse<sup>741</sup>. En esas donaciones estribaba el valor espiritual y redentor del testamento, aunque se aplicasen en provecho del alma del testador y pareciese que la cuestión económica se supeditaba al fin supraterrrenal, la compra de la salvación del alma.

Ese era el motivo por el que la Iglesia insistía en que se testase con salud y en estado de gracia, sin esperar al tiempo de la enfermedad, cuando ya el espíritu se mostraba

---

<sup>736</sup> MONTOJO MONTOJO, V.: *Linaje, familia y marginados en España (Siglos XIII-XIX)*, Universidad de Murcia, 1992, p. 117. En un testamento, el aspecto legal lo imprimían el escribano público y los testigos que garantizaban la veracidad del contenido después de la muerte del testante.

<sup>737</sup> Es un tópico de la oratoria fúnebre, puramente estratégica y consoladora, que la muerte igualaba socialmente; los sectores de elite eran impermeables a la pastoral de la sencillez. ÁLVAREZ SANTALO, Lib. C.: «El texto devoto en el Antiguo Régimen», en *Crónica Nova* n.º 18, Universidad de Granada, 1990, pp. 9-35.

<sup>738</sup> RODRÍGUEZ VÁZQUEZ, A.: *Ricos y pobres, propiedad y vida privada en la Sevilla del siglo XVI*, Sevilla, 1995, p.160-161.

<sup>739</sup> La invocación “*En el nombre de Dios*”, es la profesión de fe del cristiano, el Credo, fórmula generalizada en todos los testamentos de la época, a continuación seguían las invocaciones a la Virgen y a los santos

<sup>740</sup> Un santo de los más recordados a la hora de testar era San José, patrón de los carpinteros y albañiles, al que se le reclamaba como intercesor por su parentesco con María. ARÍAS DE SAAVEDRA, I. y LÓPEZ GUADALUPE, M. L.: «Las cofradías y su dimensión...», en op. cit., p. 239.

<sup>741</sup> CARASA SOTO, P., op. cit., p. 130.

agitado. A la idea de la redención del alma a través de desprendimientos materiales se ajustaban los postulados del Concilio de Trento, trueque de bienes temporales por otros eternos, despojarse de todo lo terreno, aquietar la conciencia y lograr un lugar entre los escogidos<sup>742</sup>. Para lograrlo había que efectuar mandas que facilitasen la salida rápida del purgatorio; de ahí la profusión de misas, limosnas, fundación de capellanías, dotes para doncellas, legados a hospitales y nombrar como “*heredera a la propia anima*”<sup>743</sup>.

En muchos casos, “*a posteriori*”, se originaban las quejas de los herederos ante los albaceas, que tenían la obligación de cumplir con las disposiciones del testador, o los conflictos con las órdenes religiosas encargadas de dar satisfacción a las mandas. El testador moría con la confianza de que se cumplirían sus últimas voluntades, los familiares se ocuparían de su cuerpo, la Iglesia de su alma<sup>744</sup>.

La celebración inmediata al día del entierro era el novenario y las honras. Se llamaba novenario a los actos religiosos celebrados durante los siguientes nueve días de la muerte del difunto, cada día se oficiaba una misa post-mortem, cantada o rezada, y un responso. Alejo Venegas precisa que las honras se celebraban en el séptimo día después de la muerte, y de no hacerlo, la estancia del difunto en el purgatorio se prolongaba innecesariamente<sup>745</sup>.

---

<sup>742</sup>CANDAU CHACÓN, M. L., op. cit., p. 168. La Iglesia ordenaba que en los libros de defunciones parroquiales constase el día, mes y año de la muerte de los fallecidos. La medida tenía dos objetivos: controlar la administración de los sacramentos; y verificar si se cumplía con la obligación de redactar testamento.

<sup>743</sup>LORENZO PINAR, F. J., op. cit., p. 43.. Las misas por una vez las encargaba el otorgante para que se dijese durante los días en que se celebraban las honras fúnebres, novenarios, etc. Esos sufragios no se repetían periódicamente, como era el caso de las fundaciones o memorias.

ARIES, E. H., op. cit., pp. 40-46 y ss. El nombrar por heredera al alma significaba que se dejaban los bienes para obras pías a través de instituciones religiosas, cofradías o hermandades. La finalidad de las cláusulas pías, que constituían a veces la parte más importante del testamento, comprometían al albacea, a los eclesiásticos y religiosos de los conventos encargados de que se respetasen las últimas voluntades del difunto. Si el testador dejaba a su “alma por heredera”, aunque tuviese deudas pendientes, los acreedores no podían acceder a sus bienes, porque esa hacienda, en su totalidad, iba destinada a celebrar misas por la redención del alma del difunto. Los albaceas hacían almoneda de los bienes y el producto se invertía en los sufragios; sólo si restaba alguna cantidad se entregaba a los acreedores, y si no los había, a los familiares.

<sup>744</sup>Los medios económicos marcaban las diferencias sociales, siendo determinantes para que se oficiasen más o menos misas de cuerpo presente, vigiliass, del alma, o de cabo de año. El establecer fundaciones, memorias o capellanías exigía una capacidad económica importante, y si a los testadores estas gracias redentoras les parecían escasas, podían hacer las llamadas mandas de obras pías, redención de cautivos, Santos Lugares, etc.

<sup>745</sup>VENEGAS, A.: *Agonía del tránsito de la muerte con los avisos y consuelos que cerca de ella son provechosos*, Toledo, 1540, fol. 125v.

La misa era para los católicos el mejor de los sufragios, por esa creencia su número se incrementó a lo largo de la Edad Moderna<sup>746</sup>. La Iglesia permanecía vigilante para que los herederos cumpliesen con la voluntad del difunto y los párrocos consumasen la obligación contraída, sin embargo, dado el elevado número de misas que se solicitaban en las mandas se dispuso que fuesen los colectores los que en las parroquias llevasen el control de esas voluntades póstumas<sup>747</sup>. Pasado un año del fallecimiento, de nuevo deudos y amigos se reunían para encomendar el alma del ausente en un acto que culminaba la entrada del difunto al Más Allá. Después, la familia de manera oficial daba por finalizado el año de lutos y se reintegraba al mundo de los vivos<sup>748</sup>.

En la VOT de Madrid, en consonancia con la Regla y las Constituciones de la Tercera Orden Seglar franciscana, se obligaba a los hermanos profesos a que testasen, dentro de los tres meses posteriores a su entrada en la Fraternidad, según lo ordenado en el artículo 23.3 de la Regla: *“Para salvaguardar la paz en la familia, los hermanos hagan, a su debido tiempo, el testamento de sus bienes”*. El incumplimiento de esa obligación suponía el no recibir, en caso de necesidad, socorros<sup>749</sup>.

La Orden no intervenía ni en la elección de los herederos, ni incitaba a que se testase a su favor<sup>750</sup>, no buscaba lucrarse con las disposiciones testamentarias (sólo si el testador poseía fortuna se le sugería que en sus donaciones recordase a los muchos hermanos pobres de la Orden)<sup>751</sup>. Desde julio de 1676, si un hermano se mostraba remiso a testar y alegaba carecer de bienes, debía presentar una declaración de pobre, un documento legal redactado ante el escribano, en el que juraba no poseer ningún tipo de

---

<sup>746</sup>Se trataba de acumular el mayor número de misas: cantadas, rezadas, de cuerpo presente, en los días posteriores o al “cabo del año”. Para evitar que los herederos no cumpliesen con las voluntades de los difuntos, a veces excesivos, la Iglesia aconsejaba que se celebrasen en vida del otorgante.

<sup>747</sup>Los colectores eran los encargados de guardar el dinero de la colecturía, los libros de difuntos, los de las capellanías, los de las misas votivas... MARTÍNEZ GIL, F.: *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, pp. 464 y ss.

<sup>748</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fols. 492-494. María de Benavides, duquesa de Cardona, al cumplirse el año del depósito del cuerpo de su esposo en la capilla del Cristo de los Dolores, pidió que se celebrase en dicha capilla las misas del “cabo de año”, a lo que la VOT accedió gustosamente.

<sup>749</sup>*Regla de la Tercera...*, p. 85. Era tal el valor espiritual que se otorgaba al hecho de testar, que muchos de los testadores, hermanos de la VOT, se incluían entre los que habían hecho declaración de pobres, por lo tanto, su herencia, si la había, era pobre y escasa: camas, bancos, mesas, algunas piezas de vajilla, útiles de cocina, cobertores, etc.

<sup>750</sup>AVOTM, leg. 282/8/10, 472/8/10, 436/6 y 424/4; y C. 2, Lib. IV, fol. 490v. Sólo en 1671 la VOT hizo una angustiosa llamada con respecto a dejar mandas establecidas en los testamentos a favor de la Orden Tercera, ya que se atravesaba por grandes aprietos económicos a consecuencia de la obra de la capilla del Cristo de los Dolores, no pide para ella sino para los hermanos necesitados.

<sup>751</sup>CARRILLO, J., op. cit., p. 33.

hacienda<sup>752</sup>. Aún así, desde el Discretorio se recomendaba reiteradamente al hermano encargado de los entierros, que no descuidase las posibles mandas con las que los pobres de la Orden podían favorecerse<sup>753</sup>, y que estuviese atento a las limosnas que los albaceas y familiares debían satisfacer en pago al acompañamiento que los hermanos de hábito descubierto hacían al difunto.

Era bastante común que la VOT se convirtiese en administradora o albacea de los bienes de algunos hermanos después de su muerte. En esos casos la Orden se encargaba siguiendo las disposiciones del fallecido, de satisfacer las deudas pendientes, de las entregas de socorros a instituciones benéficas y piadosas, y de entregar las limosnas<sup>754</sup>. Era una prueba fehaciente de la confianza y respeto que se había depositado en la Institución<sup>755</sup>.

Entre las donaciones testamentarias que recibió la VOT las hubo conflictivas: cartas de pago, finiquitos, cesiones, juros o encomiendas, con alguna vida más de la del difunto. En ellas los donantes habían querido unir a los fines caritativos su propio beneficio, ya que por diversas circunstancias el cobrar esas rentas suponían un

---

<sup>752</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 197; y C. 3, Lib. V, fol. 245v.

<sup>753</sup>Ibídem, leg. 450/14. Dos testamentos de Micaela del Castillo y Guardiola, tercera franciscana, con fechas de 25 de junio de 1690 y 29 de septiembre de 1695, en los que deja como herederas universales de sus bienes a su alma y a la Orden Tercera de Madrid, a ésta la nombra su administradora.

Leg. 427/63. Testamento de Catalina de Cárdenas que deja por heredera de sus bienes a la VOT para que esta los aplique por su alma.

Leg. 424/26. Con las mismas condiciones, Catalina del Olmo deja por heredera a la VOT.

Leg. 358/13. Con fecha del 6 de abril de 1683, Juan Olivar y Francos deja por heredera a la VOT.

Leg. 428/19. Leonardo de Santisteban otorga testamento el 1 de octubre de 1691 y nombra como su heredera a la VOT, sus bienes deberán aplicarse en sufragios por su alma.

Leg. 87/3. La viuda Dominga González hace entrega a la Orden de ciertas alhajas, anillos, pulseras, etc. y de la ropa blanca de su casa, para que con el producto de su venta y con 100 reales que deja en metálico, según escritura otorgada ante Juan de Velarrinaga, el 23 de octubre de 1674, se funde una memoria perpetua para que se digan dos misas rezadas cada año por su alma y por las de sus padres, marido y deudos en los días de la Encarnación y Difuntos. La VOT sobre la cantidad que se obtuvo impuso un censo, en unas casas en la calle Vieja del Vicario.

Leg. 441/18. Testamento otorgado el 10 de noviembre de 1648 en el que Juan de Fuensalida deja por herederas en partes iguales a la VOT y a la Esclavitud de la Concordia de Madrid.

<sup>754</sup>Ibídem, leg. 2/1/18. Testamento de María Ezquerro y Rojas a favor de la Venerable Orden Tercera de Madrid, 16 de abril de 1691. Entre las donaciones que figuran en su testamento se encuentra un censo establecido sobre los frutos de la Encomienda Mayor de Calatrava.

Libro I de Acuerdos, fol.148. Uno de los palafreneros de Felipe IV deja establecido, según su testamento, que se le entregue cierta cantidad de dinero a la VOT, julio de 1627.

<sup>755</sup>Ibídem, leg. 427/19. En este legajo existen documentos en los que los otorgantes nombran a la Orden Tercera albacea y administradora de sus bienes, con el fin de atender a la educación y crianza de algún familiar menor, o a la cónyuge del finado, que al quedar desamparada necesita de una institución piadosa y de prestigio que tutele sus bienes, a cambio la VOT recibirá una compensación económica: «*Testamento de Don Francisco Rodríguez Lozano en el que deja por heredera universal a su mujer y a la Orden Tercera franciscana de Madrid como su administradora*».



problema<sup>756</sup>. En Madrid se sabía que la VOT contaba con un prestigioso cuerpo de juristas, que por su competencia profesional y la constancia que ponía en todos los negocios, pleiteando si era necesario, tarde o temprano se aseguraba el éxito en causas casi perdidas<sup>757</sup>.

Sirve de ejemplo este caso: el 18 de diciembre de 1626 el Discretorio se reunió para tratar sobre la donación hecha por Luisa Cerdán, una joven natural de Barcelona que habitaba en la casa del príncipe de Esquilache. Doña Luisa ofrecía a la Orden la mitad de su herencia valorada en 6.700 ducados, a condición de que se encargase de tramitar y correr con los gastos de esa cobranza. De los 3.350 ducados que recibiría la VOT la joven exigió que 2000 se empleasen en la fábrica de la capilla y el resto en ornamentos para ésta. Si no se cobraba el total de la herencia, la cantidad conseguida siempre se dividiría en dos partes iguales, una para la joven y otra para la Orden, pero seguiría en pie que habría de asumir el total de los gastos. Los discretos se mostraron conformes, se hicieron cargo del negocio y la herencia se cobró en su totalidad<sup>758</sup>.

También se recibieron donaciones que por insólitas produjeron sorpresa entre los discretos, así sucedió con la que hizo una hermana viuda que por carecer de medios fue enterrada en la cripta como pobre de solemnidad. Era su albacea un mercader de paños llamado Juan de Vargas, quien poco después del fallecimiento comunicó a la VOT que la finada había establecido en su testamento un codicilo en el que la nombraba como su heredera de ciertas cantidades de dinero que se le debían. La VOT recibió de manos del

---

<sup>756</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 420. En 1669 un hermano de la VOT, del que no se dice el nombre, comunica a ésta que el marqués de Jódar le debía el salario desde 1660. La cantidad que se le adeudaba, 20.000 maravedís por año, ascendía a 180.000 maravedís. El hermano propuso a la VOT, que era experta en cobrar imposibles, que cobrase esa deuda y se quedase con la mitad de la cantidad adeudada. La VOT aceptó sin dudarlo. Sin embargo, en el mismo Libro de Acuerdos, fol. 427, aparece una anotación referida a ese asunto en el que se dice que “los efectos que el señor marqués adeudaba al hermano resultaron incobrables”. No se dice cual pudo ser la causa del fracaso.

<sup>757</sup>Ibíd., fol. 17v. “Se acordó en junta que cada año se dé cuenta de los efectos, juros y censos que tiene la Orden Tercera y que el contador tenga un libro en el que asiente todo el primer domingo del mes”. En el folio 94 y 112v. del mismo Libro de Acuerdos se decide en junta que, por tener la VOT muchos efectos pendientes y para la defensa de los pleitos que se puedan presentar, se busque un letrado que sea hermano de la Orden, y que aunque haga ese servicio con afecto y caridad, se le ofrezcan 6.000 maravedís anuales de salario

Fol. 531. Porque no siempre era cosa fácil para la Orden cobrar los efectos que se le donaban, algunos de ellos arrastraban problemas y pleitos; en otros, se veía obligada a enfrentarse con los familiares del donante ante los tribunales; y los más, eran cuestión de paciencia el llegar a cobrarlos. Carta con fecha del 29 de septiembre de 1671 del duque de Segorbe y Cardona, Pedro Antonio de Aragón, en contestación a la que le escribió la VOT enviándole copia del despacho de Su Majestad del 3 de abril de 1669 para que pague a la Orden Tercera de Madrid 900 ducados de los efectos extraordinarios del Reino de Nápoles. El duque respondió que se haría a la entera satisfacción de la Venerable, pero que habría que esperar la llegada de algún efecto. Este es uno de los casos en los que la VOT ejercitaba la paciencia.

<sup>758</sup>Ibíd., fol. 139.

albacea una cedula por valor de más de 16.000 ducados que la Real Hacienda del rey Felipe IV adeudaba durante años al marido de la difunta, Jacinto Abad de Ayala, por su cargo de castellano en el castillo de Cartagena; la cédula había estado empeñada en 800 ducados. Al poco tiempo la VOT la cobró, pagó el rédito, y el resto lo empleó en obras de caridad<sup>759</sup>.

En la VOT la limosna se recibía y se dispensaba, era receptora de ese socorro material, rentabilizando de la manera más acertada esa ayuda, pero también actuaba como benefactora<sup>760</sup>. Mensualmente, dos terceros comisionados para ese fin, distribuían las llamadas limosnas ordinarias entre los más pobres de la Orden<sup>761</sup>, los primeros en recibir esos socorros eran los enfermos. En los años cincuenta del siglo que tratamos, pareció que con ese sistema los que estaban impedidos no recibían la ayuda con puntualidad, por falta de coordinación entre los enfermeros y los médicos. Se buscó la solución de dividir las limosnas en cuatro partes, cada una de ellas se entregaba a un enfermero, y este en su cuartel se encargaba de buscar botica, médico, barbero y cirujano para los hermanos enfermos. Tras la visita del médico, el enfermero se encargaba de comprar las medicinas recetadas y, además, entregaba al enfermo una pequeña cantidad en metálico<sup>762</sup>.

En 1667 surgieron de nuevo discrepancias por el mismo asunto, el Discretorio no estaba conforme con los responsables de ese servicio, por lo que se volvió al modelo antiguo: el reparto lo harían dos hermanos, un eclesiástico y un seglar; no pudiéndolo hacer el uno sin la presencia del otro; se les entregaría una cantidad en metálico, y un tercer hermano de hábito descubierto se encargaría de llevar un libro con las entregas, el nombre de los beneficiados, los domicilios y las parroquias<sup>763</sup>.

*«Los enfermeros de la VOT se quejan de que es difícil repartir las limosnas con igualdad, y en este sentido a veces resultan incongruentes las*

---

<sup>759</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 157.

<sup>760</sup>En el franciscanismo no existieron clases inferiores ni desheredados, para San Francisco todos los hombres eran pobres hijos de Dios. En la práctica, el pensamiento de amor al prójimo, en el que basó su doctrina el Santo, no siempre estuvo presente. Sobre los franciscanos en el mundo, véase: JEDIN, H.: op. cit., p. 306; COLL, J., op. cit.; y MAYOR, M.: *La Orden Tercera de San Francisco*, Biblioteca Franciscana Cisneros.

<sup>761</sup>AVOT, leg. 489/38. En el año de 1676 la limosna ordinaria consistía en 200 reales para cada uno de los cuarteles. Los encargados de distribuir las limosnas eran dos hermanos a quienes se les entregaba una cantidad de dinero que ellos repartían después entre los hermanos pobres de las parroquias.

<sup>762</sup>Ibíd., leg. 410/23. Certificación de don Juan Antonio López de Zárate, marqués de Villanueva de la Sagra, del Consejo de Su Majestad, secretario de Guerra, parte de Tierra, caballero de Santiago, alcalde del castillo fortaleza de Estepona, en la costa del reino de Granada por la que el monarca Carlos II concede de limosna 200 bulas de vivos y difuntos en cada año para los militares y pobres que se curen en la enfermería de la Orden Tercera de Madrid y para los que mueran en ella.

<sup>763</sup>Ibíd., leg. 432/2.

*ordenaciones y se dice que quizás sea mejor que las repartan dos señores nombrados por la Junta cada mes, un eclesiástico un seglar y que sean ellos los que visiten a los pobres enfermos en sus casas primero y después a los necesitados para consolarlos y justificar con la vista el socorro y distribución. Y así a los impedidos que no pueden solicitarlo verán los fieles cuan bien se hace distribuyendo sus limosnas por lo que crecerán estas y los enfermeros quedaran mas desocupados obligándose en mayor medida con los médicos y los boticarios si queda alguna cantidad se reparta entre otras personas necesitadas en las que no concurren estas condiciones»<sup>764</sup>.*

Al ser muy amplio el abanico de los hermanos que recibían socorros, y continuar en aumento las solicitudes, se estableció que para conseguir cualquier tipo de ayuda era necesario tener antigüedad de profeso por un periodo no inferior a cuatro años seguidos, y seis si se procedía de otra fraternidad distinta a la madrileña. Se tomaron esas medidas cuando los celadores percibieron que muchos de los que se decían enfermos “*habían terminado por hacer de la necesidad una costumbre*”<sup>765</sup>.

Una limosna que llegaba con asiduidad a la VOT era la cesión de la renta “de pan y agua” de caballeros pertenecientes a diversas órdenes militares; aunque el importe era muy reducido, se consideraba que muchos pocos hacían un mucho<sup>766</sup>. Otra costumbre que tomaron los discretos más generosos fue que cuando recibían una cantidad que se les adeudaba de antiguo, entregaban parte de ella a los pobres de la Orden, así lo hizo en 1671, Iñigo López de Zárate, a la sazón ministro de la Fraternidad, con 30.000 reales de plata por las tratras de las Navidades de los años de 1653 a 1658, que se le adeudaban desde que ejerció el cargo de Secretario del Consejo Superior de Italia<sup>767</sup>.

De Palacio se recibían limosnas, pero el llegar a hacerlas efectivas suponía paciencia y tiempo. La reina doña Mariana de Austria, en 1671, hizo merced a los terceros de 1000 ducados, y Juan Antonio López de Zárate, el ministro de la Orden encargó al hermano conde de Casarrubia que viese la forma de que la entrega se hiciese con rapidez.

---

<sup>764</sup>Ibidem, C. 2, Lib. IV, fol. 270 y 270v.

<sup>765</sup>Ibidem, leg. 403/2. Junta del 18 de mayo de 1667.

<sup>766</sup>Ibidem, legs. 442/38 y 2/11. Entre los caballeros de hábito hermanos de la Orden Tercera que cedieron sus derechos de las raciones de «pan y agua» a favor de la VOT, se encuentran: Francisco González de Angulo; Diego Madrazo Rueda y Velasco, marqués del Valle de la Colina; Alonso Carnero, del Consejo de Su Majestad y secretario de Estado. Ese tipo de limosna se generalizó cuando la VOT se vio empeñada con la obra del Cristo de los Dolores y, posteriormente, con la construcción del hospital. C. 2, Lib. IV, fol. 494v y leg. 442/38. El Discretorio se dirigió a todos los hermanos que tenían ese honor, para que extendiesen la voz del bien tan grande que supondría para la Orden el ceder las raciones para ese fin piadoso. La Contaduría Mayor de Cuentas, dependiente del Consejo de Órdenes, se encargaba de pagar el mantenimiento de los caballeros. Sobre las órdenes militares, véase RUIZ RODRÍGUEZ, J. I.: *Las Órdenes...*

<sup>767</sup>AVOTM, leg. 758/80.

La respuesta del Conde fue que: “no era asunto fácil, porque debería ser ajustado por la Cámara, y allí se le habían presentado algunos reparos”<sup>768</sup>. Una situación parecida se había dado en 1663, cuando se iniciaba la construcción de la segunda capilla construida por la VOT, el Cristo de los Dolores, y se buscaba ayuda económica<sup>769</sup>. El Consejo Real se había comprometido a entregar a la Orden una limosna prometida por la Reina, pero al demorarse la entrega y tener la VOT necesidad de ese dinero, un hermano llamado Juan de Imbarrato, anticipó la limosna real. El caritativo hermano tuvo que esperar a 1675 para que le fuese restituido el préstamo, pues hasta ese año la Orden no consiguió el abono de Palacio<sup>770</sup>.

Fue ventajoso para la Fraternidad que en distintas épocas hubiese hermanos que formaron parte del Consejo de Indias, de ese modo se conocía de antemano el arribo a los puertos peninsulares de las flotas. Era el momento propicio para suplicar alguna limosna de ese Consejo. Los contactos de terceros en las altas esferas permitían conseguir de manera extraordinaria favores y ayudas monetarias para los proyectos que emprendía la Orden, principalmente las construcciones de la primera capilla, la del Cristo de los Dolores y, por último, el hospital-enfermería y su capilla.

Para subvencionar esas obras, eran parte importante las elocuentes prédicas de los frailes y de los eclesiásticos de la VOT que movían la generosidad de los oyentes devotos. En el sermón se hablaba de caridad hacia el prójimo, uno de los soportes que sustentaba el franciscanismo, y se decía cuan bien visto estaba a los ojos de Dios la munificencia y la misericordia del hermano rico hacia el hermano pobre<sup>771</sup>,

*«(...) gracias a las prédicas las muchas limosnas que se obtuvieron en ese día fueron dedicadas a la construcción de la capilla del Cristo de los Dolores, al socorro de los hermanos pobres, al enterramiento de muertos, a alimentos para los pobres de las cárceles y lo que quedó, a otras obras de caridad».*

Después de la predicación, el ánimo de los presentes ya estaba predispuesto para hacer entrega de una limosna<sup>772</sup>. Entre los predicadores más respetados se encontraba fray Nicolás Lozano, un franciscano que acompañó a Ana de Austria, hermana de Felipe IV, a

---

<sup>768</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 534, 15 de octubre de 1671.

<sup>769</sup>La piedad de los madrileños se hizo patente con las limosnas que dispensaron a la VOT cuando construyeron sus tres capillas, la antigua, y la del Cristo de los Dolores, comenzada en 1662 y terminada en 1668, y la que se construyó en el hospital-enfermería en 1693. Pero fue con la construcción del hospital cuando de verdad, se volcó la generosidad de los devotos y simpatizantes de la Orden.

<sup>770</sup>AVOTM, C. 3, Lib. V, fol. 188.

<sup>771</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 341.

<sup>772</sup>GONZÁLEZ CRUZ, D, op. cit., pp. 365-392.

Francia cuando contrajo matrimonio con Luis XIV; el religioso fue el confesor de la Reina hasta su muerte y el encargado, por petición de ésta, de traer a la VOT su retrato vestida con hábito franciscano. Este mismo franciscano se encargó del sermón en la fiesta que se hizo con motivo de la traslación del Cristo de los Dolores de la capilla antigua a la nueva, en 1668.

Otro renombrado predicador fue Alonso Patiño, predicador real y lector de teología moral en el convento de San Francisco. Predicó en las celebraciones litúrgicas que los terceros organizaron con motivo de las honras fúnebres por la reina María Luisa de Orleáns, en 1689. También muy querido por la VOT fue fray Diego de Saavedra, capellán real, y lo mismo sucedió con fray Francisco Verdugo.

#### ***b) Dotes, fundaciones, capellanías, etc.***

Las dotes, las memorias de misas, las fundaciones, los legados píos, además de ser instrumentos instituidos por la Iglesia con los que los fundadores buscaban asegurar la salvación de sus almas, paralelamente se constituían en vías de acceso y promoción de la clase social a la que pertenecían. Una fundación establecía relaciones contractuales entre una orden y el patrón, el fundador perpetuaba la memoria con una dotación económica que garantizaba el cumplimiento del contrato.

En la VOT era el visitador el que se encargaba del cumplimiento de las memorias. En los testamentos o en las escrituras fundacionales se detallaban las mandas, la renta anual a devengar y el modo de hacerlo. El censo, con mucho, era el preferido, ya que cumplía con las condiciones precisas para impedir la decadencia de la memoria. Por las partes se establecía el precio o limosna de las misas. Ese tipo de dotaciones había contribuido a la formación del patrimonio de la Orden.

La salida de la mujer del marco familiar, tanto si su destino era el matrimonio o la profesión religiosa, llevaba consigo un desembolso conocido como dote, que según la situación económica de la familia podía ser más o menos importante. La dote cubría el carácter improductivo, que en la época se le atribuía a la mujer, y también constituía cuestión de honra. En el caso del matrimonio, significaba para la esposa la garantía de su dignidad y su tranquilidad si enviudaba. Si la dote escaseaba o faltaba, difícilmente una joven podía casarse de forma conveniente, lo que determinaba en muchas familias el pensamiento de que el porvenir de sus hijas estaba tras las rejas de un convento. Aún en

ese caso, podían surgir dificultades ya que pocas eran las instituciones que admitían a jóvenes que no fuesen acompañadas de una dote.

Habían aparecido normativas que aconsejaban a los conventos no excederse en sus peticiones, pero desde los claustros hubo protestas puesto que la mayoría de esas instituciones vivían de fincas mal administradas, de censos que se cobraban tarde o nunca, y de juros cada vez más reducidos. En las clausuras se vivían verdaderas estrecheces, y las monjas y novicias para subsistir se veían obligadas a realizar actividades tales como bordar, coser, hilar o fabricar confites, todas ellas ocupaciones más prosaicas que la vida contemplativa<sup>773</sup>. La situación pues, justificaba que las jóvenes novicias aportasen en su ingreso a la comunidad algún patrimonio, para que no mermase la hacienda del convento<sup>774</sup>.

Los motivos personales que podían empujar a una joven a entrar en religión no eran siempre los mismos, ni todas vivían el claustro de igual manera; mientras que algunas lo hacían voluntariamente, contando con el beneplácito de sus progenitores, otras ingresaban huyendo de un matrimonio no deseado al que sólo se podían oponer de esa forma. Sin embargo, la mayoría lo hacían obligadas por la presión familiar y por la obediencia y respeto que debían a sus mayores<sup>775</sup>. Ese caso era común en linajes venidos a menos, sobre todo, porque la dote de una novicia era más reducida que la matrimonial y los familiares consideraban que en el convento la joven podía alcanzar una calidad social que desde el punto de vista del prestigio era equiparable al de una esposa, sin menoscabo de su posición, y sin tener que recurrir como último recurso a un matrimonio de baja extracción social<sup>776</sup>.

---

<sup>773</sup>En el siglo XVII la nobleza fundó varios conventos de monjas, algunos cercanos al palacio de sus fundadores; en ellos ingresaron mujeres condenadas al celibato, y aunque la creación de esos centros religiosos era una manera de conservar la hacienda y el honor de un determinado linaje, no por ello dejaba de constituir una obra de caridad. MÉNDEZ SASTRE, R.: *Las motivaciones de las fundaciones nobiliarias madrileñas*, Madrid, 1995, p. 314.

<sup>774</sup>Ese fue el motivo de que se extendiese la práctica piadosa de proporcionar como limosna la dote de una joven para que ingresase en una orden religiosa.

<sup>775</sup>GONZÁLEZ MÍNGUEZ, C.: *La otra Historia. Sociedad, Cultura y Mentalidades*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, pp. 59-61 y ss. La sociedad establecía una clara diferencia entre hombres y mujeres, se mantenía un sistema patriarcal que suponía desigualdad jurídica. Esa desigualdad que afectaba a todas las mujeres, según el grupo social al que perteneciesen funcionaba de distinta manera. En términos generales, el ámbito de la mujer se reducía al espacio familiar como esposa, madre o hija. Resultan ser una importante fuente de información los protocolos notariales que permiten conocer contratos matrimoniales, cartas de dote, testamentos, etc. Existen excepciones cuando por herencia la mujer se equipara al hombre, prevaleciendo sobre el sexo el que los bienes económicos sean más propiedad del linaje que de la persona.

<sup>776</sup>RODRÍGUEZ VÁZQUEZ, A. L., op. cit., pp. 106-107.

La importancia que se atribuye a la dote en la supervivencia femenina, explica lo extendida que estuvo en las instituciones caritativas el establecer prebendas para doncellas, una acción que se trataba como obra de caridad, y que evitaba que jóvenes sin recursos pudiesen caer en una vida desordenada<sup>777</sup>. Siendo más frecuentes las cartas de dotes para mujeres, no faltaban otras para que los hombres pudiesen acceder al sacerdocio o contraer matrimonio<sup>778</sup>.

Entre los muchos testimonios de dotaciones testamentarias de doncellas que hemos revisado, podemos decir que las condiciones que imponen las fundadoras son semejantes en todas. Cabe destacar, por la extensa documentación que las acompañan, las de dos benefactoras de la Venerable Orden Tercera: Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara y Ana Martínez de Contreras. Ambas señoras instituyeron memorias para dotar anualmente a dos jóvenes que desearan contraer matrimonio o tomar los hábitos<sup>779</sup>. Con ese fin la Orden estableció un sorteo anual para hermanas profesas o huérfanas de hermanos profesos, menores de cuarenta años, de moral intachable y católicas practicantes. La petición de esas mujeres para participar debía acompañarse de la patente de pertenecer a la VOT o haberlo sido sus padres, y de un certificado de su párroco sobre su piedad. Anualmente, en el mes de septiembre, los discretos se reunían en la capilla de la Orden Tercera y allí se celebraba el sorteo. El nombre de cada una de las candidatas, escrito en una papelillo “*que se hacía una bolilla*” se introducía dentro de una bola agujereada en un perfumador de plata, y después de agitarlo, un niño de la Doctrina introducía su mano y extraía dos en las que constaban los nombres de las agraciadas. Mientras los presentes invocaban con sus rezos al Espíritu Santo para que el premio recayese en las más necesitadas<sup>780</sup>.

El valor de las dotes era de 3.000 reales y fue obligación de las favorecidas, que si se destinaban a contraer matrimonio el futuro esposo fuese un hermano de la Orden Tercera o, en su defecto, un novicio en preparación para profesar<sup>781</sup>. Además de ese sorteo

---

<sup>777</sup>FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., op. cit., p. 12. La propia Isabel la Católica había dejado establecido en su testamento que un millón de maravedíes fuesen destinados a “casar doncellas menesterosas” y otro millón para “*que entren en religión algunas doncellas pobres que en aquel santo estado querrán servir a Dios*”.

<sup>778</sup>Por el gran número de inmigrantes que llegaban a Madrid existía un elevado número de célibes. Los casamientos eran tardíos, alrededor de los treinta años los hombres y veintiocho las mujeres.

<sup>779</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI, fols. 205 y 367. “(...) *que no se admita para recibir dote a ninguna joven hija de la piedra, de la inclusa o de padres desconocidos si no es con dispensa del General franciscano*”.

<sup>780</sup>Ibíd., C. 1, Lib. II, fol. 151.

<sup>781</sup>Ibíd., leg. 691/6. Estado de las memorias de Luis de Cas, referente a las fundaciones que hizo de dotes para monjas, redención de cautivos y enfermos pobres, año de 1684.

anual, la VOT celebraba otro bianual valorado en 1650 reales y un tercero trianual de 1.100 reales<sup>782</sup>.

El 8 de marzo de 1682 en la VOT se recibió una petición de la Hermandad del Refugio para que las huérfanas acogidas en ese centro pudiesen tomar el hábito de la Tercera Orden franciscana<sup>783</sup>. La petición se estimó con reparo, las jóvenes del Refugio eran muchas y si ingresaban en la VOT con todos los derechos podrían optar al sorteo de dotes, lo que perjudicaría gravemente a las huérfanas desamparadas de la Orden. Las del Refugios, aunque huérfanas también, contaban con la protección de su Hermandad. Si se consentía el ingreso se abría una vía para que otras instituciones en situaciones similares siguiesen el ejemplo. Como no estaba en el espíritu franciscano el denegar el hábito a quien cumpliera con los requisitos exigidos por la Regla, después de consultarlo con el visitador, se accedió a la petición, pero haciéndose constar que las jóvenes de la Hermandad no tendrían la posibilidad de participar en los sorteos de las dotes<sup>784</sup>.

La VOT, que ejercía la caridad de distintas formas, en algunas de las celebraciones festivas más señaladas sorteaba vestuario para los hermanos pobres: trajes, zapatos, camisas, medias, etc. Las condiciones para optar a ese sorteo eran similares a las de los casos anteriores: una solicitud previa y el informe de una comisión, que efectuaba unas diligencias secretas sobre los peticionarios. Se tenía en cuenta que fuesen virtuosos, y hermanos profesos. Tenían prioridad los ancianos.

Si los peticionarios eran niños debían superar los tres años y ser hijos de padres profesos. El sorteo, como en los casos anteriores, tenía lugar ante un notario de la Orden, y los agraciados recibían la notificación mediante un oficio<sup>785</sup>.

---

Leg.508/9. Carta de pago y recibo de dote otorgado por Jorge Llorente Mediano a favor de su futura mujer, Manuela Victoria Taveró y Tamayo, año 1682.

<sup>782</sup>Ibíd., leg. 69/1, C. 9, Lib. XI, fol. 121.

<sup>783</sup>En 1651 el cardenal Moscoso y Sandoval autorizó a la Real Hermandad del Refugio para que fundase un recogimiento para niñas huérfanas o abandonadas; a ese colegio se le llamó de la Inmaculada Concepción. La edad de las niñas acogidas oscilaba entre los siete y los doce años, y para que fuesen admitidas necesitaban un informe previo del párroco. En 1661 se añadió una cláusula: en los ingresos: no se admitiría a niñas de raza diferente, recién convertidas o recién bautizadas. CALLAHAN, W., op. cit.

<sup>784</sup>AVOTM, C. 9, Lib. XI, fols. 367 y ss.

<sup>785</sup>Ibíd., leg. 99/1. El vestuario que se sorteaba entre las mujeres se componía de vasquiña y jubón de lamparilla con sus forros, guardapiés de vareta verde, mantilla, delantal, seis pares de medias, zapatos, camisa y media docena de pañuelos. El del hombre consistía en un sayal, capilla de sotanilla, calzones, jubón, seis varas de lienzo, camisa, medias, zapatos, sombrero y cuellos. Uno de los días elegidos para realizar ese sorteo era la festividad de San José.



Nombre	Edad	Padre	Madre	Procedencia
María	33	Andrés Hordas	Catalina Álvarez	Rioseco de Tapia, León.
Micaela	29	Juan Luys	María Lázaro	Colmenar Viejo
Francisca	18	Cristóbal Hernández	Francisca López	Toledo
Antonia	21	Salvador Gómez	Melchora Juzgado	Illescas.
Isabel	29	Bartolomé Fernández	Catalina Fernández	Lugo
Anastasia	20	Ginés Ramos	M. Martínez	Cuenca
Catalina		Diego Muñoz	Juana de Gama	Cuenca
Juana	22	Miguel López	Juana Martín	Cifuentes
Isabel	22	Juan Rodrigo	Francisca Gutiérrez	Navalagamella
Polonia	24	Juan Alguacil	Ana Martín	Pinto
Flora	21	Manuel Martín	María Tejero	Getafe.
Luisa		Pedro de Morales	Susana Treviño	Madrid
Micaela	23	Crisóstomo Carall	Ana Martínez	Pastrana
Ana	34	Juan Burgueño	Francisca Villatorta	Escalona
Teresa	28	Juan Rodado	María López	Fuentes.
Catalina	26	Martín Fernández	Gregoria de Guzmán	Sta. Cruz de la Zarza

Esas fundaciones daban origen a la institución de una memoria cuyo fin estribaba en que anualmente se celebrasen algunas misas, coincidiendo con el aniversario del fundador, o en días señalados en el testamento<sup>786</sup>.

Cuadro nº 7. Pretendientes a dote de la fundación de Ana Martínez de Contreras. Sorteo de 1684.

<sup>786</sup>Ibídem. Fundaciones en las que interviene la Venerable Orden Tercera de Madrid: fundación de María Manuela de Bandrés y Abarca, dotada con 8.429 reales para socorros de sacerdotes, la VOT invierte ese depósito en censos y rentas anuales; fundación de Gregorio de Caltañazor, dotada con 5.129 reales para misas y limosnas, que se invierte en rentas anuales; fundación de Lorenza de Cárdenas, dotada con 253.950 reales para limosnas y dotes para huérfanas, se invierte en censos, títulos y rentas anuales; fundación de María Eternard y Mosqueda, dotada con 4.180 reales para misas y limosnas, la VOT lo invierte en censos y rentas anuales; fundación de Francisco Gines de Rivadeneyra, dotada con 5.515 reales para misas, se invierte en censos, etc.

Las hijas de hermanos de la VOT, candidatas a participar en el sorteo a dote del año 1684 se acercaron a cuarenta, pero tras la información secreta de sus vidas y costumbres, la lista se redujo a las dieciséis que figuran en el cuadro. Se daba la circunstancia de que salvo el matrimonio formado por Pedro de Morales y Susana Treviño, padres de la joven llamada Luisa, ninguno de los progenitores había nacido en Madrid, por tanto, una vez más la capital aparece como centro de acogida para los que buscaban mejores condiciones de vida.

Otro tipo de fundaciones fueron las capellanías, al servicio de las preces privadas. Estas instituciones alcanzaron pujanza, sobre todo, entre la nobleza, que por su posición social y económica entendió como un ejercicio obligado de su rango la protección del ámbito de la liturgia y de la piedad. No dejó de ser una estrategia del estamento nobiliario, perteneciesen a la alta, media o baja nobleza, el canalizar sobre su linaje la influencia social que disfrutaba la Iglesia como mediadora ante Dios<sup>787</sup>.

La capellanía era una fundación perpetua, un ente jurídico creado con la obligación de que se celebrase un número determinado de misas y funciones religiosas a cumplir según los deseos del fundador, a quien se le permitía elegir capellán, un sacerdote que a cambio de la obligación de cumplir con esas cargas espirituales percibía unos frutos, un beneficio<sup>788</sup>. Una capellanía facilitaba la ordenación sacerdotal de su capellán, que junto con las limosnas que recibía por celebrar las funciones religiosas, también atendía a su manutención.<sup>789</sup> El derecho de patronato permitía designar como beneficiario de la renta procedente del beneficio a un miembro de la familia del patrón, a un pariente lejano, a un

---

<sup>787</sup> En 1660 la mitad de las capellanías fundadas en conventos madrileños correspondieron a esos estamentos. Con ese tipo de fundación la nobleza perseguía varios objetivos, ante todo establecer un vínculo próximo con la Divinidad, y también incrementar su prestigio dentro de la sociedad, haciéndose partícipe de la autoridad de la Iglesia. Sin embargo, el paulatino enraizamiento en la Villa de clientelas conventuales, significaba que el nobiliario no fuese la única corporación, puesto que otras capas sociales, tales como oficiales de los Consejos, profesionales liberales, clero regular y secular, personal de Palacio, mercaderes, artesanos, labradores, etc. También: IZQUIERDO MARTÍN, J.: *La localización espacial de las clientelas de los conventos madrileños*, Madrid, 1991, p. 107; y CARRASCO MARTÍNEZ, A.: *Sangre, honor y privilegio. La nobleza española bajo los Austrias*, Barcelona, 2000, pp. 15-41.

<sup>788</sup> AVOTM, leg. 442/33, 16 de febrero de 1663. Se convoca a eclesiásticos de la VOT que quieran optar al puesto de capellán. La elección corre a cargo de los patronos de la fundación de esa capellanía.

<sup>789</sup> Cuando se habla de beneficio eclesiástico, se refiere a oficios unidos a unos bienes de forma indisoluble que reúnen dos características: una, que han sido fundados con la intervención eclesiástica; y otra, que su creación es perenne, aunque no siempre se cumple. El patrón, además de poder elegir libremente al clérigo beneficiario, disfrutaba de derechos: unos de tipo honorífico, como ocupar un lugar de honor en la iglesia de su patronato, lo que infería relevancia social y lustre a su linaje; y otros de tipo económico, porque podía percibir una pensión anual sobre la renta del beneficio. El derecho de patronato permitía que el beneficiario de la renta fuese un miembro de la familia del patrón o a un servidor. ALCALÁ ZAMORA, J. y BELENGUER, E., op. cit, t. II, pp. 367, 377 y 378.

servidor o simplemente a un extraño. A menudo, se trataba de una argucia más para tejer estrategias familiares y clientelares.

Si en la VOT se establecía una capellanía, previamente se estipulaban las condiciones de la limosna que se entregaría al capellán por cada una de las misas a celebrar<sup>790</sup>. Del cumplimiento de esa fundación, por tratarse de una orden religiosa-seglar, se encargaba el visitador<sup>791</sup>.

González Ruiz hace derivar la palabra capellanía del término capilla, lugar físico donde se encuentra el altar en el que se dirán las misas o celebrarán los actos religiosos, que son las cargas espirituales para cuyo sostenimiento se funda y dota la capellanía<sup>533</sup>.

### **3. 3. *La redención de cautivos***

La tradición española de órdenes redentoristas de cautivos perduró durante la Edad Moderna y encontró en otras instituciones la ayuda necesaria para cumplir con su cometido. La VOT, que no vivía sólo para sí, buscando siempre el beneficio de los necesitados, participó de forma activa en esa causa piadosa secundando la labor que los frailes franciscanos desarrollaban en ese campo. Los testadores en sus legados no olvidaban la antigua costumbre de contribuir con sus aportaciones a la redención de los cristianos que permanecían prisioneros en manos musulmanas. Fueron muchos los benefactores de la VOT que en sus mandas testamentarias o en donaciones entregaban parte de sus bienes para ese fin, nombrando a la VOT como su administradora<sup>792</sup>.

Una parte de esos bienes se destinaba a la manutención de los misioneros franciscanos residentes en Ceuta, que se encargaban de las negociaciones del rescate y de

---

<sup>790</sup>AVOTM, leg. 432/19. Testamento de Manuela Cevallos y Guzmán, en el que manda fundar una capellanía y patronato de legos en el convento de la Orden Tercera de Madrid, 2 de noviembre de 1683.

<sup>791</sup>Ibíd., leg. 431/10. Testamento otorgado el 2 de marzo de 1678 en el que doña María de Vera Gasca da poder a doña Isabel Martínez de Casaluenga para que disponga que su cuerpo se conserve en la capilla de la VOT a la que deja por heredera de todos sus bienes, con la carga de fundar una memoria de misa cantada cada año.

Leg. 408/22. Fundación de una memoria por parte de don Baltasar de la Cueva, conde de Castillos, para que se cumpla el descubierta del Santísimo el primer viernes del mes de octubre de cada año en la capilla del Cristo de los Dolores de la Venerable Orden Tercera, 11 de febrero, 1674.

<sup>792</sup>Ibíd., leg. 282/2. Donación que hace Bartolomé Zamacona “para mantener las misiones de los franciscanos Menores Descalzos de nuestro padre San Francisco de Andalucía en los Reinos de África”.

Leg. 396/2. Sobre las limosnas y bienes que se entregan en la VOT para la redención de cautivos: escritura de la cesión de las tres encomiendas de Cieza, Paracuellos y Daimiel del conde de Montijo para la redención de cautivos

consolar en lo posible a los cautivos de las ciudades de Mequinez, Larache, etc.<sup>793</sup>. Cuando se consumaban los rescates, la VOT de Madrid enviaba en comisión a un tercero eclesiástico, un seglar y un hermano de hábito descubierto, quienes recogían y acompañaban en el viaje de vuelta a los rescatados<sup>794</sup>.

*«(...) y que estos cautivos se encuentran en el puesto de Gibraltar y hasta allí se envían religiosos y comisionados para conducirles y traerlos a esta Corte y se ha solicitado esta carta para que los justicias de las ciudades por donde pasen desde la plaza de Gibraltar les den el favor y ayuda necesaria y les provengan de los bastimentos, posadas y alojamientos pagando el precio justo»*<sup>795</sup>.

La VOT sólo rendía cuentas al cardenal-arzobispo de Toledo, Luis Manuel de Portocarrero, del empleo que daba a las donaciones que recibía para ese fin.

De nuevo aparece entre los benefactores de la Orden que dedicaron parte de sus haciendas a la redención de cautivos la figura de doña Lorenza de Cárdenas. Gracias a sus aportaciones y a la fundación que instituyó, los terceros participaron activamente en esa obra social<sup>796</sup>. Entre las condiciones de la escritura fundacional cabe destacar lo siguiente:

*«Que la dicha memoria y obra pía de redimir cautivos ha de tener de congrua y capital diez mil ducados de renta en cada un año; de los cuales he de hacer donación a la dicha Orden Tercera para después de los días de mi vida porque hasta después de ella no ha de tener cumplimiento esta memoria, con interés del ocho por ciento impuestos con facultad real contra esta Villa y Reino de Galicia y de los diez mil se han de descontar quinientos ducados cada año perpetuamente para que la Orden Tercera de Madrid los distribuya entre sus pobres en la forma en que acostumbra, y reservo para mí durante los días de mi vida el goce de la renta de los nueve quinientos ducados que la Orden ha de administrar, cobrar y reservar para mí durante mi vida (...).*

*Después de mi fallecimiento, pasados cinco o seis años, con la cantidad liquida que hubiese y después de haber sacado la Orden Tercera las dispensas*

---

<sup>793</sup>GARCÍA VILLOSLADA, R., op. cit., t. V, p. 6. Algunos de los cristianos al caer prisioneros de los infieles renegaban de su fe, pero una vez liberados y al presentárseles la posibilidad de volver a España, retomaban sus creencias después de comparecer ante el Tribunal de la Inquisición.

<sup>794</sup>SAN JUAN DEL PUERTO, F. de: «Misión historial de Marruecos, Sevilla, 1708», en *Revista Archivo Ibero Americano*, vol. XIV, pp. 503-554 y vol. XVI, pp. 289-320. Los frailes franciscanos habían reanudado su labor misional en la tierra del rey Ismael. En 1686 se dedicaban a la asistencia material y espiritual de los cautivos sin distinción de nacionalidades, y aunque el sultán les permitió levantar vivienda propia, ellos prefirieron convivir en las mazmorras con los cautivos. Allí mismo construyeron una rudimentaria misión dotada de una pequeña enfermería y una capilla.

<sup>795</sup>AVOTM, leg. 2/5. Copia de la promisión original despachada por el Consejo de Castilla para que los justicias atiendan a los diputados de la Orden.

<sup>796</sup>Ibídem, leg. 418/7 y 282/2/4/6. Original y copias de la escritura y fundación de la “Obra Pía de Redención de Cautivos” hecha por doña Lorenza de Cárdenas ante el escribano Vicente Suárez. Legs. 691 y 732. Expedientes sobre la redención de cautivos, y 19 cuadernos en los que figuran las actas de cumplimiento de la memoria que doña Lorenza de Cárdenas estableció para ese fin, 1689-1690.

*necesarias para que por si sola sin dependencia alguna, pueda hacer la redención. Todos los cautivos que se rediman con el caudal de esta obra pía, vengan a esta Corte, y habiendo dado gracias en la capilla del Cristo de los Dolores de la Venerable Orden Tercera a su Divina Majestad por haberles sacado del cautiverio se ha de hacer procesión en la forma que la hacen las demás Religiones cuando vienen de redimir cautivos. El estandarte que lleven los redentoristas a la redención y el que se lleve en la procesión ha de tener pintado al Santísimo Cristo de los Dolores y a los lados y a sus pies dos escudos con las armas e insignias de la Orden Tercera. En el reverso irán las armas reales de Su Majestad y a los lados en la parte de abajo los dos escudos de mis armas»<sup>797</sup>.*

La memoria tuvo efecto a partir del 31 de diciembre de 1676, y contó con la aprobación del Papado y del Consejo de Castilla. En 1678 la misma hermana donaba a la Orden las escrituras de unos compromisos de pago y de sus réditos que Lorenzo Ramírez de Prado, su esposo, había entregado en calidad de préstamo al Reino de Galicia y a sus siete ciudades<sup>798</sup>. La VOT había recibido licencia y libertad para administrar la fundación como fuese conveniente, y de hecho en 1700, contaba con un fondo de más de 40.000 pesos<sup>799</sup>.

En 1681, siendo secretario del Consejo de Guerra el ministro de la VOT Juan Antonio López de Zárate, se perdía en territorio africano la plaza de la Mahamora<sup>800</sup>. La misión se había fundado a expensas de la Corona para auxiliar a los cautivos cristianos y lograr conversiones entre los infieles. La pequeña comunidad estaba compuesta por doce frailes observantes, y de ellos, uno ejercía como guardián y prefecto. Anualmente recibía de dotación 2.228 pesos distribuidos de la forma siguiente: 528 para los gastos de los frailes, 1.000 para el cuidado de los enfermos, 100 para el culto y 600 para limosnas. Además, desde la Península se enviaban ropas, alimentos y algunas limosnas de particulares. A pesar de ello, los cautivos pasaban grandes calamidades<sup>801</sup>. La pérdida de la plaza supuso para los españoles que residían en ese lugar, soldados, frailes, mujeres y niños, el cautiverio y su traslado a Mequinez.

---

<sup>797</sup>AIA. Documentación diversa recogida en *Miscelánea, Introducción, Redención de cautivos...*, Madrid, 1920, pp. 554 y ss.

<sup>798</sup>AVOTM, leg. 282/3. Copia del pleito que sostuvo la VOT contra el reino de Galicia y las siete ciudades que los componen a propósito de la memoria que fundó doña Lorenza de Cárdenas para la redención de cautivos, 4 de mayo de 1720.

<sup>799</sup>Ibíd. Libro de Medios de los que se sirvió la VOT para la redención de cautivos.

Leg. 753/14. Entre los legados que Lorenza de Cárdenas ofreció a la VOT se encontraba un magnífico tapiz que la Orden puso en venta.

<sup>800</sup>La plaza de la Mahamora se perdió tras ser sitiada por el caíd Omar, a las órdenes de Ismail. Los ciento sesenta soldados útiles que la defendían no pudieron resistir el cerco de los atacantes y la entregaron.

<sup>801</sup>AVOTM, leg. 732/1. Documentación diversa cerca de la misión de Mequinez.

El año 1688 fue funesto para los soldados que defendían al resto de los presidios españoles, así lo manifestaban las noticias que llegaban hasta la Secretaria de Estado de la Monarquía Hispánica, que ponían al descubierto las intenciones de Muelay Ismael, de atacar Larache. En el mes de febrero de ese año, arribaron a Mequinez dos franciscanos para actuar como intermediarios en el rescate de quinientos cincuenta soldados españoles prisioneros en esa plaza.

Los religiosos, queriendo predisponer a su favor el ánimo del sultán, le llevaron hermosos presentes, entre ellos dos magníficos caballos. De antemano el rescate se había establecido en doscientos escudos por persona, pero en el ultimo momento, Ismail, sin respetar la palabra dada, cambio de parecer y exigió que se le entregase la plaza de Larache a cambio de los prisioneros. Si no se aceptaba su petición, pondría cerco inmediato a la ciudad.

Ante la gravedad de los hechos, el general Fernando de Villorias preparó la defensa de Larache, pero sólo contaba con una guarnición de unos mil soldados. El caíd Ali ben Abd Allad, alcaide de Tetuán, el 14 de agosto de 1688, inició el sitio con un ejercito compuesto de más de dieciséis mil hombres<sup>802</sup>. En la ciudad, a lo largo de la mañana se celebraron varias misas oficiadas por los frailes franciscanos, fray Marcos Avendaño, fray Alfonso de Solís, antiguo guardián del convento de San Francisco de Madrid, fray Gaspar González y fray Juan Muñoz.

La plaza pudo resistir durante varios meses gracias a los socorros que se enviaban desde España. En el verano de 1689 llegó Juan de Echeandía, un militar veterano de Flandes, acompañado por varios compañeros de armas. En agosto la guarnición se incrementó con hombres de un tercio procedente de Nápoles bajo el mando del maestre de campo Antonio Domínguez de Doura, y todavía en septiembre, trescientos sesenta soldados y algunos caballeros voluntarios llegaban atraídos por su afán de aventura<sup>803</sup>.

En los primeros días de octubre se efectuó el asalto marroquí, y en la defensa de la plaza perdió la vida fray Marcos Avendaño, que actuó como un soldado más. Hubo grandes bajas entre los sitiados y fueron numerosos los heridos. Con parte de la ciudad destruida, todavía los españoles pudieron burlar el cerco y recibieron la ayuda de otros trescientos soldados, doscientos reclutados en Málaga, y cien en Jerez. Sin embargo, el

---

<sup>802</sup>El mismo caíd se había apoderado de Tánger en 1685.

<sup>803</sup>GARCÍA FIGUERAS, T. y RODRÍGUEZ JOULIA, C.: *Larache, datos para su historia, siglo XVII*, Madrid, 1973, pp. 256-270.

primer día de noviembre, la parte vieja de la ciudad cayó en manos de Ismail que exigió una rendición sin condiciones. Tras la intervención de uno de los frailes franciscanos, el sultán accedió a que cien militares junto con los seis religiosos que prestaban servicio en esa plaza no fuesen hechos cautivos. El resto de la guarnición, mil seiscientas personas entre las que se encontraban mujeres y niños, serían llevados a algún lugar, lejos de la ciudad. Larache, tras ochenta años de dominio español, era de nuevo musulmana; después de la salida de los cristianos de la ciudad fue saqueada, y no se salvaron de las tropelías ni los templos ni el hospital.

Ismail no respetó lo pactado y todos los españoles fueron conducidos ante el sultán. Ya en su presencia, el general Villorias junto con el centenar de españoles seleccionados fueron separados del resto y alojados en un destartalado recinto, hasta que las condiciones de su rescate se pactasen. El resto de los cautivos se repartieron entre distintos caídas con la dura obligación de que trabajasen desde el amanecer hasta la puesta de sol; su tarea consistía en desaguar pantanos, allanar terrenos y construir acequias y jardines. Al llegar la noche se les encerraba en mazmorras.

Por el agotador trabajo y la escasa alimentación, basada en tortas de trigo y cebada, no todos los prisioneros pudieron soportar la situación, a unos les abandonaban las fuerzas y morían, otros abjuraban de la religión católica, y los más, resistían, confiando en que en algún momento les llegase la tan ansiada liberación. En ese caso se encontraba el sargento mayor Alfonso de Bolinches, que burlando la vigilancia musulmana escribió al secretario de Estado Juan Antonio López de Zárate, marqués de Villanueva de la Sagra, a su vez ministro de la Venerable Orden Tercera franciscana, rogándole que se pusieran los medios necesarios para lograr la libertad de tantos españoles<sup>804</sup>.

En febrero Ismail permitió que saliesen de Mequinez con destino a Ceuta fray Juan Muñoz y un alférez llamado Miguel Pardo. Viajaban en calidad de mensajeros del sultán, y con la misión de entregar una carta al rey Carlos II<sup>805</sup>. Ismail ofrecía al Rey el canje de los cien españoles por el de mil esclavos musulmanes en España. En la Península, de

---

<sup>804</sup> AGS, Guerra, legs, 2825, 2852 y 2853.

<sup>805</sup> Ceuta había sufrido en 1672 el asedio de los marroquíes; la plaza fue defendida por el conde de Puñonrostro, el marqués de Trucifal, el alférez Alonso de Lara, y don Rodrigo Castelblanco. En ese mismo año, Mawlai Ismail gobernador de Mequinez fue reconocido como sultán.

inmediato, se pusieron en marcha los medios necesarios para que el rescate fuese un éxito<sup>806</sup>.

Por orden del Monarca, la Venerable Orden Tercera franciscana de Madrid fue la encargada de llevar a cabo esa ardua misión, iniciando una campaña de recaudación de limosnas. El Discretorio envió a Ceuta como su comisario al licenciado Manuel Viera de Lugo. Se trataba de un presbítero, hermano discreto, con experiencia en el trato con los musulmanes, ya que durante largo tiempo había residido en Ceuta y en Tetuán. Aparte de su valía, se le eligió, teniendo en cuenta que era un hombre robusto y de buena salud y las ínfimas condiciones del lugar al que debía desplazarse<sup>807</sup>.

Mientras en la Península se llevaba a cabo un registro sobre los musulmanes que habitaban en suelo hispánico en calidad de esclavos, con el fin de elaborar un censo fidedigno; se incluyeron hombres, mujeres y niños y la relación nominal de sus dueños<sup>808</sup>.

Manuel Viera de Lugo emprendió el viaje llevando consigo una carta y varios regalos para el sultán y una importante cantidad de dinero para socorrer a los cautivos. Durante el tiempo que permaneció en Ceuta a la espera de los salvoconductos reales que le permitiesen desplazarse a Mequinez, le enviaron desde Madrid mil doblones de oro para que adquiriese otros presentes y ver si de ese modo se templaba la voluntad de Ismail. Se trataba de que el sultán viese la predisposición española de llegar a un acuerdo y no endureciese su postura en las negociaciones. En los primeros días de agosto de 1689 Viera de Lugo emprendió la marcha, y mediado el mes se entrevistaba con el sultán.

Las noticias que llegaron a Madrid no fueron gratas, Maulay Ismail había cambiado las condiciones del canje; rebajaba la cifra de musulmanes a quinientos pero exigía los cinco mil libros árabes que se encontraban en España. Al no ser atribución de Viera tomar esa importante decisión, el sultán había decidido que una embajada marroquí se desplazase a Madrid para negociar el asunto con el Monarca. De entre los cien prisioneros en espera de ser rescatados, se designó al coronel Echeandía para que

---

<sup>806</sup>AVOTM, C. 306, fol. 3. Libros de Estados de Rentas y Limosnas para la redención de cautivos. Leg. 732/1, el canje de cautivos entre musulmanes y cristianos era cosa común, en el archivo de la VOT existe variada documentación sobre el intercambio epistolar que existió entre el gobernador de Mallorca y el gobernador de Argel para intercambiar dos musulmanes por dos cristianos cautivos, en el año de 1694.

<sup>807</sup>GARCÍA FIGUERAS, T. y RODRÍGUEZ JOULIA, C., op. cit., pp. 505 y ss.

<sup>808</sup>En septiembre se dictó una Real Orden dirigida a la Audiencia y Chancillería de Granada, extensiva a todos los corregimientos de villas, ciudades y lugares de Andalucía



acompañase a la delegación marroquí; antes de la partida el militar prestó juramento de que regresaría<sup>809</sup>.

Mientras en Madrid, se pensaba en que forma se obtendrían los medios económicos necesarios para el rescate de tanto cautivo, y se recordó que la Encomienda Mayor de Calatrava, sus rentas y beneficios estaban vacantes desde la muerte del duque de Peñaranda. Se decidió que se aplicase a ese fin. Aunque la Encomienda estaría en cabeza del general Fernando Villorias: *“quien con más valor y valentía que felicidad defendió la plaza de Alarache sufrió sitio del moro, siendo gobernador de la plaza que está en los pasajes de África hasta que fue cautivo”*, nadie mejor que la Orden Tercera de Madrid para encargarse de su administración o de su arrendamiento<sup>810</sup>, y se dio un plazo de diez años para que esos beneficios se adjudicasen a la redención de los cautivos<sup>811</sup>.

El Consejo de Guerra y los representantes de la VOT se reunieron para preparar el recibimiento del embajador marroquí, facilitaba el entendimiento de ambas instituciones el que el secretario del Consejo fuese a su vez, el hermano ministro de la VOT Juan Antonio López de Zárate.

La embajada del sultán llegó a la capital en diciembre de 1690<sup>812</sup>. El representante de Ismail, Al- Gassani, fue objeto de agasajos y atenciones, y se le asignó como alojamiento una lujosa vivienda. Para los gastos y manutención durante su estancia en la Villa se le asignaron cien piastras diarias que salían de las arcas españolas<sup>813</sup>.

La carta que entregó a Carlos II tenía poco de cordial. El sultán hablaba de la continua traición de los españoles, y remontaba sus argumentos hasta la época de los Reyes Católicos. Insistía una vez y otra en los derechos que Marruecos siempre tuvo sobre la plaza de Larache, y aunque trataba sobre el canje de prisioneros españoles y musulmanes, reclamaba la restitución a Marruecos de las obras árabes, incluso de aquellas

---

<sup>809</sup>AVOTM, leg. 2/1/2/8. Se canjean moros por el general Fernando de Villorias, gobernador de Larache, y cien oficiales y soldados con aprobatoria de Su Majestad y del cardenal Portocarrero.

<sup>810</sup>Ibidem, documento original en latín que se expide en la iglesia de Santa Maria la Mayor, en Roma, por el papa Alejandro VIII, el 4 de febrero de 1690, en el que se aprueba que Su Majestad, Carlos II, haga merced de una encomienda de la Orden de Calatrava, vacante por la muerte del conde de Peñaranda, a favor de Fernando de Villorias. Al general se le absuelve de excomunión, expulsión, suspensión, sentencias y censuras y se concede autoridad plena para que se apliquen los frutos y rentas provenientes de la dicha encomienda desde el día que vacó para su rescate de los moros.

<sup>811</sup>Ibidem, leg.282/1. Existe copia traducida de Antonio Gracián, secretario del Rey e intérprete de lenguas.

<sup>812</sup>De esta viaje y de la larga estancia de la delegación marroquí en Madrid existe amplia documentación gracias a los escritos del propio embajador. GASSANI, A.: *Voyage en Espagne d'un ambassadeur marocain*, París, 1884.

<sup>813</sup>Moneda de plata de valor variable según los diferentes países.

que en época de Al-Andalus llegaron a Sevilla, Granada y Córdoba y que, según sus noticias, estaban depositadas en la biblioteca del monasterio del Escorial.

Esta parte de la misiva fue pasada por alto por el Rey, quien previamente a la llegada del embajador había consultado con sus consejeros y todos estuvieron de acuerdo, en especial el Santo Oficio, en rechazar esa entrega. El pretexto que se le dio al embajador fue que en su mayoría los libros se habían perdido y los pocos que quedaron se destruyeron en el voraz incendio que en 1661 sufrió el monasterio del Escorial<sup>814</sup>.

Durante la estancia del embajador en Madrid, viajó a distintos lugares cercanos a la capital, entre ellos Aranjuez y el Escorial, pero en este último, y durante el tiempo que permaneció visitando el monasterio, sus acompañantes españoles tuvieron buen cuidado en que no se acercase a la biblioteca.

El embajador marroquí había venido acompañado de un cautivo español que le servía de interprete, se llamaba Francisco Romano, y durante su estancia en Madrid pudo entrevistarse con sus familiares a los que mostró una carta del sultán Ismail en la que se le prometía la libertad si redimía su cautiverio, realizando un precioso jardín en uno de sus palacios. Francisco había traído algunos objetos sagrados que le fueron entregados por los frailes de Larache, entre ellos había un copón de plata rescatado de manos de unos judíos que al parecer lo habían profanado, una crismera para guardar los santos óleos, un retrato del Apóstol Santiago y una imagen de San Francisco.

El cardenal Portocarrero se hizo cargo de esos objetos y se los presentó al Rey; quien dio licencia para que cumpliéndose la voluntad del cautivo se hiciese entrega de ellos a la VOT. El copón se guardó en la sacristía de la capilla del Santo Cristo de los Dolores, la crismera y la imagen de San Francisco, en el hospital-enfermería, y el retrato de Santiago se colocó en la sala destinada a los enfermos militares. El cardenal Portocarrero rogó al embajador que abogase ante el sultán por la libertad de Francisco, y

---

<sup>814</sup>Gran parte de esos manuscritos había formado parte de la valiosa biblioteca del sultán Magali Zidan, un monarca marroquí que huyendo de las luchas internas que en 1612 asolaron parte del territorio marroquí trasladó su residencia de lugar. Con ese propósito contrató un navío francés para el traslado de su familia y de sus bienes personales más queridos, entre los que se encontraban su importante biblioteca. Después de que se cargase el barco y sin que se conozcan con exactitud las causas, la nave levó anclas con rumbo a Marsella. Antes de llegar a aguas francesas, fue apresado por naves españolas pertenecientes a la escuadra de don Luis Fajardo, y la biblioteca pasó a manos de la Monarquía española. Felipe III determinó que se guardase en el monasterio del Escorial. Hubo presiones por parte de Francia y, sobre todo, del sultán Zidan, pero el Rey se mostró firme y los libros permanecieron en el Real Sitio, *Sources*, I, Sér, France, II, pp. 541-542.

aunque prometió hacerlo, lo cierto es que en 1695 la situación de este hombre seguía siendo la misma.<sup>815</sup>

Desde que corrió la noticia de que se preparaba una redención de cautivos habían sido incesantes las súplicas de los familiares de estos que llegaron a la VOT para que se socorriese a sus deudos, algunos, hermanos de la Tercera Orden. Ello afectaba doblemente al marqués de Villanueva de la Sagra por su cargo en el Consejo de Guerra y por su vinculación con la VOT.

El reunir un número tan crecido de musulmanes para el canje no era tarea fácil, el precio máximo de compra de cada uno de ellos se había fijado en setenta pesos, unos mil cuatrocientos reales<sup>816</sup>, pero se tropezaba con el inconveniente del rechazo de muchos señores que no deseaban desprenderse de sus esclavos. Carlos II se vio obligado a extender una Instrucción Real para toda Andalucía, Aragón y Mallorca para que no se pusieran impedimentos. Aún así, no se llegó al número requerido por lo que hubo que recurrir al gobernador de Ceuta para que en esa plaza se completase la compra de musulmanes.

El 8 de septiembre dos navíos genoveses llegaron a Ceuta, en ellos viajaban de vuelta la embajada marroquí y los cautivos musulmanes. El embajador se mostraba muy satisfecho por el trato que se le había dispensado en la Corte española y encantado con los últimos obsequios que había recibido, entre ellos una preciosa joya de brillantes y esmeraldas, dos fusiles, una joven de nacionalidad turca, dos osos, y cuatro soberbios perros de caza.

Los cautivos españoles que esperaban en Tetuán se pusieron en camino hacia Ceuta, el canje se realizó en la playa de Benítez. En esa primera redención, que acabó el 24 de septiembre, fueron liberados ciento once cristianos, a España le costó, además de diez musulmanes por cada cristiano, 200.000 escudos. Sin embargo, en Mequinez todavía

---

<sup>815</sup> AVOTM, leg. 404/30. Actualmente parte de esos objetos se encuentran en el hospital de la VOT.

<sup>816</sup> *Ibíd.*, C. 7, Lib. IX, fols. 53 y 53v. Eran muchos los nobles que mantenían en sus casas algún esclavo, en la junta que se celebra el 20 de enero de 1693 se dio lectura a la carta de un hermano discreto, don Luis de Soto, que anunciaba su partida de la Corte y ofrecía a la Orden un esclavo de veintitrés años llamado Cristóbal Pérez con objeto de que se vendiese y el producto de su venta se aplicase a la redención de cautivos. La única condición era que el destino del esclavo fuese las galeras. La Orden, aunque agradeció la donación, la rehusó por varios motivos: había recibido referencias de que el esclavo era persona conflictiva, además anteriormente había pasado por experiencias de ese tipo y sabía que los esclavos sólo reconocían por amos a sus antiguos dueños; tampoco parecía decoroso que la VOT, una institución de marcado carácter religioso, se viese inmersa en la venta de esclavos.

permanecían más de mil cautivos, algunos de ellos vivían en cautiverio más de veinte años.

La segunda redención que llevó a efecto la VOT fue en 1692, y en ella también jugó el papel de mediador don Manuel Viera de Lugo. En primavera ya se había concertado el canje de cuatro musulmanes por cada español liberado, y el 10 de junio se rescataron ciento veintitrés cristianos. En caso de que los cristianos estuviesen lisiados el trueque era sólo de dos musulmanes. En el grupo había veinticinco mujeres, veintidós niños, algunos nacidos durante el cautiverio y siete adolescentes<sup>817</sup>. El 16 de junio, tras recibir la bendición de fray Juan Alvín, general franciscano, una comisión de terceros partió desde Madrid con el fin de recoger a los liberados en Gibraltar. Figuraban entre los comisionados el licenciado don Andrés de Torres, del Santo Oficio, don Francisco Ter de los Ríos, caballero de la Orden de Santiago, y el padre guardián, fray Juan Ruiz.

A finales de julio regresaba la comisión, y el 31 de ese mes entraba la comitiva en la Corte, lo que constituyó un gran acontecimiento. La VOT se había esmerado en preparar el recibimiento, el primer acto de bienvenida tuvo lugar en el convento de San Francisco donde se dio gracias con un solemne Te Deum. El Rey había señalado el 5 de agosto para organizar una procesión en la que debían figurar todos los rescatados, tanto los liberados en la primera expedición, en su mayoría jefes y oficiales, como los recién llegados. A la espera de ese día, muchos terceros habían ofrecido sus domicilios para que se hospedasen los recién llegados.

El 5 de agosto los terceros se encargaron de que se oficiasen misas cantadas de gracias en varios templos de Madrid. Después se ofreció a los ex cautivos una copiosa comida, y ya por la tarde se dio comienzo a la procesión.

*«Noticia de la forma en que el día 5 de agosto de este año de 1692 se llevaron a la Real Presencia de Su Majestad los cristianos que estaban cautivos del rey de Mequinez a quienes rescató la Venerable Orden Tercera de nuestro Padre San Francisco en esta Corte, con la superintendencia del Eminentísimo Señor Cardenal don Luis Manuel Portocarrero, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, del Consejo de Su Majestad»<sup>818</sup>.*

---

<sup>817</sup>Para el segundo rescate la VOT tuvo la ayuda de un dinero que ofrecieron los padres agustinos de Burgos que eran administradores de una memoria de redención de cautivos fundada en su convento por don Pedro García Orense.

<sup>818</sup>BN, sec. Inq., Varios Especiales, 128-1.

En la procesión se dio cita toda la nobleza madrileña, el marqués de Villanueva de la Sagra, Juan Antonio López de Zárate, marchaba a la cabeza, seguido de numerosos terceros y una nutrida representación de la Orden Tercera de San Agustín. Cada una de las instituciones portaban los estandartes de su Orden. Al frente de los rescatados marchaba el general Villorias, seguido de sus jefes y oficiales, cerraba la procesión una escuadra de la Guardia Real.

El trayecto por el que discurrió la procesión: carrera de San Francisco, plaza de la Cebada, calle de Toledo, Puerta cerrada, plazuela del Cordón y plaza de Palacio, se hallaba atestado de público y engalanado con vistosas colgaduras. En Palacio, los Reyes desde un balcón vieron pasar la procesión, que desde allí se dirigió al convento de San Gil, plaza de Santiago, calle de Santa Clara, convento de la Encarnación, en donde se celebró un acto piadoso, y convento de las Descalzas Reales. Cuando el cortejo llegó a San Felipe se retiraron los frailes de esa religión, el resto, junto con la Orden Tercera franciscana, regresó a San Francisco.

La VOT consideró un éxito más de su labor asistencial<sup>819</sup> tanto el rescate como la llegada de los cautivos a la capital, pero no por ello se abandonó a los que todavía permanecían en Mequinez, ni a los cautivos de otras ciudades. Manuel Viera prosiguió en tratos con los marroquíes, gracias a los fondos que proporcionaban a la VOT la encomienda de la Orden de Calatrava, la fundación que había instituido Lorenza de Cárdenas y las limosnas de numerosos hermanos.

Los escasos misioneros que permanecían en el norte de África hacían lo posible por mejorar la condición de los cautivos cristianos, pero la insuficiente alimentación y las penurias hacían que con frecuencia cayesen enfermos. A finales del año 1692 llegó a la VOT un franciscano, fray Diego de los Ángeles, viceprefecto en los Reinos de África y antiguo guardián del convento de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción en Mequinez<sup>820</sup>. Se entrevistó con el ministro y con el secretario, Antonio de Ubilla y Medina; la VOT consiguió que el Rey y el cardenal Portocarrero se interesaran en el asunto que había traído al fraile, construir un convento para los religiosos en aquel lejano lugar, que también sería enfermería para los cautivos.

---

<sup>819</sup>AVOTM, legs. 433/24; 434/1; 424/7 y 371/2.

C. 7, Lib. IX, fols. 53 y 53v.

<sup>820</sup>Las misiones franciscanas en África dependían de la provincia de Andalucía. La casa provincial de San Diego, ubicada en Sevilla era lugar de paso para los misioneros. En la actualidad, ha desaparecido el convento, pero se conserva una pequeña iglesia.

Puestos de acuerdo, a fray Diego se le entregaron en tres plazos casi seis mil ducados<sup>821</sup>, y con esa y otras limosnas el nuevo edificio se terminó en mayo de 1693. Cuando el convento entró en funciones, la VOT entregó a los misioneros unas instrucciones para que se siguiesen en las futuras redenciones<sup>822</sup>. En esas fechas todavía seguían cautivos en plazas marroquíes cerca de ochocientas personas.

En 1698 se celebró otra procesión por las calles madrileñas en acción de gracias por una nueva redención de cristianos. Una de las imágenes que se llevaba en la comitiva era un Niño Jesús ataviado con turbante a la usanza mora, procedía de Marruecos y había llegado con los liberados en 1692, gracias a una cristiana española llamada María de la Concepción casada con un tal Pedro de Villalva. El matrimonio, que había permanecido en cautiverio durante catorce años, fue rescatado por Manuel Viera, y ellos agradecidos a la VOT quisieron que la imagen estuviese en poder de los terceros. Hoy día se conserva junto con otros objetos que tuvieron la misma procedencia en una sala del hospital. Al pie de la imagen, conocida como Santo Niño Cautivo, figura el siguiente rótulo:

*«Este Niño fue rescatado de Alarache por la VOT de San Francisco de Madrid en 1692 al que por diversión ultrajaron y maltrataron con llamas y golpes los hijos del rey de Mequinez».*

En 1723 se cumplían treinta y cinco años del cautiverio de cristianos españoles en tierra africana, para entonces el padre Diego de los Ángeles ya estaba retirado en la Península pero, no obstante, acudió a la llamada de la VOT para que tratase de liberar a algunos prisioneros en Argel. Su misión sólo fue un éxito en parte ya que cuando regresó en marzo de 1724 únicamente le acompañaban cincuenta y dos hombres y dos mujeres. La Orden en esa última redención había empleado 6.274 ducados<sup>823</sup>.

En 1727 falleció Mawlai Ismail, la VOT siguió empeñada en su labor de redimir cautivos hasta 1730; fecha en la que, tal y como lo quiso Lorenza de Cárdenas al instituir su fundación, ese beneficio se destinó a aumentar las plazas de las hermanas viudas que cuidaban en el hospital de los enfermos pobres de la Orden<sup>824</sup>. Los cautiverios se prolongaron hasta 1767, en que se firmó un convenio entre Carlos III y Mohamed ben Ab-

---

<sup>821</sup>El peso de plata equivalía a veinte reales de vellón.

<sup>822</sup>AVOTM, leg. 732/2.

<sup>823</sup>Ibíd., C. 123/2. Relación escrita por un tercero de los medios de los que se valió la VOT para redimir cautivos.

<sup>824</sup>Ibíd., leg. 282/6. Liquidación de las memorias de la fundación que instituyó doña Lorenza de Cárdenas para la redención de cautivos, 1730.

Allad, Mohamed III, nieto de Ismail, y entonces terminaron los cautivos españoles en tierras marroquíes.

### 3. 4. *El auxilio para la buena muerte*

El hombre del barroco manifestaba interés por la muerte, y Trento lo había propiciado moviendo las conciencias católicas e invitando a los fieles a Roma a la práctica de la meditación. La reflexión sobre la muerte, impresionante y temible, inducía al arrepentimiento y reprimía las conductas; el trance crucial en la vida del hombre era, por otra parte, un incidente cotidiano que no respetaba sexo ni edad, sobre todo, en una época en la que las aguas contaminadas, las epidemias frecuentes, la falta de higiene, la alimentación deficiente y las confrontaciones bélicas causaban elevada mortalidad. De ahí, que la Iglesia exhortase a los fieles para que se preparasen para ese tránsito, y tomasen conciencia de la brevedad de lo terrenal frente a ese inexorable fin que era puerta de salvación en el destino del hombre<sup>825</sup>.

El simbolismo representaba la vida del hombre como un camino de iniciación, una vía de peregrinación consecuencia del primer pecado, una triste sombra de la verdadera vida. En ese recorrido había que enfrentarse a dificultades y penalidades terrenales, que podían conducir al triunfo final, no en este mundo, sino en el de Más Allá<sup>826</sup>. El jesuita Francisco Arana veía en la vida terrenal “una milicia perpetua sobre la tierra en la que los combatientes eran el hombre y el demonio, enfrentados en una batalla final a la hora de la muerte”<sup>827</sup>. Pecado y muerte eran dos piezas maestras en el sentimiento de culpa que el discurso de la Iglesia alentaba con ardor, la muerte había entrado en el mundo por el pecado, pero en la vida del hombre, herida por la culpa primera, existía posibilidad de salvación y redención por el sacrificio de Cristo.

Trento había recomendado a los católicos, recordándoles el carácter perecedero del cuerpo y la inmortalidad del alma, “*el cuerpo se devuelve a la tierra y el alma sobrevive*”,

---

<sup>825</sup> ÁLVAREZ SANTALO, L. C., BUXO, C. y RODRÍGUEZ BECERRA, M. J.: *La vida y la muerte, la imaginación religiosa*, Barcelona, 1989, p. 217.

<sup>826</sup> La afirmación del carácter perecedero del cuerpo frente a la inmortalidad del alma se encuentra ya en la obra de Platón, y esa forma de pensamiento se inserta en la interpretación de la existencia humana. El hombre que aspira a la inmortalidad, escribe Platón, desprecia su cuerpo y su alma, desentendiéndose del contacto corruptor con él mismo, al recogerse en sí, libre, por tanto, de vanos temores, deseos y pasiones, y puede entrar en contacto con lo real sin ser engañado por las sensaciones, PLATÓN, *Fedon*, en Nisard, *Auteurs Latins*, vol. 21, París, 1845, pp. 38.

<sup>827</sup> ARANA, F.: *Muerte prevenida o christiana preparación para una buena muerte*, Sevilla, 1736, p. 50.

que fuesen moderados en las ceremonias que dispensaban a sus difuntos<sup>828</sup>. En la muerte, que constituía uno de los momentos más íntimos de la existencia del hombre, no siempre se lograba esa intimidad; en la ceremonia pública y en los sentimientos familiares de dolor y tristeza, se daban cita actos de carácter religioso-social que se prorrogaban con despedidas y acompañamientos tras el cortejo fúnebre, una parte fundamental en la ritualidad imperante<sup>829</sup>. La presencia del clero parroquial, el sacristán, la cruz de la parroquia, las hachas encendidas y el agua bendita, las órdenes mendicantes y las cofradías, se justificaban por el temor de los fieles a dirigirse en soledad a su definitiva morada<sup>830</sup>.

El mensaje evangélico proclamaba la igualdad de los hombres ante la muerte, pero la proclama tenía que ver más con el ámbito de lo espiritual que de lo temporal, pues lo cierto es que no todos vivían la muerte de igual manera, aunque el sepulcro sólo era morada transitoria y sagrada, el poderoso prefería ser enterrado en la capilla familiar fundada en la iglesia o convento, y tener un entierro que según el boato funerario podía resultar más o menos ostentoso. La simbología de la época pedía que se debía morir según el rango de cada uno, por ello, el entierro se paseaba, se veía, se olía y se articulaba en tres escenarios: la casa, la calle y la iglesia<sup>831</sup>. En la otra vertiente, los llamados “*pobres de las parroquias*” recibían sepultura de caridad en el cementerio parroquial, lugares sagrados situados en torno a los templos, o en los hospitales y cofradías<sup>832</sup>; se trataba de terrenos proporcionados por las donaciones generosas de personas caritativas, conscientes de las penosas condiciones en que morían los seres marginados socialmente, y que de esa

---

<sup>828</sup>WEISBACH, W.: *El barroco, arte de la Contrarreforma*, p. 87; y MÂLE, E.: *L'art religieux après le Concile de Trento*, Madrid, 1948, p. 206. Según el parecer de Werner Weisbach y después de Emile Mâle, la concepción sombría de la muerte está presente en la iconografía funeraria barroca, que a diferencia del aspecto apacible y sereno de las tumbas renacentistas toma un aspecto macabro.

<sup>829</sup>GARCÍA TORAÑO, D.: *La ejecución de las últimas voluntades pro ánima, en el periodo astur*, León, 1971, p. 293. En los entierros, el uso del féretro era un privilegio de las familias distinguidas, los más humildes utilizaban andas.

<sup>830</sup>RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, A.: «La muerte en España, del miedo a la resignación», en *Morir en Extremadura: la muerte en la horca a finales del antiguo Régimen*, Cáceres, 1980, pp. 35-52.

<sup>831</sup>BRAVO LOZANO, J.: «Que muero porque no muero», en *Historia 16*, n.º 109, 1985; «Prohibido morir pobre en Madrid», *Historia 16*, n.º 158, 1989; y GARCÍA CÁRCCEL, R.: «La muerte en la Barcelona del Antiguo Régimen», *II Coloquio de Metodología Histórica Aplicada*, Santiago de Compostela, 1982, pp. 115-124. Muchas de las actitudes ante la muerte en el Antiguo Régimen provenían de tiempos medievales. MARTÍNEZ GIL, F., op. cit., pp. 400-401.

<sup>832</sup>Sobre los cementerios de pobres en el Madrid del siglo XVII, MATILLA TASCON, A.: *Índice de testamentos y documentos afines*, ed. Ministerio de Cultura, Madrid, 1987, p. 355.



manera, al menos, podrían disponer tras su muerte de un trozo de tierra que les cubriese<sup>833</sup>.

«(...) su cuerpo fue sepultado el día catorce del dicho mes de marzo pasado [...] cubierto su cuerpo con el habito de la Tercera Orden de nuestro Padre San Francisco, como lo llevo en vida, descalzo de pie y pierna, ataúd de madera forrado en negro»<sup>834</sup>.

El franciscanismo había integrado en la vida cotidiana de sus hermanos la reflexión sobre la muerte, la importancia del juicio final, y el temor al purgatorio<sup>835</sup>, los católicos debían enfrentarse a ello sin miedo enfermizo, lo que sólo cabía para la condenación eterna, la segunda muerte del hombre. San Francisco había dicho sobre la muerte, “*Ninguno de los hombres es capaz de escapar a su persecución*”, por ello el que en verdad sintiese el espíritu de su Fundador debía de prepararse para afrontar esa última hora, y buscar la intercesión de los santos, en particular, de San José, patrón de la buena muerte, y de especial devoción franciscana<sup>836</sup>.

Muchos de los hermanos de la Venerable Orden Tercera rechazaban en sus testamentos pompas y vanidades para sus entierros, pero dentro del orden establecido, el ciclo de la vida estaba regido por protocolos socialmente reconocidos, por lo que raramente esas disposiciones se cumplían con fidelidad; por encima de los deseos del

---

<sup>833</sup>AHPM, prot. n.º 3.252, fol. 69. Año de 1617. Alonso Muriel de Valdivieso, secretario del rey Felipe III, entregó al convento de San Martín de la orden de San Benito un solar en la calle Silva, con la finalidad de que se uniera esa tierra con otra que poseía el convento, y juntos sirvieran como lugar de enterramiento para los pobres de la parroquia. Años más tarde, el convento de San Martín ensanchó la parroquia por la calle del Pez y la dotó de un cementerio en condiciones. Dice VOVILLE, M.: *La mort et l'Occident de 1300 à nos jours*, París, 1983, p. 400, que los cementerios urbanos no se promovieron hasta el siglo XVIII. En ese siglo hubo una evolución con respecto al pensamiento sobre la muerte y se produjo cierta indiferencia por el lugar del enterramiento, la muerte perdía su integración en la vida cotidiana, y se alejaba de las poblaciones; la Iglesia perdía protagonismo y lo ganaba el municipio y los cementerios. VOVILLE no lo ha considerado un síntoma de descristianización, sino como dice ARIES en *La muerte en Occidente*, Barcelona, 1982, p. 280, lo que suponía era confiar en mayor medida en familiares y albaceas.

La opinión ilustrada del cardenal Lorenzana, abogaba por la conveniencia de enterrar a los difuntos extramuros de las ciudades, fue decisivo para que a ese respecto Carlos III emitiese una Real Cédula en 1786-1787, *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, Lib. I, tít. III, ed. BOE, Madrid, 1975, ley I.

<sup>834</sup>AHPM, prot. n.º 3.058, fols. 106v. y 107r. El espíritu de la Orden Tercera Seglar franciscana rechaza la pompa, y busca humildad y sencillez a la hora de presentarse ante Dios, de ahí: la desnudez de los pies y la pierna descubierta, a imitación de los frailes mendicantes franciscanos.

<sup>835</sup>El Purgatorio, lugar de purificación del alma, no tenía como el Infierno o el Cielo la cualidad de la eternidad, ya que había de desaparecer el día del Juicio Final. Al Purgatorio llegaban todos aquellos que debían purificarse de los pecados veniales y de los confesados. La creencia en el Purgatorio se hizo firme en Trento, cuando los padres conciliares hicieron del tema una punta de lanza en contra de las actitudes de los protestantes. ROA, M. de: *Estado de las almas del Purgatorio*, Sevilla, 1619, fol. 5.

<sup>836</sup>El franciscano Juan de Madrid, en su obra *Milicia sagrada instituida contra todo poder del infierno, para socorro de las Almas en el artículo de la muerte*, Madrid, 1697, fol. 59, recomendaba encomendarse a San José en el trance de la muerte, para que fuese semejante a la que el propio Santo tuvo acompañado de Jesús y María.

difunto primaba el afán de prestigio, y la muerte, lo mismo que la vida, tenía establecido un rango, de cuyas exigencias, no era posible excluirse<sup>837</sup>. Sí que hubo excepciones de respeto hacia las últimas voluntades, y en ese caso desaparecían derroche, aparato, música, catafalcos, armas, emblemas, inscripciones, hachas, cirios, etc., y sólo prevalecía la austeridad<sup>838</sup>.

Sin embargo, en general, también la desigualdad en ese último trance alcanzaba a los hermanos de la Tercera Orden Seglar de Madrid<sup>839</sup>, y acentuaba las diferencias entre ricos y pobres. Si el difunto era un tercero socialmente importante, su entierro comenzaba con el tañido de las campanas de la capilla, y después ante su domicilio se formaba la comitiva que debía acompañarle a su última morada: terciarios, sacerdotes de la parroquia, frailes franciscanos, religiosos de otras órdenes, pobres, etc.,<sup>840</sup>. No faltaban tampoco, por la atención que merecían como mediadores inocentes ante la Divinidad, los niños del Hospicio de Nuestra Señora de los Desamparados de la calle de Atocha, o los del colegio de San Francisco en la calle de Tabernillas, junto a la casa del marqués de Rivas, también llamados Niños de la Doctrina.<sup>841</sup> En general, se trataba de un alarde que se hacía necesidad social y religiosa y que generaba una corriente de renta por esos servicios<sup>842</sup>.

La inseguridad de los más débiles ante la muerte quiso hacerla suya la VOT, y cuando se finalizaron las obras de su primera capilla, la bóveda se destinó como lugar de

---

<sup>837</sup> Son muchas las contradicciones que aparecen en las mandas testamentarias: se rechazan las pompas pero no las grandes exequias; no se desea ostentación, pero sí que no falten los decorados sacros, etc.

<sup>838</sup> La fabricación y manutención de hachas, cirios y blandones que se repartían entre los hermanos para que acompañasen al cortejo fúnebre implicaba uno de los gastos fijos más importantes de la VOT. Las luminarias formaban parte del ritual, junto con el incienso y las hachas encendidas.

<sup>839</sup> AVOTM, legs. 436/6, 594/1, 424/4 y 409/2. Sobre disposiciones testamentarias de enterramientos.

<sup>840</sup> Todos esos actos tenían un precio económico que se encargaba de satisfacer el albacea a través de los legados. La literatura religiosa instaba a celebrar las honras funerarias con ausencia de toda vanidad, pero eran pocos los que a la hora de redactar el testamento pedían que las celebraciones fúnebres fuesen sencillas; la jerarquía eclesiástica, con su silencio, hace pensar que la doctrina iba por un lado y la interpretación que de ella se hacía por otro. Bien, es verdad, que desde algunos púlpitos surgieron voces opuestas a ese sentir, y hubo quien se valió de la pluma para denunciar la situación, entre estos se encontraba el franciscano fray Antonio de Arbiol que, en su obra *Visita de enfermos y ejercicio santo de ayudar a bien morir*, escribía: "(...) cuando Jesucristo predicaba anteponía el socorro y alimento de los necesitados al templo de Dios".

<sup>841</sup> MARCOS MARTÍN, A., op. cit. 102 y ss.

<sup>842</sup> SOUBIROUX, J., *Pauperismo y relaciones sociales en el Madrid del siglo XVII*, en Estudios de Historia Social, 2002, pp. 20-23. AVOTM, leg. 411/25. Los Niños de la Doctrina, a los que se relacionaba con la inocencia, eran huérfanos acogidos a una institución de caridad en la que recibían una educación hasta que llegaban a la edad de ganarse la vida por sí mismos; el ayuntamiento era el patrono de la Institución y el rector era un presbítero. Las limosnas que recogían los niños con su participación en los entierros y procesiones no bastaban para cubrir sus gastos, por lo que recibían del municipio una cantidad procedente de los derechos de la carne (la sisa) a cambio de la participación de los pequeños en esos actos.

enterramiento para los hermanos declarados pobres de solemnidad<sup>843</sup>. El recibir sepultura de manera gratuita en la cripta de la capilla fue uno de los más preciados socorros que a partir de 1628 se dispensaron, puesto que en casos de manifiesta pobreza, se costeaba incluso el entierro. Los terceros se encargaban de velar al difunto, con la cruz, la cera, los lutos, las luces y los rezos cumpliendo la liturgia de la época<sup>844</sup>.

El acompañamiento formaba parte de las obligaciones de los hermanos, que para muchos no era deber sino beneficio para el espíritu. En la VOT, esos actos eran manifestación pública de caridad y amor al prójimo, unidos a determinados principios sociales y políticos de propaganda, que consolidaban su presencia como Institución<sup>845</sup>.

En el siglo XVII el eje de la economía parroquial estaba en la muerte de los feligreses y la liturgia que la acompañaba: ofrendas, responsos, paradas en la conducción del cadáver y misas posteriores. En 1682 el cardenal Portocarrero había fijado unos aranceles para las ceremonias fúnebres, lo que suponía un provecho para la parroquia, que no siempre estaba dispuesta a ceder a otra institución. Los derechos parroquiales marcaban la jurisdicción y la zona de influencia de cada feligresía en la adjudicación de los funerales, y de los emolumentos que ello comportaba; a su vez los conventos, con precios sensiblemente menores en la celebración de esos cultos, entraban en clara disputa, que se solucionaba mediante acuerdos económicos entre las dos partes<sup>846</sup>. Un oficio de 1644 decía lo siguiente:

*«Que se guarde lo acordado y se entierren los pobres de solemnidad a costa de la Orden Tercera, que se guarde el decreto del año pasado de 1642, en el que se hizo la petición al Cabildo de Toledo para que se de provisión en razón de que no lleven los curas derechos y que el ministro escriba una carta por esa razón para que solo lleven derechos de rompimiento de sepultura»<sup>847</sup>.*

---

<sup>843</sup>LE GOFF, J.: *El hombre ante...*, p. 137. En un principio, el Papado se mostró reacio a conceder la licencia de enterramiento en los monasterios y ámbitos religiosos de la Orden franciscana, pero la constancia de los frailes en esa petición hizo que se les concediese en 1250.

<sup>844</sup>AVOTM, C. 1, Lib. II. Junta del 21 de junio de 1638. La VOT se hacía cargo de los gastos de los entierros de los que se declaraban pobres de solemnidad, después de que el celador o el enfermero de su parroquia realizase un informe de las condiciones económicas del difunto. Si el difunto había recibido el hábito en la VOT de Madrid, y había cumplido con todos los requisitos, se le enterraba en la cripta de la capilla sin tener que satisfacer ninguna cantidad monetaria. La Orden quería evitar posibles actos de picaresca fingiéndose pobre. Se trataba de que las limosnas destinadas para socorros no se viesan mermadas por desaprensivos.

<sup>845</sup>A partir del siglo XVII hubo voluntad de mayor humildad en las exequias, no sólo en España, sino en el resto de Europa.

<sup>846</sup>AVOTM, C. 1, Lib. II, fol. 80/82; y Lib. III, fol. 60. En el mes de enero de 1645 murieron 23 hermanos pobres de la VOT, la Orden tuvo que pagar a las parroquias 498 reales. MATILLA TASCON, A., op. cit., pp. 353 y ss.

<sup>847</sup>La VOT buscaba no perjudicarse económicamente con los pagos a las parroquias, pero no siempre podía eludirse de hacerlo. Surgían problemas de competencia, sobre todo, con la parroquia de San Andrés, que no

En 1666 un memorial que llegó a la VOT desde Toledo nos ayuda a entender la situación.

*«(...) que los derechos que se han de llevar en la parroquia de San Andrés y en el convento franciscano se han echo tan abusivos sin que se haya establecido un limite de lo que se ha de llevar lo que también hace que separe el corto caudal que la Orden Tercera tiene para ese piadoso fin y por eso seria conveniente que de aquí en adelante todos los entierros que la Orden concierte y deba pagar a la parroquia por los derechos de enterramiento de los pobres de solemnidad no pasen de cuatro ducados y si la parroquia quiere mas haga ella el entierro y que la VOT mande acompañamiento pagándolo ella»<sup>848</sup>.*

Se tomaba esa decisión por el incesante aumento de las declaraciones de pobres de solemnidad de los hermanos, que suponían un notable incremento en las partidas que la VOT destinaba para cubrir los gastos de los entierros: limosnas para los acompañantes de hábito descubierto, hachas, cera, etc. A todo ello había que sumar los derechos parroquiales<sup>849</sup>. Todavía la situación se agravó en 1675, cuando esos derechos que la VOT tenía que abonar por cada hermano pobre que se enterrase en su bóveda, crecieron en un 50%.

Esas exigencias casi acaban con la costumbre de costear el entierro de los terceros pobres. La medida no llegó a materializarse, gracias a que un discreto propuso que el contador de la Orden hiciese un cómputo del total de gastos que suponían los enterramientos de pobres durante dos años, tanto si se hacían por cuenta de la parroquia o de la VOT. Como era obligación de las parroquias costear el entierro de sus feligreses pobres, quizá se aviniesen a recibir de la VOT una cantidad no abusiva pero fija, que además les ahorra los gastos de enterrar a los terceros pobres de su feligresía.

Varios discretos feligreses de las distintas parroquias, en nombre de la VOT presentaron la oferta a los párrocos, y parece ser que no hubo discrepancias pues todos la aceptaron de inmediato. La propuesta de los terceros, además de ahorrar gastos a las parroquias, les proporcionaba ganancias. La VOT no quiso que el acuerdo fuese sólo verbal, por lo que se convocó una reunión en la que el vicario de Madrid, el Cabildo y el

---

quería ceder los derechos jurisdiccionales del enterramiento de sus feligreses, unos derechos que los terceros consideraban abusivos.

<sup>848</sup>AVOTM, C. 2. Lib. IV fols. 238v. y 239.

<sup>849</sup>Ibíd., C. 4, Lib. VI, fol. 11, leg. 286/6. Enterramientos en la bóveda de la capilla del Cristo de los Dolores, 1672.

ministro de la Orden, López de Zárate, formalizaron y registraron las nuevas disposiciones<sup>850</sup>.

Atendiendo a su necesidad económica la VOT, en determinadas ocasiones, aprobó la petición de algunos hermanos que gozando de fortuna deseaban recibir sepultura en la capilla<sup>851</sup>; e incluso aceptó solicitudes que llegaban desde instancias ajenas a la Fraternidad; condescender a esa demanda, siempre remunerada, proporcionaba un alivio en las maltrechas finanzas<sup>852</sup>. Antes de consentirse la demanda se sometía a la votación de los discretos<sup>853</sup>, siendo en general favorable la respuesta, pues era una forma digna de subvencionar los gastos que suponían los enterramientos de los que no tenían medios para hacerlo<sup>854</sup>.

La VOT no perseguía ánimo de lucro, pero para esos casos extraordinarios estipuló que la limosna que debía acompañar el enterramiento sería superior a los diez ducados; entregándose la mitad por adelantado, y “*si no se pagan que no se lleve paño y almohada*”<sup>855</sup>.

Los encargados de estudiar esas solicitudes extraordinarias y de dar curso a los trámites fueron los hermanos Vicencio Carduccio y Francisco de Aguirre,<sup>856</sup>. En mayo de 1627, al finalizar la obra de la capilla, el Discretorio trató sobre si era conveniente

---

<sup>850</sup>Ibíd., fols. 157, 164.

<sup>851</sup>Ibíd., legs. 286/6, 742/34, 117/1, 404/1 y ss., 143 y 117.

<sup>852</sup>Ibíd., C. 1, Lib. I, fol. 125v. La primera persona que fue enterrada en la cripta de la capilla de la VOT fue el eclesiástico don Pero López Campero, que había sido ministro de la Venerable en 1614. Cuando le sorprendió la muerte, ejercía el cargo de coadjutor de la Fraternidad: “*que se le entierre frente al arco de la capilla donde está el altar de la bóveda y le acompañen veinticuatro religiosos franciscanos por ser coadjutor y haber sido ministro*”.

<sup>853</sup>Esa forma de actuar no estuvo siempre vigente, eran las circunstancias económicas y las necesidades de enterramiento las que marcaban las pautas a seguir.

<sup>854</sup>Al principio la bóveda contó con 48 sepulturas, después se le añadieron 15. En el espacio que la VOT llamó bóveda nueva se crearon otros 134 nichos, y en una ampliación posterior se añadieron otros 25.

<sup>855</sup>AGULLO COBOS, M.: *Noticias sobre pintores madrileños. Siglos XVI-XVII*, Universidad de Granada, 1978, p. 37: “*Yo Eugenio Caxes, vecino que soy de la villa de Madrid, en la calle del Baño, pintor de Su Majestad, enfermo del cuerpo y en mi entero juicio natural, que doy muchísimas gracias a Dios que me lo a dexado para ordenar mi testamento, mando enterrarme con hábito de San Francisco en la sepultura y entierro 1695*”, p.48. Francisco del Castillo, pintor de Su Majestad, vecino de Madrid, hijo legítimo de Francisco de Castilla y de Agustina Gutiérrez, difuntos, quiso ser amortajado con el hábito franciscano y enterrado en el convento, año de 1649.

<sup>856</sup>MESONERO ROMANOS, R., op. cit., pp. 102 y ss. Hasta el año de 1787 hubo en Madrid la costumbre de enterrar a los difuntos en las iglesias. En esa fecha un real decreto del Rey Carlos III puso fin a dicha costumbre por los perjuicios que ocasionaba a la salud pública. El siguiente paso fue ordenar la construcción de cementerios extramuros de las ciudades. En Madrid se construyeron dos cementerios generales, el de la Puerta de Fuencarral y el de la Puerta de Toledo, también se hicieron varios particulares: el Sacramental de San Andrés, el de San Sebastián y el de San Luis. El cementerio de la Puerta de Fuencarral fue construido por Juan de Villanueva, y a él correspondían las parroquias de: San Martín, San Ginés, Santiago, el Salvador, Santa María, San Luis, San José y la Patriarcal. El resto de las parroquias de la capital correspondían al de la Puerta de Toledo.

establecer algunas fundaciones. Días antes, un tercero, Miguel Rodríguez, de profesión pastelero, residente en la plazuela de Santo Domingo, había enviado un escrito en el que exponía su deseo de instituir una fundación para que se celebrasen misas de aniversario en determinadas fechas del año, y añadía a su petición la súplica de que su esposa y él fuesen enterrados en la bóveda de la Orden. El Discretorio, tras comprobar los bienes de los que disponía este hombre, aceptó la petición<sup>857</sup>.

En 1632, cinco años después de abrirse la bóveda, eran tantas las peticiones que llegaban a la VOT para recibir sepultura en ese recinto, que el sepulturero Jerónimo Félix tuvo que pedir por dos veces en ese año que se le proveyese de un carro grande de cal para echar en las sepulturas, pues “se estaban llenando”<sup>858</sup>. Se había tomado la medida, por la poca capacidad de las sepulturas, que para reducir el espacio que ocupaban los cuerpos, se enterrasen con un sudario y sin ataúd<sup>859</sup>, lo que también ayudaba a que la consumación de los cuerpos fuese más rápida<sup>860</sup>. En 1664 la VOT dictó nuevas disposiciones:

*«(...) para evitar percances, y que la Orden Tercera se conserve en paz y quietud se acuerda, que de aquí en adelante lo hagan los que lo deseen con ataúd, dejando una limosna particular como se hace en algunas hermandades y congregaciones y lo menos que sea de cincuenta reales, y que esta limosna se aplique para la obra de la capilla del Cristo, y con esto después se acuda al enfermero encargado del cuartel del difunto para que esta orden se ejecute»*<sup>861</sup>.

Dos años después, en 1666, la economía de la VOT sufrió varios descabros, soportaba fuertes deudas motivadas por la construcción de la capilla del Cristo de los Dolores y, además, escaseaban las limosnas destinados a los socorros de los hermanos

---

<sup>857</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fols. 145v. y 146r.; C.3, Lib. IV, fol. 75v. “El hermano Juan de Urrutia, aposentador de Su Majestad desea ser enterrado en la bóveda de nuestra capilla y quiere fundar algunas capellanías para decir misas en ellas y su merced espera ser recibido por la junta”.

<sup>858</sup>FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M., op. cit., p. 468. En ese año formaba parte del Discretorio Lope de Vega y Carpio, había recibido el hábito de tercero franciscano el 17 de septiembre de 1610, y un año después profesó.

<sup>859</sup>AVOTM, C. 3, Lib. IV. Los entierros en la cripta de la Orden sin ataúd no estaban bien vistos por los hermanos que pagaban una importante limosna para recibir sepultura en dicho lugar. Al ver la VOT que ese tipo de peticiones decrecían, en enero de 1664, revocó esa norma y se volvió a la antigua. El uso del ataúd comenzó en el siglo XVII, aunque no se generalizó hasta un siglo después. Su precio oscilaba entre 10 y 40 reales, según la calidad de la madera. El interior podía estar desnudo o forrado de bayeta, terciopelo o tafetán.

<sup>860</sup>AHPM, prot. n.º 3.058, fols. 106v-107. «(...) en cumplimiento de su voluntad, su cuerpo fue sepultado el día catorce del mes de marzo pasado (...), cubierto su cuerpo con el hábito de la Tercera Orden de nuestro padre San Francisco como lo llevó en vida, descalzó de pie y pierna, ataúd de madera forrado en negro (...)». La pierna descubierta del difunto indica su pertenencia a la Orden Tercera de San Francisco.

<sup>861</sup>AVOTM, C. 3, Lib. IV, fol. 170. En esas fechas ya se había comenzado a edificar una capilla para el Cristo de los Dolores, que permanecía en la capilla antigua, y gozaba de una gran devoción por parte de los madrileños.

pobres. Para muchos discretos el problema provenía de la sangría que suponían los gastos de los entierros de los que se declaraban pobres de solemnidad y de los que fingían serlo:

*«(...) fuertes y cada vez más numerosos y a que hay hermanos que por el mero hecho de serlo, se quieren aprovechar queriendo ser enterrados de forma gratuita, aunque su condición económica no sea de necesidad. Habiéndose aumentado los empeños de la Orden y minorándose por esta causa el caudal que debía convertirse en aliviar y socorrer las muchas y urgentes necesidades que se experimentan y padecen nuestros hermanos se trato de remediar este inconveniente y reconociéndose se podría originar de la multitud de entierros que nuestra Orden paga así de los pobres hermanos que mueren, como de los difuntos ricos también hermanos nuestros. Se acordó en la junta general que la Orden tuvo el 13 de junio de 1666 se confiriese en una Junta particular este punto de si convendría que nuestra Orden pagase solo los entierros de pobres de solemnidad y no otros [...] salió votado por mayor parte el que nuestra Orden no pague mas entierros que los de pobres de solemnidad pues de estilar lo contrario vendría a suceder no poderse hacer los unos ni los otros y faltase al repartimiento»<sup>862</sup>.*

La situación hizo que se impusiesen severas medidas: vigilar a los que se declaraban pobres de solemnidad; recogida inmediata de las patentes de los terceros que falleciesen para evitar suplantaciones, y suprimir los emolumentos que recibían los hermanos de hábito descubierto por acompañar a los difuntos<sup>863</sup>. También se dispuso que los que no fuesen pobres y desearan recibir sepultura en la bóveda, ellos o sus herederos, habrían de satisfacer, además de la limosna del enterramiento, 27 reales más, si querían que en el cortejo figurasen doce hermanos de hábito descubierto<sup>864</sup>.

Antes de hacerse públicas las disposiciones se sometieron al juicio del visitador fray Diego Menada por si contravenían la Regla. No lo hacían, pues sólo afectaban a las Constituciones, no obstante, el fraile reflexionó sobre las críticas que se podían suscitar y no le parecieron graves. A su parecer, la VOT priorizaba sus obligaciones, anteponiendo el socorro de los pobres y su entierro, a los abusos de personas que sin necesidad, sólo por

---

<sup>862</sup>Ibídem, C. 1, Lib. II, fol. 235v.

<sup>863</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fols. 235v., 236 y 236v. La costumbre de dar una limosna a los hermanos acompañantes de los entierros, se había mantenido durante años, por lo que el Discretorio temía que suprimirla daría lugar a descontentos. La necesidad obligó a la VOT a que sólo la recibiesen si el difunto se costeaba el entierro.

<sup>864</sup>Ibídem, leg. 410/15. “(...) que los que se quieran enterrar en la capilla de la VOT y no sean pobres paguen 27 reales de los que irán 10 para el sepulturero, 3 para los sacristanes, el resto para la VOT”. Leg. 742/34. En 1677 se agrandó la bóveda de la capilla antigua con 125 nichos. Entonces fue enterrada María de Mendoza, quien entregó de limosna a la VOT 100 ducados, y a los sepultureros y sacristanes 50 reales. En 1700 se añadieron nuevos nichos.

codicia, se aprovechaban de la buena fe de la Orden. Para que no surgiesen falsos rumores, se divulgó entre los hermanos la opinión del visitador<sup>865</sup>.

La confianza y respeto que inspiraba la VOT entre la sociedad se manifestó en determinadas ocasiones por el uso que de su bóveda se hizo como depósito temporal para el féretro de algunos personajes a la espera de su traslado a la sepultura definitiva. La familia del duque de Segorbe y Cardona, Luis de Aragón, hermano del cardenal-arzobispo de Toledo, Pascual de Aragón, en 1670<sup>866</sup> pidió a la Orden Tercera que recibiese en depósito el cuerpo de su difunto hermano, ya que en vida había manifestado: *“Quiero ser enterrado en la bóveda de la capilla de la Orden Tercera de Madrid, en el suelo, en el lugar más humilde, junto a los más pobres, sin ostentación, humildemente, con el hábito descubierto”*.

La familia del Duque difunto quiso cumplir con esa voluntad mientras se gestionaban las licencias para el traslado de sus restos al monasterio de Poblet, lugar tradicional de sepultura de ese linaje. Enterados los frailes del convento de San Francisco de las negociaciones entre la VOT y don Pascual y al conocer las dificultades de los terceros por hallar en su bóveda un lugar en consonancia con la categoría del difunto, trataron a espaldas de aquellos, de que fuese el convento el receptor del depósito.<sup>867</sup> La VOT reaccionó con presteza, no quería desaprovechar esa oportunidad por lo que suponía de prestigio social y honor para la Institución; era probable que sirviese de ejemplo para futuros depósitos. En una junta, que se convocó con carácter extraordinario, se decidió que si era del agrado de la familia Aragón el depósito se haría en la capilla, en el lado del Evangelio.

Un hermano, Joseph Ponce, fue comisionado por la VOT para que concertase con la familia y albaceas la limosna que entregarían. El guardián del convento, como en tantas otras ocasiones, había tratado de acudir a la reunión, a lo que se había negado el

---

<sup>865</sup>En los testamentos de los hermanos pobres que morían en el hospital-enfermería de la VOT no se menciona el tipo de entierro que se les dispensa, pero por su extrema pobreza se ha de suponer que eran dignos, pero no pomposos. Para hacer frente a los gastos, se recurría a la venta de ropas y enseres del difunto, pero nunca era suficiente. Las últimas voluntades se recogían en memorias no notariales redactadas por los sacerdotes de la VOT.

<sup>866</sup>AVOTM, C. 1, Lib. II, fol. 440 v. Depósito en la cripta del Cristo de los Dolores de los cuerpos de los duques de Segorbe y Cardona, 11 de mayo de 1670.

<sup>867</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fols. 417, 417v., 418 y 418v. Aunque la capilla del Cristo de los Dolores ya estaba terminada, una de las condiciones que pusieron los frailes para permitir su construcción es que no se hiciesen en ella enterramientos. La VOT, por tanto, sólo contaba con los distintos espacios que compró al convento debajo de la capilla antigua. Las primeras personas que recibieron sepultura de manera perpetua en la capilla del Cristo de los Dolores fueron don Lorenzo Ramírez de Prado, en el año de 1678 y su esposa en 1681.



Discretorio alegando que siendo la VOT la única responsable de la ceremonia y recibo del cuerpo del duque, los derechos eran sólo suyos<sup>868</sup>.

En la noche del 11 de mayo de 1670, el féretro fue recibido por la VOT. Venía acompañado de una escritura de entrega que firmó don Juan Antonio López de Zárate. En contra del parecer del Discretorio el padre guardián estaba presente, y los terceros para evitar desencuentros cedieron, pero haciendo constar, que esa presencia no perjudicaría los derechos de la VOT ante la familia del Duque.

El marques de las Navas, yerno del fallecido, hizo entrega de las llaves del ataúd al ministro, que más tarde se depositaron en el archivo de la Fraternidad. La patente del enterramiento la dictó Gregorio Sánchez, lector jubilado, calificador del Santo Oficio y vicario de la Provincia de Castilla de la Regular Observancia. Las honras las dispuso el discreto Martín Vázquez de Mendoza, secretario de Su Majestad.

En las exequias se quiso compaginar la humildad y sobriedad deseadas por el difunto con la solemnidad que requería el acto. Se preparó una procesión por el atrio y se inició un novenario presidido por el ministro López de Zárate y el visitador Sánchez Gareca, al que concurrió un gran número de hermanos seglares y eclesiásticos. Pasados unos días, varios discretos se personaron ante la familia de Aragón a ofrecerles sus condolencias, a su viuda, la duquesa doña María Teresa de Benavides, a sus hijos, y a sus hermanos don Pascual, y a don Pedro Antonio de Aragón, virrey de Nápoles<sup>869</sup>.

Por escritura, la familia de Aragón se había comprometido a “*retirar el cuerpo para su traslado al monasterio de Poblet, en el Principado de Cataluña en el plazo de un año y si no hacer prorroga*”<sup>870</sup>. No habían pasado muchos meses cuando una nueva desgracia afligió a esta familia, el heredero de la Casa de Segorbe y Cardona, hijo del difunto, falleció, y nuevamente se pidió a la VOT que aceptase recibir ese depósito<sup>871</sup>.

---

<sup>868</sup>Ibíd., leg. 403/13. Depósito de los restos de los duques de Cardona, padre e hijo, y prórroga del depósito por un año. 1670-1671; leg. 403/36. Dos escrituras otorgadas por la señora duquesa de Segorbe y Cardona por el tiempo en que estuvieron depositados en la capilla del Cristo de los Dolores de la VOT los cuerpos de su esposo e hijo.

<sup>869</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 420-420v.

<sup>870</sup>Ibíd., fol. 424v.

<sup>871</sup>Ibíd., fols. 430, 433, 440, 441, 492 y 494v. Cuando se recibió el cuerpo del hijo del duque de Cardona, Juan Antonio López de Zárate se encargó de redactar un memorial en el que se notificaba al Cardenal de Toledo que la VOT había favorecido los depósitos de su hermano y sobrino con los lugares más apreciados; se le hacía saber la situación de estrechez por la que atravesaba la Orden a causa de los embargos de los acreedores. Por tanto, se le rogaba que señalase una cantidad compensatoria por los depósitos. La contestación del Cardenal fue que todavía los testamentarios no habían terminado de ajustar los bienes del difunto, rogaba que la VOT excusase la dilación de la empresa.

Los plazos de los depósitos, un año, no se cumplieron, se prorrogaron durante más de tres hasta 1673, en el que llegaron desde Roma las bulas que permitían el traslado de los restos a Poblet. Entonces, se desplazó hasta la Corte fray Alonso de Valmaseda, obispo electo de Gerona, para recoger los cuerpos de los duques y organizar su traslado. El día 8 de octubre se hizo la entrega en presencia de Pedro Antonio de Aragón, hermano y tío de los fallecidos, del guardián del convento fray Francisco Díaz, de López de Zárate y del notario Andrés de Caltañazor que tomó testimonio del acto<sup>872</sup>. Por deferencia a la Casa de Segorbe, el hermano ministro acompañó al obispo y familiares hasta Poblet, un gesto que causó gran efecto en el heredero del título, don Pedro Antonio de Aragón, y su agradecimiento a la VOT<sup>873</sup>.

A los terceros sólo les restaba recibir la limosna pactada y para ello el Discretorio se dirigió a la duquesa viuda, que ya no lo era, porque en ese mismo año de 1673, había contraído nuevas nupcias con el duque de Frías. Cuando la VOT le recordó su promesa de entregar una limosna, la respuesta que recibió fue que *“le era de todo punto imposible satisfacerla pues se veía muy corta de medios por la mucha autoridad que sobre ella ejercía su nuevo marido, el duque de Frías”*.

Sin embargo, pasado un tiempo, don Pascual de Aragón entregaba a la VOT 3.000 ducados, lamentando no poder ser más generoso. A su vez, los marqueses de Santillana, Diego Fernández de Córdoba y María de Bazán y Benavides, hermana de la duquesa, en agradecimiento por los favores recibidos de la VOT, entregaron a esta 4.000 ducados, con la única condición de que cada año se dijese en la capilla del Cristo de los Dolores una misa cantada y otra rezada por la buena salud de sus almas<sup>874</sup>.

La Orden no se equivocó cuando creyó que el ejemplo de ese depósito sería seguido de otros. A partir de entonces, llovieron las peticiones a ese respecto, lo que obligó al Discretorio a imponer cierto control<sup>875</sup>, que se hizo más riguroso después de 1686, cuando se puso en marcha el hospital de la VOT, y aumentaron los enterramientos en la bóveda<sup>876</sup>.

---

<sup>872</sup>Ibídem, fol. 653. Con el permiso de los familiares del difunto duque de Segorbe, don Pascual y don Pedro Antonio de Aragón, los cuerpos fueron trasladados directamente del depósito a unos ataúdes.

<sup>873</sup>Ibídem, C. 3, Lib. V, fols. 16v. y 38.

<sup>874</sup>Ibídem, fols. 39 y 44v.

<sup>875</sup>En 1703 el duque de Frías pagó 550 ducados por sepultar a su hijo de pocos meses, ocupó el nicho 111. En 1726 fue enterrado Antonio Palomino, hermano tercero franciscano, pintor de Cámara del rey Felipe V.

<sup>876</sup>AVOTM, C. 9, Lib. XI, fols. 223-223v. Fue necesario que se abriese una gran zanja en la que se conocía como bóveda pequeña para depositar en ella los huesos procedentes de las sepulturas y del osario. Fue el

#### **IV. CONSOLIDACIÓN Y ENSANCHAMIENTO DE LA VOT DE MADRID**

En noviembre de 1661, tras la muerte del infante Felipe Próspero, en un clima de absoluta tristeza, la Monarquía Hispánica se sintió atemorizada ante la posible reclamación que el rey francés Luis XIV podía hacer sobre los derechos al trono español<sup>877</sup> de su esposa María Teresa, nacida infanta de España. Sin embargo, el pesimismo se truncaba en alegría cuando pocos días después, el seis de ese mismo mes, nacía en el Alcázar Real de Madrid, un varón, que si Dios lo quería se convertiría en Carlos II. Hasta en los lugares más alejados se celebraron actos de acción de gracias, se cantaron *Te Deum* y se invocó la protección celestial para el recién nacido. Fueron muchos los festejos y regocijos populares, aunque la falta de vitalidad del Príncipe, hizo que los cuidados y desvelos sobre su persona se multiplicasen<sup>878</sup>.

Las intrigas cortesanas comenzaban a ser un elemento definitorio de la vida política madrileña, intrigas que aumentarían tras la muerte de Felipe IV. Todo apuntaba a que el promotor de muchas de ellas era don Juan José de Austria, el hijo bastardo del Rey,

---

hospital de la VOT el que afrontó los gastos, y supuso un desembolso de 301 reales. Esa obra se efectuó a principios del verano de 1699, pero hubo que esperar a que desapareciesen los calores estivales, ya que la VOT sabía que remover las sepulturas en esa época causaría un grave trastorno a los frailes del convento y a la vecindad.

<sup>877</sup>El enlace de la infanta María Teresa y Luis XIV de Francia tuvo lugar en la isla de los Faisanes, en el curso del Bidasoa. Mediante ese matrimonio se solemnizaba la paz de los Pirineos. Luis XIV se valió de distintos motivos para anexionarse territorios de los Países Bajos españoles durante el reinado de su cuñado Carlos II, aduciendo supuestos derechos que asistían a María Teresa, su esposa, como hija del primer matrimonio de Felipe IV e Isabel de Borbón. Esas mismas pretensiones sucesorias las hizo valer para que su nieto el duque de Anjou fuese candidato a la Corona española a la muerte de Carlos II.

<sup>878</sup>Sobre esto y la vida de Carlos II, véase la biografía que ofrece CONTRERAS, J.: *Carlos II...*

enfrentado a la Reina regente y a su confesor Nithard. La tensión de ánimo que parecía estar presente no sólo en los medios palatinos sino también entre el pueblo madrileño, en una institución de carácter religioso-social como la VOT, según muestran los libros de actas, no tenía cabida, incluso en situaciones extremas, como en 1669, cuando don Juan José decidía ponerse al frente de una tropa de 400 soldados, cruzar la raya de Aragón y dirigirse hacia la Corte<sup>879</sup>.

En la Orden Tercera madrileña concurrían partidarios políticos de un bando y de otro, pero con su actitud en la Fraternidad, los hermanos dejaban ver que las cuestiones políticas quedaban de puertas para afuera, puesto que entre ellos sólo preocupaba y se atendía a las devociones espirituales y a la labor asistencial a los pobres.

### **1. LOS LÓPEZ DE ZÁRATE: REGIDORES, MINISTROS DE LA VOT Y ARISTÓCRATAS**

Cuando a finales del siglo XVII se mencionaba entre los madrileños el nombre de la Venerable Orden Tercera, nadie ponía en duda que se trataba de una de las instituciones piadosas más abnegadas, caritativas y prestigiosas de la capital; era hartos sabido que muchos de sus miembros vivían entregados a la asistencia de sus hermanos necesitados, sin escatimar medios y con verdadero celo cristiano. Para entonces, la VOT, hondamente calada en el pueblo de Madrid, contaba con dos edificios emblemáticos de su propiedad: la capilla del Cristo de los Dolores y el hospital-enfermería.

La capilla del Cristo de los Dolores se había construido a la sombra protectora del monasterio franciscano, y a unos cientos de metros, años después, se levantó el hospital-enfermería. Aunque entre la construcción de ambos transcurrió un cierto tiempo, se realizaron gracias a los desvelos y empeño de dos insignes caballeros, ministros de la Fraternidad, unidos no sólo por estrechos vínculos de sangre, sino también, por su piedad y dedicación a la causa de los pobres. Se trataba de don Íñigo López de Zárate y de su hijo mayor don Juan Antonio<sup>880</sup>.

Don Íñigo López de Zárate, de linaje oriundo de la Rioja, fue caballero de hábito de la Orden de Santiago<sup>881</sup>; había nacido en el año 1605 en Madrid, hijo de Juan,

---

<sup>879</sup>GRAF VON KALNEIN, A.: *Juan José de Austria en la España de Felipe II*, Lleida, 2001, pp. 65 y ss.

<sup>880</sup>Las primeras referencias que aparecen en los libros de actas de la VOT a propósito de la familia López de Zárate se remontan a 1639. En la C. 1, Lib. II, fol. 226, se menciona a don Fernando López de Zárate como discreto seglar.

<sup>881</sup>Sec. OO. MM., exp. n.º 4.626, Valladolid, 1643.

consejero del Consejo de Italia, y de María Bolague, ambos vecinos de la parroquia de San Pedro, en la que Íñigo recibió las aguas bautismales el 9 de febrero de 1606. Desde muy joven, Íñigo había sido devoto de San Francisco, una devoción que había heredado de sus padres y que cristalizó cuando ingresó como hermano seglar en la Tercera Orden de San Francisco de la capital<sup>882</sup>. En 1638 ya formaba parte del Discretorio, y según dicen los libros de actas, desde un principio su comportamiento y piedad fue edificante ejemplo para los hermanos<sup>883</sup>. Permaneció en el Discretorio hasta 1667, año en el que por votación fue designado ministro de la Fraternidad en sustitución del marqués de Santillana<sup>884</sup>.

Don Íñigo mantuvo su soltería hasta 1642, cuando ya cumplidos los treinta y siete años contraía matrimonio con doña María Álvarez de Medina. La novia aportaba como dote al enlace una plaza de regidor en la Villa y Corte, cargo que López de Zárate pasó a ocupar hasta 1666<sup>885</sup>. Socialmente se trataba de un personaje de reconocido renombre, siempre al servicio de la Monarquía, que con el paso de los años ocupó cargos de mayor responsabilidad: secretario en el Consejo Real de Hacienda, ministro en el de Nápoles y secretario de Cámara en el Supremo de Italia. Cuando en 1667 tomó posesión del ministerio de la Orden Tercera, disfrutaba de la plaza de consejero de capa y espada en el de Italia. En ese mismo Consejo, Su Majestad, Felipe IV, había hecho merced del cargo de secretario a Juan Antonio<sup>886</sup>, hijo mayor de don Íñigo.

En el acto de toma de posesión de ministro de la VOT, López de Zárate se prometió así mismo, como si de hacienda propia se tratase, que la capilla del Cristo de los Dolores, iniciada en 1662, se concluiría bajo su mandato y, que se respetarían los plazos previstos. Desde el comienzo de la obra, don Íñigo había visitado y vigilado a diario la marcha de los trabajos, y sus reiteradas aportaciones económicas para ese fin habían sido ejemplo para estimular la caridad traducida en limosnas del resto de los hermanos

---

<sup>882</sup>Íñigo López de Zárate perteneció a la Congregación de Nuestra Señora de la Natividad desde su fundación en 1630. En dicha fundación desempeñó durante un tiempo el oficio de secretario. MARÍN BARRIGUETE, F.: *La Congregación de la Natividad de Madrid, un modelo de institución de disciplina social*, Universidad Complutense, 2004, pp. 23 y ss..

<sup>883</sup>AVOTM, C.1 Lib. II, fols. 188 y ss.

<sup>884</sup>Ibíd., fol. 226.

<sup>885</sup>En el siglo XVI los corregidores madrileños fueron personas altamente profesionalizadas, letrados cualificados en lides burocráticas y políticas; a partir de 1600, muchos recibieron el cargo como una merced por sus servicios a la Corona.

<sup>886</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fol. 327v. Los ministros de capa y espada, en oposición a los letrados, eran nobles o hidalgos, y no se vestían con la toga por no tener formación jurídica. En el Consejo de Castilla todos eran letrados; en el de Italia y Hacienda los había de ambas clases. Para más información, véase FAYARD, J.: *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*, Madrid, 1982, p. 36.

discretos<sup>887</sup>. Su extrema humildad le impedía hacer alarde de su generosidad, que si bien era conocida entre el Discretorio, no trascendía al común de la VOT. Ahora, desde su puesto de ministro, el afán por culminar la obra se había hecho mayor.

El afecto que don Íñigo profesaba a la Venerable Orden Tercera supo transmitírselo a sus familiares, primero, a su esposa y después, a sus hijos Juan Antonio, Ignacio, Francisco, María Teresa y Marcela. En 1668 Juan Antonio e Ignacio, sus hijos mayores, ya ocupaban cargos de responsabilidad en el Discretorio. Juan Antonio, sin ser sacerdote, que era lo usual para desempeñar el cargo, había sido elegido vicario del culto divino, mientras que el segundo, Ignacio, estaba encargado de organizar las visitas a las cárceles<sup>888</sup>. En ese año se dio fin a la hermosa capilla del Cristo de los Dolores, y don Íñigo, rebosante de gozo, tras los actos y festejos de la inauguración, asumió como suyos los endeudamientos de la Orden buscando la fórmula más rápida para despejarla de esos graves inconvenientes<sup>889</sup>.

Desgraciadamente, no le fue posible ver antes de morir a la VOT libre de cargos, ya que el 7 de septiembre de 1669, a los sesenta y cuatro años entregaba su alma a Dios<sup>890</sup>. Su mandato al frente de la VOT no fue largo, pero su entrega y empuje hicieron que ese corto espacio de tiempo resultase altamente fructífero y beneficioso para la Orden<sup>891</sup>. Bajo su dirección, sin escatimar tiempo ni molestias, y gracias a sus relaciones en la Corte, la Institución se vio favorecida en todo lo que concernía a su gobierno y prestigio,

---

<sup>887</sup>Existe abundante documentación en la que se habla, sin decir las cantidades, de las generosas limosnas que don Íñigo López de Zárate ofreció a la VOT; sus aportaciones para la obra de la capilla del Cristo de los Dolores fueron notables. Esa generosidad se extendía más allá de la capilla del Cristo, pues fue también remedio para muchos de los apuros económicos por los que atravesó la Orden.

<sup>888</sup>AVOTM, leg. 87/2; C. 2, Lib. IV. Elecciones de cargos.

<sup>889</sup>Ibídem, leg. 751/80. En 1668 don Íñigo López de Zárate hizo entrega a la VOT de 30.000 reales de plata que le adeudaba la Real Hacienda por las tratras de las Navidades desde 1643 a 1658, como secretario que había sido del Consejo Superior de Italia.

<sup>890</sup>Ibídem, C. 3, Lib. V, fols. 637v. y r. y 638v. Los sufragios que se ofrecieron en la VOT por el alma de don Íñigo López de Zárate fueron: 269 misas cantadas; 59 rezadas; 11 estaciones mayores del Santísimo Sacramento; 53 responsos; 2 oficios de difuntos; 1 nocturno; 5 visitas a los altares; 35 partes del rosario; 1 ofrecimiento y 2 rezos de coronas a Nuestra Señora; 100 oraciones de Alabado sea el Santísimo Sacramento, 292 al Santísimo Sudario; 239 limosnas y las buenas obras de los hermanos durante nueve semanas. Cuando se cumplió el aniversario de su muerte, después de la misa de cabo de año, el Discretorio votó para que en años sucesivos se dijese, en las nueve fiestas anuales de la Virgen y en el día de la Invención de la Cruz, diez misas rezadas y que se aplicasen por el alma de don Íñigo y de sus sucesores. Las cargas de esa memoria se deducirían del caudal de la Fraternidad. Durante la Guerra de Sucesión española, la VOT se vio forzada a suspender el cumplimiento de la memoria, sin embargo, como en el ánimo de la Fraternidad no estaba el ser ingrata con los hermanos difuntos que se esforzaron en el pasado por el conocimiento y auge de la Institución, se estableció que en el futuro se celebrasen cinco misas rezadas al año por esos hermanos y que la limosna para los oficiantes saliese del caudal del síndico o de las arcas del culto divino.

<sup>891</sup>Parroquia de San Pedro de Madrid, Libro de Defunciones, fol. 263. En su testamento otorgado ante el escribano del Rey, Alfonso Martínez, aparecen sus últimas voluntades y disposiciones con respecto a la VOT.

haciéndose finalmente realidad el deseo tan largamente acariciado por los hermanos, ver terminada la capilla del Santísimo Cristo de los Dolores.

Tras su fallecimiento, se convocó a los terceros para que manifestasen su afecto al difunto, y a la llamada no sólo concurrieron los hermanos, pues al correrse la voz, fueron muchos los devotos que quisieron honrarle por ser persona querida y porque al decir de las gentes, puso gran esfuerzo refiriéndose a la nueva capilla: “*en dar decente y decoroso sitio a la imagen del Cristo de los Dolores*”.

Para celebrar los funerales de don Íñigo, se enlutaron los suelos y los bancos de la capilla del Cristo con bayeta negra, y se cubrió el féretro de terciopelo, luciendo alrededor del túmulo candelabros de largas velas. Quiso la VOT que se oficiase un nocturno y una misa cantada, sin que faltase la música de la Capilla Real de la Encarnación. Presidió las exequias el visitador general de los observantes, fray Francisco Sánchez Gareca, acompañado de los discretos eclesiásticos y seglares que compartieron con el fallecido sus últimos años. Entre ellos se encontraban: Luis de Antequera y Arteaga, Marcelo Andino, Bernardo Roche Moxica, Diego de Cepeda y Castro, Francisco de Arce, Manuel de Villarreal, Mateo Vázquez de Mendoza, Pedro Calderón de la Barca y otros<sup>892</sup>. El cuerpo del difunto recibió sepultura en el convento de San Francisco, a escasos metros de su querida capilla del Cristo de los Dolores<sup>893</sup>.

La VOT, ahora privada de la protectora sombra de don Íñigo y agobiada por la situación de endeudamiento económico en el que se encontraba, creyó conveniente convocar elecciones anticipadas para elegir nuevo ministro<sup>894</sup>. Era vital que en situación tan delicada se pusiese al frente de la Orden una persona con autoridad y prestigio suficiente para no temer enfrentarse a las malas condiciones financieras en que ésta se encontraba. En octubre se convocaba junta, y en su transcurso el Discretorio hizo un detenido repaso de los hermanos más significativos que podrían asumir esa responsabilidad, y en cuál de ellos se darían las cualidades que se buscaban. En la terna que se presentó a las votaciones figuraban tres nombres: Jerónimo de Prado, Juan Baptista

---

<sup>892</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fols. 381, 382r., 382v. y 384. En el folio 381 figura el acta de la junta general celebrada el día de la muerte de este personaje, en ella se hace un panegírico de su persona y se repiten las alabanzas, méritos y virtudes que le adornaron. Los gastos que supusieron las exequias junto con los derechos que hubo que entregar al convento tuvieron un monto de 1.616 reales

<sup>893</sup>Ibíd., fols. 304 y ss. Relación de los funerales y demás actos religiosos celebrados por las honras fúnebres del fallecimiento de Íñigo López de Zárate, Madrid, 20 de septiembre de 1669.

<sup>894</sup>Alguna vez, en ocasiones similares y, sobre todo, si estaban próximas las elecciones, el coadjutor había ocupado el puesto de manera transitoria. En las actuales circunstancias no se contempló esa posibilidad.

Sanz Navarrete y un todavía muy joven Juan Antonio López de Zárate. El día 7 de octubre se celebró la votación y tras el recuento de votos se vio que todos los votantes, sin excepción, desde la primera ronda habían coincidido en su elección. El elegido era don Juan Antonio López de Zárate, hijo del difunto don Íñigo.

La unanimidad de los votos creemos que pudo deberse a varios motivos: primero, porque el elegido, además de ser persona respetada y querida por todos los hermanos, poseía un perfecto conocimiento de la situación, y en los distintos cargos que había desempeñado al servicio de la VOT siempre demostró su eficacia; segundo, su labor callada, discreta y generosa, al igual que lo había hecho su progenitor, atajando necesidades urgentes de la VOT, pues fueron muchas las ocasiones en las que no dudó en recurrir a su propia hacienda para que no se viesen perjudicadas las precarias finanzas de la Orden; y, finalmente, las circunstancias de aquellos momentos aconsejaban que a la cabeza de la Orden estuviese una persona del mismo o parecido perfil del extinto don Íñigo, puesto que a buen seguro la vitalidad e ingenio del padre para obtener limosnas y ayudas habían de estar presentes en la persona del hijo<sup>895</sup>.

El nuevo ministro había nacido en la capital en 1646, y en mayo de ese año fue bautizado en la parroquia de San Pedro, como sus abuelos y padres. En 1653 el rey Felipe había hecho merced a don Íñigo de un hábito de la Orden de Santiago para su hijo don Juan Antonio, aunque éste por su corta edad no lo pudo vestir entonces; hubo que esperar a que cumplierse diez años. La ceremonia tuvo lugar en el convento de las hermanas clarisas de la Concepción francisca, y lo recibió de mano del marqués de Leganés<sup>896</sup>.

Muy joven contrajo matrimonio con doña María de Loyola, pero de la unión no hubo descendencia. Se puede decir que toda su vida familiar transcurrió en una zona muy cercana al convento franciscano, ya que siempre habitó en unas buenas casas en la carrera de San Francisco que pertenecían al marqués de Santillana.

Por herencia paterna ocupó el puesto de regidor de la villa madrileña, desempeñándolo sin interrupción desde 1669 a 1677 y desde 1683 a 1693; no se sabe si en esta segunda etapa lo hizo por compra, traspaso o herencia. En 1677 se le nombró

---

<sup>895</sup>AVOTM, C. 3, Lib. IV, fols. 388v. y 389.

<sup>896</sup>Sec. OO. MM., exp. n.º 9.126, Madrid, 1653.



consejero en el Consejo de Nápoles, y desde 1686 ocupó el cargo de secretario de Despacho Universal<sup>897</sup>.

Si importante fue la labor que don Íñigo desarrolló al frente de la VOT, no se quedó atrás la del hijo. Sólo contaba veinticuatro años cuando fue elegido ministro de la Fraternidad, y su juventud que, para otros sin su madurez de carácter, hubiese significado inexperiencia e irreflexión, en él fue un reto a superar, ya que desde el principio se propuso culminar todos los proyectos que la muerte había impedido realizar a su padre.

En algún momento de los muchos años en los que desempeñó el cargo de ministro de la VOT, los hermanos temieron que por sus responsabilidades y deberes en los negocios de la Monarquía no pudiese ocuparse debidamente del gobierno de la Fraternidad, o que se viese en la necesidad de abandonar el cargo; fue un temor inútil pues nunca se produjo esa situación, eficazmente supo compaginar ambas obligaciones. Las actas nos dan fe de que su labor al frente de la Orden y sus cualidades de gobierno fueron tan excelentes, que año tras año, y así hasta veintisiete, fue reelegido, siendo continuos y manifiestos los parabienes y agradecimientos que recibió por su mandato.

En 1673, tres años después de su nombramiento, era público que su gestión acerca del endeudamiento de la VOT había sido tan bien llevada “*que el débito se había reducido de 320.000 a 108.349 reales y todo ello sin que se desatendiese ninguno de los socorros a los pobres*”. A su buen hacer, no existe duda, se debió la construcción del emblemático hospital de la Venerable Orden Tercera, y pudo tener la satisfacción de ver terminada la obra así como la de su iglesia, que en 1693 se comenzó a construir en terrenos anejos al edificio principal.

---

<sup>897</sup>ÁLVAREZ DE BAENA, J. A.: *Hijos de...*, t. II, pp. 268 y 269.



Don Juan Antonio López de Zárate. Ministro de la VOT.

Desde el comienzo de su mandato, don Juan Antonio puso especial empeño en que la Orden ocupase, por el prestigio que había alcanzado en el seno de la villa madrileña, el lugar que socialmente le correspondía, y ese interés se evidenciaba en su afán porque los terceros hiciesen acto de presencia en aquellos acontecimientos en los que podían dar testimonio de su fe, y ser modelo de unión como Institución.

En enero de 1677 era inminente la llegada de don Juan José de Austria a la Corte. El Rey había requerido la presencia de su hermanastro: *“para que me ayude a la mejor dirección [...] y aguardo muy en breve a Don Juan de Austria mi hermano a quien he llamado a este fin”*<sup>898</sup>. Para entonces el valido Valenzuela ya había sido conducido a Consuegra, cabeza del priorato de la Orden de San Juan, de la que don Juan José era su prior.

---

<sup>898</sup>AHN, sec. Estado, leg. 2661.

López de Zárate encargó al marqués de Falces que buscara el medio para que una comisión de discretos se entrevistase con don Juan en los primeros días de su llegada a Madrid. Al mismo tiempo que le daban la bienvenida y besaban la mano, debían informarle sobre la labor y proyectos de la VOT, ya que el Príncipe se consideraba como su protector, si no de manera oficial, pues lo eran doña Mariana de Austria y su hijo don Carlos II, sí de corazón. El ministro sabía que Falces, por su vinculación con la Corte y con el Cuarto de su Alteza, era la persona indicada para conseguir una audiencia con don Juan; además el Marqués podía asesorar a los hermanos para que la visita resultase un éxito. El ministro confiaba en que ese encuentro fuese de provecho para la Fraternidad, dado el apoyo que en aquellos momentos el Rey parecía dispensar a su hermano, y la buena relación existente entre el Príncipe y la VOT.

Una duda que tenía López de Zárate era si Falces había de ser acompañado por el visitador Sánchez Gareca, o por terceros miembros de la alta nobleza, próximos a la figura del hermanastro del Rey. Fue Falces quien lo resolvió: *“es más conveniente el que los visitantes sean bien aceptados por el Príncipe, y lógicamente serán mejor recibidos, y de menos embarazo, para quienes por su grandeza tienen abierto el camino, por ser muchos los que en esos días concurren a besar la mano de Su Alteza”*. Con ese criterio los comisionados fueron: Francisco de Borja, para que los terceros eclesiásticos no se viesen desairados, otro hermano de título del que no se dice el nombre y el ya mencionado marqués de Falces.

A primera hora de la mañana del sábado 23 de enero, don Juan José había llegado al Palacio del Buen Retiro, contaba cuarenta y seis años, y su hermanastro el Rey acababa de cumplir los quince. Teniéndose por devoto hermano de la Tercera Orden y gracias al buen hacer de Falces, no tardó en recibir a la comisión que después de presentarle sus respetos, le expresó en nombre propio y en el de la Orden Tercera madrileña su gozo por tenerle en la Corte, y le reiteraron *“el mucho afecto con que en todos los ejercicios se pide a nuestro Señor por la felicidad y salud del Rey y por la Vuestra para que sigan los grandes aciertos en el gobierno de Su Alteza”*. Don Juan José recibió con agrado los parabienes de los hermanos, que salieron de Palacio con la promesa por parte del Príncipe de una limosna<sup>899</sup>.

---

<sup>899</sup>Libranza emitida por el buro de don Juan José de Austria por valor de 1.200 reales de vellón a favor de la VOT. Se trata de una limosna para el hospital que se está construyendo. *Don Juan José de Austria y las artes: 1629-1679*, Fundación del Instituto de Empresa, Madrid, 2005, p. 236.

Entre sus muchas cualidades, López de Zárate tuvo la habilidad de componer el Discretorio que él presidió durante muchos años con sujetos capaces, virtuosos y de desahogada posición social; hombres en los que encontró el apoyo necesario para llevar adelante la Institución. Él mismo no regateaba energías en el gobierno de la VOT, y causaba asombro entre los hermanos que esa entrega constante no significase el abandono de sus deberes en otros espacios. Sus colaboradores solían decir, “*parece que es mas largo el día para él, que para los otros*”. Anualmente el Discretorio le agradecía su dedicación, celebrando en el Cristo de los Dolores una misa cantada por la salud espiritual de su alma, en una fecha que fuese de especial devoción para el ministro <sup>900</sup>.

El 11 de noviembre de 1685 el Rey le hizo merced a don Juan Antonio de un título castellano, marqués de Villanueva de la Sagra, y tres años después, en enero de 1688 fue honrado de nuevo con el favor real al recibir la encomienda de la Ribera y el Acebuche de la Orden de Santiago, que comportaba el puesto de alcaide del Castillo y Fortaleza de Estepona, en el Reino de Granada. En 1689 era nombrado alférez mayor de Madrid<sup>901</sup>.

En febrero de 1694 cayó enfermo, y fue el coadjutor Miguel Sevillano el que tuvo que asumir en su ausencia las funciones de ministro. A pesar de su enfermedad, don Juan Antonio recibía periódicas visitas de los hermanos que le mantenían informado de todo lo concerniente a la Fraternidad, y lo que para él constituía una obligación, el socorro a los necesitados<sup>902</sup>. Tras una corta convalecencia, don Juan Antonio volvió a sus ocupaciones habituales hasta 1696, año en el que recayó, ya de gravedad, y aunque en un principio pareció recobrarse, su fortaleza ya no fue la misma, y al decir de los hermanos “*su salud fue languideciendo*”<sup>903</sup>. Dos años después, el día 8 de febrero, entregaba su alma a Dios, a la edad de cincuenta y dos años. Su vida no había sido larga, pero murió teniendo la satisfacción de haber dedicado más de la mitad de ella al servicio de la VOT.

Juan Antonio López de Zárate había dejado fundado un mayorazgo, y nombrado como heredera de todos sus bienes a su esposa doña María de Loyola. Al carecer de hijos estableció que el marquesado lo recibiese su hermano Ignacio<sup>904</sup>. Su postrer deseo fue que

---

<sup>900</sup> AVOTM, C. 4, Lib. VI, fols. 21v. y 22; C. 5, Lib. VII, fol. 338.

<sup>901</sup> Ibídem, C. 5, Lib. VII de acuerdos, fol. 166.

<sup>902</sup> Ibídem, C. 8, Lib. X, fol. 13. Durante el tiempo que duró la enfermedad del ministro, la VOT ofreció una misa cantada diaria y constantes oraciones y rogativas por su salud.

<sup>903</sup> Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 16. “*El 26 de febrero de 1696 se celebró en la capilla del Cristo de los Dolores frente al altar de Santa Rosa de Viterbo una gran fiesta religiosa para conmemorar el restablecimiento de la salud de nuestro ministro el señor marqués de Villanueva de la Sagra*”.

<sup>904</sup> AHN, sec. Consejos. 9126. Testamento otorgado por don Juan Antonio López de Zárate, ante Pedro Cubero Tirado, escribano de provincia.

su cuerpo recibiese sepultura en la bóveda de la capilla antigua de la VOT, vestido con un humilde sayal franciscano, como el más pobre de los terceros. En las últimas voluntades suplicaba que se dijese tres mil misas para que, como pecador que había sido en vida, le fuesen redimidas en parte las penas del purgatorio.

Las honras fúnebres se celebraron en la capilla del Cristo de los Dolores el 23 de marzo, y los actos mortuorios resultaron profusos tal y como se merecía el personaje. En el plano social y político, López de Zárate había sido hombre de reconocido prestigio, siendo prueba de ello las dignidades que recibió a lo largo de su vida siempre al servicio del Rey y de la Monarquía Hispánica y en lo personal eran muchos los que le debían agradecimiento.

En la VOT su muerte causó consternación, había llevado sus riendas con tesón y sin descanso hasta el día en que cayó gravemente enfermo, un largo camino que comenzó veintiocho años atrás<sup>905</sup>. Hasta que se eligió otro ministro, asumió la cabecera de la Orden el discreto don Thomas de Álava y Aragón, caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de Su Majestad en el Real de Hacienda.

Un mes después, en abril, se convocaba junta de elección, en la que como era costumbre, se propusieron los candidatos. La terna estaba compuesta por caballeros de título pertenecientes a la alta nobleza: el conde de Monterrey, el marqués de Villafranca y el marqués de Santillana. Tras la votación resultó elegido el primero, Juan Domingo de Zúñiga Fonseca Ayala y Toledo, conde de Monterrey, de Fuentes y Ayala, marqués de Tarazona, comendador de Alangué, gentilhombre de la Cámara de Su Majestad, de su Consejo de Estado y su presidente en el Consejo de Flandes. Monterrey ocupó el cargo de ministro de la VOT hasta el año 1702, fecha en la que de nuevo un miembro de la familia López de Zárate salió electo para dirigir el gobierno de la Fraternidad<sup>906</sup>.

Esta vez se trataba de don Ignacio, hermano menor de don Juan Antonio. El nuevo ministro había estudiado en la Universidad de Salamanca y como su hermano mayor fue merecedor de diversos títulos: caballero de la Orden de Santiago desde 1666<sup>907</sup>,

---

<sup>905</sup> AVOTM, C. 3. Lib. V, fol. 315v. Analizando los libros de actas hemos observado que no siempre se tuvo en cuenta la norma que aconsejaba que el desempeño del cargo de ministro de la Fraternidad por una misma persona no superase los tres años. En el caso de don Juan Antonio López de Zárate, ese tiempo fue superado con creces, recibió el nombramiento en 1670 y lo dejó por fallecimiento en 1698. Los motivos habría que buscarlos en razones no sólo religiosas, sino también sociales y políticas basadas en el poder y prestigio del personaje, un soporte necesario para la Fraternidad y sus proyectos de caridad.

<sup>906</sup> Ibídem, C. 9, Lib. XI, 223.

<sup>907</sup> AHN, sec. OO. MM., 4.619, año de 1666.

gobernador de la ciudad de Capua, en el Reino de Nápoles, miembro de los Consejos de Guerra y Órdenes en 1694, después en el Consejo de Italia, y en el Consejo de Castilla y, por último, regente en Nápoles. Desde 1698, tras la muerte de su hermano Juan Antonio, era el titular del marquesado de Villanueva de la Sagra<sup>908</sup>.

Don Ignacio casó con Isabel de Vargas y Pimentel, marquesa de la Nava de la Barcina, y señora de la casa principal de los Vargas de Madrid; del matrimonio nacieron varios hijos. Haciendo honor a su apellido, su gestión al frente del gobierno de la VOT *“fue corta pero de mucho provecho para la Orden”*. En 1707 Ignacio López de Zárate entregaba su alma a Dios<sup>909</sup>.

Han transcurrido más de trescientos años desde esos hechos, pero el recuerdo de los López de Zárate sigue vivo en la VOT, ya que gran parte del patrimonio que la Fraternidad posee, y que conserva aún en nuestros días, se debió a la actividad que a su favor desarrolló esa familia madrileña en el siglo XVII y comienzos del XVIII. En el hospital de la Venerable Orden Tercera de Madrid, sus figuras presiden el establecimiento, siendo testigos mudos del acontecer diario de ese lugar. Al traspasar el señorial portal que da entrada al edificio, en el magnífico vestíbulo que preside la hermosa escalera imperial que da acceso a los pisos superiores, nos encontramos con una gran pintura que representa a un caballero de porte noble vestido con el hábito de Santiago<sup>910</sup>. Una pequeña cartela en la parte inferior del cuadro nos pone en antecedentes de quien es el personaje:

*«D. Iñigo López de Zárate, Caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de Su Majestad y Consejero de Capa y Espada en el Supremo de Italia. Murió el 7 de septiembre de 1669 en el sesenta y cuatro de su edad siendo ministro de la Tercera Orden de Nuestro Padre San Francisco de Madrid, en cuyo tiempo se hizo esta capilla debido a su devoto celo»*<sup>911</sup>.

---

<sup>908</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fol. 53.

<sup>909</sup>Parroquia de San Pedro de Madrid, Libro 4 de Defunciones, fol. 169v. Los testamentarios de don Ignacio fueron: su esposa doña Isabel María; don Juan Antonio de Pimentel, marqués de la Florida; don Gaspar Girón de las Venegas y don Antonio de Ubilla y Medina, marqués de Rivas. Dejó como herederos a sus hijos: don Diego, doña Rosalía, don Francisco y doña Manuela. Ignacio López de Zárate recibió cristiana sepultura en el convento de San Francisco de Madrid junto a su padre don Iñigo.

<sup>910</sup>PÉREZ BALSERA, J.: *Laudeamus viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua*, Madrid, 1931, pp. 19.y ss.

<sup>911</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fols. 428v. y 429. En febrero de 1670 el ministro Juan Antonio López de Zárate había solicitado licencia al Discretorio para colocar el retrato de su padre, el difunto don Iñigo, en el atrio que daba entrada a la capilla del Cristo de los Dolores, o en el lugar que la Orden considerase pertinente. Don Iñigo había muerto en el ejercicio del cargo y don Juan Antonio había conocido de primera mano la dedicación y afecto que siempre tuvo su padre a la obra del Cristo de los Dolores, a la que consagró los últimos años de su vida. Por supuesto, la VOT no puso reparo alguno, considerando que de hacerlo hubiese dado muestra de desagradecimiento hacia la familia López de Zárate. Sí que hizo constar que la concesión

A pocos metros de distancia de esta pintura, subiendo la escalera, en el segundo rellano, cuelga de sus muros otro retrato, que al igual que el descrito anteriormente representa a un austero caballero vestido con el hábito de Santiago. Durante años, al carecer la obra de una cartela que arrojase alguna luz sobre el personaje, se desconoció su origen. Se intuía que podía tratarse de un hermano de la Orden que allá por el siglo XVII perteneció a la oligarquía local. Sin embargo, hace escasos años se supo que la pintura es una representación de don Juan Antonio López de Zárate, copia exacta de una original que estuvo en la capilla de una antigua mansión, ya desaparecida, situada en el Pretil de Santisteban en Madrid<sup>912</sup>.

## ***2. La capilla del Cristo de los Dolores: un espacio simbólico***

La fe, que es comienzo de la vida eterna, ha de ser alimentada para perseverar en ella. Por ello, desde 1649 la VOT tuvo la intención de construir una segunda capilla para honrar a Cristo, de mayor tamaño que la anterior y en la que los hermanos reunidos orasen y recibiesen la palabra de Dios. La Fraternidad había crecido de manera notable en hermanos, y la capilla edificada años atrás resultaba insuficiente en las grandes celebraciones. El empeño cristalizaría en la iglesia del Santísimo Cristo de los Dolores, un emblemático edificio sagrado que albergó, desde la veneración y la devoción que los terceros seglares franciscanos y los fieles de Madrid le dispensaron, la imagen de un Cristo que llegó a la VOT por una donación testamentaria.

En 1639 el Discretorio recibía la carta de un hermano, don Gabriel de Bocángel, clérigo de órdenes menores, bibliotecario del Cardenal-Infante, cronista real, e hijo de un antiguo médico del rey don Felipe III. En la misiva se comunicaba que siendo albacea de su extinto hermano Ángel, se encontraba en la obligación de dar satisfacción a sus últimas voluntades. El difunto, también hermano de la Orden Tercera madrileña, había servido durante años a ésta, desempeñando los cargos de calificador y enfermero en la parroquia de San Andrés, y había establecido en su testamento que tras su muerte la Fraternidad

---

no sería ejemplo a imitar por otro sujeto. Esa es la pintura que en la actualidad preside la entrada al hospital de la VOT.

<sup>912</sup>PÉREZ BALSERA, J., op. cit., p. 27.

recibiese una parte de su hacienda, con la única condición “*que tomase bajo su protección la imagen de un Cristo del que era ferviente devoto*”<sup>913</sup>.

El Discretorio comisionó a varios hermanos para que se personasen en el lugar en que se encontraba la imagen y juzgasen si debía aceptarse. Así se hizo, y fue tan grata la impresión de los comisionados que no hubo reparo en recibir la donación. Se trataba de una talla en madera de un Cristo de mediana altura, abrazado a la cruz. No era grandioso pero era tal la armonía que envolvía la figura lacerada y doliente y la serena belleza que emanaba del rostro velado por la sangre y las lágrimas, que a pesar de su sencillez la imagen impresionaba<sup>914</sup>. Ese Cristo ultrajado con su brazo izquierdo rodeaba la cruz, y con su mano derecha se señalaba el corazón. Era una clara manifestación de que la redención significaba dolor, y que el amor a los hombres le había llevado a la muerte. El madero de la cruz se hundía en la cabeza de un dragón, símbolo del pecado y el pie izquierdo de la imagen descansaba sobre una calavera. Victoria final de Cristo sobre el pecado y la muerte<sup>915</sup>.

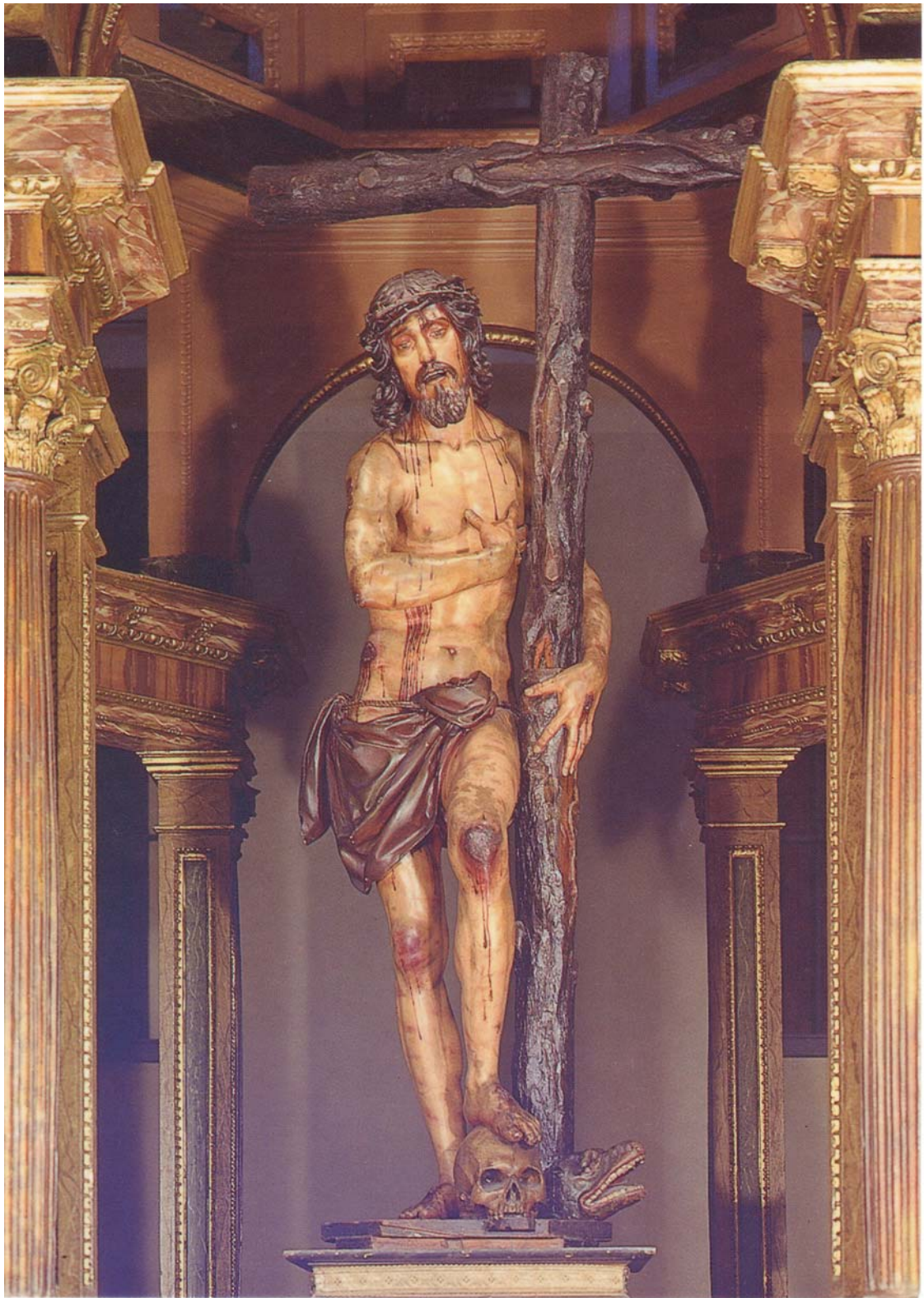
---

<sup>913</sup>AVOTM, C. 1, Lib. II, fol. 147. Se trataba de una escultura de autor desconocido, copia junto con otras dos, del famoso Cristo de la Victoria, de Domingo de Rioja. La obra original se esculpió en 1630 por encargo de una devota, doña Francisca de Oviedo y Palacios, natural de Plasencia. El artista se había inspirado en una pintura que representaba a un fraile contemplando a Cristo llagado. La obra, por su belleza y expresión, durante un tiempo estuvo expuesta en la parroquia de San Ginés y, posteriormente, cumpliendo el deseo de Felipe IV se trasladó a Palacio para que el Monarca pudiese contemplarla a su antojo. Finalmente, en 1641, su dueña conseguía que se la restituyese y se llevase hasta la localidad de Serradilla, en Cáceres, lugar de su residencia. Allí ha permanecido desde entonces, siendo objeto de devoción por parte de los fieles. Agradecemos esta información a doña Rosa Gayo Gutiérrez, hermana de la Venerable Orden Tercera de San Francisco de Madrid.

<sup>914</sup>ERRASTI, F.: *La capilla del Cristo de los Dolores de la Venerable Orden Tercera*, Madrid, 1982, p. 20.

<sup>915</sup>ORTEGA SAGRISTA, R.: «Historia de las cofradías de la Pasión de Semana Santa», en *Boletín del Instituto de Estudios Jiennenses*, Barcelona, 1956, p. 147. durante época barroca los signos dramáticos de la Pasión fueron exponentes de una nueva dialéctica entre el pueblo y las imágenes; algunos escritores contemporáneos han querido ver en esa devoción una respuesta al protestantismo.





Santísimo Cristo de los Dolores.

Gabriel de Bocángel no había podido cumplir antes las últimas voluntades de su hermano Ángel, a causa de ciertos requisitos legales, ahora lo hacía sólo en parte, ya que

el total de la herencia estaba sometida a pleitos y pesaba sobre ella la prohibición de que se fragmentase<sup>916</sup> No se conoce de qué artes se valió el clérigo, pero en un corto plazo de tiempo el Cristo, de “*secreto y de noche*”, llegaba a la Orden. Cuando la imagen estuvo en poder de la VOT, de inmediato se hicieron escrituras de la donación, y por el deterioro que sufría la obra, al Discretorio le pareció conveniente que un pintor la restaurase y policromase<sup>917</sup>.

Cuando se finalizó la construcción de la primera capilla de la VOT, allá por 1627, se puso bajo la advocación de María por la devoción y auxilio que suponía para los terceros, y desde entonces una imagen de Nuestra Señora había presidido el altar mayor. El Cristo, una vez que estuvo reparado, no desplazó a la imagen de la Virgen del altar, pues se le dispuso otro en un lateral de la capilla, en el lado de la epístola.

En 1643 el marqués de Cañete Juan Hurtado de Mendoza, antiguo ministro de la VOT, quiso que la imagen tuviese más vistosidad, así que encargó y pagó de su propio bolsillo un dosel de terciopelo drapeado y algunos adornos que, en definitiva, enriquecieron y sirvieron de ornato a la capilla. En las mismas fechas se amplió y se acondicionó una parte de la cripta, lo que facilitó la celebración de responsos y permitió colocar algunos altares portátiles. Fue entonces, cuando se pensó en trasladar al Cristo desde la capilla a la bóveda, desnuda de imágenes, por el carácter de dolor y sufrimiento de la imagen y también por su expresión de infinito amor y misericordia<sup>918</sup>. Poco a poco la devoción a la imagen creció no sólo entre los hermanos, sino que se extendió al pueblo madrileño. Así se muestra en este escrito con fecha de 1643:

*«La devoción por la imagen se ha intensificado de manera notable y en ese afecto no solo participan los hermanos de la Orden sino que un gran fervor cunde entre el pueblo madrileño»*<sup>919</sup>.

Para entonces al Cristo, y no se nos dice por qué, ya se le nombra como Cristo de los Dolores, y comienzan a atribuírsele milagros:

*«(...) que se celebre en la capilla una rogativa por el contagio de la peste y se convoque a los hermanos el día dieciocho y se descienda el Santísimo*

---

<sup>916</sup>AVOTM, C. 1, Lib. II, fol. 153 y Lib. III, fols. 42/44/47/50/96. La VOT tuvo serias dificultades para cobrar la parte económica de la donación de Bocángel. En 1645 el albacea pedía a los terceros paciencia, y se lamentaba de no haber cobrado todavía ni un solo maravedí aduciendo que se trataba de fincas quebradas.

<sup>917</sup>Ibídem, leg. 403/86. Para realizar ese trabajo hubo que esperar al año 1642, y se encargó de ello Diego Rodríguez.

<sup>918</sup>FLOORS, J.: *Historia de la espiritualidad española*, Barcelona, 1969, pp. 102 y ss.

<sup>919</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fol. 82. Ese es el motivo por el cual la cruz aparece cortada.

*Sacramento durante la misa y se suba al Cristo desde la bóveda y a la noche se rece el rosario»<sup>920</sup>.*

La devoción que despertó la imagen entre los devotos madrileños puede deberse a varios factores: por una parte lo inusual de su llegada a la VOT, no todos los hermanos conocían su origen y los motivos que la habían llevado hasta su capilla, lo que hacía que la rodease cierto misterio; otra causa puede buscarse en la escasa accesibilidad que se tuvo para verla cuando se la trasladó a la bóveda<sup>921</sup>. Y fue precisamente ese aislamiento lo que producirá entre los fieles, no el olvido, sino el efecto contrario, e incentivará los deseos de visitarla y postrarse a orar ante ella<sup>922</sup>. El padre guardián del convento franciscano fray Lope Páez, sin que tuviese competencias para hacerlo, se negaba rotundamente a que entrasen los fieles de manera masiva en la cripta, y presentaba continuas quejas ante el Discretorio, estimando que no se trataba de un lugar para ser visitado con asiduidad:

*«El gran concurso de gente, principalmente mujeres, que bajan a la bóveda, puede acarrear serios inconvenientes».*

Fray Lope llegó a exigir a los hermanos que la zona de la bóveda se declarase clausura, para que sólo tuviesen acceso los discretos y aún estos, lo harían bajo su personal vigilancia. Los discretos no aceptaron la extraña petición del fraile, considerando que se trataba de una intromisión que alteraba la propia jurisdicción de la Orden Tercera, en lo que, sin duda, era un asunto interno de la Fraternidad. Por ello, y para que el asunto no prosperase, buscaron la protección del provincial franciscano, que al conocer los hechos tuvo a bien anular lo ordenado por el guardián. Sin embargo, el provincial creyó que no estaría de más restringir las visitas de las hermanas terceras a determinados días del año, una disposición que no afectó a los varones.

En septiembre de 1649 desde Roma se expedía un buleto que mostraba como la religiosidad era motor y esencia del proceso confesional vigente, y que se hizo llegar al ministro de la VOT, conde de Miranda y duque de Peñaranda. En el escrito, Inocencio X

---

<sup>920</sup>Ibíd., Lib. III, fol. 200. En épocas de calamidades, como fue el azote de la peste, se buscaba la intercesión del Cristo de los Dolores y se le trasladaba de la bóveda a la capilla para que los devotos tuviesen más fácil el acceso, entonces la afluencia de fieles era numerosa.

<sup>921</sup>Al sentimiento mesiánico que recorrió a la sociedad del Barroco se sumó una devoción extrema a la Pasión de Cristo; años atrás, en la capital de la Monarquía Hispánica se había ultrajado y profanado la imagen de un Cristo, y las injurias que se le infringieron dieron lugar al culto por el Cristo de la Paciencia. Sobre mesianismo, véase ALVAR EZQUERRA, A., CONTRERAS, J. y RUIZ RODRÍGUEZ, I., (eds.) *Política y Cultura en la Edad Moderna*, parte II.

<sup>922</sup>AVOTM, leg. 403/54.

concedía indulgencia plenaria a los hermanos de la Tercera Orden franciscana de Madrid que visitasen la capilla en la que se veneraba al Cristo de los Dolores. La indulgencia alcanzaba varias fechas: desde la víspera de la fiesta de la Invención de la Cruz y su Exaltación el 3 de mayo, hasta pasados seis días, después de ponerse el sol. Los hermanos, tras confesar y comulgar, debían orar piadosamente para que reinase la paz y la concordia entre todos los príncipes cristianos, para que se extirpase la herejía y por la exaltación de la Santa Iglesia Católica. Quien lo hiciese alcanzaría indulgencia durante siete años<sup>923</sup>. La gracia que llegaba por vía papal suponía, a no dudar, que se incentivase y fuese mayor la devoción que se profesaba a la imagen.

Es en esas fechas cuando la VOT muestra las primeras inquietudes acerca de la necesidad de construir una capilla más amplia y bella que la actual<sup>924</sup>. Ya no se trataba de que el espacio se quedase corto para albergar a los numerosos hermanos y hermanas que constituían la Fraternidad madrileña, sino que el nombre, la fama y la calidad que había alcanzado ésta necesitaba un marco más digno en consonancia con ese prestigio.

Sin embargo, el deseo se tuvo que frenar durante unos años por dos motivos: primero, por la falta de medios económicos; y segundo, porque al Discretorio le asaltó el recuerdo de los graves enfrentamientos que se suscitaron entre la VOT y el convento cuando en los años veinte del siglo se edificó la primera capilla. Todavía recordaban la pésima relación que se desarrolló entre frailes y hermanos, y la discordia que les acompañó el tiempo que duraron las obras.

En 1659, el entonces ministro de la VOT don Jerónimo de Mascareñas, obispo electo de Leyra, en Portugal, caballero de la Orden de Calatrava, de los Consejos de Órdenes y de Portugal, creyó llegado el momento de emprender esa empresa. Para no llegar a la situación que antaño se produjo con el convento, la VOT actuó con astucia, no expuso su proyecto al padre guardián, sino que lo presentó directamente ante las altas instancias franciscanas. Para esa tarea nombró una comisión, que por expreso deseo del ministro Mascareñas, presidió don Íñigo López de Zárate<sup>925</sup>, un notable miembro del Discretorio, quien acompañado de otros caballeros marchó a visitar a fray Juan de

---

<sup>923</sup>Ibídem, C. 1, Lib. III, fol. 471v.

<sup>924</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 507v. En abril de 1671 Clemente X favorecía de nuevo a la VOT con gracias e indulgencias por esa devoción. El buleto decía que por cada una de las misas que se dijese los lunes y miércoles ante el altar del Cristo de los Dolores, saldría un ánima del Purgatorio. Se permitían celebrar hasta catorce misas diarias y la indulgencia se extendía a siete años.

<sup>925</sup>JOVER ZAMORA, J. M. (dir.): *Historia de España*, t. XXXI, Barcelona, 1969, pp. 160-161.

Manresa, comisario general observante, calificador de la Suprema y General Inquisición, y predicador de Su Majestad, Felipe IV.

La comisión, además de entregar al franciscano un memorial, le expuso de palabra la magnitud del proyecto y la necesidad que tenían de encontrar un lugar para edificar la nueva capilla. El fraile les escuchó en silencio y les despidió prometiéndoles reflexionar y estudiar con detenimiento y benevolencia el memorial que se le entregaba. Cumpliendo lo prometido, fray Juan no demoró su respuesta, antes de cumplirse un mes la VOT recibía la buena nueva de que se le había adjudicado un terreno dentro del recinto del monasterio de San Francisco, en una zona cercana a la puerta del convento y para que no cupiesen dudas se garantizaba la adjudicación mediante patente.

Conseguido ese primer objetivo, sólo restaba encontrar la forma de financiación; la VOT repartía sus esfuerzos entre fe y caridad, pero era decisión unánime del Discretorio no servirse de los medios de una para la otra, especialmente cuando se trataba de los caudales que la Orden destinaba a los socorros de los pobres<sup>926</sup>. Mascareñas convocó a junta a varios discretos: al coadjutor Miguel de Salinas, al secretario Diego Cano de Santayana, al marqués de Malpica y a don Íñigo López de Zárate; estos hermanos, como paso previo a la obra, pensaron en la conveniencia de crear una Junta de Medios, para que asumiese el peso de la construcción, incentivase la generosidad de los hermanos y devotos con limosnas, mandas y efectos, y consiguiese préstamos y licencias<sup>927</sup>.

Así se hizo, formaron parte de ella el visitador fray Joseph de San Francisco, el guardián fray Francisco Sánchez Gareca, el coadjutor de la VOT Miguel de Salinas y los hermanos Gabriel de Robles, Diego de Córdoba, marqués de Santillana, Diego Cano de Santayana, Pedro Balpuerta, Sebastián Muñoz Suárez, Marcelo Andez, el marqués de Malpica, Juan Guerrero de Torres, Íñigo López de Zárate, Juan de Villanueva, Antonio Freyre de Andrade, y Francisco de Irabari. La junta tenía facultad para reunirse siempre que fuese conveniente, servirse de los medios necesarios para conseguir la financiación, y establecer y hacer conciertos y escritos. Con un gran deseo de emprender la obra los hermanos discurrieron sobre cómo poner en marcha estrategias y fórmulas que sufragasen los gastos que estaban por venir.

---

<sup>926</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fols. 140v. y 141v.

<sup>927</sup>Ibídem, fols. 142 y 142v.; C. 120.

Fueron varias las disposiciones que se emitieron en la primera Junta de Medios que se celebró el 30 de agosto de 1659, pero entre ellas cabe destacar dos: que se nombrase una comisión presidida por el marqués de Malpica para que visitase al Rey, darle cuenta del proyecto y solicitar su intervención para que los Consejos contribuyesen con alguna limosna y que *“se escriba a la Cristianisima Reina de Francia, nuestra hermana, Ana de Austria, pidiéndole que ayude con su limosna para la fabrica y assi mismo a su confesor para que se lo suplique de parte de nuestra Orden y assi mismo se escriba al Serenissimo Señor Don Juan de Austria, nuestro hermano, pidiendo a Su Alteza lo mismo que a la Reina de Francia”*.

Varios días después, en una nueva reunión se discurió que podría ser positivo para lograr limosnas y poder comenzar la construcción que se instase a los terceros que pertenecían a un gremio a que pidiesen ayuda económica en estos; que se imprimiesen papeles y se colocasen en las puertas de las iglesias y lugares públicos para que todos los fieles tuviesen noticia del proyecto; que los cobradores de la VOT hiciesen listados con los nombres de todos los terceros para saber si pagaban las conmutaciones; que por turno, cuatro discretos semanalmente demandasen limosnas, en secreto, entre sus amigos y conocidos y, de manera pública, en las parroquias de las que eran vecinos<sup>928</sup>. Por su parte, el marqués de Santillana propuso que se escribiesen cartas a todos los gobernadores, corregidores, arzobispos y obispos del Reino dándoles cuenta del proyecto en ciernes. Las respuestas de los que recibieron noticia del proyecto fueron en general positivas, en especial la del arzobispo de Granada, los obispos de Palencia, Sigüenza, Oviedo, Guadix y los gobernadores de Sevilla y Cádiz<sup>929</sup>.

La Orden, de antemano, había preparado un arca cerrada con tres llaves para guardar a buen seguro todo lo que se recaudase. Esas llaves estuvieron en poder del visitador, del ministro y de Juan de Villanueva, nombrado secretario de la Junta de Medios<sup>930</sup>.

Preparando la VOT los pormenores para poner en marcha la construcción, acaeció un suceso en el que se dieron cita caridad y picaresca, un episodio que enturbió y comprometió el buen hacer de la Fraternidad. No se habían iniciado los trabajos cuando se

---

<sup>928</sup>En la primera semana que se pusieron en marcha esas medidas, los encargados de recaudar limosnas fueron: don Íñigo López de Zárate, don Miguel de Salinas, el conde de Pezuela y don Juan de Villanueva. Sólo con esa medida, en tres semanas habían ingresado en la Orden casi 1.000 ducados.

<sup>929</sup>AVOTM, Libro de Medios, fols. 13v. y ss.

<sup>930</sup>Ibidem, C. 2. Lib. IV, fol. 11. No se dice el tamaño del arca, pero sí que un cerrajero la aseguró con dos barras de hierro y dos candados.

tuvo noticia de que un tercero en nombre de la Orden andaba por las calles de la capital pidiendo limosna para la futura obra, las ollas de los pobres encarcelados, los hospitales y los socorros que se dispensaban a los necesitados. La actuación deshonestas de este sujeto ponía en entredicho el honor de la Fraternidad, la desacreditaba y, además, podía acarrearle problemas serios dado que la Orden tenía terminantemente prohibido el que a título personal, sin licencia, los hermanos pidiesen limosna públicamente y, más, si como sucedía en este caso, se trataba de sacar beneficio propio. De hecho, cuando se descubrieron los hechos ese hermano había conseguido ya una importante cantidad de dinero, e incluso llevado por su arrojo se había atrevido a expedir unos recibos falsificando una firma, que luego osadamente entregaba a los que fiados en la labor de caridad de la VOT le daban su limosna.

Consternado el Discretorio por la indisciplina y atrevimiento de este hombre, le conminó a presentarse de inmediato ante el Discretorio. Se le afeó su conducta y se le amonestó severamente. El visitador fray Francisco Gareca le llevó a su celda, y allí le sermoneó duramente recriminándole su mal comportamiento. El hermano, al parecer arrepentido, postrado en el suelo, entre sollozos, confesó su falta, aduciendo en su defensa que las desgraciadas dificultades económicas por las que atravesaba le habían impulsado a ese proceder. Como el Discretorio consideró que la necesidad no eximía la culpa se tomaron medidas severas, el daño había sido grande, y el ejemplo de indisciplina, funesto para el resto de los hermanos. Los discretos, siempre pendientes del prestigio de la Institución, temiendo un posible escándalo que salpicase su nombre, no se atrevieron a anteponer una querrela por lo criminal al timador, pero si acordaron que un hermano, el licenciado Gaspar de Trillares, revisase las cantidades recaudadas entre los fieles, y conocidas éstas, se decidiese el castigo a imponer al culpable y se reparase el daño causado devolviendo a las personas engañadas su dinero. La forma de proceder de este individuo no fue un hecho aislado, pero la VOT no tenía medios contra los pícaros.

El lugar asignado por el convento para levantar la capilla estaba cercano a la iglesia de los frailes, y tenía la ventaja que se podía hacer entrada propia por un lateral, la calle de San Buenaventura<sup>931</sup>. En el año 1662 se comenzaba la fábrica, bajo la traza de dos tercetos, el jesuita Francisco Bautista, uno de los arquitectos más relevantes de la época, y

---

<sup>931</sup>Ibídem, leg. 403/54. Existen 21 escrituras de los maestros de obras que intervinieron en la ejecución. El 3 de noviembre de 1662 la Orden Tercera firmó la escritura de obligación con Marcos López, quien en la subasta que se efectuó antes de contratar la obra presentó un coste inferior en dos mil ducados al de los restantes maestros. El 30 de agosto tuvo lugar una reunión en la que se establecieron los precios finales.



su colaborador, el maestro aparejador Sebastián Herrera Barrionuevo<sup>932</sup>. La escritura de obligación entre la VOT y los constructores se firmó el 3 de noviembre de ese año; por una parte lo hicieron el ministro Mascareñas; Miguel de Salinas, consejero de la Cámara de Castilla; Gabriel de Robles; Íñigo López de Zárate, caballero de la Orden de Santiago y del Consejo de Estado; por la otra: Marcos López, maestro de obras; su mujer Ana Gómez Galiano; y su fiador Andrés Simón<sup>933</sup>.

En la escritura constaba que el maestro comenzaría y proseguiría la obra hasta que ésta alcanzase un costo de cuatro mil ducados, sólo entonces la VOT haría la primera entrega monetaria si se mostraba conforme con lo que se hubiese construido. Si era así, a partir de ese momento se pagarían las partidas concertadas: tres mil ducados por vez, en los plazos correspondientes. Si la VOT incumplía el trato, el maestro López estaba libre de dar por finalizada la construcción<sup>934</sup>. El compromiso exigía terminar la capilla en un plazo de cuatro años, y tras su entrega, los constructores serían responsables de cualquier amenaza de ruina o deterioro durante los ocho meses siguientes. En caso de que falleciese el maestro López, su segundo, Luis Román, se comprometía por escritura a proseguir la obra. La VOT exigía que en la construcción se empleasen materiales excelentes: piedra de las canteras de San Isidro para la mampostería, ladrillo colorado por fuera y rosado por dentro para las paredes y arcos, tejas de la Ribera del Manzanares para las cubiertas, la misma calidad para las maderas y rejas, etc.<sup>935</sup>.

La capilla no se pudo terminar en los plazos previstos, principalmente, por las crisis económicas que ocasionalmente sufría la Orden y que paralizaban la obra. Ello no era óbice para que el interés y la devoción de los madrileños hacia el Cristo fuesen en

---

<sup>932</sup>Ibídem, leg. 50. Planos de la capilla del Cristo de los Dolores.

<sup>933</sup>Ibídem, leg. 403/38. Marcos López fue un maestro de obras muy considerado en la Corte, vivía en casa propia principal en la calle Real de Lavapiés, parroquia de los Santos Justo y Pastor.

<sup>934</sup>Ibídem, leg. 403/67. El 21 de noviembre Marcos López recibió 24.000 reales de vellón a cuenta de los 48.000 ducados estipulados por la Orden para que diese comienzo la obra, pocos meses después se le entregaron 20.000 reales más. Previamente, el hermano Francisco Bautista y Jerónimo de Hornedal, aparejador de Palacio, habían hecho tasación de lo construido hasta entonces. En julio de 1664, tras una nueva tasación que se valoró en de 34.738 reales de vellón, los terceros entregaron a los constructores 83.000 reales. Un año después se procedió a la construcción de la armadura. El 7 de agosto de 1666 la junta ordenó que se le pagase a Marcos López 500 reales de vellón a emplear en levantar los andamios para la fábrica de la cripta, y antes de finalizar el año se le entregaron 40.000 reales más. En 1667 el arquitecto Francisco Bautista y su colaborador Manuel Olmo llevaron a cabo una revisión de la capilla.

<sup>935</sup>Ibídem, leg. 403/83. Además de las personas mencionadas participaron en la primorosa construcción maestros de gran prestigio en la vida madrileña: Baltasar González e Ignacio Tapia, marmolistas que embellecieron la capilla con mármoles, herrajes y materiales de ornamento; Mateo Díaz, maestro cerrajero; Clemente Ávila, maestro dorador; Pedro Querol, maestro vidriero; Juan Pinar, carpintero y tallista... Entre los ornamentos de la capilla destaca en el altar mayor un baldaquín, con traza de Francisco Bautista y ejecución de Juan Ursularre y Echevarria; se trata de una muestra de estilo barroco de la segunda mitad del siglo XVII.



aumento, algo parecido a lo sucedido años atrás por el llamado Cristo de las Injurias<sup>936</sup>, el de la Fe o el de los Desagravios. Lo cierto es que la emblemática imagen de los terceros crecía en su fama de milagrera, no sabemos si de curas corporales o de almas<sup>937</sup>, estimulando la generosidad de los fieles que se reflejaba sobre todo en las mandas testamentarias<sup>938</sup>.

Tampoco la VOT desaprovechaba las ocasiones que se le ofrecían para pedir ayuda económica a las altas instancias. En junio de 1663, después de una de las muchas enfermedades que asolaron la infancia del débil príncipe Carlos, López de Zárate y Francisco de Arce visitaban Palacio y le entregaban al confesor de la Reina una memoria, para que la hiciese llegar a la marquesa de Balzuela, camarera de doña Mariana, y que aquella, a su vez, se la presentase a la Reina. En el escrito se pedía una limosna para la fábrica de la capilla en acción de gracias por la mejoría de don Carlos.

Hacia finales del año 1663 y primeros meses de 1664 la meseta castellana se vio sumida en una terrible y prolongada sequía que amenazaba seriamente las cosechas. En abril la situación se había tornado tan angustiosa que las rogativas y las preces a los santos se sucedían tanto en la Corte como fuera de ella. Hasta la VOT llegaban innumerables peticiones de fieles, que motivados por su fe y confianza en el Cristo de los Dolores, rogaban que se le trasladase de la cripta, cuyo espacio reducido no permitía que los devotos cumpliesen su deseo de orar y suplicar para que llegasen las ansiadas lluvias, hasta la capilla antigua, donde si era posible que los fieles se postrasen ante la imagen y elevasen sus oraciones.

La situación extrema motivó que se hiciese la traslación, y con el Cristo en la capilla comenzaron las rogativas que duraron nueve días. En ese tiempo, los fieles, entre velas e inciensos, rezaban pidiendo ayuda celestial, pero las lluvias no llegaban. Una nueva demanda partió de los devotos madrileños, se debía sacar al Cristo de los Dolores en procesión<sup>939</sup>. Así se hizo, una larga procesión discurrió por los alrededores del

---

<sup>936</sup>PULIDO SERRANO, J. I.: *Injurias...*

<sup>937</sup>Sobre el tema, véase CHRISTIAN W. A., op. cit., DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: «Iglesia institucional y religiosidad popular en la España barroca», en *La fête, la cérémonie, le rite*, Casa de Velázquez y Universidad de Granada, 1990.

<sup>938</sup>AVOTM, leg. 463/6. En 1670 la condesa de Mora dejó establecido en su testamento que tras su muerte se le entregase a la VOT unas cantidades que le adeudaba el Consejo de Italia, para que se aplicasen en la obra de la capilla del Cristo de los Dolores.

<sup>939</sup>El recurso más común para paliar ese tipo de calamidades eran una procesión y rogativas a algún santo intercesor. Entre los santos locales los había que repelían las tormentas y otros que impetraban la lluvia. Para profundizar en este tema, véase: CHRISTIAN, W. A., op. cit., pp. 86-160.

convento franciscano, y fueron los hermanos de hábito descubierta los encargados de llevar las andas de la imagen. No sabemos si ese acto favoreció la lluvia, pero sí que con motivo de la procesión el Cristo no volvió a la cripta, sino que permaneció en la capilla hasta 1668, fecha en que se terminó la que se había levantando en su honor<sup>940</sup>.

Los hechos que hemos expuesto coincidieron con una de las muchas crisis económicas por las que tuvo que atravesar la VOT, y tan grave debió ser la situación y tan alta la religiosidad madrileña, que en enero de 1664 el hermano Íñigo López de Zárate exponía una idea ante el Discretorio para recaudar fondos: que se escribiese una comedia sobre el Cristo de los Dolores en la que se mencionasen sus prodigios y la devoción que inspiraba a los fieles. A través de la obra se vería el favor que la Divina Providencia dispensaba a la VOT, y se pondría en evidencia pública la piedad que la imagen inspiraba no sólo a los terceros sino a los fieles de dentro y fuera de la Corte.

El Discretorio se mostró conforme, es más, estuvieron de acuerdo en que era una brillante solución, y uno de los hermanos, Miguel de Salinas, se encargó de convocar a un hermano, don Pedro Calderón de la Barca, para que se personase ante el Discretorio y recogiese los datos que apoyarían ese trabajo, que a buen seguro resultaría magnífico pues nadie como él sabría plasmar ese sentimiento de devoción en una comedia<sup>941</sup>.

A pesar de los muchos inconvenientes que se presentaban, la VOT no desistía de que la capilla fuese sólida y bella, acorde con el prestigio y fuerza social que con tanto sacrificio se había alcanzado. Era cierto que se necesitaba más ayuda que la que dispensaban los hermanos, sus limosnas no bastaban para cubrir los gastos.

De momento, la VOT adoptó algunas medidas para reducir su déficit económico, entre ellas: que las personas que desearan ser enterradas con ataúd en la cripta, fuesen o no hermanos, entregasen una limosna que se tasó en 100 reales<sup>942</sup>, o que aquellos que querían tener un entierro con acompañamiento de hermanos de hábito descubierta, salvo si eran pobres de solemnidad, abonasen 30 reales. También se votó que todos los jueves y viernes del año, algunos discretos, en prueba de humildad (podían ser señores principales), pidiesen limosna a los que acudiesen a los cultos, de momento sólo en la capilla antigua y

---

<sup>940</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fol. 186.

<sup>941</sup>Ibíd., Lib. I de medios, fol. 80 y ss.

<sup>942</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 451.

en un futuro también en la nueva. La última decisión fue aumentar en dos reales la limosna que hacían los novicios cuando se les entregaba el hábito<sup>943</sup>.

Tampoco despreciaba la Orden ni los préstamos que le proporcionaban ciertos hermanos, unas veces exigiendo intereses y otras no, ni el alcanzar, por todos los medios, licencias reales que permitiesen limosnear en otros lugares de la Monarquía, algunos muy alejados de la Venerable Orden Tercera madrileña<sup>944</sup>. El 12 de agosto de 1664 el rey don Felipe IV concedía a los terceros licencia por cinco años para pedir limosna en nombre de la VOT franciscana de Madrid en cualquier parte de las:

*«Indias Occidentales, Islas y Tierra Firme del Mar Océano por lo que mando a mis virreyes, presidentes, oidores de mis Audiencias Reales, gobernadores, corregidores, alcaldes mayores, y ordinarios, mis jueces y justicias, y ruego y encargo a los arzobispos y obispos, a mis vicarios, provisiones y demás jueces y justicias eclesiásticos de todos y cualquier parte de las dichas mis Indias a cada uno de ellos en su distrito y jurisdicción que durante los dicho cinco años dejen pedir limosna a las personas que tuviesen poder de la dicha Venerable Orden Tercera y para que se consiga mejor nombren una comisión de confianza para que también la pida en los días señalados, sin parar en dificultad ni embargo alguno por ser obra tan del servicio de Dios y darán orden para que metan la cantidad que juntasen en una arca de tres llaves que una la tenga la justicia del lugar, la otra el cura y la tercera el escribano del cabildo y que en cada parroquia se ponga una cajilla con tres llaves también donde se eche limosna encomendándole a los curas en los Ofertorios de la Misa y que cada año se saque lo que hubiese en la caja dando fe el escribano y se envíe a estos Reinos en cabeza de la dicha Orden Tercera dirigida a mis Presidentes y Jueces y Oficiales de la Casa de la Contratación de la ciudad de Sevilla y que de allí se acuda con ella a la dicha Orden Tercera entregando la limosna que allí se hallase y juntase cada año que en ello sere servido»*<sup>945</sup>.

En 1667, siendo ya ministro de la Orden Tercera don Íñigo López de Zárate, las obras sufrieron un gran retraso. En una de las juntas convocadas en el mes de julio se hizo un balance del gasto que había originado la construcción hasta ese momento. Se supo por

---

<sup>943</sup>Ibídem, C. 3, Lib. V, fol. 256. Cuando la obra se dio por concluida, se discurió sobre la conveniencia o no, de suprimir esos gravámenes. El resultado de la votación del Discretorio fue disminuir a 27 reales el costo de los acompañamientos en los entierros y relegar las colectas extraordinarias de limosnas en las capillas sólo a la Semana Santa.

<sup>944</sup>Ibídem, leg. 403/54. Relación de las cantidades que prestaron diversas personas a la VOT entre 1663 y 1668 para la fábrica de la capilla del Cristo de los Dolores, tanto con intereses al 5%, como sin ellos. El legajo contiene de manera detallada los recibos e informes de las cantidades que ya habían sido satisfechas, las que lo fueron sólo en parte, y las que quedaban por saldar. Se menciona la fecha del préstamo y por cuanto tiempo se hace.

<sup>945</sup>Ibídem, leg. 403/42/46. La licencia fue prorrogada en 1675 por la reina Mariana de Austria, durante tres años más. En 1680 la Orden Tercera consiguió del rey Carlos II, tras alegar no haber hecho uso del total de las licencias, otra prórroga. La Real Cédula con la concesión se fecha el 4 de junio de 1680, antes se había consultado al Consejo de Indias, que accedió al tratarse de una obra de piedad y beneficio para los pobres.

boca del ministro que lo invertido en la fábrica ascendía a 46.000 ducados, y que para dar fin a la empresa se necesitaban no menos de otros 4.000 ducados. Antes de que cundiese el desaliento entre los hermanos, alguien recordó que estaban por llegar los galeones de Indias, y que el Consejo Real adeudaba a la VOT una cantidad muy importante por limosnas que la Reina Madre había ofrecido y no se habían satisfecho. Se tenían noticias fidedignas de que el Consejo tras el arribo del buque tenía el propósito de reparar esa deuda con la VOT<sup>946</sup>.

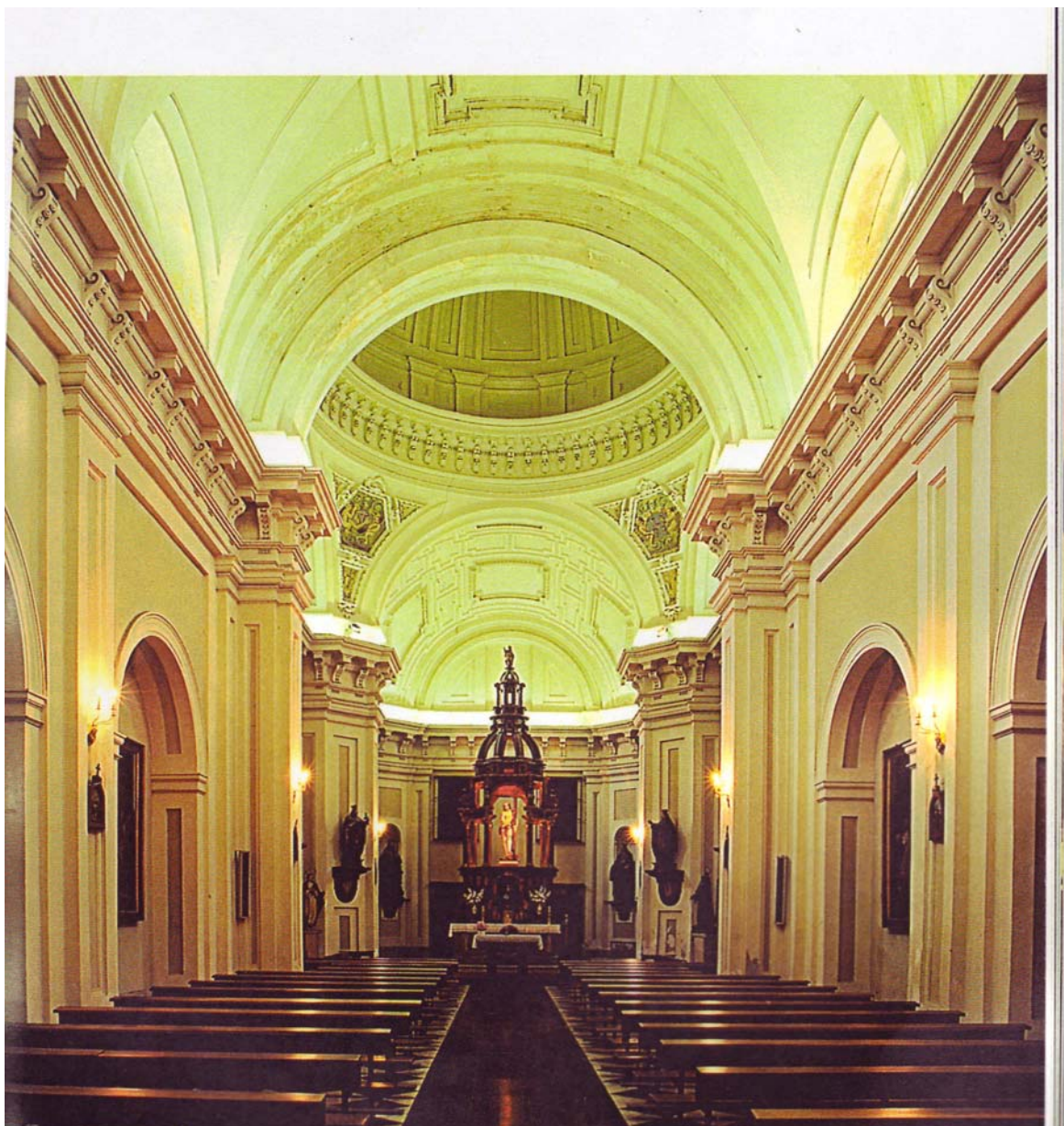
En el mes de abril de 1668, a punto de terminarse la obra, el Discretorio encargó al pintor, y también hermano de la VOT, Juan Martín Cabezalero, que pintase cuatro grandes lienzos que representasen la Pasión de Nuestro Señor. Se le pidió que antes de ejecutar la obra formal hiciese unos esbozos. Vistos y aprobados por los discretos, el precio se ajustó en 1.550 reales, y el plazo de entrega se fijó en abril del mismo año. Para los primeros gastos a Cabezalero se le entregaron 550 reales<sup>947</sup>.

El día 8 de ese mismo mes López de Zárate tuvo la satisfacción de comunicar a los hermanos que la capilla se podía dar por finalizada. Con emoción y agradecimiento los terceros recordaron a los maestros que trabajaron en el proyecto y a los hermanos que por haber fallecido no podían verlo culminado; después se dieron gracias a la Providencia por haber mantenido entre los hermanos la fe y la confianza. Ya sólo quedaba determinar la fecha del traslado del Cristo de los Dolores desde la capilla antigua a la nueva. Se eligió el mes de mayo, un mes de raigambre en la VOT porque se celebraba la fiesta de la Invención de la Cruz.

---

<sup>946</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 287.

<sup>947</sup>Ibíd., leg. 403/61. Juan Martín Cabezalero había nacido en Almadén en 1633, y murió en 1673. La escritura entre la VOT y el pintor estipulaba que si por parte del pintor surgía cualquier contratiempo, salvo enfermedad grave o muerte, y no se acababan las pinturas en los plazos estipulados éste se vería obligado a devolver el dinero recibido. En 1724 Antonio Palomino y Velasco, hermano discreto de la Venerable Orden Tercera, en su obra *“El Parnaso español pintoresco y laureado”*, mencionaba que la VOT de Madrid poseía cuatro grandes lienzos en la capilla del Cristo de los Dolores de Juan Cabezalero, con fuerte influencia de Van Dyck, y seis menores en la sacristía, todos ellos sobre el tema de la Pasión. Los grandes representaban un Ecce Homo, la calle de la Amargura, la Crucifixión y el Monte Calvario. Comenta también las pinturas de José Romaní sobre las pechinas de la capilla y dos pinturas de Carreño de Miranda: *La Encarnación* y *Los desposorios de Santa Catalina*, en éste se advierte la presencia de San Francisco. PALOMINO y VELASCO, A.: op. cit. t. III, Madrid, 1724, pp. 293, 380, 418 y 487.



Capilla del Cristo de los Dolores.

Antes de abandonar la reunión, don Íñigo pidió humildemente perdón a los hermanos por los posibles fallos que había podido cometer durante esos años, era consciente de que determinadas actuaciones suyas pudieron causar malestar, sobre todo, porque los presupuestos iniciales de la obra, muy en contra de su voluntad, se habían superado con creces. El total del coste había sobrepasado los 60.000 ducados, una cantidad muy superior a la calculada previamente y, además, *“aún quedaban algunas cosillas por hacer”*.

El visitador fray Carlos Menada se erigió en portavoz del Discretorio. Sus palabras fueron de agradecimiento a don Íñigo por su ardor y dedicación a la construcción de la

capilla, una ofrenda que se le hacía a Cristo y un honor para la Venerable Orden Tercera madrileña. Añadió que la Providencia se había servido de su persona para ejecutar ese piadoso fin, y la prueba estaba en que aún en épocas difíciles siempre se contó con la benevolencia y ayuda de don Íñigo. En nombre de la VOT, y como muestra de la confianza que los hermanos habían depositado en su ministro, el visitador le hacía solemne entrega de una de las dos llaves que abrían las puertas de la capilla del Cristo de los Dolores. La segunda quedaría en manos del religioso<sup>948</sup>.

## **2. 1. *Propaganda y fe: el traslado del Cristo***

La inauguración de la capilla y el traslado del Cristo se preparó con esmero y minuciosidad. Como se presentaba una magnífica ocasión para dar al acto carácter de gran acontecimiento, los estandartes habrían de llevarlos terceros insignes y distinguidos de la sociedad matritense. Un maestro de obras, Jerónimo de Alcaraz, fue designado para construir a espaldas de la Iglesia nueva de San Isidro, junto a la parroquia de San Andrés, en la calle del Obispo, un altar de buen tamaño flanqueado por dos arcos. Los adornos consistirían en dos águilas imperiales, las insignias de la VOT y las efigies de los santos patronos de la Orden Tercera, San Francisco y Santa Isabel, sobre ellos el Espíritu Santo. Por encima de todos, coros de ángeles, y rodeando el conjunto, guirnaldas, flores, rótulos y fuentes<sup>949</sup>.

Como el cortejo partiría desde la capilla antigua, situada en el interior del convento de San Francisco, su lonja debía adornarse con ricas y vistosas tapicerías y emperchados y blandones con luminarias<sup>950</sup>. Tampoco faltarían música y danzantes que acompañarían a la comitiva. En esos lucimientos la VOT no escatimaba medios, todo parecía poco en los acontecimientos extraordinarios, había que mostrar a los madrileños la magnificencia de la Orden<sup>951</sup>.

---

<sup>948</sup>AVOTM, C. 3, Lib. V, fol. 312.

<sup>949</sup>Ibídem, leg. 442/21. El precio acordado por el trabajo del maestro Jerónimo Alcaraz fue de 4.450 reales.

<sup>950</sup>Ibídem, 12/23/24. Escritura por la que Francisca Collado y Gabriel Jerónimo se obligan a colgar tapicerías por toda la lonja del convento de San Francisco y por su empedrado hasta las casas de Martín Saavedra. El precio se ajusta en 800 reales. Además, se comprometen a poner luminarias por las noches durante la octava de la colocación del Cristo de los Dolores en su nueva capilla. Como para sostener las colgaduras hacen falta emperchados de madera, la VOT hace entrega de la madera necesaria y toma razón de las personas que prestan sus tapicerías; el ministro López de Zárate ordena que se libren 800 reales, para responder a los gastos, aunque se pagarán en varios plazos.

<sup>951</sup>*Inventario Artístico de edificios religiosos madrileños de los siglos XVII y XVIII*, Centro Nacional de Informaciones Artísticas, Madrid, 1983, p. 207-211.

Las invitaciones que cursó el Discretorio se dirigieron a diversos puntos de la Corte: Palacio, Cabildo, comunidades religiosas, hermanos de la Orden, cofradías... De antemano se había establecido que la procesión la encabezasen hermanos de hábito descubierta con grandes hachas encendidas, seguidos de terceros caballeros de órdenes que llevarían las varas del podio sobre el que reposaba la imagen del Cristo, a ambos lados caminarían varios frailes del convento de San Francisco. Por último, marcharían interpolados, como hermanos que eran, las comunidades de la Primera y de la Tercera Orden franciscana.

La VOT deseaba que acudiesen representantes de todos los grupos sociales: nobleza, clero, oligarquías locales, vecinos del barrio, etc., y, sobre todo, hermanos de la Tercera Orden, aquellos que con sus limosnas y oraciones habían contribuido a la construcción de la capilla. Los distintos cuerpos se reunirían bajo el signo común de la tradición y de la más genuina y profunda fe cristiana para honrar a Cristo, cuya imagen, junto con la capilla levantada en su honor, aparte de su valor religioso y de culto, sería para la VOT un espacio más de unidad colectiva de religiosidad. Con ese acto se renovaban los testimonios de adhesión de los terceros al principio de salvación, en el proceso confesional de unidad corporativa y gregaria de los fieles.

El día 13 de mayo de 1668, por la mañana se celebró misa en la iglesia del convento franciscano, se descartó hacerlo en la capilla de los terceros por la gran afluencia de público prevista. El acto fue oficiado por don Jerónimo de Mascareñas, antiguo ministro de la VOT y a la sazón obispo de Segovia, bajo cuyo mandato se había comenzado la construcción de la capilla del Cristo de los Dolores<sup>952</sup>. En los oficios religiosos se pidió por la salud de Su Majestad, don Carlos, por la Reina regente, doña Mariana y por la felicidad de la Monarquía. Con atención extrema se escuchó la plática de fray Nicolás Lozano, predicador real.

A media tarde se celebró la esperada procesión que trasladaba la imagen del Cristo a su nueva morada. Todo el suceso estuvo revestido de la dignidad que la VOT sabía imprimir a todas sus celebraciones y fue seguido con mucha devoción y alabanzas a Cristo. La llegada del Cristo al templo, la entrada y su posterior colocación en el baldaquino, rematado en una linterna coronada por la Fe fue seguida con emoción y devoción por los presentes. El atardecer favorecía que los últimos rayos de sol que

---

<sup>952</sup>Don Jerónimo de Mascareñas fue ministro de la Fraternidad desde 1659 a 1665.

entraban por la cúpula cayesen directamente sobre el baldaquino, lo que generaba un efecto de luz que propiciaba el recogimiento de los fieles. De nuevo en la VOT se unían fe y prestigio<sup>953</sup>

Para realzar aún más el acontecimiento, se dispuso que se celebrase un novenario, algo usual y que formaba parte de la fiesta religiosa barroca, las misas serían cantadas y no faltaría un predicador<sup>954</sup>.

En cada una de las distintas jornadas del novenario un hermano de la VOT se hizo cargo de los gastos que comportaba la celebración. Por su generosidad, el oficiante y los piadosos asistentes ofrecían oraciones por su persona. El primer día la benefactora fue doña Mariana de Austria, y para no ser menos, don Juan José de Austria lo fue el segundo día. Le siguió don Pascual de Aragón, después don Alonso Pérez de Guzmán, patriarca de las Indias, a continuación el duque de San Lúcar y Medina las Torres, el de Peñaranda, el marqués de Santillana. Finalizó el novenario el Concejo de la Coronada Villa de Madrid.

En el último día del novenario, don Bartolomé de Escañuela, calificador del Santo Oficio, quiso cerrar los actos haciendo una recopilación de todas las pláticas que se habían escuchado, e hizo una alabanza a propósito de los predicadores: Nicolás Lozano, Joseph de la Cruz, Diego de Saavedra, Carlos de Uroza, Francisco Muñoz, Andrés Martín, Bernardo Rein y Francisco Díez. A todos les felicitó por su piedad y elocuencia<sup>955</sup>. Los días del novenario, la capilla del Cristo permaneció alumbrada por luminarias durante la noche<sup>956</sup>.

La VOT estaba jubilosa, las fiestas habían resultado de una gran brillantez, la música de la Capilla Real de la Encarnación había acompañado y enriquecido las celebraciones litúrgicas e, incluso, en los intermedios los fieles habían podido disfrutar con composiciones sacras de violín y arpa<sup>957</sup>.

---

<sup>953</sup>ERRASTI, F., op. cit., p. 19. El baldaquino es obra de los maestros Baltasar González e Ignacio Tapia.

<sup>954</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fols. 315v., 316 y 316v. Actos que celebró la Venerable Orden Tercera con motivo de la traslación del Cristo de los Dolores de la capilla antigua a la nueva.

<sup>955</sup>Ibíd., fols. 318 y ss.

<sup>956</sup>Las luminarias, aunque resultaban caras por el consumo de cera, no podían faltar en los programas de festejos.

<sup>957</sup>El convento de la Encarnación de religiosas descalzas de San Agustín fue fundación de la reina doña Margarita de Austria, esposa de Felipe III. Comenzó su construcción en 1611, después del fallecimiento de la Reina, y se concluyó en 1616. Los maestros músicos de su capilla estaban muy solicitados, y de hecho estuvieron presentes en muchas de las celebraciones de la VOT. La música sacra, tras la Reforma Católica, acompañó frecuentemente los oficios, las misas y las grandes fiestas. Sin embargo, el acompañamiento musical no fue privativo de los católicos, ya que las corales se convirtieron en una de las bases del pietismo luterano, y de la Iglesia anglicana. BAZIN, G.: *Classique, baroque et rococo*, París, 1964.



Todo fueron parabienes para la VOT y para su ministro que con tanto acierto había dirigido los actos. De nuevo López de Zárate había mostrado su desinteresada entrega a la Orden; los hermanos estuvieron de acuerdo en que la “*honra, prestigio, honor y gloria*” que mantenía la Fraternidad sólo eran posibles gracias a los méritos y al buen hacer de don Íñigo.

El 4 de octubre de ese año de 1668, festividad de San Francisco, se tuvo noticia de que la Reina, acompañada de don Carlos, deseaba visitar la capilla del Cristo de los Dolores. Los discretos mostraron su alegría, la Reina, hermana de la Orden, quería favorecer y honrar a la VOT con esa visita.

El Discretorio en pleno, el padre guardián del convento, el visitador y numerosos terceros esperaron la llegada de Su Majestad a la puerta de la capilla. Junto al ministro estaban también sus hijos, Juan Antonio e Ignacio, el coadjutor Gabriel Díez de Robles, Diego de Mella, Miguel de Salinas, Luis y Andrés Verdugo Guardiola y Guzmán, Antonio Daza, Manuel de Villarreal.. El altar se había engalanado con numerosas flores y luces.

*«(...) y aviendo Sus Majestades hecho oración en la iglesia de nuestro Padre San Francisco por ser su día y en la capilla de Nuestra Señora de la Aurora, acompañados del Padre General y la comunidad del dicho convento, vinieron a la capilla d nuestra Orden Tercera, a cuya puerta se quedo la comunidad entrando solo con sus Majestades el padre Guardian del convento. En la puerta de la capilla les esperaban los hermanos de habito descubierto y el señor ministro beso la mano a sus Majestades que sin detenerse por el gran concurso de gente pasaron a la capilla del Cristo de los Dolores. Yendo delante nuestro hermanos y despues de aver hecho oración al Cristo dio el ministro a los Reyes gracias por la honra que avian hecho a la Venerable Orden Tercera, y en su nombre dio al Rey, nuestro Señor, una bandeja y cofrecillo de filigrana con camones de ambar, cinco barros de la India guarnecidos de plata y filigrana y una estampa del Cristo impresa en raso blanco y a la Reina, Nuestra Señora, una salvilla de plata sobredorada y en ella un rosario de calembuco con una cruz de lo mesmo y una medalla guarnecida de filigrana de oro y una estampa como la del Rey, nuestro Señor, y los barros de chile negro guarnecidas de filigrana.*

*A la aya del Rey,, Nuestro Señor, una bandeja y petaca de ambar bordada, una estampa, dos pares de guantes, un abanico y un barro y lo mesmo a la camarera mayor de la Reina, Nuestra Señora, y aunque hizo este presente en nombre de la Orden Tercera, procurando su lucimiento como en todas las ocasiones hace el señor ministro, fue a costa del cuydado y caudal del dicho D. Íñigo porque no gastase la Orden el corto que tiene para sus pobres. Sus Majestades dijeron que se les llevase a Palacio las estampas y el regalo y salieron de la capilla acompañados de nuestro Orden Tercera hasta la puerta que sale a la lonja o atrio de la iglesia y el señor ministro hasta que tomaron el coche. Despues entraron en la capilla del Cristo los señores de honor y damas*

*que venian con Sus Majestades y se llevaron estampas en tafetan de colores. A todo lo cual me halle presente y para que conste en todo tiempo lo escribo en este libro de acuerdos de la Junta y lo firmo»<sup>958</sup>.*

La capilla del Cristo de los Dolores, que fue juzgada en su época como grandiosa, favoreció religiosa y socialmente a la VOT<sup>959</sup>. Las visitas frecuentes de los reyes, era un modelo a seguir para toda la sociedad madrileña<sup>960</sup>. Esa piedad creciente fue desencadenante de innumerables nuevas vocaciones para la Tercera Orden Seglar, y supuso entre los hermanos una mayor unión fraternal.

## **2.2. Medios materiales**

López de Zárate, en la junta que tuvo lugar en los primeros días de enero de 1669, comunicó a los hermanos que para solventar las deudas y buscar soluciones efectivas y rápidas era conveniente organizar una junta de desempeño. A su frente estaría un hermano que fuese docto, inteligente y sutil en el trato con los acreedores, especialmente con los que se mostraban más intransigentes. Entre estos últimos se encontraba el maestro de obras Marcos López, a quien la VOT adeudaba en esas fechas 5.000 ducados, y que, a su vez, se veía presionado por sus propias deudas. Era causa de descrédito y vergüenza en la Orden que con alguna frecuencia se reuniesen ante las puertas de la capilla del Cristo o ante el convento franciscano grupos de acreedores reclamando lo que se les debía. Esos individuos acosaban a los hermanos que entraban o salían con sus, por otra parte, justas peticiones de pago<sup>961</sup>.

El discreto elegido para llevar a cabo el desagradable asunto fue el hermano Nicolás de Montaña, un licenciado de juicio claro conocedor del tema, aunque por lo ingrato de su misión contó con la asistencia de otros discretos, entre los ellos el dramaturgo don Pedro Calderón de la Barca<sup>962</sup>.

---

<sup>958</sup>AVOTM, C. 4, Lib. V, fols. 329v. y 330.

<sup>959</sup>Ibídem, fols. 315 y ss. La inauguración de la capilla del Cristo de los Dolores coincidió en el año con la de la capilla de San Isidro, patrón de Madrid, que se incorporó a la parroquia de San Andrés.

<sup>960</sup>A partir de la inauguración de la capilla, doña Mariana de Austria y su hijo don Carlos II, como hermanos y protectores de la Venerable Orden Tercera, fueron devotos y benefactores del Cristo de los Dolores.

<sup>961</sup>AVOTM, C. 2, L., IV, fol. 451v. Junio de 1672, una hermana de la Orden Tercera de Madrid llamada Estela Rodríguez, conmutó un voto que comprendía siete años, por una limosna en metálico a razón de 200 reales por año. La conmutación se aplica para el desempeño de la capilla del Cristo de los Dolores.

<sup>962</sup>Ibídem, fols. 347v y 348. La Junta de Desempeño convenció al maestro de obras para que aceptase 5.000 ducados como suma total de la deuda que aún se le debía si finalizaba los remates pendientes. La VOT hizo ese pago por partes: 1.000 ducados de forma inmediata y los 4.000 restantes en mesadas de 2.000. Todas las

La VOT no deseaba que por ningún motivo el pago de las deudas alterase el cumplimiento de las ayudas y socorros que se dispensaban a los pobres hermanos de la Fraternidad. No significaba esa situación que las limosnas y donaciones para la capilla del Cristo habían terminado, todo lo contrario, seguían fluyendo y eran incluso muy generosas<sup>963</sup>. El problema estribaba en que pocas veces llegaban en forma de efectivo, pues la mayoría se hacían en juros, censos, réditos, herencias, etc., algunos con graves problemas para su cobro; sirva como ejemplo el que gracias a un hermano próximo al Consejo de Italia, en esas fechas se activase el que los Consejos de Nápoles y Sicilia entregasen a la VOT una importante cantidad de dinero que se le debía a la condesa de Mora, y que por testamento la señora había cedido a la Orden Tercera franciscana de Madrid con el fin de que se deshiciese de algunas de las deudas originadas por la construcción de la capilla del Cristo de los Dolores<sup>964</sup>.

En la misma junta, el síndico presentó una relación de los gastos generales realizados en el pasado año de 1668. Era necesario que los discretos conociesen el empleo que se había dado a las limosnas, y tomasen conciencia de que por auténtica necesidad la VOT debía reducir sus gastos<sup>965</sup>. El informe indicaba que la cantidad mayor, algo más de 9.600 reales, se emplearon en socorros para los necesitados, lo que equivalía a unos 800 reales por mes; 2.640 reales fueron para costear la olla de los presos de las cárceles; 1.100 reales se destinaron a mantener el culto y devoción en las dos capillas y la bóveda; 5.000 reales sumaron los costos de los festejos aplicados a los santos de la VOT y a las honras a los difuntos; 400 reales recibieron los oficiantes de las misas cantadas y 5.000 fue el costo de los enterramientos de los hermanos pobres de solemnidad. El salario de los médicos subió a 12.000 reales, y 480 se gastaron en la cera de las velas y hachones. El total superaba los 36.000 reales. El efectivo que había entrado en las arcas de la Orden había sido de 38.100 reales, lo que significaba que el balance final arrojaba un superávit de poco más de 2.000 reales, una exigua cantidad para enfrentarse a los pagos de las deudas.

---

deudas se pudieron pagar gracias a las numerosas limosnas que recibía la VOT, canalizadas a través de una junta particular que presidió el visitador fray Francisco Sánchez Gareca e Íñigo López de Zárate. Formaban parte de ella los discretos Luis de Antequera, Nicolás de Montaña, Juan de Astorga y Castillo, Pedro Calderón de la Barca, Carlos Magno, Íñigo de Mella, Jerónimo de Prado y Mármol y Juan Antonio López de Zárate.

<sup>963</sup>Ibídem, fol. 335. El 9 de diciembre de 1668 el hermano Francisco de Guevara, discreto eclesiástico y capellán del marqués de Lliche, dejó por heredera de sus bienes a la VOT. El otorgante quiso que su herencia, valorada en 13.802 reales, se destinase al desempeño de las obras de la capilla del Cristo de los Dolores. La Orden, en agradecimiento, aplica cincuenta misas rezadas por su alma.

<sup>964</sup>Ibídem, leg. 463/6.

<sup>965</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 349v.

Vista la situación, para paliar en algo lo mucho que se debía, hubo que canalizar otros ingresos; se votó para que aquellas donaciones extraordinarias que llegaban a la VOT sin un fin determinado, con el único mensaje de que se aplicasen de manera piadosa, como por ejemplo, la donación de dos mil trescientos reales enviados por un hermano devoto, Antonio de Contreras, o los mil reales de las raciones del pan y agua que entregaban diversos caballeros de la Orden de Santiago, o los mil cien reales que llegaron por vía del enterramiento de unos hermanos a los que sus familiares honraron, solicitando de la VOT que los cortejos fúnebres los acompañasen hermanos de hábito descubierto con el estandarte de la Fraternidad, es decir, ese tipo de limosnas se destinasen a satisfacer las deudas de la capilla.

Pareciendo corta esa medida, el Discretorio votó para que se redujesen los presupuestos generales de la VOT, rebajando incluso los salarios de los médicos que atendían a los hermanos enfermos. El ministro suplicó a los discretos que gozaban de una economía saneada que contribuyesen con sus aportaciones al costo de la olla que se llevaba a los encarcelados.

A los presentes les pareció razonable lo expuesto y aceptaron las sugerencias, pero López de Zárate, queriendo asegurar las entregas, estableció que los que se comprometieran a hacerlo de manera formal, serían visitados mensualmente en su domicilio por un enviado de la Orden, y a esta persona le entregarían la donación; así no cabrían incumplimientos ni olvidos.

Vista la situación, se creyó llegado el momento de que el síndico estudiase los plazos y entregas de préstamos que la VOT había proporcionado a algunos hermanos que sufrieron reveses de fortuna. Ese cobro podría solucionar en parte el pago de las mensualidades que se debía a los maestros. Se puso una fecha límite para entregar los empréstitos, con la advertencia de que si no se cumplían en las fechas fijadas, se emprenderían acciones judiciales<sup>966</sup>.

A pesar de su ciega confianza en la Providencia, que tantas veces había remediado situaciones semejantes, la VOT tuvo que poner en práctica antiguos sistemas para desembarazarse de deudas y deudores. Entre las estrategias, estuvo aumentar en una pequeña cantidad la cuota que entregaban los hermanos al profesar y, sobre todo, hacer correr de voz en voz la urgente necesidad económica por la que atravesaba la Orden, con

---

<sup>966</sup>Ibídem, fols. 350, 350v. y 435.

el fin de que se incrementasen las limosnas. Para incentivar la aportación se pusieron cajas de limosnas en establecimientos y casas de hombres de negocios, y se imprimieron estampas con la efigie del Santo Cristo, que los hermanos de hábito descubierto entregaban a los donantes <sup>967</sup>.

El ministro y algunos discretos, sobre todo los que por su nombre y categoría social eran más fácilmente reconocibles, con el fin de atraer la atención de los fieles y sus limosnas, se encargaron de ser ellos durante las misas que se celebraban los domingos en la capilla del Cristo, los que pasaban con los cestillos recaudatorios entre los fieles recogiendo sus donativos <sup>968</sup>. Era una manera más de servir a la VOT y mover los corazones más duros y menos generosos. Para que todos los discretos participasen en ese servicio se estableció un turno, y lo hizo primero, para que fuese ejemplo de todos, don Íñigo López de Zárate <sup>969</sup>.

En 1669, siempre en busca de fondos, se comisionó a don Juan Bautista Navarrete para que se llegase a Palacio y viese la forma de hacer efectivo 13.200 reales que tiempo atrás, por decreto real, doña Mariana de Austria había ordenado que se entregasen a la Orden Tercera para ayuda del desempeño de la fábrica de la capilla. Era conocido de todos el afecto de la Reina por la Orden y su devoción al Cristo de los Dolores. A su vez, el conde de Peñaranda consiguió que el Consejo de Indias pagase novecientos ducados que se le debían a doña Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara, la viuda de Lorenzo Ramírez de Prado, cantidad que la dama había cedido a la causa de la capilla <sup>970</sup>.

Aún con esas medidas, las expectativas de recuperación económica en la VOT no se produjeron, y como la impaciencia de los acreedores aumentaba día a día, el Discretorio de nuevo hubo de reunirse el 18 de octubre de 1669. Se estudiaron medidas a adoptar, y sólo pareció efectiva que los discretos que estuviesen en disposición económica de hacer un préstamo sin intereses a la VOT lo efectuasen sin más dilación. Se esperaba que esas cantidades fuesen suficientes para efectuar los pagos a los maestros más exigentes, a su

---

<sup>967</sup>Ibídem, fols. 354 y 363.

<sup>968</sup>Ibídem, fol. 351.

<sup>969</sup>Ibídem, fol. 492v.

<sup>970</sup>Es en esta fecha cuando por vez primera el nombre de Lorenza de Cárdenas aparece en los libros de actas asociado al de gran benefactora de la VOT.

vez, la VOT, sin saber todavía cómo hacerlo, se comprometía a resarcir a los hermanos por sus generosos adelantos<sup>971</sup>.

La VOT, rodeada de graves problemas, no había pensado hasta entonces acondicionar la bóveda de la capilla del Cristo. Por las constantes peticiones que recibía de devotos que deseaban ser enterrados en la nueva capilla, en 1670 intentó hacer un convenio con los frailes, ya no sólo se trataba de los hermanos pobres, carentes de medios para otro tipo de enterramiento, sino de devotos de distinta extracción social que movidos por su devoción querían que sus restos permaneciesen lo más cerca posible de la imagen del Cristo, hermanos que en sus peticiones manifestaban estar dispuestos a entregar a cambio generosas limosnas.

Los discretos conocían la dificultad que ofrecía el tratar esa cuestión con los frailes, si habían consentido en que se hiciese la bóveda cuando se construyó la capilla del Cristo, fue tras imponer la condición de que bajo ningún concepto ese lugar sirviese de enterramiento, consideraban que era una desleal competencia para el monasterio franciscano; pensaban que a los terceros les bastaba con la bóveda de la capilla antigua. En 1670, tras la muerte de don Íñigo López de Zárate, su sucesor en el cargo, Juan Antonio su hijo, y varios discretos más se presentaron ante el padre guardián y le plantearon con cautela el asunto. La petición se acompañaba de la posibilidad, si así lo querían los frailes, de compartir con ellos, mitad por mitad, los derechos de los futuros entierros que en la capilla nueva se efectuasen.

La reacción del fraile fue de indignación, recriminó a los discretos haber actuado de manera taimada sin cumplir las condiciones impuestas en la escritura de la venta del terreno, y les acusó no sólo de haber vulnerado las cláusulas, sino de abrir en la bóveda unas ventanas altas hacia el exterior para ventilar el recinto, lo que significaba, que a pesar de la promesa la VOT siempre tuvo en su ánimo no cumplir lo estipulado.<sup>972</sup>

Pasados unos días, el Discretorio recibió una patente con la repulsa de toda la comunidad de religiosos, tachando de atrevimiento la petición. Con firmeza se oponían a volver a hablar sobre ese asunto. Sin embargo, los discretos creyeron ver en las líneas finales del escrito una posibilidad de arreglo pues se decía que si en un futuro hubiese

---

<sup>971</sup>AVOTM, fols. 385 y 389. El discreto don Francisco de Arce entregó 1.000 reales con lo que se pagó la mitad de la deuda que se tenía con el maestro de herrería.

<sup>972</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fols. 357v., 358, 358v. y 359. Ciertamente, en un principio la VOT no había hablado de hacer enterramientos en la cripta, pero después los hermanos se tomaron libertad, sin permiso del convento, de abrir varios ventanucos para despejar el recinto de humedades y malos olores.

posibilidad de entendimiento entre frailes y terceros, la concesión no sería de gracia, los derechos y limosnas que percibiese la VOT, por vía de enterramiento, tendrían que ser compartidos con el convento, y ni siquiera los pobres se enterrarían gratis<sup>973</sup>.

### 2. 3. *Donaciones de los devotos a la capilla del Cristo*

Eran muchos los fieles que donaban numerosos objetos sagrados y adornos, ya antes de que se iniciase la construcción de la capilla<sup>974</sup>. Uno de los presentes más interesantes había llegado a la Fraternidad el 8 de agosto de 1666, días después de que arribase a la capital de la Monarquía el padre franciscano fray Nicolás Lozano, quien había sido confesor de la reina de Francia, Ana de Austria, madre de Luis XIV y tía del rey don Carlos II. La Reina, como ya se ha dicho, fue en vida devota hermana de la Orden Tercera Seglar franciscana<sup>975</sup>. Fray Francisco envió a la VOT un memorial en el que entre otras noticias le daba cuenta de un deseo de la difunta Reina:

*«(...) y en atención de ser nuestra hermana y tan devota de nuestra Orden Tercera y averse mandado enterrar con nuestro avito se ha echo un retrato de Su Majestad para que se pusiese y fuese colocado en nuestra capilla para cuio efecto lo quiero entregar»<sup>976</sup>.*

La VOT se sintió tan favorecida por el deseo de la Reina, que inmediatamente el Discretorio encargó un retrato similar en el que el ya también fallecido Felipe IV, apareciese vestido con el hábito de la Venerable Orden Tercera. Parecía lo indicado para situar ambos retratos en la capilla:

*«Que se pinte el retrato de Don Felipe el Quarto Nuestro señor que Santa Gloria aya hermano y Protector que asimismo fue de Nuestra Venerable Orden Tercera y que ambos a dos se pongan y coloquen en nuestra capilla con la decencia debida poniéndoles sus doseles»*

---

<sup>973</sup>La lectura de esa acta confirma que cuando la VOT obtuvo autorización para enterrar en la bóveda, lo hizo únicamente a los hermanos que costeaban el entierro. Entonces quedó la cripta de la capilla antigua para los que se declaraban pobres de solemnidad.

<sup>974</sup>AVOTM, leg. 430/13. En 1694 se inventariaron objetos donados a la capilla: imágenes de vírgenes, santos, pinturas, crucifijos, urnas, relicarios, custodias de oro y de plata, doseles, candelabros, maceteros, fuentes, jarrones, jarras, vasos, copas, candiles, macetas, perfumeros, aguamaniles, braseros, tarros, patenas, campanillas, platillos, vinajeras, cruces, incensarios, blandones, lámparas, ángeles, etc., en ellos abundaba sobre todo la plata, pero los había también de oro.

<sup>975</sup>El franciscano fray Nicolás Lozano fue confesor de la infanta Ana, hija de Felipe III y de Margarita de Austria, después cuando contrajo matrimonio con Luis XIII la acompañó a Francia. A la muerte de la Soberana el confesor regresó a la Corte española donde fue nombrado capellán real. En 1668, con motivo de la traslación del Cristo de los Dolores, se encargó de impartir una de las pláticas de los actos programados. Fray Nicolás Lozano fue elegido provincial de la Orden Primera en Castilla en el año 1685, y siempre tuvo un contacto directo con la Orden Tercera madrileña

<sup>976</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fol. 242.

Se nombró a don Juan Antonio López de Zárate para que tratase sobre el costo que supondría la pintura de don Felipe y la instalación de unos doseles acordes con el rango de los personajes para ambos retratos. En pocos meses estuvo dispuesto el del difunto Rey, ya sólo restaba enmarcarlo en consonancia con la pintura, y levantar los doseles. Las pinturas estuvieron expuestas en la capilla antigua de la VOT hasta que se inauguró la capilla del Cristo de los Dolores<sup>977</sup>.

En el retrato, el Rey aparece en el féretro en actitud yacente, ligeramente girado hacia el espectador, vestido como protector de la Orden Tercera Seglar, con hábito y capa, la cintura ceñida con el cordón de San Francisco, luce el collar de la Real Orden del Toisón de Oro, con las manos juntas sobre el pecho en actitud orante y sostiene una cruz de pedrería. A los pies del lecho mortuario están presentes los atributos reales, símbolos de su poder: cetro y corona. Lleva sobre la cabeza, que reposa en un almohadón de terciopelo, el sombrero pardo, con el ala alzada, de la Orden Tercera. Todo el conjunto fúnebre está protegido por cortinajes de brocado de seda y oro bordados. Una inscripción en la parte baja remata la pintura:

*"FILIPPO QUARTO REY DE LAS ESPAÑAS, DE LA TERCERA ORDEN DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO Y SU PROTECTOR FALLECIO A DIECISIETE DE DICIEMBRE DE 1665"*<sup>978</sup>.

Las limosnas y donaciones para la capilla siempre se mantuvieron, unas veces llegaban en forma de limosna, y otras, en objetos preciosos para que magnificasen el templo<sup>979</sup>. En 1670 la marquesa del Fresno, por su afecto a la VOT, depositaba en manos del ministro un presente. Se trataba de una valiosa caja de plata, que los terceros pusieron en venta, pues para ese fin se había hecho la entrega, se obtuvieron 2.208 reales, cantidad

---

<sup>977</sup>Ibidem, fol. 247v. Se desconoce el momento en que estas pinturas desaparecieron de la VOT, ya que durante años su presencia ha sido inédita y desconocida para la crítica. Recientemente, hizo su aparición en el mercado el retrato de don Felipe IV muerto, siendo adquirido por el Estado con destino a la Real Academia de la Historia, el 8 de septiembre del 2002. Aunque la obra está considerada como de autor anónimo, según el catálogo de la Real Academia, podría ser un trabajo de una persona muy próxima a Pedro de Villafranca y Malagón (1614-1684), pintor y grabador que retrató varias veces, en lienzo y en estampa, al rey Felipe IV en sus últimos años, y que tuvo a su cargo la ilustración de las descripciones que se imprimieron a propósito de las honras fúnebres del Monarca.

<sup>978</sup>La VOT pagó por este trabajo entre 300 y 360 reales.

<sup>979</sup>AVOTM, C. 3, L., V, fol. 229. Juan Antonio López de Zárate hace donación a la nueva capilla de una custodia para descubrir al Santísimo, con la condición de que no se preste, venda o enajene. El 12 de julio de 1676 otro hermano, Manuel Gales, comunicaba al Discretorio que el embajador de Portugal, movido por su devoción al Cristo, va a hacer entrega de una preciosa alhaja de plata de gran valor. Lo hará de inmediato y no por la franquicia de la embajada.

C. 2, Lib. IV de Acuerdos, fol. 564. Doña María Álvarez, viuda del fallecido ministro Íñigo López de Zárate, y madre del actual, por la devoción y afecto que profesa al Cristo de los Dolores, ha hecho donación de un atril de ébano y marfil para que se use en las misas que se dicen en su altar, y pide que a su fin se diga un responso por su difunto esposo.



suficiente para que se pudiese encargar un sagrario acorde con la suntuosidad que se le había dado a la capilla. Hasta ese momento, haciendo las veces de sagrario, se había utilizaba una preciosa arqueta adornada con incrustaciones de nácar.

Juan Ursularre Echevarría fue el maestro que se encargó de realizar el sagrario, y lo hizo primorosamente y de delicada madera. Cuando se pudo colocar en el altar mayor de la capilla, domingo de Pascua de Resurrección, la VOT lo celebró como gran fiesta<sup>980</sup>. Por la mañana se ofició una misa cantada, acompañándose el acto, como en las ocasiones solemnes, con la música y cantos de los maestros de la Real Capilla de la Encarnación. Al caer la tarde, rezadas las completas, se sacó al Santísimo en procesión alrededor del claustro, deteniéndose el cortejo en cada uno de los altarcillos colocados en el recorrido. La concurrencia era masiva, pues los hermanos habían sido avisados del acto días antes mediante oficios que se colocaron en las puertas de las parroquias y conventos. El padre guardián llevaba la custodia, y las varas del palio las sujetaban hermanos eclesiásticos de la Tercera Orden: Pedro de la Peña, párroco de la iglesia de la Santa Cruz; Pedro Calderón de la Barca, caballero de la Orden de Santiago y capellán de honor de Su Majestad; Sebastián Muñoz Suárez; José Márquez de Escalante y José de Martos, maestro de ceremonias del Convento Real de la Encarnación<sup>981</sup>.

La comitiva, compuesta por frailes franciscanos, terceros, y personaje notable de la Corte, marchaba silenciosa, en total recogimiento acorde con las disposiciones tridentinas y con el sentir piadoso franciscano. La fiesta terminó con luminarias, cohetes, chirimías, dulzainas y clarines, pues no se habían escatimado medios como siempre que se trataba de manifestar públicamente la dignidad y reputación de la Institución. El acto sirvió para que el pueblo de Madrid, como en tantas ocasiones, diese muestras del respeto y cariño que dispensaba a la Fraternidad, si bien hubo hermanos que opinaron “*que el afecto y amor cristiano al pueblo, se manifestaba más con afectos del corazón que con demostraciones públicas de ostentación*”<sup>982</sup>.

Pero es que en la época no se concebía ceremonia litúrgica sin el acompañamiento de música, la sobriedad de la música religiosa barroca, llena de contrastes emotivos, respondía a los planteamientos contrarreformistas desarrollados en Trento, era necesaria

---

<sup>980</sup>Ibidem, leg. 403/83. En 1680 el primer sagrario se sustituyó por otro más rico, y se situó sobre un pedestal de mármol y jaspes de Bejín. Fue obra de Rodrigo Carrasco, y del mismo maestro es el hermoso aguamanil de alabastro que se colocó en la sacristía y que aún se conserva.

<sup>981</sup>ÁLVAREZ DE BAENA, J. A.: *Compendio histórico de...*, p. 147.

<sup>982</sup>AVOTM, fol. 510 y C. 3, Lib. V, fol. 59. El total del gasto de la fiesta fue de 2.073 reales.

para engrandecer los actos, principalmente la riquísima música de órgano, ya que su acompañamiento ayudaba a valorar el escenario en el que transcurría la acción piadosa, incitaba al recogimiento interior y elevaba el espíritu.

Para no tener que depender de los demás, en 1671 la VOT contrató al maestro de órganos Gabriel de Ávila, para que construyese uno para la capilla del Cristo, se le pidió que tuviese la misma forma y planta que el que hacía un tiempo había fabricado para la parroquia del Buen Suceso de Madrid.

En fechas similares se le dijo al maestro Lucas de Villamediana que tallase un escudo y lo colocase en la parte superior de la puerta principal de entrada a la capilla del Cristo. Debían de figurar en él los emblemas franciscanos (los brazos de Cristo y San Francisco cruzados y estigmatizados), sobre ellos la corona imperial sostenida por dos ángeles (la Orden franciscana y la Religión bajo la protección del Imperio) y, finalmente, la palabra VOT<sup>983</sup>.

La Reforma Católica había puesto el acento en la necesidad de la salvación eterna, si se caía en pecado mortal era precisa la confesión auricular precedida de un acto íntimo con Dios de dolor de haber pecado y propósito de enmienda, ya, limpio el espíritu, había que recibir la Eucaristía que rememoraba la Pasión de Cristo<sup>984</sup>. En total sintonía con la Iglesia, renovación religiosa rigorista, la Orden creyó necesario que los hermanos, además de beneficiarse colectivamente de ceremonias y actos de piedad, fuesen atendidos individualmente en su espíritu, así que buscaron los permisos oportunos para que se viesen favorecidos con el sacramento de la confesión en su propia capilla.

*«(...) que de fijo haya uno o dos confesores, y que no falten sacerdotes para que se cumplan los postulados impuestos en Trento que aconsejan la frecuente recepción de los sacramentos».*

En una junta celebrada en 1672, el Discretorio meditó sobre quien de los eclesiásticos de la Orden sería la persona más preparada para cubrir el puesto de confesor; la labor de aconsejar, confortar, controlar e imponer disciplina, exigía especiales cualidades. Había que tener cautela en la elección, pues, si bien, entre los terceros había sacerdotes doctos y prudentes, se sabía que a través de la confesión era fácil mediatizar

---

<sup>983</sup>Ibíd., legs. 403/73 y 410/15.

<sup>984</sup>MARTÍNEZ FERRER, L.: *Directorio para confesores y penitentes*, Pamplona, 1996, p. 38.

conductas<sup>985</sup>. Se sometió a votación y salió elegido el licenciado Diego de Mella, un anciano eclesiástico recto de espíritu y de ejemplar conducta<sup>986</sup>.

Como no había posibilidad económica de colocar confesionarios, entre otras razones porque la capilla del Cristo de los Dolores se había convertido en un templo suntuoso, y el mobiliario debía corresponder a esa grandeza, los penitentes se hincaban de rodillas en el suelo ante el confesor, quien recostado sobre una simple silla de baqueta negra les escuchaba y les impartía su bendición. Ese sistema se mantuvo hasta los primeros días del año 1682, cuando el visitador fray Antonio Calderón se erigió en portavoz de las quejas de los confesores, y rogó al Discretorio que se instalase algún tipo de confesionario<sup>987</sup>, porque: “(...) *son muchas las confesiones y en los días festivos se hace copioso el concurso de gente, algunas personas trahen tan mal olor que apenas es tolerable que se pueda confesar y causa profundo mal a los confesores*”.

En 1673 llegaba a la VOT la noticia de que Su Majestad, Mariana de Austria, ferviente bienhechora de la VOT, se hallaba enferma de cuidado. Los discretos se reunieron en la capilla del Cristo de los Dolores para orar y rogar por la recuperación de su protectora, y allí mismo se programaron diversos ejercicios piadosos y se nombró una comisión para que se desplazase a Palacio e hiciese llegar a la real enferma una preciosa estampa con la imagen del Cristo de los Dolores<sup>988</sup>.

En julio de 1676, cuando por fin se dio por concluida la capilla en sus menores detalles, se hizo un balance del total del gasto en la construcción. Los últimos arreglos habían sido obra del maestro Rodrigo Carrasco Gallego, un primoroso marmolista que había colocado en el altar, alrededor de la imagen del Cristo, un mascarón dorado en oro molido.

En las cuentas que presentó el ministro se incluyeron trazas, medidas y planta de la obra, materiales empleados, obras de alcantarillado, fontanería, jaspes, baldosas y pizarras, puertas y ventanas, vidrieras, rejas y celosías, bronce, cerraduras y llaves, empedrado de la lonja, pintura. También el tabernáculo del altar mayor, el sagrario y las imágenes, los bancos de la capilla, el mobiliario de la sacristía, los brocados de las cortinas, los ternos

---

<sup>985</sup>MAIO, R.: *Mujer y Renacimiento*, Madrid, 1988, pp. 242-244; JEDIN H.: «La importancia de los decretos tridentinos acerca de los seminarios de sacerdotes para la vida de la Iglesia», en *Seminarium*, 15, 1963, pp. 396 y ss.

<sup>986</sup>AVOTM, C. 3, Lib. V, fol. 327.

<sup>987</sup>Ibíd., C. 4, Lib. VI, fols. 329 y 416.

<sup>988</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 389.

del capellán, los gastos de la fiesta de la traslación del Cristo, el novenario, y la colocación del Santísimo en el altar, los blandones, las lámparas, el órgano... El total ascendía a 69.896 ducados, una cantidad importante que casi en su totalidad se había pagado gracias, según palabras del ministro, a la eficaz labor desarrollada por la Junta de Desempeño:

*«(...) las limosnas de personas devotas y singulares y, gracias a la Divina Providencia, que se había servido de manifestar cuan de su agrado era esta obra, pues habiéndose empezado sin caudal ni medio, se había acabado con tanto acierto, habiéndose pagado en trece años y medio, merito de la VOT por su mucha decencia y devoto culto al Cristo de los Dolores»<sup>989</sup>.*

Ese mismo año, 1676, una terrible epidemia de peste asoló varias ciudades del levante peninsular, después se extendió hacia otros lugares del sur e, incluso, llegó a La Mancha. En todas partes se hicieron rogativas, procesiones y actos de desagravio, y según las particulares devociones de cada pueblo y ciudad se imploraba la protección de sus santos. En Madrid, la capilla del Cristo de los Dolores fue visitada incesantemente por los fieles, y la VOT celebró novenas y triduos para que el Santo Cristo velase por la salud de aquellas gentes<sup>990</sup>.

La capilla del Cristo de los Dolores se había convertido en un vehículo de comunicación espiritual en la Fraternidad y los fieles madrileños, el prestigio de la VOT incrementaba el de la imagen y la capilla, en tanto que la fama de éstas hacía crecer la autoridad de aquélla.

## **2. 4. Definición de los espacios**

En octubre de ese mismo año la VOT retomaba de nuevo el interés por enterrar a sus hermanos en la bóveda de la capilla del Cristo. Después de una larga reunión de discretos y frailes se obtuvo el permiso. La obra se comenzó con rapidez, se despejó de tierra la zona y se alcanzó una profundidad de seis pies, suficiente para los nichos. Con los maestros Pedro Fernández y Andrés Mendoza se ajustó el precio, 6.000 reales que se pagarían en tres plazos; otro maestro, Andrés Angulo se encargaría de cubrir el suelo con un entablado. El conjunto de la obra superaría los 16.000 reales<sup>991</sup>.

---

<sup>989</sup>Ibídem, C. 3, Lib. V, fol. 253.

<sup>990</sup>Ibídem, C. 1, Lib. III. fols. 10 y ss.

<sup>991</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fols. 270v. y 294. El presupuesto se quedó corto, se superaron los 24.000 reales. Los pagos se hicieron en mesadas.

Sin finalizar el año, el Discretorio pedía al convento que le vendiese un patio, que los frailes no utilizaban, situado a espaldas de la capilla del Cristo de los Dolores. Si accedían, se podría ampliar la sacristía de la capilla, pues la actual, por sus reducidas dimensiones, no permitía guardar los objetos de culto. Si se efectuaba la venta, en una parte se podrían recoger los frontales, las cruces e instrumentos usados en los ejercicios de la liturgia, apilados ahora de mala manera en la bóveda de la capilla antigua. Incluso por su buen tamaño era posible acondicionar una sala holgada para celebrar las juntas del Discretorio. Si se despejaba la bóveda de la capilla antigua, se podían abrir más nichos de enterramiento<sup>992</sup>.

Aunque no hubo objeciones por parte de los frailes, esa obra se postergó hasta 1685. La Orden prefirió dar prioridad a otro proyecto: la construcción de una enfermería u hospital para los hermanos pobres, una obra de asistencia social en la que se volcó, como siempre lo hacía, cuando emprendía un proyecto<sup>993</sup>.

Como en el ánimo de la VOT estaba engrandecer en lo posible la capilla, en 1685, a punto de finalizarse el hospital, el Discretorio se puso en contacto con el alarife Joseph Arroyo, para que se encargase de ejecutar la obra de la sacristía<sup>994</sup>.

Las trazas fueron de Teodoro de Ardemans, pintor, arquitecto y escultor, y también de este artista fue la pintura al fresco realizada sobre el artesonado del techo, una representación del “*Arrebato de San Francisco*”, inspirado en un pasaje bíblico en el que el Santo de Asís aparece entre un torbellino de nubes sobre un carro de fuego tirado por dos caballos blancos, mientras que dos ángeles sostienen el escudo franciscano<sup>995</sup>.

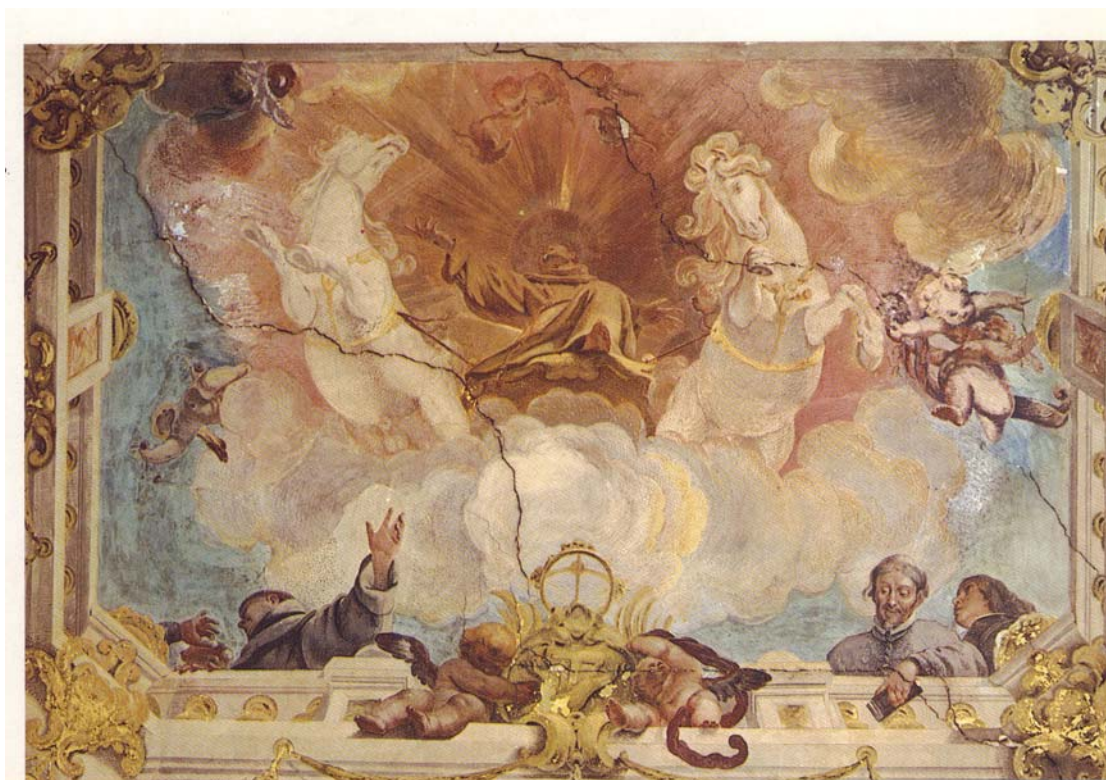
---

<sup>992</sup>Ibidem, leg. 403/1/18/19. Escrituras otorgadas para la construcción de la sacristía nueva en la capilla del Cristo de los Dolores, con pasadizo por debajo para la sala de juntas. Cuenta del maestro alarife-arquitecto, Joseph Arroyo.

<sup>993</sup>Ibidem, C. 5, Lib. VII, fols. 113v., 114, 119v. y 122. La obra de la sacristía se inició en 1685 sin que se hubiese terminado la del hospital. Resulta extraño que se acometiese otra empresa cuando la Orden mantenía serias dificultades económicas para concluir la anterior, pero es que eran cuestiones independientes. Cuando comenzó la obra del hospital se la independizó económicamente del resto de las obligaciones de la Orden. Se abrieron libros de cuentas en los que se registraban los donativos y el empleo que se les daba. Nunca se mezclaron las limosnas cuyo fin era el hospital con las destinadas a socorros o al culto. Si la obra del hospital se tuvo que interrumpir más de una vez por falta de recursos, ese problema no afectaba al culto divino, que libre del embarazo que supuso en su momento la construcción de la capilla, y recibiendo continuas donaciones de los fieles, podía embarcarse en nuevas iniciativas, ese era el caso de la sacristía.

<sup>994</sup>Ibidem, C. 3, Lib. V, fol. 257v. El costo de la sacristía se estimó en unos 58.000 reales, que se pagaron a Arroyo en mesadas de 1500 reales

<sup>995</sup>Ibidem, leg. 403/42. Teodoro Ardemans, nació en Madrid en 1664, hijo de un alemán que servía en la Guardia de Coros. Fue discípulo de Claudio Coello, maestro mayor de las catedrales de Granada y Toledo, pintor de cámara de Felipe V y autor de algunos tratados sobre construcción. Murió en 1720.



Sacristía, “Arrebató de San Francisco”, obra de Ardemans.

La sacristía bellísima, y de considerable tamaño, fue un perfecto complemento para la capilla<sup>996</sup>. En lo que había sido la antigua sacristía se instaló un lavatorio de manos de mármol con el escudo franciscano en alabastro, un trabajo del maestro Rodrigo Carrasco Gallego.

La capilla del Cristo de los Dolores, conocida entre los madrileños como San Francisquín, fue y es un templo típico del barroco madrileño, que actualmente forma cuerpo con la basílica de San Francisco. Para muchos expertos en arte se trata de una de las construcciones madrileñas más bellas de finales del siglo XVII, es de gran efecto las luces y sombras que se producen en su interior, y que permiten que la cúpula quede en penumbra<sup>997</sup>. Consta de una sola nave, cubierta con bóveda de cañón, crucero con cúpula sobre pechinas y presbiterio cubierto con bóveda vaída decorada con caserones. En los muros, pilastras de orden toscano<sup>998</sup>. La capilla mayor, cuadrada, está decorada con mármoles, destacando entre los elementos ornamentales un baldaquino con forma de

<sup>996</sup>Ibídem, leg. 410/13. El mobiliario litúrgico de la sacristía, en madera de caoba, palo de maría y ébano guarnecido de bronce dorado de oro molido, fue trabajo de Fernando Pelayo.

<sup>997</sup>BLASCO, B.: *Los trabajos de Teodoro de Ardemans para la Venerable Orden Tercera de Madrid*, Villa de Madrid, n.º 79, pp. 39-46.

<sup>998</sup>HIDALGO MONTEAGUDO, R.: *Iglesias antiguas madrileñas*, Madrid, 1993, pp. 150-152.

templete situado en el altar mayor, según proyecto del hermano Bautista, y realizado en 1664 por el carpintero Juan Ursularre Echevarría. El baldaquino cobija la imagen del Cristo de los Dolores, bajo cuya advocación se construyó la capilla.

Las imágenes que aparecen en hornacinas en los cuatro ángulos del presbiterio se deben al imaginero Baltasar González, y fueron policromadas por Juan de Villegas. Se realizaron entre 1664 y 1668, y representan a cuatro santos terciarios franciscanos: Santa Margarita de Cortona; San Luis, Rey de Francia, aunque vestido a la moda del siglo XVII, con manto y corona; Santa Isabel, reina de Hungría; y San Roque. Existen otras imágenes y cuatro grandes lienzos que decoran los muros: dos a los lados de la Epístola y los otros dos en el del Evangelio. Las pinturas son distintas representaciones de la Pasión: Cristo en el balcón de Pilatos; Cristo en la calle de la Amargura con la Cruz a cuestas; la lanzada de Longinos; y la Crucifixión. Se pintaron, como ya hemos indicado anteriormente, en 1667, por Juan Martín Cabezalero, un tercero discípulo de Juan Carreño de Miranda<sup>999</sup>.

Aunque la construcción de esta capilla terminó en 1668, hasta 1685 no se dio por finalizada en su totalidad, en ese intervalo se pulieron detalles, se añadieron adornos y se corrigieron defectos. Primero, se sustituyó el sagrario primitivo por otro más rico, obra de Rodrigo Carrasco, y en el que se guardó una preciada reliquia, un Lignum Crucis, donado por la benefactora Lorenza de Cárdenas<sup>1000</sup>. Después, el mismo altar se ennobleció con mármoles y jaspes<sup>1001</sup>. Tanto los contemporáneos a los hechos como expertos posteriores no dudaron en calificar el templo como bello, rico y suntuoso.

---

<sup>999</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI, fol. 165. Las pinturas se encargaron con el expreso deseo de que se colocasen en la capilla del Cristo de los Dolores. Por el gran tamaño de los cuadros, hubo que acondicionar las paredes y colocar unos soportes para que los sujetasen con firmeza. Leg. 177/100, las pinturas fueron expoliadas por las tropas francesa en el mes de septiembre de 1809 y enviadas a Francia. Después de la Guerra de la Independencia, se reclamaron los lienzos, y en 1816 llegaban a España, pero se depositaron en la Real Academia de San Fernando, entonces presidida por el infante don Carlos, hijo de Carlos IV. La VOT no supo de su paradero hasta 1818, y cuando pidió su restitución se le impuso la condición de que antes debía satisfacer el costo de los gastos causados por el traslado desde Francia. En 1819 volvían a su primitivo lugar, y aunque los cuadros no estaban en malas condiciones fue necesario restaurarlas y cambiar sus marcos.

<sup>1000</sup>Ibíd., C. 4, Lib. VI, fol. 411. La reliquia del Lignum Crucis, donada por la viuda de Ramírez de Prado, fue muy venerada por los fieles devotos gracias a los informes de autenticidad de los que llegó acompañada.

<sup>1001</sup>Ibíd., leg. 405/5/7/8. En 1678, Inocencio XI concedía indulgencia plenaria al devoto hermano de la VOT que habiendo confesado y comulgado, visitase la capilla del Cristo de los Dolores, en los días que designase y señalase la Fraternidad. Desde 1659 el orar ante el Cristo de los Dolores había supuesto recibir gracias espirituales. En ese año, el cardenal Mascaró concedía cien días de indulgencia a los que hincados de rodillas ante el Cristo dijese, “Señor he pecado tened misericordia de mí”. Esas concesiones se sucedieron conforme pasaban los años. En 1728 el cardenal Borja, patriarca de las Indias, concedía 100 días de indulgencia a los que rogasen a Dios ante el Cristo por la exaltación de la fe católica. En 1787 Pío VI expedía desde Roma una bula en la que concedía la misma gracia a los hermanos que cumpliesen las condiciones prescritas: confesión, eucaristía y oración en la capilla del Cristo. En 1793 la indulgencia se hacía perpetua.

La capilla del Cristo de los Dolores fue un espacio de culto simbólico para la Venerable Orden Tercera franciscana de Madrid, objeto de devoción y mimo por parte de los hermanos, de tal forma que por la fama que cobró el sagrado lugar, la profunda devoción que inspiraba el Cristo de los Dolores<sup>1002</sup>, y el prestigio alcanzado por la Fraternidad, Juan Antonio López de Zárate, ya marqués de Villanueva de la Sagra, el 3 de octubre de 1688 presentaba una solicitud en Roma para que fuese agregada a la de San Juan de Letrán, en Roma, una de las grandes parroquias romanas de la que era párroco el Papa, como obispo de la ciudad.

Si se conseguía la agregación, la VOT como Institución y los hermanos como Fraternidad, podrían gozar del prestigio, honores y gracias espirituales de aquélla. A consecuencia de la solicitud se produjo un intercambio epistolar entre el ministro y el Vaticano. Inicialmente la petición fue rechazada, pero la VOT perseveró en su deseo y se dirigió a su principal valedora en Palacio, la Reina doña Mariana de Austria, pidiéndole que intercediese a través del embajador español en Roma. La Reina acogió favorablemente la petición y ordenó a su secretario García de Bustamente que inmediatamente saliese para Roma esa solicitud. El documento decía lo siguiente:

*«Muy Santo Padre, la Orden Tercera de Penitencia de Nuestro Padre San Francisco con esta carta me a suplicado la favorezca para que Su Santidad se sirva conceder que la capilla que tiene en esta Corte del Santo Cristo de los Dolores goce de las mismas indulgencias que tiene la iglesia de San Juan Lateranense en Roma para aumento del culto y devoción que en ella se ejercita y deseando mucho interesarme en obra de esta piedad como hermana de la misma Orden, ruego a Vuestra Benevolencia humildemente se digne disfrutarla esta gracia que sera para mi de singular reconocimiento y estimación y muestra de la muy santa y prospero regimiento de su Universal Iglesia como la Cristiandad ha menester.*

*De Madrid a catorce de enero de mil seiscientos noventa y uno, de Vuestra muy devota y humilde hija Doña Mariana de Austria por la Gracia de Dios, Reyna de las Españas, de las dos Sicilias, de Jerusalén, que vuestros santos pies y manos besa».*

Un año después, la capilla del Cristo de los Dolores estaba agregada a la Iglesia Romana de San Juan de Letrán, y participaba y gozaba de las gracias de esa agregación<sup>1003</sup>.

---

<sup>1002</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 389. La fama del Cristo como milagroso era bien conocida en Palacio. En 1682 cuando doña Mariana de Austria es aquejada por una dolencia pide a la VOT que le envíe urgentemente un grabado del Cristo.

<sup>1003</sup>Ibíd., C. 6, Lib. VIII, fols. 278v. y 279.



### 3. *Materialización de la caridad: el hospital-enfermería y la residencia de viudas*

Durante el periodo objeto de nuestro estudio, los hospitales madrileños, saturados de enfermos y con escasos recursos, no gozaban de buena reputación entre el pueblo. Sin duda, de todos ellos, el más transitado en la Corte era el Hospital General<sup>1004</sup>. Desde que se erigió la VOT, conociendo la situación de desamparo que sufrían los desheredados de la fortuna, muchos de ellos miembros de la Fraternidad, se buscó la forma de poner remedio a esa situación; la finalidad de la Institución no estaba sólo en discurrir por el camino de la devoción, en la familia franciscana, espiritualidad y labor social de ayuda al prójimo se complementaban y se hacían una. De ahí, la actividad de los hermanos en pro de los enfermos, de sus visitas a los hospitales y a sus domicilios hasta la construcción de uno propio.

La asistencia domiciliaria de la VOT madrileña, que en una determinada época bastó y cubrió las necesidades sanitarias de los hermanos, al traspasar el umbral de 1670, con cerca de once mil hermanos, de ellos más de la mitad con graves carencias, resultaba visiblemente insuficiente. El incesante ingreso de hermanos en la Orden Tercera de Madrid supuso que la solicitud de prestaciones que dispensaba a los necesitados aumentase de manera notable. Desde años atrás, la gran aspiración de la VOT radicaba en la construcción de un establecimiento en el que los hermanos pobres, si enfermaban, pudiesen acogerse. Aunque la falta de medios económicos no había posibilitado el proyecto, ese anhelo permanecía latente.

Por la precariedad económica en la que siempre se movió la VOT, debió establecerse un riguroso orden de prioridades a la hora de impartir la caridad y, por supuesto, el Discretorio no iniciaba proyectos que pusieran en peligro el socorro y ayuda que de forma continúa se impartía a los menesterosos. Por esa razón, aunque los deseos de construir un centro hospitalario fuesen muchos, la prudencia aconsejaba la espera,

En la junta general celebrada el 12 de mayo en 1625, el Discretorio ya exponía su interés por “*levantar un hospital para convalecientes*”<sup>1005</sup>. Por la indiscreción de algunos

---

<sup>1004</sup>En el año 1665 pasaron por las salas del Hospital General 10.692 enfermos, de ellos fallecieron a causa de sus enfermedades 1.366. Algunos de esos pacientes llegaban desde instituciones caritativas como el hospicio, la cárcel de la Galera, la Inclusa..., otros, pobres y enfermos, lo hacían después de haber sido recogidos en la calle por la Hermandad del Refugio. CALLAHAN, W. J., op. cit.

<sup>1005</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 118v. Con fecha 12 de mayo de 1625 se celebró la primera junta del año, no se hizo en los primeros días de enero como era la costumbre, lo que resulta extraño, pues es entonces cuando se

de los presentes en el acto, el proyecto saltó a la calle, se difundió, y llegó hasta los oídos de unos hermanos que, aunque residentes en el Reino de Galicia, casualmente se encontraban en la Corte. A los pocos días se presentaban ante el Discretorio con la siguiente oferta recogida en los libros de la Orden:

*«Los hermanos profesos de la Orden Tercera, Andrés Martínez Ballesteros, Juan de Guzmán, Francisco Gómez, Pedro de Obregón, dicen que han obtenido licencia del Consejo de Castilla para fundar un hospital para convalecientes y piden a la Junta que se sirva patrocinar esa obra. Tienen cedula de Su Majestad para trabajar una mina de oro descubierta en la Ribera del río Sil en la jurisdicción de San Miguel de Monte Prado, en el Reino de Galicia, y con esos medios y para mayor honra de Dios quieren levantar un Hospital para curar a los que salen de los hospitales»<sup>1006</sup>.*

La proposición parecía cumplir los deseos de la VOT, por lo que se nombró una comisión encargada de tratar sobre la viabilidad del proyecto:

*«Se nombra a los licenciados Andrés Martel y Juan Lorenzo de Cuellar para que traten de cualquier modo de hacer la fundación del hospital de la Orden Tercera, en el que hoy es de San Lorenzo y vean los papeles que hay en razón de esto».*

Era necesario que la comisión se pudiese en contacto con el presidente del Consejo de Castilla, Francisco de Contreras, por “*si se daba el caso de que las negociaciones con los cofrades de San Lorenzo no fuesen satisfactorias, y se hiciese necesario buscar otro lugar para construir el hospital*”. El Consejo, columna vertebral y principal centro de poder de la estructura del gobierno de la Monarquía Hispánica, tenía que ser informado que a la VOT sólo le movía el interés de servir a sus hermanos, y lo hacía con sus propias personas y haciendas. No se vuelve a hablar de construir un hospital hasta 1627, cuando de nuevo los discretos Jerónimo de Quintana, Andrés Martel, Juan Lorenzo de Cuéllar y Pedro Páez se encargan de revisar los papeles concernientes a ese proyecto y se discute

---

exponían los balances económicos del año anterior y las novedades habidas en las elecciones de los cargos. Otra rareza que hemos podido observar ese año es que la junta no se celebró en la sala o capilla que solían ceder los frailes del convento de San Francisco, sino que se reúne en lo que será la primera capilla de la VOT, todavía a medio construir. No se explican las causas del cambio, pero han sido varios los enfrentamientos surgidos entre frailes y terceros por la construcción de aquélla, y las relaciones podían estar dañadas.

<sup>1006</sup>Ibidem, fol. 119v. Junta del 15 de mayo de 1625.

sobre si podría levantarse en el lugar que entes ocupó el albergue de San Lorenzo<sup>1007</sup>, pero nuevamenten y sin que se digan las causas se hace el silencio sobre la fundación<sup>1008</sup>.

Transcurren varios años, y en julio de 1630 el Discretorio trata sobre la donación de un benefactor, el hermano Martín de Mora, que ha establecido en su testamento una cláusula por la que está dispuesto a entregar a la VOT parte de su hacienda siempre que sea destinada a la fundación de un hospital para los convalecientes. La oferta se recibe entre los hermanos con expectación, el proyecto parece viable y, sobre todo, esa primera donación puede ser precursora de otras muchas. Pero algunos discretos se muestran reacios a la idea, no están convencidos del éxito de la empresa, y aducen que no es el momento oportuno. Tienen conciencia del esfuerzo, no sólo económico sino de atención y dedicación que supone emprender la obra, y los inconvenientes y dificultades que hubieron de afrontar con la construcción de la capilla (antigua), y el deterioro que se produjo en las relaciones entre frailes y terceros.

Ante la disparidad de pareceres, el entonces ministro duque de Villahermosa sometió el asunto a votación, y al no haber unanimidad en los votos se desechó la oferta<sup>1009</sup>.

Pero la acción del hermano Martín de Mora dejó profunda huella en los hermanos, y su generosidad fue modelo para muchos. El primero, Vicencio Carducho, quien antes de que finalizase el mes de julio incluía en su testamento dos cláusulas: en la primera, el pintor y su mujer, Francisca Astate de Benavides, legaban doscientos ducados para que la VOT encomendase sus almas con oraciones y actos propios de difuntos, en la segunda, entregaban a la Orden un censo de 100 ducados de principal “*para que si se hiciese hospital de convalecientes sirva para ese efecto*”<sup>1010</sup>.

En 1637 surgió un nuevo intento de iniciar la construcción del hospital al llegar a la Orden una carta de Miguel de Ayo que, en nombre del Hospital de Convalecientes de Madrid, comunicaba a los terceros que un presbítero, Miguel de Morales, miembro de la Orden Tercera, había estipulado en su testamento que una parte de su hacienda se

---

<sup>1007</sup>Ibíd., fols. 120, 120v. y 198v.; MONLAU, P. F.: *Madrid en la mano: el amigo del forastero*, Madrid, 1850, p. 178. El albergue de San Lorenzo fue fundación de la Hermandad de ese nombre, que Pedro de Cuenca creó en 1598; en él se recogía a los pobres al hacer la ronda de pan y huevo.

<sup>1008</sup>Ibíd., fol. 151.

<sup>1009</sup>Ibíd., Junta del 14 de julio de 1630, fol. 195v.

<sup>1010</sup>Ibíd., leg. 425/7. Cláusulas en el testamento de Vicencio Carduccio.

destinase a la construcción de un hospital con un fin similar<sup>1011</sup>. El firmante deseaba saber si la VOT estaba dispuesta a hacerlo, en ese caso se le entregarían esos bienes.

A pesar de lo ventajoso de la oferta el Discretorio no la aceptó, aunque el deseo de construir un hospital no desaparecía del espíritu de la VOT considerando que era una forma efectiva de ejercer la caridad, y les animaba la generosidad de los devotos de la Orden que seguían entregando donaciones con la esperanza de que en algún momento comenzase la obrar<sup>1012</sup>. En esa espera, todavía en 1674 la Orden mantenía el sistema de visitas domiciliarias a los enfermos, apoyándose en médicos y cirujanos, costeaba el sistema de pagos a los boticarios, la alimentación de los enfermos y la limosna que durante la enfermedad y la convalecencia se les entregaba a estos<sup>1013</sup>.

Los terceros que en cada parroquia de la Villa ejercían el cargo de enfermeros y que, a su vez, dependían del enfermero mayor, se encargaban de los hermanos que a causa de sus dolencias estaban postrados en cama<sup>1014</sup>. En las puertas de las parroquias se fijaban unas instrucciones con el nombre y el domicilio del enfermero encargado de ese distrito, para que los vecinos de la barriada supiesen a quien debían dirigirse en caso de necesitar ayuda<sup>1015</sup>.

*«Alabado sea el Santísimo Sacramento y la Purísima Santa Maria, Señora Nuestra concebida sin pecado original en el primer instante de su natural, Amen. La Venerable Orden Tercera de Penitencia de Nuestro Seráfico*

---

<sup>1011</sup>Ibídem, C.1, Lib. II, fol. 151r. En esos años siempre que se habla del hospital de la VOT se le nombra como hospital dedicado a acoger a los pobres convalecientes. De todos era conocido que los enfermos socialmente desamparados, tras su salida de esos centros, sin recursos económicos y con escasas energías físicas, la mayoría de las veces, se veían abocados a vivir de la limosna callejera.

<sup>1012</sup>Ibídem, leg. 410/8. Certificado de Francisco Luis de las Veneras, secretario de la Orden Tercera, en el que expone que el Discretorio está de acuerdo en que se construya una enfermería para los hermanos enfermos.

<sup>1013</sup>La VOT se mostró siempre pendiente de que sus hermanos pobres y enfermos estuviesen asistidos, ya que siendo varios los hospitales madrileños, los enfermos, por lo precario de los medios, la mala alimentación y la falta de higiene, no siempre contaban con los medios necesarios. Muchos de los hospitales fundados en los siglos XVI y XVII estuvieron atendidos por órdenes religiosas. Entre ellos el de La Latina en la calle de Toledo, fundado en 1507; el del Buen Suceso, fundación del emperador Carlos V en 1529 para la asistencia de soldados y criados de la Corte; el de San Juan de Dios fundado a mediados del siglo XVI y puesto en manos de los hermanos de la Orden Hospitalaria; el General al que se unieron después el del Campo del Rey, el de San Ginés, el de la Pasión y el de Convalecientes, fundado por Felipe II en 1587, y asistido por hermanos de la Congregación de la Cruz, fundación del hermano Obregón, bajo la regla franciscana; el de la Buena Dicha para enfermos vergonzantes, fundado en 1594; el Pontificio Real de San Pedro, en 1598, bajo la protección papal. Fundaciones del siglo XVII fueron: el de San Andrés de los Flamencos, 1606, destinado a los peregrinos enfermos que llegaban de Flandes; el de San Antonio de los Alemanes (vulgo de los Portugueses), fundado por Felipe III en 1606, y años después ampliado por Ana de Austria; San Luis de los Franceses, fundado en 1615; el San Patricio de los Irlandeses, en 1629, etc. MONLAU, P. F., op. cit., pp. 225 y ss.

<sup>1014</sup>RUIZ RODRÍGUEZ, J. I., DELGADO PAVÓN, M.ª D. y MUÑOZ ÁVILA, F., op. cit.

<sup>1015</sup>Muchas veces eran los párrocos quienes ponían sobre aviso a los celadores de la VOT de las necesidades de los hermanos feligreses.

*Padre San Francisco por la Caridad y deseo de asistir a sus hermanos pobres enfermos con las medicinas y regalo que necesiten y previene por este papel a los que estuviesen con alguna enfermedad avisen de ella al señor enfermero de su Parroquia para que los haga asistir por cuenta de la Orden con medico cirujano, barbero y botica por el tiempo que dure la enfermedad y conforme lo que ello pidiese»<sup>1016</sup>.*

El 9 de febrero de 1676 el ministro Juan Antonio López de Zárate comunicó a los discretos que los hermanos terceros vivos en la VOT, en esos momentos sobrepasaban los doce mil, y de ellos, por las muchas peticiones que llegaban, más de la mitad sufrían algún tipo de necesidad<sup>1017</sup>. El ministro pensaba que la atención que recibían los enfermos graves en sus domicilios era insuficiente y costosa. Había llegado el momento de tomar decisiones y de acometer la construcción del hospital. Aunque hacerlo supondría un altísimo coste, también se suprimiría la parte más gravosa de la medicina ambulante: más médicos y enfermeros, limosnas y, sobre todo, que la atención al enfermo sería más certera y puntual<sup>1018</sup>.

Una semana después López de Zárate presentó a la junta un informe sobre los gastos mensuales que originaban la atención dispensada a los enfermos en los distintos cuarteles. Las parroquias del Salvador, Santa María, San Juan, San Martín y San Nicolás superaban los doscientos reales; las de San Miguel, San Pedro, San Andrés y San Justo, casi los seiscientos; la de Santa Cruz y San Sebastián, una cantidad similar y en San Ginés y San Luis, se llegaba hasta los setecientos. A esa cantidad había que sumar los ochocientos reales que se distribuían entre todas las parroquias como limosna de ayuda a los enfermos<sup>1019</sup>.

Todos entendieron lo conveniente de la proposición de López de Zárate, por lo que se decidió que se celebrase en los primeros días de marzo una junta general y se sometiese el proyecto a votación<sup>1020</sup>. Llegado el día, el ministro, ahora de manera formal, presentó la proposición, y expuso los graves inconvenientes que se presentaban con la asistencia domiciliaria, entre otras razones, por las distancias que los enfermeros, médicos y

---

<sup>1016</sup>AVOTM, C. 3, Lib. V, fols. 81r., 81v. y 82r. Cuando en la VOT se recibían noticias de que un hermano necesitaba algún socorro, el enfermero que le visitaba exigía, antes de avisar al médico o al cirujano, que mostrase la patente que le acreditaba como hermano profeso de la Orden Tercera.

<sup>1017</sup>CARBAJO ISLA, M.: op. cit., pp.155. La autora, basándose en informaciones parroquiales, determina que en 1681 Madrid tenía alrededor de 154.000 habitantes. Para más información véase ALVAR EZQUERRA, A., (cord.) *Cuadernos de Historia Moderna*, n° 17, UCM, Madrid, 1989.

<sup>1018</sup>AVOTM, fol. 215v.

<sup>1019</sup>Ibíd., C. 3, Lib. V, fol. 265.

<sup>1020</sup>Ibíd., fol. 223. La junta general se celebraba a primeros de año, y siempre que se presentasen asuntos que así lo requiriese. Se convocaban a la totalidad de los discretos para que no faltase ninguno a la votación.

cirujanos debían recorrer para realizar las visitas. Los desplazamientos, la pérdida de tiempo, se traducían en negligencia y afectaba seriamente no sólo a la cuestión médica, sino también a la espiritual. Los enfermos graves, si no tenían familiares, difícilmente podían poner en conocimiento de la VOT su estado, quedando desasistidos de ayuda y sin la gracia de los sacramentos que podían salvar sus almas. Era un deber que la VOT, y lo tenía en sus manos, procurase a sus enfermos asistencia inmediata que sanase cuerpo y espíritu.

Con argumentos tan firmes, el ministro no sólo convenció a los presentes sino que se le agradeció su celo e interés. La votación mostró que todos estaban conformes con la construcción del hospital-enfermería<sup>1021</sup>.

*«Tratose de quan conveniente seria para consuelo de nuestros hermanos pobres huviese medicos asalariados para que con puntualidad les acudiese en sus enfermedades porque no siendo en esa forma se experimentaba su poca asistencia»*<sup>1022</sup>.

Quedaba solventar la cuestión más importante, la financiera; la Orden todavía arrastraba algún fleco de la deuda contraída con la fábrica de la capilla del Cristo de los Dolores. Para que se hiciese cargo de todo lo concerniente a la futura fundación, un mes después, se había creado una junta que se denominó de Desempeño<sup>1023</sup>. Después, el marqués de Santillana y dos jurídicos de la VOT se entrevistaron con Juan de Herrera, abogado de los hospitales en la Corte, y juntos estudiaron la viabilidad del proyecto. La conclusión fue la siguiente:

*«Según la voluntad de la Orden y conforme a los medios en que se hallase, se puede formar la Enfermería sin contravenir a las Leyes de los establecimientos de Cortes Capitulares de Millones, y además la Enfermería es de singular beneficio para la res publica»*<sup>1024</sup>.

Bajo la supervisión del marqués de Santillana, de Pedro Antonio de Aragón, duque de Segorbe y Cardona, de dos abogados de la Orden, Diego Tinoco y Francisco Enamorado, y de un hermano discreto, Juan de Rebollín, se redactó un primer borrador que después, el procurador Manuel García de Zayas pulió y respaldó con fundamentos

---

<sup>1021</sup>Ibíd., fol. 228.

<sup>1022</sup>Ibíd., C. 2, Lib. IV, fol. 294r.

<sup>1023</sup>El mismo tipo de Junta se había constituido mientras se construyó la capilla del Cristo de los Dolores, con el fin de desligar ese negocio de lo que era el gobierno diario de la VOT. La Junta de Desempeño se reunía dos martes al mes (después, fueron los domingos); en invierno la reunión comenzaba a las tres de la tarde, y en verano, por el calor, algo más tarde.

<sup>1024</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fols. 257 y 296.

sólidos, y que se envió a los despachos del Concejo de la Villa, a los de algunas ciudades con voto en Cortes, al Consejo Real, y al Arzobispado de Toledo para obtener las licencias<sup>1025</sup>.

En el documento se hacía constar el piadoso fin que impulsaba a la VOT a realizar esa fundación, pues sólo el espíritu de caridad cristiana movía a los hermanos, y no el ánimo de lucro. De forma concisa se decía que la obra no contravenía ni las leyes del Reino, ni la de los establecimientos hospitalarios de la Corte. Muy al contrario, para estos significaría ayuda y desahogo, pues era sabida su incapacidad para acoger a los numerosos enfermos necesitados de ayuda médica. La futura fundación podía ser un incentivo y un modelo que harían fluir otras, lo que sin duda mejoraría la sanidad pública y acabaría con la difícil situación que se producía cuando el número de enfermos era sensiblemente superior al de plazas disponibles en los hospitales<sup>1026</sup>.

A principios de 1677, ya estaba elaborado un informe en el que de manera minuciosa se mostraban los gastos fijos a los que mensualmente debería hacer frente la enfermería. Se había calculado el costo del sustento de entre seis a doce enfermos (inicialmente, la prudencia aconsejaba no pasar de ese número), el costo de las medicinas, de la conservación y renovación de la lencería, de los gastos de la cocina y de los salarios y manutención de los empleados más necesarios<sup>1027</sup>. Antes de que terminase la reunión, uno de los hermanos, Gregorio de Quevedo, esperando ser imitado por otros, entregó al ministro 500 ducados para la obra. Su ejemplo fue seguido por otro discreto, Francisco Enamorado, que ofreció una limosna de por vida de 100 ducados anuales<sup>1028</sup>.

La VOT hizo un llamamiento a la generosidad de todos los hermanos, la construcción del hospital iba a ser obra de interés común para todos ellos, en su condición de propietarios, debían comprometerse a ayudar con limosnas, más o menos importantes, sin mostrar reparo en solicitar las de otros; se debía propagar la obra y distribuir oficios en los lugares públicos para dar a conocer el proyecto. Por el piadoso fin que perseguía la

---

<sup>1025</sup>El hermano Juan de Rebolín fue hermano de la VOT y un benefactor de esta. Para conocer más información sobre su actividad y fundaciones tesis ya mencionada de Francisco Muñoz Ávila, en fase de elaboración.

<sup>1026</sup>AVOTM, C. 3, Lib. V, fols. 257v. y 258r., leg. 410/8. En la época, los hospitales quedaban para los enfermos pobres, aquellos que gozaban de una buena economía raramente eran atendidos en esos centros, la costumbre es que recibiesen atención médica en sus propias casas.

<sup>1027</sup>En el documento se mencionan los cargos necesarios para el funcionamiento del hospital: rector, de preferencia eclesiástica; capellán; médico; cirujanos; enfermeros; enfermeras; dispensero; pastelero; cocinero; portero; lavanderas; comprador, etc.

<sup>1028</sup>AVOTM, C. 3, Lib. V, fols. 238 y 240.

VOT, no cabía desaprovechar ninguna ocasión. Con ese propósito se visitó a los presidentes de los Consejos<sup>1029</sup>, a los grandes señores, a los gremios y a cualquier institución que pudiese aportar alguna limosna para la dotación de camas. No se trataba sólo de costear la construcción, había que contar con donaciones que hicieran posible el posterior mantenimiento del hospital<sup>1030</sup>.

### ***3. 1. Dificultades en la ejecución del hospital-enfermería***

El hospital-enfermería se fundó como obra de carácter asistencial con el fin de curar a los hermanos pobres enfermos y a las personas al servicio de la Orden. Si en ocasiones, y bajo especiales circunstancias, se admitió a personas con medios económicos, se hizo si en el centro había plazas vacantes y no existía demanda de terceros. Esas admisiones extraordinarias, bien retribuidas, significaban que hasta las arcas del hospital llegasen unos ducados.

En el Discretorio se votó para que la “propiedad y dirección” del Hospital, estuviese en manos de la Orden Tercera de Madrid, sin que por causa de accidente, título u otro motivo se sujetase la fundación a otra pertenencia<sup>1031</sup>, y se puso bajo el patrocinio y advocación celestial del Cristo de los Dolores.

El rey Carlos II, cuando supo de ese proyecto, le dio su beneplácito, le favoreció con una cédula real e intervino para que la licencia de obras les permitiese a los hermanos edificar en terreno “(...) *lo más cercano posible al convento franciscano, y por tanto a la*

---

<sup>1029</sup>Ibídem, C. 46. Lib. de la Enfermería, fol. 41. El visitador Sánchez Gareca y el ministro López de Zárate, visitaron al presidente de la Cámara de Castilla, y a los del Consejo de Guerra y de Italia; el secretario Pardo de Santayana y Luis Ángel Coronel lo hicieron al Consejo de Aragón; Joseph Gallo de Santamartas y Francisco Fernández de los Ríos, al de la Inquisición y Órdenes; Diego Mella y Gregorio Díaz de Quevedo, al de la Santa Cruzada; Francisco Carballo Paniagua y Juan del Río, al de Hacienda; y Francisco Gelan Velásquez, Pedro Orozco y Antonio de Medina y Ubilla, marqués de Rivas, al Concejo de la Villa.

<sup>1030</sup>Ibídem, C. 3, Lib. V, fol. 297.

C. 46, fols. 11v. y 29v. 17 de agosto de 1677. Los mercaderes de paños Gaspar de Encinas, Francisco del Hierro, Juan de Sobiño y Sebastián Castaño, mercader en sedas, todos hermanos de la VOT, recaudaron limosnas en sus gremios y además se encargaron de distribuir en los comercios cajas recaudatorias de limosnas. En un principio se distribuyeron veinte cajas pero posteriormente se incrementaron a cincuenta. Todas las cajas estaban provistas de cerradura. El ejemplo fue seguido por otros gremios. Era raro no encontrar una de esas cajas en las tiendas de latoneros, lenceros, drogueros, botoneros, pañeros, joyeros carpinteros...

<sup>1031</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 297v.



*capilla del Cristo de los Dolores*". A esos favores, el Rey unió la promesa de entregar algunas limosnas que ayudasen a la financiación de la fábrica<sup>1032</sup>.

Durante los siglos XVI y XVII la política que desarrolló la Monarquía Hispánica de reputación y prestigio, la obligó a participar en contiendas y revueltas que motivaron que se multiplicase la llegada a la Corte de oficiales y soldados enfermos<sup>1033</sup>. El Rey, que conocía la necesidad de atención sanitaria de las tropas que arribaban a la capital desde distintos puntos de la Monarquía, tuvo a bien hacer una dotación anual que cubriese los gastos de ocho camas destinadas a "*militares que sean curados en esa Institución*", es decir, soldados heridos y enfermos que sirviesen en sus ejércitos, presidios y armadas<sup>1034</sup>. El Monarca personalmente pidió al cardenal Luis Manuel de Portocarrero, arzobispo de Toledo, "*que a mis soldados se les reciba y atienda en el Hospital-Enfermería de la VOT como merecen*"<sup>1035</sup>. Si fallecían durante su estancia en el hospital, si lo habían expresado en vida, podían ser enterrados en la cripta de la capilla con el hábito de San Francisco<sup>1036</sup>.

Con el visto bueno del Monarca, la Fraternidad se volcó en la empresa, primero, en la búsqueda de un terreno adecuado y de buen precio; después, concretando los cargos que habían de crearse y discurriendo acerca de la dotación de las camas. Todavía en esas fechas la Orden seguía endeudada por la capilla del Cristo y, aunque las donaciones destinadas al hospital eran frecuentes, como era la costumbre, ni se hacían en efectivo ni

---

<sup>1032</sup>Ibíd., leg. 424/20; 176/1/3/5. Cedula real de Carlos II expedida el 6 de octubre de 1685 ante Juan Antonio López de Zárate, ministro de la VOT, en la que hace entrega a la Orden Tercera de Madrid de 1.000 ducados.

<sup>1033</sup>DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *La Sociedad Española del Siglo XVII*, I, Granada, 1992, p. 275.

<sup>1034</sup>AVOTM, C. 134. Relación de los militares que entran a curarse en la enfermería desde 1686 a 1700. En el Libro de Recepción consta su procedencia, graduación, vestimenta, estado civil y edad. No era necesario que fuesen hermanos de la VOT.

Leg. 410/23. La sala destinada a los militares tenía las mismas condiciones administrativas que la de los hermanos pobres. El Rey entregaba anualmente una limosna que cubría los gastos. Los militares que ingresaban tenían distinta graduación: capitanes, sargentos o simples soldados.

En el leg. 407/4 aparece un documento con fecha del 30 de diciembre de 1685, firmado por el secretario de la VOT Antonio de Ubilla y Medina, en el que se dice que los militares que ingresen en la enfermería han de presentar un certificado expedido por la Secretaría de Estado, Guerra, Italia o Indias, en el que conste nombre, edad, grado, parroquia, etc. Será preceptivo que haya servido en los ejércitos, presidios o armadas de la Monarquía, y no se admitirá a nadie en virtud de decretos del comisariado general de la infantería y caballería de España ni de otros ministerios. Existen libros de entrada y salida de estos enfermos. A partir de 1718 no se les vuelve a mencionar, salvo en el caso de que, además de militares, sean hermanos de la Orden Tercera.

<sup>1035</sup>Ibíd., leg. 282/11. El Discretorio estableció que si el militar que ingresaba era soldado, de los 5 reales diarios que recibía como plaza, tres reales debían entregarse al mayordomo de la enfermería, otro real se reservaba para el vestuario, y el restante se guardaba para cuando fuese dado de alta. Si se trataba de oficiales, que tenían una paga superior, en vez de tres reales entregaban cinco al mayordomo.

<sup>1036</sup>Ibíd., leg. 425/5. El alférez de infantería Antonio de Huerta, enfermo en el Hospital de la VOT, pide en su testamento que, por su cortedad de medios, se le entierre en la cripta de la Orden Tercera. Nombra por testamentarios al ministro don Juan Antonio López de Zárate. Declara heredera de todos sus bienes y de lo que le debe el Rey de sus sueldos, a la Venerable Orden Tercera, 27 de febrero de 1689.

de forma incondicional; muchos donantes las vinculaban a determinadas imposiciones tales como a qué parte de la fundación (construcción o cuidado de los enfermos) habría de dirigirse el beneficio<sup>1037</sup>.

Dos hermanos, Juan Basallo y Manuel Galet, se encargaron de buscar casa o sitio a propósito para la construcción. Encontraron un antiguo y amplio almacén de maderas, pero hubo que rechazarlo porque no se llegó a un acuerdo en la forma de pago entre la VOT y su dueño, un tal Juan Gavaldón<sup>1038</sup>. En enero de 1679 unos discretos vieron un terreno en la calle de San Bernabé, a escasos metros de la capilla del Cristo de los Dolores, un espacio grande orientado hacia la puerta de carros del convento de San Francisco y, por tanto, cercano a las dos capillas de la VOT. El maestro de obras Pedro Rodríguez visitó el lugar e hizo la tasación. La Fraternidad ofreció 4.981 ducados al propietario Lucas Azcona, cantidad que al parecer del vendedor se quedaba corta<sup>1039</sup>.

Finalmente, en lo alto de la ya mencionada calle de San Bernabé, en su salida a la plaza de Armas del Regimiento de la Guardia Real, se ofrecía un excelente lugar, que parecía perfecto para hospital; las condiciones de pago eran asequibles para la Orden. El terreno cubría las aspiraciones más exigentes ya que se componía de “*sitio, casa suelo y corral*”. El conjunto, al decir del Discretorio, “*era muy capaz y gozaba de buenos y sanos aires*”<sup>1040</sup>

El precio que fijó su dueño, Juan Bautista Zavala, fue de 3.081 ducados, más el pago de la alcabala y los gastos de las escrituras<sup>1041</sup>. Aunque la compra no se hizo efectiva

---

<sup>1037</sup> Muerto el donante, herederos y albaceas trataban de controlar el legado, por lo que algunos de los hospitales se convertían en centros de influencia privada. Los libros de actas de la VOT nos muestran que esa situación aparecía con frecuencia. Las donaciones que entregaban los donantes se aplicaban al fin que estos determinaban.

<sup>1038</sup> El propietario exigía que se le satisficiera el importe de la venta en efectos de la Villa, imposición que no fue aceptada por la VOT

<sup>1039</sup> AVOTM, C. 4, Lib. VI, fols. 264, 277v., 296v., 304 y 321. Se pidió por el terreno 7.000 ducados; una cantidad excesiva para la VOT.

<sup>1040</sup> ÁLVAREZ DE BAENA, J. A.: *Hijos de Madrid...* p. 8. Se decía de Madrid que era lugar de clima favorable y sano, de hermosos cielos y de aires limpios puros y delgados.

<sup>1041</sup> AVOTM, leg. 46 fol. 4v. La compra del terreno se efectuó el 26 de septiembre de 1678, y las escrituras se firmaron ante el escribano de provincia, Juan Basallo.

Leg. 753/6. La casa de Juan Bautista Zavala era casa de aposento, por lo que la VOT tuvo que pedir en el Consejo de Cámara que se librara de la carga. El solar se completó después con la adquisición de varios terrenos que formaban parte de una propiedad de Gilimón de la Mota. Este personaje, años atrás había comprado un gran jardín junto con toda una manzana de casas. En esas casas habitaron el secretario Juan Peña y dos sastres, Pedro de Robles y Pedro Gutiérrez..

Leg. 753/6. Edificación del hospital-enfermería sobre varios solares.

Leg. 463/11. El 4 de julio de 1679 la VOT añadió a los terrenos que había comprado una casa situada en lo que se conocía como Jardín del Abad de Salas. Estaba dotada de agua. Sin acabar el mes se compra otra casa pequeña y un terrenillo contiguo perteneciente a don Juan de Mochezne.

hasta septiembre, los preparativos para la construcción comenzaron en mayo. Una parte del importe de la compra se obtuvo gracias a las limosnas y donaciones recaudadas y guardadas para ese fin durante años<sup>1042</sup>. Por experiencias anteriores, el Discretorio quiso agilizar y adelantar estrategias para la financiación, por lo que se acordó que se repartiesen cédulas entre los hermanos apelando a su voluntaria y generosa caridad. Se les rogaba que contribuyesen, según sus medios económicos, en un proyecto que *“había de ser, tan del agrado de Dios”*<sup>1043</sup>.

Gracias a la intervención del regidor Gaspar Rodríguez de Monroy, caballero de la Orden de Santiago y hermano de la VOT se agilizaron las licencias que autorizaban el comienzo de la obra<sup>1044</sup>. Sin embargo, surgió un infortunio que puso en peligro el proyecto. Un incendio devastó unas casillas situadas en los terrenos recién adquiridos, un fuego fortuito que favoreció el fuerte viento invernal y que hizo arder toda la madera acumulada para comenzar la construcción. Sin tener que lamentar víctimas humanas, las pérdidas materiales ascendieron a 8.000 ducados, lo que supuso un grave revés para la Orden, y el consiguiente retraso de la obra.

A ese inconveniente se unió el pleito al que tuvieron que enfrentarse los terceros cuando a causa del retraso motivado por el incendio, los maestros contratados les acusaron ante el corregidor de no querer satisfacer el pago de sus salarios. La VOT no se consideraba deudora puesto que todavía no se había iniciado la construcción (salvo el desescombrado del terreno y el transporte de parte de la madera necesaria). Por ese motivo no temía el fallo del tribunal. Le sorprendió que la sentencia le obligase a satisfacer los salarios que se le reclamaban<sup>1045</sup>.

Sin perder el ánimo, los hermanos quisieron ver en esos sinsabores una prueba de su confianza en la Providencia, y siguieron con los preparativos; convocaron a distintos alarifes y maestros para el trazado de la planta, y empezaron las negociaciones sobre los precios y las calidades de los materiales que se emplearían en la obra. En el seno de la VOT se tuvo la sensación de que su Santo Patrón, San Francisco, había oído sus

---

<sup>1042</sup>Ibídem, leg.410/15.

<sup>1043</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 350 v.

<sup>1044</sup>Ibídem, leg. 752/1. Copia del registro de la Provisión Real, con fecha del 30 de septiembre de 1678, cuyo original se conserva en el AGS, Cámara de Castilla, serie registro general del sello. Carlos II concede licencia a la Venerable Orden Tercera de Madrid, para que construya un hospital destinado a curar a los hermanos pobres de la VOT. Ibídem, leg. 410/1/17.

<sup>1045</sup>Ibídem, C. 3, Lib. V, fol. 380.

peticiones, pues las donaciones se incrementaron<sup>1046</sup>. Una de las más importantes fue la de una ilustre hermana benefactora de la VOT de la que ya hemos mencionado su nombre, doña Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara, viuda del jurista y consejero de Castilla don Lorenzo Ramírez de Prado. La intención de la donante se la comunicó a la VOT el hermano Diego de Santamaría, el 23 de agosto de 1678:

*«(...) y la viuda tiene la devoción de dotar tres camas para hermanas enfermas en la Enfermería de la Orden, y también desea establecer una fundación, para que se digan tres misas todos los días en la capilla del Santo Cristo de los Dolores, entregando para ello un efecto de 10.000 ducados que tiene en la Villa que rentan 800 ducados anuales»*<sup>1047</sup>.

En octubre, la generosa señora aumentaba la fundación a doce camas, destinadas a mujeres, estableciendo una asignación fija anual para cada una de las enfermas<sup>1048</sup>. La benefactora quiso que en las escrituras de la fundación constase una cláusula según la cual los gastos de médicos, botica, cirujanos, barberos etc., correrían por cuenta de la VOT. De total acuerdo, la Orden se comprometió a cumplir con lo estipulado en la escritura y, a su vez, doña Lorenza, pensando en un mayor beneficio para las enfermas, donó unos juros aplicados a ciertos efectos por valor de 550.000 reales, en contra de la Villa madrileña sobre las sisas de la carne y del aceite<sup>1049</sup>. El Discretorio, en agradecimiento, prometió a la

---

<sup>1046</sup>Ibídem, fol. 416r. Los primeros hermanos que entregan sus limosnas fueron Pedro Antonio de Aragón, duque de Segorbe y Cardona, que hizo donación de 200 ducados; don Juan Fernández de Buendía, 100 doblones de oro; y don Antonio de Ubilla y Medina, marques de Rivas, de quien no se menciona el importe de su entrega.

Leg. 410/16. En marzo de 1678 se concedió licencia a la VOT para que colocase mesas petitorias en varias iglesias y conventos de la Villa. Las mesas se instalaron en la Casa Profesa de Jesús; en la Iglesia de San Cayetano; en el Colegio Imperial; en el convento de los Clérigos Menores; en el convento de los Capuchinos de la Paciencia; en el convento de Nuestra Señora de Constantinopla, en el convento de Recoletos Agustinos; en el hospital de Antón Martín, en el convento de Mínimos, en el Real de la Jerónimos, etc.

<sup>1047</sup>Ibídem, C. 4, Lib. V, fol. 426r.-v.

<sup>1048</sup>Ibídem, leg. 411/12. Escrituras de la fundación de Lorenza de Cárdenas de doce camas en el hospital-enfermería de la VOT para hermanas pobres y enfermas. La viuda ya había hecho ese tipo de fundación en la sala de la Encarnación del hospital general; en hospital de mujeres viejas; en la sala de mujeres de San José, en el del Recogimiento y en el hospital de la Magdalena. Aplicaba para el sustento diario de cada enferma la cantidad de tres reales, además de veinticinco ducados anuales para renovar y prevenir su lencería u otros gastos extraordinarios que se podían presentar.

Leg. 410/19. La fundación que hizo doña Lorenza en la VOT alcanzó, en principio, además de las doce camas, en sala aparte a una cama más para una enferma de tisis. Aunque dejó rentas suficientes para el mantenimiento, hubo momentos que por la bajada de los juros, la pérdida de capitales, la carestía de los tiempos y el aumento de los gastos, la VOT tuvo que aportar algunas sumas para sostener la fundación

Leg. 424/20. Dotación de Lorenza de Cárdenas para las doce camas de mujeres enfermas. Libro de Enfermería, fol. 101. El gremio de plateros se compromete a dotar el costo de dos camas para viudas o hijas de plateros enfermas y pobres.

<sup>1049</sup>Sobre impuestos y fiscalidad en tiempos de Felipe IV, Véase la obra de DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Política y Hacienda con Felipe IV*, Madrid, 1960.

dama que cuando se construyese la primera sala para hermanas se colocaría un rótulo en parte visible en el que se podría leer:

*«Doña Lorenza de Cárdenas y Manrique, hija de los condes de la Puebla del Maestre, dotó a este Hospital-Enfermería con doce camas y ayudó de manera muy notable y generosa a su fábrica como hermana que fue de la VOT. Rueguen a Dios por ella para que con esta memoria los pobres que la ocupasen y gozasen de aquel sustento la tengan en encomendación a Dios nuestro Señor para mayor gloria suya y así ejerciten la virtud del agradecimiento».*

El 11 de abril de 1679, con el beneplácito de fray Joseph Jiménez Samaniego, ministro general de la Orden franciscana y, en su nombre, el provincial fray Francisco Muñoz, se firmaron las escrituras. Representaba a la VOT el síndico Francisco del Río Montaña; en la otra parte, el maestro de obras Marcos López, autor de la traza del hospital<sup>1050</sup>. Llevarían a cabo la obra los reputados maestros Tomás y Luis Román, que contaban con la ayuda de los hijos del último, Matías y Diego<sup>1051</sup>. Otros maestros que intervendrían en la ejecución serían: Rodrigo Carrasco, en la cantería, Teodoro Ardemans, Joseph Arroyo y Bartolomé Hurtado. Muchos de ellos habían intervenido en la fábrica del Cristo de los Dolores<sup>1052</sup>.

El Discretorio acordó que el 2 de mayo de 1679, víspera de la Invención de la Cruz, y de mucha devoción entre los hermanos, era un buen día para dar comienzo a la obra. En esa fecha, diez años atrás, se había celebrado la traslación del Cristo de los Dolores a la capilla levantada en su honor. De nuevo, la VOT manifestaba públicamente la estrecha relación entre el sentimiento espiritual franciscano y la caridad hacia el prójimo que, en definitiva, y en ambos casos, era el amor a Cristo. Y por esa unión de sentimientos se decidió que un cuadro, una representación del Cristo, estuviese siempre presente en la obra<sup>1053</sup>. Los Román estaban dispuestos a finalizar el hospital en el plazo de un año,

---

<sup>1050</sup> AHPM, prot. n.º 13.703, fol. 101; y prot. n.º 8.749. Marcos López presentó dos plantas a elegir y dos memorias, una de precios y otra de condiciones.

<sup>1051</sup> AVOTM, leg. 410/15. Escrituras de los maestros sobre la construcción de la enfermería, con el compromiso expreso del maestro de ejecutar la obra con toda perfección y calidad, sacando tierra del terreno, librándolo de terraplenes, usando para la mampostería el mejor material que hubiese en el mercado, y para la mezcla, dos espuelas de arena por una de cal. La piedra a emplear en el edificio sería berroqueña; para los pilares y verdugos, pedernal grueso de Almodóvar de Vallecas; para las vigas y viguetas, madera de excelente calidad; para los tejados, tejas de San Martín o de la Ribera; ladrillo colorado y rosado; yeso, cal y maderas de los corrales de la villa de Madrid.

<sup>1052</sup> AHPM, prot. n.º 8.749. Maestros que intervienen en la ejecución de la enfermería de la Venerable Orden Tercera de Madrid.

<sup>1053</sup> AVOTM, C. 3, Lib. V, fols. 389v. y 390. Se encargó a uno de los hermanos que un cuadro de buen tamaño presidiese las obras mientras estas durasen.

siempre que la VOT no se retrasase en la entrega de las mensualidades estipuladas, ya que en ese caso tampoco ellos cubrirían los plazos<sup>1054</sup>.

Para dar realce a la ejecución, algunos discretos opinaron que al poner la primera piedra del edificio se celebrase en el Cristo de los Dolores una solemne misa cantada. El templo debía estar adornado como si se tratase de fiesta grande, flores, velas, y que no faltasen los músicos del convento de las monjas franciscas de la Encarnación. Pero no todos los discretos tuvieron el mismo parecer, algunos vieron excesivo e inoportuno el dispendio, que se contradecía con la solicitud de limosnas. El visitador resolvió la situación diciendo “*¿que mayor piedra que la misma misa, piedra viva, fundamento y corona de ese futuro edificio?*”. Todos conformes, la fiesta se redujo a una misa cantada oficiada por frailes del convento, y los adornos con que se engalanó la capilla, dentro de lo decoroso, fueron de extrema sencillez, suprimiéndose todo aquello que pudiese parecer despilfarro y boato<sup>1055</sup>.

Al acto acudieron los terceros de manera masiva, una vez reunidos, postrados piadosamente, oraron e invocaron a su fundador San Francisco, para que con su intercesión la construcción tuviese buen fin y fluyesen limosnas suficientes para que a la mayor brevedad se cumpliese la deseada obra.

En el segundo semestre de 1679 la obra avanzaba lentamente, se culpaba de ello “*al tiempo invernal, a las muchas aguas que cayeron y a los malos temporales*”. A pesar de las inclemencias climáticas la VOT estaba obligada al pago de los salarios por lo que los recursos se iban agotando<sup>1056</sup>. Tan difícil se puso la situación que en los primeros días de enero de 1680, con gran sentimiento por parte de los hermanos, hubo que paralizar la obra.

Las interrupciones suponían un duro golpe para la Orden, pendiente de que su prestigio y reputación no se rebajase a los ojos de la sociedad madrileña. Se había puesto en el proyecto entrega, tiempo y limosnas, además de importantes cantidades de dinero que la VOT había conseguido en régimen de préstamo sin interés alguno.

---

<sup>1054</sup>Ibídem, leg. 410/3. El maestro Marcos López se obliga a hacer toda la obra conforme a la memoria de precios que presentó a la VOT el 8 de abril de 1679

<sup>1055</sup>Ibídem, C. 3, Lib. V, fol. 394.

<sup>1056</sup>Ibídem, Libro de Enfermería, fol. 54. El Consejo de Indias entregó 1000 reales en septiembre de ese año, y en octubre hizo otro tanto

Con ánimo de superar los reveses, los hermanos iniciaron una nueva estrategia y presentaron ante el Monarca, su principal protector, una petición. Hasta entonces, no se había hecho uso de una merced concedida por el difunto rey Felipe IV a la VOT, cuando se construyó la capilla del Cristo de los Dolores. Se trataba de una licencia que permitía a los terceros pedir limosna en cualquiera de los territorios de la Monarquía Hispánica, y que lo recaudado se aplicase directamente a la VOT madrileña. La necesidad del momento inducía a dirigir esta súplica al Rey para que consintiese poner en práctica ese derecho, que al menos, en parte, remediaría el grave problema.

Desde Palacio la solicitud se remitió al Consejo de Indias, que viendo el ánimo de piedad y caridad que movía a la VOT, el fin al que iba dirigido, y el beneficio que podía suponer para los pobres y la res pública, tuvo a bien prorrogar la merced durante otros cuatro años:

*«Así que se pueda pedir en nombre de la Venerable Orden Tercera de San Francisco limosna en cualquier parte de las Indias Occidentales, Islas y Tierra firme del Mar Océano, por lo que mando a mis Virreyes, Presidentes, Oidores de mis Audiencias, Reales Gobernadores, corregidor es, Alcaldes Mayores, y Ordinarios y a otros cualesquiera mis Jueces, y Justicia ruego y encargo a los Arzobispos, y Obispos, a mis Vicarios, Provisores y demás Jueces y Justicias eclesiásticas de todas y cualesquiera partes de las dichas mis Indias que cada una de ellas en su distrito y jurisdicción que durante los dichos cuatro años dejen pedir a las personas que tuvieren poder de la Orden para que se consiga mejor sin parar en dificultad ni embargo alguno por ser obra tan del servicio de Dios y darán orden para que metan la cantidad que junten en un arca con tres llaves que una la tenga la Justicia del lugar la otra el cura y la tercera el escribano del Cabildo y que en cada parroquia se ponga una cajita con tres llaves donde se eche limosna encomendándole a los curas que cada año se saque lo que hubiere en la caja dando fe el escribano y se envié a estos Reinos en cabeza de dicha Orden Tercera dirigida a mis Presidentes y Jueces y Oficiales de la Casa de Contratación de la Ciudad de Sevilla y que de allí se acuda a la dicha Orden Tercera entregando la limosna a que allí se hallare y juntase cada año que en ello será servido. 4 de junio de 1680, el Rey»<sup>1057</sup>.*

La VOT, durante un corto tiempo, tuvo que recortar los presupuestos asignados a la atención de los enfermos, y disminuyó la dispensa de medicinas que de manera preventiva, para atajar males mayores, suministraba a algunos hermanos<sup>1058</sup>: jarabes, ungüentos, hierbas para tisanas, purgas<sup>1059</sup>, etc.

---

<sup>1057</sup>Ibídem, leg. 403/46.

<sup>1058</sup>“Que no se hagan socorros extraordinarios”. Así se manifestó el hermano ministro ante el Discretorio en varias de las juntas celebradas a mediados de 1681, cuando el contador le notificó los empeños y las deudas

En marzo de 1680 se reanudaron los trabajos de construcción, pero duró poco la bonanza, ya que antes de que llegasen las navidades de nuevo hubo que interrumpirlos. La crisis económica que atravesaba la Monarquía y el encarecimiento que en los últimos meses habían sufrido los materiales de construcción aconsejaron al Discretorio actuar con prudencia. En febrero de ese año la moneda se había devaluado un cuatrocientos por ciento, es decir, una moneda de ocho reales de cobre quedaba reducida a dos, esa devaluación fue el primer gran problema al que tuvo que enfrentarse don Manuel Álvarez de Toledo, conde de Oropesa, a quien Carlos II había ordenado que tomase las riendas del gobierno tras la muerte de don Juan José de Austria<sup>1060</sup>.

El ministro Juan Antonio López de Zárate trató con los discretos sobre la conveniencia de que una comisión visitase a la duquesa de Alburquerque, hermana devota de San Francisco y bienhechora de la Orden. Por su alta posición en la Corte, la Duquesa podía interceder ante Su Majestad para que se le hiciese merced a la VOT de un título del Consejo de Italia, un título que después se vendería. Pero un vocal recordó que habían pasado sólo unos meses desde que un hermano, Jerónimo de Orellana, había donado a la Orden su título de Príncipe, un honor que había recibido a través de ese Consejo<sup>1061</sup>.

Los discretos estaban de acuerdo en que había que buscar soluciones; detener la obra del hospital repercutiría negativamente sobre la Institución, entibiaría la devoción de los fieles, disminuirían las visitas a la capilla del Cristo de los Dolores y decaerían las limosnas<sup>1062</sup>. ¿Quiere esto decir que la piedad de muchos devotos estaba movida por el interés?

Todo parece indicar que así era. Se trataba de una sociedad que en su mayoría carecía de los medios suficientes para afrontar las necesidades cotidianas, y mucho menos la enfermedad. Saber que a la Orden le faltaba liquidez, y no podía proseguir la

---

por las que se atravesaba y los cortos medios de los que se disponía para enfrentarse a ellos. *Ibíd.*, C. 3, Lib. V, fol. 192.

<sup>1059</sup> Como se sabe, la picaresca era una práctica muy arraigada en la sociedad de la época. Al parecer, algunos enfermos comerciaban después con los medicamentos que les entregaban.

<sup>1060</sup> CONTRERAS, J.: *Carlos II...*, p. 236. El grupo formado por Oropesa, el marqués de Los Vélez y don Manuel de Lira, dirigió la política reformista inspirada en los principios económicos que condicionaban las monarquías europeas.

<sup>1061</sup> AVOTM, C. 3, Lib. V, fol. 324.

<sup>1062</sup> *Ibíd.*, fol. 331. Una hermana devota otorga en su testamento para la fábrica del hospital de la Orden Tercera, 8.000 reales en bienes muebles, y dos efectos que suman 66.000 reales de principal sobre las sisas de la carnicería de la villa de Madrid. Pide que se le digan misas por valor de 2.000 reales desde el día de su muerte y que la VOT espere a cobrarlos. La Orden lo somete a votación y acepta el legado. *Ibíd.*, fol. 353. La señora Ana Martínez de Contreras hace donación testamentaria a la Orden Tercera de Madrid de una importante cantidad de dinero para que se emplee “*en la soltura de presos detenidos por costas cuando la Orden lo crea conveniente*”.



construcción, significaba que los que en cierta forma dependían de ella desconfiasen del futuro que les aguardaba. Y no hablamos sólo de hermanos declarados como pobres, sino también de otros, pobres vergonzantes, a los que la VOT socorría en secreto, o los que recibían limosnas extraordinarias por determinadas circunstancias adversas, etc.<sup>1063</sup>.

Sin que se nos diga por donde llegaron los auxilios, en la junta que se celebra el 15 de mayo de 1681, se decide poner nuevamente en marcha la obra. Días después el ministro reunía a los hermanos y les comunicaba el total del balance de lo construido hasta entonces; la cantidad ascendía a 23.000 ducados y López de Zárate aseguró “*del cual ya se ha pagado lo más de ello*”<sup>1064</sup>.

Fueron años de crisis económicas que se vieron acompañadas de las condiciones adversas de un clima caprichoso, crueles sequías a las que siguieron grandes aguaceros. El año 1683 fue particularmente difícil para el campo, no llovió, y por el contrario, en el invierno de 1684 hubo lluvias torrenciales que llegaron a provocar la pérdida de cosechas y la muerte de parte del ganado. Como era natural, esas desgracias no afectaban sólo a la economía del campesino sino también a la de los terratenientes, muchos de ellos residentes en la Corte, hermanos de la VOT, y sus benefactores<sup>1065</sup>. Así que de forma indirecta la situación por la que atravesaba la economía española repercutía negativamente en la propia Orden Tercera.

Con esos altibajos económicos pasaban los meses. En 1684 la presión a la que los acreedores sometieron a los discretos motivó que de nuevo se suspendiese la obra durante varios meses. Aprovechando esa parada los hermanos Román, los constructores, solicitaron que se efectuase otra tasación de lo edificado hasta el momento<sup>1066</sup>. Lo hicieron los maestros Joseph Arroyo y Sebastián Pineda y la ajustaron en 36.500 ducados. Del total de esa cantidad, la Orden ya había satisfecho a los Román 30.600 ducados<sup>1067</sup>.

Para que la economía de la Orden se aliviase y no se alargase la vuelta a los trabajos, en una junta celebrada en junio de 1684, se aprobó aumentar en cuatro reales la cantidad que los aspirantes a novicios entregaban como limosna. De los ocho reales que se daban en calidad de limosna, cuatro se aplicarían a la fábrica del hospital. Para el mismo fin se destinaron las recaudaciones de limosnas que se obtenían en las fiestas que

---

<sup>1063</sup>Ibídem, C. 46, Libro de Enfermería, fol. 75.

<sup>1064</sup>Ibídem, C. 4, Lib. VI.

<sup>1065</sup>CALVO POYATO, J.: *Carlos II el Hechizado y su época*, Madrid, 1991, p.113.

<sup>1066</sup>AVOTM, C. 46. Libro de Enfermería, fol. 195.

<sup>1067</sup>Ibídem, leg. 410/2.

celebraba la VOT en los días de Jueves y Viernes Santo, Porciúncula, San Francisco, Santa Isabel de Hungría y Santa Isabel de Portugal, etc. Días de hondo significado para la Orden Tercera y en las que era proverbial la generosidad de los fieles<sup>1068</sup>.

Dentro de las dificultades, repentinamente surgían donaciones inesperadas de devotos que movidos por la caridad trataban de que sus limosnas cubriesen los socorros que tradicionalmente cumplía la VOT<sup>1069</sup>. En 1684, entre los donantes, en su mayoría anónimos, se encuentra el hermano Francisco de Borja, quien ordena que de su hacienda se envíen anualmente doscientos ducados a la VOT, para el costo de las ollas que se llevan a los presos de las cárceles de la Corona, de la Corte y de la Villa<sup>1070</sup>.

### **3. 2. Conclusión de la obra: la VOT alcanza su objetivo**

En el mes de julio de 1685 la obra del hospital-enfermería se podía dar prácticamente por concluida. Los hermanos no cabían en sí de alegría, conseguirlo había significado que durante años el Discretorio, y en especial el ministro don Juan Antonio, viviesen pendientes de esa empresa, sin que ello significase desatender las ocupaciones habituales, y sin esperar recibir a cambio emolumento alguno, salvo la intención de que la fundación fuese una prueba de caridad al prójimo.

---

<sup>1068</sup>Ibíd., C. 5, Lib. VII, fols. 45v. y 46. La VOT pasó por situaciones tan difíciles que el Discretorio se vio obligado a tomar la drástica medida de menguar las limosnas mensuales a los pobres que se redujeron de 600 reales a 400; la diferencia pasó a engrosar los fondos del hospital. También se hizo un estudio pormenorizado de las condiciones de cada una de las fundaciones establecidas en la VOT, y en las que tras satisfacerse los gastos de misas restaban algunos maravedíes, se dispuso que esas cantidades pasasen al mismo fondo. En otro momento, ese excedente se hubiese empleado en limosnas para los hermanos pobres.

<sup>1069</sup>Ibíd., C. 46, *Libro de Enfermería*, fol. 195.

<sup>1070</sup>Ibíd., fol. 114. El donante estableció en el testamento que se entregase a la Orden Tercera, además de los doscientos ducados anuales, donación hecha en vida, otros cincuenta reales de plata para ayudar a construir un sagrario para la capilla del Cristo de los Dolores.



Fachada del hospital de la VOT.

El 1 de enero de 1686 el ministro convocó una reunión de discretos en la capilla del Cristo de los Dolores, en la que López de Zárate, el visitador general Juan de la

Cámara y los discretos asistentes determinaron que la nueva fundación pasaría a llamarse *“Hospital-Enfermería de la Venerable Orden Tercera de Nuestro Padre San Francisco”*<sup>1071</sup>.

El edificio, construido con capital propio de la VOT proveniente de limosnas y donaciones, fue reconocido como fundación con jurisdicción privativa, el patrón era la propia Orden, y el patronazgo lo ejercía el Discretorio. De antemano, se habían preparado unos estatutos para que el hospital, como posesión de la VOT, no sufriese cambios que le alterasen y permaneciese estable y firme en el tiempo, asegurándose su mejor guarda y gobierno. En su redacción se tuvo presente tiempo, lugar, empleados y enfermos; la intención es que fuesen precisos y claros, aunque al decir del visitador: *“No había estatutos que todo lo remediase pues las dudas, la variedad de los casos, las diferencias, la alteración de los tiempos, impedían que todo lo solucionase unas leyes bien ordenadas, aunque quedase poco, al prudente juicio”*<sup>1072</sup>.

En el documento quedaba patente que la atención a los enfermos era la prioridad principal, así como una correcta selección de médicos, enfermeros, empleados, etc.<sup>1073</sup>. Sería misión del rector, un hermano eclesiástico de la Tercera Orden, como primer responsable del establecimiento, controlar ambos aspectos<sup>1074</sup>. El hospital debía asumir el costo de sus propias necesidades y no ser gravoso ni alterar la economía de la Fraternidad. Sólo ingresarían los enfermos que por su gravedad necesitaban cuidados continuos, los que no presentasen síntomas graves y pudiesen permanecer en sus casas, seguirían recibiendo ayuda domiciliaria. Aunque no hubiesen hecho la profesión se atendería a los novicios enfermos que estuviesen a punto de cumplir el año de noviciado, pero no a los que tras cumplirse ese año no habían profesado por dejadez o negligencia<sup>1075</sup>.

El 3 de abril de 1686 el Consejo de Gobierno franciscano en Toledo aprobó las Constituciones y Estatutos de la nueva fundación. La misma probanza alcanzó a la fundación de residencia de las señoras viudas que doña Lorenza de Cárdenas había establecido para ayuda y complemento del hospital en terrenos limítrofes a éste<sup>1076</sup>. En el

---

<sup>1071</sup>Ibíd., leg. 410/5.

<sup>1072</sup>Ibíd., leg. 410/8.

<sup>1073</sup>Ibíd., leg. 411/5.

<sup>1074</sup>Ibíd., leg. 4/5; C. 3, Lib. V, fol. 111. Normas para la elección de enfermeros en el Hospital de la VOT.

<sup>1075</sup>Ibíd., C.5, Lib. VII, fol. 5, leg. 410/5. Los hermanos terceros provenientes de otras fraternidades no podrían beneficiarse de las prestaciones del hospital hasta que hubiesen pasado de seis meses a un año de su llegada a la VOT, salvo casos especiales.

<sup>1076</sup>Ibíd., leg. 410/19.

texto constitucional se le hacían advertencias al rector, no sólo sobre el trato que debía dispensar a los enfermos, sino también sobre el cuidado que debía observar para que no fuesen admitidos en el hospital hermanos con males contagiosos o incurables: lepra, tifus, peste (considerada la enfermedad contagiosa por excelencia), hidropesía, tisis, demencia, camarientos, llagas envejecidas, humores gálicos, gota, sarna, etc.<sup>1077</sup>. Enfermedades que en la época se diagnosticaban como incurables<sup>1078</sup>.

El enfermo para ser admitido debía aportar un certificado médico que asegurase que su enfermedad era curable, no obstante, no se le daría cama hasta que fuese examinado por el médico del centro. Si un hermano se presentaba en el establecimiento por su propio pie diciéndose enfermo, se le sometería a una exploración médica, y según el diagnóstico se le internaría o se le dispensaría trato ambulatorio, proporcionándole las medicinas necesarias para su tratamiento e, incluso, si era persona muy necesitada se le entregaría una limosna en metálico, cuyo importe nunca superaría los 100 reales<sup>1079</sup>. Si se daba el caso de que un enfermo desde el hospital de la VOT había que trasladarlo<sup>1080</sup>, a otro centro por sufrir una enfermedad contagiosa o incurable, los mozos de silla de la Orden o los hermanos de hábito descubierto lo conducirían al hospital pertinente según su mal<sup>1081</sup>. En esos desplazamientos un hermano de hábito descubierto, que siempre acompañaba al grupo, recogía las limosnas que los transeúntes entregaban de forma espontánea. Las ordenanzas prohibían terminantemente que en el transporte de enfermos participasen personas que no fuesen hermanos de la Orden Tercera de Madrid<sup>1082</sup>.

---

<sup>1077</sup> *Ibíd.*, leg. 411/9. La sala de éticos se inauguró en noviembre de 1780 y se le dio el nombre de San Francisco, el papa Pío VI concedió licencia para que se pudiese decir misa en ella.

<sup>1078</sup> *Ibíd.*, leg. 2/8.

<sup>1079</sup> *Ibíd.*, leg. 156/17.

<sup>1080</sup> *Ibíd.*, C. 6, Lib. VIII, fol. 244 v. El 13 de noviembre de 1690 un oficio firmado por el protector de los hospitales, don Juan Larsec, comunicaba al de la VOT que “*en haviendo plaça vaca*” se atendería su petición de acoger en el de los incurables a la hermana tercera, Mencia del Barco, una mujer pobre y enferma. El Discretorio le dice al rector Francisco de los Ríos que esté pendiente de ese asunto.

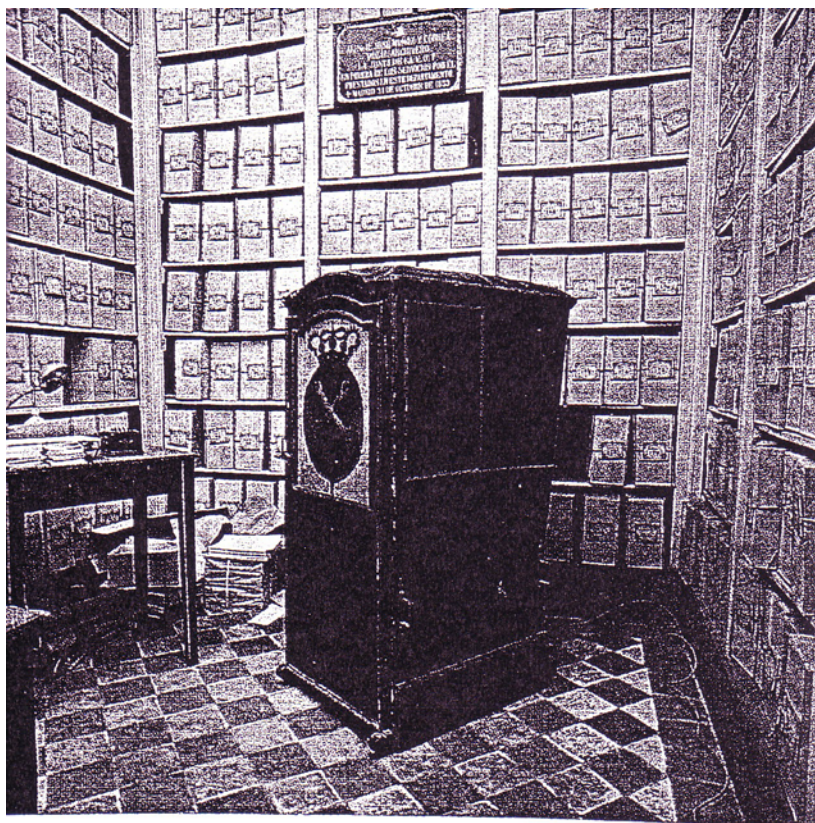
<sup>1081</sup> *Ibíd.*, leg. 410/22, C. 6, Lib. VIII, fol. 16. El transporte de los enfermos se hacía en unos palanquines propiedad de la Orden Tercera madrileña en los que estaban impresos sus emblemas. A los mozos no se les permitía que por encima del hábito llevasen prenda alguna, gabanes, hungarinas (especie de capa corta), aun cuando fuese el más crudo mes del invierno.

Leg. 450/3. La primera silla de andas llegó a la VOT en 1682, fue donación de un caballero anónimo.

C. 46, Libro de Enfermería. El teniente corregidor Julián de Arteaga entrega una nueva silla a la VOT, se trata de la donación de una señora anónima.

<sup>1082</sup> *Ibíd.*, Libro 46 de Enfermería, fol. 401v. El 24 de agosto de 1686 se prohibió que los enfermeros que visitaban los domicilios delegasen en otras personas la obligación que tenían de llevar las sillas del transporte de los enfermos. Sólo se les eximía por motivos de salud. Se tomó esa decisión cuando la VOT tuvo conocimiento de que algunos enfermeros se zafaban de ese deber ordenando a sus criados que cumpliesen con ese servicio.





Archivo de la VOT, y silla de andas para transportar enfermos.

El que en el hospital de la VOT no se atendiese ese tipo de males se debía a dos razones: primero por el extremo cuidado que requerían, y segundo porque atender a unos pocos de esos enfermos cerraba la posibilidad de atender a un número mucho mayor de otros, con enfermedades comunes y de más fácil curación; Sin embargo, no quería esto decir que si se presentaba una urgencia, incluso de una persona herida o enferma que no perteneciente a la Fraternidad se la rechazase sin atenderle debidamente, pero en esas circunstancias, tras la primera cura se le trasladaba a otro centro<sup>1083</sup>.

Las enfermedades que se trataron habitualmente entre los terceros fueron: tabardillo, alteraciones del sistema vascular, úlceras, garrotillo, erisipela, calenturas, carbuncos, fiebres catarrales<sup>1084</sup>, males de costilla, mal de punta (pulmonía), dolores de cabeza, corrimientos, sangre de espaldas, hemorroides, heridas, mal de peso, roturas,

<sup>1083</sup> *Ibídem*, leg. 411/5, fol. 52. En el hospital-enfermería se recibía a los hombres que llegaban heridos, se les curaba y se avisaba a la Justicia para que les tomase declaración. Si se detenía al herido y se le llevaba a prisión, el rector era el único que podía autorizar su salida del centro hospitalario.

<sup>1084</sup> Las fiebres catarrales, ya en ese tiempo, era una de las enfermedades que los madrileños sufrían con más frecuencia durante los inviernos. Cuando los viajeros llegaban a la Corte se les recomendaba que se guardasen de la sequedad del clima y de la fuerte acción de los vientos. Según otros pareceres, eran esas fuertes rachas ventosas las que contribuían a la salubridad general de la Corte, poniéndola al abrigo de los contagios, ya que evitaban la putrefacción de las carnes y alejaban las exhalaciones impuras.

erupciones, problemas de arterias, inflamaciones internas, desmayos, flatos, mal de orina, reumatismos, apoplejía, secas, flemones, fracturas, afecciones oculares, etc.

Nunca se permitió en este hospital que se realizasen anatomías de los fallecidos, pues comprendiendo el beneficioso aporte que esas prácticas podían suponer para la medicina y para la curación de otros pacientes, la VOT no consintió que, ni siquiera, en el caso póstumo de la muerte, los hermanos pudiesen perder su dignidad física; y menos, presentar alguna muestra que hiciese sospechar que no se les había tratado con el debido respeto; se pensaba que *“aún en lo inservible a ninguno de los hermanos se le debía de tratar mal”*<sup>1085</sup>.

Puesto en marcha el hospital, la misión de los enfermeros distribuidos en los distritos fue más relajado. Su labor consistió en llevar el control de los enfermos en su cuartel, visitarlos y, si era necesario, hospitalizarlos<sup>1086</sup>.

*«Viose el informe del enfermero don Agustín Daza sobre la limosna que pide Francisca Chamarría pobre, enferma y hermana nuestra de la Orden Tercera y constando sea su necesidad extrema y su enfermedad de las más graves y peligrosas se acordó que el Sr. D. Agustín Daza sin pasar de mañana lleve consigo al médico, licenciado Juan de Torres, para que reconozca el achaque y no teniendo riesgo de curarla y pudiendo hacerse en la Enfermería la lleve allí. y si viese peligro o inconveniente se libren 100 reales en el Sr. síndico para que se le haga socorro diariamente con lo que pareciese necesario y se despache la libranza para que no se atrase el alivio y se socorro que necesita».*

Por el volumen que alcanzaron las peticiones de hermanos que pedían ser ingresados en el hospital, fue necesario establecer unas normas estrictas para tener derecho a ocupar una cama. El enfermo, antes de ser admitido, tras pasar por la revisión médica, debía rellenar un formulario en el que figurasen sus datos personales y la fecha de su ingreso en la Fraternidad. Tenía que presentar la patente en la que figuraba ser profeso y acompañarla de un justificante de residencia en la capital<sup>1087</sup>.

Antes de terminar el año 1685, en diciembre, a la tradicional elección de cargos de gobierno se había unido el de los que habrían de regir el hospital-enfermería<sup>1088</sup>. Todos

---

<sup>1085</sup> AVOTM, leg. 410/33.

<sup>1086</sup> *Ibídem*, C 6, Lib. VIII, fol. 65.

<sup>1087</sup> *Ibídem*, leg. 69/2 y 410/8. La incesante afluencia de enfermos y visitantes al hospital aconsejó que se estableciesen horarios de visitas. Se abrían las puertas al amanecer y se cerraban a la mediodía durante dos horas. Por la tarde, permanecía abierto entre las dos y las ocho. En caso de urgencia o accidente, sus puertas se abrían a cualquier hora.

<sup>1088</sup> *Ibídem*, C. 5, Lib. VII, fol. 254v.

serían hermanos de la VOT: el rector un discreto eclesiástico, que formase parte del Discretorio; y el médico y los cirujanos, mejor que fuesen personas conocidas y al servicio de la Orden. En el hospital, el número de empleados no era estable, siendo la necesidad del momento la que marcaba el aumento del personal<sup>1089</sup>. Desde el principio se contó además de médico, enfermeros y enfermeras y mozos con un barbero-sangrador, un capellán<sup>1090</sup>, un escribiente, un portero, un comprador, una cocinera, lavanderas y limpiadoras<sup>1091</sup>. En 1687 se creaba un nuevo cargo, el de un mayordomo, encargado de la administración económica<sup>1092</sup>. Además de los fijos, si era necesario, no era difícil ver en el hospital el movimiento de algunos hermanos y hermanas voluntariamente comprometidos en emplear parte de su tiempo en el cuidando de los enfermos hospitalizados<sup>1093</sup>.

Por expresa indicación del Discretorio, el rector velaba para que la dieta de los enfermos, siguiendo las indicaciones médicas, fuese nutritiva y adecuada a cada caso. La habitual consistía en carne (carnero o pollo), caldos, alguna legumbre, arroz, fruta, huevos, pan y bizcochos. En los menús escaseaba el pescado y la leche, y esta última cuando se añadía a la dieta se hablaba de leche de burra<sup>1094</sup>.

Cuando se inauguró el hospital se nombró como su protectora a la señora Ana de la Cueva y Armendáriz, duquesa de Alburquerque, condesa de la Torre y marquesa de Codereyta, en reconocimiento a los beneficios que siempre dispensó a la VOT, y como

---

<sup>1089</sup> Al finalizar el siglo XVII los empleados en el hospital habían experimentado ciertos cambios: los médicos ya eran dos, y dependiendo del número de enfermos podían ser tres; también eran dos los cirujanos y dos los practicantes y los mancebos que ayudaban al boticario; dos escribientes trabajaban en las oficinas; y había aumentado el número de los criados, cocineras y limpiadoras. Proseguían en sus puestos: el portero, el conductor de los enfermos y el comprador. La mayor novedad residía en que cuatro hermanos de hábito descubierto estaban al servicio del hospital ayudando en todo lo que fuese menester.

<sup>1090</sup> AVOTM, leg. 410/8 y leg. 424/23. A los enfermos que ingresaban en el establecimiento les atendía espiritualmente el capellán, un tercero eclesiástico. Si el enfermo fallecía y había mostrado el deseo de ser enterrado en la bóveda de la capilla de la VOT, la Orden se veía en la obligación de abonar a la parroquia del fallecido los derechos correspondientes.

<sup>1091</sup> Las primeras referencias sobre el monto que supuso el pago de los salarios de los empleados del hospital aparecen en 1686, y son 9.498 reales anuales.

<sup>1092</sup> AVOTM, C. 5, Lib. VII, fols. 309-338v. El cargo de mayordomo fue una pieza clave para la organización del hospital. Entre sus funciones estaba la de administrar los bienes que los fieles entregaban para mantener a los enfermos. En ese menester le ayudaba un contador y un secretario. Hubo hermanos que consideraban un honor que se pensase en sus personas para el desempeño del cargo, pero otros, vieron en ese puesto una enojosa imposición a la que debían de someterse sin derecho a réplica.

<sup>1093</sup> En enero de 1690 fray Francisco Ramos, tras ser nombrado visitador de la VOT, convocó una reunión con todas aquellas personas que de una u otra forma estaban ocupadas en el trabajo del hospital-enfermería. Cuando se reunieron en el oratorio de la residencia de las hermanas viudas ya construida, las exhortó a cumplir de manera eficaz y cristiana con sus ocupaciones, anteponiendo el bienestar del enfermo al suyo propio, cumpliendo la Regla con alegría, y siendo ejemplo vivo para todos.

<sup>1094</sup> AVOTM, *Libro de Raciones de los Enfermos*, fol., 12 y ss..



camarera mayor a doña Antonia de Luna, marquesa del Fresno<sup>1095</sup>. Ambas eran hermanas profesas devotas de San Francisco y del Cristo de los Dolores, y recibieron los nombramientos con agrado. Se trataba de señoras pertenecientes a la alta nobleza, de reconocida piedad, y a la VOT le interesaba vincular ese prestigio a su fundación<sup>1096</sup>.

#### *a) Descripción del edificio del hospital-enfermería*

El edificio del Hospital de la VOT se encuentra situado en los actuales números 11 y 13 de la calle de San Bernabé, su fachada de estilo barroco no ha sufrido alteraciones con el paso del tiempo. Consta de dos plantas, además de los bajos y sótanos, edificadas en torno a un jardín interior, al que convergen las amplias galerías de las dos plantas principales. La superior se alza sobre pilares de granito, y ambas, un siglo después de ser edificado, se acristalaron.

En un principio, la distribución de las plantas fue la siguiente: en la planta baja una parte se dejó de recibo, y en la otra, se acondicionaron dos grandes salas de enfermos; en la primera, se dispuso una tercera sala para enfermos y también otras dependencias, y en la segunda, se instaló una cuarta sala, dedicándose el resto de habitaciones a los encargados del gobierno y mantenimiento del establecimiento. Cada una de esas cuatro salas dedicadas a los enfermos se puso bajo la advocación de un santo: San Francisco y San Miguel en el piso bajo; la Purísima Concepción en la primera planta; y San José en la segunda. Posteriormente, fue necesario añadir otras salas para atender a la demanda de enfermos, en el siglo XVIII ya eran ocho, a las que se agregaron se las llamó: San Lorenzo, Santa Isabel de Hungría, San Ildefonso y Santos Mártires de Japón<sup>1097</sup>.

En todas las zonas nobles y en las galerías se dispusieron excelentes pinturas, patrimonio de la VOT gracias a las donaciones recibidas. Anteriormente, algunos de esos

---

<sup>1095</sup>La duquesa de Alburquerque era hija de Francisco Fernández de la Cueva y de Juana de Armendáriz y Rivera, camarera mayor de la reina Mariana de Austria. Casó con su tío Melchor Fernández de la Cueva.

<sup>1096</sup>AVOTM, C. 6, L.VIII, fol. 112v. La única obligación de estas señoras para con el hospital estaba en hacer cuatro visitas anuales, recorrer las salas, e interesarse por la salud de los enfermos, dedicándoles algunas palabras de consuelo. En los cumplimientos pascuales, la camarera mayor, acompañada de otras señoras esposas de títulos y grandes de España, les servían la comida.

El 11 de diciembre de 1689, cuando murió el duque de Peñaranda sin herederos directos, fue su tía la marquesa del Fresno, quien recibió, junto con su hijo, el honor de la grandeza del título, por mano del rey Carlos II.

<sup>1097</sup>Ibídem, leg. 411/11.

cuadros habían adornando las paredes del claustro que conducía hasta la entrada de la capilla del Cristo de los Dolores, pero al construirse el hospital se trasladaron a éste<sup>1098</sup>.



Jardín interior del hospital.

En la actualidad el espacioso vestíbulo está presidido por una pintura con la figura de don Íñigo López de Zárate, la misma que siglos atrás su hijo Juan Antonio llevó a la VOT. Frente a la puerta de entrada, en el muro occidental del edificio, se abre una magnífica escalera de estilo imperial formada por dos amplios tramos de escalones sostenidos por bóvedas de aristas rampantes, que convergen en un rellano central. Desde allí, tras subir unos cuantos escalones, de nuevo se abren dos amplios brazos que conducen hasta el piso superior. La madera que se empleó en su construcción provenía del desguace de galeones.

El primer rellano de la escalera se adornó con grandes lienzos de autores importantes; en el centro, una magnífica pintura atribuida a Van Dyck, la “Mujer Adultera”; y a cada uno de sus lados, dos obras de Carreño de Miranda: “La Anunciación” y “Los Desposorios de Santa Catalina con Cristo”. En la parte inferior central, en una

---

<sup>1098</sup>Ibídem, C. 1, Lib. III, fol. 48.

hornacina, un busto en alabastro de San Francisco, obra del maestro Querol. Enfrente, en el tramo superior, otra pintura representa al hermano que llevó a buen término la construcción del Hospital. Se trata de don Juan Antonio López de Zárate, vestido con el hábito de Santiago. Al final de la escalera, antes de acceder a la galería, se encuentran varios cuadros de diversa factura y un busto en mármol de don Juan José de Austria, obra del maestro flamenco Francisco Dieussart<sup>1099</sup>.

Las paredes de la galería están decoradas con grandes obras de la escuela castellana de mitad del siglo XVII: una Inmaculada, la Virgen con el Niño, varios santos pertenecientes a la Orden franciscana, el arcángel San Miguel y una pintura que representa al duque de Abrantes, obra de Eduardo Babeca, pintado en 1874.

En la actualidad, el hospital de la VOT es el más antiguo de Madrid, su primitiva construcción, sus pinturas y gran parte del mobiliario permanecen en magníficas condiciones, a pesar del tiempo transcurrido, gracias al esmero que se puso en su fábrica y por la dedicación de sucesivas generaciones de terceros que siempre cuidaron de la conservación de su patrimonio. El hospital se ha considerado, antes y ahora, obra y espejo en el que se reflejó y refleja la Orden Tercera franciscana de Madrid.

El afecto que los madrileños manifestaron a la Venerable Orden Tercera pudo tener dos razones: la primera, los bienes espirituales que a través de la Institución recibían; la segunda, el aliciente que suponía la recepción de socorros materiales.<sup>1100</sup> La construcción del hospital-enfermería nos reafirma en ese pensamiento, a los hermanos enfermos se les proporcionaba ayuda hospitalaria, tratamiento adecuado y sana alimentación<sup>1101</sup>.

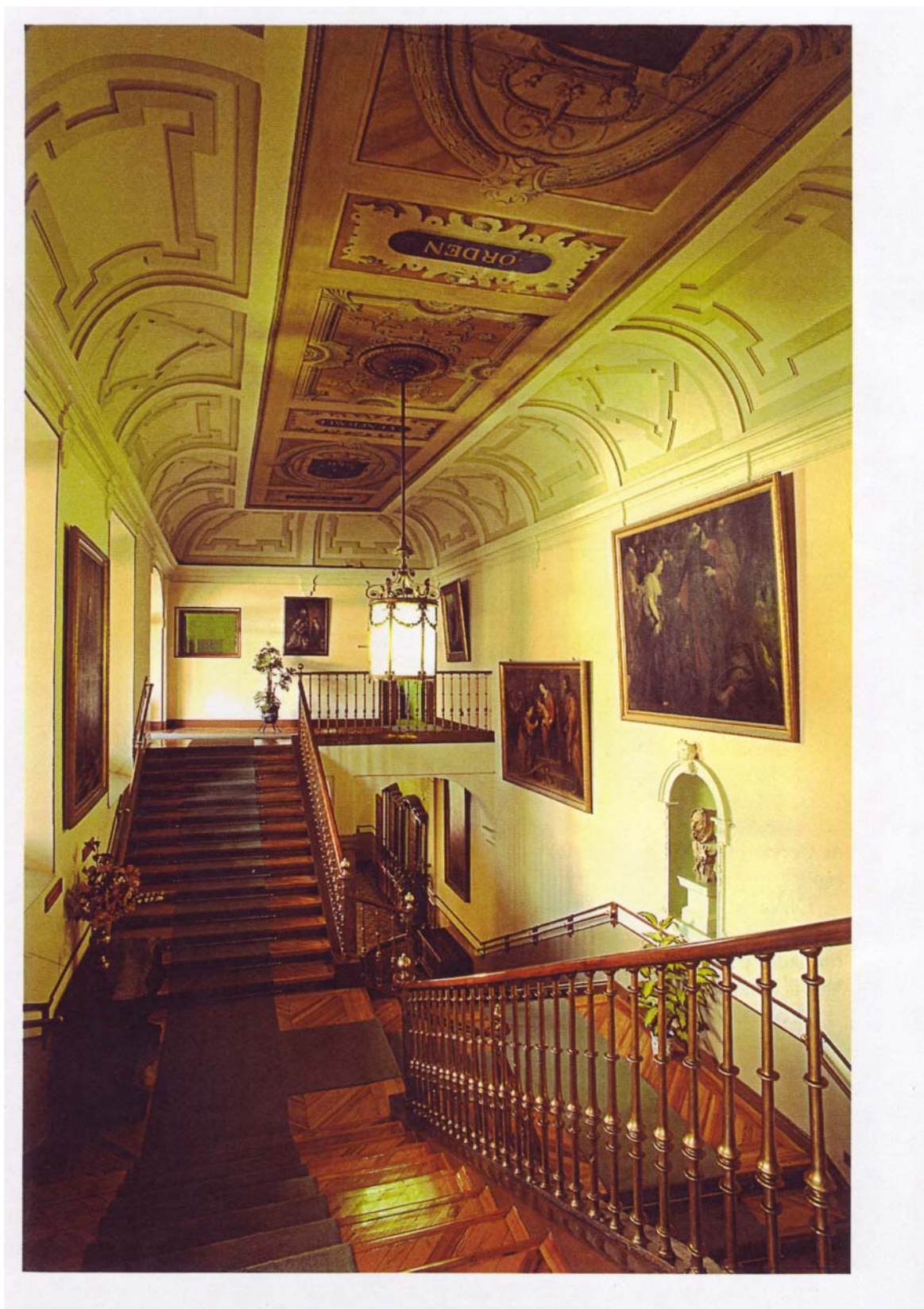
---

<sup>1099</sup>Ibídem, leg. 824.

<sup>1100</sup>A finales del siglo XVIII el hospital de la VOT contaba con sesenta camas, todas en pleno rendimiento. Cuarenta y ocho camas estaban destinadas a mujeres. Para entonces, se habían inaugurado dos salas para tísicos: una de hombres y otra de mujeres. Este hospital, en el ámbito privado, fue pionero en tratar esa enfermedad.

<sup>1101</sup>En el siglo XVII la alimentación del madrileño común se componía de pan, fruta, legumbres, hortalizas y vino, y de forma esporádica, carne. El pescado sólo se tomaba en casos excepcionales. La dieta de los pudientes era más completa, entraba en ella no sólo la carne en abundancia, sino también, dulces y licores. La carne se restringía entre otras razones por las prescripciones religiosas, pues se guardaba la abstinencia durante más de cien días al año. Si que se permitía que en las instituciones hospitalarias los enfermos tomaran carne a diario.





Escalera de acceso a la planta alta del hospital.

Hacia 1690 la VOT madrileña, con cerca de veinticinco mil hermanos vivos, un hospital en marcha y una política económica en alza, tenía conciencia de que a su frente debían seguir personas capaces, hábiles en el trato social y con conocimientos suficientes para manejar y revalorizar de forma conveniente un patrimonio adquirido con esfuerzo y que, por otra parte, no dejaba de incrementarse<sup>1102</sup>. Veinticinco o treinta años después, según afirma el franciscano Antonio Arbiol, la Orden Tercera franciscana de Madrid tenía más de 75.000 hermanos entre novicios y profesos, y añadía<sup>1103</sup>:

*«No se tiene por noble en esa Villa el que no pertenece a la Tercera Orden de Nuestro Padre Seráfico San Francisco, ya que posee una iglesia que puede competir con la de los religiosos, donde celebran muchos sacerdotes pobres, tienen un hospital para los hermanos pobres de la Tercera Orden donde van los enfermos y se les asiste con imponderable caridad y limpieza, pagando la Orden a médicos, apotecarios, y cirujanos siendo importantísima la cantidad que se gasta en atender a los hermanos enfermos»*<sup>1104</sup>.

#### **b) Puesta en marcha del hospital-enfermería**

El hermano encargado de redactar las “*Instrucciones para la Enfermería*” fue Manuel García de Zayas, y para hacerlo se atuvo a las reglas y ordenaciones que regían en los hospitales de la Corte<sup>1105</sup>. El establecimiento siempre se mantuvo con sus propios medios gracias a los legados y limosnas de sus benefactores, se creó una junta independiente para su administración y gobierno que se llamó Junta de Enfermería, independiente de la Junta General encargada del gobierno de la Fraternidad, aunque entre una y otra existía total conexión.

En materia económica, los caudales de la VOT y los del hospital fueron independientes, pues este por sí mismo fue capaz de cubrir los gastos que generaban la alimentación y cuidado de los enfermos, el mantenimiento y los salarios de los empleados.

---

<sup>1102</sup>Ibíd., leg. 100/7/8/9. Memorándum que abarca de 1708 a 1739, en el que figura entre otras donaciones unos terrenos en la calle del Águila, cuyo propietario Joseph Inquilla, del Real y Supremo Consejo de Indias, legó a la VOT. La Orden tuvo a bien edificar una casa sobre el terreno. En el edificio se labraron diecinueve aposentos altos y bajos y, además, se levantaron ocho más sobre las viviendas de una casa contigua, propiedad también de la Fraternidad. El producto de los alquileres de la casa recién edificada pertenecía íntegramente al hospital-enfermería, mientras que los de la segunda casa, mitad por mitad, se repartían entre éste y el Culto Divino.

<sup>1103</sup>El número de hermanos terciarios señalado por este autor es exagerado, aunque nosotros desconocemos el número posible de novicios. Por nuestra parte hemos elaborado un listado con los ingresos en la Orden Tercera de Madrid desde 1664, fecha en la que por vez primera aparecen en los libros de actas los primeros datos a ese respecto, hasta finales del siglo XVII.

<sup>1104</sup>Los libros de enfermería proporcionan información sobre la fecha de entrada y salida de los enfermos, enfermedades que padecían, evolución de la enfermedad, recuperación o fallecimiento, tipo de alimentación costo de ésta.

<sup>1105</sup>AVOTM, C. 46, *Libro de Enfermería*, fol. 119v.

La estructura básica de sus ingresos procedía de las rentas de propiedades, juros, censos, limosnas, legados testamentarios, almonedas de bienes de los enfermos fallecidos y del producto de las ventas de la botica. Fue de tal forma suficiente, que en los libros de actas aparece frecuentemente su actitud de prestamista con la Orden. Se trataba de préstamos sin ningún tipo de interés que se devolvían en un plazo no muy largo, y que sin embargo, dan testimonio de la fluida y activa economía que circulaba en el seno de la Fraternidad.

La construcción de este hospital-enfermería edificado en un barrio popular y “*de mucha pobreza*”, significó socorro y ayuda incluso para el vecindario, pues si el fin principal de la VOT estuvo en satisfacer las necesidades de sus hermanos pobres y enfermos, hemos podido observar, a través de algunas demandas, que siempre se trataba de proporcionar algún tipo de auxilio a los que necesitados, bien entregándoles medicamentos elaborados en la propia botica del centro o en caso urgente atendiendo sanitariamente a los que llegaban con heridas, roturas, dislocaciones, etc<sup>1106</sup>.

Años	Militares.	Civiles	Mujeres	Total
1691	45	34	111	190
1692	59	49	146	254
1693	84	77	202	363
Total	188	160	459	807

Cuadro nº 8. Ingresos de enfermos en el hospital de la VOT, 1691-1693.

### 3. 3. *Una casa de recogimiento para hermanas terceras viudas*

Si escasa es la historiografía acerca de la mujer en el Antiguo Régimen, lo es más cuando se quiere conocer con profundidad el tema poco estudiado de la viudedad femenina, un estado que afectaba a personas de distinta condición social, edad, ocupación y economía. Desde 1678 la VOT contaba entre sus benefactores con una ilustre dama, la hermana doña Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara de quien en páginas posteriores nos ocuparemos detenidamente. De manera muy notable, esta señora había contribuido

---

<sup>1106</sup>Ibídem, leg. 90/1.

con continuas donaciones a mejorar las condiciones de la capilla del Cristo de los Dolores y a construir su sacristía. Su generosidad, siempre dispuesta hacia la VOT, fue un importante soporte económico para la Institución, sobre todo, a partir del momento en que se inició la construcción del hospital-enfermería, y después, en el mantenimiento de los enfermos. La entrega de esta señora hacia los necesitados y su sensibilidad hacia las mujeres que al fallecer sus maridos caían en el más absoluto de los olvidos, la impulsaron a fundar una residencia para las hermanas terceras de la VOT que se encontraban en esa situación.

Doña Lorenza consideraba que la viudedad de la mujer era el estado más desgraciado de todos, pues carecía de cualquier tipo de protección, la podía llevar a la pobreza total, y era sabido que ese desamparo afectaba a la mujer en mayor medida que al hombre. La señora argumentaba que a los enfermos en los hospitales se les cuidaba y sanaba; a los niños expósitos, a los de la doctrina, a los desamparados se les recogía y educaba; los jóvenes contaban con seminarios y colegios, y las doncellas huérfanas con fundaciones reales y patronazgos que las ayudaban a entrar en religión, ya que abundaban los conventos dentro y fuera de la Corte; existían prebendas de dotes para contraer matrimonio, para redimir cautivos, para el socorro de los pobres encarcelados. Sin embargo, a nadie parecía importar las carencias de las viudas, un estado de luto, de privación y de retiro; el mismo San Pablo muchos siglos antes, había comprendido el difícil papel de la mujer viuda, y dicho que se la debía honrar<sup>1107</sup>.

Doña Lorenza había sufrido en su persona esa terrible soledad, de ahí su conmiseración hacia las que corrían esa suerte; a su entender, la viudedad era un estado desprotegido socialmente no sólo en lo temporal sino también en lo afectivo. Ese pensamiento la llevó a considerar que tenía en sus manos los medios para cambiar la situación de algunas de esas personas, y con ese propósito, en 1678 presentaba al Discretorio una propuesta, una fundación dedicada a esas mujeres. Su deseo era:

*«(...) sacrificar a nuestro Señor todos los bienes que por herencia de mi esposo me pertenecen para emplearlos en su divino culto, en sufragios por su alma, de cuya mano los he recibido, y en la mía propia»<sup>1108</sup>.*

Desde hacía tiempo, por su mente rondaba el proyecto de patrocinar ese tipo de fundación, sobre todo, desde que le hablaron de la institución fundada por una italiana

---

<sup>1107</sup>SAN PABLO: *Epístola a Timoteo*, cap. 5.

<sup>1108</sup>AVOTM, C. 116, *Libro de Fundaciones de doña Lorenza de Cárdenas*, fols. 43 y ss.

terciaria Francisca Bussa Ponzioni, apodada la Romana, una santa, muy venerada en Italia por sus virtudes y por su labor en diversos centros subordinados a la Tercera Regla Seglar de San Francisco. En 1425 había fundado una comunidad con diez jóvenes oblatas, que renunciaron a las vanidades del mundo y se dedicaron a la oración. Desde entonces, Francisca se había convertido en un modelo con el que se identificaban muchas mujeres, su obra había sido muy elogiada por la Iglesia<sup>1109</sup>. Aunque Francisca siempre había extremado su caridad socorriendo a todo tipo de indigentes y gente necesitada, desde que enviudó, puso especial atención en remediar la difícil situación de las viudas más pobres y desgraciadas<sup>1110</sup>.

Doña Lorenza tomó a esta santa mujer como su modelo, al saber que como ella, la italiana había estado casada y había tenido un matrimonio feliz, basado en mutuo respeto, estimación y armonía.

En la Orden Tercera no dejaba de causar cierto asombro la reiterada esplendidez de la dama; todavía estaba en boca de todos, y se comentaba en las reuniones de los discretos la generosa aportación de rentas que ha poco había hecho y que permitiría en el futuro hospital el mantenimiento de una sala con doce camas para las hermanas pobres y enfermas. Ahora de nuevo, la señora se mostraba dispuesta a acometer otra fundación.

Convocados todos los componentes del Discretorio a junta, se les puso en conocimiento de las pretensiones de la viuda de Ramírez de Prado. Las características de la propuesta aconsejaban que los discretos se mostrasen cautos por lo que suponía de novedad la fundación de una residencia para mujeres, consagradas a una vida de oración y penitencia completada con labor asistencial. Sin duda, suponía un riesgo el hecho de que fuese esta señora la única persona que contribuiría al proyecto; hasta el Discretorio habían llegado noticias de su fuerte carácter y, de antemano, se desconocían las condiciones que podía imponer. Un aliciente era que las viudas prestarían servicio en el hospital colaborando con los enfermeros y dispensando consuelo a los enfermos. Sin embargo, dada la prudencia con la que se movía la Orden a petición del ministro López de Zárate, se estableció un tiempo de reflexión antes de que se emitiese un juicio definitivo.

---

<sup>1109</sup>Ibíd., fol. 45.

<sup>1110</sup>Ibíd., C. 4, Lib. VI, fol. 9. La propuesta de fundación que la viuda de Ramírez de Prado, Lorenza de Cárdenas, presentó ante el Discretorio llamó la atención de éste por su perfecta redacción y argumentos. Se tuvo el convencimiento de que la señora se había asesorado por personas capacitadas en ese menester. Era tal el empeño que ponía en la empresa, que en el escrito, además de enumerar las numerosas ventajas que podía suponer el hacerlo, se adelantaba a los posibles inconvenientes que podrían surgir y ofrecía soluciones.



Finalmente, tras considerar el beneficio que supondría para las viudas pobres de la VOT, el Discretorio vio en la oferta un amplio campo para ejercitarse y trabajar en el servicio al prójimo y recordó aquellas palabras de San Francisco:

*«En el cordón que ciñe el cuerpo de los hermanos franciscanos hay espacios tan dilatados entre los cinco nudos que solo se llenan con la inmensidad de Dios y con el amor al prójimo».*

Una vez que se aceptó el ofrecimiento de doña Lorenza, se prepararon varias reuniones entre discretos y benefactora. No tardaron en redactarse unos borradores, previos a las constituciones en los que se buscó adaptar norma, necesidad y circunstancias religiosas y sociales. Doña Lorenza consideraba la fundación como si de un mayorazgo se tratara, y a las viudas como si fuesen sus herederas. Creía que la presencia femenina de esas hermanas atendiendo el hospital podría servir como modelo de devoción y sociabilidad. Insistía una y otra vez en que no hacía falta profesar como religiosa para servir a Dios, también había comunidades de mujeres que no lo eran; su interés se cifraba en fundar una casa de orden, quietud y recogimiento.

En el borrador quedaron reflejadas la generosidad y caridad de doña Lorenza, y la piedad y el amor al prójimo que la VOT imprimía en todas sus obras. La fundadora exponía condiciones y, a su vez, la Orden aconsejaba, persuadía y aceptaba. Porque si pareció correcto que las viudas colaborasen con algún trabajo en el hospital, lo que deseaba la VOT es que lo hiciesen por verdadero sentimiento de caridad hacía el enfermo más que por obligación impuesta; de esa forma se hacía más fácil y con más agrado el obedecer<sup>1111</sup>.

El hermano Manuel García de Zayas se encargó de redactar las definitivas constituciones de la fundación y unas instrucciones para el gobierno interno de la residencia, conocida entre los hermanos como "habitación de viudas"<sup>1112</sup>. La VOT que respetó gran parte de las condiciones expresadas por doña Lorenza, a su vez impuso que sería el Discretorio el encargado del gobierno y jurisdicción de la fundación, sin que nada ni nadie tuviese facultad para inmiscuirse en sus decisiones. Por parte de la viuda no hubo

---

<sup>1111</sup>Por ser un campo inexplorado en la VOT, esta fundación constituyó para la VOT un reto. Así lo expresaban varios hermanos.

<sup>1112</sup>AVOTM, C. 46, *Libro de Enfermería*, fol. 119v.

objeciones a que la VOT ejerciese, sin ninguna reserva, dependencia o jurisdicción ese gobierno<sup>1113</sup>.

Las pautas que acompañaron la vida recogida de estas mujeres, dentro de los cánones de la moderna espiritualidad, estuvieron marcadas por normas de severa austeridad, porque la benefactora, aunque con las inevitables diferencias, deseaba que la fundación y su forma de vida se asemejasen a las que se observaban en cualquier convento de clarisas. Las hermanas debían unir a la observancia de la Regla de la Tercera Orden otros valores como la vida en comunidad, la obediencia, y salvo por reducidas licencias, el enclaustramiento, porque el peligro, sin duda, estaba fuera, y era necesario que esas personas se guardasen de la agitación mundana. El disfrutar de los beneficios que les proporcionaba el estar acogidas en la fundación, debían pagarlo estando sometidas a una estricta disciplina. La inspección que en las instituciones de religiosas correspondían al obispo, en esta fundación sería misión del visitador de la Orden<sup>1114</sup>.

La peculiaridad de la fundación, primera en una Institución Tercera franciscana, es que se fusionaban aportación personal de estas seglares cuidando de los enfermos, con vida espiritual de recogimiento, oración, lecturas, actos litúrgicos...

En octubre de 1678 visitó el domicilio de la señora una comisión de hermanos, y ésta les informó que para mayor seguridad y cumplimiento de la fundación les iba a hacer entrega de las dos vidas que restaban después de la suya de una encomienda de Indias de 1500 pesos ensayados de a doce reales y cuartillo (18.375 reales), su goce estaba en Nueva España, situada en los pueblos de Mixticlan, Manchilan y Chiapas. Por privilegio real doña Lorenza podía disponer de las dos vidas, en virtud de cédulas que el rey Felipe IV había dispensado a su esposo Lorenzo Ramírez de Prado.<sup>1115</sup>

Después se trató sobre aspectos de la futura residencia. El terreno para edificarla debía estar muy próximo al hospital, pero independiente, de esa manera los enfermos estarían perfectamente atendidos, sin que se quebrase la paz de la Institución, sufriese la honorabilidad de la VOT ni, tampoco, la de las viudas<sup>1116</sup>.

---

<sup>1113</sup>Ibídem, leg. 365/13. Memoriales de las solicitudes de las viudas que desean ser acogidas en la fundación de Lorenza de Cárdenas.

<sup>1114</sup>SÁNCHEZ LORA, J. L.: *Mujeres, conventos y formas de religiosidad barroca*, Madrid, 1988, pp. 238 y ss. En algunos conventos las religiosas preferían la intervención de los obispos a la de los frailes, ya que estos obligaban a las religiosas al estricto cumplimiento de las reglas y constituciones.

<sup>1115</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI, fol. 335.

<sup>1116</sup>Ibídem. *Ordenanzas para la habitación de viudas*, Madrid, 1678, fols. 10 y 19.

Quiso la benefactora que en las Constituciones se incluyese una cláusula que aseguraba que mientras ella viviese estaba en su mano determinar qué hermanas entraban o no en la residencia y la facultad de modificar las condiciones de la fundación<sup>1117</sup>. También hizo constar que dada su avanzada edad, si por circunstancias desgraciadas, contraía una enfermedad o la soledad de su vida la inducía a pedir la compañía de una de las residentes, éstas deberían acudir a esa llamada, el no hacerlo les supondría la expulsión del establecimiento.

En sesiones posteriores doña Lorenza determinó que las admitidas fuesen veinticuatro, el doble de los Apóstoles elegidos por Cristo, quería que en cada una de las horas del día, Jesús en el sagrario, tanto de noche como de día, estuviese acompañado por una de las viudas que permanecería en oración. Todas debían estar presentes cuando se descubriese el Santísimo Sacramento los viernes y los martes de cada semana, y en el rezo diario de la Corona de la Virgen<sup>1118</sup>.

Como al Discretorio no le pareció de decoro que las hermanas se desplazaran a la capilla del Cristo de los Dolores para cumplir los turnos, entre las diez de la noche y las seis de la mañana, se pudo convencer a la viuda Cárdenas de que las horas nocturnas se cubriesen haciendo turnos dobles desde el mediodía. Porque el propósito de doña Lorenza era que su fundación se asemejase al convento de la Encarnación, donde día y noche dos religiosas rezaban sin interrupción por las intenciones de Sus Majestades los Reyes. Otra exigencia de la fundadora fue que siempre se recordase a las viudas que en sus oraciones no olvidasen rezar por las intenciones de su benefactora.

Fue también la fundadora quien impuso los requisitos que debían observar las pretendientes a ocupar una plaza: ser hermanas profesas de la VOT, destacar por su piedad, tener estado de viudedad y sin ataduras de hijos, no padecer enfermedad alguna, ser mayores de cuarenta años y un buen porte. No se pidió que fuesen absolutamente pobres, aunque sí, que mostrasen necesidad y, sobre todo, propósito y disposición de ánimo de abandonar las vanidades del mundo. La intención de la dama era que las viudas gozasen de la quietud y sosiego necesarios para que empleasen su tiempo en el ejercicio de las virtudes.

---

<sup>1117</sup>Ibídem, 424/10. Sobre la fundación de la residencia de viudas. Otra de las imposiciones que puso la fundadora fue: “Si una viuda que haya sido mujer de ministro, sin hijos, y que en su estado de viudedad haya quedado con discomodidad si hubiese vacante se la acoja y que se la apliquen dos raciones”.

<sup>1118</sup>Ibídem, leg. 450/3. El rezo de la Corona de la Virgen, siempre dirigido por el capellán o el visitador, consistía en el rezo en voz alta de setenta y tres Ave Marías, haciéndose en cada decenario una encomendación a la Virgen.

A pesar de las grandes lagunas que se nos ofrecen, indagando en los documentos presentes en el archivo de la VOT, hemos podido reconstruir en parte la historia de esa comunidad. Doña Lorenza, en su afán de que las residentes se asemejasen en todo lo posible a una orden religiosa clarisa, prestó gran atención a la vida de piedad de esas mujeres; impuso que la oración no debía consistir únicamente en tener buenos pensamientos y propósitos, sino que debía acompañarse de rezo silencioso, es decir, oración mental, estimada entre los franciscanos como vida espiritual del alma, y manjar para crecer en el ejercicio sano de las virtudes. Junto a la oración no podía faltar la mortificación, que haría más perfecta la unión con Dios, la caridad y el amor al prójimo<sup>1119</sup>. Tanto empeño puso la fundadora en que se observasen los ejercicios piadosos, que exigió que figurase “por vía de contrato” que aquella hermana que abandonase por un tiempo las prácticas religiosas sería expulsada de la residencia. El resto de las obligaciones se fijaron conforme a las Instrucciones y Regla de la Tercera Orden Seglar<sup>1120</sup>.

En la residencia cada hermana gozó de habitación propia, y para cuando se reunían en comunidad se construyó una sala muy amplia que servía de refectorio, en la que a mediodía y a las ocho de la tarde se congregaban para comer y practicar lecturas piadosas. También dispusieron de un oratorio particular en el que un sacerdote de la Venerable Orden o el propio visitador se encargaban de velar por la dirección espiritual de sus almas y vigilar de cerca sus comportamientos:

*«Que se labren veinticuatro aposentos pequeños con disposición de dormitorios para habitación de las veinticuatro viudas (que se quieran retirar en vida para vivir y morar allí) y que tengan oratorio y refectorio y un pequeño jardincito y alguna otra dependencia que sea necesaria»<sup>1121</sup>.*

Si bien para realizar las tareas más groseras y para la cocina tenían personas que les servían, doña Lorenza, como si de una orden religiosa se tratase, y ella fuese la abadesa, les impuso obligaciones, horarios de rezos, de comidas y de trabajos<sup>1122</sup>.

---

<sup>1119</sup>LÓPEZ, A.: «Ordenaciones de Toledo. Constituciones para todas las monjas clarisas», en *Revista de Estudios Franciscanos*, n.º, 7, 1911, pp. 84-86. Parece ser que en algunos conventos de clarisas la oración vocal había quedado relegada a un puesto secundario. La viuda de Ramírez de Prado quería que las hermanas acogidas en la fundación la practicasen por obligación.

<sup>1120</sup>AVOTM, C. 116. *Libro de las Fundaciones*, fol. 32.

<sup>1121</sup>Ibíd., fol. 33.

<sup>1122</sup>Ibíd., leg. 421/1. El trabajo de las viudas se limitaba a atender al cuidado de la ropa de lencería de la enfermería y de las capillas, planchándola y cosiéndola si era necesario; establecían turnos para que siempre hubiese una o dos señoras vigilando el cuidado que se dispensaba a los enfermos, en especial la sala de

Estableció que todas las acogidas llevasen vestiduras iguales, parecidas a un hábito, un modesto traje de viuda confeccionado en lanilla en invierno y en estameña en verano, de color negro, con los hombros cubiertos por un manto de lana o seda de igual color. Sobre la cabeza una toca corta de las llamadas de beatilla, prendida al pecho y a la espalda, para que recogiese y ocultase los cabellos. Si una hermana por achaques, dolores de cabeza o “*mal de ojos*”, no la soportaba, se le permitía usar otra toca conocida como “*toca de reina*”, confeccionada en seda, pero siempre que guardase la debida decencia<sup>1123</sup>. En resumen, las hermanas vestirían impecables, limpias, sin afectación y modestas sin singularidades.

Salvo para cumplir con sus obligaciones de piedad, se les prohibió romper la clausura, sólo en casos extremos, justificados y con licencia del rector o del visitador, podían salir a la calle, pero nunca solas, siempre acompañadas por otra residente. Sobre el comportamiento que debían observar en el interior de la casa estaba ordenado que fuesen naturales y sencillas, decorosas, modestas, amables y respetuosas con el resto de hermanas.

Tenían derecho a recibir medicamentos de la botica, y si caían enfermas disponían de una cama en el hospital, en la sala de mujeres, donación de la misma fundadora<sup>1124</sup>. En ese caso a la renta de residente se uniría a la aplicada por doña Lorenza para cada una de las enfermas de la sala fundada por ella. De esa manera, no carecerían de lo necesario, ya que por encima de todo, la benefactora deseaba que estas mujeres estuviesen atendidas y tratadas “con el mayor regalo posible”<sup>1125</sup>.

---

mujeres, en las horas en que se les servía comida y cena. En las Constituciones se marcaban los horarios de labor y las horas de descanso.

<sup>1123</sup>Ibíd., leg. 411/12. Si las viudas caían enfermas se las atendía en el hospital, recibiendo en ese caso además de su asignación de viudas los tres reales diarios asignados a los enfermos, por lo tanto, gozaban de algunas singularidades. La fundadora había establecido que si entre estas personas hubiese una señora de calidad superior, una señora de porte, quizá mujer de un ministro, dejaba a la discreción de la VOT, caso de que enfermase, la conveniencia de que permaneciese en su habitación, recibiendo allí los cuidados precisos en lugar de ser llevada a la enfermería.

<sup>1124</sup>Si la sala fundada por Lorenza de Cárdenas siempre estaba al completo de enfermas, a la residente se le buscaría acomodo en otra, o si no, y, sobre todo, si era persona de calidad, se la atendería médicamente en su propio aposento.

<sup>1125</sup>AVOTM, leg. 424/2. Otra de las imposiciones de la fundadora fue que en el caso de que una viuda sin necesidades económicas quisiese entrar en la residencia, lo pudiese hacer como porcionista, siempre y cuando, hubiese plaza vacante, y la persona acogida aportase una cantidad razonable según sus medios económicos.

Leg. 389/17. Francisco de Zulueta comunica al Discretorio que doña María Magdalena de Aguirre desea ser admitida en la residencia de viudas, y para ello entregará una pensión de 150 ducados anuales, a razón de 4 reales diarios.

La escritura de la construcción de la “habitación de viudas” se otorgó ante Vicente Suárez, el 23 de octubre de 1678; en ella se decía que *“El gobierno de la fundación corre por cuenta de la Orden Tercera, sin depender en ningún caso de la fundadora, salvo, en los nombramientos de las acogidas y en llevar el control, mientras viva, de las que quisieren entrar”*.

#### **a) La financiación**

Los efectos que doña Lorenza asignó para esta obra fueron varios: un juro de 3.000 ducados con intereses del 8%, a gozar desde el primero de julio de 1678; 1.000 ducados por una vez y una de las encomiendas, que había heredado de su esposo<sup>1126</sup>. La renta de los 3.000 ducados mencionados debían de aplicarse para la fábrica de la vivienda de las residentes, con la condición de que al finalizarse el edificio ese efecto iría destinado al sustento de las viudas. Además, la señora prometió a la VOT 6.000 ducados más. En febrero de 1679 entregó 2.000, los 4.000 restantes debían cobrarlos los terceros. Se trataba de una antigua deuda pendiente del Consejo de Indias, el matrimonio Ramírez de Prado había gozado de casa de aposento y nunca la había ocupado<sup>1127</sup>.

Las últimas instrucciones de la dama fueron que si la congrua, por circunstancias de los tiempos, escaseaba, sólo se admitiese a las viudas que dignamente se pudiesen mantener pero si, por el contrario, la renta aumentaba que se acogiese a alguna más. Otra disposición fue que si por cualquier circunstancia la residencia no se llevaba a efecto, la renta que se le había aplicado se dedicase a la redención de cautivos. La VOT no debía hacer la entrega a los frailes redentoristas hasta que estuviesen próximos a viajar a tierras de infieles. Los cristianos rescatados debían ser hermanos de la Tercera Orden franciscana<sup>1128</sup>.

---

Leg. 389/18. El conde de Salvatierra, Juan de la Mata Córdoba y Cerda, se compromete a pagar anualmente al mayordomo de la VOT 150 ducados para que sea atendida con el mismo esmero que el resto de las viudas y se le dé residencia a doña Ana Fernández.

<sup>1126</sup>La viuda de Ramírez de Prado gozaba de ese privilegio por Real Cédula de Su Majestad y estaba libre de los embargos de la Ley de Sucesión

<sup>1127</sup>AVOTM, leg. 424/33. A la VOT le pareció escasa la asignación dedicada a cada viuda, por ese motivo trató el asunto con doña Lorenza, que se mostró de acuerdo aumentando en medio real los tres estipulados anteriormente; ello suponía 100 ducados anuales, además de los veinticinco ducados que cubrirían los gastos de ropa de cama y vestido.

<sup>1128</sup>Ibíd., C. 166, leg. 424. La escritura se firmó ante el escribano del Rey, Miguel Álvarez de Sierra, siendo los testigos: Gregorio Álvarez Sierra y Domingo Suárez.

En los primeros meses de 1679 la VOT compró una casa rodeada de un terrenillo<sup>1129</sup>; después, para ampliarlo y dar mejor cumplimiento a la fundación, se añadieron otras casillas, una de ellas propiedad de doña Juana de Calderón, una hermana tercera franciscana. A la Orden le animó esta última compra por lo reducido del precio, el que fuese colindante a la casa que ya se había adquirido y el que las viviendas estuviesen ocupadas por algunos inquilinos; de ese modo, los alquileres de estos podían proporcionar unos ingresos que vendrían bien para satisfacer los salarios de los operarios que trabajaban en el hospital<sup>1130</sup>.

En 1680 la bajada de la moneda<sup>1131</sup> supuso que se redujesen las limosnas de los fieles, y ese descenso hizo que la Fraternidad atravesase por uno de sus peores momentos. Las obras de la residencia, de igual forma que las del hospital, se paralizaron para que no aumentasen las deudas con los acreedores<sup>1132</sup>. Coincidiendo con el fin de la obra del hospital, en 1685, se terminaba la residencia. El deseo de Lorenza de Cárdenas quedaba cumplido, si bien, la fundadora no pudo ver concluida esta fundación, pues había fallecido en 1681<sup>1133</sup>.

El último día del mes de diciembre de 1685 la VOT celebró una misa de acción de gracias oficiada por fray Francisco Ladrón de Guevara, capellán real; el sermón estuvo a cargo de fray Pedro de Santiago. Para honrar a la fallecida doña Lorenza, la VOT convocó a una nutrida concurrencia de hermanos. En lugar destacado de la capilla se encontraban las primeras seis viudas acogidas en la residencia. Al finalizar el acto litúrgico, un grupo de discretos, el visitador y el oficiante acompañaron a las mujeres hasta su nuevo hogar, y tras bendecirse el lugar, de forma oficial las hermanas ocuparon la residencia. Desde esa

---

<sup>1129</sup>Ibídem, C.4, Lib. VI, fols. 9 y 16v. A principios del año de 1679 se compró una casa y un pequeño terreno junto a la enfermería para que sirviese de alojamiento a las viudas, una propiedad de Diego de Silva, después se adquirieron otras casillas colindantes. C. 116, Libro de las Fundaciones de Lorenza de Cárdenas, fol. 480.

Cuando se comenzó la construcción de la residencia, el terreno pareció escaso, por lo que se adquirió otro terreno de buen tamaño dotado de un jardincillo. En los diversos documentos que tratan sobre esas compras no existe unanimidad cuando se habla de precios. Unas veces se establece el total de lo pagado en cerca de 30.000 reales, una cantidad a todas luces desorbitada para la VOT, y otras, la cantidad se rebaja los 15.000 reales de vellón. Construyó el edificio el maestro Luis Román, y su trabajo se tasó en 2.200 ducados.

<sup>1130</sup>Ibídem, Libro de Enfermería, fol. 46. Los inquilinos que ocupaban esas casas fueron conflictivos, pues cuando la VOT les pidió que las desalojasen, además de no satisfacer los alquileres se negaron a hacerlo. Como es lógico, el problema retrasó la construcción.

<sup>1131</sup>BRAVO LOZANO, J.: «La devaluación de 1680. Propuesta de análisis», en *Hispania*, n.º 38, pp.115-146.

<sup>1132</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI, fols. 158, 158v y 172.

<sup>1133</sup>Ibídem, leg. 424/2. Libro que recoge la fundación de la residencia de las hermanas viudas, gracias a las donaciones que hizo doña Lorenza de Cárdenas. El 27 de febrero de 1686 se compró otra casa a Juan de Ochezne para ampliar en un futuro la ya existente.

fecha y hasta el siglo XIX sin interrupciones estuvo en funcionamiento la casa o residencia de viudas<sup>1134</sup>.

Nombre	Edad	Nacimiento	Ingreso	Fallecimiento	Enterramiento
Isabel Vergara	No consta	No consta	1686	1687	Bóveda VOT
Gregoria Castillo	64 años	Madrid	1686	1692	Bóveda VOT
Antonia M. <sup>a</sup> Velasco	58 años	Madrid	1686	1695	No consta
María Díez	45 años	Parla	1686	No se dice	No consta
Juana Cabezas	50 años	Madrid	1686	1693	Bóveda VOT
ÁngelaChavarri	57 años	No consta	1686	1687	Bóveda VOT
Francisca Romero	52	Madrid	1687	1698	Bóveda VOT
María de Valde Oliva	59	Huete	1688	1692	Bóveda VOT
Isabel Gómez	62	Membrilla	1691	No consta	No consta
María de Abeda	48	Torrelaguna	1692	No consta	No consta
Josefa Martínez	53	Horcajo de la Sierra	1693	1696	Bóveda VOT
María Caspio	58	No consta	1693	No consta	No consta

Cuadro nº 9. Nombre de viudas que ocuparon la residencia, según datos que figuran en el Registro de Viudas de la VOT.

En 1689 el visitador de la VOT, fray Francisco Ramos, definió así la fundación:

*«Se trata de una obra hecha gracias a la caridad de su ilustre fundadora, doña Lorenza de Cárdenas y Manrique, una fundación que dejó encomendada al impulso y dirección de la Orden Tercera de San Francisco de Madrid». Y añadía: “después de haber examinado durante años todas y cada una de las*

<sup>1134</sup>MADOZ, P.: *Audiencia, Provincia, Intendencia, Vicaria y Villa*, Madrid, 1848.p. 345. En la obra de Madoz se comenta que las rentas que Lorenza de Cárdenas destinó para sostener la fundación de la residencia de viudas vinieron a menos de tal forma, que a finales del siglo XVIII sólo podían cubrir los gastos de siete señoras, y a mediados del XIX, de tres.



*ordenaciones que se le impusieron a la fundación como religiosa forma de llevar una bien y ordenada vida, y conforme a lo que en semejantes visitas ordenan los santos cánones, declaramos y manifestamos, que para gloria y honra de Dios, Nuestro Señor, y para consuelo del piadoso desvelo de la Junta, hallamos a la habitación de viudas, tanto como casa de religión, por la observancia de las dichas ordenaciones que cuidadosamente cumplen, como por las continuas mortificaciones, continua oración, retiro del mundo y recibo frecuente de los Sacramentos en que se emplean fieles a su Dios y agradecidas a su fundadora»<sup>1135</sup>.*

#### **4. Santa María Virgen, la iglesia del hospital, y la búsqueda de la mediación divina**

Todas las salas dedicadas a los enfermos del hospital de la VOT contaron con un pequeño altar en el que se veneraba al Santo que daba nombre a cada estancia. En diciembre de 1685 el cardenal Luis Manuel de Portocarrero, arzobispo de Toledo, había concedido licencia para que se pudiese decir misa en ellas, una licencia que debía renovarse anualmente, y que los terceros habían conseguido tras algunos debates y controversia con la parroquia de San Andrés y con el Arzobispado.

La VOT que había puesto especial énfasis en que la propiedad y gobierno del establecimiento estuviesen siempre en sus manos, sin que por causa de accidente, título o motivo se sujetase la fundación a otra dirección, cuando quiso celebrar misa en las salas de los enfermos, el Arzobispado manifestó que para hacerlo se debía ampliar la jurisdicción eclesiástica ordinaria en la nueva fundación tanto en lo espiritual como en lo temporal. De hecho, la licencia en algunas de sus cláusulas se presentaba en contra del derecho de patronato de legos que se había instituido cuando Lorenza de Cárdenas hizo fundación de las doce primeras camas para hermanas enfermas, y que después se amplió con ocho más, cuando el rey don Carlos II quiso patrocinar una sala para enfermos militares<sup>1136</sup>. La VOT protestó con firmeza ante las pretensiones toledanas, con un memorial en el que entre otras cosas se decía:

*«(...) la VOT solicita asistencia espiritual por motivos justos juzgándolo un deber que en la Enfermería estén asistidos los pobres enfermos. Del celo de la Orden Tercera dependen esos enfermos (...)».*

---

<sup>1135</sup>AVOTM, leg. 450/3.

<sup>1136</sup>Ibídem, leg. 410/18. Despacho del Consejo de la Gobernación de Toledo que aprueba las ordenanzas del hospital-enfermería y de la habitación de viudas.

Para resolver el conflicto, la VOT remitió el problema a sus abogados, recomendándoles que lo hiciesen de la “*mejor forma que se pueda dar a este asunto*”<sup>1137</sup>.

En 1692 el ministro Juan Antonio López de Zárate, planteó al Discretorio la posibilidad de construir una capilla para el hospital. El ministro, ya muy delicado de salud, quería dejar culminada la obra que daría mayor realce al edificio. Las salas de los enfermos con sus altares ya no parecían suficientes, se hacía necesaria una iglesia o capilla, con licencia eclesial para que permanentemente estuviese en ella el Santísimo Sacramento, y para que los enfermos y los empleados pudiesen visitarla<sup>1138</sup>. El llevar a la práctica esa idea se había contemplado desde que el maestro Marcos López realizó las trazas del edificio, ya entonces se pensó que debía ubicarse junto a su parte noble, formando cuerpo con él<sup>1139</sup>.

Se aprovechó la circunstancia de que al final de la calle de San Bernabé, junto a una casa deshabitada, antiguo domicilio de Andrés de Medina, había un terreno perteneciente a Juan Echarne, hermano de la Orden. El precio de ambos espacios se tasó en 140.000 reales; la situación económica por la que atravesaban los terceros en aquellos momentos no se presentaba tan apurada como en épocas anteriores; el hospital estaba totalmente terminado, las deudas de su construcción saldadas y las continuas donaciones y limosnas de hermanos y devotos aseguraban la asistencia de los enfermos.

No hubo vacilaciones entre los discretos a la hora de emprender el proyecto; como de costumbre, se hizo un llamamiento a la generosidad de todos los hermanos y la respuesta fue muy satisfactoria. En 1693, tras obtenerse del Consejo de Gobernación Franciscano licencia para comenzar la edificación, se convocó, como era la costumbre, a distintos maestros alarifes para que presentasen las trazas de la capilla sobre unos planos realizados por Teodoro Ardemans<sup>1140</sup>. Entre los maestros se encontraban: Felipe Sánchez, arquitecto de los duques del Infantado, Diego Román, Eugenio Camarena, Juan Pineda y Joseph Arroyo, este último de avanzada edad, que se titulaba como maestro arquitecto de Su Majestad.

---

<sup>1137</sup>Ibídem, leg. 410/19. Licencia del cardenal Portocarrero por la que se permite que se diga misa en el hospital-enfermería de la VOT, leg. 410/18/29.

<sup>1138</sup>Ibídem, leg. 410/18.

<sup>1139</sup>BONET CORREA, A.: *Iglesias madrileñas del siglo XVII*, Madrid, 1984; ÁLVAREZ SIERRA, J.: *Los hospitales de Madrid de ayer y de hoy*, Madrid, 1952, p. 67.

<sup>1140</sup>AVOTM, leg. 411/3. Licencia que se otorga desde el Consejo de la Gobernación de Toledo para que se construya una iglesia contigua al hospital-enfermería de la VOT.

Se trató de precios, plazos de entrega y duración de la obra, la Orden deseaba, igual que en ocasiones precedentes, que los materiales y la mano de obra fuesen de la mejor calidad<sup>1141</sup>. Esta vez la VOT depositó su confianza en la experiencia del maestro Joseph Arroyo, quien se comprometió a cumplir con fidelidad los deseos de la Orden<sup>1142</sup>. Las escrituras se firmaron el 6 de septiembre de 1693 en la capilla del Cristo de los Dolores, ante el escribano de número Miguel Álvarez. Los firmantes fueron: el ministro Juan Antonio López de Zárate, por parte de la VOT; y por la contraria, el maestro ya mencionado<sup>1143</sup>.

El precio final de la construcción se ajustó en 132.000 reales, y el plazo establecido para hacer la entrega, marzo de 1696. A cargo del maestro corrían los cimientos, la piedra, la mezcla, la cantería, la construcción del atrio, la fachada, la obra de albañilería, los solados, las puertas, las ventanas, los blanqueos, las guarniciones y las vidrieras. Ventajoso para la VOT era que el maestro se comprometía a asegurar la obra de cualquier desperfecto durante cuatro años. Por su parte, la Orden debía hacerse cargo de la entrega del resto de los materiales. En la escritura se concertó una cláusula según la cual si la obra no se terminaba en los plazos establecidos, desde ese momento sería el maestro el encargado de satisfacer los jornales de los operarios y de costear los materiales, incluso la VOT podría apremiarle por vía ejecutoria. Quizá por esa exigencia Arroyo prometió no emplear su tiempo en otros trabajos mientras durase la obra<sup>1144</sup>.

En septiembre se pusieron los cimientos, y un mes después, el 11 de octubre, se colocó la primera piedra. Sobre ese acto contamos con el testimonio del escribano Álvarez Sierra que lo describe fielmente:

*«Por la mañana temprano, don Luis Manuel de Portocarrero<sup>1145</sup>, Presbítero Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, arzobispo de Toledo y del Consejo de Su Majestad, llegaba al lugar donde se habría de levantar la Iglesia. Todo estaba adornado con tapices y alfombras y flores. Las chirimías*

---

<sup>1141</sup>TOVAR MARTÍN, V.: *Arquitectos madrileños de la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid, 1975, p. 354.

<sup>1142</sup>AVOTM, leg. 410/11/13. Escritura para la construcción de la iglesia del hospital-enfermería que firman la VOT y Joseph Arroyo.

<sup>1143</sup>AHPM, prot. n.º 12.254, fol. 387.

<sup>1144</sup>AVOTM, leg. 410/3/5. En la obra se empleó pedernal de Almodóvar de Vallecas, solados de baldosas de la Ribera; arcos, zócalos y pilastras de cantería; puertas a semejanza de las de la iglesia del Salvador.

<sup>1145</sup>El cardenal Luis Manuel Fernández de Portocarrero fue hijo del conde de Palma del Río y de doña Leonor de Guzmán. En 1672 obtuvo el capelo cardenalicio, y en 1678 fue nombrado virrey de Sicilia. A su regreso ocupó la silla arzobispal de Toledo. En los últimos años del reinado de Carlos II ocupó un lugar relevante en política, cuando tomó partido por el problema de la sucesión, a favor del hijo del elector de Baviera, José Fernando. Sin embargo, a la muerte de aquél, en 1699, se convirtió en defensor de la candidatura del nieto de Luis XIV, el duque de Anjou, para ocupar el trono español. Formó parte de la Junta de Regencia hasta que llegó a España Felipe de Borbón, y en 1705 volvió a sus funciones eclesiales.

*celebraron su presencia y fue recibido por el visitador general de la Orden, fray Francisco Ramos, y el ministro de la VOT, don Juan Antonio López de Zárate, marqués de Villanueva de la Sagra, acompañados de gran número de discretos y oficiales. En el terreno estaba el párroco de la Iglesia de San Andrés, y sacerdotes hermanos terceros. Su Eminencia, vestido de pontifical, se acercó al lugar abierto para poner la primera piedra, la cual bendijo, en medio del canto de salmos y oraciones, acompañados de música. Después el Cardenal, colocándose ante una gran cruz fijada a una basa de piedra situada en el lugar en que debería ponerse el altar mayor, de rodillas comenzó a rezar las letanías de los santos que manda el ceremonial romano y puso en un hueco de esa primera piedra una caja de plomo que contenía una reliquia de santos, unas monedas, de plata y vellón, de las que al presente corren en Castilla, y una tarjeta de plomo con una inscripción en latín<sup>1146</sup>, en la que también se nombraba a María Inmaculada, la fecha, se terminaba diciendo,” reinando don Carlos Segundo y doña Mariana de Neoburgo, su Augusta consorte, Reyes de Castilla...”. Cerrada la caja se ató con un cordón de seda carmesí y se bajo a la zanja. Mientras se tapaba con cemento, su Eminencia bendijo el lugar, y a los presentes. Después de los agradecimientos de los hermanos de la VOT se subió a su carroza y partió. Lo refiero porque estuve presente en todo lo dicho, en Madrid el día once de octubre de 1693 años».*

Hubo dos graves motivos que retrasaron la construcción: el primero de orden técnico, pues al comenzar los trabajos se percibió que el peso de la nueva construcción ponía en peligro la seguridad del edificio del hospital-enfermería<sup>1147</sup>; el segundo, la enfermedad del maestro Arroyo, enfermedad que le postró en el lecho y le condujo a la muerte en junio de 1695. Al fallecer el anciano maestro, la VOT quiso que se hiciese tasación de lo construido hasta entonces, por lo que se llamó a distintos alarifes para que diesen su parecer sobre la obra; el dictamen de los maestros fue que la construcción era deficiente y poco resistente<sup>1148</sup>. La VOT tomó medidas inmediatas en contra de los herederos de Arroyo que acabaron en pleito. De antemano, la Justicia había embargado los bienes de Arroyo<sup>1149</sup>.

<sup>1146</sup>AVOTM, leg. 410/12. El texto de la tarjeta de plomo era el siguiente: “*Ad maiorem Dei. Venerables ordo de Penitentia Seraphic Patris Nostri Franciscus. Templum, hoc cuius habet proprietatum et dominium*”.

<sup>1147</sup>Cuando los hermanos Román realizaron los planos del hospital no pensaron que sobre uno de sus muros se apoyaría la capilla, motivo por el cual el edificio no contaba con la fuerza suficiente para soportar la carga.

<sup>1148</sup>AVOTM, leg. 410/5. Teodoro Ardemans y Eugenio Camarena tasaron en 61.000 reales lo fabricado hasta entonces, tasación con la que no estuvo de acuerdo el maestro Felipe Sánchez, por considerarla excesiva.

<sup>1149</sup>Ibídem, leg. 410/11. Existe una escritura de transacción entre los herederos de Joseph Arroyo y la VOT, en la que se da noticia de que tras pleitear durante meses se llegó a un acuerdo entre las partes; en el ánimo de la Orden no estaba el perjudicar a los herederos del difunto maestro, en este caso sus nietos. La Orden recibió una indemnización de 10.000 reales por perjuicios y daños y, además, pudo aprovecharse de los materiales acumulados en los terrenos de la obra que pertenecían al constructor y que se valoraron en unos cuatro mil reales. También quedaba libre de satisfacer cualquier demora económica que estuviese pendiente a favor de Arroyo.

Como la obra no se podía dejar a medias, de nuevo fueron convocados los maestros Felipe Sánchez, Camarena, Pineda, Manuel García, Diego Rodríguez y el sacerdote Joseph Valdemoro. Todos insistieron en las graves carencias de lo edificado, y el peligro que suponía para el hospital proseguir la obra en esas condiciones. El 9 de agosto el maestro Felipe Sánchez entregaba su veredicto que comenzaba en los siguientes términos: “*para que no se me culpe de nada...*”, porque no sólo había que reforzar paredes y cimientos, sino también demoler gran parte de lo construido. Sánchez se comprometía a terminar la iglesia en dieciocho meses, asegurando la construcción y su solidez hasta cuatro años después de darla por terminada. El costo total lo calculaba en unos 14.000 ducados y se mostraba dispuesto a cobrarlo en mesadas.

En principio se aceptaron sus condiciones, pero el Discretorio, escarmentado por lo acaecido con Arroyo, quiso que en la escritura figurase una cláusula por la cual los últimos 3.600 ducados de la deuda no se pagarían hasta pasados cuatro años de terminada la capilla, el tiempo en que el maestro había anunciado mantener su compromiso de correr con los gastos ante cualquier deterioro<sup>1150</sup>.

En 1699 se finalizó su construcción, y el 4 de octubre de ese año, festividad de San Francisco, fue la fecha elegida por el ministro de la Orden Manuel de Zúñiga, conde de Monterrey, para la inauguración oficial; para entonces, el ministro Juan Antonio López de Zárate, que tanto empeño había puesto en el proyecto, había fallecido. La obra se hizo, según el decir del Discretorio, con decencia y ornato. Como era la costumbre en la VOT, se nombró una comisión encabezada por el coadjutor, Tomás de Álava, para organizar la celebración que debía resultar plena de solemnidad, fervor y lucimiento. Se invitó a diversos personajes de la sociedad madrileña y se hizo un llamamiento al obispo de Ocaña para que honrase a los terceros con su presencia y bendijese el nuevo templo. En la noche anterior al festejo, se alumbró la puerta de la iglesia con doce luminarias, y se anunció el acto con música de trompetas, tambores y clarines; la misma música que acompañó al día siguiente la ceremonia.

Ese día, desde la ocho de la mañana, a lo largo de la calle de San Bernabé se agolparon los fieles. Cuando en el señorial portalón del hospital apareció la figura del obispo seguido de varios religiosos, se hizo el silencio entre los congregados, el grupo se dirigió hacia la entrada del templo, mientras caminaba, el prelado impartía la bendición a

---

<sup>1150</sup>Ibidem, leg. 410/3. Escritura entre Felipe Sánchez y la Venerable Orden Tercera. Madrid, 6 de mayo de 1695.

los presentes. De repente, se abrieron las puertas que daban acceso al interior y la comitiva en procesión penetró en la capilla. Mientras los fieles se acomodaban en los bancos y pasillos, el obispo se dirigió hasta el altar engalanado con flores y velas, allí encima de un almohadón de terciopelo con borlones en oro se postró de rodillas y comenzó una oración<sup>1151</sup>.

A continuación bendijo la iglesia y la sacristía, y fue el momento en el que rodeado de ceremonial, formas y ritos, como ordenaba el protocolo de la Santa Iglesia, se recibió al Santísimo Sacramento, que había salido desde la parroquia de San Andrés<sup>1152</sup>.



Capilla del hospital-enfermería.

Fray Francisco Zapata, auxiliar de Portocarrero, investido de pontifical y asistido por cuatro sacerdotes cubiertos con capas pluviales, todos hermanos terceros, se dispuso a

---

<sup>1151</sup>Ibíd., leg. 410.

<sup>1152</sup>Ibíd., leg. 411/4.

oficiar la Santa Misa, mientras que la música sonaba desde la tribuna<sup>1153</sup>. En lugar destacado seguían los actos devotamente el conde de Monterrey, el de Montijo, el visitador, y personajes relevantes de la Corte. Fue tal la afluencia de público que las puertas de la capilla permanecieron abiertas, para que los fieles, en la calle, disfrutasen de la ceremonia<sup>1154</sup>.

La capilla se había edificado en paralelo al vestíbulo del hospital, y constaba de una nave cubierta con bóveda de cañón con lunetas, y dividida por pilastras con capiteles dóricos. Un pequeño crucero sostenía la cúpula de tambor, y entre los pilares con pechinas lucían los escudos de la Tercera Orden franciscana. Sobre los muros se habían instalado hornacinas y altares. A pocos pasos del altar, a la derecha, una gran puerta daba acceso al hospital. El retablo del altar mayor se había levantado siguiendo la idea de Francisco Sánchez, discípulo de Ventura Rodríguez, y la decoración corrió a cargo de José Ginés, las pinturas fueron trabajo de Patricio Rodríguez.

Según afirman las escrituras, presidiendo el altar se colocó una imagen de la Inmaculada Concepción sobre pedestal tallado<sup>1155</sup>. A ambos lados de la nave central se situaron varias capillas con pinturas de la escuela castellana de la época de Carlos II, entre ellas, una representación de la muerte de San José, de gran devoción entre los hermanos terceros. En los altares se colocaron varias imágenes propiedad de la VOT, entre las que destacaban una Asunción de María y otra representación de Nuestra Señora de Valvanera. Desde 1812 a la izquierda de la puerta de entrada se encuentra una pintura de grandes dimensiones obra de Antonio Pereda, fechada en 1657. Se trata de una Inmaculada Concepción<sup>1156</sup>.

Detrás del altar, en el lado del Evangelio, se daba paso a la espaciosa sacristía, un pequeño museo con magníficas y antiguas cajoneras de caoba, una variada colección de objetos de arte, óleos, espejos, imágenes y un bonito aguamanil. Ya en la calle, sobre la fachada barroca del edificio, entre grandes pilastras, se situó la puerta de entrada al

---

<sup>1153</sup>Ibídem, leg. 411/2/5. Licencia que concede el cardenal Portocarrero, para que se bendiga la Iglesia del hospital-enfermería de la VOT. Escritura en la que se aprueba que se coloque el Santísimo en la Iglesia que será llamada de Santa María.

<sup>1154</sup>Ibídem, leg. 87/2.

<sup>1155</sup>ÁLVAREZ GARCILLAN, G.: *Boletín de Previsión Sanitaria Nacional*, 1983, p. 20. En la actualidad, y desaparecida la antigua imagen, en el altar se venera una Inmaculada Concepción que los terceros creían de autor anónimo. Se ha sabido, recientemente, que fue un encargo hecho al imaginero madrileño Salvador del Páramo y López, en 1867. Su precio se tasó en 6.000 reales.

<sup>1156</sup>AVOTM, leg. 177/14. El anterior propietario de esa pintura fue Felipe Abad, el inquilino de una de las casas de la que era propietaria la VOT. Este hombre debía más de un año de alquiler y saldó su deuda con el cuadro.

templo, y se adornó con un arco de medio punto, una ventana, y sobre ella, presidiendo, el escudo de la Venerable Orden Tercera Seglar.

La iglesia del hospital de la VOT, bajo la advocación de Santa María Virgen, vulgarmente se la ha conocido como “Iglesia del Hospital de la VOT”. Desde el 8 de agosto de 1700, por bula papal fue agregada a San Juan de Letrán de la misma forma que, en su momento, lo fue la capilla del Cristo de los Dolores. Por tanto, los devotos que la visitaban, participaban y gozaban de las indulgencias y gracias que los Sumos Pontífices dispensaron a aquella iglesia romana<sup>1157</sup>.

## **5. UNA APROXIMACIÓN A LA SOCIOLOGÍA DE LA VOT**

Cuando una comunidad de tipo religioso-seglar, independientemente de los lazos suscitados por elementos de naturaleza devocional, se organiza y funciona, la articulación que emerge entre sus miembros deja de pertenecer al mundo de lo afectivo para entrar a formar parte de un mundo institucional que se define jerárquicamente. Los protagonistas son quienes lo ejercen y lo sufren. Lara Rodemas cree que se trata de una cuestión de lealtades, porque lo que comienza siendo fidelidad a un esquema de raíz religiosa, acaba convirtiéndose en fidelidad al esquema social que lo ordena y le da forma<sup>1158</sup>.

Si bien la documentación que hemos manejado nos muestra como los hermanos que fueron admitidos en la VOT respondían al modelo de rectitud cristiana y de honradez que se exigía en las Constituciones, nos ha sido difícil determinar a que categoría social podían pertenecer en su mayoría. Ciertamente que en los libros de actas son frecuentes las menciones que se hacen sobre los ingresos de hermanos, pero salvo en contadas ocasiones, no se alude a la extracción social de los admitidos, parece carecer de importancia que quede reflejada tal información. Nos consta que en el siglo XVII, en las solicitudes de ingreso en la VOT era un dato a tener en cuenta la profesión u oficio de los peticionarios, con el fin de impedir la entrada en la Orden a los que ejercían trabajos considerados deshonorosos.

El mismo desconocimiento anterior alcanza cuando se quiere establecer la procedencia de los hermanos, su lugar de origen. Son pocos los datos que se nos facilitan,

---

<sup>1157</sup>Ibídem, leg 411/7.

<sup>1158</sup>LARA RODEMAS, J.: «Organización interna y estructuras de poder en las hermandades de Huelva durante el Antiguo Régimen», en *Gremios, Hermandades y Cofradías*, t. I, San Fernando, 1991, p. 237.



salvo si son personajes destacados socialmente, si se ven implicados en algún proceso o pleito con la Fraternidad, o si figuran como pretendientes a recibir alguna de las dotes que se sortean a lo largo del año. Gracias a esta última fuente, sorteos en los que el premio facilita la entrada en religión o el matrimonio a una joven profesa o hija de profesores, tenemos información sobre el lugar de nacimiento y la extracción social de las candidatas, porque en las peticiones que previamente debían presentar al Discretorio figuraban sus datos personales y trabajo, si lo hacían, así como el de sus progenitores. Estos, en general, eran antiguos labradores que habían llegado a Madrid huyendo de la dureza de la vida en el campo y que en la capital tuvieron que dedicarse a un trabajo distinto al suyo natural. También los hay que se declaran artesanos, carpinteros, orfebres, albañiles, pero son los menos. En la misma oscuridad permanecen los nombres de los hermanos más pobres, los que pertenecen a los estratos sociales más humildes; de ese grupo sólo se nos permite conocer a los que por circunstancias desgraciadas sus nombres figuran en listados de limosnas, de dotes, de entierros de pobre, de entrega de vestuario, etc.

Es diferente cuando se habla de terceros que han destacado socialmente, tanto si pertenecen al clero, a la nobleza, a los consejos, si son caballeros de hábito de alguna de las órdenes militares o se mueven en espacios cercanos al Monarca y a la administración. En esos casos, las fuentes sí que ofrecen datos sobre las identidades de los hermanos, principalmente, si han formado parte en algún momento de los discretorios o si su aportación personal e iniciativa han sido decisivas en el auge alcanzado por la Fraternidad, pues entre ellos los hubo que además del espíritu de caridad y piedad que mostraban hacia sus hermanos, su función social y su valía sirvieron de propaganda de la propia VOT, lo que la llevó a lograr la consideración y popularidad social más alta<sup>1159</sup>.

Es nuestra hipótesis, que entre ese grupo de poderosos, y aquel otro de necesitados, existió otro escalón, que fue sin duda el más numeroso: el de aquellos hermanos a los que les faltó categoría social para ocupar cargos importantes y que, sin embargo, no se sirvieron de la VOT como una fuente de socorro para sobrevivir. Nos referimos a los que ejercían una actividad más diversificada: profesionales liberales, abogados, médicos, escribanos, artesanos e, incluso, eclesiásticos. Es, a nuestro entender, los que llegaban a formar parte de la VOT por auténtico amor a Cristo, a los que de verdad les impulsaba la fe y el deseo de servir al prójimo. Son también hermanos desconocidos, anónimos, pero

---

<sup>1159</sup>AVOTM, C. I, Lib. I, II. Juntas de elecciones del Discretorio, años 1628-1630.

que cumplen fielmente la Regla, las ordenaciones y se muestran prestos a las convocatorias de la VOT.

Con respecto a las actitudes personales de los terceros, salvo en contadas excepciones, el estricto control y el secretismo que imperaba en la VOT, ha impedido que exista una documentación fehaciente que nos aporte los datos necesarios para conocer y entender su comportamiento en el ámbito social. Es difícil captar el proceder de los hermanos fuera de la Fraternidad, pues las referencias que se encuentran en los libros de la VOT sobre sus cualidades o condiciones particulares, siempre son escasas y tratan celosamente de no romper la imagen de unión y perfecto equilibrio que pareció imperar en la Orden Tercera madrileña. Sólo trasciende lo que transcurre por los cauces colectivos fraternos, actos de piedad, devoción cristiana y ayuda al prójimo; comportamientos con los que se da cumplida satisfacción a las posturas adoptadas en Trento: disciplinamiento de las conductas y cumplimiento de las obligaciones cristianas de rezar, confesar, comulgar y mantener una moral intachable<sup>1160</sup>.

Muchas relaciones de sociabilidad establecidas entre los hermanos se habían puesto en marcha antes de su ingreso en la VOT, pero otras se crearon dentro de la Fraternidad. Es relativamente fácil hallar esos lazos en las informaciones a las que se sometía a los aspirantes a ingreso, en las que a menudo aparecen como avales nombres de hermanos de reconocido poder social<sup>1161</sup>.

Un estudio pormenorizado de las actas nos permite ver como en la VOT se tejieron redes de captación clientelar, que dieron lugar a que individuos relevantes dentro y fuera de la VOT confluyeran con otros que buscaban prestigio. Esas mismas redes servirían de medio de integración para individuos situados en una escala social más baja en la

---

<sup>1160</sup>La documentación más fidedigna con la que se cuenta para conocer lo que fue la Venerable Orden Tercera franciscana de Madrid en el siglo XVII, procede de los libros de actas de la propia Orden. Las elecciones que se hacían a final de año para designar a quienes ocuparían los puestos de responsabilidad, nos informan de los nombres de esas personas, la mayoría pertenece a las altas esferas políticas o sociales, lo que permite realizar un seguimiento personal del individuo a través de su vida pública. Pero hay otros que forman parte de una masa anónima: mercaderes, escribanos, artesanos, maestros..., que no por desconocidos dejan de ser necesarios en la VOT, pero que nos dejan escasas licencias cuando se trata de hacer particularismos. Aún así, apoyándonos en nuestra investigación, podemos afirmar que en su inmensa mayoría los miembros de la VOT fueron gentes del común, personas necesitadas de socorro, quizá más materiales que espirituales, que encontraron en la Orden la ayuda que la sociedad les negaba.

<sup>1161</sup>Todo aspirante a ingresar en la VOT debía de ser presentado por un hermano, o en su petición hacer constar el nombre de un conocido que fuese tercero. Hemos podido ver como en esas peticiones, junto a los informes de los testigos, aparecen notas de puño y letra de los avales del aspirante, que dan fe de que se trata de persona de moral intachable.

estructura establecida, o les ayudaría a consolidar un estatus social, quizá hasta entonces, indefinido.

Por su carácter religioso, la VOT fue una Institución abierta a todos, jamás en ella se hizo gala de vocación nobiliar, es más, supo absorber en su seno a personas provenientes de grupos emergentes. Ello evidencia que individuos tan dispares como eclesiásticos y seglares, nobles y plebeyos, ricos y pobres, todos unidos fraternalmente por lazos de piedad y caridad al prójimo, de manera clara y precisa, fueran manifestación pública de que la Institución era modelo de integración interclasista.

Si la posición social o política, no fueron impedimentos para ingresar en la Orden Tercera, sí que fueron preceptivas ciertas condiciones: una forma de vida y costumbres intachables, no ser pobre de solemnidad, estar reconocido como vecino de la Villa, tener oficio, limpieza de sangre y no ser bastardo. Ese fue el motivo de que se realizaran informaciones exhaustivas que avalaban testimonialmente y bajo juramento la condición del interesado. Los testimonios recordaban de forma oral y escrita el linaje del pretendiente y sólo si éste superaba las pruebas de ingreso se le reconocía la calidad como individuo.

Al final de la segunda década del siglo XVII empiezan a ocupar los puestos de gobierno de la VOT madrileña hermanos seglares. Esa novedad va a suponer que el rumbo que hasta entonces había mantenido la VOT cambie de manera substancial. En el Discretorio, poco a poco, se hará constante la presencia de la nobleza y de personajes muy cercanos a la burocracia monárquica. Desde 1629 a 1700, momento en el que daremos fin a esta investigación sobre la Venerable Orden Tercera Seglar madrileña, fueron hermanos ministros personajes de la categoría social de Carlos Gurrea de Aragón y Borja, conde de Ficallo y duque consorte de Villahermosa por su matrimonio con su sobrina María Luisa de Aragón y Wernstein; era caballero de la Orden de Santiago, consejero de Estado, comendador de la Reina Isabel de Borbón, gentilhombre de boca del Rey, embajador extraordinario en Portugal, presidente del Consejo de Portugal y comendador de Rodas<sup>1162</sup>.

---

<sup>1162</sup>KALNEIM, A.: *Juan José de Austria en la España de Carlos II*, Lleida, 2001. Carlos Gurrea de Aragón y Borja, primer ministro seglar en la VOT, fue hombre de gran carácter, enérgico y justo. Se hizo con una gran fortuna tras su estancia como gobernados de Flandes, en 1681 estaba situado en el foco político madrileño.

Don Alonso Pérez de Guzmán, patriarca de las Indias, perteneciente a la poderosa familia de los Medina Sidonia. Don Juan Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, de San Germán y de la Hinojosa, gentilhomme de cámara de Felipe III, capitán de la artillería naval, que en 1610 se apoderó por mar de Larache, y en 1612 fue nombrado gobernador del Milanesado, y que se enfrentó a Carlos Manuel de Saboya en la guerra del Monferrato: Don Pedro de Herrera, consejero de Hacienda.

Don Gaspar de Bracamonte y Pacheco, conde de Miranda y de Peñaranda, grande de España, señor de Aldeaseca, caballero de la Orden de Alcántara, comendador en Daimiel, camarero del Cardenal-Infante don Fernando, fiscal del Consejo de Órdenes en 1626, y consejero del Real de Castilla<sup>1163</sup>, fue ministro de la Orden en distintos años: primero de 1643 a 1645, y luego, en 1647; después entre 1649 y 1654 y, por último, en 1658. Gran letrado, hábil político y diplomático, en 1646 abandonó la capital para formar parte de la delegación que envió la Monarquía Hispánica a Westfalia en las deliberaciones previas a la paz de la Guerra de los Treinta Años. Regresó meses después y volvió de nuevo en 1648 como embajador plenipotenciario para cerrar los pactos con los holandeses de la manera más honrosa posible para la Monarquía Hispánica. El rey Felipe IV tuvo en cuenta sus servicios y le nombró virrey en Nápoles. En 1664 fue presidente del Consejo de Estado y mantuvo la presidencia del de Indias.

También tuvieron la responsabilidad de dirigir el gobierno de la VOT:: los marqueses de Villamayor de Leyva y de Santillana; el conde de Baños, grande de España, personaje muy cercano a la Monarquía; el obispo Jerónimo de Mascareñas; el marqués de Santillana; el oligarca Iñigo López de Zárate y sus hijos, Juan Antonio, marqués de Villanueva de la Sagra, e Ignacio. Finalmente, acaba el siglo como ministro de la Orden Tercera madrialeña, Gaspar de Zúñiga y Fonseca, conde de Monterrey, de Fuentes y Ayala, marqués de Tarazona, comendador de Alange, caballero de la Orden de Santiago, que antes de su nombramiento como ministro de la VOT había desempeñado los puestos de gobernador en Flandes, y virrey, primero en las Indias, y después en Cataluña<sup>1164</sup>.

Hubo otros personajes de la nobleza, de los consejos de la Monarquía y de las artes que aunque no ejercieron el cargo de ministro, si estuvieron presentes en otras labores y

---

<sup>1163</sup>Gaspar de Bracamonte y Guzmán, que en un principio había entrado en religión, fue nombrado canónigo en la catedral de Sevilla, y en 1622, arzobispo en Toledo. Al fallecer su hermano mayor, el duque de Peñaranda, colgó los hábitos y contrajo matrimonio con la hija de aquél, su sobrina María, duquesa de Peñaranda. CONTRERAS, J.: *Carlos II...*, pp. 46, 78-80 y 84.

<sup>1164</sup>Hemos limitado al siglo XVII nuestra relación de hermanos ministros.

funciones del gobierno de la VOT. Citemos entre ellos nombres tan conocidos como: Alburquerque, Aragón, Arcos, Balbases, Cabra, Esquilache, Feria, Fuensalida, Íñigo González de Velasco, Infantado, Lemos, Liche, Malagón, Maqueda, Medina de las Torres, Medinaceli, Montealegre, Montijo, Morata, Osuna, Puebla del Maestre, Rivas, Santisteban, Segorbe y Cardona, Terranova, Villafranca, Gilimón de la Mota, Alonso y Lorenzo Ramírez de Prado, Cárdenas, Lope de Vega, Quevedo Villegas, Juan Carreño, Jerónimo Quintana, Vicente Carducho, etc. En su mayoría forman parte de los grupos de elite, mantienen contacto con los monarcas y se esmeran en que sus relaciones con estos no decaigan.

La VOT, su Discretorio, tratará siempre de hacer a los reyes partícipes de sus proyectos, también de sus conflictos y aprietos. La presencia de la VOT en la Villa gira en torno a la piedad y la caridad, por ello su emblemática capilla, el Cristo de los Dolores, será escenario de oraciones y rogativas por la familia real en las enfermedades (son frecuentes las crisis que sufrirá a lo largo de su existencia Carlos II; en 1683 sufrió una hemiplejía cerebral que a punto estuvo de llevarle a la tumba), en los fallecimientos de reyes, e infantes, y también en las celebraciones de acontecimientos, bautizos, esponsales...

NOMBRE	AÑO
Francisco Marcos Barrera, eclesiástico.	1620-1624.
Juan de la Peña, eclesiástico.	1624-1628.
Juan Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete.	1633-1637; 1640.
Gaspar de Bracamonte, conde de Miranda	1643-1645; 1647; 1649-1654.
Jerónimo de Mascareñas, después obispo.	1659-1665.
Juan A. López de Zárate,	1670-1698.
Gaspar de Zúñiga, conde de Monterrey.	1698-1702
Ignacio López de Zárate	1703-1707.

Cuadro nº 10. Ministros de la VOT de Madrid que permanecieron en el cargo por un periodo superior a tres años, 1609-1710.

En 1687, a poco de inaugurarse el hospital, Madrid recibía la noticia de la muerte de la emperatriz Leonor de Neoburgo, hermana de doña Mariana. La VOT no dejó escapar la ocasión de ser ellos los primeros en convertir la capilla del Cristo de los Dolores en marco de las primeras honras fúnebres que se dijese en la capital por la esposa de Leopoldo I. Hacerlo era una consideración que se le debía a la Emperatriz, ya que en vida había sido hermana devota de la Venerable Orden Tercera Seglar de San Francisco<sup>1165</sup>. El Discretorio envió noticia a Palacio de los actos que se iban a celebrar. Doña Mariana excusó su presencia, pero envió en representación del Rey y suya a su secretario particular don García de Bustamente, al marqués de Mancera y a otros nobles.

---

<sup>1165</sup>AVOTM, C. 5, L.VII, fols. 282, 282v., 283 y 298v. El franciscano fray Pedro Marín Sermano de Milán, lector jubilado, calificador del Santo Oficio, ex-guardián de Jerusalén y ministro general de toda la Orden de San Francisco en Roma, había ordenado que en reconocimiento a la Emperatriz se celebrasen en sufragio de su alma tres misas de réquiem y tres responsos. A la VOT no le pareció suficiente, y celebró otras tantas con comunión general, y también se ofrecieron por el alma de la Emperatriz oraciones y ejercicios piadosos.

## ***V. CARIDAD CRISTIANA, BENEFICENCIA Y PREEMINENCIA***

En la época que estudiamos, el uso frecuente de los sacramentos ayudó a la consagración de la familia, la Iglesia en sí misma era una gran familia, San Juan Crisóstomo así la había considerado, y por ello desde el púlpito se propagaban consejos, advertencias y modelos familiares de comportamiento dirigidos en particular a la mujer.

La familia, según el Cristianismo, era un núcleo de propagación de la fe, y en el ámbito familiar, primero de las células sociales, el padre se constituía en piedra angular en la que reposaba el gobierno del grupo, imponiendo su autoridad y encargándose de la custodia de las personas a él encomendadas, como celoso guardián de su propiedad.<sup>1166</sup>. En esa esfera más o menos reducida se bautizaban y educaban a los hijos, se les guiaba, aconsejaban y corregían, se vigilaban sus conductas, de la misma manera que las del resto del grupo, incluida la propia esposa y los servidores, como había dicho San Pablo eran “armas espirituales del cristianismo”<sup>1167</sup>. En ese disciplinamiento y control cotidiano no faltaba el protagonismo femenino, era la madre la encargada de transmitir a los hijos valores, tradiciones, obligaciones e, incluso, la doctrina religiosa católica<sup>1168</sup>.

El modelo familiar fue el fundamento de las asociaciones de fieles que constituyeron las parroquias, desde las que se controlaba y regulaba la vida de los parroquianos y en las que, después de Trento, la Iglesia impuso códigos de disciplina social estrechamente enlazados al proceso confesional<sup>1169</sup>.

---

<sup>1166</sup>Benito Arias Montano al establecer los deberes a los que se debían los casados en *Dictatum Christianum*, considera que la obligación principal del marido es mirar por la salvación del alma de su mujer, arriesgando si fuera necesario desde la hacienda a la propia vida.

<sup>1167</sup>Obligaciones de los hijos y de los padres, y de los criados y de los amos. SAN PABLO, *Carta a los Efesios*, VI, 4,5.

<sup>1168</sup>RODRÍGUEZ VÁZQUEZ, A. L., op. cit., p. 105.

<sup>1169</sup>VIVES, J. L.: *Instrucción de la mujer cristiana*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1995.

En la sociedad del siglo XVII eran notables las desigualdades entre hombres y mujeres, desde un sistema patriarcal que entrañaba diferencias jurídicas, que afectaban en general al sexo femenino y se matizaba en determinados espacios sociales y estados<sup>1170</sup>. No obstante, la Iglesia y la Monarquía conocían el papel fundamental que la mujer podía desarrollar desde el hogar y, sobre todo, en el corazón y en las mentes de los hijos, hijos de la Iglesia Católica y futuros leales súbditos de Su Majestad<sup>1171</sup>.

La mujer, esposa, madre o hija, aunque dependiente de la figura masculina, se convertía en el vehículo de acceso a la vida familiar. En su conjunto, sus relaciones y funciones obedecían a un principio de jerarquización que reproducía, a escala reducida, el orden social general, cuyas relaciones esenciales eran de obediencia al esposo<sup>1172</sup>. A ese respecto, el profesor Adriano Prosperi argumenta que la esposa suplía su falta de autonomía ejercitando el arma de la persuasión, un arma que, de manera fehaciente, era capaz de doblegar e influir en la voluntad del marido<sup>1173</sup>.

Es evidente que las actitudes femeninas se vieron mediatizadas por la influencia de los sacerdotes cuando accedían al confesionario, la obligación de confesar y comulgar al menos una vez al año, práctica social controlada por la Iglesia, era una forma de disciplina sobre sí mismo que, ofrecía al confesor la posibilidad de supervisar y participar de forma efectiva en la organización social y familiar de los feligreses<sup>1174</sup>. La confesión podía llegar a alterar el sistema de dominio establecido entre hombre y mujer, puesto que en todo individuo existen valores íntimos, personales e intransferibles de los que es difícil se hagan donación mutua los esposos<sup>1175</sup>.

Los modelos de comportamiento se repetirán año tras año, la literatura moral seguirá regulando la vida conyugal y familiar, y los comentarios evangélicos, las obras para confesores y las explicaciones doctrinales fijarán el significado del cuarto y del sexto mandamiento de la Ley de Dios. Todavía en el siglo XVIII, el franciscano fray Antonio de

---

<sup>1170</sup>GONZALÉZ MÍNGUEZ, C., op. cit., p. 61.

<sup>1171</sup>NÚÑEZ DE CASTRO, A., op. cit., Lib. III, fol. 325.

<sup>1172</sup>GUEVARA, A.: «Carta 55», en *Libro primero de las Epístolas familiares*, Real Academia, Madrid, 1950.

<sup>1173</sup>PROSPERI, A.: *El Tribunal de la...*, p. 534. Sin que existiese ninguna instrucción específica acerca de la confesión femenina, a finales del siglo XVI se dictaron normas a ese respecto: el confesor había de ser persona de edad avanzada y vida asceta; la mujer acudiría al confesionario en público y acompañada; lo haría a la luz del día, ni muy temprano ni muy tarde, y a poder ser a horas fijas.

<sup>1174</sup>ALCOCER, F. de: *Confesionario breve y provechoso para los penitentes*, Alcalá de Henares, 1619, pp. 15 y ss.

<sup>1175</sup>SANTOS DIEZ, J. L.: *Laicos en la Iglesia, el bien de los cónyuges*, Madrid, 1999, XIX, Jornadas de la Asociación Española de Canonistas.



Arbiol, interesado en el tema y convencido de su eficacia, siguiendo la línea disciplinar de siglos anteriores, en sus tratados moralizantes trataría de imponer sistemas de valores y conductas sintetizados en catorce consejos necesarios para lograr un matrimonio feliz<sup>1176</sup>.

Aún considerando que son muchas las diferencias entre la mujer entregada a la vida religiosa y la casada, puesto que cada situación se vive de manera distinta y, sin duda, siempre diferente a la del hombre, existe desde ambas realidades un gran repertorio de vivencias acerca de la espiritualidad femenina. Es notoria la piedad pública innegable en la sociedad del momento, pero simultáneamente se intuye una devoción privada alejada de los moldes y fórmulas colectivas, que por su intimidad resultará difícil de reconocer<sup>1177</sup>.

En el siglo XVII la vida religiosa de las personas se condicionaba a normas de comportamiento previamente establecidas, el papel eclesial de las mujeres se había canalizado progresivamente por la vía del monacato, la manera más clara de uniformar un panorama de experiencias femeninas individuales e independientes tales como la castidad permanente. Las voces de la Iglesia reconocían que tanto el matrimonio como la profesión religiosa respondían a una opción personal, libre de intermediarios, cuando la joven alcanzaba la mayoría de edad. Sin embargo, la realidad era bien distinta, correspondía al padre o tutor escoger el estado por el que había de transcurrir la vida de la hija, la mayoría de las veces en razón de los intereses familiares<sup>1178</sup>.

El monasterio o el convento se percibían como una especie de internado para las mujeres que, por diversas circunstancias, no podían aspirar a un matrimonio que estuviese de acuerdo con su rango social<sup>1179</sup>. Para esos casos, el claustro se convertía en una especie de casa de convivencia familiar. El monacato, que en un principio se había mostrado como

---

<sup>1176</sup> ARBIOL, A.: *La familia regulada con la doctrina de la Sagrada Escritura y Santos Padres de la Iglesia Católica*, Zaragoza, 1715. p. 511.

<sup>1177</sup> ELIAS, N.: *El proceso de la civilización*, Madrid, 1993, pp. 145-147.

<sup>1178</sup> Desde el siglo XIV la Iglesia había fijado el límite de edad para contraer matrimonio en doce años para las mujeres y catorce para los varones, reconociendo la validez de la unión siempre que se cumpliesen los requisitos de que los contrayentes actuaban libremente, no fuesen parientes en determinado grado y no tuviesen compromiso ni vínculo matrimonial anterior. RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, A.: *La familia en la Edad Moderna*, Madrid, 1996, p. 19.

<sup>1179</sup> GRAÑA CID, M.<sup>a</sup> DEL M. y MUÑOZ FERNÁNDEZ, A.: «La Orden concepcionista: formulación de un modelo religiosos femenino y su contestación social en Andalucía», en *Las mujeres en la historia de Andalucía*, actas del II Congreso de Historia en Andalucía, Córdoba, 1994, pp. 284 y ss.

un espacio de innovación espiritual y dominio masculino, con el paso del tiempo se había convertido en escenario de visibilización de las experiencias históricas femeninas<sup>1180</sup>.

La religión ofrecía a la mujer opciones alternativas como plataforma de promoción cultural que consentía el acceso a la lectura y la escritura. Gracias al monacato y a las órdenes religiosas podía establecer para sí misma espacios de retiro propio, no sólo relacionados con la viudedad, pues se pusieron en marcha instancias de mediación femenina que se activaron desde la disparidad de los grupos. La práctica religiosa recuperaba espacios no domésticos y permitía el paso de la mujer a fundaciones, caridades y obras pías. La política fundacional accionada por la espiritualidad consiguió que los privilegios, influencias y recursos de clase de algunas mujeres se utilizasen para apoyar los proyectos de vida social y espiritual de otras<sup>1181</sup>.

La vida religiosa en la clausura, dentro de un orden rigurosamente jerarquizado, según el modelo social, podía llegar a convertirse en un mundo apasionante y oculto a los ojos profanos. En ese espacio de libertad, pero paradójicamente cerrado a la sociedad civil, donde la virtud, las penitencias, las disciplinas y las ideas convivían. Allí no había que someterse a la voluntad del padre o a la autoridad del esposo<sup>1182</sup>. Eran círculos no exentos de poder, en los que se hacía posible desarrollar una capacidad de actuación autónoma, a menudo sorprendente, y en los que las mujeres podían perpetuar su propia memoria, lo que constituía una consecuencia y un aliciente para la acción de fundar. La fundación se convertía en una vía de acceso al recuerdo histórico, porque el edificio, el soporte heráldico y el receptáculo funerario de las fundadoras cristalizaban en un medio efectivo de la memoria<sup>1183</sup>.

En los procesos de renovación espiritual del laicado, en los que se dirimía la ampliación de los espacios participativos, habría que destacar la presencia de la mujer. La Venerable Orden Tercera de San Francisco fue especialmente atractiva para cierto tipo de religiosidad femenina, mujeres seglares que encontraron en ella una comunidad accesible a sus inquietudes, en donde se les permitía vivir en un régimen de comunidad externa, un

---

<sup>1180</sup>Existen críticos que opinan que así como los hombres hacen las leyes, las mujeres son las que forman y dan vida a las costumbres. Queda la duda de cual de las dos causas influye una en la otra. MESONERO ROMANOS, R: *Escenas y tipos matritenses*, Madrid, 1993, p. 332.

<sup>1181</sup>TORRES, C.: *Ana de Jesús, Cartas (1590-1621), Religión y vida cotidiana en la clausura femenina del Siglo de Oro*, Salamanca, 1995, pp. 32 y ss.

<sup>1182</sup>SÁNCHEZ LORA, J., op. cit., p. 140.

<sup>1183</sup>REDER GADOW, M.: «Las voces silenciosas de los claustros de clausura», en *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 25, Madrid, 2000.

sentimiento de afinidad espiritual en relación afectiva con Cristo, y sin que hubiese necesidad de emitir votos formales. En la VOT se vivía la piedad y se trabajaba para el prójimo sin retirarse a un convento. Ese estado semirreligioso era una de las fórmulas de expresión de la Reforma Católica postridentina, en busca de manifestaciones de fe sin que se provocasen fracturas. Una actuación totalmente opuesta a lo que sucedió en la Europa protestante<sup>1184</sup>. A esa opción religiosa-seglar se adscribieron beaterios vinculados a las órdenes mendicantes que pasaron a ser controlados por las órdenes de su religión<sup>1185</sup>, mientras que otros centros siguieron siendo observados con recelo por la jerarquía eclesiástica considerándolos posibles focos heréticos.

La VOT de Madrid, aunque no discriminó como hermanas profesas a las mujeres que reunían las condiciones prescritas por la Regla y por los Estatutos, jamás consintió que pudiesen acceder dentro de la Orden a órganos de poder y compromiso. Su aportación estuvo relacionada con funciones honoríficas, camareras de la Virgen o del Cristo y protectoras de la Enfermería. En el plano asistencial, no se les menciona y no se dice si tomaban parte activa. Esa omisión, incluso informativa, nos recuerda las palabras del profesor Cepeda Adán, “son muchos los grandes vacíos históricos que existen sobre la mujer, esa gran ausente de la historia”<sup>1186</sup>. Es difícil, pues, esclarecer los rasgos de la realidad desde la superficie, ya que se trata de aspectos socioculturales silenciosos<sup>1187</sup>.

Desde mediados del siglo XVII una gran parte de las mujeres de las elites que hasta entonces habían ejercido la caridad a través de cauces familiares de su nacimiento o de su posterior alianza matrimonial, individualizaron sus donaciones y las orientaron hacia la protección de las mujeres necesitadas. De ese modo, se identificaban directamente con la pobreza femenina y dejaban de lado intereses y competencias de poder, que se encubrían con estrategias de asistencia y caridad social, porque en el seno de las relaciones sociales, la caridad, además de un deber cristiano, era un instrumento de dominio.

En muchos sistemas caritativos es la mujer, viuda o soltera, la protagonista, porque si la primogenitura y la transmisión patrimonial desfavorecían a la mujer, van a ser las

---

<sup>1184</sup> GRAÑA CID, M.<sup>a</sup> DEL M. y MUÑOZ FERNÁNDEZ, A.: *Las mujeres en la his...*, p. 307.

<sup>1185</sup> GONZÁLEZ DE AMEZUA, A.: *Epistolario de Lope de Vega Carpio*, t. II, Madrid, 1940, p. 62. En 1638 se fundó la casa de beatas de San José, adscrito a la Venerable Orden Tercera. Primero estuvo en la calle de Mesón de Paredes y después se trasladó a la de Atocha.

<sup>1186</sup> CEPEDA ADAN, J.: «La mujer en la Historia: problemas metodológicos», en *Actas de la Primera Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid, 1982, pp. 13-17.

<sup>1187</sup> MENÉNDEZ, G.: «Oficios de la mujer en Madrid en el siglo XVII», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, n.º 27, Madrid, 1989, pp. 667-676.

viudas con capacidad para administrar los patrimonios familiares las que en mayor número ofrezcan donaciones y, sobre todo, las que busquen favorecer a las mujeres que se encuentren en su mismo estado, pero en condiciones sociales muy diferentes. A ellas se dirigirán socorros que paliarán su soledad y desamparo<sup>1188</sup>.

Sin la presencia del marido, la figura de la mujer viuda puede anularse o agigantarse; en el segundo caso, es ella por sí misma quien por fin se hace libre, involucrándose en acciones acordes con las necesidades sociales del momento, y a las que hasta entonces no ha podido acceder<sup>1189</sup>. Por ese motivo se implicará en diversas obras caritativas: visitas a los enfermos, cuidado de niños desamparados, reparto de ropas, entrega de alimentos a los pobres, etc. Esa actividad hace pensar que, en parte, la caridad privada, practicada de forma natural, comienza a estar en manos de mujeres<sup>1190</sup>.

En la Edad Moderna, aunque los hombres constituían mayoría entre los vagabundos, era superior el número de mujeres que solicitaban socorros y asistencia domiciliaria, y pedían ingresar en instituciones benéficas. El motivo puede estar, así lo percibe Carbonell-Esteller, y apoya nuestra hipótesis anterior, en que las instituciones dedicadas a la asistencia caritativa en la Europa mediterránea se van feminizando al existir un interés general en que a la mujer pobre y desvalida se la proteja<sup>1191</sup>. Hay también consideraciones que defienden que las autoridades deseaban asegurar, en la medida de lo posible, el bienestar de un sector de la población de la que dependía la reproducción y conservación de la especie, aunque tampoco se descarta la idea de que simplemente la protección se deba al hecho de ser la mujer más vulnerable a la hora de enfrentarse a enfermedades y epidemias.

Hubo una disposición moral a relacionar a la mujer pobre con el pecado de la carne, de igual manera que en circunstancias similares se relacionaba al hombre con la ociosidad; el tratamiento social que se dispensaba a ambos no era el mismo, puesto que en el caso femenino se vinculaba pobreza con deshonestidad<sup>1192</sup>. En las instituciones llamadas pías, cada una con su propia identidad, convivían mujeres de condiciones diversas: esposas abandonadas, huérfanas pobres, viudas sin posibles, mujeres de mal

---

<sup>1188</sup>RODRÍGUEZ VÁZQUEZ, A., op. cit., pp. 68 y ss.

<sup>1189</sup>VIGIL, M.: *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1986, pp. 195-207.

<sup>1190</sup>MUÑOZ FERNÁNDEZ, A. y GRAÑA CID, M.<sup>a</sup> DEL M.: *Religiosidad femenina...*, pp.10 y ss.

<sup>1191</sup>CARBONELL-ESTELLER, M.: *Sobreviure a Barcelona. Dones, pobresa i assistència al segle XVIII*, Vic, 1997.

<sup>1192</sup>GARCÍA SÁNCHEZ, M. A.: «Mujeres pobres y sociabilidad en el Madrid moderno. El Hospital de la Pasión, 1565-1700», en *Torre de los Lujanes*, marzo, 2004, p. 207.

vivir... Todos los centros se mantenían gracias a las aportaciones de benefactores. La caridad que mantenían los donantes respondía a unas necesidades determinadas, aunque fuesen diversas las razones que movían a un individuo a ser generoso en un determinado momento.

Para los católicos, el ejercicio de la caridad era un imperativo moral y religioso, un mérito vital en el camino de salvación y una necesidad social del parecer. En la búsqueda de prestigio e influencia, la acción caritativa se consideraba elemento esencial, por ello, su estudio ha sido y es incesante objeto de escritos. La reputación de benefactor, y la posibilidad de ejercer patronazgos, para personas anodinas excluidas de cargos significativos en la esfera política y social, suponía darse a conocer o innovarse dentro de las relaciones de prestigio. Se establecía entonces un vínculo entre factores de poder e iniciativa caritativa, algo que, sin duda, reforzaba la identidad del donante.

A partir de 1670 la caridad privada experimentó un auge importante, las donaciones y legados crecieron en número, haciéndose notar que las estrategias de poder y patronazgo buscaban que visualmente quedase constancia, mediante lápidas y señales recordatorias, de que la generosidad de los benefactores debía ser celebrada de manera pública<sup>1193</sup>. En la VOT madrileña los donantes tenían la posibilidad de privatizar su auxilio al pobre, pues la mayoría de las donaciones que se entregaban a los hermanos estuvieron sujetas a las condiciones impuestas por los benefactores, quienes determinaban a quién, cuándo y cómo se debía beneficiar<sup>1194</sup>.

El ingreso de mujeres en la Tercera Orden Seglar de Madrid en el último cuarto del siglo XVII fue muy superior al de hombres, tónica que se mantuvo en siglos sucesivos y que predominó en diversas órdenes religiosas-seglares. Esa circunstancia pudo ser la causa de que la actividad caritativa estuviese en gran medida dominada por un concreto arquetipo femenino: mujeres, generalmente viudas, sin afectos familiares, que hicieron a la Orden objeto de su interés piadoso<sup>1195</sup>. Las disposiciones que establecían sobre la forma de ejercer la caridad se insertaban en un marco específico: ayudar con sus donaciones a mitigar la soledad y el desamparo femenino, pero también buscaban un medio en donde consolidar su personalidad fuera del linaje familiar. Gracias a los testamentos y

---

<sup>1193</sup>BELUFER PERUGA, M.: «Entre Historia Social e Historia Cultural: La historiografía sobre pobreza y caridad en la época moderna», en *Historia Social*, n.º 43, Madrid, 2002.

<sup>1194</sup>AVOTM, leg. 424/13.

<sup>1195</sup>Según nos dice R. Pérez García, más de la tercera parte de las viudas contraían un segundo matrimonio tras enviudar, pues podía sorprenderles ese estado en plena juventud. Véase «Los llamados pobres en la Sevilla de Carlos II», en *Cuadernos de Historia Moderna*, 18, Madrid, 2001, pp. 249-250.

donaciones se pueden establecer conexiones entre iniciativas caritativas y sociales y tensiones familiares.

La gran benefactora de la VOT, Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara, en su incesante y extensa labor caritativa, claramente apostó por el socorro a las mujeres necesitadas, y fue un ejemplo de cómo la caridad se puede dispensar de manera distinta en función del sexo, edad o de las circunstancias familiares que concurran en los donantes. Cuando la señora Cárdenas fundó la sala para enfermas pobres en el Hospital-Enfermería de la VOT, tenía su pensamiento puesto en las mujeres que carecían de medios económicos, jóvenes o viejas, solteras, casadas o viudas, puesto que la mujer desvalida es vulnerable a la pobreza a cualquier edad o estado.

Pero su interés principal se volcó en la asistencia a las pobres viudas, al saber por propia experiencia, que en esa circunstancia la mujer se veía cruelmente postergaba por la sociedad. El modelo jurídico del Antiguo Régimen ponía en riesgo la situación de la viuda, y sólo si gozaba de cierta holgura financiera garantizada por su linaje o por la previsión del esposo, se podía paliar que cayese en un estado de depresión económica, motivo por el que muchas mujeres venidas a menos se veían obligadas a que sus últimos años de vida transcurrieran en una institución benéfica. De esa circunstancia nacerá una de las fundaciones de doña Lorenza, la residencia para hermanas viudas. La intención de la señora fue crear un mayorazgo que les asegurase una vejez tranquila y cumpliese ese objetivo, porque en ella se daban cita dos circunstancias: se consideraba económicamente capacitada para protegerlas y esas mujeres eran sus hermanas en Cristo, hijas de la Orden franciscana, es decir, de San Francisco. La obra de Lorenza de Cárdenas perduró en el tiempo y nunca fue considerada como descabellada o inútil.

## ***1. UNA BENEFACTORA SINGULAR: LORENZA DE CÁRDENAS Y MANRIQUE DE LARA***

### ***1.1. Infancia y linaje***

Lorenza de Cárdenas perteneció a una de las familias de más reconocido linaje de la época, por estar emparentada con distintas casas de la rancia nobleza castellana. Fue su padre Alonso de Cárdenas y Valda, hijo de Lorenzo de Figueroa y Cárdenas y de Lorenza de Valda y Gamboa, señora de la Casa de Valda en Guipúzcoa, naturales de Llerena y de Azcoitia, respectivamente. Don Alonso, que había nacido en Valladolid, fue corregidor de

las ciudades de Úbeda, Baeza, Madrid y Córdoba. Durante una estancia en Sevilla contrajo un primer matrimonio con una tía, prima hermana de su madre, María de Zárate y Recalde, natural de aquella ciudad, e hija de Diego Ortiz de Zárate y de María de Recalde. Don Diego era señor de las Casas y Torres de Zárate en Vizcaya, caballero de la Orden Militar de Santiago, contador de Su Majestad en la Real Casa de la Contratación de Indias, en Sevilla, y criado del emperador Carlos I, quien por los servicios prestados en Flandes, Alemania, Bretaña e Italia, le había armado caballero en la ciudad de Aquisgrán, en 1530.

Del matrimonio de Alonso y María nacieron varios hijos: en 1576, Lorenzo de Cárdenas Valda y Zárate, noveno conde de la Puebla del Maestre, que logró reunir en su persona los títulos de señor de las villas de Gérgal, Bacaes, Villacelumbre, Febeyre y Belefique, de Colón y de la Fortaleza de Castellanos, mayorazgo de la Torre del Fresno, caballero de la Orden de Calatrava, presidente de la Real Casa de Contratación de Indias, asistente de Sevilla y capitán general de sus Milicias y Tierra, mayordomo de Felipe IV y miembro de sus Consejos de Estado y Guerra, gobernador en el de Indias, administrador general de los almojarifazgos, electo virrey de Nápoles, etc<sup>1196</sup>; en 1582, don Fernando, caballero de la Orden de Santiago, capitán de la infantería española en Flandes, murió joven. Su tercer vástago llevó su nombre, Alonso, caballero de la Orden de Alcántara, y paje del rey don Felipe III, murió en vida de su padre. Finalmente, nació María de Cárdenas y Valda, que fue dama de la princesa de Portugal, la infanta doña Juana, hermana menor de Felipe II, y madre del rey don Sebastián. También fue dama de la reina doña Isabel de Valois, llamada de la Paz, tercera esposa de Felipe II.

Ya de avanzada edad, don Alonso, tras enviudar, contrajo un nuevo enlace con Isabel Pimentel de Cárdenas, su sobrina, hija mayor de su primo hermano Alonso de Cárdenas y Toledo y de Catalina de Mendoza. La Joven era nieta de Íñigo López de Mendoza, marqués de Mondéjar, conde de Tendilla, grande de España, virrey de Valencia, y de Nápoles, y de la marquesa-condesa, María de Mendoza y Aragón, de la casa del Infantado. De su matrimonio con Isabel, Alonso no tuvo descendencia ya que enviudó pronto.

El caballero aún tuvo tiempo de desposarse en terceras nupcias con la que sería madre de su hija Lorenza, Juana Ángela Orense Manrique; una dama de la infanta

---

<sup>1196</sup>Don Lorenzo de Cárdenas, hermanastro por parte de padre de doña Lorenza, fue fiel servidor de los reyes Felipe III y Felipe IV. Este último recompensó sus servicios concediéndole el título de marqués de los Bacaes, para los primogénitos de la Casa de la Puebla, en época en la que esta distinción estaba sólo dispuesta para los antiguos grandes de España, sin que la ostentase ninguna Casa simplemente titulada.

Catalina Micaela de Austria, por matrimonio duquesa de Saboya, hija de Felipe II y de Isabel de Valois. Tras el matrimonio de la infanta y su partida de España, Juana Ángela fue dama de la reina Margarita de Austria, esposa del futuro rey Felipe III.

Doña Juana era hija de don Francisco de Orense Manrique, señor de Amaya, Peones y Melgar, caballero de la Orden de Santiago, alférez mayor y regidor perpetuo de la ciudad de Burgos, procurador en Cortes, y mayordomo de la infanta Catalina Micaela. Su madre era Isabel de Bernuy y Barba, hija de Diego de Bernuy, mariscal de Alcalá, señor de Benamejí y Zumel, y de Guiomar Barba<sup>1197</sup>. El primitivo solar de la familia Orense procedía de ese lugar cuyo nombre tomó. Varias de sus ramas pasaron a Castilla radicándose en las provincias de Santander, Palencia, Burgos y Toledo, aunque fue en la ciudad de Burgos donde, antes del siglo XVI, se estableció la casa principal de los Orense. Don Francisco había acompañado en el viaje a Saboya a la infanta Catalina Micaela y permaneció junto a ella durante cierto tiempo en Turín. El viaje le costó dinero al caballero, pues parece ser que en el curso de esas jornadas don Francisco hubo de recurrir a su propia hacienda para los gastos en detrimento de su mayorazgo.

Juana Ángela era muy joven cuando contrajo matrimonio, de hecho, salió del monasterio de San Quirce, de la Orden de las Bernardas en la ciudad de Valladolid, donde se educaba, aprovechando que estaba la Corte en esa ciudad para celebrar el enlace<sup>1198</sup>.

La única hija fruto de ese postrer matrimonio de don Alonso fue Lorenza. La niña nació en Córdoba, y aunque se desconoce con exactitud la fecha de su nacimiento, gracias al testamento de su madre, Juana Ángela, sabemos que al morir ésta en 1610, Lorenza contaba tres años de edad<sup>1199</sup>. En el documento, la madre la nombraba su heredera y rogaba a su esposo, a la familia de éste, a la reina Margarita de Austria, de la que fue dama, y al mismo rey Felipe III, al que nombró protector de la joven Lorenza, que amparasen y asistiesen a su hija. Insistía reiteradamente en que lo que restase de la dote que en su día aportó a su matrimonio con Alonso de Cárdenas, pasase íntegramente a manos de su hija, lo mismo que ciertos bienes de su absoluta propiedad entre los que se encontraban unos esclavos. También indicaba que con el resto de sus pertenencias:

---

<sup>1197</sup>ESCALONA y UREÑA: *Historia Genealógica de los Grandes de España*, Madrid, pp. 378-379. El apellido de Bernuy era de origen francés, y estaba entroncado con los títulos de vizconde de Carmain y de Lautrec. Los Bernuy en España fueron señores de Benamejí en 1548; mariscales de Alcalá del Valle en 1571; marqueses de Benamejí en 1675; y grandes de España en 1789; y de 1.ª clase en 1815.

<sup>1198</sup>AHN, Lib. Memoriales y Genealogías, leg. 5070, 8.

<sup>1199</sup>AHPM, Testamentos, prot. n.º 2.269/82, fols. 341-343v. 25 de junio de 1607, escribano Juan de Chaves. Asiento 3647/3648. Tasación y almoneda, 14 julio de 1610



muebles, tapicerías, cuadros, plata, alfombras, ricas telas, vestidos, etc., se hiciesen lotes, se vendiesen y el producto se pusiese en renta.

La súplica de la dama pone en evidencia el temor que sentía acerca del futuro que aguardaba a su hija, en parte por la ancianidad del padre al que repetidamente recuerda que “por escritura le tiene prometido arras, que todavía no se le han dado y que han de ser para la hija de ambos”. Esa inquietud es la que la impulsa a dirigirse a la reina Margarita, esposa de Felipe III, para implorarle que si lo tiene a bien, “le envíe quinientos ducados de los diez mil que le fueron asignados como dote al contraer matrimonio con don Alonso, y que aún no se le han entregado”, y justifica la petición porque “*doña Lorenza Manrique, su hija, se pueda mantener conforme a su calidad*”.

Las últimas líneas del testamento son para el rey Felipe III; Juana Ángela recibe merced anual de quinientos ducados de renta por sus servicios al lado de la Reina y la dama solicita del Monarca que tras su muerte esa merced la reciba su hija Lorenza, y que se la reciba en la Corte como su nombre merece, y preste sus servicios cuando cumpla la edad precisa.

Poco o nada sabemos de cómo transcurrió la niñez de la joven Lorenza, pero muchos años después, ella misma se quejaría de su absoluta orfandad y de la falta de atención y cuidados familiares de los que adoleció tras la muerte de sus padres. Al morir el viejo don Alonso en 1612, el primogénito don Lorenzo además del título de conde de la Puebla del Maestre, heredó la tutela de su hermanastra la pequeña Lorenza<sup>1200</sup>. Según refiere la misma Lorenza el pupillage constituyó para su hermanastro más que una obligación, un molesto estorbo<sup>1201</sup>.

La educación que recibió la niña se limitó a lo que se consideraba como esencial y sólo se añadió alguna habilidad de las consideradas de adorno, como, por ejemplo, el estudio de algún instrumento de música. Muy aficionada a la lectura, Lorenza parece ser

---

<sup>1200</sup> AHN, sec. Consejos, leg. 318/5. El mayorazgo de la Puebla del Maestre lo había fundado Juana de Cárdenas, casada con Pedro Portocarrero, señor de Moguer y de Villanueva del Fresno, en 1514, para su segundo hijo, Alonso de Cárdenas, conde de la Puebla del Maestre y después comendador de la Orden de Santiago en Mérida. GELBERT, M. C.: *La noblesse dans le royaume de castille*, Publications de la Sorbonne, Université de París, 1974. La propiedad vinculada o mayorazgo era algo vital para los títulos y linajes en la Edad moderna, ya que les permitía perpetuarse y evitaba que el azar de las sucesiones dispersase el patrimonio. Las rentas del vínculo eran sobre heredades, dominios, diezmos, etc.

<sup>1201</sup> El cargo de gentilhomme de cámara era de designación real. Estos personajes llevaban en el cinto una llave de oro emblema de su dignidad, el cargo lo recibió don Lorenzo cuando se le hizo merced del título de marqués de los Batares con grandeza de España.

que por sí misma enriqueció su espíritu, ya que años después Cabrera de Córdoba la trata de “lectísima”.

Con tristeza, doña Lorenza se quejará en distintas ocasiones del desafecto que la rodeó en su niñez y adolescencia, pues según palabras, lo único que recibió durante los últimos años que vivió su hermano y tutor fueron “pocos cuidados y unos cortos alimentos”. Por esa escasez de cariño y atención familiar en su niñez, al no ser gravosa ni a su familia ni al mayorazgo, en su madurez se consideró totalmente libre de obligaciones familiares.

### ***1.2. Matrimonio en el mismo linaje***

En Occidente, la institucionalización del matrimonio tuvo referentes en el modelo cristiano. En muchas de las sesiones del Concilio de Trento en las que los padres conciliares se dedicaron a fijar los siete sacramentos, se ratificó el matrimonio como verdadero sacramento, santificándose la unión del hombre y de la mujer, después de que se justificasen sus cualidades desde numerosas instancias.

Fue necesario que los teólogos elaboraran escritos para legitimarlo sacramentalmente, cualificando los valores que deberían transmitir, y acompañándolo de un proceso de moralización que reprimiese la pervivencia de comportamientos sociales que podían transgredir la norma. San Pablo, el defensor del celibato, en la Epístola I a los corintios, lo había dicho: “(...) *más por evitar fornicación, viva cada uno con su mujer y cada una con su marido*”<sup>1202</sup> De esa forma, el matrimonio, sin ser un estado perfecto se entendía como una necesidad social, y la familia como una organización duradera a la que se accedía cumpliendo determinados requisitos<sup>1203</sup>.

En una sociedad en la que el matrimonio era la principal vía de relación familiar, y en la que la desposada tenía poco o nada que decir, no es extraño, y menos en el caso que nos ocupa, que el primer enlace de doña Lorenza se concertase siendo ella muy joven. Desconocemos las circunstancias que pudieron concurrir para que el futuro esposo fuese su tío carnal, don Francisco de Orense Manrique y Bernuy, hermano de su difunta madre, viudo a su vez de su tía, doña Juana Zapata, de la casa del conde de Barajas, y padre de un hijo, Juan Bautista de Orense y Zapata, futuro canónigo de la catedral de Toledo. El

---

<sup>1202</sup>SAN PABLO, *Epístola a los ...*, cap. VII, 2.

<sup>1203</sup>NOCELLA, P.: *Tradición, familias y poder en Sicilia*, en tesis doctoral, Alcalá de Henares, 2006, pp. 43 y ss.

parecer de Aragón Mateos, es que los casos de matrimonio entre parientes se deben en general “a compensar alguna carencia”.<sup>1204</sup>.

Las condiciones económicas que acompañaron este enlace debieron ser complicadas, y escasa la dote de la contrayente, pues en documentos posteriores, doña Lorenza no dudó en recriminar a su hermano y tutor el no recibir ni la legítima íntegra, con la excusa de no haber bienes libres, ni siquiera para satisfacer la dote que su madre, Juana Ángela Manrique de Lara, había aportado al matrimonio con don Alonso. De esa hacienda que por derecho le pertenecía, al ser ella la única descendiente, sólo había obtenido las joyas personales maternas que, aún siendo muchas y valiosas, no cubrían la cuantía de lo que había ido íntegramente a cubrir las necesidades del mayorazgo<sup>1205</sup>.

El matrimonio de Lorenza, un matrimonio de juventud por su parte, y de interés familiar por el otro, fue un caso típico de la mentalidad presente en la época, en la que se eludían los sentimientos a favor de los intereses patrimoniales de las familias de los contrayentes, y se perdía el verdadero sentido sacramental del acto<sup>1206</sup>. Se trataba de fórmulas de predominio social e intereses económicos que consolidaban posiciones y constituían instrumentos de cohesión social<sup>1207</sup>. Las estrategias familiares operaban desde los presupuestos ideológicos de los distintos grupos sociales, lo que hacía que la opción personal y las posibilidades de elegir pareja libremente quedasen restringidas.

La endogamia no aparecía como un obstáculo grave, pues se podía solucionar si surgían escollos de índole moral<sup>1208</sup>. La similitud social evitaba el continuo desgaste del patrimonio familiar, aunque obligaba a salvar barreras de vínculos de consaguinidad. En esos casos se requería la intervención de la Iglesia si era necesaria la dispensa papal<sup>1209</sup>. En esa situación se encontró doña Lorenza, pues por la cercanía del parentesco de los contrayentes, tío y sobrina carnales, hubo que solicitar de Roma dispensa en segundo grado. Antonio de Guevara, con pocas palabras, explicaba las condiciones en las que se

---

<sup>1204</sup> ARAGÓN MAYEOS, S.: *La nobleza extremeña en el siglo XVIII*, Mérida, 1990, p. 167.

<sup>1205</sup> AHN, sec. Consejos, legs. 424/4, 4137/13 y 5/14. Copia del testamento y codicilos de Juana Ángela Manrique de Lara.

<sup>1206</sup> A los hijos primogénitos se les consideraba depositarios del patrimonio familiar, capital permanente del linaje unido por vínculos irrompibles. Los hijos menores estaban económicamente a merced del padre o del hermano mayor, quienes podían asignarles una compensación siempre y cuando no perteneciese a la propiedad vinculada.

<sup>1207</sup> BRAVO LOZANO, J.: *Familia busca vivienda*, Madrid, 1984, p. 33.

<sup>1208</sup> RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, A.: *La familia...*, p. 21. Hasta la segunda mitad del siglo XI la Iglesia mantuvo una actitud vacilante con respecto a los vínculos de parentesco para contraer matrimonio, y hasta el siglo XIII no se estableció el límite del cuarto grado.

<sup>1209</sup> CHACÓN F. y HERNANDEZ FRANCO, J.: *Poder, familia y consaguinidad en la España del Antiguo Régimen*, Barcelona, 1992.

debía cimentar un matrimonio católico en el Antiguo Régimen: “*paridad de status social y libertad de elección del cónyuge en el seno de una categoría socioeconómica*”<sup>1210</sup>. También el franciscano Arbiol, ya citado anteriormente, hablará de la “*igualdad y semejanza que debían reinar entre los bien casados*”<sup>1211</sup>. A su vez, la Iglesia proponía que, a la hora de elegir cónyuge, la voluntad de los padres no violentase la de los hijos, y se buscara una situación intermedia entre libertad y obligación filial. Sin embargo, y principalmente en las capas sociales elevadas, la presión paterna o familiar resultaban apremiantes, al ir acompañada de intereses financieros y de prestigio<sup>1212</sup>.

El esposo de Lorenza, Francisco de Orense Manrique y Bernuy, el 28 de diciembre de 1621 fue elegido corregidor en la ciudad de Trujillo en la terna propuesta por el Consejo de Cámara<sup>1213</sup>. En su expediente figuraba entre otros honores ser hermano de la condesa de Castro, dueña de honor de la reina doña Isabel de Borbón; de la ya fallecida Juana Ángela, dama de honor de las señoras infantas; y de Diego Orense Manrique, que había sido menino del rey don Felipe III.

Después de la designación de don Francisco como corregidor, los esposos se instalaron en la ciudad extremeña, donde permanecieron entre 1621 y 1624. Durante su estancia en Extremadura, Lorenza conoció la labor desinteresada de una piadosa mujer, María Serrano de la Plaza, después, María de Jesús, que dedicaba sus energías en favor de jóvenes doncellas desvalidas. María había fundado un colegio en donde las huérfanas se educaban e instruían en la fe católica, practicaban la oración y la frecuente recepción de los sacramentos<sup>1214</sup>. Lorenza, después de conocer su obra, se comprometió a patrocinar la fundación, y cuando llegó el momento de abandonar Trujillo se hizo cargo del mantenimiento de dos niñas, queriendo amparar a un sector social muy desprotegido, al que se sentía vinculada por lo que había sufrido en su infancia<sup>1215</sup>.

---

<sup>1210</sup>GUEVARA, A.: *Epístolas...*, pp. 293-294.

<sup>1211</sup>ARBIOL, A.: *La familia regulada...*, pp. 480 y ss.

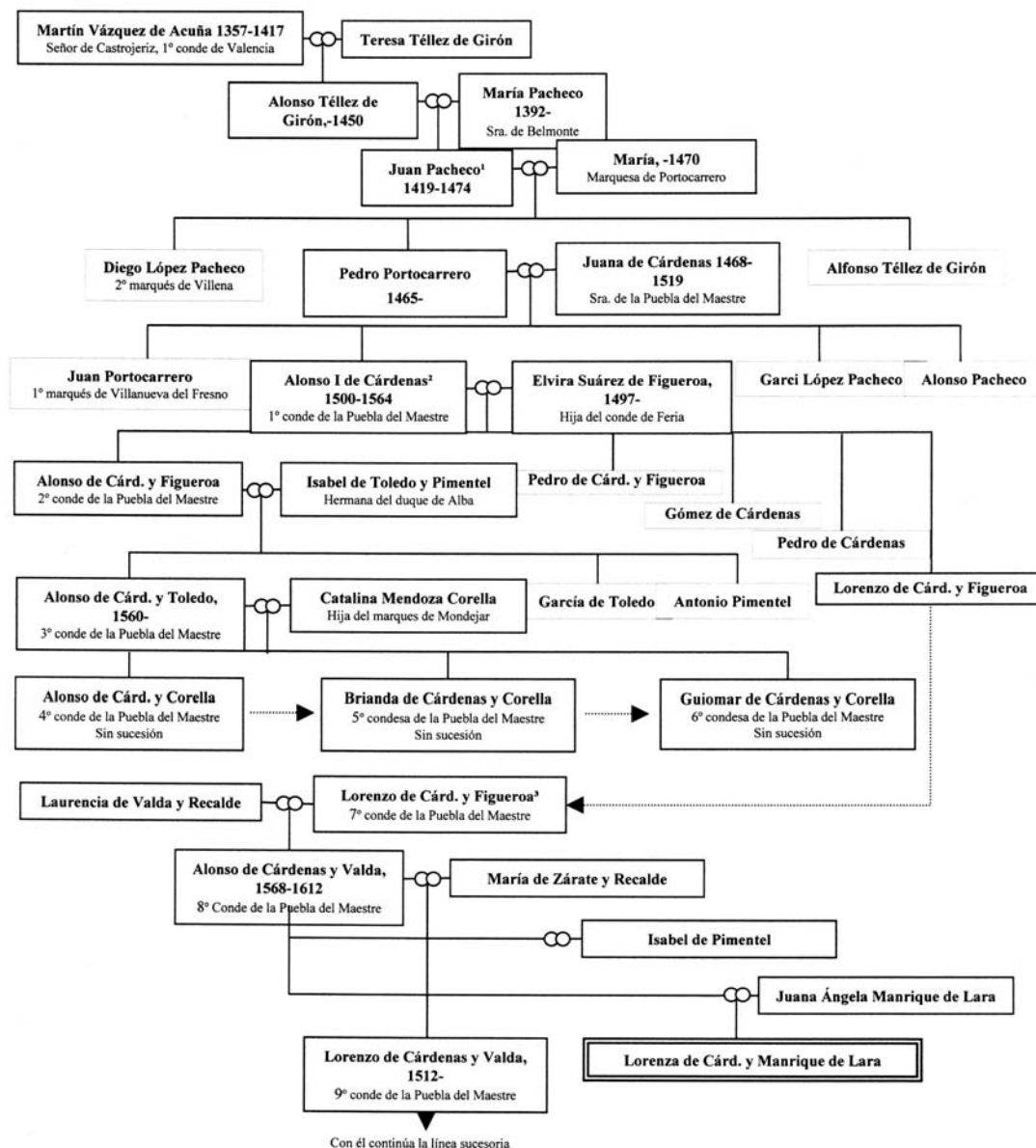
<sup>1212</sup>LEBRUN, F.: *La vie conjugale sous l'Ancien Régime*, Paris, 1975, pp. 28 y ss.

<sup>1213</sup>AHN, sec. Consejos, leg. 13.632/8. Cámara de Castilla, nombramiento de corregidores. El cargo de corregidor era merced real, representaba al rey y ejercía poderes gubernativos, judiciales, políticos y, a veces, militares. El desempeño del cargo era de tiempo limitado y lo ocuparon siempre los grandes señores.

<sup>1214</sup>En pequeñas ciudades nacieron congregaciones seglares cuyo objetivo era la enseñanza de las niñas huérfanas. Las dirigían mujeres que consagraban su vida a Dios, pero sin profesar en religión, ni vivían en un convento ni mantenían una vida de comunidad estricta. No eran jurídicamente religiosas, su objetivo estaba en llevar una vida de apostolado, abierta a la enseñanza.

<sup>1215</sup>AVOTM, leg. 424/3. Nunca le faltó a la fundación la renta anual que doña Lorenza le asignó a través de escrituras, pues cuando falleció la señora, la Orden Tercera de Madrid, como su administradora, cumplió con esa función.

## GENEALOGÍA DE LORENZA DE CÁRDENAS Y MANRIQUE DE LARA



1. Tomó el apellido de Pacheco por exigencias del mayorazgo de Belmonte y para que no se extinguiese la raza de los Pacheco. Fue maestre de Santiago, primer marqués de Villena y duque de Escalona.
2. Señor de las villas de Batares, Gérgal, Belefique, Fabire, Villacelumbre. Obtuvo el condado por merced de su primo Fernando el Católico.
3. Al extinguirse la línea sucesoria de Alonso de Cárdenas y Figueroa recae el título de conde de la Puebla del Maestre en su hermano Lorenzo de Cárdenas y Figueroa.

GENEALOGÍA DE DOÑA LORENZA DE CÁRDENAS. Elaborada por M<sup>a</sup> Dolores Delgado Pavón.

Tras confirmar la existencia de este descendiente del matrimonio, hemos podido averiguar que el joven, en 1643, se incorporaba al colegio menor de Santiago de los Caballeros Manrique:

*«En la villa de Alcalá de Henares en diecisiete días del mes de abril de 1643 años en este colegio de Santiago de los Caballeros, el señor don Adriano Gutiérrez de Luzón, rector de él en virtud de los dispuesto y ordenado por los padres visitadores y su Eminencia, habiendo visto las pruebas e informaciones de el señor don Alonso de Cárdenas Manrique y aprobadas todas las informaciones que se requieren según se requiere para ser colegial del dicho colegio, el señor Rector le dio la posesión al dicho señor don Alonso de Cárdenas, habiéndole recibido juramento en un misal de que guardaría [...] autoridad y la defendería de todo lo que fuese en perjuicio y daño y obediencia al dicho señor Rector que al presente estuviese de aquí en adelante en todo lo que fuese lícito y honesto y habiéndolo jurado le dio la posesión de tal colegial poniéndole por su mano el manto y muceta y mandó que se le acuda con los emolumentos que se acude y acostumbra a los demás colegiales. Siendo testigos Miguel Toribio y Andrés Heredero y Juan Toribio y Diego Pérez»*<sup>1216</sup>.

Seis años más tarde, el 7 de junio de 1649, don Alonso opositó a una plaza en el Colegio Mayor de San Ildefonso en Alcalá, por vacante que dejó un licenciado llamado Ortega. En ese mismo mes se le concedió la plaza<sup>1217</sup>.

*«Recepción del licenciado don Alonso de Cárdenas y Manrique natural de Madrid, diócesis de Toledo, electo colegial porcionista en octubre de 1649 siendo rector Diego de Oidoz. Murió en el colegio»*<sup>1218</sup>.

### **1.3. Divorcio y sociedad confesional**

El matrimonio como sacramento era indisoluble, de imposible ruptura, pero como podía darse la posibilidad de que existiesen conflictos graves entre los esposos, los tribunales eclesiásticos se vieron obligados a aceptar la separación conyugal sin que ello menoscabase la definición del vínculo sagrado sólo quebrantado por la muerte<sup>1219</sup>.

---

<sup>1216</sup> AHN, sec. Consejos, Lib. 1.054, fol. 118. El colegio de Santiago de los Caballeros Manrique fue fundado por don García Manrique de Lara, consejero y canónigo de la Iglesia de Toledo en 1558, y se puso bajo la advocación del Apóstol Santiago. En la Institución era norma que en la elección de becarios se prefiriese a los descendientes de la Casa de Valdecaray, pero bastaba pertenecer al linaje de los Manrique por vía masculina o femenina para que se autorizase el ingreso, si bien era taxativo el uso del apellido Manrique. Según afirma Luis Cabrera en la Novissima Recopilación, el ser alumno de esa Institución suponía uno de los tres actos positivos exigidos para la calificación de nobleza y la prueba plena de limpieza de sangre.

<sup>1217</sup> *Ibíd.*, sec. Universidad, Lib. 1077, fol. 39; Lib. 1054, fol. 118; BN, CIADANCHE: *Índice de los colegiales del Mayor de San Ildefonso y Menores de Alcalá*. CSIC, 1946, p. 138

<sup>1218</sup> AHN, sec. Universidad, Lib. 1233, fol. 83, apéndice 691.

<sup>1219</sup> A comienzos del siglo XVI el sínodo celebrado por el obispo de Badajoz, Alonso Manrique de Lara, penalizaba con una multa de diez mil maravedíes a los matrimonios que se hubiesen separado, haciéndolo de mutuo acuerdo o por repudio sin sentencia del juez eclesiástico, obligando a los párrocos de las localidades en las que residían que no aceptasen su presencia en los oficios divinos y les negasen la comunión.

Sabemos que el matrimonio de Lorenza y Francisco atravesó por esa situación, y que después de quince años de convivencia acabó en “divorcio”. Tras la separación, doña Lorenza pasó a residir en casa de su sobrina la duquesa de Feria, privada de la presencia de su hijo, en una sociedad mediatizada por la doctrina católica, en donde se ponía de manifiesto la difícil situación de la mujer separada.

El matrimonio de Lorenza de Cárdenas y Francisco canónicamente persistió hasta la muerte de éste, pues aunque se habló de divorcio y de existir separación de techo, lecho, alimentos y arreglo financiero, Lorenza no pudo contraer un nuevo enlace hasta su fallecimiento<sup>1220</sup>.

De hecho, las primeras noticias sobre el acontecimiento que se aproximaba, las conocemos gracias a los *Avisos* de Pellicer publicados el 17 de mayo de 1639.

*«Tres casamientos se rugen a lo sordo: uno de la Señora Doña Lorena de Cárdenas, hermana del señor Conde de la Puebla del Maestre, difunto, y tía del que hoy vive, con Don Lorenzo Ramírez de Prado, del Consejo de Indias, que fue años ha a Francia sobre los feudos de Zucarelo. El otro es de Doña Juana de Mendoza, hija mayor del Señor marqués de Cañete difunto, con Don Francisco Fiesco; el otro está muy adelante»*<sup>1221</sup>.

Era costumbre en la sociedad del siglo XVII madrileño que las noticias y rumores se pusieran en circulación oralmente por gente desocupada desde los llamados “mentideros de la Villa”: las gradas de piedra berroqueña de San Felipe el Real de agustinos calzados, las rejas de Palacio y las cercanías del palacio de los Representantes. De igual modo, la curiosidad de las gentes y la necesidad de información se cubrían con panfletos y avisos que se hacían eco de las noticias que proporcionaban al informador personas cercanas a Palacio o a centros de poder.<sup>1222</sup>

Dos meses después, el doce de julio de 1639, nuevamente en los *Avisos* aparecía el nombre de Lorenza de Cárdenas:

*«El sábado se capitulo Don Lorenzo Ramírez de Prado, del habito de Saint-[I]ago del Consejo de Indias, que fue a Francia los años pasados a defender el derecho de Zucarelo, y vasallo de la gran Casa de Feria, natural de*

---

<sup>1220</sup>DORLA DEL MORAL, A.: «Ejecutorias de pleitos de divorcio, alegaciones», en *Madrid en el Archivo Histórico de Protocolos*, p. 20; DEDIEU, J. P.: *Cristianization en Nouvelle Castille. Cathecisme, communion, mece et confirmation dans l'Archeveche de Toledo, 1540-1650*, Melanges de la Casa de Velásquez, 1979, pp. 261 y ss.

<sup>1221</sup>PELLICER y TOVAR, J., op. cit., pp. 14 y 47.

<sup>1222</sup>Jerónimo de Barrionuevo, contemporáneo de muchos de los sucesos que relatamos, fue uno de los informadores.

*Zafra con la Señora Doña Lorenza de Cárdenas, hermana que fue del Señor Conde de la Puebla del Maestre, difunto, y tía del que hoy vive, mujer que fue de su tío carnal Don Francisco de Orense de quien se ha descasado después de quince años de matrimonio y con un hijo de doce años. Capituló por el desposado Don Juan de Chaves, Conde de la Calzada, Presidente que fue de Ordenes y por la novia, el señor Conde de la Puebla de Montalban sin que asistiese ningún pariente de ella. Dotola en 10.000 ducados, la futura sucesión de una encomienda en Indias de 1.500 ducados anuales de renta<sup>1223</sup>, toda su plata labrada y las casas que tiene frente a San Gines. Pasaron las joyas de valor de 30.000 ducados»<sup>1224</sup>.*

Ramírez de Prado, futuro esposo de Lorenza de Cárdenas, era un caballero poco apreciado por la familia de la novia, a pesar de que ésta no era un partido ventajoso ni por su estado de viuda, ni por su vida anterior, un matrimonio fracasado con el traído y llevado descasamiento de su primer esposo y, sobre todo, por su precaria situación económica. Cabe pues pensar que el disgusto y el rechazo familiar que generaba ese segundo matrimonio de la dama emanaba por el alto linaje de la novia, y el para muchos oscuro de Lorenzo Ramírez de Prado<sup>1225</sup>.

## **2. El dudoso linaje de los Ramírez de Prado**

La familia de los Ramírez de Prado era oriunda de Zafra, Badajoz, fue una de las más antiguas de las que ocuparon ese lugar, pues aparecen avecindados desde principios del siglo XVI. Gracias a su condición de hijosdalgos y a sus cualidades intelectuales e ingenio, sus hombres fueron capaces de ocupar puestos de relevancia tanto en la política española como en la sociedad de la época, aunque siempre circularon rumores de que la sangre que corría por las venas de ese linaje no era todo lo limpia que cabía esperar<sup>1226</sup>.

Para nuestro trabajo, la figura que nos interesa de esta singular familia es la de Lorenzo Ramírez de Prado, segundo esposo de doña Lorenza de Cárdenas, un destacado

---

<sup>1223</sup>La encomienda es una renta y no un título, consiste en diezmos y primicias. La podían recibir religiosos y seglares.

<sup>1224</sup>PELLICER y TOVAR, J., op. cit. p. 611. En tres de ellos emplea la palabra descasar: “declarar por nulo el matrimonio”,

<sup>1225</sup>Amen de la mancha que cayó sobre el apellido de los Ramírez de Prado, cuando se probaron los graves delitos de don Alonso, padre de don Lorenzo, existía para muchos la duda sobre la limpieza de su linaje, pues aunque el padre había recibido muchos años atrás un habito santiagués y formado parte del Consejo Real, cuando el hijo lo solicitó fue rechazado en varias ocasiones, no sabemos si por vacilaciones y falsas acusaciones de los testigos, piezas fundamentales en estos procesos. CARO BAROJA, J.: *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, t. II, p. 374.

<sup>1226</sup>PELORSON, J. M.: *Les letrados juristes castillas sous Philippe III*, Poitiers, p. 68. Este autor no duda en considerar a Ramírez de Prado de origen converso.



personaje de los reinados de Felipe III y Felipe IV, político, jurista y humanista, amigo de Góngora y enemigo en las letras de Quevedo, sin embargo, y por las circunstancias que concurrieron en su trayectoria profesional y social, es obligado que nos detengamos en algunos pasajes de sus orígenes, lo que nos ayudará a entender las futuras situaciones que se presentarían años después, cuando quiso contraer matrimonio con Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara.

Fue don Lorenzo hijo de Alonso Ramírez de Prado, hijo a su vez de Alvar Sánchez de Prado, riquísimo comerciante de la villa de Zafra, y de doña Isabel Ramírez, procedente de Segura de León, hija de un tal Juan Ramírez, de quien los Reyes Católicos recibieron importantes préstamos. Ese gesto le supuso a Juan el agradecimiento del Monarca y que fuese tenido por persona de calidad, nobleza y buena sangre. Tanto Alvar como Isabel estaban emparentados con los linajes Figueroa, Guzmán y Carvajal<sup>1227</sup>, considerándose servidores de los señores de Feria y Zafra<sup>1228</sup>.

Don Alonso nació en Zafra en noviembre de 1549, y rompiendo la tradición familiar no ejerció el oficio de mercader, y estudió derecho en Salamanca. Años después contrajo matrimonio con una joven de su misma localidad, María Velázquez de Ovando, hija del hidalgo Luis González y de Lucía Velázquez de Ovando, natural de Medellín. De la unión nacieron once hijos, de ellos seis varones<sup>1229</sup>.

Alonso salió del anonimato al destacar como jurista de éxito en un grupo de presión como era el de los letrados. En 1578 moría el rey portugués don Sebastián en una fracasada expedición a Marruecos, y al carecer de descendencia asumió la regencia su tío, el cardenal-infante don Enrique; quedaba abierta la sucesión al trono portugués. Entre los pretendientes se encontraba Felipe II, nieto de Manuel I de Portugal por línea materna y tío del Monarca fallecido<sup>1230</sup>. El Rey español buscó el asesoramiento de una junta de letrados para que cimentasen sobre bases sólidas su legitimidad ante las Cortes portuguesas al Reino, apoyándose en tratados que demostrasen los derechos que por

---

<sup>1227</sup>Otra rama familiar es la de los Ramírez de Guzmán, a la cual perteneció la poetisa Catalina Clara de Guzmán. ENTRAMBASAGUAS, J.: *La biblioteca de Lorenzo Ramírez de Prado*, Madrid, 1943. pp. 22 y ss.

<sup>1228</sup>AHN, sec. OO. MM., Santiago, exp. antes citado, leg. 558-6.854, expedientes de pruebas.

<sup>1229</sup>Ibíd., sec. Inq., leg. 1515, 3. Información genealógica de Lorenzo Ramírez de Prado para optar a familiar y oficial de la Inquisición. MAYORALGO y LODO, J. M.: *La casa de Ovando. (Estudio histórico-genealógico)*, Real Academia de Extremadura, 1991, pp. 821-823.

<sup>1230</sup>GARCÍA CÁRCEL, R., SIMÓN TARRES, A., RODRÍGUEZ, A. y CONTRERAS, J.: *Historia de España, siglos XV-XVII*, Madrid, 1991, pp. 600-604.

herencia de nacimiento le asistían. La preparación de esa documentación por parte de los letrados dio lugar a estudios jurídicos muy interesantes<sup>1231</sup>.

Cuando al Rey se le presentaron los trabajos de los juristas le llamó poderosamente la atención la apología hecha por Alonso Ramírez de Prado; le complació su ardor y la buena argumentación y juicio<sup>1232</sup>. Visto el éxito que obtuvo el documento, aunque en principio se redactó en castellano, así lo escuchó el Rey, más tarde se creyó conveniente traducirlo al latín<sup>1233</sup>. Ese triunfo le valió a don Alonso que se le premiase con un cargo en el Consejo de Navarra, y poco después con el de oficial y contador mayor en el de Hacienda, puestos que desempeñó entre 1590 y 1599<sup>1234</sup>. En 1600 don Alonso entraba a formar parte del Consejo de Castilla, un gran paso en su carrera que desgraciadamente para él, no tardaría en truncarse.

## **2. 1. Los vínculos con Lerma y sus consecuencias para el linaje: la quiebra**

La relación de don Alonso con don Pedro Franqueza, conde de Villalonga y Villafranca, protegido del duque de Lerma, comenzó cuando Ramírez de Prado formó parte de la Junta de Hacienda de Portugal, creada el 20 de octubre de 1601, a petición del rey Felipe III. Es entonces cuando intimó con el Conde, y cuando éste le introdujo en la llamada Junta de Desempeño, cuya misión consistía en regular los asuntos financieros, deudas, servicios, etc. del Reino de Portugal, y reducir su deuda pública en el plazo de unos tres años, según un plan propuesto por el mismo Franqueza<sup>1235</sup>.

Sobre la referida Junta, Mesonero Romanos en sus *Relaciones* dice:

*«También dicen que la semana que viene irán a Ampudia los de la nueva Junta de Hacienda, que son el Presidente de Hacienda, el confesor, el licenciado Ramírez de Prado, y el conde de Villalonga, en la cual se resuelven todas las materias de las que pasan por los demás consejos que tratan de ella, con lo cual*

---

<sup>1231</sup>BN, ms. 17.502.

<sup>1232</sup>En los Consejos reales los juristas tenían una notable presencia. Actuaciones ante las Cortes defendiendo los intereses reales servían de trampolín para promocionarse en sus carreras y recibir incluso el hábito de alguna orden nobiliar. Para más información, véase PELORSON, J. M., op. cit., 1980, p. 68.

<sup>1233</sup>El ascenso de Ramírez de Prado es un ejemplo del desplazamiento de la política que en la época sufrió parte de la nobleza, en aras de una elite mejor preparada para ocupar y desempeñar con eficacia cargos relevantes. Muchos de los honores reservados hasta entonces al estamento superior, los recibiría esa sociedad surgente que buscaba equipararse a los que habían sido desplazados.

<sup>1234</sup>PELORSON, J. M., op. cit. Los letrados que conseguían ascender en la esfera administrativa tenían, junto con sus allegados, cubiertas sus necesidades prácticamente durante el resto de sus vidas, gracias a mercedes y concesiones.

<sup>1235</sup>ESPEJO, C.: «Enumeración de algunas Juntas de la administración española desde el siglo XVI hasta 1800», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos del Ayuntamiento de Madrid*, t. VIII, 1931, p. 325. Alonso Ramírez formaba parte de la Junta de Obras y Bosques.

*dicen que excusan muchos engaños y descuidos que antes había y se viene a entender la hacienda que Su Majestad tiene, y lo que se paga de ella y de cómo la tratan los ministros, y lo que se debe para mandarlo cobrar; y esta junta se hace de cuatro meses a esta parte en el palacio nuevo»*<sup>1236</sup>.

A partir de entonces, el ascenso social de don Alonso fue rápido y notorio, y su posición se consolidó a la sombra de Franqueza<sup>1237</sup>, quien le aproximó a la red clientelar del duque de Lerma<sup>1238</sup>. Un conglomerado de aliados, parientes y criaturas del ministro organizados como facción que disponían de poder y se beneficiaban de la administración, regulando y limitando el acceso a los recursos, pero manteniendo siempre su lealtad al valido<sup>1239</sup>.

El conde de Villalonga ocupaba en esos momentos los cargos de secretario de los Consejos de Estado, Aragón e Inquisición, un puesto que también lo ejercía en distintas juntas<sup>1240</sup>. Los lazos entre protector y protegido se fueron estrechando, si bien se desconoce en qué momento comenzaron a producirse las irregularidades financieras, y si don Alonso actuó por propia ambición al verse investido de poder, temiendo que un revés de la fortuna le hiciese caer en la pobreza, o si lo hizo instigado por Franqueza. El hecho es que el letrado, con la colaboración de su protector, se introdujo entre asentistas y arrendados, y aprovechándose de la privilegiada posición que ocupaban, no mostraron reparo en lucrarse de la Hacienda Real, haciendo crecer uno y otro las suyas particulares. De esa forma, en una sociedad rica en estrategias cortesanas, donde resultaba clave el situar en puestos relevantes a familiares, amigos y clientelas que solidarizasen intereses, don Alonso fue capaz de reunir en los primeros años del reinado de Felipe III una muy considerable fortuna.

El entramado fraudulento puesto en marcha por Franqueza y el licenciado se efectuó de manera disimulada, para realizar las sustracciones sin que los contadores lo percibiesen, se amparaban en cláusulas ambiguas que agregaban a los documentos. No contentos con esas irregularidades recibían sustanciosos sobornos de los que aspiraban a ejercer cargos públicos. Disuelta la Junta de Desempeño se constituyó otra en la que don

---

<sup>1236</sup>MESONERO ROMANOS, R.: *Relaciones de viajes*, Madrid, 1831, p. 69.

<sup>1237</sup>JUDERÍAS, J.: *Los favoritos de Felipe III: don Pedro Franqueza, conde de Villalonga*, t. II, Madrid, 1909, p. 322. Tanto a don Pedro Franqueza como a don Alonso Ramírez de Prado se les consideraba criaturas del duque de Lerma.

<sup>1238</sup>JAGO, CH.: *Poder y sociedad en la España de los Austrias. La crisis en la aristocracia del siglo XVII*. Este es el caso de don Alonso, como se pudo comprobar tras ser arrestado en 1606.

<sup>1239</sup>BENIGNO, F.: *La sombra del rey*, ed. Alianza Universidad, Madrid, 1994, p. 21.

<sup>1240</sup>ESCUADERO, J. A.: *Los Secretarios de Estado y de Despacho, 1474-1724*, t. I, Instituto de Estudios Administrativos, 1976, pp. 227, 792 y ss.

Alonso fue nombrado contador mayor de cuentas, un puesto privilegiado para conocer de primera mano los negocios más lucrativos. Es de nuevo Mesonero Romanos el que a propósito de esta nueva Junta opina:

*«Hase hecho una nueva Junta de Hacienda para tratar del desempeño de Su Majestad y de otros negocios de esta materia, habiendo de ser esta junta sobre los demás Consejos que hay de hacienda, y así se entiende que deshagan el que había de contadores mayores, y la primera junta ha sido el día de nuestra Señora de la O, y entran en ella el duque de Lerma, el conde de Miranda, presidente de Hacienda, el licenciado Ramírez de Prado, el conde de Villalonga, el contador Ipeñarrieta, el marqués de las Navas, fiscal de Hacienda, y el secretario, Pedro Contreras. Plieggua a Dios que sucedan de ella los efectos que se desean».*

El estatus y la consideración social de don Alonso crecían, y en 1605, en la Pascua, siendo Valladolid capital de la Monarquía Hispánica, con motivo del bautizo del futuro rey Felipe IV, ya formaba parte del cortejo en el que dieciocho consejeros de Castilla, a cuyo frente marchaba su presidente, don Alonso Ramírez de Bohórquez, se encaminaban al besamanos real. La ambición de Franqueza no cesaba y los excesos, ya del dominio público, hicieron que el Rey encomendase a Fernando Carrillo, presidente del Real Consejo de Hacienda, que se iniciase una exhaustiva información que esclareciera la situación.

Realizadas las oportunas pesquisas no tardó en estallar el escándalo financiero, seguido del apresamiento de Franqueza, que en su caída arrastró a don Alonso<sup>1241</sup>. Pelorson señala que en el caso de Ramírez de Prado tuvo mucho que ver la envidia que suscitaba su rápido ascenso social<sup>1242</sup>. Las acusaciones que se vertieron sobre ambos personajes fueron: abuso de la confianza real, búsqueda de satisfacción económica propia en contra de los intereses del Reino y malversación de las finanzas de la Hacienda del Rey amparándose en la Junta de Desempeño. En definitiva, engaño y corrupción<sup>1243</sup>.

El 26 de diciembre de 1606 se procedía judicialmente contra don Alonso, quien fue detenido por el alcalde de Corte López Madera. A continuación se requisaron sus bienes en la casa familiar madrileña situada en la calle de Bordadores frente a San Ginés. En el

---

<sup>1241</sup>En los mentideros de la Villa se comentaba que las desventuras en las que se vio inmerso Ramírez de Prado se debieron más que a los fraudes, a la animosidad que despertaba su persona en algunos nobles, entre ellos el conde de Benavente, debido a las rivalidades amorosas entre los hijos de ambos. Para otros, era la manifestación del resentimiento de los grandes títulos hacia los arribistas ostentosos.

<sup>1242</sup>PELORSON J. M., op. cit., p. 309.

<sup>1243</sup>Ibídem, pp. 261 y 263. El autor considera que cuanto más elevado es el puesto que se ocupa en la administración pública, resulta más difícil distinguir donde termina el cargo público y comienza el ámbito de lo privado.

domicilio se hallaron: objetos de plata y oro, ricas tapicerías y colgaduras, un valioso mobiliario, vestuario lujoso, pinturas de grandes firmas, numerosas piezas de cobre y una espléndida despensa y bodega. Todo se embargó; el importe de la plata labrada superó los cuarenta y un mil ducados; las joyas se tasaron en una cantidad superior; y el valor de las tapicerías, cuadros y colgaduras alcanzó ciento doce mil quinientos ducados. También se hallaron juro por valor de ochenta y siete mil quinientos ducados<sup>1244</sup>. La suma total de todo lo intervenido en esta primera actuación se situó en unos trescientos mil ducados.

Como las averiguaciones siguieron su curso, se supo que don Alonso poseía: otros cuatrocientos ochenta mil ducados en juro puestos en cabeza de terceras personas, quinientos cuarenta mil ducados en bienes inmuebles, cincuenta mil ducados en tierras compradas, y más de cien mil ducados en letras de cambio. Aunque no se realizó el inventario de su biblioteca, sí que se sabe que estaba bien surtida, con cerca de cuatrocientas obras impresas y veinticuatro manuscritos; prueba de su importancia es que en 1609 pasaba a formar parte de la de El Escorial<sup>1245</sup>. La totalidad del embargo de los bienes del licenciado ascendió a un millón setecientos cuatro mil ducados, y de ellos, más de quinientos mil estaban en juro<sup>1246</sup>.

Cabrera de Córdoba relata así el arresto de Ramírez de Prado<sup>1247</sup>:

*«A los 26 de este, segundo día de Pascua, llevó preso el alcalde Madera al licenciado Alonso Ramírez de Prado, del Consejo Real de Hacienda, a la fortaleza de Buitrago, que está a dieciocho leguas de aquí, que había comido aquel día con el Presidente de Castilla en el banquete que acostumbra a hacer a los del consejo para ir después todos juntos a besar las manos y dar las buenas Pascuas a sus Majestades; y acabando de comer le envió a llamar con un billete don Hernando Carrillo del mismo consejo, que no había ido al banquete por quedarse en su casa a disponer este negocio, se le decía a don Alonso que el asunto concernía al servicio del Rey y que se llegase a su casa para tratar de un negocio importantísimo antes de que fuese a besar las manos a Sus Majestades, y así se hizo y en el camino se toparon y fueron juntos hasta que salió al paso el alcalde Madera y se entró con ellos en el coche y llegaron a los caños de Alcalá*

<sup>1244</sup>MESONERO ROMANOS, R.: *Relaciones...* Añade a todos los bienes confiscados a Ramírez de Prado treinta mil escudos de oro.

<sup>1245</sup>Las casas de los letrados variaban según el grado de su fortuna. Las había modestas, como la que habitó Lope de Vega, o de gran lujo como la del protoletrado Gilimón de la Mota, o la de los Ramírez de Prado, con muebles de maderas exóticas, cuadros de firmas flamencas, ricas sedas, platería en abundancia, etc. Cuando se realizó el inventario de los bienes de su domicilio, corrió la voz por Madrid del excesivo contenido de su despensa: grandes cantidades de aceite, carne salada, diversas clases de aves, tocino, embutidos, azúcar, etc.

<sup>1246</sup>PÉREZ BUSTAMANTE, C.: «La España de Felipe III», en *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, t. XXIV, Madrid, 1979, p. 58 y; en *Felipe III, semblanza de un monarca y perfiles de una probanza*, Madrid, 1959, p. 88.

<sup>1247</sup>CABRERA DE CORDOBA, L.: op. cit., pp. 296 y ss.

*y en el camino se lo encomendó preso. Allí estaba un coche de camino con alguaciles y gente de a caballo, donde se entraron el licenciado Ramírez y el alcalde y prosiguieron su camino, y otro alcalde entró en la casa del dicho Ramírez y sacó a la mujer e hijos y secrestó la hacienda; y después acá se esta haciendo el inventario de todo que han hallado treinta mil escudos de oro y mucha plata labrada y otras cosas de aderezo de casa rica. Entiendese que se hallará mucha renta y dineros en cabeza de terceros, que es la causa de prisión por haberse aprovechado teniendo muco incurso en las materias de hacienda. Y será ejemplo para que otros miren como cumplen con la obligación de sus oficios».*

En principio, don Alonso fue conducido a la fortaleza de Brihuega y, después, a la villa de Uceda. En septiembre de 1607 la salud del licenciado estaba seriamente dañada, y aunque parecía que su mal no era de peligro de muerte, al poco tiempo su estado se agravó. En marzo de 1608, con el fin de que preparase sus descargos para el inminente juicio, fue trasladado a Móstoles, a tres leguas de la Corte. Para entonces, don Alonso había recusado como juez a Fernando Carrillo.

Luis Cabrera, que es quien nos da testimonio de estos sucesos, añade que mientras los jueces estudiaban los descargos que Ramírez de Prado había presentado ante el Tribunal, fallece el 15 de julio de 1608. Su muerte no significó que se interrumpiese el proceso.

Antes de que se dictase sentencia a finales de agosto de ese mismo año, corría la voz de que los bienes incautados a don Alonso no satisfacían con mucho el pago de la deuda<sup>1248</sup>. La defensa del inculpado la asumió uno de sus hijos, el licenciado Lorenzo Ramírez de Prado, que debió enfrentarse a los ciento sesenta cargos que pesaban sobre las espaldas de su padre<sup>1249</sup>. Cabrera asegura que en la exposición del caso y en la defensa de su progenitor Lorenzo estuvo muy brillante, rebatiendo una por una las acusaciones que se presentaban en contra de don Alonso<sup>1250</sup>. El esfuerzo fue vano, faltó la prueba principal, los documentos que confirmasen que el duque de Lerma, que era tanto como decir el Rey, había estado informado de los pasos seguidos por sus colaboradores, si no por escrito, sí

---

<sup>1248</sup>Bibl. de Palacio, ms. 2.651. Cargos en contra de don Alonso Ramírez de Prado.

<sup>1249</sup>ESCUDERO, J. A., op. cit., pp. 792 y ss.

<sup>1250</sup>Pasado un tiempo, Lorenzo Ramírez de Prado escribió un grueso volumen con el material empleado en la defensa de su padre. ENTRAMBASAGUAS, J.: *Una familia de ingenios. Los Ramírez de Prado*, CSIC, 1943.

de palabra. Parte de la documentación había desaparecido, y lo que hubiese de cierto sobre la información oral no se pudo probar<sup>1251</sup>.

A lo largo del proceso se percibió el resentimiento oculto que los grandes mantenían contra los arribistas ostentosos, a quienes no se perdonaban ni su rápido ascenso ni el poder adquirido<sup>1252</sup>. Como las andanzas de estos personajes eran conocidas por muchos, las consecuencias que se derivaron de su caída fue considerado como un aviso de la Monarquía para que los consejeros se supiesen observados y, por tanto, extremasen su prudencia y honestidad<sup>1253</sup>, no eran ellos los únicos que contando con la confianza del valido estaban instalados en puestos claves de la administración, y con tareas que a menudo rebasaban los deberes y responsabilidades de su oficio, pero que reforzaban el control de Lerma sobre los aparatos de la Monarquía.

En esta ocasión, las acusaciones se habían desviado hacia las criaturas del valido, pero era *vox populi* el asombroso enriquecimiento de Lerma quien, sin embargo, contaba con el amparo de la poderosa sombra del Rey, que le permitía marginar del circuito político a sus adversarios<sup>1254</sup>.

El 11 de octubre de 1611 se hizo pública la sentencia final contra los inculpados. Se condenaba al licenciado Ramírez de Prado a resarcir a la Hacienda Real trescientos cincuenta y ocho mil seiscientos setenta y un ducados, por los setenta y seis de los cargos que se le imputaban; un veinte por ciento del millón setecientos mil tasados en embargos. En esa cantidad se incluía una multa de treinta y siete mil ducados por los cargos que la Justicia, respetando su fallecimiento, no llegó a examinar<sup>1255</sup>. Por ese mismo respeto, no se hicieron públicas las penas criminales<sup>1256</sup>.

---

<sup>1251</sup>PELORSON, J. M., op. cit., p. 463. Para algunos estudiosos de la época, tanto Franqueza como Ramírez de Prado fueron víctimas sacrificadas en aras del descontento del pueblo.

<sup>1252</sup>CHAUNU, P.: «La société espagnole au XVII siècle: sur un refus de mobilité», en *Bulletin hispanique*, t. 68, 1966, p. 114.

<sup>1253</sup>Proceso a Ramírez de Prado. Junto con Franqueza y Ramírez de Prado, se procesó al asentista portugués Juan Núñez Correa, quien había tenido por asiento los galeones de la Carrera de Indias. Se le acusó de cohecho a funcionarios reales. Núñez había recibido del rey Felipe II, en 1585, el nombramiento de alcalde mayor de minas y registros en Honduras y Guatemala; Núñez tuvo problemas con la Inquisición, pero quedó libre de cargos en 1597. CABRERA DE CORDOBA, L., op. cit., pp. 298, 368, 373 y 374; AHN, sec. Inq. leg. 171, exp. 4, fol. 104 v.

<sup>1254</sup>VACA DE OSMA, J. A.: *Los nobles e innobles validos*, Madrid, 1990, pp. 120-121.

<sup>1255</sup>ESCUADERO, J. A., op. cit., p. 817.

<sup>1256</sup>BENIGNO, F., op. cit., pp. 71, 91 y 123. A pesar de las continuas acusaciones de corrupción y malversación de fondos dirigidas contra el secretario de Cámara don Rodrigo Calderón, su arresto se postergó durante un tiempo. Finalmente, en 1613 fue encarcelado y sus bienes embargados.

Antes de su muerte, en 1608, Alonso Ramírez había testado ante el escribano Moral de la Vega. No obstante, sus últimas voluntades no se cumplieron por estar embargado el total de su hacienda. Sí que se le respetó el deseo de que su cuerpo recibiese cristiana sepultura en el coro de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, en la villa de Móstoles<sup>1257</sup>.

La culpa del delito no acabó en el letrado, sino que alcanzó a parte de la familia. Primero a su esposa María Velázquez de Ovando, que fue condenada a abandonar a perpetuidad la Corte, y después, a su hijo mayor Antonio, sacerdote, fiscal del Consejo de Cruzada. Al considerar el Tribunal que, de alguna forma, éste había estado implicado en los negocios de don Alonso, se le desterró de la Corte y fue destituido de su cargo. Reforzó ese juicio el que no pudiese demostrar con precisión el origen de su fortuna<sup>1258</sup>. No obstante, pasado un tiempo se redujo su destierro a diez años y se le permitió conservar su renta eclesiástica.

La familia Ramírez de Prado quedaba en situación tan precaria que el Tribunal que había juzgado al consejero, teniendo en cuenta la minoría de algunos de los hijos, les concedió un juro por valor de quinientos ducados de renta anual a distribuir entre los varones, y una dote a cada una de las hijas para que entrasen en religión. A su vez, su hijo Lorenzo, haciendo gala de su persuasión, consiguió que a la viuda se le entregase lo que restaba de su dote. Gracias a ello se pudo mantener la posesión de la casa familiar en la calle de Bordadores<sup>1259</sup>, aunque se la gravó con una obligación de aposento<sup>1260</sup>.

---

<sup>1257</sup> Archivo Parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, Móstoles, Libro. II de Difuntos, año 1608. El gasto por la sepultura y la cera empleada en el entierro supusieron 49 reales.

<sup>1258</sup> Durante el proceso, Antonio Ramírez de Prado sufrió interrogatorios acerca del origen de su fortuna. El acusado reconoció la posesión de algunas casas en la parroquia de San Ginés y una finca de labor rodeada de bosques en un pueblo de Extremadura. Justificaba esas posesiones por el fijo anual que recibía como miembro del Consejo de Cruzada, algo más de mil ducados de renta, que había situado en un juro sobre los pastos de la Orden de Santiago, y otro de novecientos ducados sobre las alcabalas de la villa de Écija. Según su declaración, además de esas entradas, recibía varias gratificaciones extraordinarias: ochenta y tres mil maravedíes anuales del Concejo municipal de la villa de Tiernes; y una renta de doscientos reales garantizados de un capital de quinientos ducados sobre las casas de su madre. Sus explicaciones no parecieron lo suficientemente firmes a los jueces, por lo que tras efectuarse unos registros en su domicilio se le incautaron juros, mobiliario, enseres y más de treinta mil escudos de plata.

<sup>1259</sup> La parroquia de San Ginés fue una de las más concurridas de Madrid, y al no poder cubrir todas las necesidades de sus feligreses fue necesario que se construyese anexo un templo pequeño, San Luis, del cual no queda rastro.

<sup>1260</sup> ALVAR EZQUERRA, A.: *Felipe II, la Corte y Madrid en 1561*. Madrid, 1985., pp. 91-92. Sobre la elección de Madrid como capital: el rey Felipe II había ordenado al Concejo de la Villa que atendiese a los aposentadores encargados de proporcionar alojamiento a los servidores y a la administración real; se extendieron notificaciones que ordenaban que los cortesanos debían ser alojados en casas que se pudiesen dividir y separar de la familia que las habitaba. Como es de suponer, muchos madrileños se preocuparon de que en sus casas ese reparto fuese imposible, y se las llamó “casas de malicia”. Sin embargo, por la



## 2. 2. De nuevo el triunfo de la toga

Cuando falleció Alonso Ramírez de Prado, Lorenzo, que había nacido en Zafra el 9 de agosto de 1583, contaba veinticinco años de edad<sup>1261</sup>. Era el segundo de los hijos varones del matrimonio, formado por Alonso y María, y por expreso deseo de su padre, junto con su hermano, Alonso estudió leyes en la Universidad de Salamanca. Nicolás Antonio consideraba que fue uno de los alumnos más aventajados de Francisco Sánchez de las Brozas, conocido como el “Brocense”, el más grande de los humanistas españoles de finales del siglo XVI. Lorenzo, al poco de licenciarse en derecho, ya mostraba su inclinación hacia la política y la oratoria<sup>1262</sup>.

Ni el fracaso por no dejar limpia de culpa la memoria de su padre, ni la mancha que indudablemente cayó sobre el apellido, afectaron gravemente a los hermanos Ramírez de Prado, ya que salvo el primogénito, involucrado en los turbios negocios de su progenitor, el resto de los hijos, aunque tuvieron que soportar la pesada carga del delito paterno, probablemente gracias a su talento y valía pronto destacaron en los círculos madrileños intelectuales y literarios, y ocuparon puestos de responsabilidad dentro de la Monarquía.

Sólo habían transcurrido cuatro años de la muerte de don Alonso, cuando Lorenzo, regidor en Salamanca desde 1601, y más tarde su procurador en Cortes, se vio implicado en un proceso judicial al publicarse un texto suyo sin las licencias oportunas<sup>1263</sup>. En 1607 había aparecido en París, en la editorial de Claude Morel, una edición crítica de trescientos treinta y ocho páginas sobre los *Epigramas de Marcial*, escrito en latín con comentarios de Ramírez de Prado. Se trataba de un trabajo meticuloso que denotaba un amplio conocimiento del mundo jurídico romano antiguo. Quienes conocían al licenciado y sabían lo mucho que disfrutaba comentando párrafos y versos, y haciendo sus propias

---

necesidad que sufría la Hacienda Real se podía llegar a un acuerdo, el Rey a cambio de una cantidad, expendía la licencia de exención de aposento, y el beneficiario, bien por un espacio más o menos largo de tiempo, o de por vida o a perpetuidad, podía conservar la casa para sí solo o a cambio pagar una cierta cantidad de dinero. ENTRAMBASAGUAS, J.: *Una familia de...*, Madrid, 1943, p. 71, la ubicación de las casas de los Ramírez de Prado, correspondían, aproximadamente, a la que hoy lleva el número 20 de la calle del Arenal. Era zona de prestigio por su proximidad a Palacio. Fueron vecinos de calle de los Ramírez de Prado: la duquesa de Nájera; don Juan de Córdoba y Alenque, conde de Fuerteventura, el duque de Arcos, el de Maqueda, el conde de Fuentes y los condes de Torrubia.

<sup>1261</sup> Parroquia de Nuestra Señora de la Candelaria, Zafra, Libro VI de Bautismos, fol. 34. Su bautizo tuvo lugar el martes 16 de agosto de 1583.

<sup>1262</sup> Años después, para la publicación de una de sus obras, el *Pentecontarcos*, que embelleció con citas griegas, se apoyó en alguno de los manuscritos de su maestro.

<sup>1263</sup> Fue procurador por la ciudad de Salamanca en los años 1611, 1612 y 1613. Véase ENTRAMBASAGUAS, J., *Una familia de...*, pp. 75 y ss.

aseveraciones, no le hallaron culpable, pero otros consideraron que era un insulto y un descrédito hacia los autores que en otro tiempo habían hecho ese mismo trabajo.



D. Lorenzo Ramírez de Prado  
(B.N.M. Estampe 7619-1)

(Photo B.N., Madrid)

Lorenzo se defendió alegando que se trataba de manuscritos de su uso particular, redactados durante la época de estudiante en Salamanca; sin embargo, el asunto trascendió a la calle y provocó una agria polémica entre los eruditos. Un atacante feroz a la labor de Ramírez de Prado fue el jesuita Mateo Roder, que aprovechó el que Lorenzo le lanzase un

libelo para denunciarle<sup>1264</sup>. El religioso había recibido de la Compañía un encargo similar al realizado por Lorenzo, pues existía el proyecto de que ese tipo de textos sirviese de manual escolar para sus alumnos. Con la entrada de los jesuitas en el conflicto la situación se agravó para don Lorenzo.

Tras celebrarse el juicio, el editor Alonso Martín, principal inculpado, fue condenado a galeras, acusado de no haber solicitado licencia real para imprimir la obra, y el licenciado fue condenado a satisfacer una multa de dos mil ducados y a salir de la Corte por un periodo de tiempo. No se le retiró ninguno de los cargos oficiales que desempeñaba<sup>1265</sup>.

En 1615 el letrado presentaba un requerimiento ante el rey Felipe III, en el cual hacía una exposición de todos sus problemas como responsable de su familia, y las obligaciones a que esa situación le conducía. Solicitaba una nominación de Juez de Audiencia y respaldaba la petición aduciendo que la única compensación que había recibido durante su regiduría salmantina fue un juro por valor de cuarenta mil maravedíes de interés anual, que todavía no se le había hecho efectivo. Con su excelente retórica, argumentaba que otros letrados que representaron a Salamanca en las Cortes, después de desempeñar el cargo obtuvieron ese nombramiento. El Monarca no puso objeciones, pues le pareció de justicia la petición y concedió a Ramírez de Prado una plaza en la Real Chancillería de Valladolid. En ese mismo año fue nombrado comisario de la “Comisión de Millones”<sup>1266</sup>, lo que no fue obstáculo para que un año después se encontrase en la villa madrileña despachando asuntos de Estado en relación con el casamiento del heredero de la Corona española, el príncipe Felipe, con Isabel de Borbón, hija de Enrique IV de Francia y de María de Médicis.

En 1616 Lorenzo perdió el regimiento salmantino, pero adquirió otro en la ciudad andaluza de Jaén, donde fue nombrado Caballero Veinticuatro. Como sus obligaciones le impedían ausentarse de la Corte, otorgó poderes a varios vecinos de la plaza para que en su nombre tomasen posesión del cargo, aunque sí que estuvo presente en 1617 en la

---

<sup>1264</sup>PELORSON, J. M., op. cit., p. 341.

<sup>1265</sup>Lorenzo Ramírez de Prado permaneció en Salamanca hasta el año de 1613.

<sup>1266</sup>PÉREZ PASTOR, J.: *Bibliografía madrileña*, t. III, p. 460; y t. II, p. 391. El original se encuentra en el AHN, Consultas del Consejo de Cámara, 1623, 185. Se trata de un documento en el que Lorenzo Ramírez de Prado, con fecha del 24 de septiembre de 1623, reclama al rey Felipe IV cuatrocientos ducados que se le adeudan de ayuda de costa, por su labor como comisario de millones en las Cortes que se celebraron en 1615. La respuesta positiva del Monarca no se hizo esperar: «Assi lo he mandado», la orden se acompañaba de la rúbrica real.

convocatoria de Cortes<sup>1267</sup>. Ramírez de Prado, peldaño a peldaño, forjaba su futuro sabiendo que la carrera de letrado junto con la de las armas permitía llegar a los puestos más altos del Estado. En 1619 ocupaba un cargo en el Consejo Real de Nápoles y conseguía que la casa familiar de la calle de Bordadores fuese declarada a perpetuidad exenta de la obligación de aposento.

Conforme transcurría el tiempo, los signos de recuperación económica y la buena fortuna de los Ramírez de Prado se hacían visibles<sup>1268</sup>, entre 1619 y 1624 el licenciado sirvió a la Corona desde los Consejos de Hacienda y Santa Cruzada<sup>1269</sup>. Su calidad de erudito la pone de manifiesto cuando en 1621 escribió un sentido epitafio tras la muerte del rey Felipe III. Para entonces, Lorenzo ya percibía una renta superior a los cinco mil ducados anuales que él certeramente había situado en juros y censos muy productivos.

En ese mismo año, 1621, se le nombró consejero de la Junta del Real Patrimonio de Obras y Bosques<sup>1270</sup>, encargada de la conservación y acrecentamiento de los cazaderos y edificaciones reales<sup>1271</sup>, y donde era posible establecer relaciones personales de utilidad y fidelidad. En 1623 Gil González Dávila escribía a propósito de esta Junta lo siguiente: *“Es uno de los tribunales más antiguos y distinguidos de la Monarquía, su presidente es el Rey y a ella solo pertenecen personas de la más alta condición”*<sup>1272</sup>.

1624 es el año que don Lorenzo consideró indicado para solicitar plaza de familiar en el Santo Oficio. Se trataba de borrar de una vez por todas la sombra que pesaba sobre

---

<sup>1267</sup>Ibídem, op., cit., p. 39. El cargo de diputado en Cortes era muy deseado por distintos motivos: primero, por las gratificaciones económicas que se recibían; y, después, por la promoción que para los juristas suponía en su carrera.

<sup>1268</sup>AHN, sec. Inq., leg. 1.087.

<sup>1269</sup>ENTRAMBASAGUAS, J.: *Una familia de...*, p. 85.

<sup>1270</sup>NÚÑEZ DE CASTRO, A., op. cit. Lib. I. El emperador Carlos I creó esta Junta en 1545, con el ánimo de que se velase por la conservación y aumento de la caza, pesca, hierba y leña de los bosques. Desde ese organismo se despachaban títulos de cazador mayor, montero mayor, mercader mayor... La Real Junta tenía autoridad sobre alcázares, casas y bosques reales: Palacio Real, Buen Retiro, Casa Real de Campo, Castillo y Montería del Pardo, Casa de Vacía-Madrid, Alcázares de Sevilla, de Toledo, de Segovia, de Balsaín, Casa de la Moneda del Ingenio en Segovia, Casa Real de Valladolid, de su huerta, y ribera y un largo etc. Desde 1606 esta Junta no dependía ni del Consejo de Hacienda ni de la Contaduría Mayor, por tanto, las decisiones que se adoptaban no necesitaban ser supervisadas. En el Archivo General de Palacio, en Madrid, existen dos listas con los nombres de los ministros que formaron parte de dicha Junta. Entre ellos se encuentran el marqués de Montesclaros, Baltasar Gilimón de la Mota; el cardenal Gabriel Trejo, etc. AHPM., Administración, leg. 853. Para más información, consultar la obra de DÍAZ GONZÁLEZ, F. J.: *“La Real Junta de Obras y Bosques en la época de los Austrias”*, Madrid, 2002.

<sup>1271</sup>ALVAR EZQUERRA, A.: «Aspectos de la vida diaria en la Corte del rey de España», en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, dir. ÁLICALÁ ZAMORA, J., Madrid, 1989, p. 96.

<sup>1272</sup>BALTAR RODRÍGUEZ, J. F.: *Las Juntas de Gobierno de la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVII)*, Madrid, 1998, p. 30; y GONZÁLEZ DÁVILA, G.: La Junta de Bosques la estableció el emperador Carlos V en 1545.

su linaje de sangre impura, y ocupando un cargo en el Santo Oficio acabarían con las insidias y molestas habladurías.

La solicitud que se presentó ante el tribunal de Llerena supuso para Lorenzo el enfrentamiento con antiguos enemigos de su padre, quienes trataron de satisfacer viejas venganzas, empañando ahora la fama del hijo. Cuando fue rechazado, las excusas que se le ofrecieron se centraron en su soltería, la falta de vacantes, su residencia en la Corte..., pero todos, y él mismo sabían que, a pesar de que vagamente se había aludido en esa repulsa a su apellido, el motivo principal radicaba en ello y en que no se consideraba limpia su sangre<sup>1273</sup>. Por el contrario, no se había tenido en cuenta, o por lo menos no se nombraban, los graves incidentes en los que se vio inmerso don Alonso, su padre, que ensombrecieron de deshonor y vergüenza parte de la juventud de Lorenzo. Se supo que habían sido decisivas las informaciones de los testigos de su Zafra natal, algunos de los cuales juraron que Lorenzo entre sus ascendientes tuvo conversos<sup>1274</sup>.

Aunque el rechazo constituyó un duro revés, no lo fue tanto como para que don Lorenzo abandonase sus pretensiones; dejó pasar un corto espacio de tiempo en el cual recibió el honor de su nombramiento de alcalde de la Hermandad del Estado de Hijosdalgos de la ciudad de Zafra, que no le impidió seguir residiendo en la Corte<sup>1275</sup>.

En 1626 de nuevo presentaba su solicitud ante el Tribunal de la Inquisición, esta vez había preparado de manera minuciosa documentos que echasen por tierra las acusaciones anteriormente vertidas sobre su persona. La empresa fue un éxito, y el 14 de abril, siendo inquisidor general Andrés Pacheco, entraba a formar parte de la familiatura del Santo Oficio, y acto seguido, lo hacía en la cofradía de San Pedro Mártir<sup>1276</sup>.

---

<sup>1273</sup>JUDERÍAS, J.: *Los favoritos...*, Madrid, 1909. Cuando cayó en desgracia don Alonso Ramírez de Prado, fueron muchas las voces que se alzaron en el juicio acusándole de cristiano nuevo. Se apoyaban en que su apellido, lo mismo que el de González o el de Sánchez, era común entre los de origen converso, y en su desmedida codicia y deseo de enriquecimiento como muestra inequívoca de sus orígenes.

<sup>1274</sup>MARAVALL, J. A., op. cit., p. 108. Las informaciones sobre la limpieza de sangre eran necesarias para acceder al régimen del honor; las órdenes caballerescas excluían por igual a los manchados por conversos y a los que por su trabajo se les consideraba viles. El capítulo de la Orden de Santiago, en 1560, declaró oficios excluidos, por bajos y vulgares: los de pintor, orfebre, escribano, tabernero, prestamista, tendero, etc., y repudiaba, por supuesto, al que poseía sangre manchada. Las pruebas tenían por misión demostrar que los ascendientes del pretendiente eran cristianos viejos, "limpio de judío o morisco". Hay autores que no ponen en duda que por las venas de los Ramírez de Prado corría sangre conversa, no así su biógrafo, Joaquín Entrambasaguas. En cualquier caso, con ese tipo de acusaciones se ponían en juego pasiones y envidias locales soterradas en el tiempo sin que importase llegar al perjurio.

<sup>1275</sup>ENTRAMBASAGUAS, J., *Una familia de...*, pp. 87 y ss..

<sup>1276</sup>AHN, sec. Inq. 1515/3-9. Pruebas de acceso, 1625.

Dos años después, fue comisionado como embajador extraordinario en la Corte del Rey Cristianísimo Luis XIII, para que resolviese ciertos problemas de Estado que les eran comunes a España y Francia frente a las posiciones de Inglaterra y Holanda. No fue muy larga su estancia, el asunto se resolvió satisfactoriamente y de su paso por la capital francesa don Lorenzo guardó un grato recuerdo y *“un retrato que me dio suyo la Señora Infanta Reina de Francia el año de mil seiscientos veintiocho cuando fui a Francia a tratar de cosas graves del servicio de Su Majestad”*, y que siempre le acompañó en su estudio de trabajo<sup>1277</sup>.

El ascenso político y los logros profesionales no cesaron, don Lorenzo ya no se conformaba con una discreta notoriedad social; de ahí su empeño en ennoblecerse mediante un título, de tratar de mantener el rango de su vida anterior, de ser patrón de diversas capellanías, de su ingreso en la Orden Tercera de San Francisco, etc. Ahora, en su escalada social, su interés se centró en recibir la merced de un hábito de una orden militar.

De nuevo tropezó con una férrea y tenaz oposición, ya que en palabras de Janine Fayard: *“El recibir un hábito suponía un primer paso en la escala de la jerarquía nobiliaria, una identificación con los conceptos aristocráticos y caballerescos”*<sup>1278</sup>.

Para determinados sectores de la sociedad, el ser portador de un hábito era requisito obligado, un honor reconocido y un refrendo que aseguraba limpieza y proporcionaba brillo al apellido, y al que carecía de un título nobiliario le infería dignidad social<sup>1279</sup>. En los años treinta del siglo que tratamos, en las altas instancias de la Monarquía se operó un cambio, con respecto a la nobleza de toga: aquel que vestía un hábito se vinculaba de forma sólida con la Corte y con su Rey, el ennoblecimiento alcanzado por servicios contribuía en gran medida al beneficio del Estado y de la res publica, mientras que el de la sangre no se lograba por méritos propios sino a través del

---

<sup>1277</sup> AHPM, prot. n.º 6.280, fols. 405-414. Testamento de don Lorenzo Ramírez de Prado, En el documento se hace referencia a la infanta Ana de Austria, hija de Felipe III y Margarita de Austria, hermana de Felipe IV y esposa de Luis XIII de Francia.

<sup>1278</sup> FAYARD, J., op. cit., p. 82. La autora asegura que hubo ascendientes conversos en la familia de los Ramírez de Prado y, sin embargo, don Lorenzo accedió al Consejo de Castilla, lo que puede significar que la discriminación racial se suavizase en los niveles más altos.

<sup>1279</sup> POSTIGO CASTELLANOS, E.: *Honor y Privilegio en la Corona de Castilla*, Junta de Castilla y León, 1988, p. 115. La Monarquía Hispánica intentó mantener un equilibrio en la concesión de hábitos de las órdenes militares. Se exigían ciertas cualidades personales y familiares tocantes al prestigio; los criterios a seguir eran muy cerrados: legitimidad de nacimiento, limpieza de sangre, ortodoxia religiosa, aptitud de caballero, etc. En el XVII, con la concesión de un hábito se premiaban servicios tanto militares como políticos.

linaje<sup>1280</sup>. Aún así, seguía estando presente la rigurosidad en el acceso a las órdenes militares, puesto que los estatutos de entrada basados en las pruebas de limpieza de sangre no dejaban de ser un discurso cultural de exclusividad que dividía la sociedad en órdenes.

El ingreso se concentraba en un expediente que incluía varios documentos que por sí mismos traducían las diferentes fases por las que atravesaba la investigación acerca de los orígenes nobles y limpios del candidato. Lo primero que aparecía era el esquema genealógico familiar aportado por el aspirante, que se confirmaba y comprobaba a lo largo de las sucesivas pruebas. A esa genealogía se unían una serie de actos llamados positivos, hechos probados en otros tribunales de prestigio que confirmaban con anterioridad las calidades de nobleza y limpieza familiares que se precisaban. Los actos positivos eran de diferente naturaleza: que un miembro de la familia ya disfrutara de un hábito, que el candidato u otro familiar perteneciera a la estructura del Santo Oficio, que hubiera ingresado en alguno de los cabildos restringidos con estatuto eclesiástico o en un Colegio Mayor... También era posible alegar méritos menores, como ser hidalgo y tener una ejecutoría de nobleza, haber sido elegido para un cargo municipal que representase al estamento noble, o pertenecer a una cofradía definida por la nobleza de sus miembros<sup>1281</sup>.

El deseo de Ramírez de Prado por ennoblecerse era común en grupos que buscaban reconocimiento público<sup>1282</sup>; en su pugilato para lograr el tan ansiado hábito, el letrado tuvo que hacer frente a los que testificaron en su contra, entre ellos miembros de una familia de Trujillo, Pedro y Juan de Orellana, que presentaron testimonios que aseveraban que Lorenzo no gozaba de las calidades exigidas para vestir un hábito. Reforzaba esa declaración la de otro testigo, el cronista real Tomás Tamayo de Vargas, quien informó de que uno de los abuelos de Ramírez de Prado, apodado el Manquillo, se había cortado la mano en su intento de fuga cuando se le obligó a bautizarse.

*«Se dize de su avuelo que se fue por su pie a la pila y le llamaron por mal nombre el Manquillo, porque estando ya determinado de baptizarse y convidada*

---

<sup>1280</sup> ELLIOT, J.: *Poder y Sociedad en la España de los Austrias*, Madrid, 1982. pp. 91 y ss.

<sup>1281</sup> ARANDA PÉREZ, F. J.: *Poder y poderes en la ciudad de Toledo: gobierno, sociedad y oligarquías en la Edad Moderna*, Cuenca, 1999, pp. 309-310.

<sup>1282</sup> *Ibíd.*, p. 293. Si un personaje bien asentado en la sociedad intentaba mejorar su posición con el ingreso en una institución prestigiosa, se establecía un pulso social entre ambos; sin embargo, el pretendiente debía de tener cierta seguridad de la concesión; en caso contrario, las consecuencias a escala social podían resultar desastrosas para él y su familia, en un ambiente social de delicado equilibrio a causa de la honra estamental, pues no siempre la meta estaba en el ascenso dentro de la sociedad, otras veces se trataba de confirmar una posición que ya se tenía en la misma.

*la gente para el bautismo, él se quiso volver atrás y huyendo saltó una tapia y se quebró o mano o pie»*<sup>1283</sup>.

No todos los testigos fueron detractores del licenciado, los hubo que con sus informaciones favorecieron el voto positivo, entre estos últimos estuvo el conde de Arcos y, sobre todo, el licenciado contó con el apoyo del que fue su principal valedor y protector en este asunto, el inquisidor general Andrés Pacheco. Al margen de esas circunstancias, los cargos burocráticos le seguían llegando uno tras otro. En marzo de 1629 se le felicitó por sus servicios a la Monarquía, y se convirtió en consejero del Consejo Supremo de Indias y del de la Santa Cruzada<sup>1284</sup>.

Hasta el 22 de septiembre de 1631 no se le hizo merced del hábito de Santiago, después de que Ramírez de Prado presentase una extensa documentación que acreditaba su limpio origen, esclarecía sus apellidos, y pretendía terminar con las calumnias vertidas sobre su persona. Para ello, el jurista aportó documentos sobre sus antecesores remontándose al siglo X. Ante estos hechos, el cronista Tamayo se vio obligado a retractarse de sus acusaciones<sup>1285</sup>.

Apenas habían transcurrido diez días de recibir el honor tan ambicionado por don Lorenzo cuando, junto con su hermano Alonso, se vio en la penosa obligación de presidir el entierro de su madre doña María Velázquez. La señora había permanecido enferma en cama durante un largo periodo de tiempo y, finalmente, el primero de octubre entregaba su alma a Dios:

*«Doña Maria Velázquez, viuda del Ilustrísimo alonso Ramírez de Prado, murio oy miércoles primero de octubre de 1631, en casas propias enfrente de San Gines, recibidos los Santos Sacramentos, ante Diego Ruiz de Tapia*

---

<sup>1283</sup>CARO BAROJA, J., op. cit., p. 397.

<sup>1284</sup>Además de los cargos que ya conocemos y que tan certeramente desempeñó Ramírez de Prado, tuvo otras dignidades y puestos importantes de los que no existen noticias completas. La *“Memoria de las alegaciones en derecho y otros papeles”*, que figuran en el inventario de su biblioteca, dan cuenta de esa variedad de cargos, entre ellos, uno de tipo eclesiástico como lo atestigua la siguiente declaración: «(...) el 17 de octubre de 1632, hubo una junta general del Clero en casa de don Lorenzo Ramírez de Prado de los Consejos de Indias y Cruzada y se resolvió que hubiese Congregación general del estado eclesiástico», BN, ms. 2.339, fol. 166. En 1630 formó parte de la Junta de la Media Anata como representante del Consejo de Indias y de la Cruzada, por orden del rey Felipe IV, que quiso que en la Junta estuviese presente un ministro de cada uno de los Consejos. Esa cámara se había creado para recaudar la contribución obligada de todos los funcionarios públicos, que durante el primer año de su ejercicio debían entregar la mitad del salario anual que percibían. Ramírez de Prado fue también juez del Concejo de la Mesta y de la Cabaña Real, y su presidente a partir de 1654, y asesor del Bureo de la Reina.

<sup>1285</sup>AHN, sec. Inq. leg. 1.378, exp. 7. El recibir un hábito de una orden militar era deseo de todos aquellos que habían ascendido socialmente a través de la administración, del gobierno o del ejército. La condición exigida para recibir esa merced consistía en poseer ciertas calidades sociales que acreditaran su pertenencia a un grupo. Para más información, véase POSTIGO CASTELLANOS, E., op. cit.



*escribano que fue de n° de esta Villa. Deja testamentarios a Don Lorenzo y a Don Alonso Ramírez de Prado sus hijos, oidores del Real de Indias y en el de Sevilla. Dexo por su alma dos mil misas, las 500 del alma mandose conservar en el convento de las monxas de Constantinopla, en la boveda de la capilla de Nuestra Señora de la Anunciación como todo a contado de un testimonio de todo el funeral de el entierro de la susodicha»<sup>1286</sup>.*

La sentencia que en 1608 había condenado a esta señora a abandonar la Corte a perpetuidad no se cumplió en su totalidad, sólo duró el mismo tiempo que en el caso de su hijo Antonio, diez escasos años. Pudo fallecer en la casa familiar frente a San Ginés, ya liberada por don Lorenzo de la obligación de huésped de aposento. En este punto nos remitimos al testamento del licenciado:

*«Mas tengo por propios bienes míos las casas de mi morada enfrente de la parroquia de San Ginés que fueron de mis padres de las que gozo y tengo libertad perpetua de huésped de aposento y de que me hizo merced Su Majestad don Felipe IV, nuestro Señor que Dios guarde con fecha de nueve de enero de 1625»<sup>1287</sup>.*

Quiso doña María ser enterrada en la bóveda de la capilla del convento de la Anunciación de monjas franciscanas, conocido como “Nuestra Señora de Constantinopla”, en el que habían profesado sus hijas Juana, Petronila e Isabel. Sus testamentarios fueron sus hijos juristas Lorenzo y Alonso<sup>1288</sup>.

En 1635 don Lorenzo recibió la merced de una encomienda de mil pesos ensayados en renta por sus servicios en el Consejo de Indias<sup>1289</sup>. La encomienda estaba situada en Nueva España, y no tenía obligación de residencia<sup>1290</sup>. La economía del

---

<sup>1286</sup> Archivo Parroquial de San Ginés, Libro V de Defunciones, fol. 255.

<sup>1287</sup> AHPM, prot. n.º 6.280, fol. 409. Testamento de Lorenzo Ramírez de Prado.

<sup>1288</sup> AHN, sec. Clero, Lib. 7.449. En 1479 Pedro Zapata, caballero de la Orden de Santiago, comendador de Medina de las Torres, y su mujer Catalina Manuel de Lando, fundaron un convento de monjas franciscanas en la localidad madrileña de Rejas, a tres leguas de Madrid, conocido como Monasterio de la Salutación, pero por ser los fundadores vecinos de Madrid, y por la estrechez de la casa, y con la autorización del papa Julio III, en el siglo XVI las monjas se trasladaron a la Villa. El convento ocupó un solar en la calle de la Almudena y formó parte de los edificios que ennoblecieron el núcleo entre la calle Mayor y Nuestra Señora de la Almudena. Desde 1551 se le conoció como de Nuestra Señora de Constantinopla, por venerarse en el altar mayor una pintura de la Virgen que trajo desde Nápoles una devota, Jerónima Luján, que tomó el hábito de las clarisas. La modestia de la primitiva fundación cambió en el siglo XVII, cuando la comunidad de monjas franciscanas emprendió la construcción de un nuevo edificio con traza de Juan Gómez de Mora. En el siglo XIX, tras la desamortización que sufrió la Iglesia, el convento fue derribado, momento en el que las monjas se trasladaron al de la Concepción francisca.

<sup>1289</sup> GARCÍA GUERRA, E. M.<sup>a</sup>: *Las acuñaciones de moneda de vellón durante el reinado de Felipe III*, ed. Arco, Madrid, 2000. El peso ensayado era una moneda castellana de plata, con el peso de una onza, equivalente a ocho reales de plata.

<sup>1290</sup> AVOTM, leg. 421/44. El poseer una encomienda era un privilegio vitalicio, era un señorío eclesiástico que disfrutaba de unas rentas. A partir del siglo XVII el procedimiento de transmisión fue de “goce de frutos

caballero era saneada y crecida, pues contaba con una renta fija anual importante (superior a los 5.000 ducados anuales), y se había ennoblecido con la concesión de un hábito de la Orden Militar de Santiago. Sin embargo, todavía esperaba otras distinciones, porque al decir de algunos autores su ambición no se menguaba. En 1637, a propósito de don Lorenzo Ramírez de Prado, corrió el rumor de que:

*“A punto estuvo de ser purpurado al negarse el Papa a hacer cardenal al sujeto propuesto por el Rey, que es sobrino de Sixto V; se ha resuelto nombrar por cardenal al señor don Lorenzo Ramírez de Prado, del Consejo de Indias, aunque no se sabe si la cosa es cierta”*<sup>1291</sup>.

No sabemos que hubo de cierto en ello, pero si no cardenal, en 1638 se le nombraba oficial del Santo Oficio<sup>1292</sup>, y se cree que fue en ese año, aunque en ese punto no existe seguridad, cuando don Lorenzo Ramírez de Prado ingresó en la Venerable Tercera Orden de San Francisco de Madrid, siendo ministro de la VOT don Pedro de Herrera y coadjutor don Andrés de Prado<sup>1293</sup>.

### **2. 3. Estrategias de movilidad o ¿amor?**

Era bastante común entre los consejeros el contraer matrimonio a edad avanzada, y en ese sentido don Lorenzo no fue una excepción, hasta 1639 no se le conocen ni relaciones formales, ni hijos ilegítimos<sup>1294</sup>. En ese año, Ramírez de Prado consideró que había llegado el momento de contraer matrimonio y dar el paso a un nuevo estado, que podía ser una senda abierta para acceder a una escala social superior

Ya se ha hablado de que la relación con su futura esposa motivó cierto escándalo y muchas habladurías en la Villa y Corte, por el rancio abolengo de la novia emparentada con las principales casas nobles. Esa relación que en principio pudo llevarse en secreto salió a la luz pública el 17 de mayo de 1639, con los comentarios que Pellicer lanzó en los “Avisos” del *Semanario Erudito*.

---

y rentas” para los herederos de los comendadores, fueran esposa o hijos. RUÍZ RODRÍGUEZ, J. I., op. cit., p. 37.

<sup>1291</sup> PÉREZ PASTOR, J.: *Apuntamientos de sucesos de 1636 y 1637*, fol. 166, 17 de octubre de 1637.

<sup>1292</sup> AHN, sec. Inq., Lib. 1.196. Registro de provisiones y certificaciones, fols. 21, 22, 23 y 35.

<sup>1293</sup> AVOTM, C. 1, Lib. II, fols. 186 y 226v. Cuando en 1640 Pedro de Herrera es sustituido como hermano ministro por Juan Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, en las mismas elecciones, Ramírez de Prado entró a formar parte del gobierno de la VOT como miembro del Discretorio.

<sup>1294</sup> PELORSON, J. M., op. cit., p. 289.

De cómo se concertó la unión o quién pudo tomar parte en ella no tenemos noticia. Los Ramírez de Prado siempre tuvieron a gala ser vasallos de la Casa de FERIA, y doña Lorenza estaba unida por parentesco a Ana Fernández de Córdoba, la Duquesa, esposa de Pedro Antonio de Aragón. ¿Medió esa dama entre ambos conociendo la soledad de la entonces ya viuda? Es sólo una hipótesis, pero lo cierto es que el enlace no satisfizo en absoluto a la familia más cercana a doña Lorenza<sup>1295</sup>.

El noviazgo y el posterior matrimonio atravesaron por graves problemas familiares debido al rechazo de los Cárdenas, a pesar de la excelente posición que el consejero Ramírez se había labrado en la Corte. Quizá el que la familia de la desposada no aceptase la unión provenía por la antigua culpa del padre del novio, recordada todavía por algunos, a la que habría que añadir sus, para otros evidentes, orígenes conversos, sin olvidar que la mentalidad de la época exigía igualdad social entre los contrayentes. Pedro de Luxán en el siglo anterior, a través de sus personajes Eulalia y Dorotea, había presentado el perfil de la mujer casada y de lo que se entendía como modelo de matrimonio: “*el matrimonio ha de ser entre iguales tanto en los bienes de fortuna como de natura*”<sup>1296</sup>. El pensamiento que imperaba socialmente era que: “*con la proporción entre los cónyuges se llegaba a la felicidad, y la desigualdad solo podía acarrear contradicción y discordia*”<sup>1297</sup>.

Y en verdad que entre Lorenzo Ramírez de Prado y Lorenza de Cárdenas y Manrique había desproporción en la sangre, en el linaje, en la hacienda y también en la edad; el consejero contaba más de cincuenta y cinco años y la novia apenas llegaba a los treinta y tres. Aunque esto último carecía de importancia para los Cárdenas y Valda, puesto que el primer esposo de doña Lorenza le había doblado en años. El linaje de los Cárdenas, unas veces a cuenta de los enlaces y otras por los servicios prestados a la Corona, se había ennoblecido más y más, por lo que a don Diego de Cárdenas, conde de la

---

<sup>1295</sup>En 1475 se estableció una alianza entre Gomes de Figueroa IV, conde de FERIA, representante real en Extremadura, y varios caballeros, entre ellos, Alonso de Cárdenas, comendador mayor de la provincia de León. Todos apoyaron a la princesa Isabel y combatieron en contra de las tropas portuguesas que ayudaban a doña Juana. En 1477, don Alonso ocupó la zona más rica de Extremadura, y en ese mismo año los Reyes renunciaban a la administración de la Orden de Santiago, y Cárdenas era elegido como su maestre. RAH, ms. 97.247. Cuando murió don Alonso en 1493, los Reyes suprimieron el maestrazgo y fueron ellos los administradores de la Orden. En 1504 García de Figueroa, perteneciente a la familia de los FERIA, se casó con Juana, una de las hijas del fallecido maestre. Por esa razón doña Lorenza estaba entroncada con los FERIA y, a su vez, por nacimiento, don Lorenzo se declaraba vasallo de la casa de FERIA.

<sup>1296</sup>LUXAN, P.: *Coloquios matrimoniales del licenciado Pedro de Luján*, anejo XLVIII del Boletín de la Real Academia Española, Madrid, 1990, pp. 39 y ss.

<sup>1297</sup>HERNÁNDEZ, M.: *A la sombra de la Corona, Poder local y oligarquía urbana, Madrid, 1606-180*, ed. Siglo XXI, 1995.

Puebla del Maestre, marqués de los Bacares y de Maqueda, la unión de su tía con Ramírez de Prado le pareció una afrenta.

En el seno de una sociedad de órdenes, que Fayard llama de castas porque excluye a una parte de sus miembros por razón de raza o religión<sup>1298</sup>, en donde la honra, la reputación y la cuna juegan un papel decisivo a la hora de contraer matrimonio, la familia de la novia se opuso con firmeza al enlace; la diferencia de clase era notoria y a Ramírez de Prado se le consideraba un arribista. Por ese motivo, en ninguno de los actos previos al matrimonio, y ni siquiera en éste, estuvo presente la familia de doña Lorenza, manifestando su total desacuerdo con su ausencia. Para muchos contemporáneos de la pareja, don Lorenzo, un letrado distinguido, pero no noble, con la unión lograba su deseo de emparentar con la nobleza, sin embargo, para otros como Nicolás Antonio, el matrimonio se celebró por verdadero amor<sup>1299</sup>.

Doña Lorenza había encontrado, en edad madura, el afecto y la comprensión que siempre se le había negado. Esa unión tardía se centró en su núcleo familiar conyugal, marido-mujer, pues ambos rompieron lazos familiares ya prácticamente inexistentes con sus parientes de sangre sin que ello significase aislarse socialmente, pues don Lorenzo era persona de alta consideración en la Corte, y su esposa, aunque muy entregada a la vida piadosa, siempre mantuvo relaciones de amistad con parte de la alta nobleza madrileña.

Con el transcurso del tiempo, los autores coetáneos que mencionan el matrimonio de estos personajes se muestran de acuerdo en la perfecta armonía que reinó entre ellos<sup>1300</sup>. Nicolás Antonio, en una época en la que una de las cualidades más ensalzadas en la mujer por los tratadistas fue la ignorancia “*porque Dios no quiere que las mujeres sean bachilleras ni tenidas por doctas*”<sup>1301</sup>, no dudó en calificar a esta señora como “*lectissima ac nobilísima faemina*”, lo que sin duda contribuyó a crear un clima de buen entendimiento entre los esposos<sup>1302</sup>.

---

<sup>1298</sup>FAYARD, J., op. cit., p. 548.

<sup>1299</sup>ANTONIO, N.: *Biblioteca Hispana Nova*, t. II, Madrid, 1788, p. 8.

<sup>1300</sup>ENTRAMBASAGUAS, J., *Una familia de...*, pp. 52 y ss.

<sup>1301</sup>ASTETE, J.: *Tratado del gobierno de la familia y estado de las viudas y doncellas*, Burgos, 1603, y ARBIOL, A.: *La familia regulada...* Se consideraba peligroso que la mujer supiese leer y escribir, porque, según se decía, el acceso a la lectura podía complicar su escaso entendimiento.

<sup>1302</sup>Fueron muchas las mujeres que destacan por su instrucción en el siglo XVII, véanse los casos de Sor Juana Inés de la Cruz o de María de Zayas. Aún así, en general, se respira desconfianza hacia la cultura femenina y a la mujer se le restringe su acceso a ella. Es importante y llama la atención que a pesar de los inconvenientes destaquen determinadas personas. Más información en MAIO, R., op. cit., cap. VIII, Madrid, 1988.

## 2. 4. *El matrimonio con Lorenza de Cárdenas: conciertos económicos, dotes y arras*

Aún con los inconvenientes que rodearon el enlace, motivados por la desproporción de cuna entre los cónyuges<sup>1303</sup>, los proyectos matrimoniales de la pareja siguieron adelante, y en septiembre de 1639 se solicitaba del Consejo Supremo de la Inquisición que se iniciasen las “*pruebas necesarias de la novia para mujer de oficial*”. Dichas pesquisas estaban dirigidas a garantizar la pureza de sangre de las futuras esposas, y para muchas familias, como en la época el prestigio regía la vida de los españoles, las probanzas, lejos de ser un obstáculo, se convertían en un vehículo para enaltecer la importancia del grupo familiar, entendido como linaje.

Aunque el proceso de la probanza se basaba en pruebas orales, en el seno de una sociedad jerarquizada, el honor se podía demostrar por otros medios, los llamados actos positivos, que constituían una prueba irrefutable para manifestar la estirpe de cristiano viejo. En las informaciones se presentaban las genealogías de los ascendientes más directos: padres, abuelos y hermanos, y se integraban acciones llevadas a cabo por la parentela; la verificación se hacía a través de documentos. Las genealogías familiares de doña Lorenza estaban repletas de actos positivos, de sobra era conocida la hidalguía de su linaje<sup>1304</sup>.

Doña Lorenza presentó por parte paterna las probanzas de actos positivos de tres de sus hermanastros, caballeros con hábito de órdenes militares: primero de don Lorenzo de Cárdenas y Valda<sup>1305</sup>, caballero de la Orden de Calatrava y conde de la Puebla del Maestre, mayordomo de Su Majestad, del Consejo de Estado y Guerra, y presidente del de Indias; después, de don Diego, caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de Guerra, capitán general del reino de Portugal; y, por último, de don Fernando, también de la Orden de Santiago, castellano de la plaza de Alejandro de la Palla<sup>1306</sup>. Por la parte materna, los actos que se mostraron fueron de sus abuelos, tíos y primos.

Aunque se le ofrecieron al tribunal las informaciones positivas de otros muchos familiares de la futura desposada, entre ellos, el conde de Montalbán, el marqués de

---

<sup>1303</sup> ABREU DE MELO, F.: *Carta de guía de casados*, pp. 67 y 167. El autor insiste en que ha de haber proporción en la sangre, en la hacienda y, a poder ser, en las edades, porque “la desigualdad, la desproporción, trae contradicción y ésta, discordia”.

<sup>1304</sup> Los actos positivos se podían ganar en los tribunales de calificación de la Inquisición de la Orden de San Juan, de los colegios Mayores de Salamanca, Alcalá y Valladolid, de la Iglesia de Toledo y del Tribunal de Órdenes. POSTIGO CASTELLANOS, E., op. cit.

<sup>1305</sup> AHN, sec. Inq. Lib. 497, fols. 305-306.

<sup>1306</sup> *Ibidem*, caja 2, exp. 1.515, 3. El expediente de pruebas de Lorenzo Ramírez de Prado es del año 1625, y el de su esposa de 1639.

Castrofuerte, el conde de Miranda, Luis de Peralta y Cárdenas, Antonio de Sotomayor, etc., no se juzgó necesario proseguir con más averiguaciones<sup>1307</sup>. El parecer general del tribunal fue que la pureza del linaje de la dama estaba asegurado, le sobraba honor y nobleza<sup>1308</sup>. El 9 de septiembre de 1639 se daba conformidad para que se celebrase el matrimonio.

El sacramento del matrimonio llevaba consigo una serie de pasos y requisitos cuyas violaciones podían ser motivo de nulidad ante los tribunales, su validez estaba ligada a la presencia de los testigos y del sacerdote, y a su inscripción en el registro parroquial. El ritual comenzaba con la ceremonia de esponsales o matrimonio por palabras, una promesa que se hacía entre los futuros esposos en presencia de la familia. Se definía como promesa verdadera, mutua, voluntaria y deliberada<sup>1309</sup>. La palabra otorgada ante testigos tenía carácter vinculante y sólo podrían disolverse los esponsales de mutuo acuerdo o por la entrada en religión de uno de los contrayentes<sup>1310</sup>.

Los siguientes pasos eran la petición de mano y el contrato matrimonial ante el escribano. Tras ese concierto, se redactaba una escritura de dote y arras y se hacían públicas las proclamas o monicios. Durante tres días de fiesta consecutivos se dictaban tres bandos con los nombres y apellidos de los contrayentes para que se manifestase, si existían causas que impidiesen efectuar el enlace. De no hacer las amonestaciones, el matrimonio se consideraba ilícito. Pasado ese tiempo, el cura párroco procedía a celebrar el matrimonio “*in facie ecclesiae*”. Tras la misa, los novios recibían la bendición y

---

<sup>1307</sup>Ibíd., sec. Inq., Lib. 497, fols. 305-306. “Información de doña Lorenza de Cárdenas y Valda, hecha por los actos positivos para mujer de oficial”. En 1623, tras las reformas llevados a cabo por Felipe IV, se dictó una “Pragmática de Actos positivos”, por la que recibieron carta de naturaleza jurídica dichos actos, que deberían ser mencionados en las informaciones. Cuando en una familia se calificaba su ascendencia por tres veces, se consideraba causa juzgada y con sentencia firme. De esa manera, primaba el linaje y la sangre sobre la calidad del individuo, un premio y un triunfo para los grupos familiares. Además de los ya expuestos Lorenza de Cárdenas presentó los actos positivos de otros familiares: su primo hermano Álvaro de Mendoza, hijo de Antonio Gómez Manrique y Mendoza y de Ana María Manrique Orense, condes de Castrogeriz; su sobrino don Álvaro de Mendoza, conde de Castrofuerte; su prima Magdalena de Rojas, hermana del marqués de Denia; sus abuelos Francisco Orense y Manrique, señor de las villas de Amaya, Peones, y Melgar, mayordomo de la Serenísima Infanta, doña Catalina Micaela, duquesa de Saboya, y alférez mayor y regidor perpetuo de la ciudad de Burgos, y doña Isabel de Bernuy; sus tíos Diego de Bernuy y Mendoza, mariscal de Alcalá y señor de Benamejé, y María de Quesada hija de Diego Hurtado de Mendoza, príncipe de Melitto y duque de Francavilla; su primo hermano Jaime Manrique Orense de Millán, marqués de Albaiza. Cuando se hicieron estas informaciones, don Jaime era quien gozaba y poseía las casas de los dichos Orenses

<sup>1308</sup>FAYARD, J., op. cit., p. 195. La Pragmática sobre los actos positivos fue aprobada por Felipe IV en 1623, sin embargo, hubo instituciones que no la aceptaban y sólo se fiaban de sus propias averiguaciones.

<sup>1309</sup>TESTÓN NUÑEZ, I.: *Amor, sexo y matrimonio en Extremadura*, Badajoz, 1985, p. 24.

<sup>1310</sup>GARCÍA GONZÁLEZ, J.: «El incumplimiento de las promesas de matrimonio en la Historia del Derecho Español», en *Anuario de Historia del Derecho Español*, t. XXIII, Madrid, 1953, pp. 638-639.

comulgaban; las velaciones concluían el proceso matrimonial, una ceremonia en la que los desposados se cubrían con un velo y en la que se efectuaba una misa conmemorativa. Hasta que no se realizaban las velaciones los esposos no cohabitaban. Los futuros contrayentes cumplieron con todos los requisitos exigidos.

Janine Fayard explica en su obra sobre los consejeros de Castilla que las arras y las dotes podían mostrar la igualdad o la desigualdad de riqueza entre los esposos. En el caso de Ramírez de Prado y Lorenza de Cárdenas, ambos se complementaron, cada uno aportó lo que poseía, el novio fortuna y la novia nombre y linaje. Se estableció de esa forma una compensación entre la necesidad económica y la honorífica y se combinaron honor y hacienda<sup>1311</sup>.

La dotación que don Lorenzo llevó al enlace se acomodaba a su riqueza, pero en las capitulaciones no se hace mención alguna a la aportación económica de la desposada, lo que indica lo escaso de su patrimonio cuando se dispone a contraer su segundo matrimonio. Es más, en una de las largas misivas, casi un testamento que redactara en sus últimos años, en la que justifica sus donaciones a instituciones de caridad y concretamente a la VOT de Madrid, doña Lorenza señala que lo único que recibió de su familia a lo largo de su vida, fue algunas de las muchas alhajas que su difunta madre llevó al matrimonio y, por lo tanto, le correspondían. La dote de su progenitora había entrado a formar parte del mayorazgo de la Puebla del Maestre, y las dificultades económicas por las que atravesaba la familia cuando contrajo su primer matrimonio con Francisco Orense, su tío, impidieron que se le entregase siquiera la legítima.

La confesión de la señora nos hace suponer que si en su primer enlace, al que se vio forzada, pero en el que contaba con el beneplácito familiar, no aportó ninguna dote, por las condiciones de soledad en las que se celebró el segundo, menos pudo hacerlo.

El 15 de septiembre de 1639 el magíster Alonso de Sanusares Alba, vecino del monasterio y parroquia de San Martín, predicador de Su Majestad y calificador de la Suprema, certificaba:

---

<sup>1311</sup>GRAS, J. de: *Ramillete cristiano urbano y político*, Madrid, 1661, p. 544. Según el autor, la desigualdad de años o de calidad suponía arrojito y no dejaba de ser un capricho que sería después causa de innumerables desdichas. En el caso de los Ramírez de Prado esa desigualdad no fue motivo de conflictos de pareja, incluso en el plan económico parece ser que la señora mejoró notablemente, puesto que los letrados que conseguían ascender a las esferas administrativas tenían de hecho, junto con sus allegados, las necesidades cubiertas el resto de sus días, ya que obtenían de la Corona salarios y distintas mercedes.

*«Se celebraron las capitulaciones de los esponsales de Don Lorenzo Ramírez de Prado y de Doña Lorenza de Cárdenas, viuda, en la parroquia de San Martín, ante el notario Antonio Montero y los testigos fueron Don Alonso Pérez de Guzmán, Capellán Mayor de Su Majestad y Patriarca de las Indias, el excelentísimo señor Don Rodrigo Sarmiento y Don Jerónimo de Palacio, arcediano de la Santa Iglesia de Badajoz y capellán de Su Majestad»<sup>1312</sup>.*

El 9 de octubre el doctor José de Argáez, párroco de San Ginés, impartió a los contrayentes las bendiciones nupciales

*«Certifico yo el párroco Don José de Agraes cura propio de San Ginés y San Luis quien el nueve de octubre de este presente año de mil seiscientos y treinta y nueve di las vendiciones nupciales a los susodichos señores, Don Lorenzo Ramírez de Prado, consejero en el Real de Indias y Cruzada y a la Señora. Doña Lorenza de Cárdenas. Los quales vendiciones recibieron en el oratorio de su misma casa con licencia de don Diego de Castejón, Gobernador de este Arzobispado de Toledo y fueron testigos, Francisco Lancha, sacristán de, Julio Valay y Pedro Marquina y lo firma en mi nombre, mes y año. Joseph de Argaez»<sup>1313</sup>.*

*«En virtud de un mandamiento del señor Vicario, el licenciado don Lorenzo Iturre Gazna y Antonio Montero, notario, pasa por palabras del presente y haber verdadero y legítimo matrimonio conforme al Santo Concilio, de Don Lorenzo Ramírez de Prado de los Consejos Reales de Su Majestad en el de Indias y Caballero de la Orden de Santiago, con la señora doña Lorenza de Cárdenas y Valda, junto con testigos, los ilustres Don Alonso Pérez de Guzmán, Capellán mayor de Su Majestad y Patriarca de las Indias, el Excelentísimo Don Rodrigo Sarmiento, Don Jerónimo de Palacio arcediano de la Santa Iglesia de Badajoz y capellán de Su Majestad y por verdad la firmo». Alonso de Guzmán<sup>1314</sup>. Velados en la parroquia de San Martín.*

Según Nicolás Antonio, la noticia, aunque era de dominio público, se dio a conocer de la siguiente forma:

*«Lorenzo Ramírez de Prado y Lorenza de Cárdenas pasaron a contraer matrimonio el 9 de octubre de 1639. El acto se celebró en el oratorio de la casa particular de don Lorenzo, con la licencia del arzobispo de Toledo y lo celebró el párroco don José Argaez. El desposorio tuvo lugar en la parroquia de San Martín cercana al domicilio y como se puede suponer dada la intimidad del matrimonio no acudió ningún miembro de la familia de doña Lorenza».*

---

<sup>1312</sup>AHN, sec. Inq., caja 2, leg. 1.515/3. El sacramento del matrimonio en el siglo XVII suponía una ceremonia doble. Primero se celebraba el desposorio o promesa de matrimonio y después, la velación. Las velaciones se recibían en las fechas que marcaba el calendario litúrgico. No podían celebrarse en Adviento, había que esperar al seis de enero, ni durante la Cuaresma, se respetaba desde el miércoles de ceniza hasta el domingo de Cuasimodo o de Resurrección. Según R. Mousnier, en *“La stratificación sociale á Paris aux XVII et XVIII siecles”*, París, 1976, p. 41, los testigos en un matrimonio representaban un grupo social que exponían relaciones de familia, de alianzas, de fidelidades o de protecciones.

<sup>1313</sup>Archivo de San Ginés, Lib. VI de Matrimonios, fol. 65v.

<sup>1314</sup>Archivo Diocesano de Madrid, Lib. VI de Matrimonios, 1638-1643.



## 2. 5. Matrimonio y fortuna patrimonial

Durante los primeros años de matrimonio, Ramírez de Prado prosiguió con su carrera, que culminó en 1645, cuando a los sesenta y dos años pasó a ocupar el cargo de oidor en el Consejo de Castilla<sup>1315</sup>. Unos meses antes, el 26 de abril de 1644, se habían publicado noticias sobre ese asunto:

*«El Consejo de Indias sufrió mudanza, resolviéndose que hubiese en él un consejo de Cámara, firmado por el Sr. Conde de Castrillo, don Pablo Arias y don Jerónimo de Villanueva. Su Majestad dice que se consulten otras dos plazas de Cámara y para que no se sintieran agraviados otros personajes que no fuesen nombrados y que pertenecen al consejo de Indias se ordena que jubilen a don Juan de Solórzano; a don Lorenzo Ramírez de Prado le mandan sirva su plaza en el de Castilla y a don Francisco Zapata, hijo del conde de Barajas le envíen a una visita a Italia»<sup>1316</sup>.*

Para un letrado, llegar a ser miembro del Consejo por excelencia, en el que todos sus integrantes habían pasado por la Universidad, el órgano jurisdiccional supremo, y cumbre de la pirámide jerárquica de la administración, era cerrar con broche de oro una larga vida, dedicada al servicio de la Monarquía<sup>1317</sup>. Pero a don Lorenzo aún le restaba recibir otros honores y mercedes: en 1650 recibía una encomienda de 1.500 pesos ensayados en una de las tres órdenes militares, sin que tuviese que vestir ese hábito; la encomienda era en Castilla, por su vida y por la de su esposa.

En las esquelas publicadas en 1650 con motivo del recibimiento y entrada en Madrid de la reina María-Ana de Austria, segunda esposa de Felipe IV, de nuevo se nos dan noticias de don Lorenzo<sup>1318</sup>:

*«La muy noble y Leal Coronada Villa de Madrid con el zelo, i Desvelo que siempre se exercita en el Servicio de su Majestad, i satisface a sus Antiguas i Reconocidas Obligaciones, tenia ya nombrados Comisarios, para diferentes funciones, de que avian de componerse todos sus aparatos, siendo Superintendente i Protector para todas ellas Don Lorenzo Ramírez de Prado, (que los penso, discurrio i dispuso sus execuciones), Caballero de la Orden de Santiago del Consejo de Su Majestad y de la Santa Cruzada»<sup>1319</sup>.*

---

<sup>1315</sup>El Consejo de Castilla era el principal centro de poder de la estructura de gobierno de la Monarquía Hispánica durante la Edad Moderna. Lo asistían dieciséis consejeros y a su cargo estaban las funciones jurisdiccionales. Era la última instancia en el que se veían los pleitos.

<sup>1316</sup>VALLADARES DE SOTOMAYOR, L.: *Semanario Erudito*, t., XXXIII, año MDCCXC, p. 168.

<sup>1317</sup>ESCUDERO, J. A.: *El consejero de Castilla en una sociedad de honor*, Madrid, 1976, p. 251.

<sup>1318</sup>AVOTM, leg. 421/44.

<sup>1319</sup>SÁNCHEZ ALONSO, M. C.: *Impresos de los siglos XVI-XVII de temática madrileña*, CSIC, Madrid, 1981, p. 278.

El Rey quiso que el recibimiento y las fiestas en honor de su esposa estuviesen revestidas de grandeza y brillantez, y don Lorenzo conocido en la Corte por su exquisito gusto se desvivió por agradar al Monarca<sup>1320</sup>. El camino que iba a seguir la comitiva debía transformarse en una serie de representaciones simbólicas sobre la gloria de la Casa de Austria y el Imperio. Con ese fin se creó una Junta presidida por don Lorenzo, y bajo su dirección se levantaron cuatro arcos triunfales. Madrid contribuyó a los gastos con ochenta mil ducados, el Consejo de Castilla con cien mil, también los gremios aportaron una cantidad importante<sup>1321</sup>.

Era tal el lujo que se desplegó en el acto, que sólo el costo de las telas con las que se confeccionaron las libreas de los pajes que acompañaron a la Reina en la comitiva y que se tejieron expresamente en Sevilla con oro de Milán y plata, supusieron más de cuarenta mil ducados; un gasto excesivo por la evidente falta de posibles en toda España. Esos tejidos junto con el resto de paños habían sido expresamente pedidos a Holanda y a Francia. Para don Lorenzo, y siguiendo sus propias palabras, la carestía de los productos, los regateos con los mercaderes y la falta de recursos y crédito *“cada real fue como gotas de sangre y también para mí que lo busqué”*.

Aunque en octubre ya estaba todo listo, la Reina no llegó hasta noviembre, Gaspar Núñez de Arce, cronista real, finalizados los actos comentaba: *“(…) fue un éxito la preparación de adornos y festejos que encomendó el rey al consejero Don Lorenzo Ramírez de Prado, a quien loaron por sus aciertos en los fastos conmemorativos de aquellos regocijos”*<sup>1322</sup>.

Todavía el nombre de Ramírez de Prado siguió estando presente en la Corte, el 21 de junio de 1656 una gacetilla señalaba:

*«La víspera del Corpus fue Su Majestad de rebozo a ver un balcón en las calles de la Villa, donde la Reina había de asistir a la procesión. Mandó a don*

---

<sup>1320</sup>El recorrido por el que discurrió el séquito de María Ana de Austria fue el mismo que el de la anterior Reina de ese nombre, cuarta esposa de Felipe II: Carrera de San Jerónimo, Plaza de la Sal, calle Mayor, Platerías, Almudena, Plaza de Santa María y Plaza del Nuncio. Durante el recorrido hubo tres paradas: la primera frente a San Jerónimo, para ser recibida por la nobleza y los consejos; la segunda frente al convento del Espíritu Santo, donde esperaba la Villa; y la tercera en la Plaza de Santa María, allí, previo al solemne Te Deum, la recibió el Cabildo.

<sup>1321</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI.

<sup>1322</sup>En carta escrita por don Lorenzo al válido don Luis de Haro, con fecha del 15 de noviembre de 1649, se exponen las diligencias que se han seguido con los empleados del Concejo, su trabajo, y las dificultades que se le han presentado para proveerse de todo lo necesario. MESONERO ROMANOS, R.: *El Antiguo Madrid*, Madrid, 1831, pp. 313-314.

*Lorenzo Ramírez soltase a todos los presos que había en ella sin part [...], que fueron más de setenta personas...*<sup>1323</sup>.

*«Viernes 3 de mayo de 1658, en Aranjuez vino del campo el Rey con un dolor en un lado, vómitos y alguna calenturilla, así por el rigor del frío que allí hace, de que todos se quejan, como por habérsele minorado el achaque de sangre de espaldas que tiene. Fue el Valido el día siguiente muy de mañana y don Lorenzo Ramírez de Prado salió del Consejo a decirle al conde de la Puebla fuese a persuadir a Su Majestad que se volviese a Madrid en estando para ello. Dicese que con tres gaitas que le han hecho está mejor. Dios le guarde»*<sup>1324</sup>.

#### **a) La casa familiar en la calle de Bordadores**

El matrimonio Ramírez de Prado siempre residió en la casa de la calle de Bordadores, esquina a la del Arenal, en el centro de la Villa y Corte y muy próxima a Palacio. Estaba frente a la parroquia de San Ginés, un templo de origen mozárabe, igual que el de San Martín, que databa del siglo XIV<sup>1325</sup>. En San Ginés se veneraba el famoso Cristo de ese nombre, y en su bóveda se reunían los devotos durante las noches cuaresmales para meditar, disciplinarse y hacer oración<sup>1326</sup>. Ya hemos dicho que la mansión en la que habitaba el licenciado era una casa principal adquirida por el viejo don Alonso Ramírez de Prado cuando estaba a las órdenes de Pedro Franqueza. El edificio disponía de varias plantas, pues don Lorenzo la había ampliado añadiendo a la primitiva varias casas colindantes, cuando la liberó del gravamen de aposento, antes de celebrarse su matrimonio con la señora Cárdenas y labrando sobre estas varias habitaciones: “(...) edificué una pieza grande y alta al lado de la grande que se hizo primero y otra debajo de ella que se edificó el año pasado de 1656 y todo cae a la calle del Arenal por donde se va a los caños del Sol”<sup>1327</sup>.

La mansión disponía de entresuelo o bajo principal, un piso superior y desván. En su interior se contaban más de quince dependencias; la planta alta se ordenaba en función de varias estancias, todas respondían al ideal de una vivienda noble; el llamado estrado, era el dormitorio principal del matrimonio, seguido de un gabinete, ambas dependencias

<sup>1323</sup>BARRIONUEVO, J., op. cit., 1996, p. 153

<sup>1324</sup>Ibídem, p. 88.

<sup>1325</sup>“El barrio de San Ginés estaba habitado por gente principal del estamento más elevado como el consejero de Castilla Ramírez de Prado [...]”, ALCALÁ ZAMORA, J. y BELENGUER, E. (cords.), op. cit., t. II, p. 84.

<sup>1326</sup>En 1642 la capilla mayor sufrió un grave percance y hubo que reedificarla de nuevo, para ello se tuvo que derribar toda la iglesia; la fábrica se concluyó en tres años, inaugurándose en 1645. La nueva planta de San Ginés se levantó gracias a la generosidad de un devoto y rico parroquiano llamado Diego de San Juan, que gastó en la obra más de sesenta mil ducados. VALLADARES DE SOTOMAYOR, A., op. cit.

<sup>1327</sup>AHPM, prot. n.º 13.256, fol. 9. Testamento de Lorenzo Ramírez de Prado.

constituían la zona más íntima de los señores de la casa; las siguientes habitaciones se denominaban cuarto segundo, tercero y cuarto del estrado, y eran respectivamente sala de estar, estudio de trabajo y comedor. Esa zona, como el resto de la principal, estaba cubierta por alfombras y tapices por ser el lugar en el que transcurría la vida social de los propietarios. Un elemento de distinción y que mostraba la categoría de una casa era que gozase de una capilla u oratorio privado, lugar de reposo espiritual en donde se celebraban los oficios religiosos, y en el que doña Lorenza guardó sus tesoros religiosos más preciados: imágenes y relicarios.

Importante por la actividad de Ramírez de Prado fue el lugar dedicado al estudio, su lugar de trabajo y lectura. En esa estancia, lo mismo que en la gran biblioteca, se adosaban a los muros estanterías que soportaban el peso de los libros. En los cuartos del interior que se abrían alrededor de un patio o jardín con plantas, reposaban arcones, arcas y baúles con refuerzos y herrajes de hierro para guardar los ajuares de la casa. En la planta baja, el portal, el recibidor, el patio, la cocina, la recocina y la despensa. No faltaba tampoco un espacio reservado como cochera y cuadra para los animales de tiro, un lujo restringido a una minoría.

Don Lorenzo era poseedor de una gran fortuna y de buenas rentas, por lo que su casa era un acopio de ostentación: bellos muebles, escritorios flamencos y alemanes, arcas de caoba, camas con dosel, colgaduras de terciopelo y seda, tapices flamencos inspirados en historia clásica, mitología y alegorías<sup>1328</sup>, oratorio privado, cocheras, biblioteca, pinturas de firma... Si por la lectura de su testamento nos es posible conocer, aunque sólo en parte, lo que fue la vida de este letrado, por el de su esposa y por la documentación que generan sus donaciones a la VOT sabemos que distribuidas por la casa había numerosos objetos de plata labrada, escupideras, cubiertos, fuentes de porcelana y de cristal finísimo adornadas con exquisitos esmaltes; vajillas, jarrones, cajas de marfil, etc. Algunas de las piezas eran verdaderas joyas que doña Lorenza, casi en su totalidad, donaría después a la VOT.

En lugar poco visible, doña Lorenza guardaba las alhajas recibidas por herencia materna y las que su esposo, don Lorenzo, le había regalado mientras duró el enlace. El matrimonio y su espléndida casa estaban atendidos por varios servidores, más dos o tres

---

<sup>1328</sup>En España no hubo manufactura importante de tapices finos hasta la fundación de la Real Fábrica de Madrid en el reinado de Felipe V, por lo tanto, cuando se trataba de piezas de calidad eran originarias de Flandes. La ausencia de fábricas se debió en parte al respeto que mantuvieron los Austrias hacia las producciones de los distintos territorios que formaron la Monarquía Hispánica

personas de la entera confianza de Ramírez de Prado, como un tal Juan García y dos esclavos. A ninguno de estos sirvientes olvidaría el consejero a la hora de testar<sup>1329</sup>.

Fue don Lorenzo un amante del arte en general y, en particular, de la pintura. Algunos autores incluso le consideraban un coleccionista. Entre sus propiedades contaba con un Tiziano, dos Grecos, un Bosco, un Julio Romano y otras obras de renombrados autores, algunos de la escuela castellana<sup>1330</sup>. En 1648 Juan Bautista Cotera, pintor de Su Majestad, entregaba a don Lorenzo un recibo en el que constaba la relación de las *“piezas que le había aderezado y del precio que había supuesto ese encargo”*<sup>1331</sup>. Primero hacía mención al trabajo realizado en un gran cuadro que representaba a una diosa, y explicaba que para la restauración del marco y letreros había empleado oro molido; continuaba con una pintura de San Lorenzo, *“por cierto muy maltratado”*, y después, con un retrato del Ticiano que *“venía abierto”*, al que además doró su marco. Entre los cuadros restaurados se encontraban también un retrato de la princesa doña Juana, tía del rey Felipe IV, otro de Lope de Vega, otro de Antonio Pérez y otro de Santa Susana. El total del trabajo ascendía a 1.692 reales *“que bajados de esa cantidad los 400 reales que su señoría me dio al comienzo de mi trabajo, quedan 1.292 reales, que me han sido pagados en diferentes partidas”*<sup>1332</sup>.

Para los que gozaban de posición social y fortuna personal parecía un ejercicio obligado el patrocinio, sobre todo en el ámbito de la piedad. Ramírez de Prado, como otros muchos representantes de la nueva nobleza de servicios, con objeto de legitimar su ascenso social buscaba el patrocinio de alguna fundación. Se trataba de la vertiente externa de la religiosidad, porque a los intereses que podían mover las fundaciones, que a no dudar podían ser espirituales, se unía el elemento de incrementar el prestigio social. En ese campo, el matrimonio fue fundador de varias capellanías, y de mutuo acuerdo establecieron las cargas de sus fundaciones: misas, aniversarios, rosarios y responsos<sup>1333</sup>.

Trataron de constituirse en patrones del convento de la Orden de Clérigos Regulares de San Cayetano, pero no lo lograron por adelantárseles en la empresa don

---

<sup>1329</sup>PELORSON, J. M., op. cit., p. 263r.

<sup>1330</sup>La temática de la pintura era esencialmente religiosa, aunque también se contaban bodegones y cuadros de género.

<sup>1331</sup>AGULLO COBOS, M., op. cit., p. 53.

<sup>1332</sup>AHPM, prot. n.º 3.239, fol. 304.

<sup>1333</sup>PÉREZ MATEO, A.: «La fundación de patronatos: fuente para el estudio de una realidad espiritual, social y artística», en PORRES R.: *Aproximación metodológica a los protocolos notariales de Álava, Edad Moderna*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1986, pp. 366 y ss.

Diego Vera y doña Juana Téllez Girón, su esposa. Posteriormente, lo fueron de la capilla mayor del convento de San Norberto de frailes premostenses.

Llevados por su piedad, diez años después de contraer matrimonio, los esposos hicieron un viaje al monasterio jerónimo de Guadalupe, en Cáceres. Deseaban postrarse a los pies de la Virgen y entregarle algunas ofrendas. Doña Lorenza se despojó de una gruesa cadena de oro de tipo cordoncillo que pesaba siete onzas y media, así como de otras joyas. También se entregaron al convento: 10 varas de tisú de oro de Milán de gran valor, seis varas de punta de plata, veintiuna varas de galón de oro de dos dedos de ancho y 10 varas de tafetán. Sólo las ricas telas importaban más de cuatrocientos ducados<sup>1334</sup>.

### **b) Obra literaria**

Don Lorenzo, como otros juristas y consejeros, participó de forma activa en la vida literaria madrileña, frecuentando tertulias, principalmente, la Academia Literaria de Madrid. En ese selecto círculo era conocido como Pradelio o Nicolás de Prada. Por su trabajo recibió las alabanzas de hombres de letras de la categoría de Cervantes, al que conoció en su juventud, y quien le consideró digno de ocupar un puesto entre los poetas homenajeados en el “Viaje al Parnaso”:

*«Este que viene es un galán sujeto, de la varia fortuna a los vaivenes, y del mudable tiempo al duro aprieto.*

*Un tiempo rico de caducos bienes y ahora de los firmes e inmutables. Más rico, a tu mandar firme le tiene.*

*Pueden los altos riscos siempre estables, ser tocados del mar, mas no movidos de sus ondas en cursos variables.*

*Ni menos a la tierra trae rendidos los altos cedros Boreas, cuando airado quiere humillar los más fortalecidos.*

*Y este que vivo ejemplo nos ha dado desta verdad, con tal filosofía, Don Lorenzo Ramírez es de Prado»*<sup>1335</sup>.

A Lorenzo y a su hermano Alonso se les consideraba helenistas distinguidos, si bien el segundo, más joven, no llegó a alcanzar la reputación del mayor. Ambos, si no amigos, si que trataron con Lope de Vega, quien les mencionó en el *Laurel de Apolo*<sup>1336</sup>:

---

<sup>1334</sup> *Libro Antiguo de Bienhechores del Monasterio de nuestra Señora de Guadalupe*. Asientos correspondientes al año 1649.

<sup>1335</sup> CERVANTES, M.: *Obras Completas*, ed. Aguilar, Madrid, 1940, p. 1875.

«(...) este tener quisiera, para poder alabar, a dos hombres ilustres, dos Prados, dos hermanos, dos Catones. A cuya integridad, genio sagacidad y doctrina rendir laureles podéis»<sup>1337</sup>.

En su biblioteca, lugar considerado como auténtico símbolo del letrado, las preferencias literarias intelectuales y profesionales de don Lorenzo se volcaron hacia un amplio abanico de materias: jurisprudencia, teología, inquisición, historia, humanidades, ciencia, arte, libros de devoción, etc. Como jurista y humanista que era, abundaban en los anaqueles los volúmenes dedicados a las leyes y a los clásicos griegos y romanos: Plutarco, Virgilio, Marcial, Cicerón, sin que faltasen los de contenido religioso y teológico: Teresa de Ávila, fray Luis de Granada y la *Summa Teológica* de Santo Tomás. Destacaban s los más leídos en la época: *Historia de las cosas de España* del padre Mariana, y los *Annales del Reino de Aragón* de Zurita<sup>1338</sup>.

Eran importantes también las obras dedicadas a una de sus aficiones favoritas: el coleccionismo de medallas y de libros antiguos. Cuando tras su muerte se inventarió la biblioteca se contabilizaron más de 8.951 volúmenes<sup>1339</sup>.

Fue don Lorenzo el que se encargó de explicar en su testamento que “*gracias a su relación con el marqués de Mondéjar, Nicolás Antonio y Lucas Cortés y por sus contactos con editores extranjeros pudo reunir libros raros y preciosos*”.

Su obra literaria fue abundante, ya se ha dicho que en 1607 publicaba en latín una edición de *Epigramas de Marcial*, un autor que conocía a fondo. En 1612, hallándose en Amberes, esta vez con autorización real, se imprimió *Pentecontarchos*. Se cree que se hizo en ese lugar porque en la obra constaban caracteres griegos y hebreos, y en España las

---

<sup>1336</sup> Aunque Lope le dedicó esos versos no sabemos si en realidad Ramírez de Prado contaba con sus simpatías. En una carta dirigida al duque de Sessa, en julio de 1611, tildaba a don Lorenzo de ser “el más aficionado a vocablos nuevos de cuantos archidiscretos tiene la Corte”. De hecho, el letrado era considerado como un experto en lenguaje. GONZÁLEZ DE AMEZUA, A., op. cit., Lib. III, código II, 20.

<sup>1337</sup> LOPE DE VEGA, F.: *El Laurel de Apolo*, Madrid, 1630.

<sup>1338</sup> SÁNCHEZ MARIANA: *Bibliófilos españoles desde sus orígenes hasta los albores del siglo XX*. Madrid, 1991, p. 51. Cuando murió Lorenzo Ramírez de Prado, su biblioteca fue catalogada por el librero Baltasar Valero. La mayor parte de sus libros pasó al colegio Mayor de Cuenca (Universidad de Salamanca) y a la biblioteca del Palacio Real. Fue su viuda la que ordenó, para su posterior venta, elaborar un inventario de la biblioteca de su difunto esposo, una de las más importantes de su tiempo. Don Lorenzo contaba con una dispensa papal para leer determinados libros prohibidos, por lo que la Inquisición consideró que debía realizarse un expurgo antes de permitir la venta. El inventario terminó en 1661.

<sup>1339</sup> AHPM, prot. n.º 13.256, fol. 401, 10 de abril de 1701, *Revista de Archivo, Bibliotecas y Museos*, n.º 1, t. 81, 1978, pp. 3-41.

imprentas carecían de ese tipo de letras<sup>1340</sup>. Se trataba de una obra importante de vasta erudición, una enciclopedia de conocimientos, que Ramírez de Prado dedicó a don Felipe III, y que al traducirse al latín se le cambió el anterior título por el de *Quinquaginta militum doctor*.

En 1616 Ramírez de Prado publicó *Teseralegum sive otium aestivum pomeridianum*, con dedicatoria para don Fernando de Acebedo, arzobispo de Burgos; y presidente del Consejo Supremo de Castilla. Un año después veía la luz su obra más conocida, *Consejo y Consejero de Príncipes*, un trabajo de filosofía política, que esta vez dedica al valido de Felipe III, duque de Lerma.

De su obra en verso hay que recordar “*Respuesta al memorial de don Francisco de Quevedo*”, en el que se hace patente la enemistad que existió entre ambos, y que fue réplica al memorial *Católica, Sacra y Real Majestad* escrita por don Francisco en 1636<sup>1341</sup>. El erudito Juan Lucas Cortés, en su *Biblioteca Hispánica Histórico Genealógica Heráldica*, publicada en 1724, atribuye también al letrado *Memorial que la Casa de Prado dio a Felipe IV*, publicado en 1647. A su vez, Nicolás Antonio, en *Biblioteca Nova*, habla extensamente de este sabio y docto escritor.

### **c) Voluntades postreras**

En el largo repaso familiar que don Lorenzo dedica a su familia a la hora de testar, no olvida a sus padres difuntos y a sus hermanos y hermanas vivos. Primero se dirige a su hermano Alonso, a propósito de la renta anual que Felipe III concedió a María Velázquez y a sus hijos, tras emitirse la sentencia, una renta sucesoria vigente por tres vidas. El testador rogará a su hermano que ceda la parte que le corresponde de dicha renta en beneficio de su esposa, doña Lorenza de Cárdenas, puesto que fue él, don Lorenzo, quien se preocupó de su negociación y gracias a sus dotes de negociador pudo situarla con éxito, en las alcabalas de la villa de Madrid, cuando creció el consumo de aloja, nieve y barquillos<sup>1342</sup>. Añadiré que en 1635, con esfuerzo y dinero propio, la casa de la calle de

---

<sup>1340</sup>Ciertos autores piensan que el conocimiento, aunque muy rudimentario que Ramírez del Prado tenía del hebreo, así como del empleo de algunos elementos utilizados en la ceremonia de la circuncisión son prueba fehaciente de su origen converso.

<sup>1341</sup>Por Madrid corrieron rumores de que podía ser Ramírez de Prado el autor de la denuncia que condujo a Quevedo a la cárcel.

<sup>1342</sup>Se trataba de la alcabala de la aloja, barquillos, tabletas, nieve y yelos y suplicaciones, en RUIZ RODRÍGUEZ, J. I.: *Disputa y consenso en la administración fiscal castellana: Villanueva de los Infantes y el partido del Campo de Montiel C. 1600-c. 1660*, Universidad de Alcalá de Henares, 2005, p. 163.



Bordadores la había comprado a perpetuidad, y desde entonces estuvo considerada como de renta nueva. En las capitulaciones matrimoniales, le había hecho donación de ese bien a su futura esposa, teniendo como testigo a Juan Chaves y Mendoza, del Consejo de Cámara de Su Majestad y presidente del de Órdenes.

Si como es su deseo, Alonso se aviniese a la cesión, don Lorenzo le promete, que tras su muerte, así lo dejará establecido en el testamento, le serán enviados todos los libros, documentos y cuadros contenidos en los tres aposentos, que él llama sus estudios, a excepción de los papeles personales que guarda en los cajones de los escritorios. También recibirá Alonso varios retratos de grandes pintores, entre ellos, uno del rey Felipe III, otro de la infanta Margarita, religiosa en las Descalzas Reales y varios de personajes señalados de la Corte. El total de la entrega le compensará con creces de la cesión de su parte en la renta, pues su valor material es muy superior a ésta.

El consejero pone de manifiesto la estima que le inspira su biblioteca, cuando confiesa a su hermano la dedicación personal que le ha brindado a lo largo de su vida y le recuerda que una parte importante de ella la ocupan volúmenes manuscritos de gran valor, ya que «*ni por ruego ni por precio es posible hallarlos y me han costado mucho*». Y entonces le ruega que no se desprenda de ellos ni los preste por largo tiempo<sup>1343</sup>.

---

<sup>1343</sup>FAYARD, J. op. cit., p. 228. Alonso, que era seis años menor que Lorenzo (parroquia de San Ginés. Libro IX de Bautismos, fol. 58v.), cursó estudios de jurisprudencia con toda brillantez en la Universidad de Salamanca. Se ordenó como sacerdote y fue presbítero arcadiano en Úbeda. En 1631, en la partida de defunción de su madre, ya figuraba como oidor en la Real Audiencia de Sevilla, y en 1636, para desempeñar un cargo similar, se le trasladaba a la Real Chancillería de Granada. Biblioteca de Palacio, ms. 2.002. A los pocos meses era nombrado consejero del Supremo de Indias y de su Cámara. Después obtuvo la dignidad de capellán de honor de Su Majestad, y de chantre en la ciudad de Méjico y actuó como su procurador general en la Corte. NICOLÁS ANTONIO, *Biblioteca Nova*, t. I, p.. 42. En 1640 recibía el hábito de caballero de Santiago. Ibídem, t. I, p. 42 (el expediente de pruebas está perdido), y en 1649 se le nombraba consejero de la Real Hacienda. Relación titulada *Escribense los sucesos de la Europa desde junio del año de 1647 hasta el mismo de 1649*, impresa sin lugar, ni año, fol. 104. En 1660, dos años después del fallecimiento de su hermano Lorenzo, fue consejero honorífico del Consejo de Castilla. En 1670 fundó una capilla en la Casa Noviciado de la Compañía de Jesús para que a su muerte su cuerpo recibiese sepultura en dicho lugar, lo que se hizo en 1674. En su testamento otorgó poderes a don Pedro Antonio de Aragón para efectuar una fundación, con un efecto de 56.000 ducados, para levantar en la Corte o en sus inmediaciones un colegio-seminario de misioneros franciscanos. En caso de no hacerse, esa cantidad debería ser empleada en socorrer a los distintos hospitales de la villa madrileña.

Como no se consiguieron las licencias, los testamentarios determinaron el reparto de ese bien y por ese motivo la VOT recibió 3.000 ducados que redimió en su casi totalidad un cargo que contra su hospital-enfermería tenía la contaduría de las memorias fundadas por doña Lorenza de Cárdenas, cuñada de don Alonso. Diversos documentos sobre don Alonso Ramírez de Prado se encuentran en AVOTM, leg. 409/2; 411/23.

A su hermano Marcos, con quien don Lorenzo mantuvo excelentes relaciones durante toda su vida<sup>1344</sup>, le dice lo siguiente:

*«Al señor Obispo de Michoacán, mi hermano, he procurado todo el bien suplico le estime su reconocimiento en la persona de la dicha señora doña Lorenza de Cárdenas, no faltando, como no ha faltado a los pobres, y necesitados de sus obispados, pues, sea dada gloria a Nuestro Señor, ha hecho tan crecidas limosnas en ellos i eclesiásticas fundaciones, no dejando entrar en su memoria otro mas Patrón que el Rey nuestro Señor, i haziendo poner en sus Iglesias y Cathedrales las Armas Reales que no las tenían i aviendo distribuido en esas i obras pias en aquellas provincias mas de doscientos mil pesos, de que hay testimonios autenticos; fuera de que también, a la dicha señora. doña Lorenza, mi señora i mujer, i a sus buenos oficios i cumplimiento de sus Memorias y Fundaciones i distribuciones de limosna, que an corrido por su cuidado, en las muchas que ha hecho en esta Corte, i en otras partes de Castilla, i Andalucía, se lo debe; i se lo suplico porque con eso queremos aliviarla, i la asista i socorra como me lo prometio de su bondad, i honradas atenciones, no olvidando a las religiosas mis hermanas y al padre Juan Ramírez, nuestro hermano. Y en memoria de mi amor, i Voluntad, mando se le envíe una sortija de varias piedras que hice hacer en Zaragoza, el año de mil seiscientos y quarenta y dos cuando fui a la jornada acompañando a Su Majestad»<sup>1345</sup>.*

En 1668 los nombres de don Alonso y don Marcos salieron a la palestra con motivo de unos sermones que se impartieron en la iglesia del Noviciado de la Compañía de Jesús en Madrid

*«(...) dedicación de la Capilla del Santísimo Sacramento, que fundó y dotó el ilustrísimo fray Marcos Ramírez de Prado, Arzobispo de Méjico, para el entierro de sus padres, Alonso Ramírez de Prado, del Consejo de los Señores*

---

<sup>1344</sup>Marcos era el cuarto hijo del matrimonio de Alonso Ramírez de Prado y María Velázquez (parroquia de San Ginés, Madrid, Libro X de Bautismos, fol. 145v.), había nacido en Madrid el 24 de abril de 1592. Muy joven ingresó en la Orden de San Francisco en la ciudad salmantina, imponiéndole el hábito el guardián de dicho convento, fray Fernando de Ocampo. Siguiendo la tradición familiar no tardó en comenzar sus estudios, matriculándose en Artes y Teología en la Universidad. Al finalizar, fue nombrado guardián del convento franciscano de la ciudad de Lucena y después del de Granada. En 1632 partió para las Indias con el cargo de vicecomisario. ÁLVAREZ DE BAENA: *Hijos de Madrid...*, t. IV, p. 35. En 1635 ya había sido nombrado obispo de Chiapas, y en 1640 lo fue también de Michoacán. Fue arzobispo de Méjico en 1666, y tanto por su labor pastoral, incentivando el bautismo entre los nativos, como por su caridad con los más desventurados, se le conoció como “Fray Padre de Familia”. Su capacidad de trabajo, proverbial en su familia (fundó varios conventos en Nueva España, celebró un sínodo de obispos), y su generosidad, muchas de las fundaciones corrieron a sus expensas, fueron causa de que no sólo se le reconociese públicamente en esos lugares, sino que su fama trascendiese y llegase hasta la Corte. GONZÁLEZ DÁVILA, G.: *Teatro Eclesiástico de la Primitiva Iglesia de las Indias Occidentales*, t. I, Madrid, 1649, p. 127. Este autor, cronista Mayor de las Indias y de las dos Castillas, obtuvo noticias sobre este personaje gracias a las descripciones del doctor Andrés Ortega Valdivia, chantre de la catedral de Michoacán, comisario del Santo Oficio y subdelegado de la Santa Cruzada.

<sup>1345</sup>Por la generosa herencia que doña Lorenza de Cárdenas recibió tras la muerte de su esposo, y de la que una gran parte la piadosa señora entregó a instituciones caritativas distintas a la VOT para obras pías, queremos entender que cuando el esposo en su testamento solicita de sus hermanos que la ayuden y amparen, no se refiere a socorros materiales, sino que se le dispense apoyo fraterno en la soledad que le aguarda al enviudar. Esa petición la hará a muchos de sus amigos íntimos.

*Reyes D. Felipe Segundo y Tercero y de María Velásquez de Ovando su mujer, y de sus hijos y sucesores, de la que es patrón su hermano D. Alonso Ramírez de Prado del Consejo y del Real de Cámara y junta de Guerra de Indias»<sup>1346</sup>.*

El quinto de los varones Ramírez de Prado fue Juan, al que don Lorenzo, de la misma manera que había hecho con sus otros hermanos, le hace las mismas peticiones<sup>1347</sup>:

*«(...) y así mismo, la parte que tocaba por su legítima y que le corresponde al padre Juan Ramírez de Prado, religioso de los Clérigos Menores, de quien tengo cesión hecha a mi favor en toda forma ante Diego Ruiz de Tapia, escribano que fue de número de la villa de Madrid, en tres días del mes de septiembre de 1627, cuyo traslado autentico me dio y tengo entre los papeles de las dichas mis casas».*

Y añade:

*«Al Padre Juan Ramírez de Prado, mi hermano, se le den quinientos reales i le ruego me encomiende a Dios, i suplico a mi querida i señora mujer, por el modo i forma que le pareciere alguna vez le socorra»<sup>1348</sup>.*

De las hijas de don Alonso y doña María, desconocemos su vida a partir de sus ingresos en los conventos de clausura. Sin embargo, don Lorenzo, que nunca perdió el fraternal cariño que sentía hacia sus hermanas más jóvenes, las tuvo presente siempre, y ahora en el testamento les dice a sus hermanos varones que a Juana y Petronila, religiosas en el convento de franciscas de Nuestra Señora de Constantinopla, y a Isabel, también religiosa en el de Santo Domingo, en el Real de Sevilla, nunca les faltó de su mano una parte de la asignación y en variadas ocasiones de su propia pecunia las mejoró. De todo ello, tiene en su poder cartas de pago y escrituras de los conventos, entre otras razones porque siendo devoto declarado del Santo de Asís y de su obra, y hermano de la Tercera

---

<sup>1346</sup>SÁNCHEZ ALONSO, M. C., op. cit., p. 367

<sup>1347</sup>Juan Ramírez de Prado nació en 1594 en Madrid, y fue bautizado en la parroquia de San Ginés, Libro XI de Bautismos, fol. 33. Su juventud fue semejante a la de sus hermanos, si bien al ser más niño, cuando acaeció la desgracia paterna no tuvo que sufrir la vergüenza como el resto de la familia. Estudiante en Salamanca, no de leyes, aunque no se conoce cual fue la materia de sus estudios. Muy joven ingresó en la Orden de los Clérigos Menores, primero en el colegio de Salamanca, y después en el de Madrid. En el de Toledo fue predicador, prepósito y visitador general de la Provincia. En octubre de 1638, siendo todavía don Andrés Pacheco inquisidor general, junto con su hermano Alonso, solicitaron cargos en el Santo Oficio, Juan aspiraba al de oficial y su hermano al de calificador; las informaciones se resolvieron sin ningún tipo de problema, sin que se hiciese alusión a sus orígenes dudosos, puesto que años atrás don Lorenzo se había preocupado de probar plenamente la nobleza de su ascendencia.

AHN, sec. Inq., leg. 1378, exp. 7; y leg. 1481, exp. 5. Acabadas las informaciones, don Lorenzo escribió una carta al inquisidor, para que se activaran los despachos de las mismas, y un mes después obtenían las credenciales que les permitía recibir del Consejo Supremo de la Inquisición los nombramientos.

Ibíd., Lib. 1.196, Registro de Provisiones y Certificaciones desde 1638, 20 de julio, hasta 1642, 15 de febrero, fol. 36 y 36v. Juan Ramírez de Prado juró su cargo de calificador de la Inquisición el 4 de enero de 1639. Lib. I, leg. 1339, fol. 79, Juramentos de Ministros del Santo Oficio.

<sup>1348</sup>AHPM, prot. n.º 6.280, fols. 405-414, Testamento de D. Lorenzo Ramírez de Prado. Madrid, 19 de mayo de 1657, escribano Vicente Suárez. El último de los párrafos parece indicar que la situación económica del clérigo era de cierta necesidad.

Orden Seglar, hizo donación anual a las monjas de Constantinopla de la renta de unos jueros que tenía situados en el servicio ordinario y extraordinario en la villa de Madrid<sup>1349</sup>.

A pesar de ser considerado por algunos autores como hombre poco sensible y calculador, y que su rostro (que aparece en tres de las obras que publica en distintas etapas de su vida: 1612, 1617, 1649), al decir de Entrambasaguas, mantiene en todas un rasgo común de frialdad inmutable<sup>1350</sup>, esa dureza de espíritu que tanto se le criticó, se quiebra cuando en el testamento se dirige a sus hermanos con los que se muestra afectivo y cariñoso. El sentimiento filial se rebasa y se hace más hondo, tierno y delicado cuando se dirige a su esposa. No trata de ocultar su amor por ella y son continuas las menciones que hace a “*mi querida y respetada mujer; mi amada esposa; mi señora y querida doña Lorenza...*”<sup>1351</sup>

Quienes conocieron de verdad a don Lorenzo sabían de la fidelidad que mantuvo siempre con sus amigos más íntimos: Diego de Riaño y Gamboa, presidente del Consejo de Castilla, conde de la Puebla de Montalbán; el conde de Puñoenrostro; Góngora, y los consejeros Francisco de Zuloaga y Antonio Contreras. Y de su indiferencia hacia sus enemigos: Quevedo, los hermanos Chumacero y Lorenzo Cabrera.

A los que le honraron con su amistad y le favorecieron no les olvidó en sus últimas disposiciones, por ello, muchas de sus obras de arte pasaron a manos de algunos caballeros entre los cuales se encontraban el marqués de Eliche quien recibió la obra de Julio Romano “(*...*) *porque hay pocas pinturas deste pintor y le ruego que la reciba como demostración de mi obligación*”; el conde de Montalbán “(*...*) *en buena atención a nuestra amistad mando un Ecce Homo de mano del Greco que está en el aposento de mi casa que llaman capuchino*”; al conde de Puñoenrostro “(*...*) *mando la pintura grande del Ticiano de la cabeza de San Juan en señal de amistad*”; al señor Antonio de Contreras “(*...*) *mando una pintura original del Greco del Rendimiento de Nuestro Señor Jesucristo*”; y a don Francisco Zuloaga “(*...*) *otra pintura de San Antón de mano de Jerónimo Bosco*”<sup>1352</sup>.

---

<sup>1349</sup>Todos esos datos familiares los hemos podido conocer a través del extenso y ya mencionado testamento de don Lorenzo Ramírez de Prado. Su hermano Luis, el más joven de los varones, había fallecido años atrás, lo mismo que sus hermanas María y Beatriz.

<sup>1350</sup>ENTRAMBASAGUAS, J., *Una familia de ingenios...*, p. 90.

<sup>1351</sup>AHPM, prot. n.º 6.280, fol. 407. Testamento de Lorenzo Ramírez de Prado, 1657.

<sup>1352</sup>Ibídem.

En los últimos meses de su vida, a causa de sus numerosos achaques, don Lorenzo se ve obligado a retirarse de la política, pero no de su labor de jurista ni del trabajo intelectual; murió en su casa de la calle de Bordadores, a las tres de la mañana del 22 de octubre de 1658, a los setenta y cinco años. Lo hizo como fervoroso católico, hijo de la Orden Tercera franciscana. Su fe, que siempre exteriorizó en vida, le acompañó en su muerte. Nombró como albacea y heredera universal de su gran fortuna a su esposa, y no se olvidó de establecer mandas para los Santos Lugares de Jerusalén, para el Cristo de San Ginés y para algunos conventos, entre ellos, el de Constantinopla. Ordenó que se diesen lutos de buen paño a los criados, criadas y pajes y entre sus colaboradores más directos repartió gran parte de sus enseres personales.

En el documento testamentario mencionaba que su vida había transcurrido sirviendo fielmente durante cuarenta y tres años a la Monarquía, bajo el reinado de los tres Felipes de la Casa de Austria, y que siempre antepuso los intereses de aquélla a los suyos propios.

En la biblioteca de Palacio, se encuentra, procedente de la del colegio Mayor de Cuenca, un ejemplar de su epitafio en latín<sup>1353</sup>.

Don Lorenzo supo aprovechar las oportunidades que la sociedad le ofreció para situarse y mantenerse en un escalón aventajado, no se contentó con una discreta notoriedad social, de ahí surgió su empeño en llevar un estilo de vida costoso y conservar el rango de su casa, en su interés por fundar capellanías, por recibir un hábito y en emparentar con la nobleza. El curso de su vida es modelo que ayuda a entender el significado de la llamada nobleza de toga, y el ascenso social de la nobleza de letras, luchando por consolidar su posición para después defender sus prerrogativas.

El ascenso de don Lorenzo pudo tener como causa su buen hacer y la creciente demanda de profesionales del derecho para resolver conflictos en las distintas estancias judiciales. En un principio, su trayectoria profesional fue cautelosa, hábilmente preparada para no causar desconfianza, dadas las circunstancias que concurrieron en la figura de su padre, sin embargo, no renunció nunca a nada y sus planes personales se basaron en su capacidad de trabajo, su ambición y su constancia que le impidieron abandonar un debate por arduo que fuese en defensa de sus posturas. Logró pertenecer al estamento rector

---

<sup>1353</sup>Bibl. de Palacio, ms. 2.005, fol. 3. El encabezamiento dice lo siguiente: AD D. LAURENTIUM RAMIREZ DE PRADO, IN SUPREMO REGII AERARII SENATU CONSILIARIUM PRINCIPEM.

sabiendo que de poco servía un título si no se acompañaba de influencias, de poder y de dinero, en un espacio en el que el individuo si deseaba obtener cargos o prebendas debía someterse a la política del grupo<sup>1354</sup>.

Si la posición estamental determinaba en sociedad el ser de cada persona, no singularmente, sino corporativamente, los valores integrantes de la personalidad de cada individuo eran conformes al espacio social que ocupaba; según esa reflexión, sólo se debía recibir el honor que correspondía al estado de cada uno, igualándose linajes y valores, así lo expone Gaspar de Aguilar en su obra “*El mercader amante*”<sup>1355</sup>

### **3. Lorenza de Cárdenas, viuda de Ramírez de Prado**

Los casi veinte años que perduró el matrimonio de los esposos Ramírez de Prado discurrieron al decir de los contemporáneos en perfecta unión, y en palabras de su esposa: “*la unión acabó con las desgraciadas circunstancias por las que atravesó mi vida antes de conocer a don Lorenzo, mi esposo y señor, y lo triste y desamparada que me hallé después de su muerte*”<sup>1356</sup>.

Deducimos por esos gestos que la estimación y el respeto en el matrimonio fueron recíprocos, y que la señora que contaba con algo más de cincuenta años al enviudar, percibió como de nuevo su vida se vería rodeada de soledad, ya que no mantuvo, salvo con alguna de sus sobrinas nietas ninguna relación familiar. Tampoco hace mención a su hijo Alonso, que aún vivía, como hemos podido saber por el testamento de su esposo.

La dama, siguiendo las fórmulas sociales de las viudas, comenzó a llevar una vida austera, porque la viudedad era estado de luto, privación y retiro. Amparándose en su piedad combatió su soledad con la oración, los retiros espirituales, las buenas obras... Se encontraba libre de obligaciones hacia parientes suyos o del difunto, y aconsejada por su confesor no tardó en exteriorizar su fe dedicando “sus esfuerzos y hacienda”, es decir, los muchos bienes que por herencia de don Lorenzo le pertenecían, en acciones a la mayor honra de Dios, en sufragios por el alma del fallecido, y en caridades, porque la actividad benéfica, como ya hemos señalado en páginas anteriores, no era patrimonio exclusivo de los hombres:

---

<sup>1354</sup>MARAVALL, J. A.: *Estado Moderno y mentalidad social*, II, Madrid, 1972, p. 39.

<sup>1355</sup>AGUILAR, G.: *El mercader amante*, ed. Julia Martínez, Madrid, 1929, p. 57.

<sup>1356</sup>AVOTM. *Libro de las Fundaciones de Lorenza...*

*«Yo Lorenza de Cárdenas y Manrique, como hija legítima de don Alonso de Cárdenas y de la señora doña Juana Ángela Manrique de Lara, que fue dama de la reina doña Margarita de Austria. Viuda de don Lorenzo Ramírez de Prado, caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de Su Majestad en el Supremo de Castilla y de la Santa Cruzada, asesor del Bureo de las Reales Casas, desde el fallecimiento de mi esposo el 23 de octubre de 1658, en que me dejó por su universal heredera de toda su hacienda y bienes y servicios hechos a Su Majestad por espacio de cuarenta y siete en los Consejos siempre he tenido intención de sacrificar a Nuestro Señor los dichos bienes que por herencia le pertenecen en su divino culto y en sufragios por el alma del dicho don Lorenzo mi marido de quien los he recibido y hallándome sin ninguna obligación de justicia ni caridad a ninguna persona o pariente del dicho don Lorenzo, ni mío, es mi voluntad emplear todos los bienes en fundaciones y obras pías así en mi vida como para después de ella»<sup>1357</sup>.*

### **3. 1. La herencia de Lorenza de Cárdenas: una fortuna dedicada al mantenimiento de la fe y la caridad**

No nos ha sido posible conocer en su totalidad la herencia que pasó a manos de esta señora tras la muerte de su marido, pero habida cuenta de las instituciones piadosas que mantuvo, muchas de ellas en secreto y a las que alude vagamente, y de las fundaciones y donaciones que posteriormente realizó en la Venerable Orden Tercera de Madrid, creemos que fue cuantiosa. Heredó dinero en metálico, y también bienes inmuebles, joyas, arte, rentas, intereses procedentes de juros, censos, etc.

En sus primeros años de viudedad quiso realizar algunas fundaciones siguiendo los pasos ya dados en vida de su esposo. Es por vía de patronato y donación por los que desea llevar adelante sus proyectos, sin intermediarios, de manera directa. Ha tomado como modelo a la santa italiana Francisca Bussa dei Ponziani, también conocida como Santa Francisca Romana, viuda (1384-1440), canonizada en 1608 por el papa Paulo V, una mujer que gozó de fama de santidad ya entre sus contemporáneos, no sólo en su ciudad, Roma, sino fuera de ella. Francisca no dejó nada escrito de su mano, lo que se conoce de ella es obra de su confesor Giovanni Mattioli<sup>1358</sup>. Francisca, que siempre destacó por su piedad, fue obligada a contraer matrimonio a la edad de doce años, desde entonces dedicó su vida a socorrer a quien necesitase ayuda, principalmente a los pobres. Su caridad se intensificó tras la muerte de su esposo.

---

<sup>1357</sup> *Ibidem*, fol. 1

<sup>1358</sup> ARMELLINI, M.: *Vita di Santa Francesca Romana, scritta nell'idioma volgare di Roma del secolo XV*, Roma, 1882.

Doña Lorenza se identifica con la italiana, pues hay ciertas similitudes en la vida de ambas, niñas solitarias, obligadas a contraer matrimonio muy jovencitas, amantes de la lectura..., por ese motivo quiere asemejar su vida a la de la Santa. Se pone en contacto con el convento de religiosas de la orden de Santa Brígida, su deseo es ser patrona de una capellanía, no puede lograrlo. Es entonces cuando doña Lorenza dirige sus intenciones en dotar a varios hospitales madrileños de cantidades importantes para que sus aportaciones contribuyan a mantener camas y alimentar a los enfermos pobres.

Desconocemos el año en que doña Lorenza ingresó como hermana novicia en la Venerable Orden Tercera de Madrid, y si lo pudo retrasar el hecho de vivir separada de su primer esposo, lo cierto es que en el año 1641, ya casada en segundas nupcias con Ramírez de Prado, hermano profeso de la Tercera Orden, cumple con el acto de profesión como hermana tercera franciscana.

Hasta 1676 no aparecen documentos que evidencien su participación en los proyectos piadosos y asistenciales de la Orden, ni siquiera se menciona su nombre como donante cuando se construyó la capilla del Cristo de los Dolores entre 1662 y 1668. Por ese motivo, Bethencourt se equivoca cuando afirma que el templo se debe a su generosidad<sup>1359</sup>. No sería extraño que hubiese entregado a la Orden algún donativo para ese piadoso fin, de igual manera que lo hicieron muchos madrileños, pero en aquel entonces, su contribución, so pena que fuese anónima, no mereció ser destacada por la VOT, como sí lo fueron las de otros donantes. Es muy diferente su manera de actuar en los últimos años de su vida, en los que sí aportó generosas limosnas y objetos sagrados que adornaron y magnificaron la capilla del Cristo de los Dolores.

La viuda de Ramírez de Prado se da a conocer ante la VOT como su principal benefactora en julio de 1676; cuando un discreto, don José Gallo de Santas Martas, expone ante el Discretorio que una hermana profesa, doña Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara, viuda del consejero de Castilla don Lorenzo Ramírez de Prado, tiene intención de instituir una fundación de tres misas diarias en el altar de la Capilla del Santísimo Cristo de los Dolores. Para entonces la VOT ya ha hecho público su proyecto de levantar un hospital para los hermanos pobres, y la señora al conocer las intenciones de los hermanos desea correr con los gastos de tres camas en la sala dedicada a las hermanas enfermas.

---

<sup>1359</sup>FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, F., op. cit., p. 380.: «(...) pasando a mejor vida en 1681, dejando fundada la iglesia de la Orden Tercera de Madrid».



El ministro Juan Antonio López de Zárate nombra una comisión para que visite a la benefactora, en nombre de la Orden le agradece su generosidad, y le expone los proyectos. Se le dice que el objeto de la construcción es que los enfermos pobres de la Fraternidad, hombres y mujeres, tengan un lugar en el que sean atendidos dignamente, y que para ello, en principio, serán dos las salas dedicadas a su curación. Cada una de las estancias mantendrá no menos de doce camas. Le dan a conocer su falta de medios y su confianza en que la divina Providencia les asista. La señora se conmueve porque cree ver en la VOT lo que con tanto ahínco ha buscado, un espacio religioso-seglar en el que ella, por su condición de tercera, pueda hacer pública manifestación de su piedad y de sus iniciativas de generosa asistencia a los desvalidos. Y es en ese mismo momento cuando, sin dudar, comunica a los presentes que está dispuesta a crear una fundación que se haga cargo del total de los gastos ocasionados por la sala dedicada a las hermanas enfermas de la VOT. Se compromete a dotar doce camas, y lo hará de la misma forma que lo hace con otras fundaciones que mantiene desde que murió su esposo, entre ellas las camas para enfermas en el Hospital General y en el de Antón Martín<sup>1360</sup>.

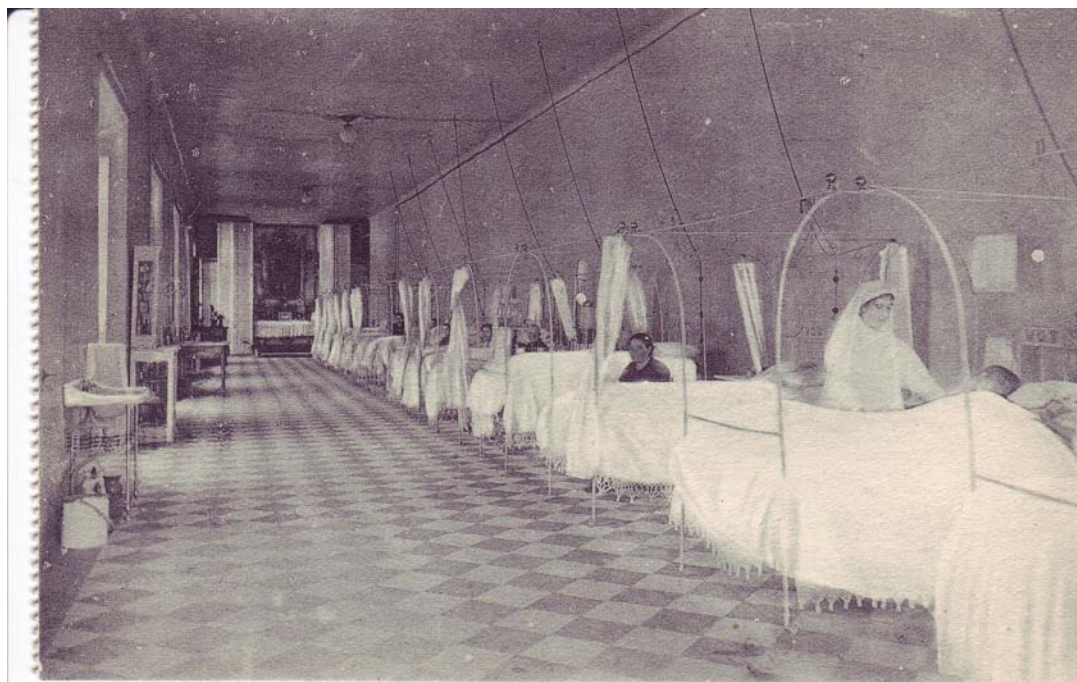
A partir de ese día las visitas de los discretos al domicilio de la señora Cárdenas son frecuentes. Se establece que la dotación asignada a la ración de cada una de las enfermas sea de tres reales diarios, más una cantidad extra de veinticinco ducados anuales que sufragarán los gastos de mantenimiento del servicio de lencería tanto de la cama como de la propia enferma<sup>1361</sup>.

Hasta ahora, la señora sólo ha impuesto una condición: cuando finalice la construcción, en uno de los muros de la sala por ella dotada, en lugar visible, se ha de poner una placa con su nombre y debajo una leyenda para que de esa forma se perpetúe su memoria. El rector del Hospital deberá explicar a las enfermas que a esa petición no la mueve la vanidad, sino la intención de que se la tenga presente en sus oraciones y se la encomiende al Altísimo.

---

<sup>1360</sup>AVOTM. C 4, Lib. VI, fols. 3 y 3v.

<sup>1361</sup>Ibídem, legs. 410/12 y 411/12. Fundación de doce camas para la sala de mujeres del hospital-enfermería de la VOT.



Sala de hermanas enfermas.

El texto que ha de figurar, según el deseo de la dama, será el siguiente:

*«Doña Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara, hija de los condes de la Puebla del Maestre, dotó esta Enfermería con doce camas y ayudó a la fabrica de ella para doce mujeres pobres y enfermas hermanas de la Venerable Orden Tercera de quien también fue hermana. Rueguen a Dios por ella para que con esta memoria las pobres que la ocupen y gocen de ese sustento la encomienden a Nuestro Señor para mayor gloria suya y ejercitar la virtud del agradecimiento».*

Para financiar la dotación, a los pocos días, doña Lorenza entregaba al ministro de la Orden Juan Antonio López de Zárate las escrituras de dos efectos importantes: uno de 220.000 reales de principal y otro de 33.000 reales, contra la sisa de cada arroba del vino de Olivenza<sup>1362</sup>. La señora recibió de manos del ministro una carta de pago.

Pocos días después varios discretos acudieron tras la llamada de doña Lorenza a su domicilio. La señora para prevenir posibles épocas de crisis que pudiesen afectar a la

<sup>1362</sup>Ibidem. El primero de los efectos estaba en cabeza de Francisco de San Pedro y Haro, a quien lo otorgó Jerónimo López de la Torre, tesorero, ante Diego Pérez Obregón, escribano de número de la Villa, con fecha del 24 de noviembre de 1659; el segundo, en cabeza de Manuel Ocampo, a cuyo favor se otorgó escritura por Jerónimo López de la Torre, ante Diego Pérez Obregón el 20 de julio de 1660; la escritura otorgada por el dicho Ocampo ante Bernardo Jiménez, escribano de Su Majestad, tenía fecha del 14 de junio de 1660. También se presentaron las escrituras otorgadas por Francisco de San Pedro ante Luis Gallo el 23 de enero de 1660, en la que constaba que esos efectos pertenecían a doña Lorenza.

curación de las enfermas, entregaba una tercera escritura en la que hacía donación y gracia de 550.000 reales en las sisas de la carne y aceite, y dos efectos dotado cada uno con 250.000 reales de principal. El hospital podría disfrutar de los intereses y réditos contra las cargas y obligaciones referidas. En el documento se declaraba que todavía quedaba congrua bastante y que la dotación no excedía de “(...) *los quinientos sueldos áureos dispuestos por la ley y en caso de exceder, del exceso hago todas las donaciones que se requieren y sean necesarios para que sea firme y válido*”.

La VOT tenía que encargarse de hacer las diligencias necesarias para que se concediesen reservas de los juros que se iban a aplicar. Doña Lorenza confiaba en que el ministro y los discretos pusiesen todo su celo en lograrlo, dada la experiencia de la Orden en esos menesteres. De momento, y hasta que se acogiese a las enfermas, la dotación se destinaría a la fábrica de la dicha sala. La generosidad de la viuda no desfallece, se vuelca en la VOT, ha encontrado el espacio perfecto para cumplir su deseo de entregar su hacienda a la gloria de Dios, bien del prójimo y descanso del alma de su esposo.

Movida por ese celo, determina seguir haciendo fundaciones piadosas; ahora se trata de instituir cuatro capellanías, y que los capellanes que las asistan pertenezcan a la orden de San Felipe Neri, deberán residir en la cueva-ermita de San Blas, en Cifuentes, lo que nos les importará, pues los filipenses tienen fama de llevar una vida sacrificada y austera. Quiere que las capellanías sean colectivas, que no tengan beneficio económico, ni se las considere de subsidio, excusado u otra cualquiera contribución, y que permanezcan con el nombre y derecho de capellanía secular y patronato de legos<sup>1363</sup>. La señora parece estar muy asesorada en la escritura fundacional, porque insiste una vez y otra en que las capellanías no podrán ser adquiridas ni por la mencionada ermita, ni por los patrones, ni por los obispos de Sigüenza, ni por prelados, ni por ministros, ni por la Villa ni por otra persona eclesiástica o seglar. Los derechos de acción y el nombramiento de los capellanes han de entenderse por el tiempo que fuere voluntad de la otorgante y, en su defecto, de los patrones<sup>1364</sup>.

La memoria de las cuatro capellanías tenía la carga de que una de las cuatro misas diarias debía celebrarse por la intención de la fundadora. Tras aceptar los capellanes las condiciones, la escritura se firmó ante el escribano Vicente Suárez. Doña Lorenza se encargó de nombrar como capellanes a religiosos que gozaban de su confianza: el

---

<sup>1363</sup>Ibidem, C. 166, fol. 123v. Abril, 1677. Escritura ante el escribano de número Vicente Suárez.

<sup>1364</sup>Figuran como testigos: don Francisco de Liceño, don Luis de Salcedo y don Bernardino María de Alfaro.

licenciado don Pedro López de la Vega, don Juan de Auñón y Castillo, don Pedro Girón de Quevedo y don Bartolomé de Caltañazor, todos presbíteros.

Sólo le quedaba nombrar a los patronos y lo hizo en las personas de sus sobrinos: don Pedro Antonio de Aragón, caballero y clavero de la Orden de Alcántara, gentilhombre de cámara de Su Majestad, de su Consejo de Estado y Guerra, capitán de la guardia alemana, general de artillería de España; y su esposa doña Ana de Córdoba y Figueroa, duquesa de Feria<sup>1365</sup>.

La otorgante, en la escritura en la que hizo donación de varios efectos para sostener la fundación, declaró que los juros eran suyos propios y que estaban libres de vínculo, mayorazgo, memoria, aniversario u otra carga, acusación o hipoteca y que se reservaba para sí durante su vida el nombramiento de los capellanes; después de su fallecimiento, esa función recaería sobre los patronos<sup>1366</sup>, y añadía que:

*«(...) para siempre jamás, desisto, quito, y aparto a mis herederos y sucesores de la real posesión, propiedad y señorío de los dichos juros y efectos con todos mis derechos y acciones lo cedo, renuncio y traspaso a la dicha Orden Tercera, y doy poder para que libre y judicialmente tome posesión de los juros y entrego al señor ministro y discretorio los privilegios y escrituras donde consta que esos juros me pertenecen que están libres de vínculo y mayorazgo y desde ahora quiero que se tenga como mi última e irrevocable voluntad».*

En su afán de fundar, establece una memoria de tres misas diarias en la capilla del Santísimo Cristo de los Dolores, los oficiantes han de ser, como es natural, sacerdotes hermanos de la VOT<sup>1367</sup>, y para la dotación entrega a la Orden unos juros que tienen de renta anual 800 ducados. Doscientos para cada uno de los eclesiásticos<sup>1368</sup>.

Una muestra del fuerte carácter de la viuda se hace notar cuando poco después de establecida la fundación en Cifuentes, por unas desavenencias con los de San Felipe revoca la condición de que los capellanes sean religiosos de ese instituto y decide que sean

---

<sup>1365</sup> Doña Lorenza aplicó para la fundación de las capellanías varios efectos: uno de 3.308 reales y 28 maravedíes situados en la renta del servicio ordinario y extraordinario de la Mesa Arzobispal de Toledo, con fecha de 20 de septiembre de 1643; una escritura contra la villa de Madrid y las sisas de la carnicería y aceite de los veinticuatro millones de 55.000 reales de principal con interés del 8%, por escritura otorgada a favor de su persona por Marcelo Román de Ortega, con fecha del 20 de agosto de 1667; otra escritura de 1.102 reales y 8 maravedíes de principal situada en el papel sellado de la villa de Alcalá de Henares, con efecto de 15 de junio de 1651; otro efecto en las mismas condiciones de 1.529 reales y 14 maravedíes situado en la nueva alcabala, con fecha del 7 de agosto de 1647; otro de 785 reales y 29 maravedíes situado en el servicio ordinario y extraordinario; otro de 985 reales y 20 maravedíes situado en las salinas de Atienza, con fecha de 17 de diciembre de 1646.

<sup>1366</sup> AVOTM, C. 116. op. cit., pp. 125 y ss.

<sup>1367</sup> A la memoria se le aplicaron tres reales por misa.

<sup>1368</sup> AVOTM, C. 4, Lib. VI, fol. 73.

oficiantes eclesiásticos de la Tercera Orden franciscana. Es más, añade que su confianza en la VOT es tal que desea que sea ésta la que se encargue de la administración de los efectos que se empleen en su consecución. Significa que desde ese momento en la capilla del Cristo de los Dolores se van a decir siete misas diarias a cargo de doña Lorenza. Con tal fin se hará traslado, donación y cesión a la VOT de la congrua que antes había establecido para el Instituto de San Felipe Neri<sup>1369</sup>.

Las condiciones que se expresaron en las escrituras fueron similares a las anteriores, en vida será ella quien elija a los capellanes, y después de sus días, lo harán sus sobrinos<sup>1370</sup>; sólo después del fallecimiento de estos tendrá la VOT libertad en el nombramiento<sup>1371</sup>. Hizo constar por escrito que cuando se construyese el hospital de la VOT, una de las siete misas se oficiaría en un altar que se instalaría en la sala dedicada a las mujeres. No se hace mención al nombre de los sacerdotes seleccionados, sólo que se trata de sacerdotes beneméritos.

Los acuerdos se formalizaron en escrituras primorosamente realizadas sobre pergamino con tapas en piel y atadas con cintas de colores. Así se las presentó a doña Lorenza el visitador y dos hermanos discretos.

La VOT agradecida, y con deseos de corresponder a la dama, le hizo saber que por votación unánime del Discretorio, en la fiesta de su onomástica, San Lorenzo, en la capilla del Cristo se celebraría una misa cantada por su salud y felicidad mientras viviese, y después se oficiaría por su alma. Entre la señora y la Orden se hacen mutuos los reconocimientos verbales, la VOT se siente obligada por la generosidad de doña Lorenza y ésta que ha encontrado en la Orden el lugar indicado para ejercer la caridad sin que se le pongan impedimentos dice que:

*«(...) no se merece la estimación y favores de la Orden, pues que es ella la que debe de manifestar su gratitud por habérsele permitido poner sus bienes a la disposición de la Divina Majestad, a beneficio de los pobres y en sufragios de los difuntos».*

---

<sup>1369</sup>Ibídem, legs. 425/1/2/5/9/10; 407/2; 409/16/18/19/20/21/22. C 116. Escrituras de las memorias de D.<sup>a</sup> Lorenza de Cárdena

<sup>1370</sup>Pedro Antonio de Aragón pertenecía a la Orden Tercera de San Francisco de Madrid desde 1645, año en el que recibió el hábito en la capilla de la VOT. En 1674 entró a formar parte del Discretorio. Ibídem, C. 3, Lib. V, fols. 52, 119 y 131v.

<sup>1371</sup>AVOTM, fol. 7. Aunque doña Lorenza se había reservado el derecho de elección de los capellanes, existió entre la fundadora y la VOT un copatronato, por el que a la hora de convenir el candidato, se llegaba a un entendimiento entre las partes. Finalmente, la señora delegó esa función en la Venerable Orden Tercera, quien hacía pública la convocatoria entre los hermanos eclesiásticos, que presentaban una solicitud, y por votación se nombraban a los elegidos.

Con esa buena disposición, doña Lorenza, antes de que abandonen los discretos la casa de Bordadores, les entrega 100 ducados, “para que se socorra de inmediato a los hermanos más necesitados”<sup>1372</sup>.

En el año de 1678 proseguían las excelentes relaciones entre la benefactora y la VOT; doña Lorenza acudía, siempre que su salud se lo permitía, a los actos que convocaba la Fraternidad. Un día de julio, después de celebrarse misa cantada, el visitador y el ministro, la invitaron a que conociese la sacristía. Se podía acceder a ella a través de un patio que se abría a espaldas de la capilla del Cristo de los Dolores. La señora observó que éste aparecía desolado e inhóspito, sin árboles ni plantas. Antes de partir la viuda fue obsequiada con unas estampas de seda carmesí que llevaban impresas la imagen del Cristo. Se la acompañó hasta la entrada de la capilla y se le ayudó a que se instalase en la silla de manos que llevaban sus servidores. Pasados unos días, un sirviente de la señora se presentaba ante los hermanos para comunicarles que su señora les ofrecía “*siempre y cuando manden quien los recoja, veinte naranjos de su jardín, para que los cultiven y den alguna sombra al patio*”.

El 25 de septiembre de ese año en una de las habituales juntas del Discretorio, el ministro López de Zárate comunicaba a los hermanos que la viuda estaba dispuesta a hacer nuevas fundaciones.

Días después, doña Lorenza presentaba dos pliegos en los que con palabras de fervorosa piedad expresaba la devoción que le inspiraba el Santísimo Sacramento. Para que se intensifique su culto entre los fieles, ofrece a la VOT que, de la misma forma que todos los viernes del año se exponía en pública declaración de fe el Santísimo en la capilla del Cristo de los Dolores, en el que recibía reverencias y honores de los fieles “*está dispuesta a que en los martes se haga lo mismo, que sean días de Pasión, y se exponga el Santísimo en la misma forma y circunstancia*”<sup>1373</sup>. Y con esa intención hace entrega a la Orden de una custodia de plata y oro, un objeto de singular hechura, cuajada de piedras preciosas por ambas partes, de mucha belleza y valor<sup>1374</sup>.

---

<sup>1372</sup>Ibídem, fol. 6.

<sup>1373</sup>Ibídem, fol. 6v. Lorenza de Cárdenas dota cada celebración con un efecto de la Villa que tiene una renta de 190 ducados. El descubierto de los martes se hacía por las intenciones de doña Lorenza, y para ello asignó una renta de 625 ducados anuales en unos efectos de la Villa

<sup>1374</sup>Ibídem, leg. 411/12. Con respecto a la custodia, en la escritura de entrega, la donante estableció una cláusula: la Orden Tercera ha de comprometerse a solicitar un breve de Roma que prohíba sacar la custodia de la capilla del Cristo de los Dolores por ninguna razón y bajo pena de excomunión apostólica; de hacerse, aunque fuese por orden real o del nuncio, la custodia pasará al convento de las Descalzas Reales, si éstas no

En octubre llega a la VOT otra donación, una lámpara de plata con las armas de la señora esculpidas. Es de buen tamaño y pesa algo más de ochenta marcos<sup>1375</sup>. En el escrito que acompaña el presente se dice que es condición que siempre ardan tres luces en representación y honor de las tres Personas de la Santísima Trinidad. Para mantenerla y costear su aceite la ha dotado con 200 reales que es la renta de un juro cuya escritura envía junto con la lámpara<sup>1376</sup>. Acompaña a la lámpara varias albas labradas y guarnecidas de puntillas, dos grandes brazos de plata con arandelas para colocar hachetas, que pesan más de siete marcos y cuatro ochavos cada uno, y otros objetos que la VOT entregará después al hermano encargado del culto divino para que se empleen en la liturgia<sup>1377</sup>.

No pararán ahí las fundaciones y donaciones de la señora, también establece una dote perpetua para que todos los años, en el día de la Concepción de María, entren en religión en el convento de la Descalzas Reales o en las Recoletas dos hermanas o hijas de hermanos de la VOT<sup>1378</sup>. Como de costumbre impone que *“mientras viva he de ser yo misma quien haga la elección de entre la terna que me presente la Orden Tercera y después de mis días, quede la junta de la VOT como patrona de esa obra pía”*.

Antes de que termine el año de 1678 la VOT recibió otra magnífica donación. La señora promete que tras su muerte la casa familiar de los Ramírez de Prado en la calle de Bordadores, pasará a ser propiedad de la Orden<sup>1379</sup>. La ofrenda no viene sola, la acompañan otros regalos, espejos y corales de especial primor, valor y gusto, y una tapicería fina de Bruselas, de gran belleza que mide más de nueve paños, seis anas de caída por trescientos treinta y cinco de longitud<sup>1380</sup>, con dibujos de Rebenes”. El tapiz

---

la aceptan pase a la Congregación de los Esclavos del Santísimo Cristo de San Ginés, y si no se acepta, pase a la iglesia de las Maravillas, y si no, a la catedral de Toledo, y esto comprende a todas las demás alhajas que ya he entregado a la Orden Tercera para ornato del culto divino.

<sup>1375</sup>VÉLEZ de ARAGÓN, D. Z., op. cit., p. 1405. El marco tenía un peso equivalente a la mitad de una libra.

<sup>1376</sup>El orfebre que realizó la lámpara fue Juan de Parroja, platero. El que en distintos objetos se labren las armas de un linaje de forma simbólica ofrece la posibilidad de que el poder se visualice. La lámpara se colgó en la media naranja de la capilla del Cristo de los Dolores y la señora la dotó para que de manera perenne ardiesen tres luces en recuerdo de la Santísima Trinidad. En 1776 esta lámpara se deshizo, y añadiendo plata se hizo otra mayor.

<sup>1377</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI. Doña Lorenza logró que el nuncio de Su Santidad, Millini, expidiese un decreto de excomunión para quien sacase las alhajas del templo de la Orden Tercera, salvo que fuese la propia Orden quien lo hiciese con motivo de alguna celebración religiosa, Madrid, 19 de diciembre de 1678.

<sup>1378</sup>Ibíd., C. 4, Lib. VI, fols. 16v. y 47v. Ofrece dotar esa fundación con 1000 ducados anuales en efectos de la villa de Madrid con un interés del 8%, con la condición que se ponga por nombre cuando profese María de la Concepción: Leg. 413/14. Dictamen de los abogados acerca de la prebenda que Lorenza de Cárdenas entregó para la toma de estado religioso de unas jóvenes.

<sup>1379</sup>Ibíd., fols. 14, 14v., 15, 17, 24v. y 34. La casa de la calle de Bordadores, casa principal con altos y bajos, tras añadirle otra cochera, se alquiló al marqués de Ugena, con una renta de 90 ducados mensuales.

<sup>1380</sup>VÉLEZ DE ARAGÓN, D. Z., op. cit., p. 99. La ana era una medida que podía ser algo menor que el metro en unos países, y mayor en otros.

representaba la historia de Marco Antonio y Cleopatra. Estos últimos obsequios son para que se vendan y su producto ayude a la construcción de la enfermería y la casa de las hermanas viudas. Como posteriormente veremos, el tapiz será causa de conflictos entre la benefactora y la VOT.

Las donaciones prosiguieron, y en enero de 1679 el Discretorio efectuó un balance de los bienes que hasta entonces Lorenza de Cárdenas había donado a la VOT. El resultado fue que en poco más de tres años la Orden había recibido efectos y cantidades en metálico por valor de 504.467 ducados de principal, que rentaban anualmente 40.357,36, más un oficio de regidor en la ciudad de Jaén, con voto en Cortes, la casa principal en la calle de Bordadores, y numerosos objetos de plata y joyas, que al decir de los discretos tenían mucho valor.

Todavía en ese mismo mes los hermanos recibían de manos de la viuda 6.000 ducados en metálico para que se comenzase la fábrica de la residencia para las hermanas. Hasta la muerte de doña Lorenza, diciembre de 1681, las donaciones se hicieron continuas, de esa manera la viuda se deshacía de gran parte de su extenso patrimonio.

Con respecto a la antigua fundación que doña Lorenza había instituido en Trujillo para costear la formación de dos huérfanas, hacía tiempo que había nombrado a la VOT como la administradora de los fondos, con la indicación de que en caso de que no subsistiese, la renta adjudicada, 2.200 reales anuales, se entregase al convento de las Descalzas franciscas de San Antonio de esa ciudad, “y para costear la cera que alumbré al Santísimo Sacramento y el resto para alpargatas de las religiosas”<sup>1381</sup>, y si “resultase todavía alguna cantidad que se distribuya como limosna entre hermanos pobres de la VOT que estén encarcelados por deudas o que se satisfaga el sábado de Ramos la deuda de un recluso”<sup>1382</sup>.

### **3. 2. Caridad y estrategias de preeminencia en la VOT**

Durante meses, fue tema de conversación entre los discretos la generosidad de la benefactora y de qué forma la VOT podría demostrarle su agradecimiento. La incertidumbre desapareció cuando doña Lorenza en el verano de 1678 hizo una petición a los hermanos: sería eterno su agradecimiento si se le permitiese trasladar los restos de su

---

<sup>1381</sup>AVOTM, leg. 424/3.

<sup>1382</sup>Ibídem, leg. 249/12.



esposo, Lorenzo Ramírez de Prado, que yacían en la Iglesia de las franciscas de Constantinopla, a la capilla del Cristo de los Dolores. Era una solicitud insólita, pues de sobra sabía la señora que en ese lugar no se permitían enterramientos. Aún causó mayor estupor el saber que su pretensión alcanzaba a que el hueco existente bajo el altar mayor, sobre el que se levantaba el tabernáculo que albergaba al Cristo de los Dolores, se le diese como propio. De esa forma, “cuando Dios lo quiera”, ella podría ser enterrada junto a su marido<sup>1383</sup>. Si “se le da ese gusto y nadie ajeno ocupaba ese lugar, salvo, los duques de Feria, sus sobrinos, si así lo deseaban”, la VOT recibiría 6.000 ducados.

¿Fue esa secreta ambición que ahora ha manifestado la dama, tener enterramiento propio, debajo del altar mayor en un templo del prestigio del Cristo de los Dolores, la que ha motivado su generosidad? Los discretos se lo preguntan pero no tienen respuesta.

El ministro López de Zárate convocó junta extraordinaria para tratar el asunto, se estudio la petición de doña Lorenza y su exigencia de que nadie pudiese ser depositado o enterrado en ese lugar, cosa que a algunos de los discretos pareció impertinencia. Las opiniones eran dispares, el ministro creía que la VOT estaba obligada a dar consentimiento a la petición, pero el resto de los hermanos no se ponían de acuerdo, para la mayoría, ese espacio, tan cercano al Cristo de los Dolores, era una joya, «(...) *la prenda mas preciada*», conque contaba la Orden.

Jamás se había accedido, en contra de las reiteradas peticiones de personas muy principales, en considerar ese lugar como de sepultura<sup>1384</sup>. Si se accedía a la petición de la viuda, la VOT tenía que resignarse a perder ese bien a perpetuidad. Después de varias reuniones prevaleció la opinión de los que opinaban que era superior el beneficio recibido por la VOT que el favor que se le solicitaba. Terminó de doblegar las voluntades más reacias la promesa de la dama de hacer donación, amén de la cantidad fijada, de otros legados.

---

<sup>1383</sup>Ibídem, C. 6, Lib. VIII, fol. 218v. Pedro Antonio de Aragón y su esposa Ana de Córdoba, duquesa de Feria, no constan que fuesen enterrados en ese lugar. El Duque falleció en 1690, su esposa lo había hecho anteriormente.

<sup>1384</sup>Ibídem, C. 2, Lib. IV, fol. 11v. La VOT nunca había accedido a satisfacer esas peticiones, una de ellas partió de la marquesa del Fresno. En 1670 la Marquesa, hermana tercera muy devota y generosa con los pobres de la Orden, hallándose gravemente enferma y desahuciada por los médicos, tras recibir la extremaunción, suplicó a la Fraternidad que se la enterrase temporalmente en ese espacio. Como la señora superó la enfermedad no se volvió a hablar del asunto.

Así las cosas, se sometió el veredicto a votación. Como era de esperar el resultado fue positivo a los deseos de doña Lorenza<sup>1385</sup>. Todavía la VOT tenía que salvar un escollo: conseguir la aprobación del guardián del convento franciscano. El Discretorio que sabía de las frecuentes penurias económicas que padecían los religiosos, ofreció al fraile, sin circunloquios, una sustanciosa cantidad, los 6.000 ducados que había prometido entregar la viuda, si accedía la entrega se haría en tres plazos anuales. De esa forma la VOT, tenía la posibilidad de rentabilizar la donación mientras se cumplían los plazos.

El guardián se avino al trato sin poner obstáculos, y la patente de su asentimiento la ratificó el provincial franciscano<sup>1386</sup>.

Ese momento dulce entre la VOT y el convento la aprovecharon los terceros para que los religiosos les vendiesen un trozo de terreno y agrandar la sacristía. Los frailes en “deuda” por la reciente donación de la VOT no pusieron objeciones e, incluso, insinuaron cederlo de manera gratuita, acto de buena voluntad que la Orden no quiso aceptar por lo que entregó al guardián 300 ducados de vellón.

López de Zárate se desplazó al domicilio de doña Lorenza para comunicarle el éxito de la empresa; la alegría de la señora fue notoria, sobre todo, cuando se le dijo que:

*«Incluso si no hacía uso de dicho espacio y prefería enterrarse bajo el altar de la capilla antigua, el hueco debajo del altar del Cristo se tabicaría para que en ningún tiempo nadie fuese enterrado en dicho lugar, pero si quería dar satisfacción a su primitivo deseo en razón de su dominio y propiedad se le permitía que pusiera sus armas en los cuatro frontispicios del altar, en bronce, jaspe o mármol, a su costa y elección»*<sup>1387</sup>.

---

<sup>1385</sup>Ibíd., C.4, L.VI, fol. 15. Hasta entonces no se había permitido efectuar enterramientos en la capilla del Cristo de los Dolores, una condición impuesta por el convento, puesto que la bóveda se había construido contra el parecer de los religiosos. Cuando en 1674 el visitador fray Francisco Sánchez de Gareca presentó a la Junta la petición de un alto título, del que no se dice el nombre, de que su hijo y heredero fuese enterrado en ese lugar, con la promesa de fundar varias capellanías en la capilla del Cristo y de entregar una importante limosna, la Orden no quiso aceptar ofertas de ese tipo.

<sup>1386</sup>Ibíd., fols. 19v., 23v., 30 y 85. De los 6.000 ducados que se ajustaron entre la VOT y el convento, 2.000 se pagaron antes de finalizar el año 1678, y los 4.000 restantes, con el permiso de los frailes, la VOT los puso a censo; sus réditos se entregaban anualmente al síndico del convento «(...) para que la Religión se viese excusada de gastos de cobranza», y de los 4.000 ducados de capital se les entregaban 200 ducados al año por vía de limosna.

<sup>1387</sup>Ibíd., fols 15 y 17v. Doña Lorenza tomó el escudo de armas de su familia materna, los Manrique de Lara, un campo de gules con dos calderas jaqueladas de oro y sable puestas en polo con cuatro serpientes salientes de cada lado de las asas, dos hacia dentro y dos hacia fuera, y con el lema “*Nos non venimos de reyes que reyes vienen de nos*”. ATIENZA, J.: *Nobiliario Español, diccionario heráldico de apellidos españoles*, Madrid, 1959. Las armas de los Manrique de Lara esculpidas en mármol figuran en las diferentes caras del altar.

La señora se mostró exultante, en verdad había aportado su patrocinio a los proyectos de la Orden, pero había sido recompensada con creces. Enterrarse junto a su difunto esposo bajo el altar, junto al Cristo, un espacio de privilegio, en un templo honrado por la continuada visita de los madrileños, colmaba sus expectativas. Ese lugar sería una tribuna para publicitar las virtudes de su linaje, no tanto el de los Cárdenas como el de los Manrique<sup>1388</sup>. Fue tal su satisfacción que a los pocos días entregaba a la Orden una gran parte de los objetos más valiosos que componían el ajuar de su casa: jarrones, pebeteros, braseros, fuentes, escudos, jarras, relicarios, lámparas, servicios de mesa y cuberterías de plata, además de cuadros de gran valor e imágenes.

Como el 23 de octubre de 1678 se habían cumplido veinte años de la muerte de Ramírez de Prado, su viuda dispuso que el traslado no se dilatase más. La VOT preparó con detalle las honras fúnebres con que se recibiría al antiguo consejero: una misa cantada, oficiada por el padre provincial franciscano asistido por hermanos sacerdotes de la Fraternidad, y acompañamiento de los músicos de la capilla de las Descalzas Reales<sup>1389</sup>. Después, en los días siguientes, se oficiarán hasta un centenar de misas en los cuatro altares de la capilla del Cristo, en la capilla antigua y en su bóveda.

Antes del traslado de Ramírez de Prado, una comisión de terceros encabezada por López de Zárate, seguido de Bernabé Roche Moxica, Tomás Felipe de Legazpi, Antonio Freyre de Andrade, Agustín de Arellano, y Diego Prado de Santayana, se dirigió a doña Lorenza para notificarle que las celebraciones que había programado la Orden con motivo de la próxima fiesta de la Concepción de María se aplicarían por el bienestar espiritual y temporal de su persona. La viuda, complacida y adulada, intercambió cortesías con los hermanos, y así nos lo transmite uno de los presentes:

*«(...) pues se ve colmada por tantas gracias y delicadezas cuando es ella la que debe mostrarse agradecida pues el beneficio espiritual es para quien lo hace y a la Orden le supone el trabajo de administrar, ejecutar y la puntual disposición y cumplimiento que es debido»*<sup>1390</sup>.

---

<sup>1388</sup> AVOTM, leg. 442/36/37. Documento en el que Eusebio Marcos, procurador general de la VOT, dice que en el año pasado de 1678 se otorgó a doña Lorenza de Cárdenas y Manrique escritura de donación y derecho para enterrarse ella y los huesos de su marido en el hueco o nicho del tabernáculo, pero no para sus herederos, y así se juró para que tuviera permanencia.

<sup>1389</sup> CAPDEPÓN, P.: «La capilla de música del Real Monasterio de la Descalzas Reales de Madrid», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, n.º 37, Madrid, 1997, pp. 215-226.

<sup>1390</sup> AVOTM, C. 4, Lib. VI, fol 18.

El 6 de noviembre de 1678, dentro de la octava de difuntos, se recibió el cuerpo de don Lorenzo. A las cuatro y media de la tarde un grupo de terceros y hermanos de hábito descubierto, a cuya cabeza marchaba López de Zárate, llegaban al convento de monjas franciscas de Nuestra Señora de Constantinopla. La VOT, comprometida con la viuda a sufragar los gastos, no se mostró tacaña: ataúd de felpa encarnada guarnecida con galones de oro, forro de tafetán blanco, cerraduras, cantoneras, aldabones y clavazón dorados... Mientras las monjas entonaban un responso, los hermanos compusieron y cubrieron con el hábito franciscano los restos de Ramírez de Prado, se introdujeron en el féretro y se subieron a un coche. Al anochecer, una fría noche de noviembre, casi en secreto, la comitiva se dirigió hacia San Francisco. Marchaba primero el carruaje con el féretro, seguido del cortejo que formaban los acompañantes, caballeros de hábito, varios consejeros, hermanos de la VOT y personas del servicio de la casa de su viuda, entre ellos antiguos y fieles servidores de don Lorenzo. Todos iban vestidos de luto.

La comunidad de frailes, con velas encendidas, esperaba a la comitiva, junto a las cadenas que cercaban la lonja de la iglesia de San Francisco. Junto a ellos, se encontraba fray Nicolás Lozano (antiguo confesor de la reina de Francia, Ana de Austria), revestido de capa pluvial, y a su lado terceros de hábito descubierto que en puestos en círculo alumbraban con hachones la entrada de la capilla antigua de la VOT. El ataúd, a la luz de las antorchas, se depositó en la bóveda, encima de un túmulo de dos gradas cubierto con bayeta negra con los emblemas de la VOT. Tras rezar un responso, se retiraron los presentes, a excepción de cuatro hermanos de hábito descubierto que velaron el cadáver durante toda la noche<sup>1391</sup>.

Al día siguiente, la capilla del Cristo amaneció con los bancos enlutados y el pavimento cubierto de bayeta negra; en el centro del templo, ante el altar, estaba dispuesto un gran túmulo con cuatro gradas cubierto de paño de brocado bordado en color negro, los emblemas de la Orden Tercera franciscana destacaban bordados en oro. A ambos lados del altar se colocaron dos tribunas para los músicos de la Real Capilla de la Encarnación<sup>1392</sup>, y alrededor del túmulo ardían veinticuatro candeleros de plata con hachetas y doce blandones también en plata con ambleos de cera blanca bañada en amarillo. El encargado de organizar el acto, el hermano Luis Coronel de Palma, de la Orden de Avis, dispuso en semicírculo alrededor del féretro dos bancos para que los ocupasen eclesiásticos y

---

<sup>1391</sup>Ibídem, fols. 23v. y 25.

<sup>1392</sup>CAPDEPÓN, P.: *Anales del Instituto de Estudios...*, pp. 455-486.

seglares. En uno se acomodaron: el guardián, el ministro, el coadjutor y el marqués de Santillana, antiguo ministro de la VOT madrileña; en el otro: el visitador y caballeros de hábito. Para dar mayor solemnidad acto, la VOT había convocado a antiguos ministros de la Fraternidad, a hermanos de título, a togados, a secretarios de Su Majestad y a dignidades eclesiásticas y seglares.

El ataúd con Ramírez de Prado entró en la capilla del Cristo sobre los hombros de caballeros de la Orden de Santiago, hermanos de la VOT; eran estos: Antonio de Ubilla y Medina, marqués de Rivas y secretario de Su Majestad en la Real Junta de Descargos; Alonso Carnero; José Fernández de Vicuña; Lucas González de Zárate; Manuel Gelaz y Juan del Río. Al finalizar la misa oficiada por el provincial franciscano, se rezó un responso.

Días después, la VOT hizo un balance de los actos, y fue opinión general entre los discretos que una vez más se había hecho pública manifestación de devoción y espiritualidad, y que socialmente había constituido un éxito por la afluencia de “tanta gente principal de la sociedad y de la política”<sup>1393</sup>. De nuevo se entrecruzaban devoción, piedad y consideración social.

En ese animoso estado de felicidad se encontraba doña Lorenza; la propiedad de ese pequeño habitáculo significaba su triunfo personal; ella, la viuda de Ramírez de Prado, había logrado lo que otros grandes señores no lo pudieron hacer. Y esa alegría no tardará en exteriorizarla, no va a renunciar a perpetuar la memoria de su linaje y ordenar que se impriman sus armas familiares, las de los Manrique, en las cuatro caras del altar: una caldera jaquelada de la que sobresalen tres sierpes. Con ese gesto rinde tributo a la memoria de su esposo<sup>1394</sup>.

### **3. 3. *Desavenencias con la VOT***

La capilla del Cristo de los Dolores se había enriquecido gracias a las donaciones de sus benefactores, en particular de doña Lorenza, quien desde 1678 gozaba de un sitio reservado en el templo. Aquellos que por vez primera visitaban la capilla se maravillaban cuando su mirada tropezaba con la espléndida custodia de plata y oro cuajada de perlas y piedras preciosas, y con los dos aparadores colocados a los lados del altar, repletos de

---

<sup>1393</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI, fol. 24.

<sup>1394</sup>El escudo de armas de los Manrique de Lara en el altar mayor ha podido inducir a muchos devotos y estudiosos a creer que fue doña Lorenza la fundadora de la capilla del Cristo de los Dolores.

objetos bellísimos: tarros con incrustaciones de oro, candelarias, macetas con grabados en oro, fuentes, aguamaniles, perfumadores, vinajeras, campanillas..., toda esa magnificencia formaba parte de los donativos de la dama. Para los fieles, que cansados de tanto boato dirigían los ojos hacia lo alto, allí, pendiente de la media naranja de la cúpula, caía majestuosamente la preciosa lámpara en la que perpetuamente ardían las tres luces, también obsequio de la viuda.

Antes de que finalizase 1678 doña Lorenza quiso establecer otra fundación y pidió al ministro de la Orden que la visitase. Cuando lo hizo, la señora le comunicó que era dueña de unos efectos situados en el Reino de Galicia por valor de 115.308 ducados cuyos réditos, a razón del 8% anual, rondaban los 10.000 ducados. Tenía interés en que fuese la Orden la que le administrase ese bien, con la condición (siempre había una condición) que mientras ella viviese todos los primeros días del mes se le hiciese llegar una cantidad fija, quinientos ducados. El resto de la renta anual, 4.000 ducados, de momento quedaría en manos de la VOT para sus pobres, pero después de su muerte, con ese efecto la Orden debería establecer una fundación que redimiese cautivos cristianos de los moros. Primero se rescataría a los más jóvenes, pues por su corta edad podía flaquear su fe, o usar de ellos los infieles; después, mujeres y ancianos y, por último, a los sacerdotes, pues aunque eran ellos los que recibían las más crueles injurias y maltratos, por su formación eran los más fuertes.

*«(...) y que un sacerdote, un religioso y un hermano de la Orden Tercera, cuando se junte de la dicha renta la cantidad suficiente viajen a Argel, Fez o Tetuán a redimir a los cautivos cristianos que pudiesen,, prefiriendo a los que fuesen de la Orden Tercera, niños, viejos, mujeres y soldados de estos reinos. Y por la administración de dicha renta han de quedar 500 ducados cada año a la Orden Tercera...»<sup>1395</sup>.*

El ministro trasladó a la junta los deseos de la señora y nuevamente en el Discretorio se alabó su generosidad. La VOT, que era experta en asuntos de cobranzas y sabía de los inconvenientes que se podían presentar en esos asuntos, antes de que se firmasen las escrituras quiso estudiarlas, y también estar preparada para solventar futuros inconvenientes que surgiesen. El 30 de noviembre la VOT se hizo cargo de esa cesión. A última hora, doña Lorenza había incluido una cláusula: de las rentas que recibiría anualmente la VOT debería enviar cierta cantidad a un convento de carmelitas en las Batuecas, que se encargaban por orden de la señora del sustento de unos ermitaños. Si la

---

<sup>1395</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI, fols. 24v. y 33v.

renta anual del capital disminuía, no se acortaría la de los ermitaños, sólo la VOT mermaría la suya.

Las relaciones entre la benefactora y la Orden Tercera madrileña discurrieron cordialmente durante varios meses, pero a primeros de abril de 1679 llegaron a los hermanos rumores de que en la calle se hablaba de: *“las contrariedades surgidas en las relaciones entre doña Lorenza y la VOT”*.

La única causa posible era que la VOT se había retrasado en el pago de las cantidades mensuales establecidas en la última donación y la viuda impaciente y de forma terminante las reclamaba. El ministro prometió hacerlo en breve, y adujo que no contaba con dinero disponible, pues se habían presentado dificultades al cobrar las rentas. A mediados de abril dos hermanos llevaron al domicilio de doña Lorenza las mesadas de enero y febrero, explicándole que en breve recibiría el resto. La dama no se avino a razones, se negó a aceptarlo si no era en su totalidad.

La VOT, molesta y preocupada por el giro que estaba tomando la relación, anteriormente óptima, creyó oportuno depositar el dinero en la oficina del escribano Juan Basallo. López de Zárate puso en conocimiento de don Pedro Diez de Álava, tesorero de los efectos de las memorias de doña Lorenza, el incidente, y le pidió que actuase como mediador; la señora debía saber que la impuntualidad en los pagos se había debido a que la VOT carecía de capital efectivo y, por tanto, necesitaba el cobro de las rentas para satisfacer la obligación contraída. Como don Pedro va a intentar hacerle entrega a doña Lorenza del total de lo adeudado, le acompaña un escribano para que haga acta pública de la entrega<sup>1396</sup>.

Los hermanos que no deseaban indisponerse ni romper su relación con la viuda, habían buscado una solución rápida, se había pedido un préstamo para satisfacer la deuda<sup>1397</sup>. El esfuerzo fue vano, doña Lorenza siguió empeñada en su postura y quiso ver mala fe en el proceder de algunos hermanos, acusándoles de aprovecharse de una anciana sola y enferma.

---

<sup>1396</sup> *Ibidem*, C.4, L.VI, fols. 67v. y 73v.

<sup>1397</sup> Este caso es un ejemplo de situaciones que frecuentemente se dieron en la VOT. Algunos devotos, efectivamente entregaban sus donaciones sin exigencias, pero otros que tenían parte de su hacienda en juros, censos o efectos, y que por situación económica de la época tenían graves dificultades en los cobros, veían una salida nombrando a la Orden, con escritura por medio, como su administradora e, incluso, tras su muerte, heredera a cambio de recibir en vida una renta anual o mensual.

Como era mujer de carácter y bien relacionada, ante lo que ella creía un engaño, no permaneció inactiva, presentó un memorial a Su Majestad en el que pedía licencia para efectuar ciertos cambios en la obra pía que había fundado para redimir cautivos de la que era administradora la VOT<sup>1398</sup>. Incluso llevó la petición ante un alcalde de Corte con el fin de que mientras no se resolviese el pleito la Orden no recibiese los réditos del capital.

El escrito que se intitula: “*Defensa de las calumnias que algunos hermanos de la Orden Tercera franciscana vertieron sobre Lorenza de Cárdenas*”<sup>1399</sup>, es una queja y una súplica ante el rey Carlos II. En ella se lamenta que la VOT, alevosamente, le haya presentado incompletas las escrituras de la donación objeto del pleito, con el fin de que las firmase y, posteriormente, sin su consentimiento, añadir cláusulas que la perjudicasen. Se declara indefensa, enferma, postrada en el lecho, una situación de la que se han aprovechado, sino todos los discretos, sí algunos. Y en ese punto acusa formalmente al contador don Luis Ángel Coronel, del que dice que, valiéndose de falsas razones y abusando de su confianza, en una de las visitas a su domicilio, con malas artes se hizo con la llave del bargueño donde se guardaban las escrituras y las tomó sin su permiso. Cuando sus servidores la pusieron en conocimiento del hecho, se despertó su desconfianza que aumentó cuando le entregaron nuevamente las escrituras y comprobó que se habían alterado con cláusulas extrañas e irregulares en contra del derecho, uso y costumbre de las últimas donaciones; unas escrituras (y aquí se lamenta) que ella confiadamente había firmado en blanco.

La señora afirmaba que antes de hacer la denuncia había pedido al ministro López de Zárate, que los documentos se rehiciesen, pero habían pasado dos meses y visto que en la VOT no había buena voluntad en subsanar la falta, tomaba la decisión de pedir el favor del Rey “*como amparo universal que es de los afligidos*”. Por ello, le suplicaba que intercediese, para que se revisasen las escrituras y que por gobierno, concordia, justicia o

---

<sup>1398</sup> AVOTM, C. 7. Lib. IX, fols. 355v. y 481. El 7 de diciembre de 1691, gracias a la fundación de doña Lorenza de Cárdenas, la VOT tenía caudal suficiente y pudo participar en el canje de 100 cristianos cautivos en la ciudad de Larache. En Madrid se celebró la noticia con misas, te deum, laudamus, luminarias, repique de campanas. La VOT quiso que desde el púlpito de las parroquias se hablase de la buena nueva, para que se desvaneciesen las dudas de algunos fieles incrédulos que por la tardanza en realizarse los tratados del rescate habían dudado de ello. El 27 de febrero de 1692 tenía efecto otra redención de 124 cautivos presos en las plazas de Larache y la Mahamora. Ese acontecimiento dio nuevo prestigio a la VOT.

Leg. 371/2. Cuadernos de juntas en los que se trata sobre la redención de cautivos, 1689-1690.

Leg. 418/6/7. Expedientes de escrituras sobre la redención de cautivos.

Leg. 421/23. Memorias de fundaciones para la redención de cautivos.

Leg. 471/18. Escritura de redención de cautivos.

<sup>1399</sup> *Ibíd.*, leg. 484/1.



del modo que conviniera se ajustasen las diferencia pendientes sin que fuese necesario llevar el asunto hasta los tribunales<sup>1400</sup>.

También acusaba a los terceros de otras irregularidades, primero con la riquísima custodia que donó a la Orden, una admirable obra del orfebre Joseph de Lezama, un trabajo valorado en 10.000 ducados de vellón, aparte de la plata y piedras preciosas que se habían empleado en su elaboración, pero no dice en que había consistido la irregularidad, después con la lámpara también en plata que entregó para que alumbrase la capilla del Cristo de los Dolores, y la dotación que aplicó para su mantenimiento y, por último, aludía al bellissimo tapiz, un bien artístico familiar de gran valor y tamaño que representaba una historia mitológica profana. Ha sabido que lejos de ser vendida y dedicar su producto a socorrer a los pobres esa tapicería ha permanecido en el domicilio del nombrado Luis Ángel Coronel durante largo tiempo, lo que ha perjudicado su venta<sup>1401</sup>. A partir de ese momento doña Lorenza dedicaba una parte del documento a hacer una detallada exposición de los bienes con los que había favorecido a la VOT en los últimos años.

Siempre tuvo el afán de favorecer a los pobres de todos los estados: enfermos, sacerdotes, viudas, niñas huérfanas y presos de las cárceles, pero se lamentaba que por ser la sed humana ilimitada, tomando como pretexto la necesidad de los pobres, algunos sujetos, en particular el hermano mencionado del que había averiguado que anteriormente fue expulsado de la Hermandad del Refugio y de la del Hospicio, se habían querido aprovechar de su situación:

*“Desnudándola de todos sus bienes exponiendo en la escritura de la redención de cautivos cláusulas de donación entre vivos, sacándole la firma con engaños, cambiando fechas y haciendo instándole a que firme en blanco, por ello formalmente acusó a don Luis Coronel y a don Manuel Gales y también al ministro López de Zárate por no actuar con firmeza y por no rebatir a los hermanos de la VOT que por defenderse la han acusado de desdecirse de su entrega y esa es la causa por la que se ha visto obligada a buscar el amparo del Rey para que su nombre y su persona queden en el lugar que le corresponde”.*

---

<sup>1400</sup> Los cambios podían perjudicar seriamente a la fundación de la residencia de las viudas y a la cantidad que recibirían en la casa de acogida en Trujillo.

<sup>1401</sup> AVOTM, C. 4, Lib. VI, fol. 81v. La hermosa tapicería, tasada en más de cinco mil ducados, fue vendida a doña María Hurtado de Mendoza por 44.154 reales. El producto de la venta se repartió, en contra del parecer de la donante, de la manera siguiente: a la enfermería se le entregaron 22.078 reales, 16.500 reales se destinaron a pagar deudas de la Orden, y el resto se colocó a censo para ayuda de las memorias de la señora. El deseo de la donante era que el producto íntegro se aplicase en la construcción del hospital-enfermería a la residencia de las viudas.

A nosotros nos surgen preguntas e hipótesis ¿Es realmente la situación tal y como la describe la señora, falta de escrúpulos del contador, ambición de la VOT? Nos cuesta creerlo. Pero entonces ¿a qué se debe el repentino cambio en la actitud de la viuda Cárdenas?

Ella conocía de antemano la situación económica en la que se movía la VOT, sabía que no disponía de capital propio, y que su economía se basaba en recibir rentas de las donaciones de los benefactores. También era consciente de las dificultades que ofrecía el cobro de las rentas gallegas, ella misma había puesto sobre aviso a la VOT. ¿Ha sido entonces una estrategia por parte de doña Lorenza para contar sin dificultades con esa renta? ¿No es significativo que los problemas surjan a raíz de que se la haya hecho donación de la sepultura en la capilla del Cristo?, o ¿Ha sufrido quizás presiones por parte de algunos de sus deudos?

Esto último no lo creemos, es mujer de fuerte carácter, determinada en la consecución de sus proyectos, y poco amiga de que se le aconseje. Si analizamos su relación con la VOT, observamos que su esplendidez siempre se ha visto recompensada con gracias espirituales, oraciones, misas, etc., u otros bienes como la preciada sepultura. Se puede decir que ha sido una relación de intercambio.

Cuando la VOT tuvo conocimiento de los pasos dados por doña Lorenza se defendió con otro memorial de réplica<sup>1402</sup>. El visitador fray Francisco Sánchez Gareca, don Antonio de Ubilla y Medina, marqués de Rivas, secretario en la Real Junta de Descargos, y don Francisco Fernández de los Ríos entregaron el escrito en Palacio<sup>1403</sup>. El Rey envió el documento al Consejo Real para que fuese estudiado y juzgado. La Orden, intranquila por la decisión que se podía tomar, buscó entre los hermanos personas afines a ese Consejo. Ellos podrían percibir el ánimo de los consejeros ante el asunto a resolver. Por su parte, el ministro se entrevistó con el presidente, Pedro de Toledo, también tercero, confiando en que don Pedro, protector de las obras pías, pero también hermano tercero, fuese imparcial y tomase la decisión conveniente para la resolución del problema, sin que

---

<sup>1402</sup>Ibídem, C.4, Lib. VI, fol.72v.

<sup>1403</sup>Ibídem, fols. 231 y 233. Fray Francisco Sánchez Gareca ejercía el cargo de visitador de la VOT desde el año de 1669, diez años después se encontraba con la salud seriamente quebrantada. Moría un año después, el 27 de noviembre de 1680. Su muerte fue muy sentida por los hermanos, y en señal de agradecimiento no solamente se le honró con solemnes funerales, sino que también se encargó al pintor Marcos de Orozco que le hiciese un retrato. Cuando la pintura estuvo terminada se colocó en uno de los lados de la puerta de entrada a la capilla del Cristo de los Dolores, en correspondencia a la que se había realizado con anterioridad al ministro de la Orden don Iñigo López de Zárate. De esa manera, la VOT reconocía de forma pública la magnífica labor realizada por algunos de sus hermanos, ilustres varones, en favor de la Fraternidad.

la VOT resultase perjudicada<sup>1404</sup>. Pero, sin explicaciones, don Pedro de Toledo nombró juez preventivo del caso a Juan Antonio de Otalora, del Consejo de Castilla, por lo que al ver la Orden el cariz que tomaba el asunto decidió contratar a los abogados Juan de Apodaca y Rafael Sáez de la Maza, expertos en esas lides para que la representasen en el pleito que se avecinaba.

Aunque los hechos discurrían paralelos a los preparativos y alborozos que en la Corte causó la boda del rey Carlos con María Luisa de Orleáns<sup>1405</sup>, la VOT no pensaba en los festejos sino que mostraba temor porque doña Lorenza, en su represalia, retirase la donación de la encomienda de Indias que se haría efectiva tras su muerte. Había que saber que se entendía por las dos vidas, si el tiempo que viviesen dos sujetos nombrados por la VOT o por un determinado cómputo de años de vida. La urgencia estaba en que al ser donación de la viuda, y dadas las circunstancias presentes, se temía que la señora interpusiese otra demanda para que la encomienda le fuese restituida.

El Discretorio pensó buscar el apoyo del príncipe don Juan José, hermano de la VOT, y su bienhechor, pero se supo que estaba seriamente enfermo, aún así, el hermano Joseph Gallo de Santas Martas, amigo íntimo del confesor de Su Alteza se dirigió a éste para que mediase, asegurándole que nunca la VOT actuó de mala fe. A su vez, el conde de Mora, que contaba con el favor de la infanta Margarita, hermana de Felipe IV, religiosa en las Descalzas Reales, le pidió a ésta que intercediera a favor de la VOT ante su sobrino, el Rey<sup>1406</sup>.

La Orden, a pesar de los graves problemas, ni alteró su vida de piedad, ni abandonó la asistencia a los pobres. En el mes de julio, la capilla del Cristo de los Dolores colaboró activamente con rogativas y oraciones para que no llegasen a la capital las epidemias contagiosas que padecían en la ciudad de Granada y en otros lugares de

---

<sup>1404</sup>Ibídem, fols. 73 y 84. A propósito de las entrevistas que tienen lugar entre hermanos de la Orden Tercera y los miembros del Consejo Real: Fernando Moscoso, Carlos de Villamayor, Pedro de Ulloa, Carlos de Herrera, Gonzalo de Córdoba, Lope de los Ríos y otros.

<sup>1405</sup>GONZÁLEZ DORIA F.: *Las reinas de España*, Madrid, 1989, p. 231. Fueron varias las princesas que se le propusieron a Carlos II como futura esposa, pero finalmente, triunfó la candidata francesa María Luisa de Orleáns. Parece ser que fue su hermanastro don Juan José el que, llevado por el odio que profesaba a la Reina doña Mariana, influyó en su ánimo en ese asunto y desbarató el que ya estaba casi proyectado con María Antonia de Austria. El encargado de ajustar el casamiento fue el marqués de los Balbases, para lo cual debió de trasladarse desde Bruselas a París. Las capitulaciones se firmaron en julio, y la boda se celebró por poderes el 31 de agosto en Fontaineblau. Carlos salió de Madrid en octubre para encontrarse con la Reina en Burgos.

<sup>1406</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI, fols. 87v. y 94v.

Andalucía<sup>1407</sup>. Un mes después, esas rogativas tenían otro fin, suplicar por la salud y pronta recuperación del príncipe Juan José de Austria, el hermanastro del Rey. En la VOT se rezaron cientos de oraciones, se oficiaron misas y se le nombró en las pláticas, se pidió ayuda a la Divina Providencia por ser “*tan importante su salud para la buena marcha de la Monarquía*”<sup>1408</sup>.

### 3. 4. Testamento y muerte

Se ha dicho que doña Lorenza era persona acostumbrada a ordenar y ser obedecida, caritativa y generosa, pero autoritaria en sus actuaciones y amante de cumplir su voluntad. Desconocemos, ya que no existe documentación a ese respecto, en qué estado quedaron sus finanzas después de las donaciones hechas a la VOT, y si en verdad tenía necesidad de recibir puntualmente los 500 ducados mensuales. No es frecuente en la época, encontrar a mujeres solteras o casadas, que pleiteasen para proteger sus derechos, no sucede lo mismo si se trata de viudas, su estado les permite actuar por sí mismas ante el juez<sup>1409</sup>.

Cuando Lorenza de Cárdenas se dio a conocer en la VOT y estrechó sus relaciones con ésta, ya era mujer de edad avanzada, superaba lo setenta años, y padecía continuos achaques, de esa manera lo refieren las comisiones de hermanos que acuden a visitarla. Después, cuando surgieron los problemas y la armonía entre la bienhechora y Orden se

---

<sup>1407</sup>Ibídem, fol. 88. La VOT había solicitado licencia para hacer rogativas públicas, pero se le denegó diciéndole que sólo lo harían el clero y las religiones. En la capilla de los terceros se celebró, si no rogativas, sí misa cantada por la mañana y por la tarde, completas y letanías. Siguió ocho días de oraciones, ejercicios disciplinares y mortificación en la bóveda. La Orden advirtió a los enfermeros del riesgo que podían correr los hermanos enfermos, y como prevención se acordó repartir unas limosnas extraordinarias para que extremasen las medidas sanitarias. En agosto proseguía la epidemia, y desde Baeza se recibió una carta en la que de forma angustiosa los hermanos de la Tercera Orden franciscana de esa localidad pedía a la VOT ayuda para socorrer a sus pobres. La Orden madrileña atraviesa, a su vez, una situación difícil, pero se hace un llamamiento a los discretos apelando a su generosidad. Uno de ellos Agustín Daza, entrega un juro que se le debe por valor de 3.000 reales para que lo cobren en Baeza. No quiere que figure su nombre, debe parecer que es limosna de la VOT de Madrid.

C. 5, Lib. VII de Acuerdos, fol. 411. Finalmente, se da permiso a la VOT para que se hagan rogativas. En agosto de 1688 llegaba a la VOT una petición en que se solicitaba la ofrenda de rogativas al Santo Cristo para que cesase la terrible epidemia. En el día de San Lorenzo, tras la convocatoria, una gran mayoría de hermanos terceros acudieron a la capilla del Cristo de los Dolores, y ante el Santísimo Sacramento expuesto en el altar, se postraron todos, rogando por la salud de sus hermanos enfermos en esas ciudades.

<sup>1408</sup>Ibídem, fol. 96. Don Juan José murió el 17 de septiembre de 1679. Su cuerpo se enterró en el monasterio del Escorial, sus vísceras en las Descalzas Reales en Madrid, y su corazón en el Pilar de Zaragoza.

<sup>1409</sup>GANDASEGUI APARICIO M. J.: «Proceso y sentimiento», en *Cuadernos de Investigación Histórica*, n.º 22, 1999, p. 34.

deterioró, los hermanos siguieron interesándose por su salud<sup>1410</sup>. El 22 de septiembre de 1680 la viuda de Ramírez de Prado enfermaba de cuidado, y al agravarse recibió la Extremaunción. En la capilla del Cristo de los Dolores se celebraron rogativas por su salud, y el visitador acompañado del ministro López de Zárate creyeron su deber visitarla. Se les recibió con cortesía y no se mencionaron temas que pudiesen causar malestar entre los presentes.

Un mes después, la gravedad de la dama había desaparecido, iniciándose una apreciable mejoría, pero la enfermedad había mermado sus fuerzas. Sin embargo, no flaqueó ni abandonó su postura con respecto a las escrituras. Es más, de nuevo corrieron rumores de que la viuda había manifestado públicamente su temor de que tras su muerte, la VOT entrase en su domicilio y no respetase sus últimas voluntades. Esos comentarios dañaron la reputación y el prestigio de la Orden, y el Discretorio, que no estaba dispuesto a consentir calumnias, convocó a sus abogados para que pusieran aún más ahínco en consolidar la defensa de la Orden ante los jueces<sup>1411</sup>. A principios de 1681 se celebró el pleito entre la VOT y doña Lorenza de Cárdenas. Se intentó un acuerdo, pero como la VOT no quiso abandonar la administración de los bienes de la señora, el pleito prosiguió.

La viuda, anciana y enferma, se mostraba cada vez más recelosa, sólo confiaba en su gran amiga la duquesa de Terranova, Juana de Aragón y Cortés, también marquesa del Valle<sup>1412</sup>, y en su sobrino político, Luis Enríquez, caballero de la Orden de Santiago, casado con su sobrina-nieta Lorenza de Cárdenas y Portugal.

---

<sup>1410</sup>AVOTM, fols. 186v. y 213. Los comisionados para visitar a la viuda de Ramírez de Prado fueron: Francisco Bustamente, Diego de Herrera y Francisco Fernández de los Ríos. Estos señores, además de expresarle sus sentimientos y sus deseos de un pronto restablecimiento, le llevaron como presente una pequeña imagen del Cristo de los Dolores, que la señora mandó colocar en su oratorio privado.

<sup>1411</sup>Ibíd., fol. 295.

<sup>1412</sup>El ducado de Terranova fue concedido a don Carlos de Aragón y Tagliana por Felipe II en agosto de 1561. Entre 1566 y 1568 fue virrey en Sicilia, y una muestra del apego que le demostró el Monarca fue la concesión de la Orden del Toisón de Oro. Juana de Aragón, duquesa de Terranova, debió su nombramiento como camarera mayor de la primera esposa de Carlos II, doña María Luisa de Orleáns, a la decisión política del hermanastro del Rey, don Juan José de Austria, que de esa forma quiso satisfacer a la Casa de Aragón por los servicios que le había prestado. La duquesa, de unos sesenta años, tenía el carácter altivo y gesto severo, viuda de don Carlos de Aragón, hermano de don Pedro de Aragón, vicescanciller de Aragón, vinculado por lazos familiares a doña Lorenza de Cárdenas (estaba casado con su sobrina la duquesa de Feria). Doña Juana, ya de edad avanzada, capitaneaba un ejército de personajes, que eran sus ojos, y que la mantenían informada en todo momento sobre las actuaciones de la Reina. Era fiel representante del aparato cortesano español tan distinto de la etiqueta francesa, y por este motivo la joven Reina siempre tenía sobre ella la mirada escrutadora de su camarera. Por ciertas confrontaciones con la Reina hubo de abandonar el cargo, siendo sustituida por la duquesa de Alburquerque. Cuando en 1691 murió la marquesa de Valduza, camarera mayor de la reina doña María Ana, la duquesa de Terranova la sustituyó; por ese motivo recibió muchas felicitaciones entre ellas la de la VOT, pues doña Juana siempre mostró hacia la Fraternidad un sincero aprecio. El ducado de Terranova permaneció en la familia hasta 1692, cuando al morir doña Juana

El testamento definitivo de Lorenza de Cárdenas se redactó en Madrid el 22 de septiembre de 1680, ante el escribano del Rey, Andrés de Caltañazor. Actuaron como testigos Pedro Valente, abogado de los Reales Consejos y seis caballeros más. El testamento “*in solidum*” no se abrió hasta después de su muerte.

Después de las invocaciones celestiales: Santísima Trinidad, Cristo Redentor, Santa Madre Iglesia, Reina de los Cielos, arcángeles, santos patronos, apóstoles, antes de comenzar con las disposiciones, recordaba, como fue su costumbre en vida, en escrituras y documentos, a sus familiares más cercanos, a su padre don Alonso de Cárdenas, a su madre doña Juana Ángela Manrique de Lara, dama de la infanta Catalina Micaela y de la reina Margarita de Austria, a sus abuelos maternos don Francisco y doña Isabel, y a los paternos, a su bisabuelo don Alonso de Cárdenas, primer conde de la Puebla del Maestre, a su tatarabuelo, aquel otro don Alonso de Cárdenas, último Maestre de la Orden de Santiago y, por último, hacía una mención especial a su esposo don Lorenzo Ramírez de Prado, que tanto la amó en vida y tanto la favoreció tras su muerte<sup>1413</sup>.

A los albaceas les encargaba que su cuerpo fuese sepultado junto al de su esposo en el espacio que se le había donado debajo del altar mayor en la capilla del Cristo de los Dolores. Suplicaba a su amiga la de Aragón que velase por el cumplimiento de las misas rezadas que debían celebrarse por su alma en el convento de monjas de carmelitas calzadas de las Maravillas<sup>1414</sup>. Ordenaba que su cuerpo vestido con traje de viuda, llevase debajo el hábito de la Tercera Orden, como devota hermana de la Orden Tercera de San Francisco.

Exigía de forma terminante que no se invitase a sus honras a ningún miembro de su familia “*por ser muy corta y de ninguna asistencia y su presencia podría causar inconvenientes, y es mi deseo proseguir en la muerte con la misma soledad que tuve en los últimos años de mi vida*”<sup>1415</sup>, y demandaba que por su alma, por la de su esposo, por la de sus padres, por la de su cuñado, Marcos Ramírez de Prado, arzobispo en Méjico, al que califica de bienhechor, y por todos aquellos con los que tenga alguna obligación de justicia y caridad, se digan cinco mil misas del alma en altares privilegiados.

---

sin sucesores el título pasó a la Casa de los Monteleone. Para más información, véase CONTRERAS, J.: *Carlos II...*, pp. 88,193-197.

<sup>1413</sup>AHPM, prot. n.º 9.858; AVOTM, legs. 5/14 y 413/13. Doña Lorenza testa por última vez el 22 de septiembre de 1680 ante Andrés Caltañazor.

<sup>1414</sup>AVOTM, legs. 5/14 y 413/13. Madrid, 1985, p. 168.

<sup>1415</sup>Ibídem, C. 4, Lib. VI, fol. 334.

Y de nuevo declara, como si se tratase de una espina que no puede deshacerse de ella, que de la hacienda de su padre, Alonso de Cárdenas, no heredó cosa alguna, pues aunque la mejoró con el tercio y remanente del quinto, ni siquiera recibió la legítima, por no haber bienes libres del vínculo de mayorazgo aún para satisfacer lo que se había consumido de la dote de su madre. Tampoco su hermano Lorenzo, conde de la Puebla del Maestre, consideró ninguna cantidad para dotarla, a pesar de que por escrito real se le ordenó que se le pagase lo que le correspondía de las rentas del dicho estado.

Se considera libre de todo vínculo hacia su familia, pues ha sido ella la que les ha servido con su hacienda y su persona en todo lo que ha podido y sus fuerzas se lo han permitido, sin correspondencia alguna. De la misma forma había actuado don Lorenzo con sus familiares, quienes gracias a los méritos y servicios del consejero, obtuvieron importantes puestos, no por ello recibió su reconocimiento, a excepción de su hermano fray Marcos, Arzobispo de Méjico, con el que mantuvieron continuas relaciones de ayuda y afecto. La falta de apoyo familiar por ambas partes supuso que el matrimonio se centrara sólo en los cónyuges. Se sostuvieron económicamente de los gajes del Consejo de Indias, de las ayudas de costas, y de los servicios que el Rey asignó al consejero. Don Lorenzo había recibido la encomienda de Indias por su excelente labor en las jornadas que se desarrollaron en Francia defendiendo el derecho de la Monarquía Hispánica en Zucarelo, y la otra encomienda en Castilla, por la brillante organización y el éxito que supuso para la Corona el recibimiento de la segunda esposa del rey Felipe IV, doña Mariana de Austria. Después, la hacienda y los bienes de los esposos aumentaron, sin perjuicio de nadie, y sin que interviniese herencia de una u otra parte, salvo la que ella finalmente pudo recibir de la dote de su madre, Juana Ángela, que le pertenecía al ser su única hija y heredera, sin que ninguno de sus hermanos tuviese parte por ser hijos del primer matrimonio del padre.

Esa herencia, que debía de haber recibido hacía muchos años, en gran parte en joyas, fue de la exclusiva propiedad de su querida madre, y no de los poseedores de las casas y estados de la Puebla del Maestre. Por todo ello, se considera libre de obligaciones en justicia, caridad y política con respecto a cualquiera de los parientes de don Lorenzo o suyos *“que ninguno de mis parientes cercanos pueda pretender acción ni derecho alguno a parte alguna de mis bienes y hacienda, próximo ni remoto y si mis testamentarios quisieren cambios, les revoco la facultad que les di”*.

Doña Lorenza, previsora y sagaz, quería dejar libre de dudas sus disposiciones para que no fuesen alteradas, ni por los testamentarios, ni por un juez, ni un ministro

eclesiástico ni seglar, ni por posibles equívocos, ni por conmutación de limosnas, etc. Nombraba como patrono de sus fundaciones al Rey, y como herederos de todos sus bienes a los Santos Lugares de Jerusalén<sup>1416</sup>.

De igual forma que lo había hecho su esposo, quiso favorecer a las personas que durante su larga viudedad y enfermedad la consolaron, principalmente a sus más apreciadas amigas, en especial a la duquesa de Terranova, y a sus criados y servidores<sup>1417</sup>.

El testamento acaba con una relación de los legados que han de recibir tras su muerte sus seres más queridos: la duquesa de Terranova “(...) *porque me ha hecho merced y favorecido con tanto esmero y asistencia especialmente en mi enfermedad, y para mostrar mi agradecimiento y consideración...*”, le deja varias joyas y reliquias, y una petición “(...) *que tras mi muerte se digan en la Venerable Orden Tercera los sufragios por mi alma a los que se han obligado*”» ¿Quizá desconfiaba de que se llevasen a efecto?. A doña Aldonza Fernández de Córdoba, “(...) *por el recíproco cariño que nos hemos tenido le dejo (...)*”, alfombras, estrados y 500 ducados de renta por los días de su vida y después que vayan a sus herederos. A sus sobrinas nietas, Francisca de Cárdenas, duquesa de San Fernando, Catalina de Cárdenas, y Lorenza-Francisca de Cárdenas Colón de Toledo y Portugal, condesa de Montenuuevo y señora de Lobón<sup>1418</sup>, les deja aderezos de diamantes, pinturas del Greco, imágenes, piezas de oro, dinero en efectivo, tapices.

---

<sup>1416</sup>Ibidem, fol. 413. ARCE, A.: *Expediciones de España a Jerusalén*, Madrid, 1958, pp. 14-15, 329-331. La Obra Pía de los Santos lugares nació con el fin de mantener su protección y auxilio; fueron los hijos de San Francisco los primeros religiosos que acudieron a la custodia de los Santos Lugares, pero la necesidad les hizo implorar la caridad de los fieles para poder sostenerse y conservar aquellos santuarios. Con ese fin se creó un organismo dedicado a la recaudación y administración de las limosnas a favor de Tierra Santa. Los reyes españoles fueron especialmente generosos en sus limosnas. A la Obra Pía se incorporó después la Comisaría de Tierra Santa, que fue la aplicación de la Institución de Síndicos Apostólicos, introducidos en la Orden franciscana por bulas pontificias (9 de julio de 1420). Eran los encargados de recoger las limosnas que se habían recaudado en los diferentes lugares. Estos cargos de procuradores o síndicos los ejercían religiosos, pero también los había seglares. Los Reyes Católicos fueron grandes benefactores de esta obra. El nombre de Obra Pía de los Santos Lugares nace con el fin de concentrar todas las limosnas, donativos oficiales, particulares, colectas, mandas testamentarias, etc. En un principio el oficio de comisario de Tierra Santa se confiaba al vicario o al general de la Orden Franciscana, y entrando el siglo XVI se acordó instituir comisarios procuradores en las diversas naciones, quienes se encargaban de recoger las limosnas. En España, el comisario, que residía en Sevilla, cuidaba también de las limosnas recibidas de Indias, y daba parte de todo y se remitían las limosnas al comisario general. Las remesas eran enviadas periódicamente a Jerusalén, y bajo severísimas penas se prohibía emplearlas en otras atenciones que no fuesen la conservación y recuperación de los Santos Lugares, además del sustento de los frailes. Esta organización de la Obra Pía se mantuvo invariable hasta el reinado de Carlos III, época en la que por Real Cédula perdió la independencia de su gobierno y se vio sometida al Monarca, quien alegó como razón el derecho de patronato.

<sup>1417</sup>AHPM, t. 9.858. Testamento de Lorenza de Cárdenas.

<sup>1418</sup>Esta señora casó dos veces la primera con Francisco Tello de Portugal, caballero de la Orden de Alcántara, marqués de la Saucedá, cuando el matrimonio se anuló, contrajo segundas nupcias con Luis Henríquez de las Casas y Villalobos, primer conde de Montenuuevo, caballero de Santiago, mayordomo de las reinas doña María Luisa de Orleáns y doña Mariana de Baviera y Neoburgo. Del matrimonio de Luis



Y a todos los que la han servido durante su larga viudedad, los que no la abandonaron cuando la vieron anciana y enferma, y las personas que la han rendido algún servicio: consejeros, frailes, confesores, capellanes, antiguos sirvientes, etc., recibirán tras su muerte, objetos de arte, dinero, muebles y ropas.

El 8 de diciembre de 1681, sin que mejorasen sus relaciones con la VOT y sin que se resolviese la discordia, fallece Lorenza de Cárdenas a las tres de la tarde. Su deseo es que en su entierro no haya pompas ni autos ni grandes acompañamientos; quiere moderación y mesura, que se celebre de noche y en secreto y que su cuerpo se lleve a la capilla del Cristo de los Dolores en carruaje, con algunos sacerdotes siguiendo a la cruz de la parroquia y que no falten los capellanes que ofician las misas de todas sus fundaciones piadosas. Descarta lutos y honras solemnes, que considera banalidades mundanas.

Cuando el Discretorio tuvo conocimiento de la muerte de doña Lorenza, se reunió para organizar el sepelio. Sin tener en cuenta por las dificultades que atravesaba la VOT, ni en las consecuencias que podían derivarse del pleito, se votó, sin ningún voto en contra, que todos los gastos del entierro y de los funerales, es decir, de puertas adentro, corriesen a cargo de la VOT, sin que hubiese límites para que quedase constancia del agradecimiento y desinterés de los hermanos hacia su benefactora a la que se trata de *“Ilustrísima por su sangre y memorable por las fundaciones que hizo a nuestra Orden”*.

Puestos de acuerdo hermanos y albaceas, que consideraron que al menos el funeral debía estar en consonancia con su estado social y sus obligaciones con el linaje, se hicieron a toda prisa los preparativos para que el martes nueve de diciembre al anochecer se trasladase el cuerpo desde la calle de Bordadores hasta la capilla del Cristo de los Dolores.

Presidieron el cortejo fúnebre el conde de Guaro, Juan Chumacero y don Gaspar de Leyva, y algunos caballeros de hábito de Santiago, y como años atrás lo habían hecho con su esposo, los criados de su casa que marcharon alumbrando el camino con hachas encendidas. Esperaban el cuerpo de doña Lorenza en la puerta del Cristo de los Dolores los hermanos de hábito descubierto. Se había enlutado el atrio, el pavimento y las ventanas de la capilla; se habían colocado colgaduras de brocado en los muros, y levantado un

---

Henríquez y Lorenza de Cárdenas y Portugal nació Ana Henríquez de Cárdenas Colón de Toledo, que falleció sin dejar sucesión y fue la última que unió el apellido Cárdenas al título del condado de la Puebla del Maestre. GARCÍA CARRAFFA, A. y A.: *Enciclopedia hispanoamericana de heráldica y genealogía*, ts. XIII y LIII, 1920-1968.

túmulo con cuatro gradas sobre el que se colocó el ataúd cubierto con el más rico paño de terciopelo negro y oro del que disponía la Orden.

El miércoles se celebraron las honras fúnebres, pero no con la sencillez deseada por la dama, pues la VOT puso empeño en mostrar públicamente que las contrariedades surgidas no habían dañado su agradecimiento a la bienhechora. Era un acto de gratitud, de piedad y de prestigio para la Institución. En cada una de las gradas del túmulo, sobre candelabros de plata ardían cien hachetas de cuatro pabilos cada una, de cera blanca con baño amarillo, y cercándolas grandes blandones. Cercanas se habían colocado dos tribunas, una para los discretos, eclesiásticos y seglares; y otra, la de lucimiento, para deudos, amigos, títulos y caballeros de órdenes militares; aquellos que aún recordaban a don Lorenzo y con los que su viuda había tenido relación en vida<sup>1419</sup>. Detrás, el resto de los asistentes, comisiones de hermanos, comunidad de frailes franciscanos, etc. Acompañaron a la ceremonia fúnebre piezas sacras que tocaron los músicos de la Capilla Real del convento de la Encarnación.

Después de celebrarse la misa de difuntos y de rezarse los responsos, el cadáver de Lorenza de Cárdenas, a hombros de caballeros de la Orden de Santiago, se depositó debajo del altar junto a los restos de su esposo. Acto seguido, se procedió a tabicar la entrada y sobre ésta se colocó una losa. En ese mismo día, se dio comienzo a un novenario por el alma de la fallecida.

Cuando se abrió el testamento de la señora Cárdenas, la VOT supo, tal y como temía, que la señora había revocado la cesión de la encomienda de Indias. Ahora la favorecida era su sobrina Lorenza de Cárdenas a la que nombraba como beneficiaria de la segunda vida y para la tercera a uno de los hijos o nietos de esta<sup>1420</sup>.

A la duquesa de Terranova, una de sus albaceas, le daba poder y facultad para que a su voluntad prosiguiese o no con el proceso en contra de la VOT o si lo estimaba oportuno aceptase las cláusulas y lo diese por bueno<sup>1421</sup>. Antes de que se celebrase un nuevo juicio, la Duquesa se entrevistó con el hermano ministro, y le entregó una reliquia que la benefactora siempre había guardado para sí, pero que al morir quiso que fuese la

---

<sup>1419</sup>AVOTM, C. 4, Lib. VI, fols. 334, 334v., 335 y 340.

<sup>1420</sup>Ibíd., fol. 335.

<sup>1421</sup>Ibíd., leg. 367/36. Escritura otorgada a Juana de Aragón, duquesa de Terranova. En cierta forma, es dejar en manos de su albacea una decisión por la que ella había batallado durante meses. En el caso de doña Lorenza quizá se llegó al pleito más que por la gravedad de los hechos por no querer abandonar posturas de orgullo y vanidad.

Orden Tercera la depositaria; se trataba de un pedazo del Lignum Crucis que el rey Felipe IV le había entregado muchos años atrás y que había permanecido guardada en secreto en un tabernáculo de plata situado en el oratorio privado del domicilio de los Ramírez de Prado. Se acompañaba la reliquia de los documentos que aseguraban tanto su autenticidad como la merced regia<sup>1422</sup>.

Mediado enero de 1682 el notario Andrés de Caltañazor visitó a los discretos para hacerles saber que la duquesa de Terranova, usando de su facultad como testamentaria de la difunta, y comprendiendo que las cláusulas que habían añadido los hermanos no afectaban en lo fundamental a las fundaciones, deseaba hallar un entendimiento entre las partes y así terminar con la incomoda situación. Doña Juana también confirmaba la donación de la encomienda de Indias a la VOT<sup>1423</sup>.

Por su parte la VOT se comprometió a respetar fielmente la esencia de las fundaciones de la viuda de Ramírez de Prado, si bien precisó que habría de atenerse en su cumplimiento, a las oscilaciones que sufriesen las rentas aplicadas a ese fin. El 4 de abril de 1682 se daba por concluso el pleito<sup>1424</sup>. La VOT agradeció el gesto de buena voluntad de la duquesa de Terranova, y se le hizo saber que mientras viviese se la aplicaría una misa anual por su bienestar espiritual<sup>1425</sup>.

Son muchos los documentos que testimonian que la generosidad y amor a los pobres de doña Lorenza se recordó siempre entre los hermanos. En 1686, cuando se aprobaron las ordenanzas del hospital, siendo visitador fray Juan de la Cámara, y todavía ministro Juan Antonio López de Zárate, en el acto de inauguración se dedicaron varios párrafos a ensalzar la figura de la benefactora:

*«Hasta hoy la VOT no ha tenido obra pía que adelante su discurso, provenga su celo, pues a todos los estados los ha tenido presentes su caridad a la hora de distribuir su hacienda como si por necesidad los hubiese sufrido todos, nadie ha podido quedar quejoso de su providencia ya que recogió el abrigo de su protección a doncellas que querían tomar los hábito, a sacerdotes sin medios, a niños abandonados, a los pobres reos reclusos de por vida en las cárceles por no poder satisfacer alguna deudas, y sobre todo, a la fundación de la redención de cautivos. No olvidamos tampoco, la sala que se construyó a su*

---

<sup>1422</sup>Se trata del leño o madero de la Cruz en la que fue crucificado Cristo. Se le dio ese nombre a toda reliquia que contuviese un supuesto trozo de ese madero.

<sup>1423</sup>AVOTM, leg. 410/22. El pleito se dio por finalizado el 4 de marzo de 1682. Leg. 421/44. La encomienda por merced real era de libre disposición y sin embargo de la ley de sucesión. Estaba impuesta en renta fija para ayuda y aumento de las fundaciones.

<sup>1424</sup>Ibidem, leg. 410/19. Libro de las Fundaciones de Doña Lorenza de Cárdenas, fol. 15.

<sup>1425</sup>Ibidem, C. 4, Lib. VI, fols. 368 y 368v.

*costa para enfermas hermanos de la VOT en el hospital de la Enfermería ni la residencia de viudas y dejamos para lo último la celebración del descubierta de los martes en la capilla del Cristo de los Dolores un camino más entre los que nos conducen a su inmenso amor a Dios»<sup>1426</sup>.*

Hacia finales del siglo XVIII hubo necesidad de abrir la bovedilla del altar a causa de unas humedades; se hallaron los restos de cuatro cuerpos y una espada. Existía constancia del enterramiento del matrimonio Ramírez de Prado, no así del de sus acompañantes. Podía tratarse de los restos de los sobrinos de doña Lorenza, la duquesa de Feria, Ana Fernández de Córdoba y de su esposo Pedro Antonio de Aragón, ya duque de Segorbe, de ahí la presencia de la espada, puesto que don Lorenzo fue hombre de letras, y como hábil jurista, las únicas armas que se le reconocieron fueron las de la inteligencia y el ingenio<sup>1427</sup>.

Nuestras dudas sobre la identidad de estos personajes han aumentado cuando hemos podido conocer un documento, emitido en 1698, según el cual tras la muerte de don Juan Antonio López de Zárate, el Discretorio decidió enterrarlo en ese lugar, y no en la cripta como había pedido en pago a su prolongada y dedicada labor en la Orden. Según el parecer de los hermanos el enterramiento no perjudicaba a terceras personas<sup>1428</sup>.

Alrededor de 1750 el Discretorio ordenó que se hiciese una recopilación de las fundaciones de Lorenza de Cárdenas en la que era su administradora la VOT: memorias de misas, sala de mujeres enfermas en el hospital, sala para mujeres éticas, residencia de viudas, redención de cautivos, dotes de religiosas, capellanías, fundación de exposición del Santísimo, fundación de huérfanas en Trujillo...

Después se hizo un estudio minucioso sobre sus aportaciones a la Orden tanto en dinero como en efectos, enseres, joyas, etc. El valor de sus donaciones se acercaba al millón de ducados, pero como las rentas seguían fluyendo, esa cantidad fue ampliamente superada posteriormente. Entonces se tuvo la certeza de que Lorenza de Cárdenas había sido la benefactora más generosa que tuvo la VOT madrileña. Probablemente, su generosidad tampoco fue superada después, ya que algunas de sus fundaciones

---

<sup>1426</sup>Ibidem. Libro de Ordenanzas de la Enfermería, fol. 6.

<sup>1427</sup>Ibidem, fol.201. Entierro de D.<sup>a</sup> Lorenza.

<sup>1428</sup>Ibidem, leg. 442/37.

permanecieron activas hasta mil novecientos cincuenta, momento en que definitivamente se agotaron los recursos<sup>1429</sup>.

La caridad de esta señora se dirigió hacia los más necesitados y desvalidos: pobres, enfermos, viudas y sólo como favor, al final de sus días pidió “(...) *que también se apliquen algunas oraciones en beneficio de mi alma*”.

---

<sup>1429</sup>Ibíd., C. 116. Libro de las Fundaciones de Doña Lorenza de Cárdenas.

## CONCLUSIONES

A principios del siglo XVII la jerarquía franciscana había mostrado públicamente su preocupación por los cada vez más escasos ingresos de hermanos en la Orden Tercera Seglar, no tanto en Aragón como en Castilla. Se hablaba de tibieza religiosa y falta de compromiso por parte de los fieles. En 1606, en el capítulo general franciscano celebrado en Toledo, y desde el proceso de ideario contrarreformista, se tomó la resolución de impulsar una campaña de propaganda y captación que favoreciese las vocaciones. Los resultados no pudieron ser más satisfactorios, principalmente en la Provincia de Castilla. Dentro de ese impulso de revitalizar la fe como forma de aglutinamiento social, en 1609 surgía la Venerable Orden Tercera de Penitencia franciscana de Madrid.

Con espíritu de renovación evangélica, la VOT aparece entre los madrileños como un instrumento de confesionalización y, por tanto, de socialización, un proyecto que es a la vez de la Iglesia y de la Monarquía.

La singularidad de esta Institución procede de ser la primera fraternidad franciscana de terceros reconocida y constituida oficialmente en la Villa bajo la dirección de frailes observantes. Hasta entonces, algunos hermanos terceros se habían reunido circunstancialmente en sus domicilios particulares a falta de un reconocimiento de la jerarquía. La VOT es, por tanto, la fundación tercera seglar franciscana más antigua existente en Madrid.

Hemos estudiado el origen y evolución de esta Institución, la solidez de su estructura; sus dependencias y los intentos de desligarse, siempre desde la más absoluta de las lealtades a la jerarquía franciscana, de algunas de las servidumbres que arrastraba, lo que atestigua la dificultad que entrañaba el introducir cambios en corporaciones en los que la tradición constituía una de las principales fuentes de legitimación.

Nos ha llamado la atención el ver cómo desde unos comienzos muy sencillos, un grupo de hombres, apoyados en una espiritualidad dominada por principios de fe, por encima de diferencias sociales e intereses personales, se sintieron atraídos por unos objetivos de devoción y caridad, y buscaron una vía de espiritualidad y amor al prójimo que les permitiese una unión con Cristo más perfecta. Sólo en unos años esos hombres hicieron que la Institución alcanzase alta estima y prestigio social.

Muchas pudieron ser las razones que justificasen ese aprecio y respeto, no obstante, creemos poder resumirlas en el establecimiento de una cultura que se expresaba en su entrega a la causa de Dios y en su labor de asistencia a los pobres. La VOT reflejaba fielmente el modelo cultural ofrecido: se servía a Dios desde las prácticas religiosas, y se impulsaba su funcionamiento socio-cultural desde la dialéctica de asistencia y asistidos.

Su carácter interclasista mantenía el orden social integrando a los distintos cuerpos que en ella participaban; bajo su Regla se dieron cita reyes, personajes de la nobleza y de la aristocracia, burócratas, hombres de negocios y de las letras, y también, otros de baja extracción: sencillos artesanos, comerciantes o el más oscuro y humilde de los vecinos de cualquiera de las parroquias madrileñas. La VOT actuaba como medio de integración social por encima de distinciones sociales o de “estados”, de diferencias parroquiales o de cualquier otra consideración.

San Francisco no quiso que la ascendencia social de los fieles fuese un obstáculo que impidiese su ingreso en la Tercera Orden Seglar franciscana, no lo fue. En la VOT se combinaron los principios originarios del Fundador, que obviaban la ascendencia social de los fieles, con la imagen que deseaba proyectar socialmente.

Celosa de su reputación, luchó porque entre sus hermanos prevaleciese el espíritu de unidad que garantizaba la disciplina de grupo. Esto se logró mediante una tenaz vigilancia sobre la calidad de las costumbres de aquellos que solicitaban el ingreso en la Orden. En este sentido, también se sumó al movimiento general de lucha por preservar la ortodoxia, y puso en marcha los mecanismos de control social utilizados por otras instituciones para evitar la entrada de conversos en sus filas. Con tal fin instituyeron la limpieza de sangre, y en aras de la unidad quedaron excluidos los descendientes de moriscos, judíos, conversos, los penitenciados por el Santo Oficio, los que no eran hijos de legítimo matrimonio o los que ejercían oficios entendidos como deshonorosos.

Mérito de los responsables de su gobierno fue la claridad de pensamiento que mostraron al iniciar y definir lo que sería esa institución de carácter religioso-segla, los que supieron canalizar acertadamente sus inquietudes espirituales junto con la caridad, combinando los aspectos de devoción con la socialización y la labor asistencial. Sus prácticas religiosas, con el continuado socorro a los pobres, y su manera de estar en la sociedad estamental hicieron de la VOT madrileña un escaparate de modelos de comportamientos, lo que a su vez servía para identificarse corporativamente.

Su estructura interna era vertical, orgánica y corporativa, reproduciendo el modelo tradicional que conjugaba unidad y diversidad, en el que cada órgano tenía una función.

El franciscanismo predicaba la generosa entrega al prójimo, un sentimiento de amor íntimamente vinculado al sentir de Santo, por ello la VOT siempre se definió como responsable de sus hermanos más pobres, sin que por hacerlo se sintiese ajena a las desventuras y privaciones de otros necesitados. Si su prioridad fue atender a los numerosos terceros que necesitaban de sus socorros, no dudó en hacer extensiva su ayuda espiritual y material a las personas del entorno geográfico más cercano, lo que explicaría la consideración que recibió de los madrileños.

El prestigio que logró desde los primeros años de su fundación, la condujeron después a defender su estatus, pues a su condición de orden religiosa y fundación directa del Santo franciscano, se unían los privilegios ganados socialmente, que no dudaba en manifestar públicamente si consideraba dañada o postergada su preeminencia en actos solemnes y fiestas públicas.

Del estudio de su gobierno interno hemos visto como hombres principales y destacados en distintas actividades, desde el gobierno y la administración de la Monarquía a los mercantiles y artesanales, encontraban en la Orden el medio para servir y cumplir con unas exigencias socio-culturales que expresaban el amor al prójimo, con prácticas que iban desde el servicio a la Fraternidad a la asistencia a los necesitados.

La VOT en su evolución pasó por diferentes etapas:

Una primera, entre 1609-1629, de formación y asentamiento. En ese periodo tanto el ministro como los cargos más representativos de la Institución eran eclesiásticos; el Discretorio lo componían veintiséis hermanos: doce eclesiásticos y doce seglares; abundaban las prácticas de piedad, y la caridad se dispensaba en función de los recursos.

La segunda, de 1629 a 1660, es de consolidación, reformismo y expansión. Comenzó cuando los seglares alcanzaron el cargo de ministro. Siempre fueron personajes pertenecientes a la nobleza, que imprimieron al gobierno de la VOT dinamismo y efectividad. A partir de entonces, fue continuo el ingreso de nobles y de miembros de la aristocracia. La disciplina y el control sobre los hermanos se hizo más efectiva. Se amplió el Discretorio a treinta y seis miembros, y fue necesaria la creación de nuevos cargos.



Finalmente, entre 1660 y 1698 la VOT alcanza su mayor auge social. En esos años surgieron grandes benefactores que permitirían poner en marcha dos grandes proyectos. Uno era de devoción, el otro, de caridad. En 1662 comienza la construcción de la capilla del Cristo de los Dolores, y en 1678 la del hospital-enfermería.

Los objetivos que se habían marcado los fundadores y primeros hermanos de la VOT, ahora una Institución amplia y compleja, se fueron cumpliendo fielmente:

*a) Prácticas religiosas de devoción y preparación para una buena muerte.* La piedad, la devoción y la profesión de los dogmas fueron para el católico un fin que disponía el alma para la vida eterna. Si la Religión era la respuesta para alcanzar esa vida, para los terceros lo era también morir cubierto el cuerpo con el hábito franciscano, recibir sepultura en la cripta de la capilla y que por su alma se rezasen responsos, se dijese misas y se cumpliesen las demandas establecidas en su testamento.

*b) Lealtad a la Corona manifestada en celebraciones públicas.* La Orden celebró con gran solemnidad los desposorios reales, nacimientos de infantes, sepelios, etc. La puesta en práctica y el protocolo observado en esos actos nos muestran hasta qué punto la VOT velaba por mantener en alza su reputación ante sus reyes.

En 1641, tras la muerte del Serenísimo Cardenal-Infante don Fernando, primer protector de la Orden, el rey don Felipe IV quiso ocupar ese lugar de honor, estrechándose el contacto con la Monarquía. Hasta el día de su muerte, en 1665, la VOT recibió del Monarca dispensas y gracias. De la misma forma actuaron después otros protectores reales: la Reina regente doña Mariana de Austria y su hijo don Carlos II. La familia real siempre mostró su afecto a la Orden, y la favoreció accediendo a muchas de sus peticiones

*c) Administración de donaciones y herencias con fines de asistencia social.* De la práctica de devociones derivadas de hondas creencias religiosas nació el patrimonio de la VOT. Fueron muchos los hermanos que a falta de descendencia donaban la totalidad de sus bienes a la Fraternidad para el socorro de sus pobres. Se trataba de una generosidad que ayudaba al donante a redimir sus culpas.

La VOT actuaba como administradora de esos legados, y sabiamente y bien asesorada los vinculaba a la compra de juros, censos y rentas reales. Menos interés le merecía la compra de fincas urbanas, que, sin embargo, no despreciaría y

mantendría, si llegaban directamente por donación. Se buscaba rentabilidad segura, fuera de los riesgos que podrían suponer otro tipo de inversiones.

*d) Representaciones de culto y de sostenimiento de la caridad.* El entramado de piedad y labor social que la VOT había llevado a cabo durante años, se completó con dos hechos: en 1662-1668, con la construcción de una nueva capilla en la que se rindió culto al emblemático Cristo de los Dolores; y en 1678-1686, con la obra del hospital-enfermería. La fe, comienzo de la vida eterna, había de ser alimentada para perseverar en ella. Por ese motivo, desde 1649, entre los hermanos habían surgido deseos de construir una segunda capilla para honrar a Cristo. A esas alturas del siglo, la fama y la calidad que había alcanzado la VOT necesitaban un marco más bello que guardase consonancia con su prestigio.

*e) Socorro a los hermanos enfermos.* Hasta que se construyó el hospital-enfermería esa labor asistencial se había realizado en los domicilios de los terceros enfermos. La gran aspiración de la VOT radicaba en la construcción de un hospital en el que los hermanos pobres, si enfermaban, pudiesen acogerse. La falta de medios económicos no posibilitó el proyecto hasta 1678. Al igual que sucedió con la construcción de la capilla del Cristo, la obra pudo hacerse gracias a la generosidad de los devotos y al empeño de algunos hermanos, entre ellos el entonces ministro Juan Antonio López de Zárate. Esa construcción no impidió que la Orden siguiese desarrollando, como era su costumbre, la cotidiana caridad entre los pobres.

El hospital-enfermería consolidó la identidad de la VOT como institución franciscana de ayuda al pobre y al enfermo, aunque para llevar a cabo el proyecto se hubo de valer de estrategias financieras en las que se vio comprometida, y de las que de una forma u otra siempre salió airoso. El hospital supuso para los madrileños que allí se vieron acogidos, un espacio donde a la vez que se les sanaba el cuerpo, se les confortaba el alma. Durante cuatro siglos esa realización de la Venerable Orden Tercera de Madrid ha sobrevivido a guerras, gobiernos e, incluso, a pesar de ser una entidad religiosa, a desamortizaciones, pues por encima de ideologías y particularismos se valoró su labor a favor del bien público.

Importante fue también para un sector social totalmente desprotegido en el Antiguo Régimen, como fueron las viudas, la residencia que para acogerlas se edificó junto al hospital, y que se mantuvo hasta el siglo XIX.

Una parte de esta investigación se ha ocupado de mostrar el perfil de algunos de los benefactores de la VOT, ya que sin ellos no se hubiesen llevado a término esos grandes proyectos.

El ingreso de mujeres en la Tercera Orden Seglar de Madrid siempre fue superior al de hombres, una tónica general en la época en otras órdenes seglares, y que pudo ser motivo de que la caridad estuviese en gran medida dominada por un arquetipo femenino: mujeres, generalmente viudas, sin grandes afectos familiares, que vertían en la VOT su generosidad, y de esa forma cubrían su desamparo social. Incluso a través de sus testamentos y donaciones se pueden hallar conexiones entre iniciativas caritativas y sociales y tensiones familiares.

Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara, viuda de Lorenzo Ramírez de Prado fue una de esas mujeres. Su labor como benefactora de la Orden no fue larga pero sí intensa, y es un ejemplo de cómo la caridad se puede dispensar de manera distinta en función del sexo, edad o de las circunstancias familiares que concurren en los donantes. Además de las numerosas donaciones con las que favoreció a la VOT, de sus fundaciones y memorias, de su implicación en la redención de cautivos, a su generosidad se debe la construcción y el mantenimiento de la primera sala para mujeres enfermas pobres del hospital.

Sin embargo, su interés principal se volcó en la asistencia a las pobres viudas, al saber, por propia experiencia, que en esa situación la mujer se veía cruelmente postergaba por la sociedad. De esa circunstancia nació otra de sus fundaciones: la residencia para hermanas viudas.

Finalizaba el siglo XVII, el rey Carlos II pronto dejaría de existir, y una nueva época se abriría en España. Personajes como el cardenal Portocarrero, el almirante de Castilla, Juan Tomás Enríquez de Cabrera, el conde de Montalto, el de Monterrey y el de Aguilar, el marqués de Mancera, el de los Balbases y el de Villafranca, todos vinculados a la cúpula política de la Monarquía Hispánica, eran los que ocuparían el Discretorio.

La VOT madrileña seguía siendo un referente esencial, en el que se integraban factores culturales y redes de sociabilidad, un espacio en el que, bajo la vigilante mirada de la Iglesia y de la Monarquía, se ejercitaba el control de las acciones, la obediencia y la disciplina

Han transcurrido varios siglos desde que Francisco de Asís hizo a sus hermanos el regalo de acogerlos bajo la Tercera Orden, pero a pesar de ese tiempo, el espíritu del fundador franciscano ha permanecido vivo en su obra, y los postulados de antaño, que siguen presentes en la Venerable Orden Tercera de Penitencia, son válidos para la época que vivimos, mientras persista la pobreza y la injusticia en la sociedad que nos rodea. Hoy en día la VOT permanece viva y desarrolla su labor desde la fe y el fomento de la piedad. Los tiempos y las prioridades son otros, y por ello la Fraternidad, como lo hizo en épocas pasadas, ha sabido adaptarse a las necesidades del momento.

Los ingresos, otrora masivos, ahora escasean, los beneficios que entonces se prestaban ya no son necesarios, al ser el Estado quien ha suplido esa función. Aún así, se sigue ofreciendo ayuda y amparo a sus hermanos ancianos en la residencia situada en un ala del hospital, y comprometiéndose en labores misionales en el Tercer Mundo, como en otro tiempo lo hizo rescatando cautivos.

## **APÉNDICES**

## ÍNDICE DE APÉNDICES

N.º 1. Privilegios concedidos por los papas a favor de la Tercera Orden de la Penitencia de San Francisco .....	462
N.º 2. Regla de la Tercera Orden Seglar franciscana .....	464
N.º 3. Constituciones redactadas para la Venerable Tercera Orden Seglar franciscana de Madrid .....	465
N.º 4. Estatutos redactados por fray Pedro de Leganés para la Venerable Orden Tercera de Madrid por orden del Reverendísimo Padre Generalísimo Fray Arcángel de Mesina.....	467
N.º 5. Primera Junta celebrada por la Venerable Orden Tercera en la iglesia del convento franciscano .....	469
N.º 6. Ingresos y fallecimientos de hermanos de la Venerable Orden Tercera de Madrid entre 1.664 y 1.709. (Según datos extraídos del AVOTM) .....	470
N.º 7. Visitadores, ministros y coadjutores de la Venerable Orden Tercera Seglar de Madrid, entre 1610- 1709. (Según datos extraídos del AVOTM).....	473
N.º 8. Inventario de los bienes que poseía la VOT para la liturgia, diciembre de 1612 .....	478
N.º 9. Evolución de los cargos u oficios en la VOT de Madrid, entre 1609 y 1700. (Según datos extraídos del AVOTM).....	479
N.º 10. 18 de octubre de 1625, canonización de Santa Isabel de Portugal, hermana de la Tercera Orden Seglar franciscana .....	480
N.º 11. Fragmentos del sermón que fray Hortensio de Paravicino dedicó a Santa Isabel de Portugal, con motivo de su canonización, en presencia de Su Majestad, Felipe IV .....	482
N.º 12. Patente emitida por el Vicario General de la Primera Orden franciscana, don Antonio Enríquez, 1632, al visitador de la Venerable Orden Tercera de Madrid.....	484
N.º 13. La “verdad ultrajada”. Fray Pedro de Zayas defiende a la VOT de las acusaciones de los regulares en Arcos de la Frontera .....	486
N.º 14. Patente en la que se permite que la VOT construya la capilla del Cristo de los Dolores .....	490
N.º 15. Parroquias madrileñas en el siglo XVII .....	491
N.º 16. Algunos conventos presentes en Madrid en el siglo XVII.....	493

N.º 17. Sufragios que la VOT ofrece por el alma de D. Pedro Calderón de la Barca .....	495
N.º 18. Declaraciones de pobres de hermanos de la VOT.....	496
N.º 19. Algunos establecimientos dedicados a la caridad en Madrid en el siglo XVII .....	497
N.º 20. Personajes hermanos de la VOT que pidieron ser enterrados vistiendo el hábito franciscano (s. XVII) .....	499
N.º 21. Relación de iglesias y conventos en los que la Venerable Orden Tercera de Madrid colocaba mesas de demandas. Siglo XVII.....	501
N.º 22. Hospitales madrileños en el siglo XVII .....	502
N.º 23. Licencia concedida por el rey Carlos II a la Venerable Orden Tercera de San Francisco de Madrid, para la construcción de una enfermería .....	505
N.º 24. Gastos ocasionados en la VOT por las honras fúnebres de la reina María Luisa de Orleáns. Madrid 8 de mayo de 1689.....	507
N.º 25. Carta que escribió doña Lorenza a la Venerable Orden Tercera justificando la fundación de una casa de recogimiento para viudas.....	508
N.º 26. Solicitud de ingreso de hermanas en la residencia de viudas.....	511
N.º 27. Fundaciones y donaciones que D. <sup>a</sup> Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara hizo en la Venerable Orden Tercera de Madrid .....	512

## APÉNDICE N.º 1

### *Privilegios concedidos por los papas a favor de la Tercera Orden de la Penitencia de San Francisco*

#### **Bulas:**

Bula de Honorio III (1216-1227), 3 de marzo de 1228. Concesión de privilegios.

Bula de Gregorio IX (1227-1241), 2 de agosto de 1229 y 4 de junio de 1230. Ídem.

Bula de Inocencio IV (1243-1254), 13 de junio de 1244. Ídem.

Bula de Alejandro IV (1254-1261), 27 de abril de 1253. Ídem.

Bula de Clemente IV (1262-1268). Los hermanos que mueren llevando el hábito de San Francisco remiten en parte sus culpas.

Bula de Nicolás III (1277-1280). Se perdona la tercera parte de sus culpas a los que mueren con el hábito franciscano.

Bula de Urbano IV (1261-1264), 5 de julio de 1264.

Bula de Nicolás IV (1288 a 1292), *Vulgenitus Dei Filius*. Los hermanos de la Tercera Orden gozan de los mismos privilegios que los de la Primera. Se reduce la Regla a doce capítulos.

Bula de Celestino (1292-1294), 2 de septiembre de 1292.

Bula de Bonifacio VIII (1294-1303), 1296.

Bula de Urbano V (1362-1370). Concesión de privilegios para los hermanos que pertenecen a la Orden Tercera de San Francisco.

Bula de Clemente VII (1378-1394). Confirmación de las bulas anteriores.

Bula de Eugenio IV (1431-1447). Privilegios para la Tercera Orden Seglar.

Bula de Sixto IV (1471-1484). Los novicios de la Tercera Orden cuando profesan ganan indulgencia plenaria.

Ídem, bulas *Mare Magnum* y *Aurea*. Liberan a la Orden Tercera franciscana de la ingerencia del clero secular.

Bula de Inocencio VIII (1484-1492). Todos los terceros vivan en comunidad o en sus casas gozarán de las mismas gracias, indulgencias e indultos.

Bula de Julio II (1503-1513). Ganan indulgencia plenaria los terceros que recen setenta Avemarías en honor de la Santísima Virgen.

Bula de León X (1513 y 1521). La bula despoja a los hermanos de la Tercera Orden de los privilegios civiles, no de los espirituales.



Ídem, se amplían las indulgencias concedidas a los hermanos de la Tercera Orden.

Bula de Benedicto XIII (1724-1730), “*Paterna Escoli Apostólica*”. Confirma los privilegios concedidos por los distintos pontífices a favor de Tercera Orden.

Copia de dos bulas de los papas Benedicto XIII y Clemente XIV (1769-1744) confirmando la jurisdicción que ejercen los superiores franciscanos de la Orden Primera sobre sus hermanos de la Tercera Orden.

Bula de León XIII (1878-1903) *Misericors Dei Filius*. Reconoce a la VOT como una verdadera Orden.

### **Breves**

Breve de Gregorio IX (1227-1241). Sin librar a la Orden de la jurisdicción seglar, se pide a los gobernantes que reserven a los terceros de los cargos y obligaciones que impliquen el uso de las armas si les desagrada.

Ídem. Dirigido a los arzobispos, obispos y prelados para que amparen a la Orden Tercera Seglar franciscana y condena a todos aquellos que la persigan.

Ídem, 1230. En los mismos términos.

Breve de Inocencio IV (1243-1254). El Papa pide al padre provincial de Italia y Sicilia que nombre como visitadores de la Orden Tercera a franciscanos prudentes y doctos.

Breve de Nicolás IV (1288-1292). Los visitadores de la VOT han de ser frailes de la Primera Orden.

Ídem (1288-1292). Privilegios a favor de la Venerable Orden Tercera franciscana<sup>1430</sup>.

---

<sup>1430</sup> AVOTM.

## APÉNDICE N.º 2

### Regla de la Tercera Orden Seglar franciscana

1. *Los que se reciben deberán de ser examinados en la Fe Católica, obediencia a la Iglesia Romana y se informará de su linaje, vida y costumbres.*
2. *Recibirán instrucción, el hábito y pasado un año profesaran prometiendo guardar los mandamientos.*
3. *El hábito será de paño bajo, lo que indica humildad y penitencia desechando los vanos ornamentos.*
4. *No deberán asistir a fiestas ni juegos mundanos.*
5. *Deberán guardar abstinencia los lunes, miércoles, viernes y sábados todo el año ayunando los viernes y los miércoles y el viernes desde el día de Todos los Santos a San Martín y desde Navidad a Cuaresma todos los días.*
6. *Deberán de confesar y comulgar en las tres Pascuas, Nacimiento, Resurrección y Pentecostés, los días de San Francisco, San Luis de Francia, Apóstoles, Porciúncula, fiestas de Cristo y de la Virgen Santos de la Orden y conmemoración de los hermanos difuntos.*
7. *No usarán armas sin licencia.*
8. *Que recen las Horas Canónicas, cincuenta y cuatro veces el Padrenuestro, dos Credos y el Salmo.*
9. *Que dentro de los tres primeros meses de la profesión hagan testamento para que no mueran sin testar.*
10. *Que vivan en paz los unos con los otros.*
11. *Que con el consejo de los superiores defiendan sus derechos y privilegios.*
12. *Que eviten jurar sin necesidad y si lo hicieren se les castigue por su falta.*
13. *Que oigan misa, que asistan a las juntas y den limosnas para el culto divino.*
14. *Que los ministros y oficiales lo sean por tiempo determinado.*
15. *Que asistan a los hermanos enfermos y a los difuntos con sufragios..*
16. *Que tengan un visitador de la religión, que se castigue a los delincuentes, precediendo tres amonestaciones según el Concejo de los Discretos.*
17. *Que no se litigue entre los hermanos y en caso de hacerlo que sea ante persona que tenga capacidad de juzgar.*
18. *Que los superiores y visitadores en caso de necesidad puedan dispensar de las abstinencias, Ayunos y austeridades de la Religión.*
19. *Que los ministros denuncien al visitador las culpas de los hermanos y si echa la advertencia y corrección no se enmiendan sean expelidos de la Orden.*
20. *Que por todo lo contenido en esta Regla no son obligados los hermanos a culpa mortal ni venial solo serán obligados a sujetarse con humildad a recibir la corrección que se les imponga por sus transgresiones.<sup>1431</sup>*

---

<sup>1431</sup> *Ibídem*, leg. 741/24. Libro de la Regla..

### *APÉNDICE N.º 3*

#### *Constituciones redactadas para la Venerable Tercera Orden Seglar franciscana de Madrid*

1.º Que cuando llegue la Tercera Orden franciscana a las provincias, los padres provinciales hagan público la creación de dicho Instituto y exhorten a los fieles a que lo sigan.

Ítem. Que se nombre en cada convento un visitador franciscano que sea predicador, para que todos los meses haga la visita pastoral y les dé una plática espiritual, les confiese, les corrija y les anime en su servicio a Dios nuestro Señor.

Ítem. Ordenamos, así mismo, que se publique este Instituto por todas las villas y lugares donde no hubiere conventos, enviando el Padre Guardián a un religioso para que lleve la comisión de dar hábitos a los que hallare capaces, y en los lugares donde hubiere vicarios sean estos los que den los hábitos.

Ítem. Ordenamos que si hubiere algún hermano de esta Orden que sea clérigo predicador, dotado de virtud y quiera predicar la Regla se le dé comisión para que lo pueda hacer. Los guardianes gozarán de facultad para dar hábitos sin tener que esperar autoridad de los provinciales, y podrán señalar a los visitantes de la Orden Tercera.

Ítem. Ordenamos que cuando se pidiere hábito se examinen las cualidades del peticionario, declarando éste quiénes son sus padres, abuelos y qué oficio tiene y ha tenido, y se remita a un hermano religioso o a un hermano profeso para que de secreto se informe si conviniese darle el hábito, haciéndose la información ante escribano. A los que pidan el hábito, y sus cualidades sean notorias en razón de su persona, estado y oficio, no se haga en este caso información.

Ítem. El interrogatorio que se deberá hacer a conocidos del pretendiente es el siguiente:

- 1.º) Si conocen a sus padres y abuelos, de dónde son naturales, y si los conocen en persona.
- 2.º) Si esas personas son católicas y practicantes, si no contravienen la fe o si, por el contrario, en alguna ocasión han sido tenidas por sospechosas.
- 3.º) Si ninguno de ellos sea descendiente de moros, ni judíos, ni moriscos, ni condenados o penitenciados por el Santo Oficio.
- 4.º) Si saben si sus padres y abuelos han tenido buenas costumbres, vida y moral; sin vicios ni escándalo.
- 5.º) Declararán por parte de los testigos sobre el oficio del peticionario, y si se gana la vida decentemente sin necesidad de mendigar, es decir, si su trabajo le basta para cubrir sus necesidades y no resultaba oneroso para la república. (Personas que ejerciesen oficios considerados viles no serán aceptadas).

Ítem. Ordenamos que no se obligue a nadie a llevar el hábito del color de la Orden, y si es el descubierta, sólo hasta la rodilla, de suerte que quede descubierta el balón y el ferreruero; no llevarán rosarios grandes, ni otras cosas aparentes, ni las mujeres lleven mantos hasta después de la profesión.

Ítem. Ordenamos que a los novicios se les abra una información del año transcurrido como tales, y que se ponga en conocimiento del Discretorio para que ellos voten en concordancia, y si no hay mayoría, que no se le acepte la profesión.

Ítem. Ordenamos a los padres provinciales, generales y presidentes que los hermanos no se junten en comunidades, conventos, ermitas o casas particulares y, en caso de hacerlo, que se les quite el hábito. Pero que no se les prohíba que celebren juntas para las cosas particulares, para determinar o votar y en las votaciones lo hagan sólo los profesos y bajo la vigilancia del Padre Guardián.

Ítem. Ordenamos que si alguno de los hermanos pretendiese eximirse de la jurisdicción eclesiástica y seglar o de pagar los tributos, diezmos u otras cosas a los que están obligados los vasallos de su Majestad, y pretendiese aprovecharse de exenciones y privilegios, sea excluido de la Orden como gente que no busca a nuestro Señor sino a sus propios intereses.

Ítem. Amonestamos a los hermanos de la Tercera Orden para que procuren hacer gran aprovechamiento espiritual, ejemplo para la República; y a los padres guardianes y provinciales que ejecuten todo aquello que aquí ordenamos; en el ínterin hagan estatutos particulares de lo que tenemos dispuesto en estos mandatos, los cuales queremos que se impriman junto con la Regla para que se reparta por las dichas provincias, y a todos conste lo que deben de hacer.

#### APÉNDICE N.º 4

##### ***Estatutos redactados por fray Pedro de Leganés para la Venerable Orden Tercera de Madrid por orden del Reverendísimo Padre Generalísimo Fray Arcángel de Mesina.***

*(Dada en Toledo en el Convento de San Juan de los Reyes a diecinueve días del mes de julio de 1609, “[...] los cuales que de su uso van declarados en estos capítulos mando que se guarden, cumplan y ejecuten en todo y por todo como en ellos se dice”)*

1.º: Que el padre nuestro convoque a junta siempre que le parezca oportuno, para asentar las cosas tocantes al buen gobierno con los discretos, secretarios y los demás que él quisiese<sup>1432</sup>.

2.º: Que el secretario lleve tres libros, uno para que se asiente a los hermanos que recibiesen el hábito y profesasen, donde conste su estado y parroquia a la que pertenecen; otro con los acuerdos tomados en junta y un tercero para las cuentas, cargo y descargo de limosnas. Estos libros estarán guardados y no se darán a nadie.

3.º: Que llamando a junta el padre ministro, sean los celadores los que avisen a los hermanos, y si alguno se excusase traiga razón y, en ese caso, se provea a otro hermano en su lugar.

4.º: Lo primero que se encarga es que en las juntas se trate de la guarda de la Regla y Constituciones, que no se quebranten ni se dispensen sin mutuo acuerdo.

5.º: Que los seis celadores nombrados para esa fraternidad de Madrid se repartan por parroquias e informen de cómo viven los hermanos, cómo es su trato familiar, si se ejercitan en ejercicios espirituales y qué compañías frecuentan. Todo esto se hará con mucho silencio y caridad y sin que haya escándalo. De todo esto se dará cuenta a la Junta que informará al padre guardián y al visitador para que se corrija.

6.º: Los celadores avisarán de los hermanos enfermos para que conforme manda la Regla se les auxilie, lo mismo de los difuntos, para que los demás hermanos acudan al entierro.

7.º: Que la limosna que se haga entre los hermanos se guarde y que el señor ministro nombre a uno de los discretos por síndico, y que según el parecer del Ministro se reparta entre los hermanos más necesitados y para la comida de las cárceles, ya que los que piden las limosnas no tienen autoridad para repartirlas.

Otrosí: Que se señalen los que cada mes deberán acudir a los hospitales a hacer las camas y a cuidar a los pobres enfermos, y que se acomode este servicio conforme adonde ellos viven y tuviesen inclinación, y lo mismo para la comida de los pobres de las cárceles.

---

<sup>1432</sup>Se refiere al padre guardián del convento franciscano del cual dependía cada fraternidad, que actuaba como vínculo entre las órdenes Primera y Tercera. El guardián tenía facultad para entregar hábitos, sin que fuese necesaria la aprobación del provincial.

Otrosí: Que los hermanos celadores tengan en cuenta de si algún hermano fuese preso y por qué y se dé cuenta al padre ministro para que si fuese menester, ayudarle y si enviudase, consolarle.

Otrosí: Que tengan cuidado con los hermanos y hermanas forasteros que vienen a esta Corte y Villa, lo que hiciesen y en que se ocupasen, y si no hubiesen ido a dar la obediencia al Padre Guardián, que lo hagan, y si toman asiento que se ocupen de ejercitar la caridad.

Otrosí: Si supiesen que algún hermano ha reñido con otro den noticia al padre ministro para que los componga y los haga amigos.

Otrosí: Que el padre ministro y hermanos discretos señalen cuándo se ha de hacer la fiesta que se celebra cada año, las personas que la han de hacer, el repartimiento y limosna y las personas que la han de cobrar.

Otrosí: Que se avise para que los hermanos acudan a las comuniones y pláticas, insistiendo para que se ejerciten en la guarda de la Regla, en la oración y disciplina, y que asistan en las iglesias donde tuvieren al Santísimo Sacramento descubierto, pero sin abandonar su trabajo y obligaciones de sus casas.

Otrosí: Que en los entierros de hermanos se mande que los entierren para así ejercitar la caridad y hermandad tan alabada por los santos y canonizada por el santo Tobías.

Otrosí: Se ordena que no se pida limosna entre los hermanos y que no se haga repartimiento, ni se hagan nuevas imposiciones sin que de ello se dé parte al Ministro, pues no es justo que los hermanos sean agravados a más de lo que es forzoso y obligatorio, y ha de ser voluntario, pues a nadie se le ha de forzar, a más de lo que el quisiese.

Otrosí: Es constitutivo que, enfermado el ministro o estando ausente, si fuese necesario hacer junta, sea el sacerdote más antiguo de los discretos el que presida en su lugar, refiriéndonos a antigüedad en la Orden Tercera.

Otrosí: Es constitutivo que si no se volviese a elegir al padre ministro vacare acabado el año de su oficio Si otra cosa no le pareciese al padre guardián quedará en la junta por discreto él más antiguo y en las ausencias y enfermedades del nuevo ministro será él quien presida la junta.

Otrosí: Siempre que se junten invoquen la venida del Espíritu Santo diciendo el himno y oración y rezando el responso por los hermanos difuntos.

## APÉNDICE N.º 5

### *Primera Junta celebrada por la Venerable Orden Tercera en la iglesia del convento franciscano*

*«En la Villa de Madrid estando en el convento de Nuestro Serafico Padre San Francisco lunes tarde, ultimo dia de Pasqua del Santísimo Nacimiento del Hijo de Dios y de la Gloriosísima Virgen Maria su Madre que se contaron veintiocho dias del mes de diciembre de mil y seiscientos y nueve años juntos y congregados en el capitulo los hermanos de la Tercera Orden de Penitencia instituida por Nuestro Santísimo Padre San Francisco para honra y gloria de Nuestro Señor JesuXto conviene a saber el licenciado Gaspar de Torres, el licenciado Francisco de Aranda, Sebastián Borge, Gregorio de Balmaceda, todos clerigos presbiteros. Alonso Perez de la Vega, Francisco Lopez de Sotomayor, Pedro de Villalobos, Jeronimo de Herrera, Pedro Gonzalez, Jeronimo de Reinalses, Carlo de Timon, Luis de Riaño, Jeronimo de la Peña, Mateo de Cardona, Lucas Bermeo, Pedro Suarez, Pedro de Artona, y asi juntos y congregados se les dio un nombramiento hecho por nuestro Padre Guardian Fray Pedro de Leganes de los hermanos que el año que viene de 1610 inclusibe sean de ocupar las cosas necesarias y convenientes a la horden en conformidad de la instituciones de la regla de la horden de Penitencia el qual nombramiento es en la manera que sigue. En esta primera reunion se ordeno que las Constituciones para la guarda y observancia de la dicha horden y que los hermanos han de guardar estas Constituciones recopiladas en los 18 capitulos se lean y publiquen y se escriban y asientan en el principio del Libro Capitular para que a los hermanos les sea notorio y todos los hermanos la guarden y ejecuten [...]»<sup>1433</sup>.*

---

<sup>1433</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fols. 1r.-v. 2r-v. y 3r.

## APÉNDICE N.º6

### *Ingresos y fallecimientos de hermanos de la Venerable Orden Tercera de Madrid entre 1.664 y 1.709. (Según datos extraídos del AVOTM)*

<b>Años</b>	<b>Ingresos anuales</b>	<b>Fallecidos anuales.</b>	<b>Hermanos vivos</b>	<b>Ingresos acumulados desde 1608.</b>
1664	Sin datos	Sin datos	Sin datos	24.842
1665	“	“	“	25.479
1666	“	“	“	26.130
1667	“	“	“	26.944
1668	“	“	“	27.905
1669	“	“	“	28.654
1670	589	434	10.961	29.2437
1671	490	340	11.116	29.733
1672	673	300	11.489	30.406
1673	523	375	11.789	30.929
1674	418	344	11.863	31.791
1675	314	378	11.795	32.105
1676	582	373	12.004	33.060
1677	850	295	12.559	33.910
1678	640	88	13.111	34.550
1679	778	383	13.506	35.328
1680	927	397	14.036	36.255



1681	454	227	14.263	36.709
1682	494	236	14.521	37.203
1683	738	294	14.985	37.941
1684	410	426	14.969	38.351
1685	359	307	15.021	38.710
1686	815	226	15.610	39.525
1687	442	360	15.692	39.967
1688	620	289	16.023	40.587
1689	1.033	415	16.641	41.620
1690	986	377	17.250	42.606
1691	706	292	17.664	43.312
1692	893	419	18.138	44.205
1693	864	362	18.640	45.858
1694	1.062	304	19.398	46.920
1695	901	296	20.094	47.221
1696	Sin datos	Sin datos	Sin datos	Sin datos
1697	”	”	”	”
1698	”	”	”	”
1699	”	”	”	”
1700	”	”	”	”
1701	”	”	”	”
1702	”	”	”	”
1703	”	”	”	”

1704	559	374	19.992	50.233
1705	1020	403	20.609	51.253.
1706	406	203	21.015	51.659.
1707	688	285	21.418	52.537
1708	Sin datos	Sin datos	Sin datos	Sin datos
1709	„	„	„	„

Se ha confeccionado este registro y el siguiente, partiendo de datos aislados obtenidos de los libros de actas del Archivo de la VOT. Hasta el año de 1664 no existió ninguna referencia precisa del número de hermanos ingresados o fallecidos. En 1769 el visitador de la Orden fray Francisco de Villanueva y Buitrago, declaró que “los hermanos vivos de la Venerable Orden Tercera de Madrid ascendían a 44.443”. El mayor número de ingresos tuvo lugar en la primera mitad del siglo XIX. Se calcula que anualmente tomaban el hábito entre de 2.000 y 2.500 personas, lo que significa que en esos cincuenta años ingresaron en la Fraternidad entre 100.000 y 125.000 personas.

**APÉNDICE N.º 7**

***Visitadores, ministros y coadjutores de la Venerable Orden Tercera Seglar de Madrid,  
entre 1610- 1709. (Según datos extraídos del AVOTM)***

<b>Año</b>	<b>Visitador</b>	<b>Ministro</b>	<b>Coadjutor</b>
1610	Fr. Alonso de Espinosa	Ecl. Gaspar de Torres	Sin datos
1611	„	„	„
1612	„	„	„
1613	Fr. Francisco de Leganés	Ecl. Marcos de la Barrera.	„
1614	„	Ecl. Pero López Campero.	„
1615	„	Ecl. Martín de Morales	„
1616	„	Ecl. Francisco Marcos	„
1617	„	Ecl..Jerónimo de Quintana	„
1618	„	Ecl. Francisco Marcos	„
1619	„	Ecl. Francisco Juárez	„
1620	Fr. Juan de Torres	Ecl. Francisco Marcos	„
1621	„	„	„
1622	„	„	„
1623	„	„	„
1624	„	Ecl. Marcos de la Barrera	„
1625	„	Ecl.. Juan de la Peña	Pedro López
1626	„	„	Pérez Gascón

1627	„	„	Felipe del Castillo
1628	Fr. Lope Páez	„	Vicencio Carducho
1629	Fr. Lope Páez	Duque de Villahermosa	Francisco de Aguirre
1630	„	„	Juan de Alcocer
1631	„	Patriarca de las Indias, Alonso Pérez de Guzmán.	Vicencio Carducho
1632	Fr. Pedro de Valconete	„	„
1633	Fr. Pedro de Frías	Juan Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete	Pablo de los Ríos y Zúñiga
1634	Fr. Lope Páez	„	Lorenzo Vánder Anmen
1635	„	„	Andrés Martel
1636	„	„	Jerónimo de Quintana
1637	„	„	„
1638	„	Pedro de Herrera, consejero.	„
1639	„	„	Andrés de Prado.
1640	„	Juan Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete.	Lorenzo Vánder Anmen
1641	Fr. Lope Páez	Pedro de Herrera, del Consejo de Hacienda	Andrés de Prado y Mármol
1642	„	„	„
1643	„	Conde de Miranda y duque de Peñaranda	Jerónimo de Quintan
1644	„	„	„
1645	„	„	„
1646	Fr. Francisco de Flores	Marqués de Villamayor	„

1647	Fr. Francisco de Mena	Conde de Miranda y duque de Peñaranda	Domingo M. Arroyo
1648	Fr. Francisco de Mena,	Francisco de Borja	Francisco de Chiriboga
1649	Fr. Juan de la Cruz	Conde de Miranda y duque de Peñaranda	Luis Román Ugarte, maestro de obras
1650	„	„	„
1651	„	„	„
1652	„	„	„
1653	„	„	„
1654	Fr. Antonio Sobarco	„	„
1655	Fr. José de Francisco	Marqués de Leyva y conde de Vaños	„
1656	„	„	„
1657	„	„	„
1658	Fr. Gregorio García	Duque de Peñaranda	Pedro de Camargo
1659	Fr. Jerónimo del Campo	Jerónimo Mascareñas	Andrés de P. y Mármol
1660	Fr. Francisco S. Gareca	„	Miguel de Salinas
1661	Fr. Bernardino Carrasco	„	„
1662	Fr. Francisco S. Gareca	„	„
1663	Fr. José de S. Francisco	„	„
1664	„	„	„
1665	Fr. Carlos de Menaca	„	Ant. de Ugarte y Ayala
1666	„	Marqués de Santillana	Gabriel Díez de Robles
1667	„	Íñigo López de Zárate	Marcelo A. de Luzuriaga

1668	„	„	Gabriel Díez de Robles
1669	Fr. Francisco S. Gareca	„	Sebastián Muñoz Suárez
1670	„	Juan A. López de Zárate	Nicolás de Montaña
1671	„	„	„
1672	„	„	„
1673	„	„	„
1674	„	„	Juan Núñez de León
1675	„	„	José G. de Santos Martas
1676	„	„	„
1677	„	„	„
1678	„	„	„
1679	„	„	„
1680		„	„
1681	Fr. Antonio Calderón	„	„
1682	„	„	„
1683	„	„	„
1684	Fr. Juan de la Cámara.	„	„
1685	„	„	„
1686	„	J. A. López de Zárate, marqués de Villanueva de la Sagra.	„
1687	Fray Francisco de Ramos	„	Diego de Mella
1688	„	„	„

1689	„	„	Francisco G. Ordóñez.
1690	„	„	„
1691	„	„	Miguel Sevillano
1692	„	„	„
1693	„	„	„
1694	„	„	„
1695	„	„	„
1696	„	„	„
1697	„	„	„
1698	„	Conde de Monterrey <sup>1434</sup>	Gaspar de Vargas
1699	„	„	
1700	„	„	„

Cuando muere el monarca don Carlos II era ministro de la Orden el Excmo. Sr. D. Juan Domingo Zúñiga Fonseca Ayala y Toledo, conde de Monterrey de Fuentes y Ayala, marqués de Tarazona, comendador de Aloje y mayor de Castilla, gentilhombre de la cámara de Su Majestad, de Su Consejo de Estado y presidente en el de Flandes. Con su muerte llega a España una nueva dinastía, y para la Orden se inicia una nueva etapa. Basta comparar la sencillez de los primeros ministros, prácticamente anónimos, con los que ocupan este cargo conforme pasan los años para comprender que la situación en la Venerable Orden Tercera de final del siglo XVII era muy diferente a la de sus comienzos.

---

<sup>1434</sup>Juan Domingo de Zúñiga Fonseca Ayala y Toledo fue virrey de Nápoles y formó parte del Consejo de Estado. Fue ministro de la VOT hasta el año de 1701, en que de nuevo ocupó el cargo un miembro de la familia López de Zárate, Ignacio, caballero de la Orden de Santiago y del Consejo de su Majestad en el Real de las Órdenes. C. 10, Lib. XII de Acuerdos, fol. 73.

## *APÉNDICE N.º 8*

### *Inventario de los bienes que poseía la VOT para la liturgia (diciembre 1612)*

- Seis candelabros de bronce torneados, y dos de cristal.
- Un cáliz de plata dorada con su patena.
- Una casulla de damasco azul con estola y manipulo, con cenefas bordadas sobre terciopelo blanco, forrada en tafetán azul y dorada.
- Un frontal de damasco con cenefa bordada.
- Una casulla verde y carmesí con cenefa de terciopelo verde y escudo de armas de un castillo, estola y manipulo.
- Seis albas con puntillas “por baxo”.
- Dos sábanas para comulgar con sus puntillas.
- Dos sábanas de hilo de Holanda para el altar.
- Una tabla de manteles adamascados.
- Otra tabla de manteles de dos varas de largo y media de ancho.
- Otra de lo mismo.
- Una sábana para el altar de dos tercias de ancho.
- Seis toallas de damasquina de hilo de Ruan, de hilo de Holanda.
- Seis servilletas de beatilla.
- Pañitos para el cáliz con guarnición.
- Toallitas de hilo de Holanda para el lavatorio.
- Cuatro purificadores.
- Una bolsa de raso de oro forrada.
- Una bolsa de terciopelo azul con alamares.
- Una bolsa de tafetán.
- Tres paños para el cáliz de tafetán.
- Un cingulo de hilo blanco.
- Un ostiario de madera.
- Las palabras de la consagración en canones.
- Unas tijeras de despabilar.
- Un marcador de la India.
- Una tabla en la que se ponen los oficios.
- Un hábito con sotana y ferreruelo.
- Un arcón de madera con gavetas.



## APÉNDICE N.º 9

*Evolución de los cargos u oficios en la VOT de Madrid, entre 1609 y 1700. (Según datos extraídos del AVOTM)*

1609	1652	1700
Ministro 3 Discretos eclesiásticos 3 Discretos seglares 6 Celadores Portero <b>Total cargos: 14</b>	Ministro Coadjutor 12 Discretos eclesiásticos antiguos 12 Discretos eclesiásticos nuevos 12 Discretos seglares antiguos 12 Discretos eclesiásticos nuevos 1 Enfermero mayor 11 Enfermeros 2 Procuradores 45 Celadores 9 Médicos 1 Sacristán 1 Llamador 1 Limosnero <b>Total cargos: 121</b>	Ministro Coadjutor 12 Discretos eclesiásticos antiguos 12 Discretos eclesiásticos nuevos 12 Discretos seglares antiguos 12 Discretos seglares nuevos 2 Discretos supernumerario 3 Custodios de los entierros 3 Procuradores 2 Abogados 42 Celadores 6 Cobradores 2 escribanos 1 Enfermero mayo. 5 Enfermeros 2 Médicos 2 Cirujanos 1 Boticario 1 Comprador 1 Conductor 1 Sacristán 1 Llamador 1 Portero 1 Cocinera 3 Lavanderas <b>Total cargos: 128</b>

## **APÉNDICE N.º 10**

### ***18 de octubre de 1625, canonización de Santa Isabel de Portugal, hermana de la Tercera Orden Seglar franciscana***

*«(...) y el día 18 de octubre se celebró la fiesta de Santa Isabel, reina de Portugal. Los comisionados habían dispuesto ricas colgaduras de brocado bordado que se hallaban en la Corte y el techo se adornó con reposteros de Su Majestad, la Reina, y del Príncipe de Esquilache. En los arcos se dispusieron telas carmesí y en la capilla mayor reposteros con columnas bordadas en campo carmesí del duque de Sessa.*

*En el altar muy suntuosamente cubierto se puso a la Santa y a los lados a Santa Isabel de Ungria y a San Francisco y muchos ramilletes de flores naturales, relicarios y otros adornos, que corrieron por mano del hermano Jerónimo de Quintana, y Gaspar Martel. hubo estrados para las señoras que tomó a su cargo la marquesa de Castelrodrigo*

*A las tres de la tarde se llevó en procesión a la Santa desde el convento de las Descalzas acompañada por gigantes de la Villa que alegraron a la gente, con musica de cascabeles y lo hicieron de limosna y se dio una arroba de cera. Encabezaba la procesión dos tropas de trompetas y tambores, le seguía el estandarte del Santísimo Sacramento de la parroquia de San Martín con las hachas de su cofradía, tras ellos los hermanos de la Orden Tercera con las suyas y otros que sin serlo fueron alumbrando, y fue el mayor numero que se ha visto en mucho tiempo*

*En medio de las hachas el estandarte de la Orden Tercera y muchos caballeros convidados, religiosos de San Francisco que vinieron de Alcala, Pinto, el Pardo, Buitrago y otros lugares, lo que por ser mucho causo mucha admiración y devoción y tambien los de la Observancia, descalzos y capuchinos.*

*Junto al padre Guardián el Ministro de nuestra Orden con manteo, bonete y a todos se les dio velas blancas para toda la procesión.*

*En medio de los religiosos franciscanos los hermanos de habito descubierto que llevaban a Santa Isabel de Ungria con 24 hachas, aderezada y vestida por las religiosas del convento de Santa Clara. Al final de los religiosos, San Francisco con musica le llevaban cuatro religiosos franciscanos, cuatro sacerdotes de la Orden Tercera, veinticuatro*

*hermanos de habito descubierto con hachas, riquisimamente adornado con diadema y cruz de diamantes y sarta de perlas finas de la mujer del contador Arnao.*

*Tras los religiosos caballeros de la nación portuguesa que se hallaban en esta Corte y les seguían mas de cien niños que los maestros terceros llevaron de sus escuelas, con ricos vestidos, plumas cadenas y botones. Despues la cruz de la parroquia seguida de la clerecía que muchos eran profesos de la Orden Tercera, a continuación los curas beneficiarios y en medio los capellanes de San Felipe y veinticuatro niños con hachetas blancas, todos bien aderezados con cuatro religiosos y cuatro sacerdotes.*

*Hizo el oficio el Obispo de Barbastro, Alonso de Requesens, acompañado por acólitos religiosos de la Observancia y asistio en la procesión Juan de Mendieta Vicario y Visitador. Remato la procesión el Consejo de Portugal por mandato de Su Majestad y se les dio velas de a libra a todos y al señor duque de Villa Hermosa se le dio hacheta.*

*En la calle se levantaron altares que pusieron los de las religiones: los del Carmen junto a San Gines; los de la Merced junto a la Concepción Jerónima, los de la Compañía junto a su obra esperaban el paso de la procesión con los religiosos con velas encendidas, los Clerigos Menores junto al Humilladero.*

*Acabada la procesión hubo invenciones de fuego con trompetas. Se acotaron las bocas de las calles para que no pasasen los coches pues sin esta prevención no era posible hacer la fiesta»<sup>1435</sup>*

---

<sup>1435</sup>AVOTM, C. 1, Lib. I, fol. 113 y ss.

## APÉNDICE N.º 11

### ***Fragmentos del sermón que fray Hortensio de Paravicino dedicó a Santa Isabel de Portugal, con motivo de su canonización, en presencia de Su Majestad, Felipe IV***

*«(...) hoy, con poca más prevención y con mayores dificultades, vuelvo a hablar, en lugar tan grande y a Corona Tanta, de la misma Serenísima Reina, Ilustrísima Santa, Divina Predecesora de nuestro Católico Príncipe, Rey y dueño natural, cuya augustísima sangre, al cabo ya de trescientos años reconoce la presencia canonizada de su ascendiente gloriosa con fervientes demostraciones. Grande, hermoso, es el asunto, fértil la materia. Más nunca pesos grandes ayudaron flacos hombros, ni resoluciones honradas salieron dichosas siempre.. No es cobardía reconocer el peligro; presumir sobre las fuerzas, temeridad. Pero obedecer en el mayor riesgo, siempre será gloria...*

*Porfiar, Sacra, Cesarea y Real Majestad, porfiar no es seso, ni aún ingenio tampoco,: no suele ser sino ignorancia y, cuando menos, es condición. Porque si no tengo razón, debo ceder a quien la tuviere; y si la tengo, componerme con mi razón, que no hay razón que no sea victoria. Cuento se sabe es opinable. No hay sol de julio que no levante alguna nubecilla; aún suele ser polvareda. Esta doctrina, que en los particulares es verdadera, en los soberanos es ejemplar. Porque siendo su poder el mayor, si podían obrasen, no sería la razón sino la fuerza, la que pudiese más siempre...*

*Direisme empero, vemos que Santa Isabel de tal manera fue Reina que dejó cuantos aparatos eran de tal la corona de Portugal por el velo de Santa Clara; los tabíes, espolines y lamas de Milán por los sayales, jerga, sacos de Francisco; las mesas reales por los ayunos religiosos; los saraos por la labor; las mercedes por las limosnas; los jardines por la oración... la verdad es fieles lo que os predico: lo demás lo parece, mas no lo es... ¿Que quiere esta Santa de Dios? ¿ No la hizo biznieta de un emperador de Alemania, nieta de un Rey de Sicilia y de otro de Aragón, no es hija de un heredero de Jaime el Conquistador, mujer de un Rey de Portugal? ¿ Que más tesoro, que más reino quiere?. Quiere el Cielo, los de la tierra no los da por recibidos, y se va a peregrinar y a confesar a voces que no se da por heredera en promesas de la tierra...otra gran parte del*

*tesoro halló en la humildad y en la caridad esta gran Reina. Fuerza es ir recogiendo velas, que se descubre cada hora más mar, si no buscamos el puerto...*

*Serenísima Reina, Santa ilustrísima, corto orador, pero afectuoso en loores, han tenido vuestros méritos hoy. Vos que aún mortal y peregrina, despreciasteis reinos, inmortal y triunfante, no atenderéis a alabanzas. Santa, empero, y agradecida, sí, estimareis deseos... a nuestro augusto y gallardo dueño, hijo de tantas noblezas imperiales, hacedle padre de otras mayores. Tan sagrado ardor católico, tanta llama de celo de la Iglesia como resplandece en él, sea prodigiosa señal del mundo y no señal solo sino soberana y eficaz causa de efectos admirables (...). A nuestra amabilísima y serenísima Reina, pues es Isabel también, tenedla por vuestra: dadla en la imitación que de vuestras virtudes lleva, la fecundidad natural que no os faltó a Vos. No falte a este candidísimo lirio<sup>1436</sup>, a esta azucena purísima, animosos hilos de oro, hijos, digo, hermosos de madre tal. divino agüero ha sido venir el día de vuestra memoria la nueva de Brasil<sup>1437</sup>, ilustre conquista de vuestros portugueses, restitución honrada de nuestros castellanos y de ellos (...).*

*Oh, pueda yo continuar parabienes, escribir sucesos admirables de Vuestra Majestad Católica a quien Dios, con liberal mano y con mucha vida, entre victorias largas de gracia, triunfos eternos de gloria».*

*«Ad quam nos qui vivit et regnat in saecula saeculorum. Amen».*

---

<sup>1436</sup>La reina Isabel, princesa de Francia, pertenecía a la casa de Borbón, cuyo emblema luce tres flores de lis.

<sup>1437</sup>La Bahía de Brasil (El Salvador) fue recuperada frente a los holandeses en 1625 por don Fadrique de Toledo.

## APÉNDICE N.º 12

### *Patente emitida por el Vicario General de la Primera Orden franciscana, don Antonio Enríquez, 1632, al visitador de la Venerable Orden Tercera de Madrid*

*«Al padre General Fray Pedro de Frías, predicador general de toda nuestra Provincia de Castilla.*

*Salud y Paz en Nuestro Señor Jesucristo, por Nuestro Seráfico Padre San Francisco de Asís movido por la gran caridad y celo de la salud de las almas trato de buscar modos de cómo traer al verdadero camino de la salvación a los fieles que de todos los estados haciendo que viviesen reformadamente aun aquellos que viven en los peligros del siglo para que ansino queda algo en quien Dios fuese glorificado por inspiración divina la Institución de la Venerable Orden Tercera de Penitencia en la cual según lo exponen y nos han enseñado ahora y siempre almas santísimas, y della se ha coxido por todas las partes de la Cristiandad ubérrimos frutos, considerando pues obligación que tenemos de seguir los pasos de Nuestro Padre San Francisco, sobre todo en materia de tanta utilidad de las almas y de la gloria catolica como lo ha sido siempre esta Venerable Orden Tercera, deseamos que por nuestra parte ni falte el favor y ayuda a los fieles que por este camino quieren asegurar su salvación y nos ha parecido confiando en su buen celo, virtud y talento y experiencia para acudir a las obligaciones con el debido cuidado y declaramos al Reverendo Padre Visitador de la Tercera Orden de esta Corte de Madrid y en la Provincia de Castilla y por ello le concedemos todo el poder y autoridad que según su Regla y Estatutos le podemos conceder, ansi para admitir a la Tercera Orden, dar avitos y profesiones y como para visitar, castigar, expeler y para todo lo demas que fuese y entendiese necesario para conservación de la Orden Tercera y mandamientos y que todos los hermanos terceros reconozcan a Vuestra Reverencia por su verdadero prelado Visitador y le obedezcan en todo según su Regla y le deben de reconocer y obedecer en la forma que la misma Regla y Estatutos les obliga y debiera Vuestra Reverencia presentarse en esta Corte de Madrid para en todos los negocios de la Tercera Orden y para ello le concedemos plenario poder y autoridad porque vemos a la Tercera Orden tan dilatada y ennoblecida con sangre ilustre como esmaltada, con mucha virtud y para que no caiga de su fervor sino que aumente. Corresponde a Vuestra Reverencia mucho trabajo y vigilancia y cuidado atendiendo a las muchas ocupaciones que se abran de atender por lo*

*que concedemos a Vuestra Reverencia dos compañeros uno predicador que ayude acudiendo a los casos necesarios de la Orden Tercera cuando le fuese ordenado por Vuestra Reverencia y otro sacerdote que le acompañe al dicho ministerio para que la Tercera Orden sea mejor servida y se acuda a todo a la mayor puntualidad y ordenamos y mandamos tanto a Vuestra Reverencia como a sus compañeros sean libres de ocupación en la comunidad, y quean de salir fuera de casa sin que para ello sea necesario el pedir licencia a ningun prelado y porque es oficio de tanto cuidado les señalamos lugar y asiento en ella. Y ordenamos que no se impida la ejecución de esta patente».*<sup>1438</sup>

---

<sup>1438</sup>AVOTM, C. 1, Lib. II, fol. 23.

## APÉNDICE N°. 13

### ***La “verdad ultrajada”. Fray Pedro de Zayas defiende a la VOT de las acusaciones de los regulares en Arcos de la Frontera***

*San Francisco fundó el Instituto Tercero el año de 1221, quince años después de su conversión y catorce años después de haber fundado su primer Instituto de fratres. El motivo que tuvo el Padre Seráfico para esta Tercera fundación fue ofrecer un camino a los mortales que vivían entre mundanas diversiones, por donde libres de los peligros del siglo, encaminaron sus pasos para el cielo. El camino que se debe seguir, es el de guardar una forma de vida, que se prescribe en la Tercera Regla que escribió por su mano y aprobaron los Pontífices Sumos que fueron Honorio III, Gregorio IX e Inocencio IV.*

*Es Orden según nos enseñan los sagrados Concilios, los Supremos Pontífices, los Santos Padres y las antiguas Tradiciones. El Concilio Lateranense usa de la misma voz en tres partes y el Tridentino en el Decreto de los Cardenales también la llama Orden dos veces. Son más de cuarenta los Pontífices que han favorecido a esta Venerable Orden, advirtiéndole que hablan de los Terceros seculares que viven en sus casas, sin haber hecho los tres votos que constituyen Religión; pobreza, obediencia y castidad. Estos Pontífices son:*

*Honorio III, en bula dada el 3 de marzo de 1228; Gregorio IX, en bula del 2 de agosto de 1229 y del 4 de junio de 1230; Inocencio IV; bula del 13 de junio de 1244; Alejandro IV, bula del 27 de abril de 1253; Urbano IV, bula del 5 de julio de 1264; Nicolás IV, decreto de 1290; Celestino, bula del 2 de septiembre de 1291; Bonifacio VIII, bula en 1296.*

*Además tenemos las Antiguas y Sagrada Ejecutoria que la Iglesia en la Antífona Tercera del oficio del Padre Seráfico que la llama Orden como a las otras dos que había instituido antes. Otras muchas bulas y breves apostólicos hay que concediéndola innumerables Privilegios y Gracias la llaman Orden, hablando de los Terceros Seculares. el señor Paulo IV a instancias del Reverendísimo padre fray Clemente de Monilice, General de toda la Observancia de nuestro Seráfico Padre, San Francisco, expide su bula dada en Roma el año de 1555, 41 años después de haberse publicado el decreto del mencionado concilio Lateranense en que no solo llama Orden al Tercero Seráfico Instituto sino que declara que sus venerables hijos gozan de los mismo privilegios que todas las demás Ordenes, tanto mendicantes, como no, y en la misma bula dice que gozan de dichas*



*preeminencias, con la advertencia de que antepone en sus cláusulas a los Terceros Seglares y pospone a los que en los claustros viven porque en cuando estos se fundaron no vivía nuestro Padre San Francisco que fue en el año de 1431 o a lo mas en tiempo de Eugenio IV y los Terceros Seglares tuvieron su aprobación y concesión de privilegios apostólicos en 1228 que viene a ser 300 años antes que los dichos Terceros Regulares [ ] y baste decir que no se da bula ni decreto apostólico que mencione este Santo Instituto en que no se hable de la gloria de llamarla y declararle absolutamente Orden Tercera.*

*«San Francisco, quiso dar modo de vivir a todos los estados de personas, hombres y mujeres que sin hacer voto de religión, ni vivir en comunidad, sino en su casa, conforme al estado de cada uno, prometiendo guardar todos los mandamientos de Dios, y todas las demás cosas contenidas en su manera de vivir, que ordeno Nuestro Padre San Francisco y ordeno el señor Papa Nicolas IV.*

*En la Congregación que la Orden tuvo en Toledo en el año de 1583 se ordeno que ningún prelado de la Orden admitiese a este modo y manera de vivir a ningún hombre ni mujer con lo cual y con haber muchos años que se recibía muy pocos a esta manera de vivir, estaba casi extinguida esta forma de Terciarios en España, pero considerando la Religión el gran fruto que en tiempos pasados en la Iglesia de Dios ha habido de estos terciarios, los santos y santas canonizados y beatos y beatas que de ellos ha habido pareció que será cosa conveniente que se tornase a renovar esta manera de vivir, y así en 1606, en el Capitulo General que se celebro en la ciudad de Toledo que se ordeno que se tornase a renovar la dicha manera de vivir y se publicase a los pueblos. Lo cual se hizo y fue tan bien recibido y admitido en todas las ciudades y pueblos que parece que en tiempo de Nuestro Padre San Francisco fue instituido y no se podría hacer con mas frecuencia de personas hombres y mujeres, clérigos, y hasta religiosos de otras ordenes que con mas fervor desearan y pidiesen ser recibidos en este estado de terciarios yendo las cosas en esta prosperidad, el año de ocho, sucedió en la ciudad de Toledo alguna inquietud porque se dio a entender que esta manera de vivir no se podía tener ni admitir ya que el voto que hacían no les obligaba a pecado y lo contrario les enseñaba los que les admitían en la Orden Tercera. Sobre esto hubo muchas alteraciones de suerte que fue menester que la Orden saliese a la defensa de ello y tratado en las Universidades de Alcalá, Salamanca y Toledo con personas doctas así de religiosos como de otros estados. Lo cual asentado, que es llano, que la trasgresión de lo que promete no es pecado como lo afirma Inocencio*

*cuarto en el capítulo dos. donde habiendo en diecinueve capítulos puesto la forma y modo de vivir los dichos terciarios concluye diciendo en la dicha confirmación.*

*Mas en todas las cosas sobredichas a las cuales los hermanos de vuestra Orden no son obligados por los divinos preceptos o estatutos de la Iglesia, no queremos que algunos de ellos queden obligado a culpa mortal mas que recibida la penitencia que le fuera dada por el exceso de la trasgresión y con pronta humildad y con eficacia trabaje en cumplirla y las demás cosas que se sigue en el dicho capítulo donde parece que esta manera de regla y forma de vivir es casi a modo de constitución de las ordenes de Nuestro Padre Santo Domingo y San Francisco donde se dice casi las mismas cosas que el Papa Inocencio III dice en la confirmación de la Tercera como queda dicho. Tuvieranse en el convento de San Juan de los Reyes conclusiones publicas en que se sustento y asentó esta verdad. Estos hermanos de penitencia en el principio de su institución se les levanto una gran dificultad aunque en diferente materia como lo refiere el Papa Gregorio Nono en su Breve defendiéndolos y amparándolos con autoridad Apostólica se muchas molestias que en las ciudades y villas les hacían así las justicias eclesiásticas como las seculares. Porque como dice el sobredicho Pontífice siempre la virtud ha sido trabajada y perseguida, trayendo por ello muchas palabras de la Escritura conque conforme esta verdad».*

Por su parte fray Pedro de Zayas argumentó contra los que todavía estaban recelosos e insistían en que los terceros eran seglares, casados viviendo en sus casas, sin guardar clausura y sin llevar a cabo los votos de pobreza, castidad y obediencia, y sin estar sujetos a prelado, que tampoco lo hacían las órdenes militares de Santiago, Calatrava, Montesa o la del Christo en Portugal y otras muchas que vivían de la misma forma que los que vestían el hábito de la Orden Tercera, y si a aquéllas no se les negaba ser órdenes, a ésta con mayor motivo.

Finalmente hizo una reflexión sobre los santos y santas con que la Orden Tercera ha enriquecido a la Iglesia (según reza en el catálogo de la obra escrita por el franciscano, doctor en teología, Jerónimo Comban, que está depositada en el Archivo del Vaticano). Por ese motivo estos hermanos no deberán ser perseguidos ni molestados y que sean excomulgados los que usen este nombre para risión o desprecio y los que se alisten en esta Orden hallarán la vida eterna. En ella todos los estados pueden hacer profesión y tiene acogida el pobre, el rico, abre sus puertas al docto, y lo mismo hace con el ignorante, admite a los de corta edad, y jamás desmerece su amparo a los ancianos y patrocinio, da el

hábito a solteras, no lo niega a las casadas, acoge a las viudas y no despide a las doncellas, abriga a los que por sus empleos parecen incompatibles, como son los que profesan el estado religioso, a los empleados en la milicia, y hasta el mismo Pontífice puede hacerse Tercero de esta Orden. Este fue el fundamento que tuvo San Antonio de Florencia para comparar a mi Seráfica Religión con el Arca de Noe que no hubo especie que en ella no pudiera abrigarse. Así pues no tiene más remedio que dar una satisfacción pública volviendo a la VOT la honra que quisieron usurparle. De no ser así los jueces eclesiásticos les aplicarán los correspondientes castigos y harán por fuerza y ejecuten lo que en vista de la súplica no quieren<sup>1439</sup>.

---

<sup>1439</sup>AVOTM, leg. 431/30.

## APÉNDICE N° 14

### *Patente en la que se permite que la VOT construya la capilla del Cristo de los Dolores*

*«A la Venerable Orden Tercera de Penitencia de Nuestro seráfico Padre, San Francisco de esta villa y convento de Madrid: Salud y paz en el Señor.*

*Doy cuenta a dicha Venerable Orden Tercera de Penitencia que ha parecido que es mucho el concurso que acude a sus ejercicios espirituales de oración y que el sitio que tienen es corto y tiene muchos inconvenientes que le hacen desacomodado para los ejercicios.*

*Por lo cual nos ha parecido le concediéramos sitio que fuera a propósito y significado lo era el que estaba enfrente de la puerta de la Iglesia de este nuestro convento desde la capilla de la Orden Tercera hasta la calle cuesta de San Buenaventura por donde ahora esta corrida una tapia que cierra la puerta con la anchura necesaria tomada de la parte que va hacia la puerta para en el dicho sitio labrar una capilla para colocar la imagen del Santo Cristo de los Dolores y tener sus ejercicios espirituales sin los inconvenientes que se han presentado en la capilla en la capilla donde al presente la tienen.*

*Por tanto, atendiendo a lo muy necesario y conveniente para el servicio de Nuestro Señor y en bien de las almas de os que se ocupan en tan santos ejercicios que es la dicha Orden Tercera con consentimiento de los Padres y Definitorios de esta nuestra Provincia de Venerable Orden Tercera del dicho sitio en la manera que necesita como arriba dicho es, y con el fin que se nos pide y mandamos que ningún inferior nuestro pueda impedir ni impídala ejecución de esta nuestra patente. Dado en este nuestro convento de Madrid el 16 de junio de 1662 años».*

*Firma: “Fray Juan Manresa, Comisario General, por mediación de fray Leonardo Pradera, Secretario General de la Orden Franciscana”<sup>1440</sup>.*

---

<sup>1440</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fols. 140v., 141 y 142.

## APÉNDICE N.º 15

### *Parroquias madrileñas en el siglo XVII*

A mediados del siglo XVII Madrid se hallaba dividido en trece parroquias: Santa María, San Martín, San Ginés, El Salvador, San Nicolás, la Santa Cruz, San Pedro, San Andrés, San Miguel, San Justo, San Juan, San Sebastián y Santiago.

Santa María era la parroquia más reputada por ser la más antigua de la Villa y Corte. Para algunos, su fundación se remontaba a época romana; fue mezquita durante la dominación árabe. El monarca Alfonso VI la purificó y la devolvió al culto cristiano. En ella se veneraba la imagen de Nuestra Señora de la Almudena, hallada por los cristianos en una de las alhóndigas a la que los árabes llamaban *almuden*, de ahí su nombre. Esta parroquia estaba situada en la plaza de los Consejos.

San Martín fue monasterio benedictino, su fundación se consideraba anterior a la llegada de los árabes a Madrid. El rey Alfonso VII le había concedido diversos privilegios con el fin de que se poblase la zona. Era un lugar en el que se condensaban numerosos vecinos. Contaba con cerca de cien calles y más de dos mil casas. La parroquia estaba situada en la plazuela de ese mismo nombre.

San Ginés estaba situada en la calle de Bordadores, esquina a la del Arenal, su origen databa del siglo XIV. Contaba con una bóveda, en la que en las noches de Cuaresma y tres veces por semana a lo largo del año se celebraban ejercicios espirituales, oración, meditación sermones y disciplinamientos a los que acudían gran número de sus feligreses.

El Salvador era una de las más antiguas de la capital; en ella se veneraba la efigie de San Eloy, patrón del gremio de plateros. Pedro Calderón de la Barca fue enterrado en esta parroquia que se encontraba en la plaza de la Villa.

San Nicolás estaba situada a espaldas de la parroquia de Santa María. En ella reposaban los restos del arquitecto Juan de Herrera, que había sido ayudante de Juan Bautista de Toledo en la construcción del monasterio del Escorial.

Santa Cruz, no existe precisión sobre la fecha de su fundación, pero en cualquier caso no se dudaba que era una de las más antiguas de Madrid. En esta parroquia se congregaban las cofradías de la Paz y de la Caridad, ocupadas en socorrer a los que iban a ser ajusticiados.

San Pedro, primero se situó en la plaza conocida como Puerta Cerrada, junto a la calle de Toledo, Alfonso XI la trasladó después a la calle que lleva su nombre, junto a la de Segovia. En esta parroquia se reunía la Congregación de Sacerdotes de la Villa creada por el rector del hospital de La Latina, Jerónimo de Quintana. La Congregación se encargaba de socorrer a los sacerdotes que sufrían necesidades.

La construcción de la parroquia de San Andrés se remontaba al siglo XII; los Reyes Católicos durante su estancia en la Villa residieron en las casas contiguas propiedad de don Pedro Lasso de la Vega, y la designaron Capilla Real. En dicha parroquia se encontraba la capilla de San Isidro Labrador.

San Justo, ubicada en la calle del Sacramento. Fue demolida en el siglo XVIII, volviéndose a levantar poco después gracias al infante don Luis, hijo de Felipe V. En la actualidad es parroquia castrense. A ella se le agregó la parroquia de San Miguel situada en la plaza que lleva su nombre.

En la calle de Atocha, muy cercana a una ermita en la que se veneraba a San Sebastián, se levanto la parroquia de ese mismo nombre en 1550. En ella fue enterrado Félix Lope de Vega y Carpio. Fue una de las parroquias que reunió mayor número de feligreses.

Por último, Santiago, que debió ser reedificada en el siglo XIX. El altar mayor lo presidía un cuadro de Ricci.

## **APÉNDICE N.º 16**

### ***Algunos conventos madrileños presentes en Madrid en el siglo XVII***

San Francisco, según la leyenda fue fundado por el santo en 1217, cuando realizó su viaje a Madrid. Comenzó siendo una pequeña ermita, después se convirtió en iglesia y finalmente se construyó el convento. En 1760 fue demolido y se levantó de nuevo de forma magnífica, concluyéndose la obra en 1784. Inmediato al convento franciscano esta la capilla de la Venerable Orden Tercera.

Nuestra Señora de Constantinopla, de monjas franciscanas, se levantó en 1479, primero en Rejas a tres leguas de Madrid, después, en 1551, se trasladó a la Villa, ubicándose en la calle de la Almudena. La iglesia del convento se concluyó en 1628, y en el altar se veneró una imagen de la Virgen que fue traída desde Constantinopla por un peregrino<sup>1441</sup>.

San Jerónimo se fundó en 1464 por frailes de esa Orden.

Nuestra Señora de Atocha, en 1530 lo fundaron frailes de la Orden de Santo Domingo.

San Felipe el Real, la Orden de Agustinos calzados levantó el convento en 1547.

Nuestra Señora de la Victoria, fundación de la los frailes mínimos de San Francisco de Paula en el año 1561.

Convento de la Santísima Trinidad, en la calle de Atocha, fue fundación de Felipe II. Dos sacerdotes, San Juan de Mata y Félix de Valois, fueron los fundadores de la Orden trinitaria que se consagró a la liberación y rescate de los cautivos en tierras de infieles.

Colegio Imperial de Jesuitas, fundado en 1567. Su patrona fue doña María de Austria. En él se veneran los cuerpos del patrón de Madrid San Isidro y de su esposa Santa María de la Cabeza.

Convento del Carmen calzado, obra del Caballero de Gracia. Se levantó en 1575 en la calle del Carmen.

Convento del Carmen Descalzo, en 1586 se fundó este convento en la calle de Alcalá; en él se encuentra una capilla de gran valor, fundación de don Rodrigo Calderón, privado de Felipe III. Don Rodrigo cayó en desgracia y fue ajusticiado.

---

<sup>1441</sup>MESONEROS ROMANO, R.: *Manual de Madrid*, Madrid, 1831, p. 161. Este convento estuvo vinculado a la familia de Lorenzo Ramírez de Prado, pues allí recibieron cristiana sepultura los restos de su madre, doña María de Velásquez y de dos de sus hermanas que entraron en religión en dicho convento.

Convento agustino de doña María de Córdoba y Aragón, dama de la reina María Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II. Fue doña María hija del caballero mayor del Rey; el convento se fundó en 1590.

El convento de franciscanos capuchinos de Jesús de Medinaceli comenzó su construcción en 1606. En él se venera una imagen de Jesús Nazareno, que goza de gran devoción entre los madrileños. La imagen fue rescatada en Fez de manos musulmanas por religiosos de esa Orden.

Además de los señalados otros conventos madrileños eran: Capuchinos del Prado( 1609); Premostratenses (1611); Nuestra Señora del Rosario(1632); Afligidos (1635); Capuchinos de la Paciencia(1639); y, también, nuestra Señora de Monserrat, Portacaeli, San Felipe Neri, Agonizantes, Santo Domingo el Real, Santa Clara, Santa Catalina de Siena, las Descalzas Reales<sup>1442</sup>, convento de la Magdalena, de la Concepción Jerónima, etc.<sup>1443</sup>.

---

<sup>1442</sup>GUERRA, R.: *Iglesias y conventos del antiguo Madrid*, Madrid, 1996, pp. 76-77. Las Descalzas Reales, franciscanas, fue fundación de la hermana del rey Felipe II, doña Juana de Austria, viuda del rey de Portugal, don Juan, y madre del rey don Sebastián. El monasterio se fundó en 1559, en el mismo palacio donde ella y su hermana María habían nacido, frente al monasterio benedictino de San Martín, y se puso bajo la dirección de religiosas franciscanas. En 1564 se terminó de remodelar el edificio. En ese palacio vivieron las infantas Isabel, Clara Eugenia y Catalina Micaela hasta que contrajeron matrimonio. Cuando la emperatriz María, hermana del Rey Prudente, enviudó, se retiró allí hasta su muerte en 1603.

<sup>1443</sup>TORMO, E.: *Las antiguas iglesias de Madrid*.



## APÉNDICE N.º 17

### *Sufragios que la VOT ofrece por el alma de D. Pedro Calderón de la Barca*

25 de mayo de 1.681.

*«Tuvo noticia de la muerte de Don Pedro Calderón de la Barca, Caballero de la Orden de Santiago y Capellán de Honor de Su Majestad y de los Reyes Nuevos de Toledo, hermano discreto de la Venerable Orden Tercera, de Penitencia de Madrid. Se celebraron por él y por D. Andrés Verdugo, Caballero de la Orden de Santiago, también discreto de la Venerable Orden Tercera los sufragios siguientes: trece misas dichas; noventa y dos oídas; sesenta limosnas; veintidós estaciones de sacramentos; diez veces su alabanza y de la Concepción de Nuestra Señora; seis nocturnos de difuntos; catorce responsos; dos comuniones; treinta y dos partes de Rosario; dos veces al Salmo “miserere mei”; once semanas de buenas obras y también se acordó que se diga misa cantada por Don Pedro Calderón de la Barca como discreto que ha sido, y dijo el Sr. Vicario del Culto Divino que se ha dicho otra en la misma forma por el señor D. Andrés Verdugo»<sup>1444</sup>.*

---

<sup>1444</sup>AVOTM, C. 4, Lib. V, fol. 291v.

## APÉNDICE N.º 18

### *Declaraciones de pobres de hermanos de la VOT*

«Declaración de pobre de D. Miguel González otorgada el 4 de noviembre de 1678, en la que solicita que la Venerable Orden Tercera de Madrid le entierre de limosna. Dice que sus bienes se inviertan en partes iguales en misas en sufragio por su alma y limosnas para a la enfermería»<sup>1445</sup>.

«Declaración de pobre de D. Antonio López el 2 de octubre de 1689, deja por heredera de todos sus bienes a la Venerable Orden Tercera»<sup>1446</sup>.

«Declaración de pobre de D.<sup>a</sup> María Jiménez Barros, 28 de mayo de 1690. dejando por heredera de todos sus bienes a la Venerable Orden Tercera de Madrid»<sup>1447</sup>.

«Declaración de pobre de D.<sup>a</sup> Dominga Romero, 10 de abril de 1682. Suplica que la Orden se sirva enterrarla de limosna»<sup>1448</sup>.

«Papeles póstumos del militar D. Camilo Benito que falleció como pobre en 1692 estando postrado en cama en la enfermería de la Venerable Orden Tercera»<sup>1449</sup>.

«Diversas declaraciones de pobres con fechas diferentes»<sup>1450</sup>

«Declaración de pobre de José de los Ríos y Zúñiga otorgada el 16 de agosto de 1670 en la que suplica a la VOT le mande enterrar en su capilla y deja por heredera a su hija Teresa»<sup>1451</sup>.

---

<sup>1445</sup>Ibídem, leg. 427/58.

<sup>1446</sup>Ibídem, leg. 428/9.

<sup>1447</sup>Ibídem, leg. 428/5.

<sup>1448</sup>Ibídem, leg. 432/50.

<sup>1449</sup>Ibídem, leg. 249/14.

<sup>1450</sup>Ibídem, leg. 433/1.

<sup>1451</sup>Ibídem, leg. 432/40.

## **APÉNDICE n.º 19**

### ***Algunos establecimientos dedicados a la caridad en Madrid en el siglo XVII***

Hospicio de Santa Catalina de los Donados: fundado en 1460 por Pedro Fernández Lorca para doce pobres honrados que por su edad no pudiesen ganarse el sustento. La casa estaba bajo el patronato del prior del monasterio de San Jerónimo el Real.

Casa de Niños Expósitos, vulgo Inclusa: en 1561 se fundó una cofradía bajo el amparo del convento de la Victoria; en una casa cercana se comenzó a recoger niños expósitos que eran socorridos por dicha cofradía. Desde allí, primero se trasladó a la calle de Preciados, y más tarde, a la de Embajadores. Los niños estaban bajo los cuidados de las Hijas de la Caridad y llegaban desde los hospitales de la Pasión, San Antonio de los Portugueses e Incurables. La institución se sostenía con los donativos reales y los de personas piadosas. El nombre de Inclusa se debió a que en su capilla se veneraba una imagen de la Virgen que un soldado había traído de una ciudad holandesa llamada Enkuissen y que el vulgo transformó en Inclusa. Con el mismo fin de ayuda a la infancia se fundó en 1600 el Asilo de Niños Desamparados, y en 1626, el de Niñas de la Paz.

Albergue de San Lorenzo: fundado en 1598, era una especie de posada para pobres. Estaba situado en la Puerta de Toledo, y bajo la dirección de un rector. En el albergue los necesitados encontraban comida, cama y lumbre para combatir los fríos invernales.

Hospedería de los Padres Cartujos: estaba ubicada en la calle de Alcalá y su fin era acoger a los religiosos de esa Orden que llegaban a Madrid.

Hermandad de Nuestra Señora del Refugio, fundada en 1615, se estableció poco después en el Real Hospital de San Antonio de los Alemanes. La hermandad la componían personas distinguidas, y entre sus obligaciones estaba la de conducir a los pobres enfermos a los hospitales; a los dementes a Zaragoza, lugar en donde existía un hospital para ese tipo de enfermos; recoger a los niños que eran depositados en el torno del establecimiento; socorrer a los peregrinos y remediar necesidades de los pobres.

En el siglo XVIII nacieron otras instituciones: en 1713 el Real Monte de Piedad, fundación del capellán de las Descalzas Reales; en 1733, Nuestra Señora de la Esperanza (vulgo del Pecado Mortal), con la misión de socorrer a los necesitados, dándoles dinero tras el empeño de sus alhajas. Ese bien se conservaba durante un año y si no se

recuperaban por parte del antiguo dueño se vendían, y lo que excediese de la venta se entregaba a éste; en 1799 se fundó la Real Asociación de Caridad del Buen Pastor, con el objetivo de atender espiritual y temporalmente a los presos de las cárceles de la Corte. Personas caritativas se ocupaban del reparto de comidas entre los reclusos<sup>1452</sup>.

---

<sup>1452</sup>MESONERO ROMANOS, R., A, op. cit.

## **APÉNDICE N.º 20**

### ***Personajes hermanos de la VOT que pidieron ser enterrados vistiendo el hábito franciscano (s. XVII)***

*Juan Pantoja de la Cruz, (1551-1608), pintor de Cámara del Rey Felipe II. Ordena que su cuerpo sea sepultado en la iglesia de San Ginés, de la que es parroquiano, con el hábito del glorioso San Francisco y que su cuerpo sea acompañado por la cruz, cura y beneficiados de la parroquia con cumplimiento de cincuenta clérigos a los que se les entregará una limosna de dos reales. Desea que su cuerpo sea acompañado por los Niños de la Doctrina y de las cofradías de Nuestra Señora de los Dolores y de Santa Elena y que su cuerpo sea llevado por ocho hermanos del Hospital de Antón Martín. Manda que se le diga el día del entierro una misa cantada de Requien habiéndole precedido una vigilia, que se le digan noventa y una misas del alma a dos reales cada una en diferentes monasterios, de las cuales veinte se harán en el de San Francisco. Además se dirán quinientas misas rezadas por su ánima, de ellas sesenta en el monasterio franciscano. Madrid, 23 de julio de 1599.*

*Jerónimo de Quintana, clérigo presbítero, licenciado: manda que en su entierro su cuerpo sea acompañado por doce franciscanos, que se les dé doce reales de limosna, por Niños de la Doctrina, por hermanos de la Orden Tercera de San Francisco, por la Congregación de Sacerdotes Naturales y por la de Ministros de la Inquisición. Desea que se le digan veinticuatro misas de cuerpo presente, seiscientas rezadas, doscientas por el alma de sus padres y hermanos, cincuenta por las almas del purgatorio y cien más por si se ha olvidado de algunas necesarias de decir. Estas misas se repartirán entre los distintos monasterios y conventos. Madrid, 13 de noviembre de 1643.*

*Luis Vélez de Guevara (1579-1654) escritor y dramaturgo, vecino de la villa de Madrid: dispone en su testamento que su cuerpo sea sepultado vistiendo el hábito franciscano. Madrid, 5 de noviembre de 1644.*

*Juan Bautista Morelli, escultor de Su Majestad D. Carlos II, natural de la ciudad de Roma: manda ser amortajado con el hábito del padre San Francisco, y que el día del*

*entierro o al siguiente se diga misa de cuerpo presente, y se digan por su alma treinta misas rezadas donde le pareciere a sus testamentarios. El hijo de Juan Bautista que testa en 1680 expresa también su deseo de vestir en su muerte el hábito franciscano. Madrid 24 de julio de 1669.*

*Pedro Calderón de la Barca, (1600-1681) caballero de la Orden de Santiago, capellán de honor de Su Majestad y de los Señores Nuevos de la Santa Iglesia de Toledo: Desea ser amortajado con el hábito franciscano, ceñido por su cuerda y con la correa de San Agustín y puesto al pecho el escapulario del Carmen. Su deseo es ser enterrado de modo sencillo, sin grandes acompañamientos, pero si con doce frailes del convento franciscano y de los hermanos de la Tercera Orden, sus hermanos, que portan el hábito descubierto, a más de doce sacerdotes que porten la cruz, doce Niños de la Doctrina y otros doce de los Desamparados. Madrid, 20 de mayo de 1681.*

*Juan Carreño de Miranda, ( 1614-1685) pintor de Cámara de Su Majestad. Desea ser enterrado vistiendo el hábito franciscano y que se digan quinientas misas por su alma y cien por las de sus padres. Madrid 2 de octubre de 1685.*

Carreño de Miranda fue hermano profeso de la Venerable Orden Tercera de Madrid. En el año de 1684 entró a formar parte del discretorio, un año después seguía perteneciendo a éste figurando como discreto antiguo. En ese mismo año, 1685, falleció<sup>1453</sup>.

---

<sup>1453</sup>MATILLA TASCÓN, A., *Testamento de 43 personajes del Madrid de los Austrias*. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid 1983.  
AVOTM, C. 5, Lib. VII.

## APÉNDICE N.º 21

### *Relación de iglesias y conventos en los que la Venerable Orden Tercera de Madrid colocaba mesas de demandas. Siglo XVII*

*San Francisco*<sup>1454</sup>.

*Trinitarias Descalzas del Prado*

*Nuestra Señora de los Afligidos*

*Convento de la Victoria.*

*Capuchinos del Prado.*

*Convento de los Escoceses*

*San Marcos.*

*Santa Catalina de Siena*

*Merced Calzado.*

*Madres Capuchinas.*

*Espíritu Santo.*

*Santísima Trinidad Calzada.*

*Iglesia de doña Maria de Aragón.*

*Santa Catalina de las Donadas.*

*Monjas de Pinto.*

*Concepción Jerónima.*

*San Basilio. San José.*

*Convento de la Magdalena.*

*Carmelitas Descalzas de Santa Ana.*

*Clérigos de San Felipe Neri.*

*Nuestra Señora de Monserrat.*

*San Felipe Neri de la plaza del Ángel.*

*Monjas de San Plácido.*

*San Sebastián.*

*San Luis.*

*San Felipe el Real.*

*Santo Tomás.*

*Carmen Calzado.*

*Convento de los Ángeles.*

*Santa Cruz.*

*Santo Domingo el Real.*

*Nuestra Señora del Rosario.*

*San Bernardo.*

*Noviciado.*

*Santa Bárbara.*

*Convento de las Recogidas.*

*Premonstratenses.*

*Agonizantes.*

*Mercedarios.*

*Capuchinos de la Paciencia.*

*San Antonio de los Alemanes.*

*Convento de la Baronesa.*

*Carmelitas Descalzos.*

*Convento de Vallecas.*

*San Ildefonso.*

*Convento de San Fernando.*

*San Martín.*

*San Ginés.*

*Casa Profesa.*

*Santiago.*

*Santa Clara*

*San Juan.*

*San Nicolás.*

*San Gil.*

*Santa María.*

*Nuestra Señora de Constantinopla.*

*San Salvador.*

*San Miguel.*

*San Justo.*

*San Pedro*

*Nuestra Señora de Gracia*

---

<sup>1454</sup>AVOTM, leg. 403/41.

## *APÉNDICE N.º 22*

### *Hospitales madrileños en el siglo XVII*

Hospital de Nuestra Señora de la Concepción, vulgo de La Latina. Se fundó en 1499 por el matrimonio formado por Isabel Galindo y su esposo el capitán Francisco Ramírez. Fue una institución de carácter asistencial que dependía de un patronato; durante largos años fue su rector Jerónimo de Quintana, que ejerció el cargo hasta su muerte; personaje muy vinculado a la Venerable Orden Tercera franciscana fue su ministro en el año 1617, y entre 1636 y 1638, su coadjutor. El hospital estaba situado en la calle de Toledo.

Hospital de Nuestra Señora del Buen Suceso, fundado por el emperador Carlos en 1529, con el fin de que se curasen los soldados y criados suyos. Después se destinó a los criados de la Casa Real. Se encontraba en la Puerta del Sol, entre las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo.

El hospital de Antón Martín, en la calle de Amor de Dios lleva el nombre de su fundador, un religioso que pertenecía a la Orden de San Juan de Dios. Se edificó en 1552 con el fin de acoger a los que enfermaban de males venéreos. Contaba con cincuenta camas, y se financiaba con las limosnas que los mismos frailes de la Orden pedían encapuchados.

La Real Casa de la Misericordia, en la calle de los Capellanes, fue fundación de doña Juana de Austria, hermana de Felipe II, apiadada de los sacerdotes pobres y enfermos. También se atendía a pobres hijosdalgos. Gozaba de las rentas que en principio se destinaron a las Descalzas Reales pero que éstas no quisieron admitir por su voto de pobreza. El hospital debía de cubrir las necesidades de las monjas del vecino convento.

El Hospital General de la Sagrada Pasión se construyó en 1565, junto a una antigua ermita en honor de San Millán; estaba regentado por Hijas de la Caridad y dedicado a mujeres enfermas. Sus fundadores fueron probablemente las cofradías de la Sagrada Pasión de Cristo y Nuestra Señora de las Angustias, bajo la dirección del regidor de la villa de Madrid, D. Juan González de Armunia. Llegó a contar con quinientas camas. En 1587 se redujo al Hospital General, trasladándose a la calle de Atocha, y en su lugar se ubicó una nueva fundación conventual con el mismo nombre gobernada por la Orden de Santo Domingo.



El hospital de Nuestra Señora de la Encarnación y de San Roque fue fundación del rey Felipe II. Se construyó en 1587, primero se ubicó en el Prado, y en 1603 se trasladó a la calle de Atocha; estuvo bajo la dirección del franciscano Bernardino de Obregón y de los hermanos de San Juan de la Cruz. En la Villa se le conocía como hospital de los Obregones. Este hospital se creó con la refundición de cuatro hospitales de la capital.. El gobierno del hospital estaba en manos de personas pertenecientes a la primera nobleza y de reconocida caridad que actuaban como administradores de las rentas.

El hospital de Nuestra Señora de la Buena Dicha se edificó en 1594 en la calle de Silva. En él se recogía a enfermos vergonzantes de la parroquia de San Martín<sup>1455</sup> y eran atendidos por la hermandad de la Misericordia. Contaba con doce camas.

El hospital Pontificio de San Pedro, más conocido como el de los Italianos, fue fundado en el año de 1598 por la nación italiana, para sus pobres, bajo la dirección y protección del nuncio apostólico. Estaba situado en la Carrera de San Jerónimo esquina a Cedaceros.

El hospital de San Andrés, en la calle de San Marcos, se destinó a los peregrinos pobres que venían de los Países Bajos. En 1606, lo fundó Carlos Amberino, de Amberes. La iglesia de este convento es en la actualidad la Iglesia de San José.

El hospital de San Antonio de los Portugueses, fundado en el año de 1606 por mandato del Consejo de Portugal para que fuesen curados los pobres de ese reino que llegaban a la Corte. Tras la separación de Portugal de la Corona española se destinó a los naturales de la nación alemana. En 1702, Felipe V lo entregó a la Real Hermandad del Refugio. Se encuentra en la Corredera de San Pablo.

El hospital de San Luis de los Franceses fue fundado por el capellán de honor de Su Majestad Felipe III, Enrique Sauren, en 1615, para curar a los pobres de aquel reino que llegaban a la Villa madrileña. Se encontraba en la calle de Jacometrezo.

En 1616 se levantó el hospital de Nuestra Señora de Montserrat para el cuidado de los enfermos que llegaban de la Corona de Aragón. Su fundador fue Gabriel de Pons. En un principio se situó en la calle de Lavapiés, y más tarde, en la plaza de Antón Martín.

El hospital de la Convalecencia o de Nuestra Señora de la Misericordia lo fundó Antonio Contreras en el año de 1649, para los enfermos se les daba el alta en el hospital de Antón

---

<sup>1455</sup>El monasterio de San Martín, junto con el de San Francisco, era de los más antiguos de Madrid. Se derribó por orden de José Bonaparte durante la estancia francesa en España.

Martín pero que todavía estaban convalecientes de sus males. Contaba con cien camas y estaba ubicado en la calle de Abadas.

El hospital de la Venerable Orden Tercera de Penitencia de San Francisco comenzó su construcción en 1678, pero el total de su fábrica no se terminó hasta 1693. Se levantó junto al Portillo de Gilimón, gracias a las limosnas de los devotos terciarios. En principio contaba con tres salas, para hombres, mujeres y éticos. Los enfermos que ingresaban en el centro eran hermanos profesos.

El hospital de San Fermín de los Navarros fue fundado en 1684 junto al Prado, y estaba a cargo de la Congregación de los Navarros<sup>1456</sup>.

---

<sup>1456</sup>MESONERO ROMANOS, R., op. cit., pp. 185 y ss.

## APÉNDICE N.º 23

### ***Licencia concedida por el rey Carlos II a la Venerable Orden Tercera de San Francisco de Madrid, para la construcción de una enfermería***

*«Se concede esta Provision Real para que se construya una Enfermería para la asistencia de los pobres enfermos de la Venerable Orden Tercera en su enfermedad con lo necesario para alimentos, médico, botica, y todo lo que mire al alivio y curación de los enfermos que cuida la Orden Tercera con sitio para hacer la Enfermería muy próxima al convento de San Francisco y con algunos medios para la fábrica y con esperanza de tener lo necesario para ponerla en perfección, porque además de ser tan al servicio de Dios hera de tan notoria utilidad a la causa pública el que hacer a la dicha enfermería y de alivio a los hospitales pues los que en ellos se curen exentaran el copioso número que concurre a los generales donde era preciso que fuesen, y reconociendo que muchos hermanos pobres no tienen ni quien les asista en su enfermedad ni caudal ni disposición para sus remedios ni quien cuide de sus almas en lo ultimo de la vida para que reciban los Santisimos Sacramentos y tengan quien les dispense a bien morir con la disposición con la disposición de conformarse y arrepentirse que pide ese peligroso lance.*

*Se acordo no cesando los socorros de todos los pobres cuando estan enfermos, se haga una enfermería en la cual se curen dichos hermanos y hermanas con la asistencia y caridad que siempre ejercitan con ellos fiando en Dios Nuestro Señor que como se ha dignado impulsar este piadoso intento se servira de la Divina Providencia de dar los medios necesarios para conseguirlo».*

*«Por decreto que se proveyo el veintiocho de septiembre de 1678 fue acordado que debíamos mandar esta nuestra carta para vos en la dicha razon y lo hemos tenido por bien por lo cual sin perjuicio del derecho de nuestra Corona real ni de otro tercero alguno confirman y aprueban el dicho acuerdo y que todo sea guardado, cumplido y ejecutado y mandamos a los de nuestro Consejo, presidente, oidores, de las nuestras audiencias y Chancillerías, alcaldes, alguaciles, y otras cualquiera justicias y jueces de estos nuestros reinos y Señorías, guarden cumplan, y ejecuten y que contra tenor y forma de los que contiene no traigan, ni paren, ni consientan ir ni paran en manera alguna los unos y los otros no fagalles ende al tener de la nuestra merced y de diez mil maravedis*

*para la nuestra Camara, lo cual mandamos a cualquier nuestro escribano os la notifique y de ello de testimonio».*

*«Madrid a treinta dias de septiembre de mil seiscientos setenta y ocho: Diego Urueña Navamuel, secretario de Cámara de Su Majestad».*

Se acompaña esta firma de las de Juan de la Puente; Antonio de Monsalve; marqués de Prado, Fernando Moscoso y José de Salamanca<sup>1457</sup>.

---

<sup>1457</sup>AVOTM, Leg. 176/31/21. Copias de la Real Cédula que el rey Carlos II otorgó a la Venerable Orden Tercera para construir un hospital-enfermería; C. 46, Lib. de la Enfermería, 5.

## APÉNDICE N.º 24

### *Gastos ocasionados en la VOT por las honras fúnebres de la reina María Luisa de Orleáns. Madrid 8 de mayo de 1689<sup>1458</sup>.*

<b>Gastos .....</b>	<b>Reales</b>
A los sacristanes .....	120
Blandones, hachetas y cera .....	316
Tachuelas e hilo .....	8
Papel para los jeroglíficos .....	3
Refrescos para los soldados de la guardia .....	60
Transporte de los estrados .....	36
3 barriles de escabeche y 1 de aceitunas moradas y rajadas de Sevilla para los frailes del convento más el porte .....	196
Refrescos .....	15
A Andrés de Angulo, carpintero .....	180
Transporte de los candeleros de plata desde el convento .....	30
Sermón del predicador <sup>1</sup> .....	20
Al impresor del sermón .....	10
Chocolate, 31 libras .....	326
20 libras de velas .....	120
Músicos de la capilla de las Descalzas Reales .....	300
Pintor de los jeroglíficos .....	30
A Francisco Lizama por laminar el túmulo .....	240
Gastos de la liturgia .....	12
Bayetas .....	2
Encuadernación de dos libros para la Reina y el Rey Nuestro Señor .....	298
Otros libros .....	105
Al impresor .....	402
Limosna de 100 misas que se celebraron ese día .....	300
 Total .....	 3.229

<sup>1458</sup> AVOTM, C. 6, Lib. VIII, fols. 19v. y 20.

## APÉNDICE N.º 25

### *Carta que escribió doña Lorenza a la Venerable Orden Tercera justificando la fundación de una casa de recogimiento para viudas*

*«Siendo desde hace veinte años viuda he pasado grandes desamparos por estar en ese estado y la calamidad de los tiempos y ser ese estado el mas expuesto a todos los agravios y desprecios que la malicia humana suele obrar porque como ordinariamente la mayor parte de la gente se mueve por dependencia de los sujetos hábiles y hacerles algun beneficio y los que se hallan en este miserable estado no lo son casi todos los desprecios mayormente aquellos de quien depende cualquier genero de cobranzas y los mismos domésticos y parientes en especial.*

*Si son de las que se resuelven a conservar el estado o se hallan en edad mayor en cuyo tiempo hasta la misma naturaleza las desampara enflaqueciéndose las fuerzas, predicando achaques continuos, faltando la vista, el oído y muchas veces el uso de las potencias memoria y entendimiento [...] si tienen hacienda es como si no la tuviesen por la dificultad de las cobranzas porque sobre la común que reconocen todas las viudas son en que se recarga este daño porque como es forzoso hacerse por diferentes manos, la negligencia de unos, la ineficiencia de otros pone en estado de imposibilidad el logro de los pagos obligando a hacer diligencias personales con indecencia y aun con ultraje del estado y aun de la calidad de la persona andando por zaguanes de ministros a solicitar los despachos que no siempre se alcanzan y si después de haber pasado por tan penosos accidentes tal vez se consiguen, hay a quien le parezca que es indigno de poseerlo y que todo le sobra, buscando trazas para quitárselo aun los mismos que le tienen mas obligación especialmente en los últimos tercios de su vida [...].*

*Habiendo quedado sus haciendas sin cobro, sus testamentos barajados y todo en un caos de confusión, sin que pueda tener cumplimiento una cosa tan privilegiada en ley divina como son las ultimas voluntades, pues aun la libertad de una limosna no pueden tener sin la censura de los más cercanos parientes cobrándoles odio si no se emplea todo en ellos.*

*A las que se hallan necesitadas las dejan vivir con indecencia sus mas cercanos parientes y morir miserablemente ocasionando la soledad y desamparo las desdichas que se han referido. Así pretendiendo que los Señores Reyes de España progenitores de Su Majestad*

*y altezas por su grandeza y piedad y esta Venerable Orden y esta Republica Cristiana tienen prevenido reparo para las necesidades de los pobres enfermos en tantos hospitales con tan grandes aplicaciones de Juntas y limosnas continuas con que se hallan socorridos los fieles y para el cuidado de la infancia el de los niños expósitos, el de los niños de la Doctrina y el de los Desamparados, para los que se acercan a la juventud hay muchos seminarios y colegios en diferentes partes para que estudien los que son de calidad [...] y para entrar religiosas muchos conventos dentro y fuera de esta Corte y la Serenísim Emperatriz Doña Mariana fundo el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús en la que tanta utilidad producen los estudios de todas edades y ciencias y la Reina Nuestra Señora Isabel de Borbon fundo el Colegio de Santa Isabel la Real incorporado en él la crianza y enseñanza de niñas y doncellas huérfanas.*

*Otras innumerables obras pías para dotaciones; prebendas [...] pero ninguna de mayor necesidad que el estado de la viudez, ya que el de la infancia siendo grande se va hacia la juventud en el que las fuerzas, el discurso, los medios ayudan a la conservación aumento y fortuna del sujeto, sucede lo contrario en las viudas de mayor edad que nacieron con obligaciones y están sujetas a padecer los daños que quedan apuntados [...].*

*En Roma hay la fundación que hizo Santa Francisca Romana tan venerada por los Sumos Pontífices y por todo el Sacro Colegio Apostólico por sus grandes virtudes y aunque se dice que se guarda la Regla de los canónigos seglares de San Agustín tienen su obediencia en la Seráfica Regla de Nuestro Padre San Francisco cuya caridad derivada en sus hijos de la Venerable Orden Tercera a cuantos modos de socorros espirituales y temporales son imaginables para beneficio espiritual de las almas y sustento y amparo de las vidas que por ser innumerables y notorias entre los que tiene lugar el estado de viudez en las muchas y continuas limosnas que reparten por mano de los señores hermanos y porque esta piedad sea mas notoria y se logre la edificación y ejemplo de los demás fieles y principalmente el sustancial socorro de las viudas honradas, pobres y de vida regulada y por todos estos motivos y razones quiero fundar en la Venerable Orden Tercera de Nuestro Padre San Francisco y Capilla del Cristo de los Dolores de esta Corte de la que soy hermana una casa para que vivan viudas y la venerable Orden Tercera esta en aceptarlo».*

*«Por lo que de mi libre y agradable voluntad fundo las memorias siguientes:*

*Que la Orden labre la casa en sitio próximo a la Enfermería que esta empezando a edificar, especialmente cercana a la sala de las doce camas, que sean veinticuatro aposentos pequeños en forma de dormitorio, para las viudas pobres y honradas, hermanas de la Orden y algunas que sin ser pobres se quieran retirar allí a vivir y morir. Así mismo se ha de labrar un oratorio, una pieza que sirva de refectorio, oficinas y algún jardín para recreación y desahogo».*



## APÉNDICE N.º 26

### *Solicitud de ingresos de hermanas en la residencia de viudas*



***ALABADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR,***  
*y la pura y limpia Concepcion de nuestra Señora la Virgen María, concebida sin*  
*mancha de pecado original, en el primer instante de su Sér.*

**L**a Venerable Orden Tercera de N. S. P. S. Francisco de esta M. H. villa ha de proveer, bajo las reglas de la fundacion que hizo la Ilustrísima Señora Doña Lorenza de Cárdenas y Manrique, plaza de Señora viuda de distincion para la Enfermería de la misma, con destino al cuidado de sus ropas, y las de Sacristía, servir la comida á las enfermas, y consolarlas en sus dolencias: Y como las aspirantes á ella ademas de la circunstancia de viudas sin hijos, han de tener las cualidades de hermanas profesas de la Orden antes de la fijacion de este Edicto, ser pobres y virtuosas, de edad de hasta años, que no padezcan ninguna enfermedad habitual, y se hallen en estado de desempeñar sus obligaciones: Se hace notorio, á efecto de que las aspirantes á la indicada plaza presenten sus memoriales al infrascripto Secretario dentro del término de dias, contados desde esta fecha, con expresion de la Parroquia, calle, casa, número y manzana donde viven, acompañando á ellos los documentos que justifiquen las calidades insinuadas para tomar los informes que se estimen oportunos; en inteligencia de que si aun despues de admitidas las que reuniesen las circunstancias expuestas resultase ser incierta alguna de ellas, no deberá causar efecto el nombramiento Madrid de de mil ochocientos

Por la V. O. T.

Secretario.

*El Secretario vive*

## APÉNDICE N.º 27

### ***Fundaciones y donaciones que D.<sup>a</sup> Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara hizo en la Venerable Orden Tercera de Madrid***

En abril de 1677 se inician las fundaciones de esta benefactora, que continuaron hasta su fallecimiento:

**Cuatro capellanías** asistidas por cuatro capellanes a las que se aplican 200 ducados de renta anual a cada una de ellas. La carga es una misa diaria en el altar de la sala de mujeres del hospital de la VOT en la que debe lucir un rótulo con la siguiente inscripción, “*Dotó estas camas su Señoría D.<sup>a</sup> Lorenza de Cardenas...*” con el fin de que al leerlo las enfermas encomienden el alma de la benefactora a Dios<sup>1459</sup>.

Los efectos para la fundación son las rentas anuales al 8% procedentes de diversos juros situados en el servicio ordinario y extraordinario de la mesa arzobispal de Toledo, en el derecho del papel sellado en la villa de Alcalá de Henares, en el segundo 1% de la misma Alcalá y en las salinas de Atienza.

Total de las rentas .....7.640 ducados

Los juros no se podrán vender, trocar ni acenserar, ni en otra manera enajenar por ninguna vía<sup>1460</sup>.

**Memoria de 3 misas diarias rezadas en la Capilla del Cristo de los Dolores, por las intenciones de la otorgante.** Para ese fin hizo traslado, donación y cesión de la congrua que había establecido para el Instituto de San Felipe Neri, y que después se revocó por no cumplir las condiciones estipuladas<sup>1461</sup>.

**Dotación de doce camas para la enfermería.** Se aplican 3 reales diarios para el sustento de cada una de las enfermas, además de 25 ducados para renovar y prevenir la lencería de cada cama. Con las mismas cantidades había dotado 4 camas en el Hospital General, 2 en el Hospital de Mujeres Viejas, 1 en el Hospital del Recogimiento, conocido como San

---

<sup>1459</sup>AVOTM. Legs. 411/12 y 407/2.

<sup>1460</sup>Ibídem, C. 4, Lib. VI, fol. 5; C. 146. “Enfermería”. Legs. 181/3; 424/2 /1/20 y 463/11.

<sup>1461</sup>Ibídem, C. 116. Escritura de las memorias de D.<sup>a</sup> Lorenza de Cárdenas. Legs 425 /1/2/5/9/10; 407/2 y 409/16/18/19/20/21/22.

José de la Penitencia y otra en el de la Magdalena. Los gastos de médico, botica, barbero, cirujano y enfermeros corrían a cargo de la VOT. Como el gasto anual de las camas de la enfermería ascendía a 1.500 ducados, doña Lorenza consignó las rentas de varios efectos contra la villa de Madrid y los réditos de la sisa del vino de Olivenza; de esa cantidad había que enviar 227 ducados anuales a la fundación que habían instituido en el colegio fundado por doña María Serrano en la ciudad de Trujillo para el recogimiento de niñas huérfanas.

Total de las rentas .....2.637 ducados.

**Fundación para la casa recogimiento de viudas.** Entrega las rentas siguientes:

Para la compra del terreno donde se edificó la casa y para su construcción Lorenza de Cárdenas hizo donación a la Orden de las siguientes rentas:

Renta de un juro situado en las sisas de la carne y aceite al 8% de interés.....1.000 ducados.  
 Entrega por una vez .....6.000 ducados.  
 Otros intereses contra la villa de Madrid .....2.000 ducados.  
 Atrasos que se le deben por no ocupar casa de aposento.....4.000 ducados.  
 Total.....13.000 ducados.

Una vez finalizada la casa, los 3.000 ducados de renta anual pasarían a engrosar los efectos que para sustento y vestido de las acogidas y mantenimiento de la residencia se detallan a continuación:

Renta de una encomienda<sup>1462</sup> .....3.455 ducados.  
 Una renta anual .....3.000 ducados.  
 Por una vez .....1.000 ducados.  
 Total.....7.455 ducados.

**Fundación de una memoria para que todos los martes del año se descubra el Santísimo Sacramento en la Capilla del Cristo de los Dolores.**

Renta anual procedente de unos juros.....624 ducados

---

<sup>1462</sup>Ibidem, C. 4, Lib. VI, fol. 9. Legs. 424/1/2/10; 450/3 y 410/19. Libro de Fundaciones de Lorenza de Cárdenas, fols. 24-49.

### Donaciones en objetos de gran valor:

Una lámpara de plata de más de 80 marcos de peso, “(...) *de singular hechura con mis armas esculpidas, que se pondrá pendiente en la media naranja de la cupula y ardan en ella de forma perpetua tres luces, y para el gasto de aceite la doto con un juro de 200 ducados, que tengo en el derecho antiguo de la media anata*”<sup>1463</sup>.

Una custodia cuajada de pedrería, perlas y diamantes. Doña Lorenza estableció una cláusula en esta donación por la que la Orden no debía permitir que la custodia saliese de la Capilla del Cristo ni aún por órdenes reales. Obligó a la Orden a solicitar un breve de Su Santidad bajo excomunión apostólica contra cualquier persona tanto eclesiástica como seglar que contraviniese esa orden<sup>1464</sup>.

Diversas alhajas y utensilios de plata con los que después se labraron unos candelabros que pesaron 68 marcos, 3 onzas y 5 ochavos.

Un riquísimo tapiz que representaba a Marco Antonio y Cleopatra, que fue vendido a D.<sup>a</sup> María Hurtado de Mendoza, por 4.014 ducados que se repartieron entre los pobres de la Orden<sup>1465</sup>.

### Donaciones en rentas anuales

Para que entre en Religión en las Descalzas Reales o Recoletas, una doncella huérfana  
hermana o hija de hermanos de la Tercera Orden franciscana.....1.000 ducados.  
Renta sobre el Reino de Galicia y sus cinco ciudades en Cortes: Coruña,  
Betanzos, Lugo, Mondoñedo y Tuy<sup>1467</sup> .....10.000 ducados.  
Renta anual de un juro situado en el estanco del “*Agua Ardiente*” .....1.500 ducados.  
Ayuda de costas por el funeral de su marido por ser consejero .....1.500 ducados.  
Medias anatas de juros.....2.000 ducados.  
Débitos anteriores en tercios.....500 ducados.

Una renta anual de por vida de un juro situado en los Millones de la villa de Madrid...200 ducados.

Renta de por vida por ser mujer de consejero.....1.500 ducados.

Réditos anuales de 126.183 ducados impuestos en diferentes efectos para

<sup>1463</sup> Las lámparas de aceite eran para lo fieles un recuerdo continuo del infinito valor de las buenas obras, y una forma de paliar los sufrimientos del Purgatorio para las almas. MESTRE SANCHIS, A.: *Historia de la Iglesia en España*, t. IV, p. 31

<sup>1464</sup> AVOTM. Leg. 27/14. Breve de Su santidad, expedido en Roma el 12 de abril de 1679 que prohíbe la salida de la VOT de las alhajas que D.<sup>a</sup> Lorenza de Cárdenas ha donado.

<sup>1465</sup> Ibídem, C. 4, Lib. VI. Junta del 23 de junio de 1679.

<sup>1466</sup> Ibídem, leg. 424/14.

<sup>1467</sup> Ibídem. Legs. 419/4; 119/28; 422/28; 557/4, 85, 86, 87 y 88.

sostener una memoria de redención de cautivos<sup>1468</sup> .....10.098 ducados.  
 Rentas de un efecto de 3.636 ducados de principal contra la Villa de Madrid  
 y la sisa del vino de la Salud con interés anual al 8%<sup>1469</sup> .....290 ducados.  
 Tres efectos contra la Villa de Madrid con réditos anuales al 8% .....3.700 ducados.  
 Total..... 32.288 ducados.

### **Donación de bienes inmuebles**

Casas familiares en la calle de Bordadores esquina a la del Arenal frente a San Ginés.  
 Casas libres de huéspedes de aposento y en cómoda partición y censo perpetuo. Será obligación de la Orden pagar las reparaciones de las casas con lo que se recaude de los alquileres.

### **Otras donaciones.**

Un oficio de regidor en Jaén con voto en Cortes.

Pagarés de una deuda de la que no se consigna su cuantía que se le debía a Ramírez de Prado de propinas y luminarias por el tiempo en que había sido consejero (se cobró con la intervención de la duquesa del Fresno y el duque de Peñaranda)<sup>1470</sup>.

Las viudas debían de cumplir unos requisitos: no menos de cuarenta años; sin hijos y de virtud reconocida; también guardarían clausura no andando solas por las calles; el traje que deberían llevar sería negro de viuda y no de seda, sino de estameña o lanilla con toca, cubierto el cabello; en el plazo de un mes a partir de su entrada, deberían de firmar una especie de contrato comprometiéndose a seguir estas normas, en caso de no hacerlo serían despedidas. La elección para ser admitidas la haría la Orden por votación. Estas mujeres deberían contribuir a sus gastos realizando la labor que ellas prefiriesen “*aunque sea hilar*” y en las horas que estuviesen desocupadas dedicarse a doblar la ropa de la enfermería. Todas estas cantidades y limosnas se entregaban de forma tan generosa con la sola condición de que cada una de estas veinticuatro señoras emplease una hora diaria de oración mental por las intenciones de doña Lorenza, repartidas en las veinticuatro horas

<sup>1468</sup>Ibidem, leg. 371/2. Sobre la redención de cautivos.

<sup>1469</sup>La sisa o contribución sobre el vino, aceite, carbón y otros artículos de primera necesidad no se cobraba en dinero a los consumidores, sino que se les vendía con una medida más reducida a la real, es decir, se sisaba un octavo de esa medida, y que después se satisfacía en dinero a los recaudadores reales.

<sup>1470</sup>AVOTM, C. 2, Lib. IV, fol. 488v.

del día, dejando libre entre las diez de la noche y las seis de la mañana, y recuperándose esas horas a lo largo del día, del mismo modo que en el convento de la Encarnación dos religiosas estaban de forma perpetua en oración rezando por sus Majestades<sup>1471</sup>.

En febrero de 1679 se adquirió una casa que había sido derribada por el agua, su propietario era Diego de Silva y el precio de la venta fue 1.900 reales puestos a censo. Estaba cercana al terreno donde se edificaba la enfermería. Después se le añadieron dos casillas más y un pequeño jardín, pagándose 30 ducados por todo. La obra la llevó a cabo el maestro Luis Román, hermano de la Orden, y el costo supuso 24. 097 reales<sup>1472</sup>.

---

<sup>1471</sup>Ibídem, C. 116. Libro de las Fundaciones de D.<sup>a</sup> Lorenza de Cárdenas.

<sup>1472</sup>Ibídem, Carpeta 4. Libro VI de Acuerdos, fol. 43vto.

## **VIII. FUENTES DOCUMENTALES MANUSCRITAS E IMPRESAS**

### **Archivo Histórico Nacional**

#### Sec. Inquisición

Leg. 1.515 caja 2. Pruebas para familiar.

Lib. 497 fols. 305-306.

Leg. 1378, exp. 7.

Leg. 1087.

Leg.171, exp. 4

#### Sec. Clero

Lib. 7449.

#### Sec. Consejos.

Lib. 2712. Colegiales.

Lib. 1130, fol. 112.

Leg. 51444, caja 2. Cofradías

Leg. 424, exp. 4; 4137 exp. 13. Testamento y codicilos Juana Manrique

Leg. 318 exp. 5. Mayorazgo de la Puebla del Maestre.

Leg. 5070 exp. 8. Memoriales y genealogías.

Leg. 29766. Pleito de María Velásquez de Ovando

Leg. 13.632 exp. 8. Nombramiento de D. Francisco de Orense como corregidor en Trujillo

#### Sec. OO. MM.

Leg. 4619.

Leg. 9126. Hábitos.

Leg. 6854 exp. 558.

#### Sec. Universidad.

Lib. 1.077, fol. 39. Índice de colegiales del Mayor de San Ildefonso y Menores de Alcalá.

Libro 708, fol. 78. Recepción del licenciado Alonso de Cárdenas Manrique.

Ms. Trento 6 fol. 15.

### **Archivo Histórico de Protocolos de Madrid**

Prot.6.280, 7. Testamento de D. Lorenzo Ramírez de Prado, Madrid 14-5-1657.

Prot. 9.858. Testamento de D.<sup>a</sup> Lorenza de Cárdenas y Manrique, Madrid 22-9-1681.

Prot. 2.006. Testamento de D. Alonso de Cárdenas y Valda, Madrid 12-2-1610.  
Prot. 580, fol. 793. Tasación de bienes  
Prot. 208  
Prot.466, fol. 878  
Leg. 335, fol.678. Tasación de bienes de Juan Ángela Manrique, Madrid, 14-7-1610  
Leg. 12254, fol. 387. Enfermería de la VOT.

### **Archivo de la Venerable Orden Tercera de Madrid**

Libros de Acuerdos I, II, III, IV, V, VI, VII y VIII. 1609-1700.  
Libro de Bulas, 286, fol. 7.  
Legs. 176; 315; 386; 404; 407; 410; 411 y 424. Hospital-enfermería.  
Legs: 403; 431; 442; 507 y 751. Donaciones.  
Legs. 119; 282; 409; 419; 424; 427; 432; 450 y 466. Cartas, testamentos y codicilos.  
Legs. 410; 418; 423 y 425. Lorenza de Cárdenas.  
Legs: 752,14 y 405. Bulas.  
Legs. 409,2 y 421, 44. Familia Ramírez de Prado.  
Legs. 181, 3; 407, 412, 19; 425,28 y 431,32. Fundaciones.  
Legs. 404, 1, 18, 19; 405, 12; 463, 6 y 401, 26. Capilla del Cristo de los Dolores.  
Legs. 404, 27, 52; 401 y 736, 9.

### **Archivo Municipal de la Villa de Madrid**

Libro de Secretaria, sec. 2.  
Leg. 98/1. Decreto de su Majestad Carlos II a favor de la Venerable Orden Tercera de Madrid.  
Leg. 420. Solicitudes de ingresos en la Venerable Orden Tercera de Madrid.  
Libro de Corregimiento, sec. 1.  
Leg. 181/17. Reglamento del hospital-enfermería de la VOT.



### **Archivo parroquia de San Ginés**

Libro n.º 5. Defunciones, fol. 255. D. Lorenzo Ramírez de Prado y de D.<sup>a</sup> Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara.

Libro n.º 6. Desposorios y velaciones de D. Lorenzo Ramírez de Prado y D.<sup>a</sup> Lorenza de Cárdenas y Manrique de Lara.

### **Biblioteca Nacional de Madrid**

Ms. 10.422, fol. 259.

Ms. 2.395, fols. 12-15.

Ms. Varios Especiales 128-1.

Ms. 2. 274. «*Relacion de las personas de comunión que ay en la villa de Madrid [...] las que hubo el año pasado de 1617 y quantas parroquias y conventos*».

### **Biblioteca de Palacio**

Ms. 2005-fol.

Ms. 2651.

### **Real Academia de la Historia**

Ms. 2651

## IX. BIBLIOGRAFÍA

ABREU DE MELO, F.: *Carta de guía de casados*.

AGUILAR, G.: *El mercader amante*, ed. Julia Martínez, Madrid, 1929.

AGUIRRE, J.: *Disciplina eclesiástica*, Madrid, 1857.

AGULLO COBOS, M.: *Noticias sobre pintores de Madrid, Siglos XVI y XVII*, Universidad de Granada, 1978.

ALCALÁ-ZAMORA, J.,A. BERENGUER, E.: (cords.), *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, vols. I y II, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, S.A., Madrid, 2001.

ALCOCER, F.: *Confesionario breve y provechoso para los penitentes*, Alcalá de Henares, 1619.

ALDEA, Q.: *Diccionario de Historia Eclesiástica*, Madrid, 1987.

ALDEA VAQUERO.: *Iglesia y Estado en la España Barroca, en la España de Felipe IV; los miembros de todos los Consejos de España en la década de 1630-1640*, Universidad Pontificia, 1961.

ALIGHERI, D.: *La Divina Comedia*, canto XII, Florencia, 1307-1321.

ALVAR EZQUERRA, A., CONTRERAS, J. y RUIZ RODRÍGUEZ, I. (eds.): *Política y Cultura en la Edad Moderna*, parte II, Universidad de Alcalá, 2004.

ALVAR EZQUERRA, A. y PRIETO PALOMO, T.: *Creyentes y gobernantes, la religiosidad en Madrid*, Madrid, 2002.

ÁLVAREZ DE BAENA, J. A.: *Compendio histórico de las grandezas de la Coronada Villa de Madrid*, Madrid, 1786.

*Hijos de Madrid, ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes*, Madrid, 1789-1791.

ÁLVAREZ GARCILLAN, G.: *Boletín de Previsión Sanitaria Nacional*, 1983.

ÁLVAREZ GÓMEZ, J.: *Historia de la Iglesia, Edad Antigua*, Madrid.

«Los laicos en la Iglesia: las Terceras Órdenes», en *Verdad y Vida*, n.º 181, Madrid, 1988.

ÁLVAREZ SANTALO, L. C.: «El texto devoto en el Antiguo Régimen», en *Crónica Nova* n.º 18, el contacto con la Monarquía, Universidad de Granada, 1990.

ÁLVAREZ SIERRA, J.: *Los hospitales de Madrid de ayer y de hoy*, Madrid, 1952.

AMADOR DE LOS RÍOS, J.: *Historia de la Villa y Corte de Madrid*, t III, ed. Abaco, Madrid, 1978.

*Annales franciscaines*, t. LXI.

ANDRÉS GALLEGO, J. y otros: *Historia de la Iglesia en España y el Mundo Hispánico*, Murcia, 2001.

ANVERS, F. de: *Il Terz Ordine secolare di San Francesco*, Roma, 1921.

ARANA, F.: *Muerte prevenida o christiana preparación para una buena muerte*, Sevilla, 1736.

ARAGÓN MAYEOS, S.: *La nobleza extremeña en el siglo XVIII*, Mérida, 1990.

ARANDA PÉREZ, F. J.: *Poder y poderes en la ciudad de Toledo: gobierno, sociedad y oligarquías en la Edad Moderna*, Cuenca, 1999.

ARBIOL, A.: *Regla de la Orden Tercera franciscana*, Barcelona, 1697.

*La familia regulada con la doctrina de la Sagrada Escritura y Santos Padres de la Iglesia Católica*, Zaragoza, 1715.

ARCE, A.: *Expediciones de España a Jerusalén*, Madrid, 1958.

ARIAS DE SAAVEDRA ALIAS, I. y LÓPEZ GUADALUPE MUÑOZ, M.: «Las cofradías y su dimensión social en la España del Antiguo Régimen», en *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 25, Madrid, 2000.

ARIES, P. H.: «El hombre ante la muerte», en *Ensayos sobre la historia de la muerte en Occidente*, Madrid, 1983.

ARMELLINI, M.: *Vita di Santa Francesca Romana, scritta nellídioma volgare di Roma del secolo XV*, Roma, 1882.

ASTETE, J.: *Tratado del gobierno de la familia y estado de las viudas y doncellas*, Burgos, 1603.

ATIENZA HERNÁNDEZ, I.: *Aristocracia, poder y riqueza en la España Moderna*, Madrid, 1987.

- ASTRANA MARÍN, L.: *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, t. VII, Madrid 1958.
- BALTAR RODRÍGUEZ, J. F.: *Las Juntas de Gobierno de la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVII)*, Madrid, 1998.
- BALTASAR, M. D., *Mujeres marginadas*, Madrid, 1984.
- BALLESTEROS ROBLES, L.: *Diccionario Biográfico Matritense*, Madrid, 1912.
- BARRIONUEVO, J.: *Relaciones y Avisos del Madrid de los Austrias y otras noticias*, Comunidad de Madrid, Conserjería de Educación y Cultura, 1996.
- BARRIOS, F., *El Consejo de Estado de la Monarquía española*, Madrid, Consejo de Estado, 1984.
- BATAILLON, M.: *Erasmus y España*, México, 1966.
- BAUS, K.: «De la Iglesia primitiva a los comienzos de la gran Iglesia», en *Historia de la Iglesia*, t. I, Barcelona 1965.
- BELUFER PERUGA, M.: «Entre Historia Social e Historia Cultural: La historiografía sobre pobreza y caridad en la época moderna», en *Historia Social*, n.º 43, Madrid, 2002
- BENIGNO, F.: *La sombra del Rey*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- BERNI y CATALÁ, J.: *Creación, antigüedad y privilegios de los títulos de Castilla*, Valencia, 1769.
- BLASCO, B.: *Los trabajos de Teodoro de Ardemans para la Venerable Orden Tercera de Madrid*, Villa de Madrid, n.º 79.
- BONET CORREA, A.: *Iglesias madrileñas del siglo XVII*, Madrid, 1984.
- BOUZA ÁLVAREZ, J. L.: *Religiosidad contrarreformista y cultura simbólica del Barroco*, Madrid, 1990.
- BRAVO LOZANO, J.: «Mendicidad y cultura de la pauperización», en *Torre de los Lujanes*, nº 51.
- «Prohibido morir pobre en el Madrid del siglo XVII», en *Historia 16*, n.º 109, Madrid, 1989.
- CABRERA de CÓRDOBA, L.: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, Madrid, 1687.

- CALVO POYATO, J.: *Carlos II el Hechizado y su época*, Madrid, 1991.
- CALLAGHAN, W. J.: «Caridad, sociedad y economía en el siglo XVIII», en *Moneda y Crédito*, n.º 146, Madrid, 1978.
- CANCIO, R. M.: *Las órdenes terceras seculares*, Ávila, 1961.
- CANDAU, CHACON, M.<sup>a</sup> L.: *El clero rural de Sevilla en el siglo XVIII*, Sevilla, 1994.
- CAPDEPÓN, P.: «La capilla de música del Real Monasterio de la Descalzas Reales de Madrid», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, n.º 37, Madrid, 1997.
- CAPOROSI, O.: «Una jurisdicción militar en palacio», en *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, Madrid, 2001.
- CARASA SOTO, P.: *Historia de la Beneficencia en Castilla y León*, Valladolid, 1991.
- CARBAJO ISLA, M.<sup>a</sup> F.: *La población de la Villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, ed. Siglo Veintiuno, Madrid, 1987.
- CARBONELL-ESTELLER, M.: *Sobreviure a Barcelona. Dones, pobresa i assistència al segle XVIII*, Vic, 1997.
- CARDENAL BELORMINO: *El arte del bien morir*, Madrid, 1881.
- CARMONA GARCÍA, J. I.: «La asistencia social en la España de los Austrias», en *Cuatro siglos de acción social*, Madrid, 1983.
- CARO BAROJAM J.: *Los judíos en la España Moderna y contemporánea*, 3 vols., Madrid, 1962.
- CARRASCO MARTÍNEZ, A.: *Sangre, honor y privilegio: la nobleza española bajo los Austrias*, Barcelona, 2000.
- CARRILLO, J.: *Incunables de la Biblioteca Provincial de los franciscanos de Cataluña en Barcelona*, Instituto Francisco Suárez, CESIC, 1983.
- CARRIÓN, A.: «Religiosidad de la mujer e Inquisición», en *Historia Social*, n.º 32.
- CARROCERA, D. de: *La provincia de Frailes Menores Capuchinos de Castilla*. 2 vols. Madrid, 1949.
- CASTRO, M.: *Manuscritos franciscanos en la Biblioteca Nacional de Madrid*, Valencia, 1973.

- Colección de Crónicas franciscanas de España*, Madrid, 1980.
- «Bibliografía de las Bibliografías Franciscanas Españolas e Hispanoamericanas», en *Archivo Ibero-Americano*, Segunda época, XLI, Madrid, 1981.
- CASTRO, A., RENNET, H. A.: *Vida de Lope de Vega*, Madrid, 1967.
- CEPEDA, J.: «La Monarquía y la nobleza española a comienzos del Estado Moderno» en, *Arbor*, n.º. 35, Madrid, 1967.
- CEPEDA ADAN, J.: «La mujer en la Historia: problemas metodológicos», en *Actas de la Primera Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid, 1982.
- CERVANTES, M.: *Obras Completas*, ed. Aguilar, Madrid, 1940, p. 1875.
- CHACÓN F. y HERNANDEZ FRANCO, J.: *Poder, familia y consaguinidad en la España del Antiguo Régimen*, Barcelona, 1992.
- CHATELIER, L.: «A l'origine d'une société catholique. Le role des congregations mariales aux XVI-XVIII siècles», en *Histoire, économie et société*, París, 1984.
- CHAUNU, P.: «La société espagnole au XVII siècle: sur un refus de mobilité», en *Bulletin hispanique*, t. 68, 1966.
- CHECA, F. y MORÁN, J. M.: *El Barroco*, Madrid, 1982.
- CHECA, F.: *Felipe II mecenas de las artes*, Madrid, 1992.
- CHRISTIAN, W. A.: *Religiosidad local en la España de Felipe II*, Madrid, 1991.
- Religiosidad popular*, Madrid, 1978.
- CLAVERO, B.: *Temas de Historia del Derecho. Derecho Común*, Sevilla, 1977.
- COLL, J.: «La Tercera Orden de San Francisco» en, *Crónica de la Provincia franciscana de Cataluña*, Madrid, 1981.
- CONGAR, H.: *Jalones para Teología del Laicado*, Burdeos, 1961.
- CONTRERAS, J.: *El Santo Oficio de la Inquisición de Galicia. (Poder, sociedad y cultura)*. Ed. Akal, Madrid, 1982.
- Sotos contra Riquelmes. Regidores. inquisidores, criptojudíos*. Ed. Anaya, Madrid, 1992.
- Sociedad confesional: Derecho público y Costumbre*, Universidad de Alcalá de Henares, 1998.

«Procesos culturales hegemónicos de Religión y Religiosidad (Reflexiones sobre el hecho religioso. La España del Antiguo Régimen)», en *Revista de Historia Social*, n.º 35, 1999, III, Valencia 1999.

*Carlos II el Hechizado, poder y melancolía en la corte del último Austria*, ed. Temas de Hoy, Madrid, 2003.

COVARRUVIAS, S. de: *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. Turner, Madrid, 1979.

DEDIEU, J. P.: «Cristianization en Nouvelle Castille. Cathecisme, communion, mece et confirmation dans l'Archeveche de Toledo, 1540-1650», en *Melanges de la Casa de Velásquez*, 1979.

*L'administration de la foi. L'Inquisition de Tòlede(XVI-XVIII siècle)*, Madrid, 1989.

DELEHAYE, H.: *Les origes du culte des martyrs*, Bruselas, Société des Bollandistes, 1933.

DELEITO y PIÑUELA, J.: *La vida religiosa bajo el cuarto Felipe*, Madrid, 1952.

*Solo Madrid es Corte*, Madrid, 1962

*El Rey se divierte*, Madrid, 1988.

DELUMEAU, J.: *El catolicismo de Lutero a Voltaire*, Barcelona, 1973.

DELUMEAU, J.: *La confesión y el perdón, las dificultades de la confesión. Siglos XIII-XVIII*, Madrid, 1992.

DIÁZ DE SAN BUENVENTURA, F.: *Primera parte del Espejo Seráfico*.

DIRKS, W.: *La respuesta de los frailes*, San Sebastián, 1957.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, 1973.

«La mujer en el tránsito de la Edad Media a la Moderna», en *Actas de las II jornadas de Investigación Interdisciplinar sobre la mujer*, Universidad Autónoma, 1984.

*Instituciones y sociedad en la España de los Austrias*, Ariel, Barcelona, 1985.

«Iglesia institucional y religiosidad popular en la España barroca», en *La fête, la cérémonie, le rite*, Casa de Velázquez y Universidad de Granada, 1990.

- La sociedad española en el siglo XVII*, edición facsímil, Universidad de Granada, 1992.
- DORLA DEL MORAL, A.: «Ejecutorias de pleitos de divorcio, alegaciones», en *Archivo Histórico de Protocolos de Madrid*.
- DUBY, G.: *El caballero, la mujer y el cura*, Madrid, 1982.
- EGIDO T.: «Religiosidad popular y asistencia social en Valladolid: las cofradías marianas del siglo XVI», en *Estudios Marianos*, n.º 45, Valladolid, 1980.
- ELIAS, N.: *La sociedad cortesana*, México, 1982.
- El proceso de la civilización*, México, 1988.
- ELLIOT, J.: *Poder y Sociedad en la España de los Austrias*, Madrid, 1982.
- ENGEBERT, O.: *Saint François d'Asise*, París, 1957.
- ENTRAMBASAGUAS, J.: *La biblioteca de Lorenzo Ramírez de Prado*, Madrid, 1943.
- Una familia de ingenios, los Ramírez de Prado*, Madrid, 1942.
- ERRASTI, F.: *La capilla del Cristo de los Dolores de la Venerable Orden Tercera*, Madrid, 1982.
- ESCALONA y UREÑA: *Historia Genealógica de los Grandes de España*, Madrid.
- ESCUADERO, J. A.: *Los Secretarios de Estado y de Despacho, 1474-1724*, t. I, Instituto de Estudios Administrativos, 1976.
- El consejero de Castilla en una sociedad de honor*, Madrid, 1976.
- ESPEJO, C.: «Enumeración de algunas Juntas de la administración española desde el siglo XVI hasta 1800», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos del Ayuntamiento de Madrid*, t. VIII, 1931.
- ESTELLA, D.: *Modo de predicar*, Instituto Miguel de Cervantes, 1951.
- ETUDES FRANCISCAINES: *Les Tires Ordres de Saint François d'Assis*.
- EUSEBIO: «Vita Constantini», en *Historia Ecclesiae*, 8, 9 y 10.
- FARINELLI, A.: *Viajes por España y Portugal*, Madrid, 1930.
- FAYARD, J.: *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*, Madrid, 1982.
- FERNÁNDEZ, A.: *Apuntes Históricos de la Provincia Franciscana en España*.



- FERNÁNDEZ, S.: *Compendio de Historia Eclesiástica*, Madrid, 1957.
- FERNANDEZ ÁLVAREZ, M.: *La sociedad española en el Siglo de Oro*, Madrid, 1989.
- FERNÁNDEZ de BETHENCOURT, F.: *Historia genealógica y heráldica de la monarquía española. Casa Real y Grandes de España*, Publicaciones Hispalenses, 2001-2002.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M.: *Vida de Miguel de Cervantes*, Universidad de Málaga, 2005, ed. facsímil.
- FLICHE, A. y MARTÍN, V.: *Historia de la Iglesia de los orígenes a nuestros días*, t. I, Valencia, 1974-2000.
- FLOOD, D.: *Francisco de Asís y el movimiento franciscano*, Oñate, 1996.
- FLOORS, J.: *Historia de la espiritualidad española*, Barcelona, 1969.
- FORNES, J.: «Comentario al canon 204», en *Comentario exegético al Código de Derecho Canónico*, Pamplona, 1997.
- FORTEA PÉREZ, J. I.: *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (S. XVI-XVIII)*, Universidad de Cantabria, 1997.
- FRÍAS, L.: «Antigüedad de la fiesta de la Inmaculada Concepción en la Iglesia de España» en, *Misceláneas*, 23, Comillas, 1955.
- GANDASEGUI APARICIO M. J.: «Proceso y sentimiento», en *Cuadernos de Investigación Histórica*, n.º 22, 1999.
- GARCÍA BARRIONUEVO, P.: *San Francisco el Grande de Madrid*, Madrid, 1975.
- GARCÍA CÁRCCEL, R.: «La muerte en la Barcelona del Antiguo Régimen», *II Coloquio de Metodología Histórica Aplicada*, Santiago de Compostela, 1982.
- Las culturas del Siglo de Oro*, Madrid, 1999.
- GARCÍA CÁRCCEL, R., SIMÓN TARRES, A., RODRÍGUEZ, A. y CONTRERAS, J.: *Historia de España, siglos XV-XVII*, Madrid, 1991.
- GARCÍA CARRAFA, A.: *Enciclopedia heráldica y genealógica hispano americana*, Madrid 1916.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. y SESMA MUÑOZ, J. A.: *Historia de la Edad Media, una síntesis interpretativa*, Madrid, 1988.

GARCÍA FIGUERAS, T. y RODRÍGUEZ JOULIA, C.: *Larache, datos para su historia, siglo XVII*, Madrid, 1973.

GARCÍA GARCÍA, A.: *Iglesia, Sociedad y Derecho*, Madrid, 1987.

GARCÍA GONZÁLEZ, J.: «El incumplimiento de las promesas de matrimonio en la Historia del Derecho Español», en *Anuario de Historia del Derecho Español*, t. XXIII, Madrid, 1953.

GARCÍA GUERRA, E. M.<sup>a</sup>: *Las acuñaciones de moneda de vellón durante el reinado de Felipe III*, ed. Arco, Madrid, 2000.

GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, L.: *Papado, Cruzadas y Órdenes militares, siglos XI-XII*, Madrid, 1995.

GARCÍA ORO, J., *La reforma de los religiosos españoles en tiempos de los Reyes Católicos*, Valladolid, 1969.

GARCÍA SÁNCHEZ, M. A.: «Mujeres pobres y sociabilidad en el Madrid moderno. El Hospital de la Pasión, 1565-1700», en *Torre de los Lujanes*, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, marzo, 2004.

*San Francisco de Asís en la España Medieval*. Santiago de Compostela, 1988.

«El Laicado en la Iglesia», en *XXIX Semana Interprovincial Franciscana*, Madrid, 2001.

«La Tercera Orden del Padre San Francisco», en *Fuentes documentales para la historia de Madrid*. Barcelona, 1873.

GARCÍA TORAÑO, D.: *La ejecución de las últimas voluntades pro anima, en el periodo astur*, León, 1971.

GARCÍA VILLOSLADA, R., «El estamento eclesiástico e Historia, Pensamiento y Cultura», t. III y IV, en *Historia de la Iglesia en España*, Madrid 1979.

GERBET, M. C., *La noblesse dans le royaume de Castille*, Paris, 1979. Publications de la Sorbonne, Université de París, 1974.

GEREMEK, B.: *La piedad y la horca*, Madrid, 1989.

GERHARD, D.: *La Vieja Europa, factores de continuidad en la historia europea (1000-1800)*, Madrid, 1991.

- GIBELLO BRAVO, V. M., *La imagen de la nobleza castellana en la Baja Edad Media*, Universidad de Extremadura, Cáceres, 1999.
- GIL FERNÁNDEZ, I., *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, ed., Alhambra, Madrid, 1981.
- GONZÁLEZ AMEZUA, A.: *Epistolario de Lope de Vega Carpio*, t. II, Madrid, 1940.
- GONZÁLEZ CRUZ, D.: *Mentalidad religiosa y estatus socio-económico*, Madrid 1983.
- GONZÁLEZ DÁVILA, G.: *Teatro de las grandezas de Madrid*, 1623.
- Teatro Eclesiástico de la Primitiva Iglesia de las Indias Occidentales*, t. I, Madrid, 1649.
- GONZÁLEZ DORIA F.: *Las reinas de España*, Madrid, 1989.
- GONZÁLEZ MINGUEZ, C.: *La otra historia. Sociedad, cultura y mentalidades*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993.
- GONZÁLEZ NOVALIN, J. L.: *Historia de la Iglesia en España*, t. III, 2.<sup>a</sup> parte, Madrid, 1980.
- GOODY, J.: *La evolución de la familia y del matrimonio en Europa*, Barcelona, 1986.
- GRAF VON KALNEIN, A.: *Juan José de Austria en la España de Felipe II*, Lleida, 2001.
- GRAÑA CID, M. M y FERNANDEZ GALLARDO, G.: *Mujeres, espiritualidad franciscana y feminismo en la Castilla Renacentista*, Cátedra de San Buenaventura, Salamanca, 2003.
- GRAÑA CID, M.<sup>a</sup> DEL M. y MUÑOZ FERNÁNDEZ, A.: «La Orden concepcionista: formulación de un modelo religiosos femenino y su contestación social en Andalucía», en *Las mujeres en la historia de Andalusí, actas del II Congreso de historia en Andalucía*, Córdoba, 1994.
- GUERRERO MAILLO A.: *Familia y vida cotidiana de una élite de poder. Los regidores madrileños en tiempos de Felipe II*, Madrid, 1993.
- GUERRA, R.: *Las Iglesias y conventos del antiguo Madrid*, Madrid, 1996.
- GUEVARA, A.: «Carta 55», en *Libro primero de las Epístolas familiares*, Real Academia, Madrid, 1950.
- GUINART, P.: *Les Villes d'Art célèbres. Madrid et l'Escorial*, París, 1935.

- HERNÁNDEZ, J.: *Madrid, su historia. Sus gentes. Sus pueblos*, vol. I, Madrid, 1998.
- HERRERA PUGA, P.: *Sociedad y delincuencia en el Siglo de Oro*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1974.
- HERRERO M.: *Oficios populares en la sociedad de Lope de Vega*, Valencia 1977.
- La Orden Franciscana Seglar en Perú, pasado y presente*, Lima, 1992.
- HIDALGO MONTEAGUDO, R.: *Iglesias antiguas madrileñas*, Madrid, 1993.
- IRIARTE, L.: *Historia franciscana*, Valencia, 1979.
- JEDIN, H.: «La importancia de los decretos tridentinos acerca de los seminarios de sacerdotes para la vida de la Iglesia», en *Seminarium*, 15, 1963.
- «La Iglesia de la Reforma a la Revolución Francesa», en *Manual de Historia de la Iglesia*. t. V, Barcelona, 1973.
- JIMÉNEZ DE SALAS, M.<sup>a</sup>: *Historia de la Asistencia Social*, Madrid, 1958.
- JOVER ZAMORA, J. M. (dir.): *Historia de España*, t. XXXI.
- KALNEIM, A.: *Juan José de Austria en la España de Carlos II*, Lleida, 2001.
- KAMEN, H.: *El Siglo de Hierro*, ed. Alianza, Madrid, 1977.
- Una sociedad conflictiva: España 1469-1714*, ed. Alianza, Madrid, 1984.
- Felipe de España*, ed., Siglo XXI, Madrid, 1998.
- KINDER H.: *Atlas Histórico Mundial*, Madrid, 1998.
- LARA RODEMAS, J.: «Organización interna y estructuras de poder en las hermandades de Huelva durante el Antiguo Régimen», en *Gremios, Hermandades y Cofradías*, t. I, San Fernando, 1991.
- LEBRUN, F.: *La vie conjugale sous l'Ancien Régime*, París, 1975.
- LE GOOF, J.: *La civilisation de l'Occident medieval*, París, 1964.
- El hombre ante la muerte*, Madrid, 1983.
- «Lo maravillosos y lo cotidiano en el Occidente medieval», en *El nacimiento del purgatorio*, Madrid, 1985.
- San Francisco de Asís*, Madrid, 2003.

- LEJARZA, F.: de: «Orígenes de la descalcez franciscana», en *AIA*, n.º 22, Madrid, 1962.
- LEÓN PINELO, A.: *Anales de Madrid desde el año 447 a 1658*, Instituto de Estudios Madrileños. Madrid, 1971.
- LINAJE CONDE, A.: *El monacato en España e Hispanoamérica*, Salamanca, 1977.
- LOPE DE VEGA, F.: «Sentimientos a los agravios de Cristo por la nación hebrea», en *Obras Completas de Lope de Vega*, Madrid, 1965.
- El Laurel de Apolo*, Madrid, 1630.
- LOPÉZ, A.: *La Provincia de España de los frailes Menores*, Santiago, 1915.
- LÓPEZ ALONSO, M. C.: *La pobreza en la España medieval*, Madrid, 1985.
- LÓPEZ, R. J.: *La sociedad cortesana*, México, 1982.
- LÓPEZ MARTINÉZ, A. L.: *La economía de las Órdenes Religiosas en el Antiguo Régimen*, Sevilla, 1992.
- LORENZO PINAR, F.: *Muerte y ritual en la Edad Moderna. El caso de Zamora*, Salamanca, 1991.
- LUXAN, P.: *Coloquios matrimoniales del licenciado Pedro de Luján*, anejo XLVIII del Boletín de la Real Academia Española, Madrid, 1990.
- LLORCA GARCÍA y VILLOSLADA-LABOA: *Historia de la Iglesia Católica. Edad Antigua*, Madrid, 1996.
- MADOZ, P.: *Audiencia, Provincia, Intendencia, Vicaria y Villa*, Madrid, 1848.
- MAIO, R.: *Mujer y Renacimiento*, Madrid, 1988.
- MANDONNET, P.: *Les règles et le gouvernement de l'Ordre de Penitentie au XIII siècle*, París, 1902.
- MARAVALL, J. A.: *El proceso de secularización en la España de los Austrias*, Barcelona, 1972.
- Estado Moderno y mentalidad social*, II, Madrid, 1972.
- Poder, honor y elites en el siglo XVII*, Siglo Veintiuno editores, Madrid, 1979.
- La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*, Ariel, Barcelona, 1983.

*La literatura picaresca desde la historia social* (siglos XVI-XVII), ed. Taurus, Madrid, 1986.

MARCOS MARTÍN, A.: «Iglesia y Beneficencia en Castilla durante el Antiguo Régimen. Fundamentos de una bien pregonada relación», en *Torre de los Lujanes*.

MARÍN BARRIGUETE, F.: *La Congregación de la Natividad de Madrid, un modelo de institución de disciplina social*, Universidad Complutense, 2004.

MARTÍN GARCÍA, A.: «Los franciscanos seglares en la Corona de Castilla», en *Hispania Sacra*, n.º 57, 2005.

MARTÍN HERNANDEZ, F. Y J.: «La formación del clero en los siglos XVII-XVIII», en *Historia de la Iglesia en España*, IV. Madrid, 1979.

MARTÍNEZ-BURGOS, P.: «El decoro. La invención de un concepto y su proyección artística», en *Espacio, Tiempo y Forma*, n.º 2, Madrid, 1988.

MARTÍNEZ DE VEGA, M. E.: «Coloquio internacional: La Edad de las Reformas», en *Revista de Historia Moderna*, n.º 25, Madrid, 2004.

«El confesionalismo de Felipe II y la Inquisición», en *Trocadero*, 6-7, Cádiz, Universidad, 1994-1995.

MARTÍNEZ FERRER, L.: *Directorio para confesores y penitentes*, Eunate, Pamplona, 1996.

MARTÍNEZ GARCÍA, L.: *La asistencia a los pobres en Burgos en la Baja Edad Media. El Hospital de Santa Maria la Real, 1341-1500*, Burgos, 1981.

MARTÍNEZ GIL, F.: *Actitud ante la muerte en el Toledo de los Austrias*, Toledo, 1984.

*Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Madrid, 1993.

MARTÍNEZ MILLÁN, J.: *Instituciones y élites de poder en la Monarquía hispana durante el siglo XVI*, Madrid, 1992.

«El confesionalismo de Felipe II y la Inquisición», en *Trocadero*, 6-7, Universidad de Cádiz, 1994-1995.

MARTÍNEZ RIPOLL, A.: *El Barroco en Italia*, ed. Historia Viva, Madrid, 1999.

«Regalismo borbónico, reformismo eclesiástico y relaciones con Roma: el cardenal Belluga», en ALVAR EZQUERRA, A., CONTRERAS, J. y RUIZ RODRÍGUEZ, J. I.

(coord.): *Política y cultura en la época moderna (cambios dinásticos, milenarismo, mesianismo y utopía*, Universidad de Alcalá, 2004.

MATILLA TASCÓN, A.: *Testamentos de 43 personajes del Madrid de los Austrias*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1983.

*Índice de testamentos y documentos afines*, ed. Ministerio de Cultura, Madrid, 1987.

MAYEUR, J. M.: *Historie du Christianisme des origines a nos jours*, París, 1990.

MAYOR, M.: *La Orden Tercera de San Francisco*, Biblioteca Franciscana Cisneros.

MEERSSEMANN, G. G.: *I penitenti nei secoli XI e XII*, Milán, 1968.

MELGAREJO, P.: *Compendio de contratos públicos*, Madrid, 1688.

MENÉNDEZ, G.: «Oficios de la mujer en Madrid en el siglo XVII», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, n.º 27, Madrid, 1989.

MÉNDEZ SASTRE, R.: *Las motivaciones de las fundaciones nobiliarias madrileñas*, Madrid, 1995.

MENENDEZ PIDAL NAVASCUES F.: *Heráldica medieval española*, Barcelona, 1982.

MESONERO ROMANOS, R.: *Manual de Madrid, descripción de la Corte y Villa*, Madrid, 1831.

*San Francisco el Grande*, Madrid, 1889.

*Escenas y tipos matritenses*, Madrid, 1993.

MESSEGUR FERNÁNDEZ, J.: «La Bula *Ite Vos*, 29 de mayo de 1517, y la Reforma cisneriana», en *AIA*, n.º 18, Madrid, 1958.

MESTRE SANCHIS, A.: «La Iglesia en la España de los siglos XVI -XVII», en *Historia de la Iglesia en España*, vol. IV, Madrid, 1979.

MIRANDA, L. de: *Exposición de la Regla de los hermanos terceros así seglares como religiosos, comúnmente llamado de la Penitencia, de la Tercera Orden, que instituyó e hizo Nuestro Padre San Francisco*, Salamanca, 1609.

MISCELÁNEA: *Antigüedad de la fiesta de la Inmaculada Concepción en la Iglesia de España*, Comillas, 1954.

MITRE, E.: *Introducción a la Historia de la Edad Media Europea*, Madrid, 1976.

- MOLINIE BELTRÁN, A.: *Diccionario Histórico de la España del Siglo de Oro*, Madrid, 1998.
- MONLAU, P. F.: *Madrid en la mano: el amigo del forastero*, Madrid, 1850.
- MONTOJO MONTOJO, V.: *Linaje, familia y marginados en España (Siglos XIII-XIX)*, Universidad de Murcia, 1992.
- MOUSNIER, R., LABATUD, J. P., DURAND, Y.: *Problèmes de stratification sociales, deux cahiers de la noblesse (1619-1651)*, París, 1965.
- La stratificación sociale á Paris aux XVII et XVIII siecles*, París, 1976.
- MUÑOZ ÁVILA, P.: *La Venerable Orden Tercera de Madrid: circus 1609-1799. Caridad y administración económica*, Tesis doctoral en elaboración.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, A. y GRAÑA CID, M.<sup>a</sup> DEL M.: *Religiosidad femenina, expectativas y realidades (ss. VIII-XVIII)*, Madrid, 1991.
- MUÑOZ NAVARRO, E.: *Sermón de la Purísima Concepción de la Virgen María*, Sevilla, 1616.
- NICOLÁS ANTONIO, *Biblioteca Nova*, t. I.
- NOCELLA, P. L.: *Tradición, familias y poder en Sicilia (siglos XVIII-XX)*, tesis doctoral, Alcalá de Henares, 2006.
- NÚÑEZ DE CASTRO, A.: *Libro Histórico Político: Solo Madrid es Corte y el cortesano en Madrid*, 1653.
- NÚÑEZ NAVARRO, E.: *El sermón de la Purísima Concepción de la Virgen María*, Sevilla, 1616.
- NÚÑEZ RODRÍGUEZ, M.: *La indumentaria como símbolo en la iconografía funeraria. La idea del sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, Santiago de Compostela, 1988.
- OROZ, J.: «Enchiridion ad Laurentium», en *San Agustín, Cultura clásica y cristianismo*, Universidad Pontificia de Salamanca, 1963.
- OROZCO DÍAZ, E.: *El teatro y la teatralidad del Barroco*, Barcelona, 1969.
- ORTEGA SAGRISTA, R.: «Historia de las cofradías de la Pasión de Semana Santa», en *Boletín del Instituto de Estudios Jiennenses*, Barcelona, 1956.



PABLO GAFAS, J. L. de: «La justicia y el Sistema Penal de la Corte, 1561-1834», en *Madrid, Atlas Histórico de la ciudad*, Madrid, 1995.

PALOMINO Y VELASCO A.: *El Parnaso español pintoresco y laureado*, t. III, Madrid, 1724.

PALOMO, F.: «Disciplina cristiana, Apuntes historiográficos en torno a la disciplina y el disciplinamiento social como categorías de la historia religiosa en la Alta Edad Moderna», en *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 18, Madrid, 1997.

PARAVICINO, H.: *Sermones cortesanos*, Madrid, 1994.

PASCUA SÁNCHEZ, M. J. de la: *Vivir la muerte en el Cádiz del Setecientos (1675-1801)*, Cádiz, Ayuntamiento, 1990.

PEANO, A.: *Histoire des Tiers Ordres*, París, 1943.

PELORSON, J. M.: *Les letrados juristes castillas sous Philippe III*, Poitiers.

PELLICER y TOVAR, J.: «Avisos», en *Semanario Erudito de Valladares*, T. XXXIII, Madrid, 1790.

PÉREZ BALSERA, J.: *Laudeamus viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua*, Madrid, 1931.

PÉREZ BALTASAR, M.<sup>a</sup> D.: *Mujeres marginadas en las casas de recogidas de Madrid*, Madrid, 1984.

PÉREZ BUSTAMANTE, C.: *Felipe III, semblanza de un monarca y perfiles de una probanza*, Madrid, 1959.

«La España de Felipe III», en *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, t. XXIV, Madrid, 1979.

PÉREZ CARRILLO, F.: *Vía Sacra, y ejercicios espirituales, y arte del bien morir*, Zaragoza, 1619.

PÉREZ de HERRERA, C.: «Discurso de los legítimos pobres y reducción de los fingidos», en *Amparo de pobres*, ed. y estudio de M. Cavillac, Espasa Calpe, Madrid, 1975.

PÉREZ ESTEVE, R. M.: *El problema de los vagos en la España del siglo XVIII*, Madrid, 1976.

- PÉREZ PASTOR, J.: *Bibliografía madrileña*, ts. II y III.
- PINTO, V. y MADRAZO, S.: *Atlas Histórico de la Ciudad*, Madrid, 1995.
- PONS FUSTER, J.: *Místicas, beatas y alumbrados*, Valencia, 1991.
- PORTELA SILVA: «Felipe II y la nueva reforma de los religiosos descalzos», en *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 20, Universidad Complutense de Madrid, 1998.
- PORRES R.: *Aproximación metodológica a los protocolos notariales de Álava, Edad Moderna*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1986.
- POSTIGO CASTELLANOS, E.: *Honor y Privilegio en la Corona de Castilla*, Junta de Castilla y León, 1988.
- POZA, J. B.: *Práctica de ayuda a bien morir*, Madrid, 1657.
- POZUELO CALERO, B.: *El licenciado Francisco Pacheco. Sermones*, Sevilla, 1993.
- PRODI, P.: *Disciplina dell'anima, disciplina del corpo e disciplina de la società tra medioevo ed età moderna*, Bolonia, 1993.
- PULIDO SERRANO, J. I.: *La fe desatada en devoción*, Madrid, 1999.
- Injurias a Cristo*, Instituto Internacional de Estudios Sefardíes y Andalusíes, Universidad de Alcalá, 2002.
- QUINTANA, J.: *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la villa de Madrid*, Madrid, 1629.
- RAMÓN Y CAJAL, S.: *Reglas y consejos sobre investigación científica*, Espasa Calpe, Madrid, 1991.
- RECIO, M.: *Compendio histórico y manifiesto instructivo del origen y fundación de la Real Casa de Santa María de la Penitencia*, Madrid, 1777.
- REDER GADOW, M.: «Las voces silenciosas de los claustros de clausura», en *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 25, Madrid, 2000.
- REMIRO DE NAVARRA, B.: *Los peligros de Madrid*, Madrid 1956.
- REYERO, E.: *Misiones del muy Reverendo don Tirso González de Santalla*, 1665-1686.
- RIBEIRO, B.: *Os terceiros franciscanos portugueses. Sete seculos de sua histori*, Braga, 1953.

- ROA, M. de: *Estado de las almas del Purgatorio*, Sevilla, 1619.
- RODRÍGUEZ MOÑINO SORIANO, F.: *Razón de Estado y dogmatismo religioso en la España del siglo XVII*, Madrid, 1976.
- RODRÍGUEZ VÁZQUEZ, A.: *Ricos y pobres, propiedad y vida privada en la Sevilla del siglo XVI*, Sevilla, 1995.
- RUIZ GÓMEZ, F.: *Las Órdenes Militares en la Península Ibérica*, Cuenca, 2000.
- RUIZ RODRÍGUEZ, J. I.: *Organización política y económica de la Orden de Santiago en el siglo XVII*, Ciudad Real, 1993.
- «Administración patrimonial y poder oligárquico», en *Ordens Militares. Guerra, Religiao, Poder y Cultura. Actas del III encontro sobre Ordens Militares*, ed. Colibrí, Lisboa, 1999.
- Las Órdenes Militares Castellanas en la Edad Moderna*, Alcalá de Henares, 2001.
- Disputa y consenso en la administración fiscal castellana: Villanueva de los Infantes y el partido del Campo de Montiel C. 1600-c. 1660*, Universidad de Alcalá de Henares, 2005.
- «Órdenes militares: confesionalización y protonacionalismo en España, siglos XVI-XVII», en *Actas do quinto encontro Ordens Militares. Os Ordens Militares e os Ordens de Cavallariaentre o Occidente e o Oriente*, Palmela (Portugal), 2006.
- RUIZ RODRÍGUEZ, J. I. y SOSA, I.: «La Confesionalización: un concepto en el marco de la historiografía germana. Tras los pasos de Reinard y Schilling», en *Studia Histórica*, 2007.
- RUIZ RODRÍGUEZ, J. I. y DELGADO PAVÓN, M.<sup>a</sup> D.: «Miguel de Cervantes Saavedra, un laico en la Venerable Orden Tercera franciscana de Madrid», en *Coloquio Internacional Cervantes y las religiones*, Jerusalén, diciembre, 2005.
- RUIZ RODRÍGUEZ, J. I., DELGADO PAVÓN, M. D. y MUÑOZ ÁVILA, F.: «La Venerable Orden Tercera de San Francisco en el Madrid del Seiscientos», en *IX Reunión Científica de la Fundación de Historia Moderna*, Málaga, 2006.
- SALAZAR, P. de: «Crónica e historia de la fundación y progreso de la Provincia de Castilla de la Orden del bienaventurado Padre San Francisco», en *Crónicas Franciscanas de España*, Madrid, 1591, ed. 1977, L. VI.
- SALAZAR DE CASTRO, L.: *Historia genealógica de la Casa de Lara*, Madrid, 1996.

- SÁNCHEZ ALONSO, M. C.: *Impresos de los siglos XVI-XVII de temática madrileña*, CESIC, Madrid, 1981.
- SÁNCHEZ CANTON, F. J.: *Libros, Tapices y Cuadros que coleccionó Isabel la Católica*, Madrid, 1950.
- SÁNCHEZ CATALÁN, R.: *El conquense, licenciado Francisco Martínez*, Madrid, 1915.
- SÁNCHEZ GÓMEZ: *Delincuencia y Seguridad en el reinado de Carlos II*, Ministerio del Interior.
- SÁNCHEZ LORA, J. L.: *Mujeres, conventos y formas de religiosidad barroca*, Madrid, 1988.
- SÁNCHEZ DE MADARIAGA, E.: «Cultura religiosa y sociedad: las cofradías de laicos», en *Historia Social*, n.º 35, Madrid, 1999.
- SÁNCHEZ ORTIZ, A.: «El color: símbolo de poder y orden social. Apuntes para una historia de las apariencias en Europa», en *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 20, Madrid, 1998.
- SAN JUAN DEL PUERTO, F. de: «Misión historial de Marruecos, Sevilla, 1708», en *Revista Archivo Ibero Americano*, vols. XIV y. XVI.
- SANTOLARIA SIERRA, F.: «¿Dar limosna o enseñar un oficio?, el debate sobre la caridad en el Siglo de Oro», en *Torre de los Lujanes*, nº 51.
- SANTOS DIEZ, J. L.: *Laicos en la Iglesia, el bien de los cónyuges*, Madrid, 1999, XIX, Jornadas de la Asociación Española de Canonistas.
- SANTOS, F.: *Día y noche de Madrid*, Conserjería de Educación y Cultura, 1992.
- SEGUR, L. G.: *La Tercera Orden del Padre San Francisco*, Barcelona, 1873.
- SEPÚLVEDA G.: *Del Reino y de los deberes del Rey*, Madrid, 1573.
- SICROFF, A. A.: *Los estatutos de limpieza de sangre. Controversias entre los siglos XV y XVII*, Madrid, 1985.
- SOBRADILLO A. M. de: *La Tercera Orden de San Francisco según el Derecho Canónico*, Santander, 1935.
- SOUBIROUX, J.: «Pauperismo y relaciones sociales en el Madrid del siglo XVII», en *Estudios de Historia Social*, 2002.

- TESTÓN NÚÑEZ, I.: *Amor, sexo y matrimonio en Extremadura*, Badajoz, 1985.
- THIELLET, C.: *La dévotion mariale de l'an mil à nos jours*, Universidad de Artois, 2005.
- TOMÁS y VALIENTE, F.: *La venta de oficios de regidores y la formación de oligarquías urbanas en Castilla (siglos XVII-XVIII)*, Sevilla, 1974.
- Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, 1999.
- TORMO, E.: *Las iglesias del Antiguo Madrid*, Madrid, 1927.
- TORRES, C.: *Ana de Jesús, Cartas (1590-1621), Religión y vida cotidiana en la clausura femenina del Siglo de Oro*, Salamanca, 1995.
- TOVAR MARTÍN, V.: *Arquitectos madrileños de la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid, 1975.
- TRAPIELLO, A.: *Miguel de Cervantes*, ed. Destino, Madrid, 1993.
- URGORRI CASADO, F.: «El ensanche de Madrid en tiempos de Enrique IV y de Juan II», en *Revista de Bibliotecas, Archivos y Museos*, enero 1954.
- URIBE, A.: «Espiritualidad de la descalcez franciscana», en *AIA*, n.º 22.
- VACA DE OSMA, J. A.: *Los nobles e innobles validos*, Madrid, 1990.
- VALLADARES DE SOTOMAYOR, L.: *Semanario Erudito*, t., XXXIII, año MDCCXC.
- VAUCHEZ, A.: «Les laïcs au Moyen Age», en *Pratiques et Experiences Religieuses*, París, 1987.
- VAZQUEZ, D.: *Sermones*, Madrid, 1956.
- VÁZQUEZ, J.: «Las controversias doctrinales postridentinas hasta finales del siglo XVII», en *Historia de la Iglesia en España*, t. IV. Madrid, 1979.
- VAZQUEZ DE PRADA, V.: *Historia Moderna*, Madrid, 1984.
- VELA, F.: *Regla de la Tercera Orden Franciscana*, Madrid, 1772.
- VELEZ DE ARAGÓN, D. Z.: *Diccionario de la Lengua Castellana*, 17ª ed., Madrid, 1891.
- VENEGAS, A.: *Agonía del tránsito de la muerte con los avisos y consuelos que cerca de ella son provechosos*, Toledo, 1540.
- VIGIL, M.: *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1986.

- VIÑAS y MEY, C.: «La estructura social-demográfica del Madrid de los Austrias», en *Revista de la Universidad de Madrid*, Madrid, 1955.
- VINCENT, B.: «Ciudades y marginalidad», en *Imágenes de la diversidad, el mundo urbano en la Corona de Castilla (Siglos. XVI-XVIII)*, Universidad de Cantabria, Santander, 1997.
- VIVES, J. L.: *Tratado del socorro de los pobres*, Madrid, 1997.
- VOVELLE, M.: *La mort et l'Occident de 1300 à nos jours*, París, 1983.
- WEBER, M.: *Economía y sociedad*, México, 1944.
- YARZA LUACES, J.: «La imagen del rey y la imagen del noble en el siglo XV castellano», en RUCQUOI, A.: *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*, Valladolid, 1988.
- ZAPATA, T.: *Construcciones efímeras*, Madrid, 2000.
- ZARAGOZA, C.: *Cervantes vida y semblanza*, Madrid, 1991.
- ZAYAS, P.: *Libro de la Defensa Religiosa de la Verdad Ultrajada*, t, 1, Zaragoza, 1744.

## ÍNDICE DE CUADROS, FOTOGRAFÍAS Y OTROS

### Cuadros:

N.º 1. Año de la fundación de algunas órdenes terceras seglares.....	49
N.º 2. Composición del Discretorio de la VOT en el año 1614 .....	76
N.º 3. Composición del Discretorio de la VOT en el año 1627 .....	155
N.º 4. Composición del Discretorio de la VOT en el año 1629 .....	166
N.º 5. Calificadores de la VOT.....	176
N.º 6. Hermanos terceros de ambos sexos que llevaron el hábito descubierto entre 1630 y 1680.....	188
N.º 7. Pretendientes a dote de la fundación de Ana Martínez de Contreras. Sorteo de 1684 .....	240
N.º 8. Ingresos de enfermos en el hospital de la VOT, 1691-1693 .....	340
N.º 9. Nombre de viudas que ocuparon la residencia, según datos que figuran en el Registro de Viudas de la VOT.....	350
N.º 10. Ministros de la VOT de Madrid que permanecieron en el cargo por un periodo superior a los tres años, 1609-1710.....	364

### Fotografías:

N.º 1. Don Juan Antonio López de Zárate. Ministro de la VOT.....	272
N.º 2. Santísimo Cristo de los Dolores .....	279
N.º 3. Capilla del Cristo de los Dolores.....	291
N.º 4. Sacristía, “Arrebató de San Francisco”, obra de Ardemans.....	308
N.º 5. Fachada del hospital de la VOT .....	329
N.º 6. Archivo de la VOT, y silla de andas para transportar enfermos .....	332
N.º 7. Jardín interior del hospital .....	336
N.º 8. Escalera de acceso a la planta alta del hospital .....	338
N.º 9. Capilla del hospital-enfermería .....	356
N.º 10. D. Lorenzo Ramírez de Prado .....	392
N.º 11. Sala de hermanas enfermas.....	424

### Otros:

Organigrama con la estructura de la VOT.....	70
Plano de Madrid: iglesias y conventos del Madrid antiguo .....	91
Croquis bóveda capilla de la VOT .....	121
Genealogía de doña Lorenza de Cárdenas.....	379

## ABREVIATURAS Y SIGLAS

-AIA	Archivo Ibero-Americano.
-AGS	Archivo General de Simancas.
-AHN	Archivo Histórico Nacional.
-AHPM	Archivo Histórico de Protocolos de Madrid.
-AMVM	Archivo Municipal de la Villa de Madrid.
-AVOTM	Archivo de la Venerable Orden Tercera madrileña.
-BAC	Biblioteca de Autores Cristianos.
-Bibl.	Biblioteca.
-BN	Biblioteca Nacional.
-C.	carpeta.
-cap.	capítulo.
-CSIC	Centro Superior de Investigaciones Científicas.
-Ecl.	eclesiástico.
-exp.	expediente.
-Fr.	fray.
-Inq.	Inquisición.
-Lib.	libro.
-leg.	legajo
-ms.	manuscrito.
-OFM	Orden Franciscana de Menores.
-OO. MM.	órdenes militares.
-prot.	protocolo.
-r.	rectus (anverso).
-RAH	Real Academia de la Historia.
-s.	siglo.
-sec.	sección.
-t.	tomo.
-tít.	título.
-v.	vuelto (reverso).
-VOT	Venerable Orden Tercera.



---